

COLECCION

DE

HISTORIADORES DE CHILE

Y DOCUMENTOS RELATIVOS

A LA

HISTORIA NACIONAL.

TOMO II.

HISTORIA DE GONGORA MARMOLEJO (1536-1575).—DOCUMENTOS.

HISTORIA DE CORDOBA Y FIGUEROA (1492-1717).



SANTIAGO,
IMPRESA DEL FERROCARRIL,
Calle de la Bandera, núm. 39.

1862.

11, 822,

HISTORIA DE CHILE
DESDE SU DESCUBRIMIENTO HASTA EL AÑO DE 1575

COMPUESTA POR EL CAPITAN

ALONSO DE GONGORA MARMOLEJO

Y SEGUIDA

DE VARIOS DOCUMENTOS.

ADVERTENCIA DE LOS EDITORES.

De las dos Historias que comprende este tomo, la primera ha visto la luz ántes de ahora, y la segunda es inédita.

La Historia de Góngora Marmolejo ha sido publicada el año de 1850, en el tomo 4.º del Memorial Histórico Español, por Don Pascual de Gayangos, a quien se debe la breve noticia del autor y su obra de que va ésta precedida, y las notas que se encuentran en el discurso de ella. También ha sido formada por el mismo inteligente editor la coleccion de documentos que acompaña a dicha Historia; coleccion de que, por una parte, hemos suprimido tres cartas de Valdivia que ya llevamos publicadas en nuestro primer tomo, y que, por otra parte, hemos aumentado con varios documentos importantes tomados de entre los recopilados por Don Claudio Gay.

La Historia de Córdoba y Figueroa se encuentra manuscrita en la Biblioteca nacional de Lima, de donde el año de 1861 se sacó una copia por orden del Gobierno de Chile y bajo la direccion de Don Francisco S. Astaburuaga, a la sazón nuestro representante en aquella capital. El señor Astaburuaga ha encabezado con una corta noticia acerca del historiador y del manuscrito la copia en cuestion, de la cual hemos tomado el orijinal para dar a la estampa la referida Historia.

BREVE NOTICIA DE LA OBRA Y SU AUTOR.

Del autor de esta historia no existen mas noticias que las pocas que él mismo nos da en su relacion. Sabemos que se llamaba Alonso de Góngora Marmolejo, que fué natural de Carmona, y que sirvió a las órdenes de Pedro de Valdivia en el descubrimiento y conquista de Chile, así como a las de los gobernadores que le sucedieron en el mando. En la dedicatoria dice, que por no haber historia alguna de aquella guerra, a no ser la que en verso y con el título de *Araucana* escribió Don Alonso de Ercilla (a quien llama Arzila), se decidió a tomar dicho trabajo, escribiendo la relacion de todo lo acaecido en aquellas partes, desde el descubrimiento hasta el 16 de diciembre de 1575, dia en que terminó su tarea en la ciudad de Santiago. Por lo demas consta de su modesta relacion, que se halló en casi todos los sucesos de aquella insigne campaña, los que describe como testigo de vista, o cuando no, con referencia a personas fidedignas que los presenciaron. Censurando al final de su historia al doctor Saravia, por haber quitado el cargo de protector de los indios a un soldado antiguo y dado a un mercader rico, que no habia prestado servicio alguno en las guerras de Chile, dice: “Este cargo le pidieron muchos soldados, y yo Alonso de Góngora fuí uno dellos, que desde el tiempo de Valdivia habia servido al Rei a descubrir y ganar este reino y sustentado hasta el dia de esta fecha, y estaba sin remuneracion de mis trabajos.”

Su relacion tiene todos los visos de imparcial, y contiene ademas detalles interesantes: la narracion es sencilla y animada, el estilo poco correcto, lleno de transposiciones y a veces oscuro. En nada se ha alterado el texto, habiéndose impreso con toda exactitud, y sin mas alteracion algunas veces que la de la ortografía, que es tan vária en el orijinal, que una palabra suele en un mismo capítulo escribirse de tres o cuatro maneras distintas.

Se ha explicado alguna que otra voz de la lengua de los indios de Chile, y se ha dejado de hacerlo de muchas otras, porque el autor da razon de ellas en diferentes partes de su historia.

El manuscrito, de letra del siglo XVI, es en 4.º y consta de 232 hojas. Pertenece a la Biblioteca de Salazar, y está señalado con la H 45. Desde el folio 28 al 106, la letra es distinta, aunque del mismo tiempo. Crémosle orijinal, pues ademas de notarse de vez en cuando enmiendas, que solo pudieron ser hechas por su autor, tiene al fin una firma que puede ser la suya.



DEDICATORIA.



Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile y de los que lo han gobernado. Vicios y virtudes que han tenido desde el año de 1536 que lo descubrió el adelantado Don Diego de Almagro hasta el año de 1575 que lo gobierna el doctor Saravia, compuesta por el capitan Alonso de Góngora Marmolejo, natural de la villa de Carmona, dirigida al Ill.^{mo} señor licenciado Don Juan de Ovando, Presidente del Real Consejo de las Indias por su majestad del Rei Don Felipe nuestro Señor.

ILL.^{mo} SEÑOR:

Si los acaecimientos grandes y hechos de hombres valerosos no anduvieran escriptos, de tantos como han acaecido por el mundo, bien se cree, Ill.^{mo} Señor, que de mui poco dello tuviéramos noticia, si algunas personas virtuosas no hubieran tomado trabajo de los escrebir. ¿Quién tuviera noticia de los griegos acabo de tantos años, estando sus ciudades antiguas y valerosas por tierra y que casi no hai memoria dellas, mas de solo las ruinas que dan a entender haber sido algo? Si tenemos (1) entera plática de los grandes fechos de sus fundadores y valerosos capitanes, de que tan llenos estan los libros de todas naciones, la causa, a lo que dice Salustio, autor grave, ha sido [que] en aquel tiempo, como se preciaban tanto de la virtud como hombres sabios, entendiendo que con la vida todo se acababa, procuraron escrebir todas las cosas que en su tiempo acaecian; de condicion que aun casi menuencia alguna no dejaron, como parece por libros que de apotegmas andan intitulado y otros al mesmo propósito. Pues si V.^a S.^a vuelve los ojos a mirar y considerar los hechos de los romanos, en tanto tuvieron a los extranjeros que los escrebian, como a los mesmos ciudadanos que los obraban. Bien se entiende que los que a ellos les acaecian por el

(1) El original *tengamos*.

mundo, no solo los hacian romanos ; pues es cierto que en sus lejiones llevaban muchos de otras naciones, defraudando la gloria para sí, no atribuyendo ninguna a los demas, dejaron la causa tan confusa, que lo que hallamos escrito aquello damos crédito : y como eran honradores de los que escrebian, halláronlos tales, que con su elocuencia mucha levantaron sus hechos en tanta manera, que las demas naciones los tienen por espejo y dechado ; y si a otros honraron en casos grandes fué para mas gloria suya, que al cabo ellos los vencieron y triunfaron de sus reinos. Y así pareciéndome que los muchos trabajos e infortunios que en este reino de Chile de tantos años como há que se descubrió han acaecido, mas que en ninguna parte otra de las Indias, por ser la jente que en él hai tan belicosa, y que ninguno hasta hoi habia querido tomar este trabajo en prosa, quise tomallo yo ; aunque Don Alonso de Arcila (1), caballero que en este reino estuvo poco tiempo en compañía de Don García de Mendoza, escrebió algunas cosas acaecidas en su *Araucana*, intitulado su obra el nombre de la provincia de Arauco ; y por no ser tan copiosa cuanto fuera necesario para tener noticia de todas las cosas del reino, aunque por buen estilo, quise tomallo desde el principio hasta el dia de hoi, no dejando cosa alguna que no fuese a todos notoria ; aunque bien sé que dello como los demas escriptores no saco mas de mi desvelamiento, solicitud y cuidado de recopilar lo pasado y presente por la mejor orden a mí posible ; porque la malicia el dia de hoi es mayor que nunca ha sido, y si algo ven mal ordenado, en aquello hacen pié y de lo demas murmuran, no teniendo atencion, que no hace poco el que da lo que tiene. Mas como mi fin y deseo no sea cumplir con los tales detractadores, entiendo quel que fuere virtuoso lo bueno loará y lo que no estuviere tal enmendará. Con esta intincion quise llegar mi obra al cabo, entendiendo, muchos se holgarán de saber [que] en el cabo del mundo jente desnuda, bárbara y sin armas sea tan belicosa, ardidosa y arriscada por la defension de su tierra, como es la de esta provincia, y por darle el talento (2) que merece, acordé este mi trabajo derijillo a V.^a S.^a para que debajo de su proteccion y amparo, pueda pasar seguro por cualquier parte tomándolo por bien empleado, pues es para dar a V.^a S.^a algun rato de entretenimiento en el tiempo desocupado que tuviere ; porque de tierra tan ignota y que tantos años

(1) En el registro de los que pasaron a América en el año de 1555, de que hai copia en el tomo 87 de la Coleccion de don Juan Bautista Muñoz, se encuentra la siguiente partida : “Don Alonso de Arcila y Cúñiga, gentil-hombre de S. A., vecino y natural de la villa de Valladolid, hijo del doctor Arcila, que fué del Consejo Real, y de Doña Leonor de Cúñiga, su mujer, se despachó para el Perú por soltero y por cédula de S. M. en la nao de que es maestre Domingo Martín.—Es el núm. 587.—En la misma nao iba el adelantado Gerónimo Alderete, gobernador y capitan jeneral de las provincias de Chile, y con él su mujer, con comitiva de deudos y criados, y su hermano Francisco del Mercado, vecino y natural de Olmedo.”

(2) Está aquí por precio, mérito, valor.

há que la guerra en ella dura, se holgará V.^a S.^a saber muchas cosas que en este reino han acaecido, y así suplico a V.^a S.^a lo reciba como de servidor y aficionado, cuya Ill.^{ma} persona Dios sea servido guardar por largos y bienaventurados tiempos con acrecentamiento de mayor estado como V.^a S.^a desea.—Ill.^{mo} Señor, verdadero servidor de V.^a S.^a.—
Alonso de Góngora Marmolejo.



HISTORIA DE CHILE

POR EL CAPITAN

ALONSO DE GONGORA MARMOLEJO.

X CAPITULO I.

Que trata de la descripcion y tierra de Chile desde el valle de Copiapó, ques al principio y entrada, hasta la ciudad de Castro, último del reino.

Es el reino de Chile y la tierra de la manera de una vaina despada, angosta y larga. Tiene por la una parte la mar del Sur, y por la otra la Cordillera Nevada, que lo va prolongando todo él; y habrá en esta distancia de la mar a la Cordillera, por unas partes diez y seis leguas, y por otras diez y ocho, y veinte por lo mas largo, y ansí poco mas o ménos. La Cordillera está nevada todo el año, y es tan brava a la apariencia de la vista, como lo es la que pasa y divide a Italia de la Francia y a Alemania de la Italia, y hai por ella valles que se pasan a sus tiempos de la otra parte, y ansí la andan los naturales en sus contractaciones, y españoles la han pasado algunas veces para tomar plática de la tierra. Esta distancia que hai desde la mar del Sur a la Cordillera está poblada de indios, en unas partes mas y en otras ménos, conforme a la condicion y dispusicion de la tierra. Hai desde el valle de Copiapó hasta la ciudad de Castro trecientas leguas, todo poblado de naturales, y en esta lonjitud diez ciudades pobladas de españoles. La jente de este reino es belicosa conforme a la costelacion de cada ciudad en donde está poblada. Hai muchas minas de oro ricas por toda la tierra, y es la jente della de mucho trabajo, buen servicio y entendimiento, aunque bárbaros. Tiene muchos rios, que corren desde la Cordillera Nevada a entrar en la mar del Sur, de mucha agua, en los cuales no se halla oro, mas hállase en otros rios menores, en donde se saca. Son las mejores aguas que se cree haber en el mundo y mas sanas; y es la tierra de tan buenos aires y tan sanos que no se ha visto enfermar nadie por ellos. En unas partes llueve mucho los inviernos y en otras poco, conforme a los grados en que está la tal tierra; porque en trecientas leguas es cierto ha de hacer diferencia en unas partes, mas que en otras. Hai asimesmo por la Cordillera muchos volcanes por toda ella que echan fuego de sí de ordinario, y mas en el invierno que en el verano, y muchos lagos al pié de los tales volcanes, y cerca dellos muchos metales de cobre, plomo, hierro, bronce, en grandísima cantidad. En unas partes se cria la

comida, que son simenteras en el campo, con agua que sacan de los rios y la llevan por acequias a regar sus heredades, como es en Santiago y ciudad de la Serena; en las demas del reino críase con agua llovediza. Es en parte tierra llana y en parte doblada de valles y cerros ásperos, aunque mui fructíferos, y es la jente mui suelta. Andan vestidos con unas camisetas sin mangas y algunos traen zaragüeles: traen el cabello cortado por debajo de la oreja y por cima de los ojos. Es jente bien ajestada, por la mayor parte blanca, bien dispuestos, amigos en gran manera de seguir la guerra y defender su tierra, para lo cual han grandísima obediencia a sus mayores, y tienen por orden cuando quieren pelear, y saben que extraños entran en sus tierras, ponelles en el camino ramos de un árbol, que los españoles llaman canela, y en ellos atravesadas flechas untadas con sangre; y cuando quieren servir y estar a lo que les mandaren, les ponen en el camino ramos de arrayan, dando por allí a entender la voluntad que tienen. Nunca jamas han peleado con españoles, que han sido infinitas veces, que primero no lo hagan saber y envíen a decir. Son grandes enemigos de españoles y de toda jente extranjera, y entre sí la jente mas bien partida que hasta hoi se ha visto en las Indias. Cójese mucho trigo, cebada, y todas las demas legumbres d'España se dan mui bien: danse las frutas y los árboles della mejor que en España; porques cosa de admiracion la mucha fruta que produce, en especial en estas dos ciudades ques donde dicho tengo que se da en tanta abundancia; porque en las demas del reino, conforme al temple que tienen dan lo que se planta. Críanse buenos caballos, mucho ganado de toda suerte, lanas muchas y mui buenas colores para tinta. La mar y la costa della tiene grandes pesquerías, buenos puertos para navegantes. Córrese toda la costa del reino de Chille norte y sur, los cuales dos vientos reinan todo el año, aunque algunas veces hace viento poniente, que llaman en el reino travesía: este viene tan pocas veces, aunque esas veces trae grandísimo ímpetu e braveza. No se conoce otro viento alguno que traiga fuerza, sino son los dichos. Hai muchas perdices en grande abundancia y mui buenosalcones de caza, y otras muchas cosas buenas que este reino en sí tiene, las cuales la guerra ordinaria no ha dado lugar a descubrir. Esta tierra, a la mucha fama que tenia de oro, la salió a descubrir el adelantado Don Diego de Almagro desde el Pirú por la orden que adelante se dirá.

CAPITULO II.

De como el adelantado Don Diego de Almagro vino al descubrimiento de Chille y por donde se descubrió.

Despues de haber descubierto el Pirú Don Francisco Pizarro y Don Diego de Almagro, habiendo hallado grandes riquezas de oro y plata, quanto en otra parte del mundo jamas se vieron, teniendo noticia que los Ingas, señores que a los indios mandaban, tenían sus capitanes en

Chille despues de haber sujetado aquella provincia, y que les enviaban mucho oro todos los años por la órden que les daban, pareciéndoles como en el Pirú habian hallado tanta abundancia de riqueza y en tan principal tierra, que lo mesmo habria en Chille; y como el mandar no sufre igual, acordó Don Diego de Almagro con sus amigos, y en conformidad de Francisco Pizarro, venir a descubrir a Chille. Poniéndolo por obra salió con cuatrocientos hombres bien aderezados año de 1536, quedando por señor en el Pirú Francisco Pizarro. Con buenas guias para su camino y jornada que traia, reparado de todo lo necesario, e informado que si venia por Atacama hasta llegar a Copiapó habia de pasar forzosamente ochenta leguas de despoblado falto de yerba, y de agua, sino era en unos pozos pequeños, que llaman jagüeyes, de agua salobre y mala; por conservar los caballos y la mucha jente que traia, principalmente los caballos, que tenian mucho precio en aquel tiempo, dejó este camino y vino por el que los Ingas tenian por los Diagnitas; donde llegado a la provincia de Tupisa, topó con un capitan del Inga que le llevaba docientos mill pesos en tejos de oro con una teta por marca en cada un tejo, los cuales tomó, y prosiguió su camino hasta el paraje de Copiapó y de allí atravesó la Cordillera Nevada por el mejor camino que habia, donde repentinamente y acaso le sobrevino una tempestad de frio y aire envuelto con nieve; no teniendo donde abrigarse, perecieron mas de ochocientas personas que llevaba de servicio indios del Pirú, sin podellos favorecer. Con esta pérdida y la de muchos caballos llegó al valle de Copiapó, que por mal que le fuera en el despoblado no le dijera peor: allí halló un mui fresco rio y en abundancia refresco para todos.

Despues de haber descansado y reformado los caballos que llevaban mui flacos, siendo informado de la tierra, habiendo hablado a los principales que entre los indios habia, de que este valle estaba bien poblado, fué descubriendo la provincia hasta que llegó al valle de Aconcagua, donde le acaeció una cosa notable; y fué que habiendo Don Diego de Almagro y Pizarro poblado a Lima en el valle de Jauja, un soldado que se llamaba Pedro Calvo y por otro nombre Barrientos, hizo cierto hurto por el cual le mandaron cortar las orejas por justicia como a ladrón. Viéndose corrido y así afrentado, desamparó el campo y se metió la tierra adentro con intencion (1) de no parecer mas entre jente española. Este soldado de pueblo en pueblo vino a parar al reino de Chille, y para venir jornada tan larga pidió favor a los indios; entendiendo por las razones que les daba la causa de su peregrinacion, le favorecieron y dieron guias que lo llevaron en hamacas a sus hombros hasta ponelle en el valle de Aconcagua, donde al tiempo que llegó estaban dos caciques señores principales enemistados, y como topó con el uno dellos, que fué al que los indios que lo llevaban le guiaron, haciéndole su ami-

(1) Otras veces *intincion*.

go, maravillado en gran manera de que un tal hombre viniese a su tierra, honróle mucho a su usanza. Pedro Calvo, paresciéndole que sus hados le habian traído a parte donde fuese honrado y tenido en mucho, entendiendo que en algun principio bueno consistia su felicidad y que era camino aquel para servir a Dios, persuadió al cacique diese fin a sus enojos con guerra y que él le ayudaria, porque los españoles, de donde él venia, eran invencibles y que ningunas naciones podian sustentarse contra ellos, dándole a entender que en el nombre de Jesucristo le daria la vitoria en las manos y venganza de sus enemigos. Atraído a lo que el español le dijo, luego le encomendó todas sus cosas y mandó a sus súbditos le obedeciesen. Puesto en nombre de capitán y tan servido, procuró de hacer guerra tomando la causa por suya: luego corrió la tierra al contrario provocándole saliese a la defensa; y tales ardidés tuvo y tan buena órden de español, que en un dia desbarató a su enemigo en batalla que con él hubo, y fué luego su reputacion tanta que en mucha parte del reino se extendió la fama. Su contrario buscó favores, porque quedó mui derribado y falto de jente, y habiéndolos hallado volvió con toda la fuerza que pudo juntar a hacer guerra al español, el cual tuvo tales mañas en ella, que despues de haberle desbelado (1) en muchas escaramuzas, un dia le dió batalla y lo desbarató matándole mucha jente, de lo cual quedó casi con nombre de señor, y así como a tal le obedecian todos los indios y principales.

Estando en esta prosperidad que tengo dicho, llegó Don Diego de Almagro a este valle: Pedro Calvo lo salió a recibir, que como fué conocido quedó él y todos admirados de caso tan extraño. Habiéndole honrado y fecho mucha merced, lo llevó consigo; dél se informó de todo lo adelante y de la jente que habia en el reino, y qué metales y riquezas tenia la tierra en sí. Habiendo tomado relacion verdadera, llegó con su campo, que era mui vistoso y de muchos caballeros y hombres nobles mui principales, al llano y asiento donde agora está poblada la ciudad de Santiago. En su comarca y en todos los valles por donde pasaba hablaba amorosamente a los señores y principales, informándose de la tierra, hasta que entendió que la noticia y relacion que en el Pirú le habian dado no era así. Sus amigos le importunaban sobre volverse, diciéndole que la buena tierra quedaba atras y que no habia otro Pirú en el mundo; con todo esto, como hombre constante, quiso primero saber los secreptos que en la tierra habia y ver todo lo que pudiese.

Con esta órden caminó adelante Gomez de Alvarado con órden suya con docientos hombres; unas veces peleando con los indios y otras sirviéndole, llegó hasta el rio de Maule cuarenta leguas de donde Don Diego de Almagro quedaba, donde supo que lo de adelante era mui poblado de jente y mucho sanado. Por lo ver pasó el rio sin peligro

(1) Así en el orijinal: quizá haya de entenderse "debelado:" del latin *debellare*.

en balsas de carrizo, aunque grande y corre impetuoso, y así llegó cinco jornadas a un río grande que se llama Itata, donde hai reparamientos de indios que agora sirven a la ciudad de la Concepcion (1). Allí se juntaron grande número de naturales comarcanos a aquel territorio para pelear con él. Despues de haberlos desbaratado, como jente que venia sin órden ni escuadron sino tendidos por aquella campaña rasa, que son grandes los llanos que por allí hai, despues de haber castigado y muerto muchos indios, informándose de lo de adelante que era de la manera de aquello, viendo ser jente desnuda y que encima de la tierra no habia oro ni plata como en el Pirú, acordó de volverse a él; y así de conformidad se volvieron todos, no por el camino que habian venido sino por el despoblado de Copiapó, por respeto de no volver a pasar la Cordillera Nevada, donde tan mal les habia sucedido. Aunque con mucho trabajo despues de haber pasado el despoblado y llegados a Atacama, puestos en tierra del Pirú se fueron a Cuzco, donde en ida y vuelta anduvieron mas de mill leguas de camino. Llegado, esparció la nueva de Chille por el Pirú, diciendo si no dejara atras aquella tierra, poblara a Chille; y que despues del Pirú era reino principal. Esta nueva levantó a muchos el deseo venir a Chille, viéndose en el Pirú sin remedio.

CAPITULO III.

De como Pedro de Valdivia salió del Pirú a la conquista de Chille por tierra: y la causa que a ello le movió.

Despues que Don Diego de Almagro llegó al Pirú, como hemos dicho, se movieron diferencias y discordias entre él y el marques Francisco Pizarro sobre la particion de aquel reino, como hombres que de conformidad y compañía lo habian descubierto y poblado. Vino en tanto rompimiento, que los amigos de Francisco Pizarro mataron a Don Diego de Almagro; el cómo y de la manera que fué no estoi obligado a escrebillo, pues no lo tomé a mi cargo sino las cosas y casos de guerra que han acaecido en este reino de Chille. Entre los que mas prenda metieron fué Pedro de Valdivia, a quien Francisco Pizarro habia dado cargo de maestro de campo, así por ser de su tierra de Extremadura, como por tener práctica de guerra de cristianos, la cual habia adquirido y seguido en tiempo del marques de Pescara en la compañía del capitán Herrera, natural de Valladolid, sobre la diferencia y competencia que se tuvo con el rei Francisco de Francia sobre el estado de Milan. Y así, despues de sosegadas las discordias del Pirú, pareciéndole a Valdivia, aunque Francisco Pizarro le diese de comer como en efeto se lo daba, no habia de ser mas de un vecino particular, como hombre que tenia los pensamientos grandes, hallando aparejo para que hubiese efeto su pretension por

(1) Algunas veces pone el MS. *Concepcion*.

la obligacion en que le habia puesto, trató con Francisco Pizarro, que como su capitan y en nombre suyo le enviase con jente a poblar la tierra de Chile; entendiendo que puesto en ella, cualquiera que al Pirú viniese le conformaria el gobierno de aquel reino, o todo faltando, lo negociaria con su Majestad. Francisco Pizarro le quiso pagar y agradecer lo que le habia servido en el Pirú; pues lo que le pedia no era cosa que a él paraba perjuicio, ántes acrecentaba su imperio, le respondió y dijo: que se holgaba dallé contento en todo lo que él quisiere. Concer-tados desta manera, le dió comision para que como su capitan hiciese jente y se fuese cuando quisiese.

Valdivia juntó en breves dias ciento y setenta hombres bien aderezados, pertrechados de armas y otras cosas convenientes para la empresa que traia. Se puso en camino y proveyéndose de ganados y yeguas para la ampliacion de la tierra, y prosiguiendo su jornada llegó al valle de Atacama, ques a la entrada del despoblado; y deteniéndose allí algunos dias para proveerse de matalotaje con que pasar aquellas ochenta leguas de arenales, un soldado de poco ánimo, arrepintiéndose de haber venido en aquella jornada, comenzó a tratar de secreto con otros amigos que tenia, se volviesen al Pirú, pues estaban tan a la puerta dél. Esta plática Valdivia la vino a saber, e informado de la verdad, lo mandó luego ahorcar; y hablando a los demas no derribasen sus ánimos, sino que tuviesen constancia, y pues llevaban una empresa tan principal donde todos serian remediados, no se aniquilase ninguno en hacer semejante torpeza. Después de haberse proveido de bastimento para el camino, entró por el despoblado sin acaecerle cosa que notable fuese; llegó al valle de Copiapó, y desde allí, prosiguiendo su camino, reconociendo la tierra y la dispuscion que tenia, entró en el valle y llano de Mapocho, acariciando los principales que de camino le salian a ver, buscando donde hacer asiento y poblar para desde allí descubrir y visitar la provincia; y siendo informado que en ninguna otra parte hallaria tan buen sitio como en donde estaba, después de haber visto lo demas, pareciéndole ser lo mejor, hizo asiento y pobló donde agora es Santiago. Luego trazó la ciudad y repartió solares en que hiciesen casas algunos caballeros que consigo llevaba y otros soldados de menor condicion, dándoles indios a todos los mas, conforme a la posibilidad de la tierra. Estando ocupado en dar traza y buena órden, así en lo presente como en lo de adelante, acaeció lo que muchas veces se vee en semejantes jornadas, que algunos soldados, amigos de novedades, intentaron y comenzaron a tratar con otros de su condicion, palabras que provocaban a alboroto y motin, diciendo: que habian venido engañados a mala tierra: que mejor les seria volverse al Pirú, que no estar esperando cosa incierta, pues no vian muestra de riqueza encima de la tierra, y que no era cosa justa a hombres de bien, por hacer señor a Valdivia pasar ellos tantos trabajos y necesidades como por delante tenian. A esta plática tomó la mano un caballero de Córdoba que se llamaba Don Martin de Solier, tratando con un Pastrana de Sevilla y con otros, que Valdivia era un soldado cudicioso de mando y que

por mandar habia aborrecido al Pirú, donde el marques le daba de comer, y no lo habia querido, y que agora que los tenia dentro en Chille era cierto serian forzados a todo lo que quisiese hacer dellos sin ser parte para volverse, y que era de hombres cuerdos y prudentes mirar con tiempo lo de adelante y reparallo, ántes que quiriendo no pudiesen; y que aunque les habia dicho que lo haria mui bien con todos, le tenian por hombre de fé incierta y despues haria a su voluntad como le pareciese. Estas cosas que se andaban tratando no pudieron ser tan secreptas que Valdivia no lo viniese a saber, y hecha bien la informacion, halló que era necesario hacer castigo dellos; porque habiéndoles dado la pena que la guerra en tal caso por sus leyes determina, los demas quedarian quitados de semejantes liviandades, no solo para no ejecutallas, mas ni aun para tratallas; y así los mandó prender, y porque no le rogasen, ni importunasen por su salud, mandó a Luis de Toledo, alguacil mayor del campo, que luego los ahorcase y con ellos a otros cuantos que eran culpables, y mandó luego juntar todo el campo, donde les hizo una oracion a costumbre de guerra, los dejó y quedaron todos sosegados. Allí les amonestó se apartasen de semejantes tratos y pláticas tan dañosas, pues dellas no podian resultar ménos que semejantes castigos. Quedó Valdivia con este castigo que hizo tan temido y reputado por hombre de guerra, que todos en jeneral y en particular tenian cuenta en dalle contento y serville en todo lo que queria, y así por esta orden tuvieron de allí adelante.

CAPITULO IV.

De como Pedro de Valdivia pobló la ciudad de Santiago y los indios vinieron sobre los españoles y lo demas que acaeció. Está poblada la ciudad de Santiago en treinta y tres grados.

Despues que Valdivia llegó al llano de Mapocho, visto el sitio y buena apariencia de la tierra, y fertilidad del campo y aparejo bueno que habia para poblar, mejor que en otra parte alguna, pobló una ciudad. Como tengo dicho, púsole por nombre Santiago, tomándolo por abogado como a patron d'España para en los casos de guerra que contra los indios esperaba tener de cada día. Despues desta ciudad poblada, los naturales de su comarca, [que] eran muchos, pareciéndoles que se querian perpetuar hacienda casas para su morada, viendo que eran terribles vecinos, cudiciosos de sus haciendas y mui mandones, conjuraron todos los principales cada uno con sus súbditos para en un día señalado matallos o hacer lo que pudiesen tentando su fortuna. Y acaeció, para que su intencion hubiese efeto, que Valdivia habia salido de la ciudad a buscar bastimento con parte de la jente que tenia, para el sustento del pueblo, que por ser muchos pasaban nescesidad por falta della, y porque tuvo nueva qué el valle de Cachapoal era fértil, abundoso de maices, fué allá, ques dos jornadas de caballo; y como quedaron pocos, entendieron los indios que mejor coyuntura no podian tener para el buen efeto de lo que deseaban.

Teniendo aviso por sus espías, vinieron sobre la ciudad, apellidándose unos a otros, pareciéndoles que para acaballo no habia mas de poner por obra el comienzo y que en él consistia su libertad. Con ímpetu bravo arremetieron por el pueblo quemando algunas casas, mostrando su braveza. Los españoles, que entendieron su venida, se juntaron con el servicio extranjero que del Pirú habian traído a unos paredones, tomándolos por defensa y reparo, y de allí salian a pelear con los indios, los que mas bien armados y mejores caballos tenian, unas veces ganando y otras perdiendo. Los indios los apretaron de tal manera que, aunque los desbarataban los españoles, se volvian a rehacer, y así les ganaron toda la ciudad, sino fué solamente el poco sitio donde estaban; y una vez que con buena determinacion se metieron entre los indios por los romper del todo les mataron dos soldados que habian peleado bien, y faltándoles socorro, los hicieron pedazos en la plaza, que era donde se peleaba; con esta suerte se mostraron mas bravos que de ántes. Alonso de Monroy, a quien Valdivia habia dejado encomendada la ciudad, le envió a dar aviso haciéndole saber el aprieto en que estaba. Con presteza no creible vino luego, aunque no tan secreto, que los indios lo supiesen primero que llegase. Considerando que pues no los habian podido desbaratar hasta allí, ménos lo harian viniéndoles socorro, y que les habian muerto trecientos indios y peleaban tan valientemente, viendo [los] golpes de lanzas y cuchilladas que les daban tan bravas, en especial un clérigo natural de Sanlúcar, llamado Lobo, que así andaba entre ellos como lobo entre pobres ovejas; con este temor alzaron el campo y se volvieron a sus tierras, habiendo primero tratado entre sí dar muestra de paz para su reparo y que despues harian como el tiempo les dijese.

X Valdivia, llegado a la ciudad, fué rescibido alegremente, y comenzó a dar órden como sosegar a los indios y por mañas traerlos a su amistad y servicio, prometiéndoles perdon de lo pasado, si en ellos habia enmienda. Dijéronle los señores principales que no solo le servirian sino que le darian un atambor lleno de oro, y que para ello enviase algunos cristianos que lo recibiesen, que ellos tenian las minas en su tierra y le querian hacer aquel servicio; y como era costumbre entre todos ellos sacar oro para el tributo que pagaban a los Ingas, creyó que lo hicieran así como se lo habian dicho. Dándoles crédito y entendiendo que habria efeto, envió al capitan Gonzalo de los Rios, que era su mayordomo, con doce hombres; mandándole que rescibiese el oro y diese órden como se hiciese un barco grande para enviar al Pirú por jente, de que tenia necesidad, y para el efeto envió con él carpinteros hombres pláticos de hacer navios: considerando que enviar al Pirú por tierra era jornada larga y habian de pasar por entre jente de guerra tantas leguas de camino, y que por la mar costa a costa se iba con mas seguridad y brevedad. Pues llegados que fueron al valle de Guillota, pidióles el capitan indios para cortar madera de que se hiciesen tablas para el barco; diéronselos cautelosamente muchos mas de los que pidió por descuidallo, y asimesmo comenzaron a sacar el oro de que habia abundancia en las minas; y un

dia que los vieron descuidados, vino el señor principal del valle con unos granos de oro gruesos como nueces al capitán Gonzalo de los Ríos, dejando toda su jente emboscada junto a ellos, y le dijo: "señor, toma este oro, que como este te daremos breve lo que prometimos a Valdivia." Gonzalo de los Ríos tomó el oro, y estándolo mirando, el indio alargó la mano, y sacándole el espada de la cinta, le tiró una estocada con ella y dió voces llamando su jente. Salieron de sobresalto contra todos ellos con tanto ímpetu, que aunque estuvieran sobre aviso los mataran todos, como los mataron, dándoles tantos flechazos por el cuerpo, teniéndolos cercados, que los pobres españoles, viéndose en tanta necesidad, pelearon desesperadamente sin que quedase ninguno dellos a vida, sino fué el capitán Gonzalo de los Ríos y un negro, que acertaron a tener los caballos ensillados cuando oyeron salir los indios de la emboscada; y como el indio le sacó al capitán la espada de la cinta, huyeron a los caballos y llegaron a la ciudad de Santiago diez y seis leguas de camino en un día, donde Valdivia fué avisado de lo subcedido. X

Luego salió de la ciudad con cuarenta hombres, y llegado al valle, halló algunos indios que tenían de su servicio los españoles que habían sido muertos, y algunos anaconas (1) del Pirú que se habían escondido. Después de haberlos recojido, reconociendo el sitio y postura del valle, entendió era necesario para sujetar aquellos indios hacer un fuerte y que en él estuviere guarnición de ordinario. Visto el lugar conveniente, trazó una casa, y con toda la diligencia posible, unos cortando madera y otros haciendo adobes sin hacer diferencia de personas, los mas caballeros y jente principal eran los primeros que se cargaban de lo que convenia; y como cosa en que consistia su remedio, fué en breve tiempo acabada de poner en defensa, para que con seguridad pudiese estar en ella la jente que bastase, y por otra parte dando órden en hacer sementeras de maiz y quitar a los indios que no hiciesen las suyas, proveyendo en sacar oro con el servicio que tenia, como hombre prudente en una cosa proveyó muchas, pues con facilidad todo se podia hacer. Los indios, visto la órden que los cristianos tenían y que de tiempo a tiempo se mudaban, unos iban a la ciudad y otros venian, y que ellos no podian sembrar ni salir al valle, comenzaron a venir de paz y servir. Viendo que a los que venian no se les hacia daño alguno, ántes los recibian bien, extendida la voz, venian muchos de cada día. De esta manera se fué aumentando aquel valle, y desde aquel otros comarcanos, de lo cual fué instrumento el fuerte que se hizo en él; pues habiendo proveido en acreditar la tierra con buena parte de oro que habia sacado, le pareció ser ya acertado enviar al Pirú alguna muestra. Tratando en ello, halló algunos caballeros con voluntad de serville en aquella jornada de Valdivia: con promesas que les hizo se concertó con el capitán Alonso de Monroy y Pedro de Miranda, que después fué vecino en la ciudad de Santiago, y otros cuatro

(1) Lo mismo que *yanaconas*, indios de servicio.

soldados fuesen con la nueva de la tierra de Chile e informasen en el Pirú al que gobernase aquel reino.

CAPITULO V.

De como Pedro de Valdivia envió al Pirú al capitan Alonso de Monroy por jente y de lo que le sucedió.

X Despues que Valdivia vió el mucho oro que de las minas sacaban y entendió que en jeneral era así y que los indios alzados venian a darle paz, pareciéndole se hallaba con poca jente para asentar la provincia, quiso inviar personas al reino del Pirú que diesen razon de lo mucho que serian aprovechados los que viniesen, dándoles a entender la grose-
dad grande quel reino tenia de naturales, así como de oro; y para que hubiese buen efeto envió al capitan Alonso de Monroy, que era caballero y en el Pirú conocido, de buen crédito, hombre de verdad y buen entendimiento, y con él a Pedro de Miranda con otros cuatro soldados en su compañía, porque mejor y con mas seguridad pudiesen pasar ayudándose unos a otros. Y para que en el Pirú les diesen crédito ser la tierra de Chile próspera, mandó que todos hiciesen los estribos de las sillas, guarniciones despadas, todo de oro, con otras cosas en que lo podían llevar sin nenguna pesadumbre para jornada tan larga. X Con esta orden salieron de Santiago despues de despedirse de sus amigos, caminando con cuidado, recatándose siempre de los indios, que aunque algunos estaban de paz, era cautelosa. Llegaron al valle de Copiapó, que está de la ciudad de Santiago ciento y veinte leguas, donde queriendo proveerse de algún matalotaje para el despoblado, fueron salteados de los indios; peleando con ellos, sin dejellos subir a caballo, ni dalles lugar para ello, mataron a los cuatro, y al capitan Monroy y Pedro de Miranda prendieron y los llevaron presos a un ayuntamiento de principales que estaban bebiendo a su usanza, donde llegados, los indios regocijaron mas su conversacion con ellos.

Fué Dios servido que sin pensarlo y acaso vió allí Pedro de Miranda una flauta, la cual tomó y comenzó a tocar, que lo sabia hacer. Como los principales indios lo vieron, dióles tanto contento la voz y música della que le rogaron los vezase (1) a tañer, y no lo matarian. El, como hombre sagaz, viendo que no le iba ménos que la vida, les dijo que lo haria y les mostraria mui bien; mas que les rogaba que al capitan Monroy no lo matasen, que era su amigo y le queria mucho. Fué tanto lo que persuadió a aquellos principales con la flauta, que condescendieron a su petición, remedando en parte a Orfeo, cuando fué en busca de su mujer al infierno. Dijéronle que por su amor lo harian, mas que Monroy les habia de servir de caballero y mostralles a andar a caballo, quedando

(1) Está por *avezase*.

con esta órden. Desde allí adelante les pusieron guardias porque no se les huyesen: ellos entre sí siempre comunicaban en su libertad y cómo se huirían. Sacando los principales al campo los hacían subir a caballo y les decían cómo y de la manera que se habían de poner, de que recibían grandísimo placer en saber manejar sus caballos, tocar la flauta, que todo lo tomaban bien. Un día después de haber entre sí comunicado la órden que tendrían para libertarse, escondieron dentro de los borceguíes cada uno un cuchillo bien amolado, que otras armas no las podían llevar a causa que siendo vistas se las quitaran o los mataran sospechando dellos mal. Aquel día, viendo tiempo cual siempre estuvieron esperando, salieron al campo al ejercicio ordinario, y viendo oportunidad para su desinio, arremetieron a los principales, que eran dos. Estando todos cuatro a caballo les dieron de puñaladas, de manera que dejándolos mal heridos, fueron de presto al alojamiento donde vivían, tomando algunas armas, que por respeto de dejar los principales heridos en el campo lo pudieron hacer. Los indios viendo a sus señores a la muerte, procurándoles algun remedio, pudo Monroy irse a su salvo, y porque no quedase cosa que les dañase atrás, mandaron a Barrientos, que estaba allí con ellos, subiese a caballo. El cual Barrientos (por otro nombre se llamaba Gasco) estaba entre los indios preso muchos días había, no pudiendo hacer otra cosa, aunque se quisiera quedar allí, porque lo mataran, y con lo que repentinamente pudieron haber porque les convenía así, ántes que los indios se juntasen, se metieron por el despoblado: cosa de grandísimo temor pensar de caminar ochenta leguas de arenales sin llevar qué comer para ellos ni para los caballos; donde les acaeció, como dicen de ordinario a los hombres que con ánimo valeroso se determinan a cosas grandes, cuando son justas Dios les favorece. Porque yendo tristes y desconsolados, faltos de toda cosa, les deparó su suerte en el despoblado un carnero cargado de maíz, que les pareció ser milagro. Teniendo el carnero en su poder, repartieron el maíz entre ellos lo que bastaba para el camino; lo demás dieron a sus caballos, y con los tasajos que del carnero hicieron, tuvieron matalotaje con que llegaron a Atacama. Allí hallaron comida la que hubieron menester, deteniéndose poco por respeto de que no les acaesciese otro reves de fortuna, y pasaron adelante su camino.

Entrando por la tierra de Pirú, supieron como Don Diego de Almagro, hijo del adelantado, era muerto, y también el marques Francisco Pizarro, y que gobernaba el reino del Pirú el licenciado Vaca de Castro. Con esta nueva, yendo en su busca, lo fueron a hallar en el rio de Calcas cerca de Guamanga, donde fueron dél bien recibidos; dándole cuenta de su peregrinacion. Fué grandemente tratado ser viaje próspero para los que quisiesen ir a él, por ser grande la voz que dió en el campo los estribos de oro que llevaban, viéndolos presentes en obra tosca juntamente con lo que decían, y los presentes vian, les levantaron los ánimos tratando de cosas de Chille. Vaca de Castro desde algunos días les dió setenta hombres bien aderezados con que se volviese, y no le

dió mas porque en aquel tiempo habia acabado de ganar la batalla de Chupas y estaba sospechoso de la jente que tenia. Con este número Alonso de Monroy se volvió a Chille proveyéndose en Atacama para pasar al despoblado; llegó a Copiapó, donde en aquel valle siendo conocido, los principales señores lo vinieron a ver y le dieron los estribos de oro que habian quitado a sus compañeros, cuando los mataron. Dióles a entender que de allí adelante fuesen buenos y mirasen que los cristianos habian de permanecer: no quisiesen perder sus vidas bestialmente, sino conservarse con ellos en amistad. Pasando adelante su camino llegaron a Santiago, donde fué en jeneral bien rescebido.

CAPITULO VI.

De las cosas que hizo Valdivia despues que llegó el capitan Alonso de Monroy a Santiago.

Llegado Alonso de Monroy con la jente que le dió Vaca de Castro, Valdivia envió luego a conquistar los valles comarcanos y traellos de paz; y porque el valle de Chille era mejor y mas bien poblado que otro ninguno, lo tomó para sí, y tambien porque en sus tierras tenian minas ricas de oro. Habiendo tomado relacion y memoria de todos los indios que en la comarca de Santiago habia, considerando quel valle de Copiapó y el del Guaco y Limari con otros a ellos comarcanos era imposible servir a Santiago por la mucha distancia que habia, mandó al capitan Francisco de Aguirre que con los soldados que le señalaba fuese a poblar donde agora es la ciudad de la Serena; que ya de aquel asiento tenia plática cuando por allí pasó que venia del Pirú. Teniendo atención a lo arriba dicho, yendo su jornada llegó al valle de Chille. Hallando buen servicio en los naturales hizo alto algunos dias, refrescando los caballos, que en aquel tiempo eran tenidos en mucho, porque valia un caballo mill ducados y otros dos mill y así a este precio. Francisco de Aguirre tuvo noticia que algunos indios servian mal y persuadian a otros a no servir en el mesmo valle; parecióle seria bien hacer algun castigo en algunos que por no servir estaban huidos, poniendo temor a los demas, de manera que se asentasen mejor por tener, como tienen todos los indios en jeneral en este reino de Chille, condicion de villanos. Pues para el efecto dicho salió una noche al cuarto del alba y dió en la parte que estaban recojidos; tomó algunos y mucha chusma de muchachos y mujeres. Con toda la presa se volvió a su alojamiento, haciéndolo saber a Valdivia: creyó que por allí ganaria mas gracia con él, y subcedióle al contrario, que como lo supo se indignó de tal manera, que le mandó dejase la jornada y se viniese con la jente que llevaba. Llegado a Santiago, despues de haber dado su descargo, pasando algunos dias que no se trataba mas en ir a poblar a aquella ciudad, un caballero, llamado Juan Bohon de nombre, le pidió a Valdivia por merced le diese aquella impresa, y Valdivia se la concedió; Juan Bohon con la jente que Fran-

cisco de Aguirre habia llevado se partió. Llegado a la Serena, viendo el asiento ser tal y tan a propósito, pobló conforme a la orden que llevaba y le puso nombre la Serena, que por nombre de los indios se llamaba y llama el asiento Coquimbo. Está esta ciudad en 29 grados y tres tercios; y para mejor cumplir con lo que a su cargo habia tomado, anduvo conquistando algunos valles trayéndolos de paz.

En este tiempo Valdivia, viendo que en los términos de Santiago no tenia indios para cumplir con todos los que consigo tenia, porque habia tomado para sí la mejor y mayor parte de los valles, quiso dalles contento sabiendo que muchos estaban sin él, y para el efeto apercibió ochenta hombres, diciéndoles era informado que la tierra de adelante era mejor que la de Santiago, mas poblada y rica, y que dello estaba cierto: que tenia voluntad para que entendiesen ser así dalle una vista, y verian que habia jente en la provincia para dar indios a muchos mas cristianos de los que al presente tenia. Todos alegres, con deseo de verlo, salieron con él. Pasado el rio de Maule, que está treinta (1) leguas de Santiago, yendo la tierra adentro, informándose de los caciques como se llamaban y las tierras que tenian, llegó al rio de Itata, que estaba bien poblado: corre este rio por tierra llana fructífera. Mui contentos todos, viendo la buena dispusicion que iba descubriendo la tierra, y por la informacion que tomaban y lo que vian y entendian era mejor lo de adelante, iban descubriendo en lo que hasta allí habian visto y así llegaron al asiento donde agora está poblada la ciudad de la Concepcion. Viendo el sitio que para poblar allí tenia, con un buen puerto para navios, pasó adelante a ver el rio de Biobio, que es mayor que ninguno otro del reino, y parece mucho mayor por extenderse en tierra llana a la entrada de la mar, bien poblado de jente. Habiendo tomado plática de todo lo de adelante, ántes que los indios se acabasen de juntar para pelear con él, y siendo informado le tomaban los pasos, acordó retirarse con tanta presteza, que dando muestra de hacer dormida, dejando fuegos encendidos, se retiró de noche hasta salir a lo llano, y de allí se volvió a Santiago. Despues de haber reposado algunos dias repartió de los caciques indios que traia por memoria, y dió algunos de los que fueron con él.

Todos en jeneral, como vieron la grosedad de la tierra, daban a entender [que] la falta que tenia Valdivia era de jente para poblar lo de adelante. Ocupado en mandar conquistar y asentar los términos de Santiago, puesto en quietud lo mas y mejor de la comarca, como era astuto, pensó una cautela para hacer lo que tanto habia que tenia en su pecho determinado, y fué que en público y en secreto trataba de enviar al Pirú por jente a Francisco de Villagra (2) y a Gerónimo de Aldere-

(1) El MS. pone encima 40 y al márjen 42 leguas.

(2) El autor nombra siempre a este conquistador «Villagrav», y lo mismo hacen otros historiadores. En algunas obras, sin embargo, se le llama Villagran.

te, hombres principales que despues ambos fueron gobernadores, diciendo que les daria dineros que llevasen y poder para que les obligasen. Dando esta orden que a todos parecia bien, rogando a algunos de los que al Pirú querian ir allá, les ayudasen y acreditasen en lo que pudiesen. Muchos con licencia que tenian y Valdivia les habia dado para ir al Pirú, juntamente con algunos mercaderes que estaban de partida, como hombre que pensaba hacer lo que hizo, amigablemente daba licencia a todos los que la querian, diciendo que con la voz del oro que llevaban vernia mucha mas jente del Pirú de cada dia. Estando el navio en el puerto, que está diez y seis leguas de la ciudad, comenzaron a irse algunos y entre ellos otros soldados que habian adquirido algun oro en las minas, cada uno con su servicio; y de algunas cabras que habian traído, que valian cada una cien pesos y mas, y otros ganados, desvelándose los pobres en juntar algun dinero para irse a sus tierras.

Estando todos en la mar con sus amigos para embarcarse llegó Pedro de Valdivia, sin haber comunicado cosa alguna de su desinio con nadie, mas de con pura sagacidad y astucia para hacer lo que hizo despues de haber llegado, diciendo que venia a despachallos y escrebir al Rei y a otras personas favoreciesen las cosas de Chille. Comiendo y holgándose todos los pasajeros, esperando el irse a embarcar, los descuidó en buena conversacion y mandó a los marineros de secreto le trajesen el batel y le diesen aviso. Ellos lo hicieron así, porque en aquel tiempo Valdivia era temido de todos en jeneral por su mucho rigor, no osaron hacer menos de como les fué mandado, sabiendo ahorcaba a los hombres fácilmente, y que mas a manera de tirano eran sus cosas de lo que decirse podria. Valdivia, como tenia tanta ixperiencia del mundo, parecíale que miéntras no tuviese mejor título del que tenia para que no se le atreviesen, era necesario hacello así: de manera que dándole aviso estaba el barco en la playa, salió disimuladamente ácia la mar y se metió en él y mandó le llevasen al navio donde todos los que estaban en tierra tenian su oro, número de noventa mill pesos. Luego mandó volver el barco a tierra y que se embarcasen Gerónimo de Alderete y los capitanes Juan Jufre, Diego Garcia de Caceres, Diego Oro, Juan de Cardeña, Don Antonio Beltran, Alvar Martinez, Vicencio de Monte. Llegados al navio, mandó levantar las áncoras y dar la vela navegando ácia el Pirú.

Los que quedaban en tierra y vian que les llevaba su oro, bien sentiréis lo que podian decir: eran tantos los vituperios y maldiciones, que ponian temor a los oyentes. Habiéndoles dejado orden que respetasen y tuviesen a Francisco de Villagra por su teniente, consolándolos que él volveria breve con jente para ampliar el reino y que de sus haciendas pagasen el oro que llevaba, a cada uno conforme a lo que pareciese por el registro. Los pobres que quedaron en el puerto animándose unos con otros, se volvieron a Santiago visto que otra cosa no podian hacer. Un trompeta que allí estaba, llamado Alonso de Torres, que despues fué vecino en la Serena, viendo el navio ir a la vela, comenzó a tocar su

trompeta diciendo: cata el lobo Doña Juanica, cata el lobo Doña.... de que los presentes, aunque tristes y quejosos, no pudieron dejar de reir, y en el instante dió con la trompeta en una piedra donde la hizo pedazos; y así llegaron a Santiago, entre ellos un soldado llamado de nombre Francisco Pinel, a quien Valdivia habia llevado tres mill pesos en el navio a vueltas de lo demas: anduvo mas tiempo de un año imajinativo y pensoso por su dinero, hasta que Valdivia volvió al gobierno de Chile; habiéndole pedido le pagase, como no se lo dió entreteniéndolo con palabras, hasta que un dia lo despidió mal de sí, el pobre de poco ánimo, desesperado, se ahorcó (1).

X CAPITULO VII.

De las cosas que acaecieron en Chile, despues que Valdivia salió del reino.

Volviendo al capitan Joan Bohon, que habia ido a poblar la ciudad de la Serena, despues de haber traído de paz los repartimientos que junto al pueblo estaban. Salido Valdivia del reino con la buena suerte que habia hecho, quiso el capitan Joan Bohon ir a sentar el valle de Copiapó, por tener seguro y abierto aquel camino para los que del reino del Pirú viniesen a Chile; porque aquellos indios como jente tan belicosa hacian suerte en algunos que por allí pasaban. Llegado a aqueste valle, le salieron a servir de paz cautelosamente, y una mañana, como capitan bisoño y mal plático de guerra, imprudente de lo que convenia a su seguridad, no teniendo guardia que le segurase el campo, los indios dieron en él, y ántes que se pudiesen juntar para pelear y defenderse, con grandísima braveza los mataron todos, no escapando ninguno dellos, que eran treinta y dos soldados: solo a Joan Bohon prendieron, y atadas las manos con una cruz que él solia traer en un baston, diciendo que con aquella en la mano trairia de paz todo el reino de Chile, le trajeron por todo el valle triunfando dél y de su miseria, al cual dieron muerte tan cruel, que usando de muchas maneras de crueldades a lo último le ahorcaron. Algunos quisieron decir habiéndolo visto ahorcado, y por plática entre los indios, que tenia cruces señaladas en las espaldas y en los pechos; pudo ser, como era buen cristiano, fuese Dios servido que la cruz que él traia en la mano, siendo como debia de ser su intencion buena, se mostrase en su cuerpo para felicidad de su ánima. Sabido en la ciudad de la Serena, los que en ella habian quedado miraron por sí viviendo recatados con los naturales y dieron aviso a la ciudad de Santiago. Respondióles Francisco de Villagra mirasen por su pueblo, que al presente no tenia jente que podelles enviar, o que hiciesen lo que les pareciere: no se quisieron ir a Santiago con la pretension que tenian de ser vecinos

(1) En una nota que se halla al final de este capítulo se lee: "*Pagó a todos con ven-taja, de su propia hacienda.*"

en aquella ciudad, pareciéndoles podrian sustentarse por haber pocos indios en aquella comarca.

CAPITULO VIII.

De las cosas que hizo Villagra despues que quedó por capitán de Valdivia y de la muerte de Pedro Sancho.

Quedando Francisco de Villagra en la ciudad de Santiago por capitán de Valdivia, como a persona que lo tenia por amigo y fiaba dél toda cosa, estando en el mando y cargo acaeci6 que un hidalgo principal casado en Toledo, llamado de nombre Pedro Sancho de la Hoz, habia llegado poco habia de España, al cual el emperador Don Carlos le habia hecho merced de la gobernacion que alcanzase desde el estrecho de Magallanes abajo trecientas leguas la costa de Chille (1) ácia lo que Valdivia tenia poblado; y aunque traia la provision y merced que le fué fecha, no osó ponerse al gobierno por temor que tuvo de Valdivia; mas despues que Valdivia fué ido al Pirú y ausente del reino, comenzó a tratar que pues era ido y se creia no volveria mas a Chille, teniendo él por cédula la gobernacion, mas justo era gobernarla él que otro alguno. Estas cosas las comunicaba con amigos y aquellos las trataban con otros, por donde se vino a saber, que aunque en público las dijera parecieseran bien; pues la merced y título que tenia era el verdadero; mas estaban las cosas en Chille tan vedrosas en aquel tiempo, que Villagra, pareciéndole que [le] darian el cargo y gobierno del reino, como lo supo, comenzó a guardarse recatándose de allí adelante, diciendo lo querian matar y alzarse contra él, lo cual se dijo entre algunos que para salir con ello era menester matallo, porque despues no habria impedimento alguno. Informado Villagra de sus amigos, hizo informacion contra él por escrito, y a su parescer hallándolo culpable, lo mandó prender y luego cortalle la cabeza, cosa de grande crueldad. Muerto Pedro Sancho, quedó Villagra en quietud, sustentando lo que Valdivia le habia dejado a su cargo. Hízose bien quisto con muchos ganádoles la voluntad, grajeándolos, trató y puso en efeto una gran cautela debajo de amistad bien debida a Valdivia, que la ambicion y deseo de mando le hizo poner por obra: que mandó y dió orden en hacer dos probanzas, la una en favor de Valdivia y la otra en contra, y hechas, que halló testigos para todo, mandó hacer una fragata, y en ella envió al Pirú algunos que con Valdivia estaban mal y tenian quejas dél, para que allá hiciesen como que les pareciese, y con ellos envió a Pedro de Villagra, que despues fué gobernador, el cual decia llevaba las probanzas consigo envueltas en gran maldad, para si hallase a Valdivia mal puesto con el que gobernaba al Pirú, le ayudase a derribar con la que llevase contra él; y si lo hallase bien puesto, lo pidiese en nombre del reino y presentase en su favor la otra probanza: todo esto lo

(1) El MS. pone jeneralmente *Chille*, alguna vez *Chile*.

vino despues a saber Valdivia y dello resultó a Villagra mucho daño y desasosiego. Siéndole pues a Valdivia el tiempo favorable, llegó al puerto de Arica, donde supo que el licenciado Gasca estaba en Lima, y los poderes grandes que traia del emperador Don Cárlos, y cómo Gonzalo Pizarro tenia el reino tiranizado, aunque esto ya él lo sabia ántes que saliese de Chille por cartas que de Pizarro habia tenido, el secreto de las cuales reservó para sí. De allí hizo vela a los Reyes: llegado al puerto, supo que el licenciado Gasca iba caminando en busca de Gonzalo Pizarro ácia el valle de Jaquijaguana. Tomando cabalgaduras para él y sus criados y amigos, se dió tanta priesa que lo alcanzó breve. Viéndose con él, fué bien recibido y le hizo mucha honra y merced en tratamiento; y como Valdivia era conocido y tenido por hombre de guerra, el licenciado Gasca le rogó que mandase en todo lo que viesse que al servicio de su Majestad convenia, porque él en su nombre se lo mandaba y en el suyo se lo pedia por merced, pues habia coyuntura que tanto efeto podia hacer su venida; y así Valdivia sin cargo alguno, sino como hombre privado, andaba en el campo y mandaba todo lo que a él le parecia que convenia; y subcediendo lo que todos saben, sabida la historia por parte del Rei, hallándose Valdivia en su acompañamiento, siéndole conforme a su disinio favorable la suerte y pretension que tenia. Estando bien puesto con el licenciado Gasca, vueltos que fueron a Lima, comenzó a tratar en sus negocios pidiéndole la gobernacion de Chille, tratándose tan lustrosamente y con tanta jenerosidad, que todo lo que decia y hacia era al licenciado Gasca mui acepto y le parecia bien, teniéndole por mui hombre. Supo negociar tan bien, que con algunas personas principales que le ayudaban alcanzó la merced que él pretendia por palabra.

CAPITULO IX.

De como volviendo Valdivia a Chile por gobernador, el capitan Pedro de Hinojosa le volvió preso del camino por órden del presidente Gasca.

Despues que Valdivia hubo alcanzado la merced que pretendia, pidió licencia al licenciado Gasca para irse, el cual se la dió con provision y título de gobernador, y ansímismo le dió algunos desterrados que iban del Pirú para Castilla que los llevase a Chille, y otros que estaban en la cárcel que habian sido secuaces de Gonzalo Pizarro, teniéndolos para castigar, Valdivia los pidió al licenciado Gasca le hiciese de ellos merced; el cual se la concedió, pues iban a servir al Rei y en tierra nueva, comutándoles la pena en aquel nombre de destierro. Siguiendo su camino llegó a Arica, donde estándose proveyendo de algunas cosas para su viaje, formaron delante del presidente muchas quejas de él: estas por cartas que enviaron de Arequipa y de otras partes diciendo que iba amotinado y en deservicio de el Rei; porque los que iban con él robaban a los indios por donde pasaban y los metian en colleras, y que a los españoles que topaban por el camino les quitaban sus haciendas, los cuales los

males los hacia Valdivia todos, pues los consentia. Esto inclinó en tanta manera al presidente Gasca que mandó luego al capitán Pedro de Hinojosa, jeneral que habia sido en el Pirú en servicio del Rei contra Gonzalo Pizarro, fuese tras de él y donde lo alcanzase lo volviese preso. Hinojosa tomó veinte soldados arcabuceros, y se dió tanta prisa a caminar, que ántes que Valdivia saliese de Arica lo alcanzó, y con todo buen término le dió a entender su venida y de lo que el presidente le mandaba. Valdivia le dijo que mucho en hora buena se hiciese así; aunque algunos soldados amigos y criados que allí consigo tenia, le dijeron que si queria lo defenderian y se irian su jornada. A estos reprehendió gravemente y proveyó que sus criados caminasen a Chile, y la jente que estaba en camino con los capitanes que la llevaban a su cargo, continuasen su viaje; y él se volvió preso a Lima con Hinojosa.

Antes que llegase en la corte del presidente habia varios pareceres, y unos decian que volveria, otros que no, ántes se afirmaban que como era hombre de guerra y habia recebido aquella befa, lo queria apostar, y que fácilmente lo podria hacer, pues llevaba jente consigo y se le llegarían otros muchos. Tratándose de ordinario en esto, llegó nueva de como venia Hinojosa y Valdivia con él, de que el presidente Gasca, viendo aquel nublado deshecho, rescibió grandísimo placer, en haber sucedido bien caso tan dudoso, mandó que le diesen cárcel conforme a su persona. Desde a pocos dias, conocida su humildad, de la cual no le hacian sus émulos, y que era mentira lo que de él se habia dicho, teniendo tan buenos amigos y terceros, en especial un caballero de el hábito de Santiago llamado Alonso de Alvarado, mariscal de el Pirú, que habia venido con el presidente Gasca de Castilla y servido a su Majestad en aquella guerra, tuvo tan buenos medios en negociar, que breve le fué concedida licencia para irse.

En este tiempo parece andaba la fortuna jugando con Valdivia por las muchas contrariedades que de ordinario se le ofrecian; porque estándose aprestando para su viaje, llegaron a la ciudad de los Reyes los que iban en la fragata contra él. Puestos delante del licenciado Gasca, formaron su querrela, diciendo de Valdivia muchos males: respondiéndoles que diesen informacion de lo que decian, y como eran hombres mal pláticos de negocios, quejándose los treinta hombres que iban, entendiendo que cuanto mas fuesen las quejas mas hacian en su caso, siendo ellos propios los que habian de atestiguar contra él. Habiendo todos quejado, no tuvieron con quien probar lo que decian; porque el que llevaba las probanzas, como lo vido bien puesto, conforme a la órden que tenia, no las quiso presentar, porque no se entendiese le abonaba en lo que podia. Viéndose engañados, y que no podían hacer el efeto que descaban, ni dar la informacion que les pedian, y que volvia por gobernador, procuraron reconciliarse con él. Valdivia les prometió pagar todo el dinero que habia tomado, y que les daría de comer, que es dalles repartimientos de indios, a todos, y que fuesen amigos de allí adelante. Confirmados en amistad, le dió el presidente Gasca una galera que habia

hecho en Panamá para venir en ella a Lima cuando vino de Castilla, la cual Valdivia deshizo en Chille porque de armada no la podia sustentar, y le dió ansimesmo un navio en que se embarcó, que por quitar el decir a sus enemigos no quiso ir por tierra.

Navegando con buen tiempo llegó a la ciudad de la Serena, y mandó salir en tierra algunos hombres que fuesen a la ciudad y diesen aviso al pueblo de su llegada. Estos soldados llegaron a la ciudad y no hallaron jente alguna, que pocos dias habia los indios comarcanos, pareciéndoles que tambien eran ellos hombres como los de Copiapó, se concertaron todos y una mañana al amanecer entraron en la ciudad repartidos por su órden tantos a cada uno, fueron a sus casas como hombres que las sabian bien, dando en jeneral una grita. Los españoles, que salieron a ella, ántes que se juntasen ni aprovechasen de cosa alguna en su defensa, los mataron todos, no escapando mas de un pobre hombre metido en un horno. Este llevó la nueva a Santiago, escondiéndose de dia y caminando de noche. Visto por Valdivia que no tenia a que detenerse allí, navegó al puerto de Santiago. Llegado, envió hacer saber estaba allí, y viniéronle a ver los amigos que en la ciudad tenia. En este mismo tiempo, entre la jente que venia por tierra cuando Valdivia volvió preso de Arica, dos capitanes que venian por órden suya, sobre el mandar y otras cosas que se ofrecieron, vinieron en discordia, llamado el uno Juan Jufre y el otro Francisco de Ulloa, en que el capitan Juan Jufre se adelantó y prendió al capitan Francisco de Ulloa, y descompuesto de la jente lo trajo consigo. Despues entre ellos hubo largo pleito hasta que vino por gobernador de Chille Don Garcia de Mendoza, que conociendo de la causa, fué condenado el capitan Juan Jufre por el licenciado Hernando de Santillan que volviere a Ulloa cierta cantidad de dineros en recompensa de las cosas que le tomaron los soldados que consigo llevaba. Siendo todos llegados a Santiago, Valdivia se comenzó a aderezar para ir a conquistar la tierra de Arauco.

CAPITULO X.

De como Valdivia salió de Santiago a conquistar la tierra de Arauco y de la batalla que los indios le dieron en el valle de Andalien.

Viéndose Pedro de Valdivia en Chille rescibido por gobernador en nombre del Rei y con jente la que habia menester y deseado para ampliar el reino, procuró de los que le eran enemigos hacerlos amigos y los amigos confirmallos mas en amistad, dando órden como pagar el oro que les habia tomado cuando se fué al Pirú y de proveer algunos soldados de armas y caballos para salir a la conquista. Como hombre que tenia grande experiencia de cargos y cosas de guerra, para que en lo de adelante y presente no tuviese de quien recatarse, ni de quien tener sospecha que contra él podria hacer movimiento alguno en el reino, y que convenia así; aprovechándose de la discrecion que tenia, llamó un dia a Francisco de Villa-

gra, a quien habia dejado por su teniente, y le dijo que lo mucho que le debia no se lo podia pagar en tiempo alguno con lo que en Chile podia hacer por él: conforme a su deseco, qué pretendia enviallo al Pirú para que hiciese jente toda la que pudiese, y que con ella tomase el camino de Imagulo, que era la noticia que se habia publicado y el capitán Diego Rojas habia llevado, que era la mejor jornada que podia llevar: que él esperaba en Dios hacello señor por aquel camino tan noble, y que para ello hallaria propicio al licenciado Gasca. Villagra estuvo dudando entre sí y algo temeroso, porque [de] enviallo Valdivia al Pirú entendia le pidirian la muerte de Pedro Sancho, a quien habia cortado la cabeza; mas viendo que no podia hacer otra cosa, se conformó con su voluntad, aunque contra la suya; y así para su reparo, como hombre que de ello iba temeroso, llevó la informacion que habia hecho contra Pedro Sancho, porque si allá le pidiesen [cuenta] tuviese con que repararse. Decian que apartar Valdivia a Villagra de sí no era por amor que le tuviese, ni de hacello señor como él decia; sino porque supo que en su ausencia no le habia sido amigo, y en sus cosas no habia estado bien con ellas, y que por este camino, apartándolo de sí, daria olvido a la venganza, que cierto Valdivia, despues que tuvo la gobernacion por el Rei, mudó mucho en costumbre y condicion, aplicándose en muchas cosas a la virtud. Villagra hizo su camino al Pirú, donde le sucedió como adelante se dirá.

Andando Valdivia dando órden para su partida con mucho contento, quiso un dia hacer mal a [un] caballo en la plaza de Santiago; de su mohina cayó el caballo con él. Tomándole una pierna debajo se le quebró, por cuyo respeto se detuvo en salir a la jornada que tenia tan a la mano; no embargante este suceso adverso, proveyó luego que un capitán llamado Francisco de Aguirre, hombre principal, fuese con jente a poblar la ciudad de la Serena y castigar la muerte del capitán Juan Bohon. Habiéndole señalado los que con él habian de ir, se partió con ánimo determinado de dar buena cuenta de lo que llevaba a su cargo, y lo hizo así, porque como hombre que lo entendia, hizo luego que llegó un fuerte torreado y bien cercado, donde con seguridad estaban de ordinario. Puesto bien en defensa, dejando los soldados que le pareció bastaban a guardallo, con los demas salió a correr los valles, castigando los culpables en las muertes pasadas. Asentó todo el término de aquella ciudad ganando en ello mucha reputacion y gloria, por ser cosa importante tener seguro aquel paso para los que venian por tierra del Pirú, que como pasaban sin contraste alguno levantaron el nombre de Aguirre en gran manera. En este tiempo siendo Valdivia sano de la pierna que tenia quebrada, salió de Santiago con ciento y setenta hombres mui bien aderezados y armados por el camino de los llanos; llegó al rio de Biobio, teniendo con los naturales muchos recuentros y desbaratándolos muchas veces. Yendo por su ribera caminando, un atambor que llevaba en su campo quiso apartarse a buscar donde podia hacer presa de algun ganado, y de su suerte dió en unos indios emboscados que esperaban to-

mar algun soldado desmandado: estos dieron en él y ántes que pudiese ser socorrido fué muerto. Pues caminando Valdivia el rio abajo, vino a dar en otro rio que se llama Andalien.

Los indios en este tiempo no dormian, ántes viendo cuan cerca estaba su cativerio y servidumbre, se convocaron y hicieron junta por sus mensajeros de toda la mas jente que pudieron; que como pasó el rio de Maule e iba caminando, por momentos tenian nueva de lo que hacia y a donde durmia, hasta que pasó en este valle de Andalien, que para pelear con él otra cosa no esperaban mas de velle parar en alguna parte para trocar lo que les convenia; y así habiendo hecho alto una noche, se determinaron de pelear creyendo, que de noche se turbarian los caballos, y los soldados, si algun descuido tuviesen, los tomarian en las camas. Puestos en órden, al cuarto de la modorra, ques a la media noche, se llegaron a los cristianos. Las centinelas que estaban velando, como los sintieron, tocaron arma y se fueron recojiendo ácia el campo; porque los indios iban sobre ellos por todas partes con grande número de flechas que sobre ellos llovía a manera de granizo, y con muchas lanzas y macanas grandes (que es tan larga una macana como una lanza jineta, y en el lugar donde ha de tener el hierro tiene una vuelta de la misma madera gruesa a manera de codo, el brazo encojido, con estas dan grandes golpes), y porras tan largas como las macanas, y en el remate traen la porra, que es tan gruesa como una bola grande de jugar a los bolos. Los cristianos viéndose acometidos por todas partes, que sospechosos de lo que podia ser estaban armados y mui en órden para lo que les sucediese, luego que se tocó a el arma se juntaron; y como los indios con ánimo de tomallos desaperecidos se metieron tanto, fué un hermoso recuento y batalla para de noche, porque oír a los indios la órden que tenian en acaudillarse y llamarse con un cuerno (por él entendian lo que habian de hacer), y como sus capitanes los animaban y las muchas cosas que les decian. Y como la noche era serena y quieta, poníanse gran temor los unos a los otros. Por parte de los cristianos era brava cosa oír el estruendo de los caballos, el gran sonido de las trompetas, las voces que Valdivia les daba animándolos rompiesen en los indios; parecia que allí se les acababa el mundo. Andaban los indios tan cerrados y tan bien ordenados que no podian los españoles entrar en ellos; porque en llegando el caballo, aunque los llevaban bien armados, dábanles con las porras tales golpes en las cabezas, que los hacian volver atras empinándose, sin que los pudiesen mas volver a los indios; por otra parte eran tantas las flechas que tiraban, que casi todos los tenian heridos, y con tanta determinacion los apretaban que les iban ganando el campo; y aunque Pedro de Valdivia peleaba bien armado con un coselete de infante y su caballo con buenas cubiertas, no pudo hacer que los indios se rompiesen. Viendo que se perdian, para animar a los que peleaban a pié, que eran soldados de su guardia, mandó se apeasen algunos hombres principales, pues por defecto de los caballos no podian llegar a pelear como querian. Luego se apeó Francisco de Riberos, Juan Godíñez, y Gregorio de Castañeda,

hombres valientes y conocidos; viendo apear a estos, se apearon otros muchos con sus lanzas y dargas y algunos arcabuces pocos que les ayudaron; y con mandar Valdivia juntamente con esto los acometiesen treinta soldados por las espaldas, los apretaron en tanta manera, que viéndose los indios cercados por todas partes, y el ánimo de los cristianos en crecimiento, y que les faltaba munición de flechas, careciendo de otras armas, habiendo hecho todo lo que en sí pudieron: siendo muertos tantos, que viendo los montones entre sí de cuerpos muertos, desmayaron en tal manera, que volviendo las espaldas comenzaron a huir cada uno donde le deparó su suerte. Ya comenzaba a amanecer cuando los españoles les tuvieron esta vitoria. Los yanaconas de Santiago que Valdivia tenia consigo para servicio de el campo, que hasta aquel punto por órden de Valdivia habian estado quedos, conociendo que iban los indios desbaratados, salieron todos, número de trecientos yanaconas, matando con grandísima crueldad cuantos hallaban, que como iban derribados los ánimos y sin armas con que defenderse, mataron infinito número de ellos. Murieron en esta batalla mas número de tres mill indios; de los cristianos no murió mas de uno, que por desgracia un soldado, tirando a los enemigos, como era de noche, le dió un arcabuzazo por las espaldas de que murió. Era este soldado tan alto, que su mucha estatura lo mató; porque fué la herida en lo que sobraba de los hombros arriba. De todos los demas españoles, de los capitanes y soldados, no quedó ninguno que no saliese herido; de condicion que si otra batalla les dieran los desbarataran, según quedaron temerosos y maltratados ellos y los caballos. Valdivia retiró luego su campo de allí y se vino a la costa y puerto de la Concepcion, sitio que ya lo habia reconocido, llamado por nombre de indios Penco; allí asentó su campo para proveer lo que le convenia.

CAPITULO XI.

De como Valdivia pobló la ciudad de la Concepcion, y de como los indios vinieron a pelear con él y los desbarató. Está esta ciudad poblada en treinta [y seis] grados y medio.

Habida esta vitoria Valdivia con tanta felicidad, otro dia luego retiró su campo porque el hedor de los muertos no le inficionase la jente, y tambien por buscar asiento conviniente donde poblar. Habiendo visto mucha parte de la comarca, no hallando otra tan a propósito como la de Penco, por tener buen puerto en una bahía grande, despues de bien reconocido, trazó y pobló la ciudad de la Concepcion. Dió solares a los soldados que allí habian de ser vecinos, y tomando para sí una cuadra, dió órden como hacer un fuerte torreado, donde pudiesen estar seguros, velándose de noche y de dia a las puertas de él. Y para hacello era necesario que los propios soldados ellos mismos se cargasen de piedras y hiciesen los adobes y los acarreasen a los hombros; con esta órden lo hicieron en breve. En este tiempo los indios naturales de aquella comarca,

aunque habian sido desbaratados en la batalla que a Valdivia habian dado de noche, no por eso desmayaron cosa alguna para dejar de probar otra vez su suerte y ventura. Con deseo de venganza y por echar de sus tierras tan grandes enemigos y tan aborrecidos de ellos, buscaron favores de toda la provincia, enviando mensajeros hombres pláticos y belicosos a hablar con los señores mas lejanos, diciéndoles: que el danio todo era jeneral, y que tanta parte les cabria a ellos como a los demas; pues era jente que a todos igualaban en el servicio; porque era cierto les habian de hacer casas, sacalles el oro, dalles sus hijos y hijas que les sirviesen, hacelles las sementerías, y que el ganado que entre ellos habia tambien lo tenian por suyo; de manera que no reservando cosa alguna, estaban mui cerca de perder su libertad: que se juntasen y peleasen con los cristianos hasta echallos de sus tierras y de toda la provincia. Tales cosas les dijeron y tanto hicieron, que de conformidad se juntaron mas número de cincuenta mill indios. Habiéndose reparado de armas, repartido capitanes que los acaudillasen, y señalado el dia en que se habian de mostrar sobre la ciudad, comunicándose por sus mensajeros; aquel dia entre ellos concertado, ántes del medio dia se mostraron por los altos sobre la ciudad y de allí vinieron abajando ácia el pueblo por tres partes, en tanta cantidad que cubrian el campo, con infinitos jéneros de armas y muchas cornetas y cuernos grandes y otros infinitos instrumentos de guerra usados entre ellos.

Valdivia mandó tocar arma y que todos estuviesen a punto para hacer lo que por su consejo y acuerdo se determinase. Hubo varios pareceres entre sus capitanes, como suele acaecer en semejantes casos de guerra: unos decian que el primer ímpetu lo debrian de esperar dentro en el fuerte, y despues hacer como mejor viesen que les convenia: otros decian que no, sino que luego ántes que mas se les llegasen habian de salir y pelear con el escuadron mas cercano, ántes que todos se hiciesen un cuerpo y llegasen todos juntos; porque si con aquel les iba bien, los demas no osarian llegar, y si lo desbarataban como creian, los demas no osarian pelear: que era bestial cosa esperar que unos bárbaros llegasen a ponelles cerco; pues era cierto que les habian de faltar todas cosas y que los indios viéndolos encerrados tomarian ánimo, y de cada dia se les juntarian mas; sino que luego peleasen no dándoles lugar a juntarse. De este parecer fué Valdivia y lo tuvo por el mejor. Luego mandó a Girónimo de Alderete y a Pedro de Villagra, que con cincuenta soldados a caballo rompiesen con el escuadron que mas cerca les venia. Estando él presente, les salieron luego al encuentro, y acertaron de su ventura y suerte que aquellos indios con quien iban a pelear eran reliquias de los que habian desbaratado cuando pelearon de noche en Andalien; porque los demas escuadrones, tratado entre ellos, les habian dado este lugar, diciéndoles que ellos habian de trabar primero batalla con los cristianos, y con esta órden venian delante. Llegados que fueron los capitanes cerca de el escuadron, todos los demas indios mirando tan bravo espectáculo; porque como no habian visto cristia-

nos a caballo hasta aquel tiempo, y los vían armados, relumbrando los hierros de las lanzas y las cotas, embrazadas sus dargas, era bravo el miedo que tenían, aunque despues acá han ido en tanto crecimiento de guerra con el ordinario uso, que se dan hoi los indios por [causa de] los cristianos en esta tierra, ménos de lo que en aquel tiempo se daban los cristianos por ellos. Villagra y Alderete, apellidando el nombre de Santiago, puestos en ala, con grandísima determinacion rompieron con todos los soldados que llevaban, donde pareció una cosa digna de memoria; y fué, a lo que despues se supo por dicho de los indios, no pudiendo sufrir tan bravo acontecimiento, como vieron venir a los cristianos con aquella determinacion tan grande contra ellos, no teniendo ánimo para pelear, siendo número de mas de quince mill indios, volvieron las espaldas a huir: los demas escuadrones, como vieron huir a este, hicieron lo mesmo retirándose en su órden. Decian despues que los cristianos no los habian rompido, sino una mujer de Castilla y un hombre en un caballo blanco los habian desbaratado: que esta fué tan terrible vista para ellos que en gran manera los cegaba. Esto se publicó despues, diciéndoles otros indios cómo los habian desbaratado tan pocos cristianos, daban este descargo; y es de creer así, porque aquel dia vinieron sobre la ciudad mas número de cincuenta mill indios; por donde parece ser creedero fué Dios servido, los cristianos no se perdiesen y que los quiso socorrer con su misericordia, pues de la entrada que entónces hicieron ha resultado en este reino muchas ciudades pobladas y muchas iglesias donde se predica el evangelio, y monasterios de relijiosos que hacen con su dotrina mucho fruto entre los naturales, y grande número de indios que son cristianos y viven casados debajo de el matrimonio de la iglesia. Habiendo seguido el alcance, mandó Valdivia que se recojiesen al fuerte; porque era este hombre tan ajeno de toda crueldad, en caso de matar indios, que fué mucha parte para su perdicion la clemencia que con ellos tenia, como adelante se dirá.

Luego desde a pocos dias llegó al puerto de aquella ciudad un barco en que iba don Rodrigo Gonzalez, primero obispo de Chille, con mucho refresco y medicinas para curar los heridos; que teniendo nueva en la ciudad de Santiago de la batalla que Valdivia tuvo en Andalien, como celoso de la iglesia de Jesucristo, y por su aumento vino a hallarse allí.

Luego mandó Valdivia a sus capitanes saliesen por la provincia a traella de paz, lo cual se hizo fácilmente. Vinieron muchos naturales a servir y de cada dia venian mas, viendo que no les aprovechaban las armas, dejándolas olvidar hasta conocer qué órden les convenia tener para volvellas a tomar.

CAPITULO XII.

De como Valdivia mandó a Gerónimo de Alderete fuese a descubrir la provincia de Arauco, y como Valdivia pobló la ciudad Imperial en 38 grados.

Despues de haber traído de paz muchos repartimientos en la ciudad de la Concepcion, mandó Valdivia al capitan Gerónimo de Alderete, que con ochenta soldados a caballo fuese a descubrir la provincia de Arauco, que es lo mas principal de todo el reino y de mas jente. Pasó el rio de Biobio, questá dos leguas de la ciudad y es rio mui furioso a sus tiempos, y algunas veces se pasa de verano por algunos vados por respeto de ir mui tendido. Llegado a Arauco, que es dos jornadas de la Concepcion, vido tantos pueblos de naturales y tan poblada la provincia, que no osó pasar adelante mas de ver el principio; aunque los indios principales le salieron todos de paz, e informándose de lo de adelante entendió era mas poblado de lo que allí parecia, y ansí se volvió sin entrar mas en la tierra adentro, como hombre que tenia plática de guerra. Vuelto a la Concepcion, dió razon a Valdivia de lo que habia visto. Luego le mandó que por el camino de la sierra la tierra adentro, a la lijera con las lanzas en las manos viese lo que habia. Fué hasta el rio de Cayten (1) por tierra tan poblada como la de Arauco treinta y seis leguas de camino, todos mui regocijados y alegres, [y] se volvió desde allí a la Concepcion. Con esta nueva salió Valdivia con ciento y veinte soldados a caballo (sino eran algunos de su guardia que no alcanzaban a tener caballos por respeto de ~~el~~ valor grande que tenian) con ánimo de poblar una ciudad, y para ver mejor en dónde, fué por el camino de la costa, reconociendo si habia algun puerto que bueno fuese; porque como era hombre que habia andado por el mundo, sabia la ventaja que tenian las tales ciudades pobladas en costa de mar a las de la tierra adentro; y ansí iba buscando asiento hasta que llegó al rio de Tírua, que está treinta leguas poco ménos de la Concepcion. Allí quiso poblar, y siendo informado de los naturales que era anegadizo en tiempo de invierno, aunque habia juntado mucho bastimento, mudó de parecer. Queriendo pasar el rio, buscando vado para ir adelante, un soldado llamado Higuera, hombre gran nadador, con una buena yegua que tenia, valiente y de buena determinacion, se metió por el rio: buscando vado confiado en su nadar y en el caballo que llevaba, cayó en un raudal desechándole la yegua de sí; no pareció mas. Valdivia bajó con su campo a la boca del rio donde entra en la mar, y pasó de la otra banda yendo adelante: todos los naturales le venian a ver y servir. Desde a dos dias llegó al rio de Cayten, que corre por tierra fertilísima y de mucha jente. Junto a este rio pobló una ciudad en una punta que hacia en donde se juntaba con otro rio menor, y le puso nombre Imperial;

(1) Debe ser *Cauten*.

porque en las casas que los indios tenian, habia en unos palos grandes que subian desde el suelo encima a lo alto de las casas una braza y mas, en el remate de la misma madera, en cada uno una águila con dos cabezas. Tomándola por buen pronóstico de imperio, le puso aquel nombre de Imperial; y porque entraba el invierno le pareció volverse a la Concepcion, a causa de [que por] ser puerto de mar tendria allí algunos navios del Pirú, y por saber de Santiago. Dejando por su teniente a Pedro de Villagra, hombre fuerte y plático de guerra de indios y arriscado en ella, con mucha cordura le mandó se informase de lo de adelante y mirase por lo presente, y reparase aquel asiento con hacelle un fuerte para su defensa. Proveyendo todo lo que convenia, se partió para la Concepcion solamente con sus criados, por dejar mas número de jente en aquella ciudad, diciendo a todos en jeneral volveria a la primavera a repartilles los indios todos que en los términos de aquella ciudad habia, y descubrir y poblar lo de adelante.

CAPITULO XIII.

De como Valdivia salió de la Concepcion para ir a poblar la ciudad de Valdivia y ciudad Rica, y de lo que le acaeció a Francisco de Villagra en el Pirú hasta que vino a Chile.

Despues que Francisco de Villagra llegó al Pirú, como muchas veces acaescer suele, donde creyó que fortuna le fuera contraria, así por la muerte de Pedro Sancho como por ir pobre, le fué tan favorable, que halló tanta voluntad en el presidente Gasca, que demas de dalle licencia para hacer la jente que pudiese, se holgó mucho con su llegada: y en lo de Pedro Sancho no mostró haber sido mal hecho, ántes lo tuvo por muy loable; y como en aquel tiempo las disensiones que en el Pirú habia habido, aun no estaban acabadas de sosegar, rescibió contento; porque le pareció saldrian muchos soldados con él que pretendian desasegar el reino, y otros que estaban descontentos por no habelles dado de comer, que es indios en repartimiento, y él se quitaria de importunidades. Villagra, como era hombre de buenas palabras, aunque mal mañoso, halló mercaderes que levantándoles los ánimos con las cosas muchas que de Yungulo les decia y a otros oian, viendo la comision que de el presidente Gasca tenia, por tener buen lugar par de él, le ayudaron muchos con sus haciendas. Luego se subió al Cuzco y de allí a los Charcas, donde hizo pié para hacer la jente.

Juntaronsele en dos meses docientos hombres, y entre ellos algunos mercaderes que vinieron con él, de manera que donde entendió que todo le faltara, todo le sobró; porque juntó número de mas de cien mill pesos. De ellos repartia con algunos soldados que no tenian con que aderezarse, los cuales le hacian obligaciones por lo que les daba, y porque no pareciese que los recibia para nunca los pagar, tambien él hacia obligaciones a los que se los prestaban, aunque despues ni ellos se lo

pagaron a él, ni él a los que se los prestaron. Viéndose con docientos y veinte hombres, hizo su maestro de campo al capitán Alonso de Reinoso, natural de la villa de Maqueda, hombre de mucha experiencia de guerra y de buen entendimiento. Hizo su camino de la vuelta de los Juries, que agora se va poblando de cristianos: no quiso parar en ellos aunque era tierra viciosa de cocas y de mucha jente, por la grande nueva que llevaba de Yungulo. Pasó por la provincia de largo, donde le acaeció que un hijodalgo llamado Juan Martinez de Prado, hombre principal y que en el Pirú habia servido a S. M., le pidió al licenciado Gasca le diese facultad para que con la jente que juntar pudiese, fuese a poblar fuera del reino adonde le pareciese. Tenida esta licencia, con cien hombres que juntó entró por los Juries y pobló una ciudad a la entrada: púsole nombre Santiago de el Estero por estar poblada junto a un rio pequeño que pasa por ella, que hoi permanece y será buena ciudad por la noble comarca que tiene.

Estando en ella pasó Francisco Villagra con su campo, veinte leguas apartado. Juan Martinez de Prado, que lo supo por la nueva que los indios le dieron, no sabiendo qué número de jente llevaba, creyendo ser ménos salió con treinta hombres en su busca, diciendo dar una noche en él y quitalle la jente que llevaba, que estaba desproveido y falto de ella para poblar su provincia. Ateniéndose que en aquel tiempo las mas veces se determinaba la justicia por las armas, llegado a donde Villagra estaba alojado su campo, a la media noche las centinelas que velaban tocaron arma, diciendo: «arma de cristianos:» se recojieron al campo, y los que venian con Juan Martinez de Prado juntamente con ellos, los unos dando arma y los otros con tropel de caballos, diciendo: «¿Adónde está Villagra? Rendir caballeros.» Todos alborotados en caso tan repentino, se comenzaron a juntar en cuadrillas, y algunos mostrando flaqueza y falta de ánimo, se rindieron; que despues entre ellos se trataba. Villagra estaba debajo de un árbol donde tenia su pabellon, y si acertaran a dar en él ántes que se le llegaran soldados, acabara una cosa grande para él en aquella tierra. Armándose Villagra con los que le acudieron, se estuvo quedo por entender bien la jente que era. En este inter llegó el capitán Guerra con la espada desnuda, preguntando «¿dónde está Villagra? que habia prometido prendello:» Villagra le dijo «qué queria, que él era:» llegándose a él le dijo: «sea preso V.^a merced.» Villagra le asió de la guarnición de la espada, tirando con fuerzá se la sacó de la mano, y dándole algunas cuchilladas los que con él estaban, que por venir armado no le hirieron, se les huyó de las manos. Juan Martinez de Prado, siendo informado la jente que allí habia, parecióle que si esperaba a el dia, todos se habian de perder: recojió su jente y por el camino que habian venido se volvió, no habiendo hecho mas efeto que se ha dicho: que si viniera con cincuenta soldados hacia una hermosa suerte.

Llegado el dia, Villagra recojió su campo dejando el servicio y tiendas con los bagajes que llevaba; casi con cien hombres a la lijera fué en

su seguimiento y aquel dia entró en la ciudad de el Estero, en donde Juan Martinez de Prado estaba; el cual, como le vido venir, salió luego a recibirlo, y llegando a él se hincó de rodillas y como hombre rendido le entregó su espada: Villagra, como era hombre noble y amigo de gloria, lo abrazó y trató mui bien. Despues de haber recibido su disculpa capituló con él, que por estar aquella ciudad en la gobernacion de Pedro de Valdivia, poblada como parecia por los grados en que estaba contando la latitud, le dejaba en ella para que en nombre de Valdivia la tuviese y le reconociese por su gobernador. Acetada esta condicion y capítulo, tomado de él juramento, aunque despues no lo cumplió, le dejó allí algunos soldados que se quisieron quedar, y otros que se quisieron ir con él los llevó consigo.

Yendo su camino de Yungulo, dejando los Juries atras con esperanza de hallar aquella tierra tan rica, habiendo caminado de una provincia en otra, llegó al valle de Cuyo, donde agora estan pobladas la ciudad de Mendoza y la ciudad de San Juan. Estándose regocijándose todos juntos en su alojamiento, acertó a quemarse una casa y tras de aquella otra, y así se quemó todo el campo con algunos caballos y casi todos los pertrechos que traian con las demas ropas de vestir. Quedando tan desbaratados, acordaron, pues estaban en el paraje de Chille y tan faltos de todas cosas, mudar de rota y venirse a donde Valdivia estaba. Pasando la Cordillera Nevada llegaron a Santiago, aunque contra la voluntad de muchos hombres nobles que en su campo traia.

En este tiempo Valdivia, llegada la primavera, juntó toda la mas jente que pudo para ir a poblar una ciudad o mas, conforme a como respondiese lo de adelante, ántes que Villagra entrase en Chille, de el cual tenia nueva venia por de la otra parte de la Cordillera, caminando con docientos soldados bien aderezados, jente mui lustrosa, a fin, a lo que despues él mesmo dijo, de dar repartimientos de indios, a los que le habian ayudado a ganar y descubrir el reino; porque despues los que con Villagra viniesen, no quisiesen entrar tan a la parte que le obligasen a dalles de comer en lo que él habia descubierto. Con esta órden salió para Arauco, que era por allí el camino, y por Tucapel llegó a la ciudad Imperial, donde le fué hecho un recebimiento ordenado por un hidalgo, su amigo, llamado Andres de Escobar (hombre de mucha virtud y discrecion, a quien Valdivia habia dado de comer y héchole vecino en aquella ciudad), a manera de triunfo mui solene, que dió gran contento a todos y mas a Valdivia, que en los pensamientos que tenia todo le parecia que le estaba corto, segun estaba puesto en nombre de señoría. Despues de ser así festejado, deteniéndose pocos dias en aquella ciudad, mandó apereibir la jente que le pareció bastaba para ir con él, dejándola reparada porque en los naturales no hubiese algun movimiento, pasó el rio de Cayten, y descubriendo la tierra de adelante llegó a otro rio llamado Tolten, rio grande. Despues de habello pasado en balsas de carrizo, los caballos a nado, caminó ácia la Sierra Nevada. Informándose de lo que habia en aquella provincia, llegó a un valle que hace camino para pasar

la Cordillera de la otra banda, y aunque tuvo por plática de los indios ser mejor tierra y mas bien poblada que en donde estaba, dejó de ir allá; porque muchas veces semejantes relaciones salen inciertas, y en este caso los indios mienten mucho. E informado que cerca de adonde estaba habia unas minas ricas de plata, de donde los naturales sacaban y labraban plata, diciéndole que se las mostrarian, envió al capitán Alderete con diez soldados a pié. Llegados a donde decian que estaban, o fué que se arrepintieron, o fué mentira (que a lo que adelante se vido, lo hicieron por sacar a Valdivia de sus tierras). Alderete se volvió sin hacer mas efeto de lo dicho. Luego levantó Valdivia su campo, y perlongando la Cordillera Nevada, atravesando unos montes, vino a dar a un valle bien poblado llamado Marequina. En este valle tuvo nueva de Villagra y que llegaba desde a pocos días allí; que como entró en Chile y tuvo nueva que Valdivia habia salido de la Concepcion a descubrir lo de adelante, vino en su busca con ocho soldados a la lijera.

Llegó desde a diez días, Valdivia lo recibió a él y a los que con él venian amorosamente. Despues de haber estado allí tres días le mandó volver, y que la jente que habia traído la recojiese y viniese con ella a donde él estuviere, porque iba a poblar una ciudad, y que en ella daria de comer a todos los que lo hubiesen merecido; y que en lo que a él tocaba, entendia hacelle mayor señor que lo era el marques de Astorga, su amo.

Ido Villagra, envió luego al capitán Alderete con cuarenta soldados, todos a caballo, que le descubriese la costa de la mar del Sur. En este tiempo los indios, que ya estaban juntos esperando coyuntura que en su favor fuese para pelear, la hallaron entónces. Como vieron que un capitán habia salido con jente y que era la mitad ménos, informados por sus espías, vinieron sobre el campo; y si como tuvieron ánimo para intentallo y llegallo hasta allí, lo tuvieran para pelear, se creyó hicieran una buena suerte; mas fueron tan ruines, que siendo descubiertos y tocada arma en el campo, hasta seis soldados que se hallaron prestos a caballo, acudiendo a donde el arma se habia dado, y viendo los indios, rompieron con ellos y con tan buena determinación, que el grande miedo que tenían les hizo volver las espaldas sin pelear tan temerosos, que soltando las armas se echaron a un río desde una barranca alta. Allí se ahogaron muchos; porque como caian unos sobre otros y era raudal, quedando desatinados, se ahogaban. Desde a dos días llegó el capitán Alderete con nueva de haber visto buena tierra y bien poblada en algunas partes. Luego partió Valdivia en busca de algun asiento donde poblar. Yendo caminando llegó a un río mayor que ninguno de los que hasta allí habian visto. Despues de informado que a la entrada de la mar era mucho mayor; porque entraban en él otros ríos grandes; y porque sobrevinieron algunos temporales de muchas aguas, se detuvo la pascua de navidad en su ribera, y desde allí envió Alderete con treinta soldados que viese la disposición (1) de la tierra, el río abajo. Llegó a un valle grande, bien

(1) Otras veces *disposición*

poblado de naturales y cercado entre dos rios, por cuyo respeto no pudo pasar adelante. Desde allí se volvió y dió aviso a Valdivia, que luego partió con su campo. Llegado a aquel valle, llamado Guadalauquén, mandó hacer balsas para pasar de la otra banda. Este rio no corre furioso sino manso, por su mucha hondura, y así lo pasó sin peligro alguno. En su ribera de la otra parte, halló un asiento bueno y mui a propósito para poblar una ciudad, que era la pretension que Valdivia llevaba. Desde aquel asiento mandó algunos hombres de la mar fuesen con algunas canoas el rio abajo hasta la boca de la mar, y viesen si tenia puerto para navios. Desde a cuatro dias vinieron con nueva que tenia buen puerto y tan bueno como lo habia en el mundo. Luego Valdivia pobló en aquel mismo lugar donde estaba, y púsole nombre la ciudad de Valdivia. Está poblada en treinta y nueve grados y medio; y porque de él quedase aquella memoria, quiso remedar a los antiguos que tenian aquella órden cuando alguna ciudad poblaban. Luego mandó alzar árbol de justicia, nombró por alcaldes que la administrasen, a Francisco de Godoy, natural de Córdoba, y a Nieto de Gaete, de Zalamea natural, en Extremadura: hizo rejidores conforme a la costumbre de Indias, y dió solares en que hiciesen casas los que allí habian de ser vecinos, y envió a Alderete con cincuenta soldados a ver la tierra de adelante; y porque tuvo nueva que Villagra estaba en el valle de Marequina, ocho leguas de la ciudad de Valdivia que acababa de poblar, no fué personalmente a esta jornada, a lo que él mesmo dijo.

Villagra llegó desde a poco con ciento y treinta soldados, de ellos muchos hijosdalgo y mui nobles, y que a su Majestad han servido mucho y mui bien. El capitán Alderete llegó al mismo tiempo con buena nueva de la tierra de adelante. Valdivia mandó apercibir ciento y cincuenta soldados para illa a ver; y porque envió a Alderete a poblar una ciudad en el valle de los Poelches, que es donde le dijeron que estaban las minas de plata, trazando en su pecho, que si era verdad el tiempo las descubriria y se ennobleceria el reino, llevó consigo a Villagra.

En este tiempo algunos soldados quisieron revolver a Valdivia con Villagra, diciendo traia determinado de matallo, que mirase por sí. Estos estaban desgustosos de Villagra de el tiempo que con él anduvieron, y así querian sacar, como dicen, la culebra con mano ajena; mas Valdivia despreciándolo todo con su mucho valor y sagacidad, lo trató con el mesmo Villagra, quedando conformes y amigos. Le dió de repartimiento mas número de treinta mill indios, diez leguas de la ciudad Imperial, y dejando allí por su teniente al licenciado Altamirano, hombre principal, natural de Huete, se fué a ver lo que Alderete habia descubierto. Llegando cuarenta leguas adelante de la ciudad de Valdivia que habia acabado de poblar, halló por delante un gran lago que nacia en la Cordillera Nevada e iba a entrar en la mar del Sur, tan ancho que le pareció era menester hacer bergantines para podello pasar; aunque despues acá se ha pasado infinitas veces, los caballos nadando hasta la otra banda, y los españoles metidos en canoas, remando, llevan los caballos de cabestro y

ansí lo pasan hoi. Pues Valdivia, poniéndole por nombre el lago de Valdivia, se volvió desde allí; que cierto todo el fin y deseo que tenia era acercarse al estrecho de Magallanes.

Llegado de vuelta a la ciudad de Valdivia, hizo repartimiento de indios en general a todos, rogándoles y pidiéndoles por merced en una oracion que hizo al pueblo, respetasen y tuviesen por su capitan al licenciado Altamirano, de cuya prudencia estaba confiado los tendria en justicia, y que él volveria presto a repartillos todos los indios que habian de servir aquella ciudad: que en el entretanto se visitasen todos para no dar cosa que incierta fuese a ninguno. Dejándolos con esta órden se fué a la ciudad Imperial, que era camino para la Concepcion, lugar que habia escojido para su vivienda, por estar en mitad del reino. Llegado a la Imperial, halló algunos soldados antiguos que estaban quejosos de él, porque en el repartimiento que les habia hecho de aquella ciudad no les habia dado lo que pretendian. Despues de habellos contentado con palabras a unos y a otros con obras, que todo tenia Valdivia cuando él queria, se fué a la Concepcion.

CAPITULO XIV.

De como se le alzó la tierra a Valdivia y la causa que para ello hubo; y de como saliendo a la pacificacion le dieron los indios una gran batalla en que lo mataron a él y cuantos con él iban.

Despues que Pedro de Valdivia hubo poblado la ciudad que de su nombre le llamó Valdivia, vuelto a la Concepcion, estuvo allí el invierno: y el verano siguiente se fué a la ciudad de Santiago, dejando dada órden que le hiciesen sus casas con mucho cuidado grandes y suntuosas, de manera que cuando volviese las hallase acabadas.

Llegado a Santiago, vendió los indios que tenia en su cabeza en aquella ciudad desde que la pobló, a quien mas dinero le dió por ellos; pareciéndole que como eran conquistadores no era venta, sino ayuda que les hacia para sustentar el reino. Juntando la mayor suma de pesos de oro que pudo, con ellos y con lo que Alderete juntó de sus indios, envió a España al mesmo Alderete con mas de treinta mill pesos, y con órden que le negociase con el Rei Don Felipe la gobernacion por su vida, y título de señor con perpetuidad de indios; y que despues de sus dias pudiese nombrar persona que le sucediese en el gobierno.

Despachado Alderete a España, llegó a la ciudad de Santiago Don Martin de Avendaño con una compañía de jente y los capitanes Gaspar de Villarroel y Altamirano, cada uno con una compañía de soldados a caballo; que el virei Don Antonio de Mendoza, que gobernaba el Pirú, entendiendo la necesidad de jente que Valdivia tenia, prestó consentimiento para que de aquel reino la tal jente se sacase, y por supremo en el mando hasta llegar a donde Valdivia estaba, a Don Martin de Avendaño: llegados a la ciudad de Santiago, Valdivia los salió a rescebir.

Despues de haberse visto, y hécholes mucha merced en tratamiento y palabras amigables, desque hubieron descansado, holgándose en aquella ciudad, por algunos avisos que tuvo en que le significaban cuan necesaria era su persona en aquella ciudad para el reparo de ella y proveimiento de las demas nuevamente pobladas, se partió. Y llegado que fué a la Concepcion, quiso luego pagar al mariscal Alonso de Alvarado lo que por él habia hecho, cuando con el presidente Gasca hizo sus negocios, (por ser Don Martin cunnado suyo, casado Alonso de Alvarado con su hermana, persona principal), dándole un repartimiento de indios en la ciudad Rica. Habiendo ido con sus criados a tomar la posesion y ver la disposicion de la tierra, habiéndola visto, quisiera que Valdivia le diera mas número de indios y en mejor parte, porque algo de ello era en monte, y los soldados que los poseian se quejaban unos a otros, diciendo habian ellos ganado indios y tomado tantos trabajos para que despues en remate de ellos los diese Valdivia a Don Martin ni a otro ninguno, quitándoselos a ellos: que si era en obligacion al mariscal y queria hacer por sus cosas, que le diese de sus haciendas o de los indios que tenia en su cabeza, y no de lo que ellos poseian y habian ganado. Don Martin, como era caballero y oia estas cosas que decian y aun delante de él, pesábale que se les quitasen aquellos indios a los que los tenian para dárselos a él, viendo que los habian merecido y trabajado, y que tenian razon, aunque en número eran mas de dos mil indios. Sobre esto volvió a verse con Valdivia y tratar de sus negocios, sobre los cuales se desavinieron. Don Martin le pidió licencia para irse al Pirú: dióselo alegremente, porque en aquel tiempo Valdivia, como se via tan señor, toda cosa despreciaba. Por respeto de Don Martin se fueron número de mas de treinta soldados, que despues le hicieron harta falta.

Desde a poco pareciéndole, segun era mucha la jente que en la provincia habia, era necesario para tenella sujeta hacer algunas casas fuertes y tener en ellas guarnicion de soldados, porque si los indios se quisiesen alzar no lo pudiesen hacer tan fácilmente; remedando a los romanos cuando se hicieron señores de España (que por los muchos castillos que hicieron en la provincia se llamó despues Castilla), y como hombre que tenia los pensamientos tan altos, pareciéndole que fortuna le era en gran manera favorable, mandó que se aderezasen dos navios con mucho bastimento y doblados marineros, y rogó a Francisco de Ulloa, caballero natural de Cáceres, que habia sido su capitan, los llevase a su cargo y le descubriese el estrecho de Magallanes para tratarse por aquel camino con España y no por el Pirú; porque demas de no ser mandado por el audiencia que en el Pirú residia, como escueza tanto en los hombres poderosos ser a otros sujetos, y por tener las mercaderías en extremo mas baratas, lo envió a la ciudad de Valdivia, que está de el estrecho de Magallanes doscientas y cincuenta leguas de navegacion. De allí salió proveido bastantemente de matalotaje y jente. Hízose a la vela desde aquella ciudad, e yendo en su demanda llegó a un estrecho de mar que rompía la Cordillera Nevada y pasaba de la otra banda: entró por ella recono-

ciendo si era el estrecho o no. Pareciéndole habia hecho mucho, sin ver la mar del Norte se volvió con solo traer razon de haber visto y corrido la costa y reconocer los puertos que tenia, para poder a otro tiempo hacer mejor efeto para lo que adelante se quisiese hacer.

Mandó Valdivia ansimesmo en este tiempo a Villagra, porque no le quedase cosa alguna por hacer, que con ochenta soldados a caballo fuese de la otra parte de la Cordillera Nevada y le descubriese la mar de el Norte; porque si Francisco de Ulloa, a quien habia enviado por la mar, no acertase por aquella via o por estotra, tuviese razon de ella, y que fuese por la ciudad Rica, que era la mejor entrada que la Cordillera tenia. Decíase que mas lo hacia Valdivia por apartallo de sí, que no por el descubrimiento; porque como Villagra habia traído a Chille doscientos hombres, tan principal jente, y le eran amigos otros muchos, queria apartallo y tenerlo lejos de sí.

Yendo Villagra su camino, que no osaba desgustar en cosa alguna a Valdivia, pasó la Cordillera por buen camino. Siguiendo su viaje, llegó a un rio grande que hacia unos despennaderos grandes e iba hondo de tal condicion que, siguiendo sus riberas muchas jornadas, y no hallando por donde podello pasar, topó con un fuerte donde estaban recojidos hasta veinte poelches. Despues de habellos llamado de paz, visto que no querian entendelle y se daban poco por lo que les decia, los mandó combatir, e que se entrase por podellos castigar como a contumaces y malos. Pues yendo ácia él doce soldados disparando algunos arcabuces, los indios se defendieron de tal suerte, que peleando con ellos y con los demas que les fueron de socorro, mataron cuatro soldados; aunque despues lo ganaron y se castigaron algunos. Yendo Villagra su camino llegó a un valle bien poblado de indios veinte leguas de Valdivia, llamado Maguey: desde allí se fué a la Concepcion, no habiendo hecho mas efeto en su jornada.

X En este tiempo Valdivia para mas sujetar los indios que no se le alzassen, pareciéndole que en la comarca de Angol seria bien poblar una ciudad por estar entre la Concepcion e Imperial, mandó que los vecinos en cuya comarca estuviesen sus repartimientos fuesen a vivir allí: con esta órden fueron algunos y comenzaron a hacer sus casas. Mandó tambien algunos hombres pláticos de sacar oro y de conocer la tierra donde se cria, que lo buscasen con yanaconas que lo habian sacado en las minas de Santiago. Estos entraron la tierra adentro y hallaron algunos rios que lo tenían, en especial entre la Concepcion e Imperial: dando tan buena muestra, sacaron en breves dias mucho en que habia granos tan grandes como nueces y como almendras. Desde que le trajeron la muestra de ello mandó a sus criados que con la mas jente que pudiesen lo sacasen, y que para ello los señores principales que a él servian lo mandarian a sus súbditos. Tambien en aquel tiempo, junto a la ciudad de la Concepcion, se hallaron otras minas mui ricas; que en las unas y otras traia ochocientos indios sacando oro: y para seguridad de los españoles que en las minas andaban, mandó hacer un fuerte, donde pudiesen estar seguros. Es-

tando en esta prosperidad grande, le trajeron una batea grande llena de oro. Es batea un palo redondo, cavado el fondo de él, de manera que viene a quedar como una fuente de plata, ansí grande aunque mas honda: con estas sacan el oro en las Indias. Este oro le sacaron sus indios en breves dias: Valdivia habiéndolo visto no dijo mas, segun me dijeron los que se hallaron presentes, de estas palabras: «Desde agora comienzo a ser señor.» Sin dar gracias al Criador de todo aquello; que cierto no es credero [que] un hombre de tan buen entendimiento dejase de dar gracias a Dios, pues de un escudero habia levantado tanto que era señor. X

En este tiempo los indios viendo como los trabajaban en hacer casas y simenteras con sacar oro, cosas que no estaban a ello vezados, pareciéndoles trabajos grandes y para ellos insufribles, trataron secretamente de se alzar, y despues de haberlo tratado y comunicado entre sí, resumidos en que se hiciese; pues sabian cierto que si les decia mal, queriendo volver a servir, Valdivia les habia de perdonar lo pasado, y que para ello tenian delante el perdon que hizo a los indios de Quiapo y de Quedico, que estan en el puerto de el Carnero, cuando mataron los cristianos que desembarcaron en su tierra tres años habia. Y fué que Valdivia estando en la Concepcion faltó de bastimento, envió al capitan Bautista de Pastene, natural de Génova, con dos navios que los cargase de maiz por la costa en las partes o parte que le pareciese. Llegado a este puerto de el Canero, echó veinte soldados en tierra para ver si tenian las casas comarcanas a la mar algun maiz que poder embarcar. Los indios queriendo defender sus haciendas, se juntaron en un momento mucho número de ellos con sus armas, y vinieron sobre los cristianos, los cuales comenzaron a pelear tirándoles arcabuzazos y los indios muchas flechas. Fuéronse encendiendo en tanta manera que se vinieron a revolver unos con otros a las manos; y como venian mas y mas indios, los que peleaban acrecentando ánimo apretaban a los cristianos, de tal manera que le convino al capitan Bautista, con ánimo de jinoves de que tanto abunda aquella nacion belicosa en cosas navales, acudir en su favor y retirarlos. Con harto trabajo los hizo embarcar, quedando muertos seis soldados. Que es esto lo que los indios decian que Valdivia les habia perdonado.

Para hacer lo arriba dicho, tomó la mano la provincia de Tucapel, que es la jente mas belicosa de todos ellos. Estos un dia acordaron de matar la guarnicion de cristianos que en la casa fuerte tenian: y para hacello se determinaron, cargados de yerba como otras veces habian ido, llevar sus armas secretas entre ella metidas, y que con este ardid descuidarian a los cristianos y entenderian que iban a servir como de ordinario lo hacian; y dentro en el fuerte, echando la yerba tomarian las armas, y que ansí los matarian repentinamente. En el fuerte estaban seis soldados bien aderezados de armas, caballos y con cuidado; porque entendiendo que los indios traian trato de alzarse, el que estaba por capitan, que era un soldado antiguo llamado Martin de Ariza, mandó prender los señores prencipales de aquella comarca en quien tenia mas sospecha

y ponellos en prisiones : era Martin de Ariza vizcaino de nacion. Los indios, viendo a sus caciques presos, diéronse mas priesa a poner en efeto lo concertado ; y un dia, luego despues de haberse conformado, vinieron cargados de yerba : los cristianos los dejaron entrar, como siempre lo hacian, dentro del fuerte. Echando la yerba en tierra, tomaron las armas y arremeten a los cristianos, que aunque no estaban bien aderezados, con sus espadas y dargas se defendieron por estar todos juntos y ser el lugar estrecho ; y tambien los indios no eran mas de hasta ciento, por venir mas disimulados : echáronlos fuera a cuchilladas, dejando algunos muertos, y ellos tambien heridos.

Como los indios vieron descubierta su rebelion, juntáronse con otros muchos que venian detras de ellos a ver como les sucedia, y esperaron a los cristianos fuera en el campo. El capitan Martin de Ariza salió a ellos con otros tres soldados a caballo y los desbarató muchas veces, quedando ellos tan mal heridos que luego dieron órden como irse ántes que los indios viniesen de propósito a ponelles cerco, no esperando socorro tan breve ; aunque Valdivia le habia escrito que seria con él tal dia sennalado, no lo quiso llegar a prueba de si seria así o no, no queriendo poner su vida en condicion de perderse. Y así no pudiendo sufrillo en su ánimo, aquella noche desamparó el fuerte y con una barreta de hierro mató los caciques que tenia en prision. Desde allí se fué a la casa de Puren, que era otro fuerte y estaba de allí ocho leguas. A los que estaban en su defensa dió aviso de lo que le habia acaecido en Tucapel para que estuviesen recatados de allí adelante.

En estos mismos dias Valdivia salió de la Concepcion con cuarenta soldados, los mas de ellos capitanes, mui en órden ; no llevó mas número de jente, porque en aquel tiempo eran los indios tenidos en poco, como jente que no sabia pelear ni aun tenian ánimo para ello ; mas despues que conocieron los caballos y trataron a los cristianos, supieron defender sus tierras. Valdivia fué al asiento de minas donde sacaban el oro, dejando reparado aquel sitio y dado órden, que un vecino de la Concepcion llamado Diego Diaz, natural de Sanlúcar, pusiese en defensa todo lo que entendiese que para buena seguridad convenia. Atravesó de allí y se fué a Arauco, donde tenia otra casa fuerte. Siendo allí informado de lo de Tucapel, partió luego con treinta y seis soldados ; no llevó mas porque habia escrito a la ciudad Imperial, que para tal dia se juntasen con él en la casa de Tucapel veinte hombres principales, y de su letra todos sennalados, que si quisiera llevar mucha jente, en el reino tenia mucha con que pudiera ir al seguro ; mas cuando las cosas estan ordenadas por el Divino juez, no se puede ir contra ellas : y así es de entender que quiso a Valdivia castigallo por sus culpas y vivienda pública, dando mal ejemplo a todos, con una mujer de Castilla siempre amancebado. Dejados estos secretos para el juez justo que lo sabe, él fué camino de Tucapel confiado en su ventura y buenos sucesos ; los indios como tuvieron plática de su venida, se juntaron grandísimo número de ellos como a cosa que tanto les iba, y hechos grandes

escuadrones, fueron sobre el fuerte de Tucapel y lo quemaron. Estando todos juntos tratando qué orden tendrian para pelear con Valdivia, se levantó de entre ellos un yanacona llamado Alonso que habia sido criado de Valdivia y le habia servido de mozo de caballos, y les dijo le escuchasen, que les queria hablar y decir cosas que les convenia. Estando atentos a lo que decia, en voz alta les comenzó a decir, que los cristianos eran mortales como ellos y los caballos tambien y se cansaban cuando hacia calor mas que en otro tiempo alguno: que si ellos querian pelear bien no dudasen sino que los desbaratarian, y echarian de sí el yugo de servidumbre tan áspero, y que entendiesen que no era nada lo que al presente servian y trabajaban en comparacion de lo mucho que habian de trabajar ellos y sus hijos y mujeres; que quisiesen mas como hombres morir una muerte noble defendiendo sus casas, que no vivir siempre muriendo, y que si querian estar por lo que él les dijese, que les daria orden cómo habian de pelear y de lo que habian de hacer para desbaratallos. Los indios principales, que son entre ellos los señores, le dijeron que en todo guardarian cualquier preceto de guerra que les diese. Luego les mandó que en una loma rasa que hacia cerca de la casa fuerte de Tucapel, el río enmedio, allí se juntasen y le esperasen, dejándole llegar sin mostrársele hasta que estuviese con ellos; y entónces tomando las armas, le defendiesen el camino poniéndosele delante un escuadron, y que los demas escuadrones estuviesen a la mira esperando el suceso de aquel que peleaba: y que cuando aquel se viese rompido, se echase a las laderas, que era en donde los caballos no podian ser bien manejados, y saliese luego otro escuadron a pelear y tras de aquel otro: que Valdivia no pensasen que era mas de un hombre como los demas, y que aunque quisiese pasar adelante no lo osarian hacer sin desbaratarlos primero, de temor que perderian la ropa que llevaban, que era para los cristianos grande afrenta: y demas de lo dicho se habia de poner un otro escuadron junto al río por donde habian de pasar, que tambien los tendria suspensos viendo tanta jente delante: y que estando los caballos mui sudados, de que él tenia plática, arremeterian cerrados en su escuadron con los cristianos: el cual tiempo y aviso él lo daria en voz alta que lo entendiesen todos: y que con esta orden no dudasen sino que los desbaratarian; mas que era menester para buen efeto dar aviso a todos los indios de la comarca, que como viesen a Valdivia ir caminando, que viniesen tras él a tomarle los pasos pordonde habia de volver desbaratado. Los indios lo hicieron así y despacharon mensajeros por toda la provincia que acudiesen con sus armas tras de Valdivia, y en pasando tomasen luego el paso; y así en todas partes que era paso dificultoso lo fortificaban con jente, dándoles por aviso que en viendo un humo que en tal parte se haria, entenderian por él que estaban peleando.

Con esta orden que les dió este yanacona, que no debia de ser sino demonio contrario y enemigo a la próspera fortuna que Valdivia habia tenido, quedaron tan animados los indios con la oracion que les hizo

este demonio, que puestos en sus escuadrones mas número de cincuenta mill indios y mas a lo que despues se supo, fueron a el lugar que les estaba sennalado, siendo el camino aquel pordonde Valdivia venia.

Envió cuatro corredores delante que le descubriesen el campo y camino. Ellos se adelantaron tanto, que sin entendolo Valdivia ni oillo, por la mala órden que llevaron en su caminar, no como hombres pláticos de guerra, cayeron en una emboscada. Llegados a ella, los dejaron entrar, y luego que se les mostraron, como los tenian en medio cercados por todas partes, los hicieron pedazos, y al uno de ellos cortaron el brazo y se lo echaron a Valdivia en el camino por donde habia de pasar, con su manga de jubon y camisa. El cual llegado allí, visto el brazo un yanacona que habia criado y era ya hombre, llamado Agustinillo, le dijo muchas veces que se volviese, y mirase que llevaba poca jente: porque este yanacona entendia la lengua de aquellos indios mejor que otro alguno, diciéndole: «Señor, acuérdate de la noche que peleaste en Andalien.» Mas Valdivia, como era hombre de grande ánimo, lo despreció todo. Yendo adelante llegó a vista de la casa fuerte de Tucapel, que desamparó Martin de Ariza, siendo aquel el dia en que le habia avisado seria allí con él. Vídola estar humeando, que aun no era acabada de quemar. Dende a poco llegó a donde los indios estaban encubiertos con unos pajonales grandes, porque no los viesen hasta llegar a ellos. Allí se le mostraron todos con grandísimo alarido y sonido de muchas cornetas, puestos los escuadrones a manera de batalla. Valdivia recojió su jente a un altillo, parando en él el bagaje: repartió los soldados en tres cuadrillas, y mandó a la una que rompiese con los indios, los cuales cerrados, con sus caballos puestos en ala, rompieron y anduvieron peleando, hiriendo y matando indios y rescibiendo muchas heridas. Los demas escuadrones se estaban quedos guardando la órden que les estaba dada, y despues de haberse cansado el escuadron que peleaba se retiró a una ladera, y salió otro escuadron a pelear con la misma órden que el primero, al cual mandó Valdivia saliese otra cuadrilla: salieron y pelcaron mucho. Viendo que no podia hacer el efeto que deseaba, dejando por guarda de el bagaje diez hombres, rompió él mesmo con veinte y seis buenos soldados que le quedaban, que cierto Valdivia era buen soldado y de buena determinacion, con grande ánimo. Despues de haber peleado y echado los indios por las laderas, viendo que no los podia acabar de romper, y que otros escuadrones venian de nuevo, y los indios con quien peleaban se animaban mas y volvian a pelear, y que tanta jente por momentos se descubria, arremetió con todos los que con él estaban y peleó hasta que le mataron tres hombres. Entónces mandó tocar a recoger las trompetas. Juntos todos, les dijo: «Caballeros, ¿qué haremos?» El capitan Altamirano, natural de Medellin, hombre bravo y arrebatado, le respondió: «¡Qué quiere vuestra señoría que hagamos sino que peleemos y muramos!» Aunque Valdivia conocia su perdicion, y via que si perseveraça todos se habian de perder, como los vido tan animosos volvió a romper. Viendo que le iba peor, acor-

dó retirarse dejándoles el bagaje en las manos: entendiendo que por respeto de roballo, ocupados cada uno por haber su parte, se podría él salvar sin que le siguiesen los enemigos. Como tenia plática de guerra parecióle que estaba en razon lo que decia: mas los indios con la órden que el yanacona Alonso en aquel punto les dió, mandándoles que todos juntos cerrasen con los cristianos, porque ya los caballos estaban cansados con el calor grande que hacia, y que todos estaban heridos, con brevedad los desbaratarian y tomarian a las manos: que no les diesen lugar se alentasen. Esto les dijo en voz alta que todos lo oyeron y entendieron. Con aquella órden arremetieron a los cristianos con brava determinacion, donde despues de haber muerto infinito número de indios, y ser algunos de ellos mui heridos y otros muertos, no pudiendo sufrir el ímpetu de aquellos bárbaros volvieron las espaldas por el camino que habian traído, creyendo que pudieran llegar a Arauco; mas no le sucedió a Valdivia como él pensaba, porque los indios le habian tomado todos los pasos por donde habian de volver y las ciénegas que habian de pasar, que dondequiera que llegaba lo hallaba cerrado y puestos los indios a la defensa; y si dejaban el camino y se apartaban de él era peor, porque los caballos, como iban cansados, los indios que los seguian, viéndolos embarazados buscando caminos, los alcanzaban cobrando mas ánimo del que llevaban, los derribaban de los caballos a lanzadas; porque los indios que habian peleado, aunque les dejó el bagaje, no se ocuparon en él mas de dejar algunos principales con órden de que lo guardasen y recojiesen el servicio que los cristianos traian; y los mas lijeros fueron siguiendo el alcance por la órden arriba dicha, los iban alcanzando y matando. Valdivia, como llevaba tan buen caballo, pudo pasar algo mas adelante, siguiéndole un capellan que consigo traia, clérigo llamado el padre Pozo. Llegado a una ciénega, atolló el caballo con él. Acudieron los indios que la estaban guardando, y como estaba en aquella necesidad fatigado, lo derribaron de el caballo a lanzadas y golpes de macanas. Teniéndolo en su poder, lo desarmaron y desnudaron en carnes, y ataron las manos con unos bejucos, y así atado lo llevaron a pié casi media legua sin quitalle la celada borgoñona que llevaba, que aunque lo probaron muchas veces no acertaron a quitársela: y como era hombre gordo y no podia andar tanto como querian, llevábalo algunas veces arrastrando, diciéndole muchos vituperios y burlando de él, hasta un bebedero, donde llegados con él, se juntaron todos los indios y repartieron toda la ropa y despojo por su órden entre los señores, y al yanacona Alonso, que despues se llamó Lautaro, y salió en ser belicoso mas que indio, porque les dió la órden de pelear, le dieron la parte que él quiso tomar. Allí le trajeron a Valdivia su yanacona Agustinillo, el cual le quitó la celada. Viéndose con lengua les comenzó a hablar, diciéndoles que les sacaria los cristianos de el reino, y despoblaria las ciudades y daria dos mill ovejas si le daban la vida. Los indios, para dalle a entender que nó querian concierto alguno, le hicieron al yanacona pedazos delante de él. Viendo el padre Pozo que no aprovechaban amones-

faciones con aquellos bárbaros, hizo de dos pajas que par de sí halló una cruz, y persuadiéndole a bien morir, diciéndole muchas cosas de buen cristiano, pidiendo a Dios misericordia de sus culpas. Miétras en esto estaban, hicieron los indios un fuego delante de él, y con una cáscara de almejas de la mar, que ellos llaman pello en su lengua, le cortaron los lagartos de los brazos desde el codo a la muñeca; teniendo espadas, dagas y cuchillos con que podello hacer, no quisieron por dalle mayor martirio, y los comieron asados en su presencia. Hechos otros muchos vituperios, lo mataron a él y al capellan, y la cabeza pusieron en una lanza juntamente con las demas de cristianos, que no les escapó ninguno.

Este fué el fin que tuvo Pedro de Valdivia, hombre valeroso y bien afortunado hasta aquel punto. ¡Grandes secretos de Dios que debe considerar el cristiano! Un hombre como este, tan obedecido, tan temido, tan señor y respetado, morir una muerte tan cruel a manos de bárbaros. Por donde cada cristiano ha de entender que aquel estado que Dios le da es el mejor; y si no le levanta mas es para mas bien suyo; porque muchas veces vemos procurar los hombres ambiciosos cargos grandes por muchas maneras y rodeos, haciendo ancha la conciencia para alcanzarlos; y es Dios servido que despues de habellos alcanzado los vengan a perder con ignominia y gran castigo hecho en sus personas, como a Valdivia le acaeció cuando tomó el oro en el navio y se fué con él al Pirú, que fué Dios servido y permitió, que por aquel camino que quiso ser señor, por aquel perdiese la vida y estado.

Era Valdivia, cuando murió, de edad de cincuenta y seis años, natural de un lugar de Extremadura pequeño, llamado Castuera, hombre de buena estatura, de rostro alegre, la cabeza grande conforme al cuerpo, que se habia hecho gordo, espaldudo, ancho de pecho, hombre de buen entendimiento, aunque de palabras no bien limadas, liberal, y hacia mercedes graciosamente. Despues que fué señor rescebia gran contento en dar lo que tenia: era jeneroso en todas sus cosas, amigo de andar bien vestido y lustroso, y de los hombres que lo andaban, y de comer y beber bien: afable y humano con todos; mas tenia dos cosas con que escurecia todas estas virtudes, que aborrecia a los hombres nobles, y de ordinario estaba amancebado con una mujer española, a lo cual fué dado. El cómo murió, y de la manera que dicho tengo, yo me informé de un principal y señor del valle de Chille en Santiago, que se llamaba Don Alonso, y servia a Valdivia de guardaropa, que hablaba en lengua española, y de mucha razon, que estuvo presente a todo, y escapó en hábito de indio de guerra sin ser conocido, y aquella noche llegó a la casa fuerte de Arauco y dió nueva de todo lo sucedido a los que en ella estaban: los cuales se fueron a la Concepcion, que estaba de allí nueve leguas, ántes que los indios les cerrasen el camino.

CAPITULO XV.

De las cosas que acaescieron en Chille despues de la muerte de Valdivia.

Llegada a la ciudad Imperial la carta que Valdivia escribia a Pedro de Villagra, que era su teniente, le enviase veinte hombres, y algunos de ellos sennalados en su letra, los apercibió, y con mucha presteza partieron de aquella ciudad: siendo llegados a la casa fuerte de Puren, que está doce leguas de la Imperial, hallaron a Martín de Ariza, que habia llegado de Tucapel desbaratado, o por mejor decir desanimado: de él se informaron cómo y de la manera que dejaba el fuerte que a su cargo tenia. Despues de haber entendido que la provincia de Tucapel estaba alzada, hubo varios pareceres entre los que iban, si entrarian o no. En este caso dudoso estuvieron dos dias: al fin de ellos, como eran hombres tan valientes, y que tantas veces habian peleado con indios y siempre de ellos habian tenido victoria, se determinaron de entrar en demanda de Valdivia, queriendo dalle a entender a lo mucho que se habian aventurado y en lo mas que se aventurarian en caso que le pudiesen servir. Con esta órden salieron de el fuerte de Puren catorce hombres de los veinte, porque los demas por justas ocupaciones se quedaron allí. Estos catorce soldados caminaron hasta llegar a vista de la casa fuerte de Tucapel, que era una jornada de caballo de donde habian partido. Los indios, que tenian aviso de la muerte de Valdivia, los dejaban pasar viendo que iban perdidos, y luego que pasaban les cerraban el paso esperándoles la vuelta. Yendo su camino, llegaron a un alto desde el cual vieron venir ácia ellos un escuadron de indios, que llegando cerca les decian: "Cristianos, ¿adónde vais, que a vuestro gobernador ya lo hemos muerto?" No dándoles crédito, como muchas veces mienten, pasaron adelante peleando con ellos. Luego desde a poco toparon con otro escuadron que venia de hallarse en la muerte de Valdivia, diciéndoles lo mismo que el primero les habia dicho; y viendo que traian algunas lanzas de Castilla y ropa de cristianos, diéronles crédito, que a lo que despues se supo habia dos dias que era muerto Valdivia, que fueron los que se detuvieron en el fuerte de Puren, que a no detenerse llegaban a tiempo que Valdivia andaba peleando con los indios; y no desamparando Martín de Ariza la casa, fuera posible que, pervertidos los indios con tantos socorros, le sucediera mejor, en cuanto a los juicios que en aquel tiempo se echaban; mas el que ordena todas las cosas prósperas y adversas, que es nuestro Dios, permitió que fuese así como arriba se ha dicho. Volviendo a los catorce soldados, viendo la determinacion que los indios traian a pelear con ellos, como hombres que no llevaban bagajes mas de sus armas a la lijera, pelearon un grande rato, y viendo que mostraban otro brio y determinacion de la que solian tener, y que muchos otros se les llegaban diciéndoles: "No penseis sustentaros contra nosotros, que como hemos muerto al gobernador os matarémos," los cristianos enten-

diendo lo que decian, se recojieron, y todos juntos hechos un cuerpo, se retiraron por el camino que habian venido. Los indios cantando victoria los iban siguiendo, y para mas desanimallos y dar a entender a los comarcanos que andaban peleando, ponen fuego a los campos, que estaban llenos de yerba seca como era en mitad del estio, que por esta sennal de humo se entienden en gran manera. Vueltos por el camino ácia Puren, en las partes que habia estrechura hallaban el camino cerrado, y los enemigos a la defensa; que de necesidad les convenia pelear para pasar adelante o morir allí, pues que no podian volver atras. Habiéndoles muerto un soldado en una ladera a la retirada, que se le vino la silla a la barriga de el caballo por llevar la cincha floja, encarnizados con esto iban con mas braveza siguiéndolos. Los caballos ya no tenian el aliento que al principio, porque habian andado siete leguas y peleado mucho, con el calor del sol iban mui sudados y cansados. Desde a poco, a la pasada de una puente, mataron a Pedro Niño, soldado de buena determinacion, y Pedro Cortes, valiente soldado y de grandes fuerzas, que no le aprovecharon: no contentos con esto, iban en seguimiento de los demas. Desde a poco en un paso el postrero de los que allí adelante habia, derribaron de los caballos otros tres soldados, y entre los demas alanceados y heridos, escaparon siete de catorce, el uno de ellos tan maltratado de heridas y golpes en la cabeza, que llegado a la ciudad Imperial y puesto en cura, perdió la vista de ambos ojos, y desde a pocos dias murió: era natural de Córdoba, llamado Andres Hernandez de Córdoba, caballero conocido. Allí le acaeció a un soldado llamado Juan Moran de la Cerda, natural de Guillena, en la ribera de Guadalquivir, junto a Alcalá de el Rio, una cosa dina de escrebilla, y fué que, andando peleando, le dió un indio una lanzada en un ojo que se lo sacó del casco y lo llevaba colgando sobre el rostro; y porque le impedia al pelear y recibia pesadumbre traello colgando, asiéndolo con su mano propia lo arrancó y echó de sí: y hizo tan buenas cosas peleando, que los indios cuando le vian venir tanto era el miedo que le tenian, que apartándose le daban lugar para que pasase: este soldado tan valiente escapó con el ojo ménos. En este postrero recuento ya venia la noche, y entre los soldados que allí derribaron, uno de ellos, natural de Almagro, llamado de su nombre Juan Gomez, hombre de grandes fuerzas y buenas partes, a quien llevaban los catorce por su capitán, con la escuridad de la noche que era vecina se metió por un monte: estando escondido, que ya no habia grita entre los indios como de ántes, y que por respeto de un aguacero grande que vino en aquella coyuntura se habian retirado a unas casas que estaban en medio de el camino, que por no mojarse habian dejado de seguir el alcance. Juan Gomez, vista tan buena ocasion para su remedio, salió al camino, yendo por él sin espada, ni daga, ni otra arma alguna, que todo lo habia perdido peleando: se descalzó unas botas por respeto de la huella, que fuera posible por ella sacarle de rastro, e yendo descalzo iba al seguro. Así topó con un indio, el cual le habló como llegó a él en su lengua, creyendo era otro indio como él: Juan Gomez,

como sabia la lengua, le respondió en ella; descuidado con esta respuesta, no se apartó del camino, ántes se llegaron juntos. Como Juan Gomez le vió solo, pareciéndole que habiéndole el indio conocido daría aviso a los de guerra, que estaban cerca, y viéndole un cuchillo que en una mano llevaba, arremetió con él, quitándole el cuchillo lo mató; que aunque dió muchas voces no fué oído. Luego, con su cuchillo en la mano, pasó su camino por las casas donde se habian metido los indios que pelearon huyendo del agua que llovía, con muchos fuegos, y los caballos que habian ganado atados a las puertas. Yendo adelante poco camino, se metió en el monte, y allí estuvo escondido, porque venia el día, hasta reconocer lo que haría. Sus compañeros llegaron a la casa de Puren dando nueva de su jornada y donde les habian muerto sus amigos, y que no dudaban sino que Valdivia era muerto. Entró tanto temor en ellos, que luego quisieran desamparar aquella fuerza: dejáronlo de hacer por parecelles que estando en tierra llana, era flaqueza sin ver mas, aunque no tardó mucho; que luego aquel día, como se supo la muerte de Valdivia, los indios de la comarca tomaron las armas, conociendo el temor que tenian los que en la casa estaban; los cuales, compelidos de necesidad ocho soldados que se hallaron en ella, salieron a pelear, y entre ellos un arcabucero llamado Diego García, herrero de su oficio, valiente hombre: este dió orden con dos mantas de cuero de lobo que para ello hizo con algunos agujeros, para tirar con tres arcabuces que tenian, y los de a caballo detras fuesen a desbaratar los indios. Con este ardid de guerra fueron contra un escuadron que enfrente de la casa estaba esperando que saliesen a pelear. Los indios les tiraban muchas flechas, aunque no se osaban llegar a ellos, por no entender que era aquello que detras de los cueros vian venir, y los caballos detras que los hacian fuertes; por este respeto se estaban en su orden. Los soldados, con los tres arcabuces que tenian, puestos cerca, como tiraban a monton, derribaban muchos. Viendo que los mataban, no teniendo ánimo para cerrar con los de las mantas, comenzaron a remolinar, dando demostracion [de] huir de los arcabuces. Los de caballo, conociendo el temor que tenian, rompieron por ellos, alanceando algunos, los desbarataron y dejaron ir, sin seguir el alcance por no apartarse de el fuerte. Vueltos a él, dieron orden como irse a la Imperial; porque los que allí llegaron desbaratados, como no eran mas de seis, que quedaron de los catorce que fueron: Andres Fernandez de Córdoba, Gregorio de Castaneda, Martin de Peñalosa, Gonzalo Hernandez, Juan Moran, Sebastian de Vergara, estaban tan mal heridos, que luego que allí llegaron, se fueron y dieron aviso a Pedro de Villagra de lo sucedido en su jornada: el cual, como hombre de guerra, envió doce hombres a socorrer el fuerte de Puren. Los que iban, llevaban por su capitán a Don Pedro de Avendaño, hombre en gran manera belicoso y amigo de guerra. Por mucha priesa que se dió en caminar, topó en el camino a los que iban de Puren, que habian desamparado el fuerte; y por dar razon de ello, lo quiso él mismo ir a ver si era lo que decían de los muchos indios que habian muerto y estar

todo alzado. Llegado Don Pedro a la casa, vido muchos indios que estaban en ella todos con sus armas: estos en viéndolo se juntaron creyendo pelearia. De esta ida resultó que Juan Gomez de Almagro no viniese a manos de aquellos bárbaros, el cual metido en el monte reconoció con el dia que estaba cerca de el fuerte de Puren, como hombre que habia andado muchas veces aquel camino: determinó irse él encubriéndose por los trigos grandes que habia en aquel camino pordonde habia de ir: siendo como eran mui altos, podia ir por ellos sin que le viesen. Yendo así caminando vido venir hacia sí un principal hijo del cacique y señor de todo el valle. Juan Gomez cuando lo vido y vió que el indio lo habia visto, porque no se alborotase, lo llamó por su nombre que se llegase a él, y se quitó un sayete de terciopelo morado con unos botones de oro y se lo dió, el cual tomó el indio de buena gana, diciéndole no dijese que le habia visto, le esperaria allí que le trajese algo de comer, porque tenia hambre: el indio le dijo que sí traeria y volveria luego; que le esperase allí y no tuviese miedo. Juan Gomez rescibió gran contento viendo que lo habia engañado y que no era cosa fiarse de él, fuése ácia donde vido un poco de monte y debajo el hueco de un árbol que estaba caído de tiempo atras y que era cenagoso lo de alrededor, mirando bien no pareciese su huella, se escondió dentro en aquel hueco. Esperando la noche, quiso su ventura que un soldado de Don Pedro se apartó de los demas que iban juntos. Como lo halló ménos mandó que lo fuesen a buscar: los que lo buscaban dieron algunas voces, a las cuales Juan Gomez, que estaba debajo el hueco del árbol, que las oyó, salió a ellas, e yendo ácia la parte que las habia oído, vido un soldado a caballo, que como lo vió se vino luego a él; este le tomó a las ancas y lo llevó a donde su capitán estaba, que se holgó en gran manera por haber sido instrumento para escapar a un soldado tan valiente y tan principal hombre: fuése luego a la Imperial con su jente. Los que estaban haciendo sus casas en Angol, como supieron la muerte de Valdivia retiráronse unos a la Imperial, otros a la Concepcion. Los que estaban en las minas sacando oro fueron luego avisados por los que de Arauco habian ido, que fueron los primeros que llevaron la nueva. Desta manera se recojieron las guarniciones que tenia Valdivia en los fuertes.

CAPITULO XVI.

De las cosas que hizo Francisco de Villagra despues que supo la muerte de Valdivia; y de como yéndola a castigar, lo desbarataron los indios.

Luego que Pedro de Villagra tuvo por cierta la muerte de Valdivia, envió un hombre a caballo por la posta que diese aviso a las justicias de la ciudad de Valdivia del suceso, y avisasen a Francisco de Villagra para que como principal persona viniese a poner el remedio que convenia. Con esta nueva salió de la Imperial Gaspar Viera y se dió tanta priesa a caminar, que en un dia anduvo veinte y cuatro leguas de mal camino.

Llegado con la nueva a la justicia, despachó luego otro que fuese en busca de Villagra, y le avisase de todo. Hallóle que andaba con cuarenta soldados visitando la comarca de la ciudad, que despues Don Garcia (1) le puso por nombre Osorno, para poblar en la parte que les pareciese un pueblo, por comision que Valdivia le habia dado, pues eran sus amigos todos y él los conocia, que poblase y repartiase como él quisiese, con tal que de los indios que les diese fuesen por confirmacion suya. Andando Villagra ocupado en esto, llegó la nueva. Luego mandó llamar a todos los que con él estaban sin saber ninguno lo que de nuevo habia, les dijo cómo Valdivia era muerto y de la manera que murió y de cómo le enviaban a llamar de la Imperial para que tomase a su cargo la defensa del reino; que él se queria partir luego a reparar las ciudades pobladas, y sobre todas la Concepcion, que tendria mas necesidad; y que si, lo que Dios no quisiese, Valdivia era muerto, qué serviria a su Majestad hasta que otra cosa le mandase, y pues eran sus amigos, les rogaba cada uno hiciese lo mismo, y que si era vivo, justo era todos le fuesen a servir y ayudar en la necesidad presente. Respondiéronle hiciese su voluntad, que a todos hallaria propicios para lo que quisiese hacer.

Luego se partió para la ciudad de Valdivia, por el mes de hebrero de el año mill quinientos cincuenta y cuatro años. Allí fué recebido con grande amor de todos, que era en aquel tiempo Villagra bien quisto y amado en jeneral, solo por buenas palabras y honra, y era amigo de hombres nobles: con estas solas partes atraia los hombres a sí, aunque despues que fué gobernador por el Rei se mudó en costumbres y condicion. Luego otro dia en su cabildo Cristóbal de Quiñones, que habia sido escribano en Potosí, y al presente era justicia en Valdivia, hombre de negocios, dió orden como lo rescibiesen por justicia mayor y capitán jeneral, hasta tanto que su Majestad otra cosa proveyese, y esto condicionalmente si Valdivia era muerto.

Villagra hizo reseña de toda la jente que habia en aquella ciudad y halló ciento y cuarenta soldados bien en orden; de estos dejó sesenta, que le pareció bastaban para su defensa, y llevó consigo ochenta: con ellos se partió otro dia a la Imperial. Fué en ella resecebido con alegría increíble: tenia Villagra en aquella ciudad sus casas y repartimiento de indios, que le andaban sacando oro en un cerro, mas de quinientos juntos. Estos como tuvieron nueva por sus vecinos de la muerte de Valdivia, luego se alzaron, y de los almocafres con que sacaban el oro hicieron hierros de lanzas, y toda la provincia hizo lo mismo. Villagra a todo esto tuvo buen ánimo, pareciéndole que castigando a los que a Valdivia habian muerto, lo demas todo se allanaria breve.

Despues de haber sido resecebido conforme al resecebimiento de Valdivia, les dejó a Pedro de Villagra por su teniente, lo que en Valdivia no quiso hacer sino a los alcaldes ordinarios. Despues de haber dado orden

(1) D. Garcia Hurtado de Mendoza, gobernador que fué de Chile.

con que Pedro de Villagra quedó contento, los dejó alegres y se partió con presteza a la ciudad de la Concepcion.

Yendo por sus términos caminando, no halló repartimiento alguno que le saliese a servir, todos los indios alzados. Llegado a la Concepcion, halló el pueblo mui triste y con mucho temor: con su llegada se alegraron y lo recibieron por su capitán jeneral. Luego comenzó a proveer todo lo que convenia para salir al castigo de la muerte de Valdivia: hizo pertrechos de armas y aderezó soldados de lo que cada uno tenia necesidad: y hecha reseña de toda la jente del pueblo, halló que tenia doscientos y treinta hombres, todos hombres de guerra: de estos sacó ciento y setenta, los mas bien aderezados y encabalgados, dejándoles al capitán Gabriel de Villagra, deudo suyo, por su teniente y capitán para las cosas de guerra que se les ofreciesen. Proveido esto, envió a Santiago testimonio de como era rescebido en las demas ciudades por justicia mayor, para que conforme a ellos le rescibiesen. El cabildo y vecinos no lo quisieron hacer, porque Valdivia habia nombrado en un testamento que hallaron cerrado, a Francisco de Aguirre que gobernase despues de sus días, por virtud de una provision que tenia de el audiencia de los Reyes para que pudiese nombrar a quien le pareciese hasta tanto que su Majestad proveyese; y como Valdivia habia nombrado a Francisco de Aguirre, no quisieron rescebir a Villagra, ántes enviaron a llamar Aguirre, que estaba en los Juries; porque Juan Martinez de Prado, a quien Villagra habia dejado en Santiago del Estero poblado en nombre de Valdivia, no reconociéndole superioridad alguna como hombre mal agradecido y perjuro, envió Valdivia a Francisco de Aguirre que se lo enviase preso y quedase él en el gobierno de aquella provincia, la cual apartaba de su gobernacion y le hacia merced del gobierno de ella, y para que mejor pudiese sustentarse y ser proveido de cosas de la mar, le daba la ciudad de Coquimbo, que él habia poblado, y la juntaba con lo demas con tanto que lo negociase con el Rei: con esta merced le envió mui contento. Llegado a los Juries, que tambien se llamaba Tucumá, prendió luego a Francisco Martinez de Prado y lo envió a la Concepcion, donde Valdivia estaba, y él se quedó conforme a la órden que llevaba gobernando aquella provincia; al cual los vecinos de Santiago enviaron a llamar como se ha dicho.

Volviendo a Villagra, concertada su jente, nombró por su maestro de campo al capitán Alonso de Reinoso, que lo habia sido en su compañía cuando de el Pirú partió hasta que entró en Chile, hombre de grande práctica de guerra y de mucha expiencia por ser mui antiguo en las Indias y haber tenido siempre cargos. Llegado pues al rio de Biobio, pasó su campo por una barca. Puesto de la otra parte, con muchos indios que llevaba por amigos de los repartimientos que estaban de paz, llevando su maestro de campo el avanguardia, llegó a un valle que se llama Andalican. Haciendo allí dormida, salió el maestro de campo a cortalles las simenteras y arrancalles los maices, destruyéndoles todo lo sembrado. Otro dia luego partió el campo de Andalican y llegó a otro

valle que se llama Chivilinguo, donde despues de haber asentado para hacer dormida, salió el maestro de campo a cortalles los maices destruyendo todo el valle. Los indios en este tiempo de creer es que no estaban descuidados, que por espías que tenian en la Concepcion sabian por momentos todo lo que hacian y el dia que habian de pasar el rio: los cuales se hablaron por sus mensajeros tratando de pelear y defenderse; pues vian que estaban culpables, pues era cierto que la muerte de Valdivia la habian de querer vengar, pues iba por todos, que todos saliesen a la defensa, y pues habian como hombres abierto camino para su libertad, que se juntasen y gozasen de una gran victoria, y que demas della los cristianos traian buenas capas y mucha ropa, muchas armas y caballos, que todo se lo quitarian; y pues sabian que habian de entrar por el camino de Arauco, se juntasen en aquel valle, donde ellos pondrian bastimento para todos los que viniesen a hallarse en la guerra. Con esta plática, despues de habella comunicado entre sí los señores principales de el valle de Arauco, enviaron indios pláticos que lo tratasen en su nombre por toda la provincia con esta voz de guerra.

Persuadidos todos los comarcanos y aquellos persuadiendo a otros, se juntaron en el valle jente innumerable. Viéndose los principales juntos, señalaron capitanes menores dándoles número de jente a cada uno, y por principal de todos al señor de Arauco llamado Peteguelen, y acordaron de esperar a Villagra en una cuesta grande que hace al asomada del valle, un pequeño rio en medio de Arauco y de la cuesta: la cual cuesta está llana en lo alto della y se pueden bien manejar caballos. Y porque detras desta cuesta ácia la Concepcion habia otra áspera de monte y despeñaderos grandes ácia la mar, que batia al pié della, pusieron un escuadron grande, para que despues de rotos, como cosa que en su pecho tenian ganada, yendo los caballos y cristianos todos cansados, cerrándoles allí el paso los despeñarían y matarian. Y que un principal del valle llamado Llanganabal juntase todas las mujeres y muchachos con varas largas a manera de lanzas y se representase con ellos en una loma poco apartado de los cristianos, una quebrada en medio, que no los pudiesen reconocer, y que cuando comenzasen a pelear hiciesen muestra caminando que les iban a tomar las espaldas: que seria grande ayuda para desanimarlos: y que enviasen avisar a los barqueros de Biobio, que luego como pasasen los cristianos echasen a fondo la barca, y todas las demas cosas en que pudiesen pasar que las quitasen; y que los indios que habian de pelear se estuviesen quedos. Despues de todas estas prevenciones, dieron orden a los capitanes que no acometiesen a los cristianos hasta que fuesen descubiertos. En aquel tiempo habia en la cuesta grandes pajonales, que entre ellos podian estar secretos hasta que llegasen mui cerca. De esta manera y con esta orden se fueron a poner en el puesto. Villagra, despues que hubo cortado las sementerías deste valle, sin hacer diligencia de hombre de guerra, aunque lo entendia, y con habérselo dicho su maestro de campo, por lo cual despues nunca se llevaron bien, que él queria ir a descubrir el campo

adelante hasta el valle y entrada de Arauco y ver de qué manera estaba el camino: que no lo tenía por buena señal no haber visto indios, ni haber podido tomar lengua de como estaban e informarse de lo que les convenia hacer, Villagra lo estorbó diciendo que no habia necesidad de ello. Puestas sus centinelas para seguridad de el campo, durmieron aquella noche allí, estando los indios ménos de media milla de ellos sin hacer muestra ninguna de haber jente. Otro día como fué amanecido tocaron las trompetas a partir. Puestos en sus caballos, cargados los bagajes, tomó el maestro de campo la vanguardia, la cuesta arriba llegó al llano donde los indios estaban, los cuales estuvieron quedos hasta que un perro que con ellos estaba les comenzó a ladrar; mirando ácia donde el perro ladraba, se levantaron y dieron una grande grita a su usanza atronando aquellos valles. Reinoso, viéndose con ellos a las manos, mandó subir el artillería y asestalla a un escuadron que mas cerca estaba; que aunque los indios se le mostraron no se movieron de su lugar. Los cristianos que a caballo estaban, rompieron con ellos y los echaron por una ladera abajo. En esto tuvo tiempo Villagra de subir con toda la jente, y juntos ciento y sesenta hombres bien armados, pelearon con gran determinacion, y el mismo Villagra le convino pelear y quitó del poder de los indios algunos cristianos que estaban en necesidad y perdidos, animando a los demas y llamando por sus nombres propios a cada uno, para que la vergüenza les hiciese ser mas valientes y pelear mejor, y así los rompió muchas veces. Mas los indios como tenían plática (1) de guardar aquella órden, se echaban por las laderas de la cuesta, y como los caballos llegados allí volvian, salian tras ellos a manera de juego de cañas; habiendo muerto muchos indios, se retiraron a su artillería. Fué cosa de ver una cuadrilla de soldados que peleaban a pié por no tener caballos que fuesen para pelear, estos acometian a los indios y hacian mui buenas suertes en ellos, y se retiraban cuando les convenia, con buena órden. Villagra volvió a romper con los indios, en cuya presencia un soldado llamado Cardeñoso, queriendo en público mostrar su determinacion y ánimo, se arrojó solo en un escuadron de muchos indios; peleando lo derribaron de el caballo y en presencia de todos lo hicieron pedazos sin podello socorrer. ¡Cosa de gran temor, cómo quiso este hombre desesperado acometer una cosa tan grande! Que cierto es de creer, si todos tuvieran su ánimo, hubieran la vitoria.

Para esta batalla hicieron los indios una invencion de guerra diabólica; que fué en unas varas largas como una lanza, ataban a ellas desde poco mas de la mitad un bejuco torcido, que sobraba de la vara una braza y mas, esta cuerda que sobraba era un lazo que estaba abierto, y de aquellos lazos llevaban los indios de grandes fuerzas cada uno uno. Estos hicieron mucho daño, porque como andaban envueltos con los cristianos, tenían ojo en el que mas cerca llegaba, y echábanle el lazo

(1) Otras veces pone *prática*.

por la cabeza, que colaba a el cuerpo y tiraba tan valientemente con otros que andaban juntos para efeto de ayudalles, que lo sacaban de la silla dando con él en tierra e lo mataban a lanzadas y golpes de porras que traian. Y así en una arremetida que hizo Villagra, lo sacó un indio de el caballo, y si no fuera tan bien socorrido lo mataran. Algunos indios se ocuparon en tomar el caballo y se lo llevaban a meterlo en su escuadron; mas cargaron tantos soldados sobre ellos que se lo quitaron y volvió a subir en él: y en otra arremetida que hizo, le dieron un golpe de macana en el rostro que lo desatinaron. Despues de habelles cansado los caballos por el mucho tiempo que habian peleado, Llonganabal, capitan de las mujeres y muchachos, comenzó a caminar haciendo muestra que iba a tomalles por las espaldas. Villagra se recojió a su artillería y mandó les tirasen algunas pelotas, entre tanto que se adelantaban los caballos: y conociendo que el escuadron que estaba de la otra parte de la quebrada iba caminando a sus espaldas, que era el camino que con el campo habia traído, entró en consejo de guerra tratando qué se podria hacer para no perderse. Estando en esta plática con algunos hombres principales, los indios se sentaron y descansaron comiendo de lo que allí les traian sus mujeres. Habiendo descansado un poco se levantaron tan determinadamente, que posponiendo todo peligro y temor, cerraron con los cristianos de tal manera, que les hicieron volver las espaldas. Los que peleaban a pié, que eran doce soldados, desamparados de los de a caballo, los hicieron pedazos, sino fueron algunos que acertaron a tomar caballos para huir; y así todos juntos bajaron la cuesta. Los indios les ganaron el artillería y toda la ropa que llevaban, siguiéndolos en el alcance hasta la otra cuesta que habian dejado a sus espaldas, donde hallaron un grande escuadron con muchos lazos, lanzas e otros muchos jéneros de armas, esperándolos en gran manera animosos. Como los vian venir desbaratados, llegados allí, como el camino era estrecho por donde habian de bajar, que aunque habia dos caminos ambos eran malos, allí al bajar los apretaron de manera, que por pasar los unos delante de los otros se embarazaban por respeto de illos alanceando y matando: y como los apretaban tanto, viéndose morir sin poder pelear, por bajar a lo llano se echaron por la ladera abajo, camino de peñas y malo para bajar a pié, cuanto mas a caballo: por allí abajo iban los caballos despeñándose, que era grande lástima para los que vian así ir, ellos por una parte y sus amos por otra llegaban abajo. Los indios como eran muchos estaban repartidos a todos los pasos donde podian hacer daño. Como llegaban al pié de la cuesta aturdidos y desatinados ¡tanto puede el miedo en caso semejante! con grandísima crueldad los mataban sin se defender: donde les fuera mejor morir peleando como murió Cardeñoso, que para ser tanto número era muerte incierta, que no huyendo entre jente tan cruel que a ninguno tomaron vivo.

Desde allí como hombres desbaratados cada uno huyó por donde pudo, camino de la Concepcion, sin tener cuenta con su capitan ni su capitan con ellos ¡tanto iban de medrosos! y fué su mohina tanta que parecia

fortuna hadada que a Villagra seguia y favorecedora de los indios, que por dondequieran que iban hallaban cerrados los caminos con madera y jente a la defensa puesta: en aquellos pasos mataron muchos cristianos y otros que por cansárseles los caballos murieron a manos de los enemigos que los iban siguiendo. No habia amigo que favoreciese a otro; y por no dejar sin gloria a quien lo merece ni es justo en toda suerte de virtud, diré lo que acaeció a un soldado llamado Diego Cano, natural de Málaga, y fué que andando Villagra peleando en la cuesta ántes que lo desbaratasen los indios, andaba un indio sobresaliente tan desvergonzado y tan valiente que con su ánimo y determinacion mucha causaba en los suyos acrecentamiento de ánimo por muchas suertes que hacia. Villagra viéndolo y no lo pudiendo sufrir llamó a este soldado Diego Cano, y le dijo: "Señor Diego Cano, alancéeme aquel indio." Diego Cano le respondió: "Señor jeneral, vuesa merced me manda que pierda mi vida entre estos indios, mas por la profesion y hábito que he hecho de buen soldado, la aventuraré a perder, pues tan en público vuesa merced me manda;" y puestos los ojos en el indio que andaba con una lanza peleando, y animando a los suyos, como lo vido un poco apartado de su escuadron en un caballo que traia bien arrendado y buen caballo, conforme a su ánimo que era de buen soldado, cerró con él: el indio se vió embarazado y turbado, que ni se reportó para pelear ni para retirarse, con una demostracion de querer huir. Diego Cano llegó a él, que ya se iba recojiendo ácia los suyos que venian en su defensa a paso largo, y dentro en sus amigos que le defendian con muchas lanzas, le dió una lanzada que le atravesó todo el cuerpo con grande parte de la lanza de la otra banda, y salió herido, aunque de las heridas no murió por las buenas armas que llevaba.

Pues volviendo a Villagra veinte hombres que iban par de él, viendo la desvergüenza que traian hasta treinta indios que lo iban siguiendo por tierra llana, les dijo: "caballeros, vuelvan a lancear aquellos indios." Ninguno se atrevió volver el rostro ácia ellos porque llevaban los caballos tan cansados y encalmados, que no se podian aprovechar de ellos, sino era para andar y poco a poco su camino. Iba entre estos caballeros un soldado portugues de nacion, natural de la isla de la Madera: este soldado con una yegua lijera en que iba revolvió a los indios, y con determinacion, en efeto, de valiente hombre lanceó dos indios; los demas pararon allí no osando pasar adelante; que en este lance y buena suerte que hizo este soldado demas de merecerlo, escaparon de ser muertos algunos que allí iban desanimados y perdidos. Poco mas adelante hallaron indios al paso de una puente que la defendian algunos por estar el camino estrecho de peñas y monte: mataron al capitán Maldonado sin que ningun amigo suyo lo socorriese, pudiéndolo hacer no siendo diez indios los que la guardaban; que como jente vencida no tenia cada uno fino mas que a salvar su vida. Murieron ochenta y seis soldados, principal jente que habian ayudado a ganar y poblar todo el reino, y entre ellos muchos hijosdalgo conocidos, como el capitán Sancino, Hernando

de Alvarado, Morgobejo, Alonso de Camora, Alvar Martinez, Diego de Vega, el capitan Maldonado, Francisco Garces, que por la prolijidad no pongo los demas. De esta pérdida daban la culpa a Villagra diciendo que estaba obligado a recojer su jente aunque iban huyendo, pues eran en número ochenta hombres: mejor pasaran los pasos que les tenian tomados, todos juntos que no tan divididos y sin orden. Villagra se disculpaba diciendo que le convenia llegar al paso de el rio ántes que los enemigos lo tomasen; porque si llegaban primero que no él era imposible escapar ninguno, y que a esta causa no se podia detener. Caminando todo lo que pudo y sin orden llegó al rio al anochecer y a una hora de noche los mas tardios. Fué Dios servido que aunque los indios habian quemado la barca no miraron en unas canoas que tenian de su servicio, que son unos maderos grandes cavados por de dentro a manera de artesa, y en aquel hueco que en sí tienen pasan los rios por grandes que sean; de estas canoas hallaron cuatro en que comenzaron a pasar, dándose tan buena maña ¡cuánto puede el miedo en casos semejantes! que cuando amaneció ya estaban de la otra parte casi todos sin peligrar ninguno: que fué caso harto dichoso, porque si aquella noche cuando estaban pasando les acometieran cien indios, creyendo que eran mas y venian en su alcance, se perdieran todos. Aquel dia llegaron a la Concepcion tan maltratados que en jeneral les tenian lástima.

CAPITULO XVII.

De como Francisco de Villagra despobló la ciudad de la Concepcion y las causas que le movieron.

Llegado Francisco de Villagra a la Concepcion con ochenta soldados que llevaba maltratados y heridos, hizo una oracion al pueblo, diciéndoles el suceso que habia tenido y como era imposible sustentarse contra los indios segun estaban vitoriosos; mas que no embargante haber rescebido aquel infortunio, creyesen de él que no faltaria allí en público: que todos se animasen y aderezasen con sus armas para defender la ciudad, que a lo que él creia convenia así, porque era de entender con una vitoria tan grande habian de venir sobre ella.

Mandó luego hacer reseña de toda la jente que habia en el pueblo despues de los que con él escaparon. Habiéndolos visto a todos y que eran hombres mal armados y de caballos peor aderezados, y el mismo Villagra que lo habia todo de reparar, hacia esto con tanta tibieza que por ella se entendia las pláticas secretas que de ordinario traia con su mestre de campo Gabriel de Villagra, a quien habia dejado por su teniente, las cuales fueron de allí a poco descubiertas, y para mas poner en efeto su intencion, porque supo que en Santiago no le habian querido recibir, ántes habian enviado a llamar a Francisco de Aguirre, se dijo haber salido de su casa una nueva falsa, diciendo, muchos escuadrones de indios pasaban el rio de Biobio, la cual extendida por el pueblo,

y siendo el miedo que tenían grande por las muertes que habían visto, no esperando si era verdad o no, comenzó el pueblo a levantar una plática de hombres desanimados diciendo: que por la salud y conservar sus vidas, todo se había de posponer, y que si se perdiese lo que tenían, era nada en comparacion de lo que se ganaba guardándose para otro tiempo mejor, y al presente irse a Santiago, desamparando aquella ciudad: y como estas razones salian de hombres medrosos, encarecian su perdicion conforme a sus ánimos e inficionaban a otros muchos; aunque los que eran hombres discretos, entendian que todo aquello debía salir de el capitan que lo mandaba, pareciéndoles que aunque quisiesen con palabras y obras irse a la mano no habían de ser parte. Conformábanse con los demas y vian que Villagra no hacia dilijencia alguna, ni recojia bastimento, ni reparaba parte alguna donde se recojiesen, ni proveia de enviar las mujeres a Santiago juntamente con la chusma, que era lo que un hombre de guerra había de hacer; porque con este reparo y proveimiento sustentaba su presuncion, esperando lo que fortuna de él quisiera hacer y no desamparar una ciudad con tanta flaqueza sin ver lanza de enemigo enhiesta sobre ella, a fin de irse a reseibir a la ciudad de Santiago, como lo hizo ántes que Francisco de Aguirre viniese a tomar el gobierno. Todas estas cosas trataban despues los vecinos de aquella ciudad estando en Santiago, viéndose fuera de sus casas donde tan principal remedio tenían andando por las ajenas; pues extendido el miedo por la ciudad, comenzaron algunos hombres y mujeres a irse por el camino de Santiago unos tras otros; los que tenían caballos cargaban lo que podian en ellos, y los que no los tenían iban a pié.

Sabido esto, Villagra para que a él no le parase perjuicio en algun tiempo, mandó al capitan Gabriel de Villagra fuese al camino por donde iban, y ahorcase a todos los que se fuesen, el cual le envió a decir eran muchos los que se iban, mandase lo que fuese servido. Villagra con esta nueva juntó a los del cabildo y les dijo: que ya vian como desamparaban la ciudad, derribados los ánimos: que él tenía por cierto por lo que había visto no se habían de poder sustentar, si de propósito los indios venian sobre ellos; que le parecia mejor ántes que sin órden, se fuesen una noche donde en los unos o en los otros sobreviniese algun caso adverso, seria mejor irse todos: los del cabildo le ayudaron a la voluntad que tenía. Luego se puso por obra, que fué gran lástima ver las mujeres a pié ir pasando los rios descalzas, aunque entre ellas hubo una tan valerosa que con ánimo mas de hombre que de mujer, con un montante en las manos se puso en la plaza de aquella ciudad diciéndoles en jeneral muchos oprobios y palabras de mucho valor; y tales que movieran el ánimo a cualquier hombre amigo de gloria o de virtud. Mas Villagra no curó de ello, aunque en su presencia le dijo: “Señor jeneral, pues vuestra merced quiere nuestra destruicion sin tener respeto a lo mucho que perdemos todos en jeneral, si esta despoblada es por algun provecho particular que a V.^a md. resulta, váyase vuesa merced en hora buena; que las mujeres sustentaremos nuestras casas y

haciendas, y no dejarnos así ir perdidas a las ajenas, sin ver por qué, mas de por una nueva que se ha echado por el pueblo, que debe haber salido de algun hombrecillo sin ánimo, y no quiera V. md. hacernos en jeneral tan mala obra." Villagra como estaba inclinado a irse aprovechó poco todo lo que esta señora llamada doña Mencia de los Nidos, dijo, natural de Extremadura, de un pueblo llamado Cáceres; que si esta matrona fuera en tiempo que Roma mandaba el mundo y le acaciera caso semejante, le hicieran templo donde fuera venerada para siempre. Pues volviendo a los que iban caminando por tierra, dejando la ropa en sus casas perdida a quien la quisiere tomar, y en la casa de Valdivia la tapicería colgada y las camas de campo armadas, con grande cantidad de ropa y muchas mercaderías y herramientas, todo perdido, que ponía gran tristeza en jeneral a todos ver la destruicion que por aquella ciudad vino. Un vecino acertó a hallarse fuera en su repartimiento, este llegó a la ciudad, como fué despoblada, que aun no sabia su perdicion, y desde un alto vido andar los indios robando y saqueando lo que hallaban, quemando las casas. Visto su daño, tomó el camino de Santiago que llevaba Villagra. El cual despobló aquella ciudad por la órden que se ha dicho, habiendo cuatro años que la habia poblado Valdivia con mucho trabajo año de 1550. Fué en Santiago resecebido con grande descontentamiento de el pueblo.

CAPITULO XVIII.

De las cosas que hizo Villagra despues que despobló la Concepcion y llegó a Santiago

Despues de llegado Villagra a la ciudad de Santiago, juntó los de el cabildo y les pidió le rescibiesen como lo habian hecho las demas ciudades de el reino. Respondiéronle que Pedro de Valdivia habia nombrado a Francisco de Aguirre por su sucesor y no a él; y que por este respeto en cumplimiento de lo que el Rei mandaba, no habia lugar a resecebirle. Volvióles a decir con algunos que le ayudaban y eran hombres principales sustentando su parte, que despues de haber hecho Valdivia el testamento por donde nombraba a Francisco de Aguirre, hizo otro en que anulaba aquel, y que de ello daria fe su secretario Cardaña, que era el escribano ante quien se hizo, en el cual nombraba a Francisco de Villagra en el gobierno de el reino; y que este testamento Valdivia lo habia llevado consigo en un cofre pequeño, en donde tenia sus escrituras, y que a esta causa no parecia. Algunos hombres de ropa larga decian que aunque el nombrado fuese Aguirre, no habia lugar cumplirlo, por cuanto estaba fuera de el reino, y Villagra resecebido en la mayor parte de él. Anduvieron en estas pláticas algunos dias, hasta que le pidieron parecer de letrados, y para determinallo se juntaron el licenciado de las Peñas, natural de Salamanca, y el licenciado Altamirano, natural de Huete, a los cuales encomendaron determinasen este negocio. Villagra en cabildo, tratando de lo que convenia a su resecebimiento, estando en

ello acudieron sus amigos armados a la puerta de el ayuntamiento con palabras bravas y fieros que hacian, poniéndoles temor lo rescibieron contra su voluntad y por fuerza como hombre poderoso.

En este tiempo Francisco de Aguirre como tuvo nueva de la muerte de Valdivia, partió de los Jurés, y en llegando a Coquimbo envió a los del cabildo de Santiago, que pues él era lejítimo gobernador y sucesor en el gobierno por nombramiento de Valdivia, lo rescibiesen por su gobernador, llamándose señoría. Villagra porque no se le metiese en Santiago envió al camino quince soldados amigos suyos que estuviesen en guarnicion corriendo los valles y rompiendo los caminos, poniendo espías en la parte que les pareciese para que no pudiesen pasar cartas sin que las tomasen y se las enviasen; y si alguna jente viniese de Coquimbo, a quien llaman tambien la Serena, le diesen aviso. Francisco de Aguirre, teniendo plática de esta prevencion, puso ansímesmo otra guarnicion cerca de donde la tenia puesta Villagra, con la misma órden. Villagra se hallaba en aquel tiempo con doscientos hombres bien aderezados, que a muchos de ellos habia hecho amigos con esperanza que les daria de comer, que es dalles indios de repartimiento, en la ciudad de Valdivia; porque el gobernador Valdivia no habia repartido aquella ciudad, donde habia para todo; y como el interes atrae a sí las voluntades, los tuvo a todos por su parte. Aunque en Santiago Aguirre tenia principales amigos, estaba tan apoderado Villagra de todo, que no le podian favorecer mas de con el deseo.

Andando todos revueltos y desasosegados con aquella manera de discordia, trataron los de el cabido con Villagra y oficiales de el Rei, que para quitar de sí una confusion tan grande, que los dos letrados arriba nombrados, pues en el reino no habia otros bien informados de la causa, diesen parecer cual de los dos, Villagra o Aguirre, era lejítimo gobernador; y que este parecer aprobarian por apartarse de tomar las armas, cosa tan dañosa para todo el reino; y que los pareceres se enviasen a la audiencia de los Reyes, para que en ella, vistos por aquellos señores, proveyesen lo que mas conviniese al servicio de su majestad. Tratado con ellos en su acuerdo, el licenciado Altamirano dijo, que por servir al Rei y por la paz de el reino él daria su parecer. El licenciado Peñas dijo, que no daria parecer alguno si no se lo pagaban, y que en tal caso él lo estudiaria; y porque hubiese efeto le dieron luego en oro cuatro mill pesos, que son casi seis mill ducados: y para el efeto los mandaron meter en un navio, que estaba surto en el puerto, y que se hiciese con ellos a la vela dentro en el golfo, porque no dijesen que estaban oprimidos. Estos caballeros letrados dieron de parecer que Villagra debia gobernar y no Aguirre, por razones que para ello dieron, al dicho de hombres discretos no bastantes, pues era cierto que Aguirre tenia por el título de el testamento de Valdivia mejor derecho. Con este parecer volvió el navio al puerto, y traído a la ciudad de Santiago, despues de haberlo visto en su ayuntamiento, quedaron de guardallo hasta que de la audiencia de los Reyes viniese proveido lo mejor. Ya descansando algun tanto los unos y

los otros, retiraron las guarniciones que tenían puestas. En el mismo navio enviaron a informar a la audiencia de los Reyes de el estado de Chile, pidiendo que su alteza proveyese.

CAPITULO XIX.

De las cosas que hizo Villagra despues de ido el navio a los Reyes, y de lo que se proveyó.

Cuando Villagra vido alguna manera de quietud entre sus amigos y enemigos por el parecer que los dos letrados habian dado, quedando que aquello se guardase, trató de enviar un hombre por su parte que hiciese sus negocios e informase a los oidores cuanto convenia al bien de el reino que lo gobernase él, y fué un amigo suyo, oficial del rei, llamado Arnao Cegarra, natural de Sevilla. Con tres mill pesos que le dió le envió enel navio que estaba de partida para los Reyes; y en el entretanto, con la jente que tenia, quiso dar socorro a las ciudades Imperial y Valdivia; porque la ciudad Rica, como tuvo nueva de la pérdida de Villagra, se retiró a la Imperial, despoblado aquella ciudad: y para mejor hacer esta jornada, a muchos de los que con él habian de ir, que estaban sirviendo a otros en la ciudad de Santiago, los casó con algunas huérfanas y les dió indios. Usando de una cautela diabólica, como ántes lo debia tener pensado, hizo una exclamacion diciendo, que los repartimientos que daba y habia dado, en sí fuese ninguna la data para que la persona que en nombre del Rei viniese a el gobierno lo pudiese repartir y dar como le pareciese: diciendo que compelido de necesidad lo habia hecho para poder sustentar el reino, lo cual de otra manera a su parecer era imposible; aunque despues andando el tiempo se arrepintió, porque don García de Mendoza estando en el gobierno de Chile, por esta exclamacion que habia hecho Villagra, lo repartió y dió como él quiso y se han quedado con ello y quedarán para siempre conforme a la órden que se tiene en Indias. Y para mas granjear las voluntades a los que consigo habia de llevar, abrió la caja del Rei y sacó de ella diez y seis mill pesos: éstos repartió entre los soldados que mas necesidad tenían, aderezándose para este efeto.

Año de 1555 años por el mes de enero salió de la ciudad de Santiago con ciento y sesenta hombres camino de la Imperial con gran cuidado, como por tierra tan poblada y de guerra. Llegó a la ciudad sin que supiesen de él, ni él de ellos, si estaban poblados o no, hasta que entraron por las puertas. Fué grande el alegría que rescibieron cuando fueron vistos y se presentaron en la plaza. Luego dieron aviso a la ciudad de Valdivia como habian llegado allí, y envió Villagra por su teniente el licenciado Altamirano con algunos soldados que (1) habia dado indios en ella.

(1) Por a quienes.

Despues de haber agradecido a Pedro de Villagra el trabajo que habia tenido y regocijádose con juegos de cañas, que a ninguno pareció bien, salió descansando pocos dias con número de cien hombres, se fué al asiento que habia tenido la ciudad de Angol, haciendo por aquellos llanos la guerra, quitando a los indios las simenteras hasta que llegó el otoño, que como esperaba nuevas de el Pirú, envió seis soldados que llegasen a los términos de Santiago y le trajesen nueva de lo que habia: y en el entretanto andaba hollando aquella comarca sin hacer fruto alguno, a causa de estar los indios tan vitoriosos y soberbios que toda cosa despreciaban. Vinieron los mensajeros sin nueva alguna mas de que todo estaba como lo habia dejado. Viendo que entraba el invierno y que no hacia allí efeto alguno se fué a Santiago con sesenta soldados, sus amigos.

Llegado a los Poromacaes, que es una provincia en mitad de el camino, supo que el mensajero que habia enviado a los Reyes era venido y que aquellos señores mandaban por el bien de el reino, y porque así convenia por evitar pasiones entre sus vasallos, que Villagra y Aguirre, ambos capitanes, licenciasen luego la jente que tenian y se fuesen a sus casas, y no se ocupasen mas en tener jente alguna a su cargo, ni hiciesen retencion de cargo alguno en sí, y que daban por ningunos los nombramientos hechos por los cabildos y por su gobernador Valdivia, y que los alcaldes ordinarios cada uno en su juridiccion administrase justicia. Luego que Villagra lo supo mandó quitar el estandarte, y a los que iban con él les dijo que él habia de obedecer lo que su Rei mandaba; que les rogaba cada uno se fuese a donde quisiese: quedándose con sus criados se fué a Santiago. Francisco de Aguirre cuando supo que le querian notificar la provision, respondió al que la traia ántes que se la notifícase, que fuese a notificarla a Francisco de Villagra y no a él; aunque despues la obedeció y hizo lo mismo que Villagra.

Antes que estas cosas sucedieran tuvo Villagra una dilijencia por donde vino despues a ser gobernador; y fué que hizo una probanza como él la quiso ordenar, y con cartas de los cabildos envió a España a un hidalgo llamado Gaspar Orense, natural de Burgos, en que le pedian por gobernador: que lo negociase con el rei Don Felipe, y para su costo le dió seis mil pesos en oro que gastase. Con este recaudo navegó la vuelta de España, y diciéndole mal el viaje se ahogó a vista de Arenas gordas, que es cerca de Sanlúcar: algunas cartas salieron a tierra; y como la pérdida fué grande, y el armada llevaba gran cantidad de plata y oro, acudieron allí algunos mercaderes, y entre otras muchas cartas que salieron a tierra mojadas y perdidas, hallaron aquellas: estas fueron a manos de un deudo de Villagra, hermano de su mujer, clérigo de misa, llamado licenciado Agustin de Cisneros, el cual procuró favores de algunos grandes, y fué a negociar con su majestad, que estaba en Inglaterra, la gobernacion; de manera que abrió la puerta para que adelante cuatro años el Rei se la diese: por aquí vino a ser gobernador, como adelante se dirá.

Pues volviendo a la provision que de el audiencia de los Reyes se trajo a Chile, presentada en la ciudad de Santiago la llevaron a la de Valdivia. Los que en ella estaban se holgaron con el buen proveimiento a causa que tenian a Villagra por hombre mohino, y que se le hacian mal las cosas de guerra.

CAPITULO XX.

De las cosas que acaecieron en este tiempo en la ciudad Imperial y ciudad de Valdivia.

Como tuvieron nueva los naturales de todo el reino de la pérdida de Villagra, y des poblada de la Concepcion, en jeneral se alzaron todos; y como eran tantos los que habia en los términos de la Imperial, Pedro de Villagra tuvo temor no viniesen a ponelle cerco por respeto de el mucho bastimento que habia en el campo, aunque en aquella coyuntura se halló con buenos soldados y caballos, mas todo era nada si los indios con ánimo de hombres, como habian hecho lo demas, quisieran hacer aquella jornada: y por creballes esta voluntad entendió era necesario hacelles la guerra en sus casas, porque no tuviesen tiempo de venir a las de la ciudad. Anímabale mucho para poderse sustentar ver se llegaba el invierno, y para ponelles temor y dalles a entender que no solo tenia ánimo para sustentar el pueblo, mas aun para destruillos, salió de la ciudad, no para hacer parada, sino correr la tierra, quemándoles las casas con la comida que dentro en ellas tenian, y a los indios que tomaban los alanceaban: tan encarnizados andaban que a ninguno perdonaban la vida. En este tiempo tenian unos perros valientes cebados en indios; cosa de grande crueldad! que los despedazaban bravamente: hacíales la guerra la mas cruel que se habia hecho. De esta manera desbarató algunos fuertes que los indios hicieron para defenderse, entrándolos por fuerza, peleando; de tal manera los mataban, que viendo su destruicion andaban huyendo, que no sabian en donde se meter ni que hacer: y una vez que se metieron en una isla que habia dentro de una laguna, repartimiento de Pedro de Olmos de Aguilera, vecino de la Imperial, tomándola para su reparo, entró Pedro de Villagra en ella con muchos indios que llevaba por amigos, y perros, los cuales mataron tantos indios, que con los ahogados pasaron de mill personas a lo que despues se supo; que parecia su pretension era destruillos y que no quedase indio vivo para estar ellos seguros. Por la órden dicha les hizo la guerra aquel verano, y el invierno, retirado a la ciudad, salia con cuadrillas y les hacia el daño posible, andando fuera diez dias mas o ménos, como la suerte se le ofrecia, hasta que llegó el verano.

Los indios como les habian quemado sus casas y los bastimentos que tenian, y ellos andaban en borracheras y banquetes, despues de haber gastado lo que quedáoles habia, cuando vino el tiempo de la simentera no tuvieron que sembrar, y si algo tenian no osaban de temor que los

tomarian labrando la tierra. Juntóseles otro gran mal con este, que entrando la primavera les dió en jeneral una enfermedad de pestilencia que ellos llamaban chavalongo, que en nuestra lengua quiere decir dolor de cabeza, que en dándoles los derribaba, y como los tomaba sin casas y sin bastimentos, murieron tantos millares que quedó despoblada la mayor parte de la provincia; que donde habia un millon de indios no quedaron seis mil: tantos fueron los muertos que no parecia por todos aquellos campos persona alguna, y en repartimiento que habia mas de doce mill indios no quedaron treinta. Vínoles otro mal allende de este, que los que escapaban que eran pocos, teniendo algunas fuerzas, como no tenian que comer, se comian los unos a los otros ¡cosa de grande admiracion! que la madre mataba al hijo y se lo comia, y el hermano al hermano; y algunos hacian tasajos, y les daban un hervor en algunas ollas con agua de arrayan, y despues puestos al sol y secos los comian, y decian hallarse bien de aquella manera. Andaban los indios en aquel tiempo tan cebados en carne humana, que traian la color del rostro tan amarilla, que por ella eran luego conocidos. Algunos indios de junto a la ciudad y a la costa de la mar, con el pescado y marisco se sustentaron, aunque no dejó de alcanzalles parte; y otros que tenian amistad en la ciudad con los cristianos y servicio, con la limosna que les daban, pidiéndolo ellos por amor de Dios, con una cruz en la mano, que la necesidad y el tiempo les dió a entender que les convenia así, se sustentaban y vivieron muchos.

En la ciudad de Valdivia se alzaron ansímismo los naturales de ella, hízoles la guerra el licenciado Altamirano un año que la tuvo a su cargo, desbaratándoles muchos bucaranes (1), haciendo en ellos gran castigo. Estos indios por respeto de tener montes en sus términos donde se recojian, no hubo tantas muertes como en la ciudad Imperial, aunque en ellos hubo la pestilencia que en los demas. Quedó Altamirano por la buena órden que tuvo en las cosas de guerra reputado por buen capitán para podelle encargar cosas grandes.

Estando la guerra de estas ciudades en este paso, llegó la provision de el audiencia de los Reyes a quien el reino de Chile estaba en aquel tiempo sujeto, en que mandaba los alcaldes administrasen justicia cada uno en su jurisdiccion, y que ponian la tierra en aquel ser y punto que estaba cuando Valdivia murió. Con este proveimiento los alcaldes tomaron toda cosa a su cargo. Sucedió una cosa en aquel tiempo que por ser notable la quiero escrebir. Cuando se alzaron los indios de la ciudad de Valdivia tomaron una mujer negra de un vecino llamado Estéban de Guevara: esta negra llevaron a la ribera de un río y la ataron de piés y manos, tendida a lo largo le echaban cántaros de agua encima y con arena la fregaban con toda el aspereza a ellos posible, creyendo que la color que tenia no era natural, sino cómpuesta; y desde que vieron que no podian

(1) *Bucaranes*, estancias, rancherías de indios.

quitalle aquella color negra la mataron, desollándola como jente tan cruel; y el pellejo lleno de paja traian por la provincia. Todo lo dicho acacció en estas ciudades dichas año de 1556 años, que despues acá ha hecho y hace grande lástima ver aquellos hermosos campos fértiles y frutíferos, despoblados. ¡Plega a Dios sea servido que en su santísimo nombre y servicio se pueblen de cristianos dando gracias a su Criador!

CAPITULO XXI.

De lo que acacció en la ciudad de Santiago despues que Villagra dejó el cargo de capitán jeneral.

Entendido por los vecinos de la Concepcion que los señores de el audiencia de los Reyes mandaban volviesen a poblar aquella ciudad, y que las justicias de la ciudad de Santiago les diesen todo el favor y auxilio necesario, viéndose por casas ajenas, acordándose que en las suyas eran servidos y estaban sin necesidad, para ponello en efeto se comenzaron aderezar y con ellos algunos soldados que quisieron ir en su compañía a los cuales les ayudaron con dineros; porque yendo mas jente, mas efeto tendria su jornada. Los oficiales de el Rei que en Santiago residian, les prestaron ocho mill pesos obligándose por ellos al Rei. Con esta ayuda y con lo que ellos pudieron juntar, se hallaron setenta hombres bien aderezados, y para mejor efeto, llevaron un navio con las cosas pesadas de su servicio y bastimento.

Puestos en camino a la lijera, llegaron a la Concepcion y reconocieron sitio en donde hacer un fuerte pareciéndoles estaba a propósito un lugar alto que señoreaba el pueblo y eran casas de un vecino llamado Diego Diaz, lo repararon luego, y en él todos juntos residian. Los indios de la comarca les salieron a dar la paz y servilles de todo lo que les mandaban hasta tiempo de dos meses. En este tiempo reconocido el número de jente que era y la defensa que tenian, se concertaron servilles mui mejor para descuidallos. El capitán que tenian era un hidalgo llamado Juan de Alvarado, montañes, a quien Villagra habia dado un repartimiento de indios en aquella ciudad: teníanle por su capitán para las cosas de guerra, que en lo demas los alcaldes conforme a la provision que tenian hacian justicia; porque yendo caminando un soldado pobre con otro como él, se revolvieron con un soldado principal y le dieron ciertas lanzadas que de ellas sanó breve: con el primer ímpetu el uno de los alcaldes, llamado Francisco de Castañeda, prendió al uno dellos, el mas culpable, y lo mandó luego ahorcar.

El capitán Alvarado despues que hizo asiento en la parte dicha, salió a visitar los repartimientos con quince hombres. Los indios todos conforme a lo que entre ellos estaba concertado, le sirvieron y dijeron harian lo que les mandase; y así vinieron a la Concepcion a ver a sus amos y servilles debajo de la cautela que tenian ordenada, la cual el capitán no entendió por no tener tanta plática de guerra, aunque la habia

seguido con Villagra. Vuelto pues a la Concepción, un día víspera de Santa Lucía por la mañana, año de 1556, que para aquel día y tiempo por la órden de la luna (que es la cuenta que ellos tienen, a tantos de creciente o a tantos de menguante, por ella se entienden), se juntaron todos los indios de guerra comarcanos y otros muchos con ellos. Hablados y repartido capitanes, como cosa que ya tenían en su pecho concebida la vitoria, se mostraron por una loma rasa bajando ácia la ciudad doce mill indios y mas con muchas varas largas y gruesas como la pierna: con ellas hicieron luego un fuerte en donde estar reparados, hincándolas en tierra atravesaban otras entre aquellas, y con muchos garrotes tan largos como el brazo y menores, que de ellos trajeron muchas cargas, y con sus lanzas largas y arcos y grande cantidad de flechas, armados con unos pedazos de cuero de lobo marino cudrio (1) y grueso, que a manera de coracinas les defendía el hueco del cuerpo; y platicado entre sí de la manera que pelearian tomaron esta órden: que hecha la palizada, cuando los cristianos viniesen a romper en ellos, pues eran tan pocos, disparasen los garrotes a las caras de los caballos arrojadizos, y que siendo, como eran, muchos, dándoles tanta lluvia de palos en las caras y cabezas, harian mucho efeto para que no osasen llegar a ellos: que esta era toda la fuerza que los cristianos tenían; y que si los caballos viniesen tan armados que no tuviesen temor a los muchos garrotejos que les tirarian y los rompiesen, se recojerian a la palizada que tenían hecha, pues detras della tenían una quebrada, que aunque era pequeña lós hacia fuertes, y que desta manera comenzarian su pelea; pues era cierto que los cristianos, en viéndolos, habian de salir a pelear con ellos, y que si los desbaratasen en la primera refriega, tuviesen entendido que en ninguna parte otra tendrían defensa; y si no los desbaratan, como entendian, por lo ménos los dejarían medrosos, y los caballos con temor para no osar llegar mas a ellos: y pues les tenían tomados los caminos, diciéndoles mal, los acabarían en ellos de matar; y que si iban al navio que en el puerto tenían, por lo ménos les habian de dejar los caballos y ropas. Esta plática y órden de guerra tuvieron, sin haber hombre señalado entre ellos mas de su behetría, a manera de república; porque estos indios, si tuvieran señor a quien obedecer, en jeneral fuera conquista mui trabajosa.

Los cristianos, despues de haberlos reconocido, tratan la órden que tendrán para pelear y defender todo lo que tenían en tierra: unos contradecian a otros, porque decian que el servicio de mujeres, que son indias de la provincia, y algunos yanaconas con las ropas se fuesen al navio: otros que no, porque los indios no se animasen y lo tomasen, como eran tan supersticiosos, por buen pronóstico de fortuna; sino que se apeasen parte de ellos para pelear, pues estaban en tierra llana; y que si los indios se recojiesen a la palizada que tenían hecha, con los arcabuces

(1) *Por crudo.*

los desbaratarian, y los que tenían buenos caballos rompiesen todos a un tiempo, teniendo cuidado de socorrer a los de a pié. De esta manera fué el capitán Alvarado ácia los enemigos, en una loma sin monte, junto a la ciudad, los cuales, llegando a romper, dispararon en ellos una gran tempestad de garrotejos, dándoles por las caras y cabezas de los caballos los hacían remolinar, y si algunos pasaban adelante, les ponían las lanzas a su defensa, y por los dos lados de la palizada. En este tiempo que peleaban salieron dos mangas de muchos indios con muchas lanzas, estos derribaron cuatro cristianos, y entre ellos a Pedro Gomez de las Montañas, buen soldado, sin que se los pudiesen quitar, los hicieron pedazos. Los cristianos de a pié pelearon con la frente de la palizada, y los indios que la estaban defendiendo que no llegasen a entralles, hirieron a Francisco Peña, valiente soldado, de dos lanzadas en la cara, y dándoles otras muchas heridas. Con los cuatro cristianos que habían muerto cobraron tanto ánimo, que sin hacer caudal de el fuerte que tenían salieron de tropel y los llevaron a espaldas vueltas hasta metellos en el fuerte que tenían hecho. Reconociendo que les tenían miedo, viendo como ya huían al navio, los acometieron dentro de su propio fuerte, en la cual entrada pelearon y les mataron muchos indios, derribándolos con las lanzas a los que intentaban entrar. Estaba entre los cristianos un clérigo, natural de Lepe, llamado Hernando de Abrigo, valiente hombre, junto con un soldado de Medellín llamado Hernando Ortiz: para animar a los demas salieron de el fuerte con intencion de trabar nueva pelea con los indios; a estos dos hombres valientes les tomaron la puerta, cercados por todas partes peleando, despues de haber muerto muchos indios, los mataron a lanzadas. Viendo los demas que no podían dejar de perderse, salieron de conformidad por una ladera abajo ácia la mar, y los que estaban a pié lo mismo; los indios los fueron siguiendo hasta el llano de la mar, que mas adelante no osaron, por ser tierra llana y parte que no tenían defensa para caballos, aunque de los que iban a pié mataron seis cristianos al pasar de un rio pequeño que allí habia. Francisco Peña, natural de Valdepeñas, como estaba tan mal herido de las lanzadas que en la palizada le habían dado, se fué al navio; pudo llegar a tiempo que le tomaron en el batel. Diego Cano, natural de Madrigal, quiso irse al navio; cuando llegó a la playa vido el batel que iba a lo largo; despues de haberlo llamado, como vido que no quería volver, porque iba mui cargado, pareciéndole que mas seguro camino era para salvar su vida aquel, dió al caballo de las espuelas y se metió por la mar adelante nadando tras el barco [tanto puede hacer el miedo en casos semejantes! Los del batel cuando le vieron venir, porque no se perdiese le esperaron y tomaron consigo; el caballo, desechado su señor de sí, se volvió a tierra y siguió a los cristianos que huían. Los indios siguieron a los demas hasta metellos en el camino de Santiago; allí los dejaron por volver a gozar del despojo, entendiendo que los que estaban a la guarda del camino los acabarian de matar. Los que iban huyendo, en solo aquellos pláticos, tomaron otro camino por la costa de la mar que no era tan

usado, aunque tambien lo hallaron cerrado, cortandolos árboles grandes que junto a él estaban, estos cayendo en medio lo cerraban de tal manera que no podian pasar; allí los hallaban con sus lanzas a la defensa. Ayudóles mucho ir todos juntos para pasar estos pasos, que aunque mataron algunos, los mataran a todos.

De esta desdicha y mala órden decian en Santiago se tenian ellos la culpa, y les fué bien merecida la pena, querer poblar una ciudad setenta hombres, que ciento y treinta la habian despoblado, sin tener fuerte bastante, careciendo de artillería y arcabuces: y cierto el suceso que tuvieron en la ciudad de Santiago por algunos hombres que lo entendian les fué dicho, consideradas todas las cosas, que se habian de perder. Murieron en este recuento y alcance diez y nueve soldados: los demas que escaparon llegaron a Santiago como jente desbaratada. Los que estaban en el navio, vista su perdicion, hicieron vela y se fueron al puerto de Valparaiso donde habian partido. Decian que Villagra no mostró pesarle de este desbarato, diciendo que él despobló teniendo tino a lo de adelante, porque de él dependia todo, y por no perder mas de lo perdido se retiró con tiempo, ántes que queriendo no pudiese.

CAPITULO XXII.

De como vino de el audiencia de los Reyes proveido Villagra por correjidor de todo el reino, y de lo que hizo.

Como fueron llegados los vecinos de la Concepcion a la ciudad de Santiago tan desbaratados y perdidos, llegó luego desde a poco un mercader llamado Rodrigo Volante que venia del Pirú. Este trajo a Villagra una provision de el audiencia de los Reyes, en que aquellos señores le nombraban por correjidor de todo el reino. Recibióse en el cabildo conforme a la órden que se tenia, y a su proveimiento tuvo así mismo nueva del mercader como su majestad habia proveido en España a Gerónimo de Alderete por gobernador, sabida la muerte de Valdivia, y héchole mucha merced, en que le habia dado un hábito de Santiago y título de adelantado; lo cual Villagra no podia disimular sin que diese a entender el desgusto que rescebia; porque esperaba que Gaspar Orense le negociaria la gobernacion para él como atras se dijo.

Estando en Santiago tratando en estas cosas y otras, los indios de Arauco viendo los buenos sucesos que habian tenido en la guerra, se levantó entre ellos un indio llamado Lautaro, mancebo belicoso. Este ensoberbecido con otros como él, se juntaron número de trescientos indios, e informados de la disposicion de la tierra, sabiendo por mensajeros la voluntad que tenian los indios de Santiago para alzarse, tomaron aquel camino con intencion de hacer mal a cristianos en todo lo que pudiesen. Caminando cada dia se le juntaban mas, entendida la demanda que llevaba, y teniendo plática que en el rio de Maule sacaban oro algunos

cristianos, bien descuidados, llegaron una noche sobre ellos y al amanecer dieron en el asiento que tenían. Levantando una grita como lo suelen hacer, los mineros salieron huyendo: de estos mataron dos, los demas se escaparon por el monte: los muertos no eran hombres de cuenta. Tomas ron algunas mujeres indias de la tierra que tenían de su servicio, y toda la herramienta con que sacaban el oro. Con esta presa el Lautaro, como era ladino en su lengua, hizo una oracion a los indios que allí estaban, enviándolos por mensajeros a sus caciques que de su parte les dijesen, [que] él habia venido a aquella provincia para quitarlos del trabajo en que estaban: que les rogaba se viniesen a él llamando a sus comarcanos, porque tenia deseo de les hablar a todos juntos y tratar en cosas de su libertad.

Llegada y extendida la nueva por la provincia, vinieron muchos principales e indios a ver jentes que tan grandes vitorias habian tenido de cristianos. Estando todos juntos, el Lautaro tocó la trompeta que traia de las que en la guerra habia ganado: despues de habella tocado subió en su caballo, y puesto en medio de todos, porque le pudiesen mejor ver y oir, les comenzó a hacer una oracion con palabras recias y bravas, poniéndoles por delante la miseria y cativerio que tenían, y que él movido de lástima habia salido de su tierra a procuralles libertad; y pues vian cuan oprimidos estaban, tomasen las armas y se juntasen todos, que con la órden que él les daria no dudasen de pelear; porque convenia así para alcanzar su deseo, y que echarian a los cristianos de toda su tierra; pues ellos eran hombres y tenían tan grandes cuerpos como otros indios cualesquiera con sus piés y manos libres; en que les podian ellos hacer ventaja, pues todos eran unos y parientes antiguos, y que bien habian sabido las muchas vitorias que los indios de Arauco habian tenido de cristianos, y como se habian libertado con las armas, que les rogaba las tomasen y enviasen mensajeros los unos a los otros para que todos con una voluntad tomasen aquella guerra. Los indios animados con esta plática que les hizo el Lautaro, le dieron por respuesta que en todo lo que les mandase le obedecerian y harian su voluntad y le agradecian mucho el trabajo que habia tomado por su remedio.

Luego el Lautaro tomó plática de la tierra, y reconociendo la disposicion que en sí tenia, llegó a un llano donde les mandó, por ser lugar conveniente, que con las herramientas que tenían hiciesen un foso conforme al lugar que les señalaba cercado de hoyos grandes a manera de sepulturas, para que los caballos no pudiesen llegar a él; y ansimesmo les dió órden que trajesen bastimentos para todos, repartiéndolo entre los señores principales por su órden; y como era hombre de guerra les dijo que no tuviesen duda, sino que los cristianos en sabiendo que estaban allí, habian de venir a pelear con ellos, y que peleando a su ventaja, como las demas veces lo habian hecho, tendrian cierta la vitoria; diciéndoles que los cristianos, aunque eran valientes, no sabian pelear ni tenían órden de guerra, y que andaban tan cargados de armas que a pié luego eran perdidos: que la fuerza que tenían era los caballos y que para

pelear con ellos en aquel fuerte, de necesidad los habian de desamparar y pelear a pié.

Francisco de Villagra tuvo luego nueva de lo que el Lautaro hacia; que parecia los indios le tenian tan ganada su fortuna, que lo venian a buscar, y para reparo de lo que podian hacer, envió a Diego Cano con veinte hombres a caballo. Los indios pelearon con él al paso de una ciénega en un monte y le mataron un soldado; Diego Cano se retiró a mejor puesto: los indios desollaron el muerto, y lleno el pellejo de paja, lo colgaron en el camino, de un árbol.

Extendida esta nueva por la provincia, tomaron mas reputacion. Villagra que lo supo envió al capitan Pedro de Villagra que en la ciudad Imperial habia sido su teniente, hombre plático de guerra, porque se venia alzando la provincia, con treinta y cuatro soldados. El Lautaro como tuvo la nueva se recojió a su fuerte, y mandó que no les estorbasen el caminar, sino que los dejaran llegar a donde él estaba y que cuando tocase la trompeta saliesen a pelear por las partes que le señalaba, y cuando la volviese a tocar se retirasen. Con esta órden esperó lo que Pedro de Villagra haria: el cual llegó y se puso a caballo con toda su jente en un alto junto al fuerte, y mandó a quince soldados se apeasen y llegasen a reconocer de la manera que estaba: con estos se apearon otros que no se quisieron quedar a caballo. Los indios los dejaron llegar y desdeque estuvieron junto al fuerte, tocando su trompeta salieron por dos partes como les estaba señalado, tomándolos en medio pelearon lanza a lanza; los cristianos mataron a algunos con los arcabuces. Allí fué cosa de ver un soldado esclavon de nacion pelear tan bravamente, que al indio que con su espada alcanzaba, lo cortaba de tal manera, que si le daba por la mitad de el cuerpo, lo cortaba todo, y al respeto por cualquiera otra parte, llamado de nombre Andrea, valentísimo hombre; de tal manera peleaba que aunque quebró su espada, no osaban los indios llegar a él [tanto temor le tenian!

Viendo Pedro de Villagra que no se hacia efeto y que le herian la jente, los comenzó a retirar. Los indios que serian número de seiscientos, vinieron tras ellos con tanta determinacion que a un soldado natural de Zamora llamado Bernardino de Ocampo, que habia peleado con una espada y rodela valientemente, teniendo ojo en él, llevaba su rodela a las espaldas porque le guardase aquel lugar de las flechas, un indio le alcanzó y le asió de la rodela con tanta fuerza que quebrantó la correa con que iba asida, la sacó y se la llevó. Pedro de Villagra se retiró tanto como un tiro de un arcabuz que era ya tarde, y otro dia con nueva órden volver a pelear. El Lautaro conociendo que estaba allí perdido, se salió aquella noche del fuerte y se fué al rio de Maule diciendo, que él habia visto la dispusicion de la tierra y que era a propósito para hacer la guerra por ser abundosa de bastimentos; animando a los principales, dijesen que compelidos no habian podido hacer ménos, porque el Lautaro no los destruyese.

Pedro de Villagra fué luego por la mañana a ver el fuerte. No los

hallando en él, se informó iban la vuelta de Maule y no los podían alcanzar; porque iban para su seguridad por el camino de el monte y malos pasos para caballos, se volvió a la dormida: despues de haber hablado a algunos principales, se fué a Santiago. En la cual jornada, entre los émulos que tenia, perdió de la reputacion en que estaba de hombre de guerra.

Francisco de Villagra luego a la primavera, como vido que no habia movimiento alguno en los términos de Santiago, se determinó ir a la ciudad de la Serena, porque de aquella ciudad por muchas cartas le enviaban a llamar, diciéndole que para la quietud de el pueblo convenia residiese algunos dias allí. Villagra, a lo que se entendia de él, lo deseaba, porque Aguirre era hombre bravo y de grande ánimo, y le pesaba mucho sufrir mayor: por este respeto se fué a Copayapó (1) para estarse en aquel valle miéntras Villagra tuviese mando. Villagra salió de Santiago con treinta soldados, sus amigos, aunque en el camino tuvo algunas armas, diciendo Francisco de Aguirre venia a meterse en la Serena ántes que él entrase, que todo fué echadizo, supo cierto estaba en el valle de Copayapó. Llegado que fué al pueblo, le envió a rogar viniese a su casa, porque de su estada allí tanto tiempo los indios eran vejados, y que por el bien de ellos y descargo de su conciencia estaba obligado a decírselo; Aguirre como en su pecho tenia determinado de no verse con hombre que tan odioso era para él su nombre, lo entretenia con razones aparentes en su descargo. Viendo que en tres meses que habia estado en el pueblo no podia persuadirle viniese a él, se determinó personalmente ir allá, y si lo esperara en Copayapó castigallo por justicia, porque tenia consigo jente la que habia menester, y mas la voz del Rei que llevaba. Por otra parte, si Aguirre no lo esperaba, y se retiraba a los Diaguitas o Juríes, era imposible venir a sus manos.

En este tiempo que trataba de la partida, llegó por el despoblado un soldado, que lo enviaba el marques de Cañete, visorei del Pirú, en que les hacia saber la muerte de Gerónimo de Alderete, y que en esta ausencia habia proveido por gobernador de Chille a Don García de Mendoza, su hijo. Aguirre recibió la carta de el marques, y escribió a Villagra diciéndole mirase como eran tratados, porque en el sobreescrito decia: "Mui noble señor." Villagra calló al sobreescrito de su carta, diciendo que de cualquier manera que el señor visorei le tratase era mucha merced que le hacia, y así salió a rescebir al mensajero una milla de la ciudad con trompetas; y despues de ser informado de todo lo demas que quiso, le mandó dar quinientos pesos en un pedazo de oro; y porque estaba un navio en el puerto de aquella ciudad y de partida para el Pirú, no quiso ir a la ciudad de Santiago, sino volverse al Pirú, pues llevaba respuesta de su embajada. Villagra escribió al visorei, y a Don García, su hijo, y se volvió a Santiago con la jente que tenia y

(1) El MS. otras veces pone *Copiapó*.

con los que le quisieron seguir. Subió a la ciudad Imperial para dar nueva de lo proveido para Chile.

Despues de haber caminado cien leguas, y llegado y tratado lo que el visorei le escrebia, y proveido tenientes de correjidor para en cosas de justicia sobre los alcaldes, se volvió por el camino que habia llevado hasta el rio de Maule. Pasando su camino por los Promacaes (1) topó con el capitan Juan Godiñez, que iba con veinte hombres en busca de Lautaro; porque este indio, llegado que fué a su tierra, dió nueva de la fertilidad de Santiago, y de la voluntad que habia hallado en los indios para echar de su tierra a los cristianos: con esta nueva se le juntaron muchos indios valientes y briosos, con los cuales dió vuelta a los términos de Santiago, y desasosegaba aquella provincia.

Pues como se topó Villagra con Juan Godiñez, despues de informado de la tierra que Lautaro tenia, y donde al presente estaba, caminaron juntos a dar sobre él, con guias que los llevaron por buen camino toda la noche, y a la que amanecia llegaron a un carrizal, donde estaba con sus indios bien descuidado y durmiendo; porque fué tanta la presteza que llevaron caminando, que el Lautaro no pudo tener aviso. Luego se aparearon cincuenta soldados con los indios que llevaban por amigos, y dieron en ellos. Los de guerra tomaron las armas para pelear: hallándose cercados de cristianos pelearon con grande determinacion, dando y recibiendo muchas heridas. El Lautaro quiso salir de una choza pequeña donde estaba durmiendo, y fué su suerte que un soldado, hallándose cerca sin lo conocer, le atravesó el espada por el cuerpo. Los indios, viéndose sin capitan ni trompeta que los acaudillase, pelearon tan valientemente sin quererse rendir, que un soldado, hombre noble, llamado Juan de Villagra, queriendo temerariamente entrar en ellos al pasar de una ciénega, confiado en un buen caballo que llevaba, fué muerto en presencia y a vista de muchos, que aunque quisieron dalle socorro no lo pudieron hacer. Murieron en este asalto mas de trescientos indios, sin otros muchos rendidos y castigados.

Quedando aquella provincia castigada y puesta en quietud se fué a Santiago, donde estando bien descuidado oyendo misa en San-Francisco, le llegó una carta, en que por ella le decia un estanciero que residia cerca de Santiago, habia llegado a su asiento un capitan con muchos soldados, y que traian arcabuces y otras muchas armas, y que decian [que] Don García de Mendoza quedaba en la ciudad de la Serena. Luego tras esta carta llegó a la ciudad de Santiago Juan Ramon, que venia por maestro de campo, y traia consigo treinta hombres, con órden de recebirse en nombre de Don García en aquella ciudad. Fuése apear a las casas de Villagra, y envió a San-Francisco a un hidalgo llamado Vicencio de Monte, natural de Milan, a quien Valdivia habia hecho vecino en la Concepcion. Este entró en la iglesia, y despues de habelle saluda-

(1) El MS. pone unas veces *Poromacaes*, otras *Porumancaes* y algunas *Promacaes*.

do, le dijo que el capitan Juan Ramon seria breve allí, dejándolo en sus casas, que son mañias secretas que muchos hombres tienen. Despues que oyó misa se fué a su casa, en donde le estaban esperando: llegado a la puerta le salió a recibir Juan Ramon, y le dijo traia órden de Don García de Mendoza que su merced mandase juntar el cabildo, y todos juntos verian los poderes que de el marques de Cañete, visorei del Pirú, traia, y los que a su hijo Don García habia dado de gobernador de Chille. Juntos en cabildo rescibieron a Juan Ramon, en nombre de Don García, por poder suyo. Luego que fué rescebido prendió a Villagra, y le puso guardas porque no hablase con él ninguna persona; y otro dia, luego por la mañana, lo llevó a la mar y embarcó en un navio que para el efeto Don García desde la Serena habia enviado, y lo entregó al maestre, que se hizo a la vela con él. De esta manera acabó Villagra su representacion de fortuna, tan contraria quanto le habia sido favorable para traelle siempre en cargos honrosos.

CAPITULO XXIII.

De como Don García de Mendoza entró en Chille, y rescebido por gobernador, las cosas que hizo.

Llegado Gerónimo de Alderete a España en nombre de Pedro de Valdivia para negociar con su majestad, le fué necesario pasar a Inglaterra, porque el Emperador Don Cárlos habia renunciado todos sus reinos en el serenísimo príncipe Don Felipe, su hijo, y retirado en un monasterio de relijiosos, no entendía en cosa alguna, ni en proveimiento de ninguna suerte; por donde le convino a Alderete irse a ver con el Rei, que a causa de se haber casado con la reina de Inglaterra estaba en aquel reino. Llegado allá, e informado al Rei de su venida, desde a pocos dias le hizo merced dalle a Valdivia la gobernacion por su vida, y mas, que le sucediese la persona que él nombrase: con este despacho se partió de Inglaterra. Entrando por Francia le alcanzó un correo, que le hizo Eraso, secretario de el Rei, en que le decia que por cartas habia el Rei sabido era Valdivia muerto; que le parecia se debia volver a hacer sus negocios, porque el secretario Eraso, siendo informado que la tierra de Chille tenia mucho oro debajo de tierra, hizo una compañía con Alderete, en que ponía Eraso ciertos esclavos para labrar las minas, y Alderete lo demas, con un tesorero que desde allá venia para el efeto de tener cuenta con lo que de las minas se sacase; viendo que el tiempo le ordenaba por la muerte de Valdivia reformalla mejor, dió aviso. Alderete, con esta nueva, volvió a Lóndres, donde el rei estaba: con buenos terceros que tuvo, y por crédito que el rei tenia de su persona, le hizo merced dalle la gobernacion de Chille, así como la tenia Valdivia, y mas un hábito de Santiago y título de adelantado: con esta merced se partió de España para Chille. Llegado a Panamá, que es y ha sido sepultura de cristianos, enfermó de calenturas, y apretándole la enfermedad, murió.

En este tiempo el marques de Cañete venia proveido por visorei de el Pirú y capitan jeneral. Llegado a la ciudad de los Reyes, y rescebido por el audiencia que en ella reside, desde a pocos dias muchos hombres principales, vecinos de Chille, que estaban esperando a Alderete, le fueron a besar las manos, informándole de el estado de Chille y la grosedad de la tierra; le suplicaron y pidieron por merced les diese a Don García, su hijo, por gobernador. El marques, despues de haberlo pensado, se determinó enviarlo, porque gobernando el padre el Pirú, y el hijo a Chille, de jente, armás y lo demas necesario, le proveeria; y para que hubiese buen efeto tener de paz el reino, y por poner a su hijo en buen lugar, teniendo atencion a lo de adelante, porque siendo, como era, mancebo, tenia aparejo desde aquel puesto para grandes efetos. El marques, como era hombre prudente, considerado todo lo proveyó, y para que viniese conforme a la calidad del padre y presuncion suya, mandó hacer jente en Lima, y rogando a otros personalmente que ayudasen a Don García en aquella jornada, entendiendo que al marques daban contento, muchos hombres nobles se ofrecieron irle a servir: algunos por culpa que sentian en sí de las rebeliones pasadas quisieron tenelle propicio, y muchos hidalgos que habian venido de Castilla con Alderete. Y para mejor efeto el marques, como era jeneroso y liberal, gastó de la hacienda de el Rei número de cien mill pesos, que dió en socorros y ayudas a muchos soldados que con Don García venian. Juntó el marques para la jornada trescientos hombres, y con tres navios bien aderezados de artillería, arcabuces y mucha municion de guerra, lo envió que gobernase el reino de Chille, y acompañado de relijiosos, hombres de buena vida y ejemplo, salió a la vela de el puerto de los Reyes, año de 1557. Con buen tiempo que tuvo llegó en tres meses a la ciudad de la Serena: fué rescebido con grande alegría de el pueblo. Estando allí le llegaron procuradores de Santiago pidiéndole por merced quisiese entrar en aquella ciudad: rescibiólos amorosamente, y los despachó diciendo que él venia a poblar la ciudad de la Concepcion, por cuyo respeto no pensaba entrar en Santiago por entónces; que rescebia su voluntad y se lo agradecia mucho.

Tratando con Francisco de Aguirre, en cuya casa posaba, de algunas cosas de el reino, entendió de él no estaba bien en amistad con Villagra, y que era cierto [que] las revueltas que en el Pirú habia habido, las mas habian sido por no ponelles remedio breve. Quiso atajar lo que algunos le decian, podia ser; siendo como eran, hombres poderosos, y tenian muchos amigos, era bien quitalles la ocasion y enviallos al Pirú, miéntras a la tierra de Chille se hacia la guerra y la ponía de paz. Con este acuerdo envió (1) a la ciudad de Santiago, llegado que fué a la Serena, embarcasen a Villagra y lo enviasen a donde él estaba. Preso Villagra, como atras dijimos, lo llevaron en un navio. Entrando por el

(1) Por mandó.

puerto, comenzó a hacer salva con la artillería que llevaba, y un galeon que estaba surto en el mesmo puerto, respondió a la salva con el artillería que tenia. Don García mandó ir a ver qué era; supo traían preso a Villagra. Holgándose infinito, lo mandó visitar de su parte, y que lo pasasen a otro navio, en donde estaba Francisco de Aguirre preso, y escribiendo al marques, su padre, los entregó a un hijodalgo, natural de Bormes, en Alemaña, llamado Pedro Lisperguer, que los llevase a su cargo; el cual se hizo con ellos a la vela y fué al Pirú, donde los entregó al marques de Cañete, que los rescibió con mucho amor y mucho honor, y porque iban pobres les mandó dar dineros que gastasen de presente, dándoles esperanza de hacelles mucha merced: se andaban en su corte, como ellos querian, hasta que desde a dos años Aguirre se volvió a Chille con licencia que le dió el marques.

CAPITULO XXIV.

De como Don García de Mendoza llegó a el puerto de la Concepcion, y de lo que le acaeció hasta que llegaron los de a caballo por tierra.

Siendo resebido Don García por gobernador, como atras se ha dicho, despues que envió a Villagra y Aguirre al Pirú, se hizo a la vela de el puerto de la Serena para la Concepcion, enviando primero al capitán Juan Ramon que diese órden en llevar los soldados y vecinos que le habian de ayudar en la guerra presente a la primavera; y para que tuviesen buen aviamiento, envió con él a Gerónimo de Villegas que traia comision de contador de cuentas, para que en la caja del Rei se pagasen las libranzas que Don García diese, y con órden que tomase la ropa que le pareciese necesaria para proveer soldados, que era informado estaban pobres y desnudos. Con esta órden de ropa, y armas, estando en ello ocupado llegó Don Luis de Toledo por tierra con número de jente que por traer caballos de el Pirú se habia puesto en aquel camino con título de coronel para en todas las cosas de guerra. Don García llegó al puerto de la Concepcion con dos navios, y hasta ver y reconocer la tierra tomó puerto en una isla que hace en mitad de la bahía, por no tener caballos que le descubriesen y asegurasen la campaña. En esta isla estuvo cuarenta dias con docientos hombres, sustentándose de racion que les mandaba dar del matalotaje que traia. Desde allí envió algunos capitanes con un barco reconociesen lugar donde se pudiese hacer un fuerte cerca de la mar en parte segura para poderlos proveer de el armada.

Estando en esta obra ocupado, llegó un navio de Santiago con mucho bastimento que aquella ciudad le enviaba, parte de ello en servicio y parte comprado con la hacienda de el Rei. Los que fueron en el barco hallaron en una punta sobre la mar sitio que para fortaleza con poco trabajo se ponía en mucha defensa; con esta nueva mandó venir allí los navios y salir la jente en tierra; con herramientas que traian lo

comenzaron a hacer, y tanta priesa se dieron que en seis dias lo tenían acabado. Todos recojidos dentro de él con sus tiendas y pabellones, daba contento a la vista, fortificándolo de cada dia mas, puesto en buena defensa con sus piezas de artillería asestadas al campo y esperando a los capitanes que por tierra venian con la jente de caballo, haciéndosele a Don García cada día un año.

Acaeció que los indios, como hombres que tantas victorias de cristianos habian tenido, se juntaron y trataron qué orden tendrian para pelear, pareciéndoles que era nueva manera de guerra aquella que traian, estando dentro del fuerte, velándose de noche y no entrándoles la tierra adentro; enviaron algunos indios sueltos que de noche reconociesen el fuerte, pues por falta de caballos lo podian bien hacer y llegar sin temor alguno. Sabiendo de sus amigos y parientes que venia por tierra caminando mucha jente de caballo, aunque no sabian el número cierto mas de que eran muchos, se determinaron ántes que llegasen pelear con los que en el fuerte estaban. Con esta determinacion en quince de agosto año de 1557, una mañana a las diez de el dia parecieron en una loma rasa grande número de indios juntos. Los cristianos, visto que eran muchos, dando arma se recojieron todos. Como no tenían caballos que los reconociesen, hasta ver qué era su disinio se estuvieron quedos. Los indios comenzaron a caminar ácia la trinchea número de tres mill, que no esperaron se juntasen mas, como hombres que venian a cosa ganada, porque les cupiese mas parte de el despojo, no esperaron mas jente. Don García mandó que ningun arcabucero tirase, ni pieza de artillería se disparase hasta que él lo mandase: con esta orden esperaron qué harian. Los indios llegaron a la trinchea sin temor alguno jugando de sus flechas; los soldados dispararon en ellos gran tempestad de arcabuzazos, de que mataron muchos. No por esto desmayaron, ántes saltando la trinchea llegaron a pelear pié a pié con los que dentro estaban. Allí se vido un indio valiente hombre, dejar su pica de las manos y asir a un soldado llamado Martin de Erbira, natural de Olvera, de la pica que en sus manos tenia, y tirando della con brava fuerza se la sacó y llevó. Otros indios valientes que quisieron entrar dentro de el fuerte, fueron muertos, y viendo como los mataban con los arcabuces y que no les podian entrar, se retiraron, donde a la retirada con el artillería gruesa mataron muchos. Viendo el daño que habian rescebido, se apartaron de allí y procuraron ver si los podrian tomar fuera del fuerte ántes que llegasen los de a caballo; y para este efecto les pusieron emboscadas, y como vieron el mucho recato y cuidado con que de ordinario se guardaban, no trataron mas de venir sobre ellos, ni parecer hasta tomar plática de lo que harian. Comunicándolo con sus amigos, pues iba por todos, se metieron la tierra adentro.

Como Don García habia peleado con los indios dentro de el fuerte, y se via allí encerrado rescibiendo pena con la tardanza de los de a caballo que por tierra venian, y molino por haberle dicho algunos que cerca de él andaban en privanza, que lo hacian mal sabiendo que su go-

bernador estaba tanto tiempo habia metido en un fuerte, estarse ellos en Santiago sirviendo damas, que de estos hombres siempre se hallan tales amigos de ganar y granjear por allí la gracia que no son para ganar de otra manera, le indinaron de tal suerte que les escribió al camino desfavorable, dándoles mucha reprehension, mandando al capitan Juan Ramon, que traia a su cargo la jente, no le viese, aunque despues lo rescibió en su gracia; porque en este tiempo Don García estaba tan altivo como no tenia mayor ni igual. Librementemente disponia en todas las cosas como le parecia, porque en el tratamiento de su persona, casa, criados y guardia de alabarderos estaba igual al marques su padre; y como era mancebo de veinte años, con la calor de la sangre levantaba los pensamientos a cosas grandes.

Llegados los de a caballo a quince de setiembre del año de 1557, se olvidó lo pasado y salieron todos a alojarse al campo. Repartidos cuarteles era hermosa cosa ver tanta jente junta; que tanta hasta entónces no se habia visto en Chile.

CAPITULO XXV.

De como Don García ordenó compañías de a pié y de a caballo, y de la órden que tuvo para pasar el rio de Biobio y la batalla que los indios le dieron.

Pues como llegó la jente que se esperaba, desde a pocos dias mandó Don García hacer correrías por el campo de a cuatro y seis leguas, tomando plática de la tierra; y para que con mejor órden se hiciese, tomó muestra de toda la jente que tenia, y halló por todos quinientos soldados. Hizo luego compañías de a pié, señalando a cada una el número de soldados que habia de tener; despues de habelles dado banderas les mandó tuviesen cuenta con ellas, y que entendiesen que los que habia senialado por soldados en ellas, aunque tuviesen buenos caballos, habian de pelear a pié siempre que se ofreciese; y hacer la guardia con todo lo demas que se ofreciese, y repartió la jente de caballo, y ansí mesmo les dió estandartes que llevasen, y sennialó estandarte jeneral con las armas reales, y para sí tomó una compañía de arcabuceros y lanzas, y les señaló un soldado antiguo a quien respetasen y tuviesen por su capitan, como a su persona. Hechas estas prevenciones, mandó que Francisco de Ulloa, capitan de caballos, con su compañía fuese a echar de la otra parte de Biobio tres hombres camino de la Imperial, doce leguas de la Concepcion, con una carta suya a aquellas ciudades, para que entendiesen estaba de camino para entrar a hacer la guerra a Arauco: que les rogaba con la mas jente que pudiesen le viniesen ayudar, y que para tal dia senialado estuviesen al paso del rio por donde lo habia de pasar.

Prevenido esto, mandó al capitan Bautista de Pastene, hombre plático de la mar, que lo tomase a su cargo, y que con los carpinteros que en el campo se hallaban hiciese una barca llana con su puerta, que cu-

piese seis caballos, en que pasar el rio de Biobio, lo cual hizo con mucha brevedad, que para este efeto se traian los materiales de atras, y toda cosa prevenida. Estando en este proveimiento llegó el obispo Don Rodrigo Gonzalez con doce caballos mui buenos de rienda, con sus mozos que los curaban, y por la mar un navio cargado de bastimento. Todo lo cual dió graciosamente a Don García sin ninguna pretension ni interes; que fué señalado servicio en el tiempo en que estaba, como hombre tan celoso de nuestra relijion católica; y viendo a Don García puesto en aquel camino y jornada tan santa, le quiso ayudar con su hacienda y renta para que mejor efeto tuviese su deseo. Pues volviendo a Don García, en el inter que se hacia la barca mandaba reconocer y ver si las simenteras que los indios tenian estaban de sazón para poder campear tanta jente. Sabiendo que las cebadas estaban maduras y otras cosas de comer que les ayudaban para campear, mandó que la barca y los bateles de navios que allí estaban se llevasen por la mar al rio de Biobio, y que en donde el rio entra en la mar esperasen; y para seguridad de los barcos envió algunos arcabuceros. Luego partió con su campo aquella jornada y se puso en su ribera: y porque era aquel el tiempo y día que habia sennialado a los de la Imperial, envió un capitán de caballos que fuese en su demanda asegurando los pasos. Dos leguas del campo topó con ellos: venian sesenta hombres bien aderezados, valientes soldados y mui ejercitados en la guerra. Todos juntos se volvieron al rio, en donde Don García estaba dando órden en el pasar de la jente que en la barca y bateles pasaban a mucha prisa con oficiales del campo que solicitaban el pasaje, y así con brevedad se pasó todo el servicio y caballos, mudando los remeros, que de consados no podian mas. Y un hombre extranjero que habia trabajado mucho, natural de la isla de Lipar, frontero de Nápoles, estando el pobre cansado, se escondió para tomar algun reposo y comer; Don García lo mandó con mucha dilijencia buscar, y luego que pareció lo mandó ahorcar. Sin admitirle descargo alguno, mandaba se pusiese en efeto, y porque no habia árbol en la parte en donde estaba para ahorcallo, era tanta la cólera que tenia, que sacando su espada mesma de la cinta la arrojó al alguacil para que con ella le cortase la cabeza. A este tiempo llegaron unos relijiosos frailes que en su campo llevaba, estos lo amansaron, y el pobre hombre volvió a remar.

Teniendo, pues, su campo de la otra parte del rio, mandó al capitán Reinoso, como a hombre que sabia la tierra, fuese a descubrir el campo por donde habia de caminar otro día. Reinoso fué con su compañía hasta la entrada de Andelican, tierra de los indios que habian desbaratado a Villagra. Don García mejoró su campo una legua de allí para ponerse en parte que tuviese pasto para los caballos y servicio para el campo. Yendo Reinoso descubriendo su camino, llegó a un fuerte que los indios tenian hecho en una loma, por donde habia de pasar, con su trinchea: Reinoso, reconociendo que estaban allí perdidos viniendo sobre ellos un campo tan grande, mostrando tener temor, y para mas

animillos a que no desamparasen el fuerte que tenían, con apariencia de miedo, volvió las espaldas el camino que habia traído para dar aviso en el campo. Los indios como le vieron volver, sin consideracion alguna salen todos juntos una ladera abajo en su seguimiento, hasta llegar al llano, número de ocho mill indios. Reinoso como traía poca jente, aunque la tierra era llana, se iba retirando y envió un soldado que diese aviso en el campo. Don García envió a su maestro de campo con sesenta arcabuceros a caballo, y entre ellos algunas lanzas, para que les diese socorro y no peleasen, sino que todos juntos se retirasen ácia el campo y le diesen aviso el número de la jente que era y la tierra que traían.

Juan Ramon, usando oficio de soldado mas que de capitán, no guardó la órden que llevaba, ántes trabó batalla con los indios, andando envuelto con ellos: mataron algunos y quedaron de los cristianos tambien heridos, haciendo de ordinario arremetidas dentro en los indios, que como era tierra llana y venian en seguimiento de caballos no podian venir juntos, derribaron algunos de los caballeros a lanzadas, que ponian estos a los demas en mucha necesidad por socorrellos. Un soldado natural de Sevilla, llamado Hernan Perez, se arrojó entre muchos indios por alcanzar uno en quien habia puesto los ojos; diéronle muchas lanzadas, y si no le socorrieran Diego de Aranda y Campofrio de Carvajal con otros, lo mataran allí: mal herido él y su caballo escapó de no ser muerto con los demas que le fueron a socorrer, por acudir tantos soldados valientes en su favor, y así peleando los trajeron tres leguas de camino llano hasta ponerse a vista de el campo. Don García los esperaba con órden de guerra, la infantería a los lados de la caballería y sacada una manga de arcabuceros que peleasen en la parte que pareciese convenir mas. Los indios, como llegaron a vista del campo y vieron tanto estandarte y banderas, viéndose perdidos se llegaron a una ciénega, y en ella se hicieron fuertes; porque el lugar lo era de suyo para jente desnuda, que si aquel dia alguno de los capitanes diera aviso a Don García conforme a la órden que llevaban, se hiciera una suerte que no escapara indio ninguno, y así se fueron por la ciénega sin que se les hiciese mal.

Otro dia despues de bien informado de lo hecho el dia de atras, estando el campo asentado en donde los indios habian tenido el fuerte, se movió plática de lo pasado. El capitán Reinoso decia que Juan Ramon como maestro de campo tenia el mando, y que él tenia de dar aviso, pues él no era allí mas de un soldado: que lo que a su cargo habia llevado lo habia hecho y avisado de todo lo que convenia: que su maestro de campo, si habia querido pelear y no avisalle, ¿qué culpa tenia él de ello? Don García, despues de haberlos oido y enojado con las disculpas que daban, les dijo que no habia ninguno dellos que tuviese plática de guerra a las veras, sino al poco mas o ménos, y que via y sabia que no entendian la guerra, por lo que dellos habia visto, mas que su pantufllo. Entre los presentes tenido fué por blasfemia grande para un mancebo reptar capitanes viejos y que tantas veces habian

peleado con indios, venciendo y siendo vencidos por hombres tan torpes de entendimiento. Fué causa lo que aquel día dijo para que desde allí adelante en los ánimos de los hombres antiguos fuese malquisto. Don García, como era hombre de buen entendimiento y tenía el supremo mando, arrojábase con libertad a lo que quería, de lo cual era causa su edad.

Desde allí se partió para Arauco y envió escolta de caballo delante que le descubriese la cuesta grande donde habian desbaratado a Villagra. Llegado aquel día al llano se regocijaron todos con una hermosa escaramuza de caballo y de a pié; y para mas buena órden en esta jornada, llevaba un navio por la costa surjendo por las jornadas que el campo hacia, y [para] proveelle de lo que hubiese menester. Allí mandó se sacase algun bastimento para proveer el servicio de el campo, que iba falto de ello, y al maestre de el navio mandó se fuese de allí para su seguridad a una isla que estaba cerca y de buen puerto, llamada de Santa María.

CAPITULO XXVI

De como salió el campo de Arauco para ir a Tucapel, y de la batalla que le dieron los indios en Millarapue.

Llegado que fué Don García al valle de Arauco, estuvo dos días en él y envió en ellos a su maestro de campo que reconociese sitio donde se pudiese mudar de allí. Trájole relacion que de la otra parte del rio que pasa por este valle estaba un llano muy a propósito, porque tenía cerca todas las cosas de que tenía necesidad. Otro día levantó el campo y se fué [a] aquel asiento: desde allí envió a correr y descubrir el camino de adelante y tomar plática de los indios, que por no parecer ninguno era señal debian de estar juntos. Arnao Cegarra, que era contador del rei, natural de Sevilla, fué con una compañía de caballo esta jornada. Queriendo Don García guiarse mas por calidad que por plática de guerra, pues era cierto Arnao Cegarra no tenía ninguna, y así no llevando su jente recojida para lo que le sucediese, un soldado entró por el monte tras de unos indios, que como le vieron solo revolvieron sobre él, y peleando lo mataron: despues de haberlo buscado, que lo vinieron a hallar despojado de las armas y vestidos, lo cargaron en un caballo y llevaron al campo a enterrar. Don García, desgustoso por la mala órden que se habia tenido, dió una reprehension al que los llevaba a su cargo, y no le encomendó cosa otra alguna.

Despues de esto envió al capitán Rodrigo de Quiroga que tomase lengua de un fuerte, en donde le decian estar juntos los indios esperándole. Yendo su camino, llegó a un paso cerrado con muchos árboles grandes cortados, que junto al camino los habia criado naturaleza: estos árboles cayendo cerraban el camino, de suerte que no se podía pasar por él, sino era quitando aquel impedimento; y para habello de quitar habia de ser el trabajo mayor, porque era mucha la lonjitud, y

los indios pretendian ocupallos en aquella obra para pelear con ellos en aquel monte, teniéndolos encerrados en él. Después que hubo reconocido lo que convenia, se volvió y dijo a Don García era trabajoso llevar el campo por aquel camino. Por este respeto acordó en su consejo de guerra llevarlo por la tierra llana entre la costa de la mar y el camino cerrado, pues habia caminos muchos y buenos que iban perlongando la tierra, el viaje que se llevaba, sin rodeo alguno; cuanto mas que aunque lo hubiera se tenia por mejor.

Echado bando para partir, las espías que estaban dentro de el campo dieron luego aviso el camino que llevaba. Siendo informados, y pareciéndoles que de temor habia dejado de ir el camino de el fuerte por no pelear con ellos, se determinaron aquella noche ir, y al amanecer pelear con él en donde estaba ántes que saliese a mejor tierra, porque la de Millarapue, que así se llamaba donde tenia Don García el campo asentado, por ser, como era, tierra doblada de valles y cerros, aunque pequennios, era mucho a su propósito, y que tendrian ventaja a los caballos. Con esta determinacion salieron de el fuerte repartidos por tres partes, teniéndole en poco a causa de las muchas vitorias y buenos sucesos de atras, los tenian tan soberbios, que sin consideracion alguna, sino como hombres temerarios, la siguiente mañana al amanecer vinieron sobre el campo: traian por su capitán mayor a Queupulican, hombre de grandes fuerzas y mui cruel. Luego que fueron descubiertos de las centinelas, que aun no se habian retirado, tocaron arma. Los indios, oyendo una trompeta que se tocó en el campo, entendiendo por ella eran descubiertos, dieron una grande grita, a la cual despertó todo el campo: tomando las armas esperaron la órden que se les daba. Los indios caminaron hasta ponerse a tiro de mosquete, allí hicieron alto por dos partes que venian caminando, los unos a vista de los otros; y cuando los unos hicieron alto, los otros pararon y se estuvieron quedos. Representada la batalla, llamando a los cristianos a ella, el otro escuadron que venia por las espaldas tardó tanto, que no llegó a tiempo de pelear. Don García mandó cargar el artillería, que eran cuatro piezas de campo que estaban puestas en un alto y señoreaban los indios bien al descubierto: dejó por guarda de el campo una compañía de infantería, de que era capitán un caballero de Plasencia, llamado Don Alonso Pacheco, y proveyó que dos compañías de caballo y una de infantería se pusiesen al encuentro de los indios, y que no peleasen, si no les compeliere necesidad, hasta que él lo mandase. Ellos, no teniendo sufrimiento para guardar la órden que les fué dada, rompieron con los indios, y anduvieron peleando de tal suerte, que dos soldados que entraron en ellos los derribaron de los caballos: socorriólos el capitán Rodrigo de Quiroga con algunos infantes y jente de caballo. Los indios les tenian ventaja, porque se peleaba en poco llano y muchas laderas, y en saliendo de el llano que tenian no los podian enojar, si no eran los infantes, que hicieron mucho efeto, porque andando peleando iban siempre ganando con ellos. El otro escuadron, que estaba a la mira,

mejor ordenado, cerrado con sus capitanes delante, poniéndolos en órden, atados unos rabos de zorra a la cinta por la parte trasera, que les colgaba a manera de cola de lobo, por braveza entre ellos usada: estos traen los mas señalados y valientes.

Acaeció una cosa entónces, que por ser dina de memoria la escribo, para que entienda el que esto leyere, y considere cuán valientes hombres son estos bárbaros, y cuán bien defienden su tierra. Unos corretores le trajeron a Don García un indio, al cual mandó que le cortasen las manos por las muñecas: así castigado lo envió a donde los señores principales estaban, y que les dijese si le venian a servir les guardaria la paz, y si no lo querian hacer que a todos habia de poner de aquella manera. Ellos, tomando por instrumento el castigo hecho en el indio para su disinio, hablaron su jente, y para ello tomó la mano el Queupulican, como despues se supo por cierto, y les dijo como ya vian los cristianos estaban dentro en sus casas, y que estos eran los mismos que otras veces habian desbaratado, y que agora, porque se vian muchos juntos, los enviaban amenazas; que todos peleasen animosamente, teniendo tino a la vitoria, de la cuál todos quedarian ricos, pues era cierto traian grande cantidad de ropas, caballos y otras muchas preseas, de que habian de estar muy recojidos, pues les cabria tanta parte de el despojo a todos en jeneral, y que si lo que él no creia, le sucediese mal, no tuviesen temor de dar otra y otra batalla, hasta morir todos: y que cuánto mejor les era morir peleando valientemente, que no verse como aquel indio cortadas las manos: y para mas animallos andaba el indio las manos cortadas por el escuadron diciendo a todos su mal.

En este punto y de la manera dicha estaban los indios en su escuadron representada la batalla, y entre ellos el indio sin manos diciéndoles en voz alta que peleasen, no se viesen como él. Los indios, viendo que a sus compañeros hasta entónces no les iba mal sino que peleaban bien, estaban parados esperando a los cristianos que iban poco a poco a ellos. Comenzó a jugar la artillería tan bien que, metiendo las pelotas en la multitud, hicieron grande estrago y pusieron mayor temor, porque yo vide una pelota (que me hallé presente y peleé en todo lo mas de lo contenido en este libro) que yendo algo alta, primero que dió en los enemigos llevó por delante grande número de picas que las tenian enhiestas, haciéndoselas pedazos, y sacándoselas de las manos los dejaban con espanto de caso tan nuevo para ellos, porque aunque otras veces habian peleado contra artillería, era pequeña y no habia hecho en ellos tanto daño. Don García llevó por delante dos compañías de arcabuceros con grande determinacion, disparando en el escuadron sus arcabuces, derribando muchos a causa de tomallos juntos: y viendo tres estandartes de a caballo que venian a romper con ellos y el artillería que no cesaba, no pudiendo sufrir su perdicion volvieron las espaldas, los de a caballo entre ellos alanceando muchos; y por estar cerca una quebrada grande y honda escaparon los mas echándose por ella: allí los mataban los soldados de a pié a estocadas y lanzadas: muchos se

rindieron, que pasada aquella furia escaparon las vidas con pequeño castigo. El otro escuadron que peleaba con el capitán Rodrigo de Quiroga, como vido su daño tan al ojo, por no pasar por donde sus amigos y compañeros huyeron y por ser el sitio donde se peleaba áspero, murieron pocos.

Tomáronse entre todos setecientos indios a prision, sin mas de otros tantos que murieron peleando. Serian los indios que vinieron aquella mañana, a lo que ellos dijeron, diez mill indios, aunque todos no llegaron a pelear por la tardanza que tuvo el postrero escuadron. Tomáronse prisioneros diez caciques, señores principales, que hacian oficio de capitán: Queupulican, capitán mayor, huyó. A estos principales Don García los mandó ahorcar todos. Allí se vido un cacique, hombre belicoso y señor principal, que en tiempo de Valdivia habia servido bien, indio de buen entendimiento, despues de haber procurado que le diesen la vida, no pudiéndola alcanzar, aunque muchos lo procuraron por ser tan conocido. Este viendo que a los demas habian ahorcado, rogó mucho al alguacil que lo ahorcase encima de todos en el mas alto ramo que el árbol tenia, porque los indios que por allí pasasen viesan habia muerto por la defension de su tierra.

De los cristianos no murió ninguno; hubo muchos heridos aunque no de heridas peligrosas: tomáronse armas, cosa increíble.

CAPITULO XXVII.

De como Don García de Mendoza pobló la ciudad de Cañete, y de lo que allí le sucedió.

Despues que Don García desbarató los indios en Millarapue, y hecho castigo en los que tomaron a prision, partió con su campo la vuelta de Tucapel, unas veces por buen camino y otras por malo, tal cual las guias que le llevaban le decian. Llegó en tres jornadas a la casa fuerte que Valdivia en su tiempo allí tenia, que della no parecia mas de solo las ruinas. Despues que asentó su campo envió otro dia desde aquel asiento a recojer y buscar bastimento por compañías. Los indios de aquella provincia, cuando vieron que habia hecho asiento, por guardar sus bastimentos y tenellos secretos, quemaron todas sus casas, que era en donde los tenian debajo de tierra, escondiéndolos en unos silos, pareciéndoles [que] como el fuego de la casa caia encima, quedaba el silo guardado. Era gran lástima ver arder tantas casas voluntariamente, puesto el fuego por los propios cuyas eran, que para [ser] de indios eran mui buenas. Los cristianos apartaban las cenizas despues de muerto el fuego, y sacaban de los silos todo lo que hallaban, y así se trajo al campo mucho trigo, maiz y cebada.

Los indios, como vieron tanto cristiano, servicio y caballos, y sabian que con grande crueldad los habian muerto y castigado dos veces que peleado habian, no osaron por entónces probar ventura; y así se su-

bieron a la montaña, como tierra áspera, con sus mujeres e hijos, esperando ver si los cristianos se dividían, para tomar conforme al tiempo el consejo, y así se estuvieron a la mira.

Don García mandó, para seguridad de la jente que allí habia de dejar, se hiciese un muro que cercase el sitio que la casa fuerte antiguamente tenia en frente de una loma rasa que hacia de una esquina a otra de el mesmo fuerte, porque lo demas de suyo estaba bien fortificado, con un foso grande y peinado. Repartidos los cuarteles, sennialó a cada una compañía lo que habia de hacer. Hizose esta obra con tanta brevedad que no es creedero decillo; porque sacar la piedra y traella a los hombros, hacer la mezcla y asentallo todo fué acabado en tres dias, con dos torres grandes, en que estaban a las esquinas de el fuerte cuatro piezas de artillería. Puesto en esta defensa envió algunas compañías a correr y tomar plática de los indios, si querian venir de paz o de como se sentian; porque ningun indio quiso venir a serville, de que se entendia su pertinacia.

A este efeto fué el capitan Rodrigo de Quiroga con una compañía de caballo a correr el campo. Los indios, que desde lo alto lo vieron con poca jente, y que no eran mas de cuarenta de caballo, dieron aviso a los demas que por allí estaban juntos, y con grande ánimo bajan a pelear con él número de mill indios, mostrándosele por delante, y para el efeto suyo dejándole pasar una quebrada de mal camino y despenadero, diciendo que si los desbarataban, cincuenta indios que tomasen el alto les defenderian el paso y allí los matarian todos. Traian los indios en este tiempo para defenderse de los arcabuces unos tablones tan anchos como un paves, y de grosor de cuatro dedos, y los que estas armas traian se ponian en el avanguardia, cerrados con esta pavesada para recibir el primer ímpetu de la arcabucería, y así se vinieron poco a poco ácia los cristianos. El capitan Rodrigo de Quiroga juntó su jente, y les dijo que no podian dejar de pelear; porque si se retiraban y hallaban tomado el paso se habian de perder: que era mejor, pues estaban en tierra llana, romper con aquellos indios con determinacion de hombres, pues no les iba ménos que las vidas; porque demas de la flaqueza que se hacia en no pelear, no habia camino por donde pudiesen volver que no estuviese cerrado; y que desbaratándolos todo lo hallarian abierto. Luego hizo de la jente que llevaba dos cuadrillas: puestos en ala rompió con ellos, y aunque los caballos entraron por ellos, y atropellaron muchos y alancearon otros, no por eso dejaron los indios de pelear, alanceando muchos soldados y caballos; aunque los llevaban bien armados de cueros cudrios, no dividiéndose los cristianos, sino siempre juntos y cerrados. Despues de haber peleado un buen rato desbarataron los indios, con muerte de muchos de ellos.

De allí se volvió Rodrigo de Quiroga al campo, y dió nueva a Don García del suceso que habia tenido. Entendiendo por él no tenian voluntad de venir de paz, envió al capitan Francisco de Ulloa al puerto de la Bapi, que le mandase traer del navio, que allí estaba surto, al-

gunas cosas para proveimiento de el campo, y mandó al capitan Bautista de Pastene, natural de Jénova, fuese en su compañía, y reconociese por la costa si habia algun rio que tuviese puerto para la escala de navios, o de otra manera puerto alguno. Caminando con cincuenta hombres bien descuidado seis leguas del campo, dió en una junta de jente que estaban retirados en una quebrada de muchos pangües entre unos grandes cerros junto a la mar, que por ser menguante andaban todos buscando marisco, donde habia muchos caciques, mujeres y muchachos, mas de seiscientas personas, porque los indios, como jente de guerra, dejando sus mujeres y hijos en guarda con estos principales, andaban ellos en frontera de los cristianos: tomaron de estas piezas todas las que pudieron llevar, y vuelto Francisco de Ulloa al campo, hecho su viaje, unos relijiosos frailes recojieron muchos de ellos; con estos enviaron a llamar los principales viniesen a dar la paz, dándoles a entender su aprovechamiento. Vinieron algunos a servir, aunque finjido y falso todavía tuvo mucho tiempo.

En estos dias Don García mandó a Gerónimo de Villegas que con ciento y cincuenta hombres que le señalaba se partiese a poblar la ciudad de la Concepcion y alzase árbol de justicia en nombre de el Rei y hiciese alcaldes y rejidores como a él le pareciese. Villegas fué por el camino que habia llevado Don García, y porque tuvo nueva que los indios le esperaban en la cuesta grande que es al asomada de Arauco, con parecer de algunos que se lo aconsejaron tomó otro camino dando lado a los indios, por el cual fué a salir al rio de Biobio: pasándolo en balsas y canoas llegó a la Concepcion y pobló luego aquella ciudad, dándole el nombre que de ántes tenia en cinco dias del mes de enero de 1558 años. Procuró luego traer su comarca de paz y hacer casas y sementerías, plantar viñas y otros árboles de frutas que hoi la adornan y enoblecen mucho. Despues que hubo despachado esta jente, personalmente comenzó a buscar sitio donde poblar una ciudad, porque en la parte en donde estaba no era lugar conviniente, y por ser jente tan belicosa la de aquella comarca, que lo mas de todo el reino. Halló un llano ribera de un fresco rio, cerca del monte: pareciéndole buen puesto pobló una ciudad y púsole nombre Cañete de la Frontera; y desde allí se quiso luego ir a la Imperial para desde allí ir a poblar otra ciudad en lo que Valdivia habia descubierto y descubrir lo demas que pudiese, teniendo puesto el pensamiento no solo en hacer lo posible, mas en dejar gloria y fama. Envió al capitan Diego García de Cáceres a la ciudad de Valdivia para que teniendo el pueblo a su cargo despachase con brevedad un navio cargado de trigo para el proveimiento de aquella ciudad nuevamente poblada; porque tuviesen los vecinos que en ella habia nombrado con que hacer sus sementerías, y mandó al maestro llevarse el navio [a] aquel puerto para reseibir la carga. Y porque no le quedase nada por hacer, envió a la ciudad Imperial un capitan con sesenta hombres a caballo, y con comision a los oficiales de el Rei, que de las deudas de diezmos que a su majestad eran debidas, le pro-

veyesen en descuento de ellas de ganado para repartillo en los vecinos que en aquella ciudad dejaba, obligándose a la deuda cada uno de lo que le cupiese, y que para tal día estuviese en la casa fuerte que habia sido en Puren. Volvieron al mismo tiempo con dos mill cabezas de ganado la vuelta de Tucapel. Don García envió al capitán Alonso de Reinoso con cincuenta soldados, los mas de ellos arcabuceros, que estuviese en Puren aquel día que los que venian de la Imperial habian de llegar.

Los indios de la provincia por sus espías fueron avisados que los cristianos iban por aquel ganado: pareciéndoles que en el camino podian hacer suerte en ellos, se hablaron y juntaron por sus mensajeros grandísimo número de ellos, y concertándose que en una quebrada que hace el camino estrecho, porque se juntan dos cerros grandes y lo dejan de tal manera que solo dos hombres juntos a caballo pueden caminar por él, y por la parte de arriba hace un anden, que desde él se descubre el camino: que allí los esperasen, y entrando los cristianos en la quebrada y angostura, que un escuadrón se les representase en una plaza pequeña que al remate de la quebrada estaba, y peleando con ellos les defendiese el pasar adelante, y que otro escuadrón pelease con la retaguardia, y que teniéndolos ansí pervertidos, compelidos acudir a tantas partes, los que estaban en lo alto con grande número de piedras disparasen en ellos con grande fuerza sus tiros, y que desta manera era cierto los desbaratarian y tomarian todo el ganado y muchas capas buenas, caballos y armas. Animados con esta orden se juntaron en la quebrada donde habian de pelear, poniendo en lo alto grandísimo número de piedras en montones. El capitán Reinoso cuando iba a Puren a recebir a los que de la Imperial venian con el ganado, pasó por allí.

Estando los indios mirándolo sin se mover por no ser sentidos, pareciéndoles que pues les tenian tomado el sitio y tan bien puestos que no dudaban la vitoria, los dejaron. Llegado aquel día a Puren, el mismo día llegaron los que venian con el ganado. Otro día siguiente tomaron su camino bien embarazados, porque demas del ganado traian muchas cargas de refresco. Llegados a la quebrada los dejaron entrar hasta que llegaron al cabo: allí los hallaron con sus lanzas y muchos arcos puestos a la defensa; los que iban delante tocaron arma y comenzaron a pelear con los arcabuces; los que iban de rezaga hicieron lo mismo. Los indios que estaban en lo alto, viéndolos que estaban en aquella confusion parados, dispararon en ellos grandísima tempestad de piedras grandes, que los golpes de ellas los desatinaban. Los cristianos con los arcabuces disparaban en los indios los tiros que podian; los demas peleaban con lanzas y dargas a pié, porque a caballo no era posible, siendo lugar tan angosto; de esta manera pelearon un rato: el ganado y todas las cargas estaban recojidas en la mesma quebrada, que no podian volver atras ni pasar adelante. Estando en este aprieto, no sabiendo qué se hacer, a causa de tenelle los indios tanta ventaja y pelear a su salvo, el capitán Reinoso, buscando si habria camino para subir a lo alto, halló una senda mal usada: subió por ella a caballo y detras

de él otros soldados; subiendo a lo alto se hallaron una montañuela que señoreaba el anden, puesto que los indios tenían, que aunque era mas fuerte para el efeto de tirar las piedras, no era tan a propósito, porque estaba mas léjos que el que tenían. Tomado, Reinoso mandó disparar los arcabuces: los indios que estaban en lo bajo, como los oyeron y vieron que les tenían tomado aquel alto que los señoreaba, conocieron que si perseveraban se perderian, porque comenzaban a tiralles a terrero y morian muchos; dejando las armas, comenzaron a huir. Tomáronse algunos a prision; los demas no se pudieron seguir por ser la montaña áspera. Saliéndoles a bien este recuento, hicieron su camino maravillados de el ardid que los indios habian tenido. De los cristianos pocos fueron heridos y muchos maltratados de las piedras. Otro dia llegaron al campo: Don García les salió a reseibir y hizo al capitan Reinoso muchos favores.

Luego un soldado, pareciéndole que Don García no habia tenido buena órden en el repartir de los indios, y que en el tratamiento de los hombres estaba áspero, teniendo en poco a los antiguos que allí estaban, despreciándolos en sus palabras, sabiendo que en su retraimiento triscaba de ellos, le escribió una carta y la echó en su aposento. Leida por él rescibió tanto enojo, que luego mandó con mucha cólera se supiese cuya era la letra; y porque un dia ántes el capitan Juan de Alvarado, pidiéndole que le diese de comer y le hiciese merced [le dijo], lo tratase bien de palabra cuando él negociase, porque le llamaba de vos, diciéndole que era hijodalgo, por estas palabras creyó Don García que era el que le habia echado la carta: sin mas averiguacion lo mandó prender y desterrar del reino, y esto fué lo que mas se pudo negociar con él a contemplacion de principales personas que se lo rogaron.

Luego mandó se juntasen todos los que andaban en el campo, que les queria hablar, puesto en frente de los que cupieron en el aposento, les dijo entendiesen de él, que a los caballeros que del Pirú habia traído consigo no los habia de engañar, y que les habia de dar de comer en lo que hubiese; porque en Chille no hallaba cuatro hombres que se les conociese padre; y que si Valdivia los engañó, o Villagra, que engañados se quedasen: y en el cabo de su plática les dijo: “¿En qué se andan aquí estos hijos de las putas?” Fueron palabras que, volviendo con ellas las espaldas los dejó tan lastimados, y hicieron tanta impresion en los ánimos de los que las oyeron, estando delante muchos hombres nobles que habian ayudado a ganar aquel reino y sustentallo. Desde aquel dia le tomaron tanto odio, y estuvieron tan mal con él, que jamas los pudo hacer amigos en lo secreto (tanto mal le querian! Despues se ofrecieron algunas cosas que en ellas se lo daban a entender, y ansí cuando salió de Chille, como le querian mal, se holgaban de vello ir pobre y mal quisto. Luego, desde a poco, vino Villagra por gobernador, y en la residencia que le mandó tomar dijeron contra él tantas cosas, que por ellas en el consejo real le pusieron mal: por donde ninguno, por poderoso que sea, trate mal a ningun pequeño, ni a otro ninguno, porque si

es de ánimo noble tiene tino a vengarse por su persona, y si es bajo, de la manera que puede.

CAPITULO XXVIII.

De como Don García salió de Cañete para ir a poblar en lo que Valdivia habia descubierto, y de lo que acaeció en Cañete al capitan Reinoso.

Despues que hubo Don García repartido la provincia de Tucapel, y dado indios a las personas que le pareció, quiso ir a poblar una ciudad en lo que estaba descubierto, que agora es Osorno llamada; y para este efeto habló a los que allí quedaban, rogándoles rescibiesen con buen ánimo su ausencia, que él volveria breve a dalles de comer en la parte que mas aprovechados fuesen; y porque muchos quedaban de mala gana les habló de la manera dicha, que allí les dejaba al capitan Reinoso, que le respetasen como a su persona: finalmente, qué tendria de todos cuidado. Dejada esta órden llevó consigo ciento y cincuenta soldados.

Reinoso, como hombre que pretendia tener buen lugar par de Don García, procuró por mañas atraer los indios de paz, aunque bien entendia que de la manera que la daban era finjida; no embargante entedello la rescebia, dando a entender que a los principios convenia rescebilla de cualquier manera que la diesen, hasta que poco a poco fuesen perdiendo el temor. Luego comenzaron a venir algunos mas para reconocer qué tanta jente quedaba en el fuerte, y la órden que se tenia en la vela, que para servir, y ver qué manera tendrian para probar la mano: y vínoles como lo deseaban, porque un yanacona que estaba allí [y] habia servido mucho tiempo a cristianos, y tenia grande plática de mañas y tratos de indios: era indio discreto, llamado Andresico, que mandaba otros muchos yanaconas que estaban allí con él. Yendo este yanacona por leña al monte se topó con un indio que servia a los cristianos que estaban en el fuerte, y era de los indios de guerra: tratando con él, le dijo muchas cosas para sacalle lo que tenia en su pecho. Estando ambos solos, y viendo el indio de guerra las razones que le daba, entendió eran verdaderas; porque le decia habia muchos años que servia a cristianos trayendo leña y yerba a sus hombros, haciéndoles simenteras y cojiéndolas, y en todo lo demas que le mandaban, y que de ellos no habia rescebido obra buena ninguna, sino por momentos llamándole perro y otros vituperios peores: afirmando les deseaba todo mal y daño, y que tenia gran tino a venganza: que le rogaba, viéndose con sus caciques les dijese deseaba hablar con ellos en secreto algunas cosas que convenian a su bien. El indio, como aquello entendió, le dijo que mui junto allí estaban, porque esperando coyuntura no se habian apartado; que él iria a hablalles, y que otro dia el mesmo indio iria al fuerte a hablar con él de parte de los señores principales, y le llevaria algo en señal de que entendiese era así: desta manera se despidieron. El indio fué luego a los principales, y les contó como habia hablado con el yanacona, y lo que habian concertado, de que se hol-

garon en gran manera, pareciéndoles tenían abierto el camino que deseaban. Luego, otro día, enviaron con el mismo indio de presente un cesto de chaquira, que cabria un celemin, que es entre los indios tenuta en mas que entre los cristianos el oro, y que esta chaquira diese al yanacona en nombre de los principales, y que dijese lo esperaban en cierta parte, cerca de allí, para tratar con él en aquellas cosas que les habia enviado a decir. Andresico, despues que hubo hablado con el indio, entró en el fuerte y lo contó al capitan Reinoso, el cual le mandó lo tratase de manera que los engañase y pudiese castigar. El yanacona, teniendo la voluntad de el capitan, trató consigo la orden que tendria para mejor efeto, si pasase adelante el trato que traian. Y fué así, que luego llegó el indio con el presente que de parte de los principales le traia, él lo rescibió alegremente, y le dió de comer en su casa y trató mui bien: mandóle se fuese y le esperase a la entrada de el monte, que él iria solo, porque los cristianos, como malos, no sospechasen algo. El indio se fué, y el yanacona dando aviso al capitan, se fué tras él llevando en la mano una hacha de cortar leña para mas disimular su cautela: en llegando al monte salió el indio a él y le llevó a donde estaban juntos los de guerra. Los principales como le vieron solo y tan bien aderezado, por le honrar a su usanza dejaron la jente y le salieron a rescebir dándole el parabien de su venida; y despues de habérselo agradescido mucho, le dijeron qué orden tendrian para matar los cristianos, pues él trataba de ordinario con ellos, se lo dijese, que en todo harian lo que él ordenase y obedecerian como a su capitan, demas de que le darian grandes dones. Andresico, como era astuto, les dijo que luego otro día, pues estaban juntos le parecia se podria hacer, y que no dudasen en ello, porque los cristianos de noche dormian armados y se velaban siempre en su ordinario, y que de día desnudos estaban en las camas durmiendo, y sus yanaconas les llevaban los caballos a dar agua al rio, y por el calor grande que hacia los estaban lavando, descuidados de toda cosa por estar en aquel llano: que a aquella hora era lo mejor acometellos y tomallos así de la manera que habia dicho; y que para que entendiesen que era como decia, luego otro día al mediodía fuese allá un principal con un cesto de fruta, que él lo estaria esperando junto a su casa, que era el camino por donde habia de pasar; y que les rogaba, porque no tenia cosa alguna que podelles dar, al señor de Tucapel que entre ellos estaba, rescebiese de él aquella hacha que entre los indios es tenuta en mucho. El quedó mui contento, creyendo que era así como el yanacona le habia dicho, rescibiendo su hacha. Se fué y contó al capitan: Reinoso le dijo lo hiciese como lo tenia concertado. Luego otro día a la hora que estaba sennialada vino el principal con la frutilla, halló al yanacona que lo estaba esperando: despues de rescebido lo llevó a su casa y dió de comer y beber. Despues que hubo descansado un poco lo metió dentro de el fuerte para que viesse como era de la manera que les habia dicho.

Este mismo día llegó Don Miguel de Velasco, a quien Don García

habia enviado desde la Imperial con sesenta hombres por el camino de la costa, que fuese llamando aquellos indios de paz hasta la ciudad de Cañete; para que los naturales entendiesen que en parte alguna no tenian seguridad, sino era dando la paz.

Los indios, aunque vieron que era llegada tanta jente, no por eso dejaron de poner en efeto lo que tenian determinado. Reinoso mandó que no pareciese ningun cristiano, sino que se recojiesen en sus estancias. El yanacóna entró con el principal en el fuerte, y se lo anduvo mostrando, y que mirase los caballos estaban en el rio, que por respeto de la mucha calor los refrescaban, y algunos cristianos pocos que parecian estaban jugando; y para mas quitalle de sospecha concertó con él que por dos puertas que el fuerte tenia, por ambas le acometiesen y entrasen con buen ánimo, que a todos tomarian en las camas. El principal se fué luego con la nueva a los demas que le esperaban, e informados partieron con una priesa increíble, pareciéndoles en ella consistia todo su bien, como de cierto fuera así, si no hubiera cautela. Vinieron con tanta determinacion que llegaron junto al fuerte y algunos quisieron entrar en él por la puerta principal: mas como era cosa ordenada así, estaban los mas de los soldados a caballo, la artillería cargada, los arcabuceros de mampuesto dieron una gran ruciada de pelotas en los pobres que venian engañados, y el artillería que se disparó en ellos con grande crueldad: luego salieron los de caballo alcançando tantos que movia a lástima ver aquel campo con tantos muertos. Los yanacónas y negros, como a jente rendida, mataban muchos. Escapáronse los que tuvieron buenos piés lijeros; tomáronse muchos a prision, que despues por justicia se castigaron, y con el artillería atados y puestos en hilera los mataban ¡tan enemistados estaban con estos indios! Habiendo Reinoso dado órden y consentido en este castigo que para su ánimo no seria mui seguro.

Quedaron tan temerosos que nunca mas hubo junta para pelear, ántes andaban en borracheras unos con otros, y de una que tuvo plática estaba bebiendo mucha jente, envió una noche lloviendo y con gran tempestad al capitán Don Pedro de Avendaño con cincuenta soldados; dió en ellos sin ser sentido, por respeto del mucho llover, a la que amanecía. Mataron algunos y otros hubieron prisioneros, y entre ellos un principal señor de Pilmayquen, que era en donde estaban bebiendo, llamado Queupulican, hombre valiente y membrudo, a quien los indios temian mucho, porque demas de ser guerrero era mui cruel con los que no querian andar en la guerra y seguir su voluntad. Este indio traído delante de Reinoso, entre otras razones dijo que le daria el espada y celada de Valdivia y una cadena de oro con un crucifijo que en su poder tenia, que él se lo habia quitado cuando lo mató, y le serviria perpétuamente bien; y que viéndole servir a él toda la provincia haria lo mesmo. Reinoso le mandó que trajese lo que habia dicho, y que trayéndolo tendria crédito con él para lo demas que decia. El Queupulican le trajo en largas algunos dias enviando

mensajeros por ello: visto que era entretenimiento y mentira, pretendiendo soltarse, mandó a Cristóbal de Arévalo, alguacil de el campo, que lo empalase, y así murió. Este es aquel Queupulican que Don Alonso de Arcila en su Araucana tanto levanta sus cosas. Muerto este indio belicoso, comenzó a venir de paz la demas parte que no la habia querido dar, aunque mala y no verdadera, sino cautelosa y finjida; porque son los mas belicosos indios y guerreros que se han visto en todas las Indias, y que no pueden acabar consigo a tener quietud, sin morir o libertarse.

CAPÍTULO XXIX.

De como Don García fué a poblar la ciudad de Osorno, y de lo demas que hizo [en] aquella jornada.

Despues que Don García llegó a la ciudad Imperial, descansando cuatro dias, partió a la ciudad de Valdivia, y porque le dijeron que ir por la ciudad Rica rodeaba camino, atravesó los montes de Guanchuala para ir por el valle de Marequina. Los vecinos de Valdivia que lo supieron salieron a este valle a serville, que es término de su ciudad.

En el mesmo valle, estando dos vecinos haciendo una casa junto al camino para su aposento, los indios trataron entre sí de matarlos, pues estaban descuidados lo podian hacer; pues determinados, andando el uno de los cristianos mandándoles lo que habian de hacer, un indio se llegó a él con una hacha por detras y le dió un golpe en la cabeza que lo derribó: luego dieron una grita y van a donde estaba su compañero descuidado de lo que habian hecho, aunque cuando oyó la grita bien entendió lo que habia; mas considerando que no se podia escapar *peleó como valiente hombre: el uno era natural de Jénova y el otro de Portugal.* Desde a dos dias Don García llegó a este valle y mandó que castigasen los matadores y los demas que habian consentido en la muerte, y se fué desde allí a Valdivia y luego pasó a poblar en donde tenia determinado, con docientos hombres que llevaba y se le habian juntado. Atravesando por los llanos llegó al asiento donde agora está poblada la ciudad de Osorno.

Despues de visto el sitio ser bueno, pasó adelante ántes que el verano se le acabase, tomando el camino por mas arriba que lo llevó Valdivia cuando fué aquella jornada: pasó el lago que se llamó de Valdivia por un rio que nacia en las cabezadas de él, y caminó por aquellos montes mal camino de tremedales, que se mancaban los caballos de el mucho atollar entre las raices de los árboles. Mas adelante llegó a un brazo de mar grande: viendo que no lo podia pasar, envió al licenciado Altamirano [que] con algunas piraguas fuese por la costa de la otra banda, prolongando la tierra cuatro dias de ida, y que donde les tomase el cuarto dia se volviesen y le trajesen relacion de lo que habia. Vueltos le dieron razon era un arcipiélago grande de islas montosas, aunque bien poblado de naturales, y que parecia la

contratacion de indios ser toda la mas por la mar. Y como entraba el invierno, viendo que no habia por donde pasar ni ir adelante, se volvió al lugar y asiento donde habia de poblar. En la ribera de un buen rio trazó el pueblo, y dió solares a los que allí habian de ser vecinos: dejando alcaldes y rejidores se vino a la ciudad de Valdivia, y les envió por capitan al licenciado Alonso Ortiz, natural de Medelin. En llegando a Valdivia, hizo repartimiento de todos los indios que en aquella ciudad habia, que por la exclamacion que habia hecho Villagra lo halló todo vaco, y los dió a quien quiso. Hecho esto, se fué a la Imperial por tener allí el invierno, a causa de estar cerca de Cañete, donde habia dejado al capitan Reinoso, y de podelle proveer de jente. Aquel invierno desde la Imperial a Cañete se andaba el camino con alguna seguridad por los muchos castigos que se habian hecho, aunque dieron los indios en una invencion de guerra dañosa, que hacian hoyos secretos, grandes y cuadrados en mitad de los caminos, y en ellos hincaban varas, tostadas las puntas y mui agudas, tan gruesas como astas de dardos, y cubrian estos hoyos por cima de tal manera, que se mataban muchos caballos dentro de ellos, metiéndose aquellas astas por las tripas, y hubo grandes castigos para quitalles que no lo hiciesen, empalando dentro en los hoyos los indios que se tomaban en aquella comarca.

Don García, estando en este tiempo en la ciudad Imperial regocijándose en juegos de cañas y correr sortija, con otras maneras de regocijo, quiso un dia salir de máscara disfrazado a correr ciertas lanzas en una sortija por una puerta falsa que tenia en su posada, acompañado de muchos hombres principales que iban delante, y mas cerca de su persona Don Alonso de Arzila, el que hizo el Araucana, y Pedro Dolmos de Aguilera, natural de Córdoba, un otro caballero llamado Don Juan de Pineda, natural de Sevilla, se metió en medio de ambos. Don Alonso, que le vido venia a entrar entre ellos, revolvióse ácia él echando mano a su espada: Don Juan hizo lo mesmo. Don García, que vido aquella desenvoltura, tomó una maza que llevaba colgando del arzon de la silla, y arremetiendo el caballo ácia Don Alonso, como contra hombre que lo habia revuelto, le dió un gran golpe de maza en un hombro, y tras de aquel otro. Ellos huyeron a la iglesia de nuestra Señora, y se metieron dentro. Luego mandó que los sacasen y cortasen las cabezas al pié de la horca, y para el efeto se trujo un repostero y escalera para ponelles las cabezas en lo alto de la horca; y él se fué a su posada y mandó cerrar las puertas, dejando comision a Don Luis de Toledo que los castigase: mas en aquella hora muchas damas que en aquella ciudad habia, queriendo estorbar el castigo, o que no fuese con tanto rigor, quitándole alguna parte del enojo, con algunos hombres de autoridad entraron por una ventana en su casa, y se lo pidieron por merced. Concediendo a ruego, los mandó desterrar de todo el reino. Luego le llegaron mensajeros de la ciudad de Cañete, que le certificaban aquella provincia daba muestra de querer pelear, y

cuan necesaria era su persona, para con fuerza de jente castigallos, porque hacian fuertes donde meterse.

CAPITULO XXX.

De como Don García llegó a Cañete y de las cosas que hizo, y de como desbarató el fuerte que los indios tenian hecho en Quiapo, y del castigo que en ellos hizo.

Teniendo Don García nueva cuanto convenia su persona en la provincia de Arauco y Tucapel, por algunos movimientos que entre los indios habia a causa que el capitan Reinoso, dejado el fuerte, se salió con la jente que tenia a poblar la ciudad y que cada uno de los vecinos edificase en su solar y hiciese casas en que viviese; puestos en esta obra, viendo los indios que estaban en parte donde les pudiesen hacer algun daño, trataron una noche dar en ellos; porque estando sin fuerte como estaban harian alguna suerte, que era lo que siempre habian pretendido, tener algun suceso bueno para levantar a los demas, tomando todos mas ánimo para lo de adelante. Con esta determinacion se juntó mucho número de indios junto al asiento de el pueblo para hacer su efeto cuando les pareciese. Reinoso que tuvo plática de lo que trataban, mandó luego recojer a todos los vecinos y soldados que estuviesen juntos para toda hora que se les ofreciese caso repentino, y mandó juntar alguna piedra y hacer con ella una pared de altura hasta los pechos por la frente, y por los lados mandó hincar varas gruesas en la tierra con otras atravesadas y atadas. Con esta prevencion le pareció estaba al seguro, y despachó dos mensajeros haciendo saber a Don García todo lo que se hacia, así por su parte como por la contraria. Don García envió luego a Don Luis de Toledo con cincuenta hombres a caballo mui a la lijera. Llegó a tiempo, que aquella noche se esperaba pelear. Con este socorro cesó fortificar el sitio, y por los indios entendido, mudaron propósito.

Desde a tres dias llegó Don García con docientos hombres, y mandó luego trazar cuatro solares en cuadro, y con dos pares de tapiales la mandó cercar, y con tanta presteza que en quince dias estaba esta obra acabada de dos tapias en alto, con dos torres altas de adobes que señoreaban el campo y el fuerte, puestas dos piezas de artillería en cada una. Andando en esta obra, un dia en público se comenzaron de alzar los indios, que cierto dió pena a todos ver que de nuevo se habia de volver a hacer la guerra. Los indios se juntaron en el fuerte que habian hecho en Quiapo mas número de ocho mill indios para pelear en él; porque demas de los que estaban dentro en el fuerte, eran muchos los que con las armas en las manos estaban esperando el suceso que tendrian para dar ellos por un lado en los cristianos o en los bagajes, como mejor les pareciese. Don García, despues de haber acabado la fuerza que hacia, dejó en ella al capitan Juan de Riba Martin, de las montañas de Burgos, hidalgo noble, y setenta soldados con él, y

no le dejó mas porque, estando en tan buen fuerte, bastaban para sustentallo hasta qué hubiese hollado la comarca y desbaratado los indios que le estaban esperando en el camino, para el cual efeto le era necesario llevar fuerza de jente, y que siendo tiempo, él le provecia de la que hubiese menester.

Llevando consigo al capitan Reinoso por su maestro de campo, y con trecientos hombres bien aderezados de armas y caballos, con dos piezas de campo, se partió la vuelta de Quiapo, que era en donde los indios le esperaban. Todos los demas comarcanos se fueron detras de él a hallarse en aquella junta donde esperaban una gran vitoria. Llegó Don García en dos jornadas, y otro dia luego por la mañana los fué a reconocer. Despues que vió el sitio que tenian trató como desbaratillos, y para el efeto repartió por cuarteles la jente y mandó asestar el artillería contra los indios y palos que tenian por delante, y luego los comenzó de batir. Los indios cuando se disparaba el artillería se echaban en tierra, y despues de pasadas las pelotas, tomaban las armas guardando su puesto. Tenian ansimesmo por delante de el fuerte muchos hoyos en que cayesen los que quisiesen entrar a ellos. Los cristianos se llegaron disparando sus arcabuces y lanza a lanza peleaban por entrar; los indios les defendian la entrada: ¡era hermosa cosa de ver! Don García mandó que por las espaldas fuese una cuadrilla de arcabuceros y con ellos algunos soldados de lanzas y dargas para que mejor se bandedasen unos a otros. Estos llegados pasaron una ciénega pequeña que hacia junto al fuerte y llegaron a la palizada sin que fuesen vistos, ni los indios mirasen en ellos: como estaban revueltos peleando y con tanto sonido de arcabuces y los dos tiros de campo que los ensordecian, pudieron quitar dos maderos y por aquel hueco que hacia de puerta entró delante un soldado llamado Francisco Peña y tras de él Hernando de Paredes y Gonzalo Hernandez Buenos-años, con los demas que tras de ellos iban disparando en los indios los arcabuces; los cuales como volvieron las caras, viendo a los cristianos junto a sí, y que los demas con quien estaban peleando los apretaban mucho, viéndose perdidos se arrojaron por una quebrada de cañas que junto al fuerte estaba, sennialada entre ellos para si les decia mal retirarse por ella. Los cristianos como entraron apresuradamente, mataron muchos y tomaron a prision muchos mas; porque los que mandó matar el maestro de campo por justicia, como hombre que conocia sus maldades, pasaron de setecientos. Fué tan grande este castigo y puso tanto temor en toda la provincia, que los que se habian alzado vinieron a servir de allí adelante.

Hecho esto, Don García pasó a Arauco, sin haber indio que mas osase pelear con él ni con capitan suyo, porque en ventura deste mozo sucede bien todo lo que manda. Esta plática en jeneral traian los indios entre sí, porque en aquel tiempo Don García era mancebo desbarbado. Llegado a Arauco, le vinieron algunos principales de paz: estos a entender qué hallaban en él, sospechosos de sus culpas, venian a

tentar para obrar adelante conforme a lo que de presente hallaban. Allí dejó al capitán Reinoso para que acabase de asentar aquel valle y le hiciese una casa en el sitio y lugar donde Valdivia la había tenido, y él se fué a la Concepción.

CAPITULO XXXI.

De las cosas que hizo Don García, llegado a la Concepción.

Después de haber tenido Don García tan buen suceso en guerra y paz, y reparado las ciudades de el reino de jente, armas y municiones, se fué a la Concepción por respeto de estar en mitad de el reino para los negocios que se ofreciesen así de guerra como de gobierno. Llegado [a] aquella ciudad, envió sus capitanes [a] acabar de asentar sus términos, y trató con los vecinos se proveyesen de herramientas y bastimentos con que el verano adelante todos sacasen oro para acreditar aquel pueblo y reparar sus necesidades, pues estaban tan pobres. Venida la primavera, como estaban pertrechados, cada uno comenzó con los mas indios que pudo, haciendo asiento en lugar que con alguna seguridad pudiesen los cristianos estar a manera de fuerte, siete leguas de la Concepción, día señalado para todos se comenzó tomando minas por orden. Traía Don García por sus criados sacando oro seiscientos indios, que dando las minas buenas muestras se aprovechaban en general vecinos y soldados, y los que a las minas iban sacaron aquel año mucho oro, con que se proveyeron para adelante de ganados, ropas y otras cosas de que tenían necesidad para sus personas, y a la voz de el oro acudieron mercaderes con sus haciendas. Usó Don García aquel año de mucha jenerosidad con pobres casados y con algunos soldados y criados que le servían, de hacelles dar todo el oro que en las minas le sacaban de domingo a domingo, repartiendo las semanas a cada uno conforme a su necesidad y merecer; que cierto, aunque otras cosas tuvo de mancebo, siempre resplandeció en él mucha virtud: desta manera repartía el oro que le sacaban, aprovechándose él poco; sino era de la gloria que rescebía en dallo.

Desde la Concepción proveía [a] Arauco y a Cañete de jente siempre que le avisaron tenían della necesidad, y envió al capitán Don Pedro de Avendaño con cuarenta soldados a caballo que anduviesen en la comarca de Cañete asentando los indios que estaban poblados en la sierra, y castigando a los de guerra. Era Don Pedro hombre cruel con los indios; rescebía gran contento [en] matallos, y él mesmo con su espada los hacía pedazos; de que le tenían gran temor en toda la provincia, y esta crueldad le causó la muerte, como adelante se dirá, porque unos indios conjuraron contra él y lo mataron.

Estando de paz en este tiempo, algunos soldados, desgustosos de Don García por no habelles dado de comer, siendo como eran antiguos, entendiendo de él los tenía en poco, por huir de su presencia se

iban a Santiago, ciudad la mas principal del reino, y desde allí algunos dellos derramaban cartas con nuevas falsas, como le parecia a cada uno echallas. El licenciado Santillan, a quien Don García habia traído a Chile para las cosas de justicia, residia en Santiago, al cual le pareció era bien aclararlo: hallando culpable, por la informacion que hizo, a un soldado llamado Ibarra, lo ahorcó. Fué parte este castigo para que de allí adelante no se echasen mas nuevas en aquella ciudad, aunque en la de Valdivia se extendió nueva que Villagra venia por gobernador, de que muchos vecinos y otras personas se holgaron. Estos, partiendo con la primera nueva, como hombres torpes, aquella noche que de ello tuvieron plática salieron de sus casas con hachas de carrizo: regocijados anduvieron por la ciudad mostrando el placer que tenian; y como al que manda no se le asconde cosa alguna, mandó [D. García] al capitán Gaspar de la Barrera fuese por ellos y se los trajese a donde él estaba: llegados, los envió con Francisco Vasquez de Eslava los entregase en la ciudad de Cañete, como a hombre de confianza, al capitán que allí estaba, para que sustentasen aquella ciudad algun tiempo. En estos dias Don Pedro, haciendo la guerra, se asentaron muchos indios, de que resultó venir los demas a dar la paz.

Don García para dar mas calor a la guerra, y que todo estuviese bien asentado, despues de haber estado el invierno en la Concepcion, el verano adelante se fué a la casa de Arauco, que ya estaba acabada, y tenia aposentos para poder estar en ella. Puesto allí con sus criados y amigos, los vecinos de Tucapel anduvieron buscando oro aquel verano en sus términos para no illo a sacar a otra parte, de que hallaron grande muestra en muchas partes. Tambien mandó a Don Miguel de Velasco que con cuarenta soldados fuese a poblar la ciudad de Angol, que en tiempo de Valdivia habia sido poblada en aquel mismo sitio y lugar, y que los vecinos que estaban en Concepcion, Tucapel e Imperial fuesen a residir a ella, pues tenian los indios en su comarca. Hubo tanto efeto que asentada la tierra, será esta ciudad mui principal en el reino para en guerra y paz, porque tiene todas las partes buenas que una ciudad para ennoblecerse debe tener.

Tambien envió por via de ruego al padre sochantre Molina, antiguo en las Indias, hombre de buena vida, que predicase y amonestase aquellos indios a vivir en la fe de Jesucristo, o por lo ménos que guardasen la lei natural; lo cual no hacian, ántes cada uno tenian todas las mujeres que podian sustentar. Hizo este padre mucho fruto, porque rescibieron agua de Espíritu Santo infinidad de niños, muchachos y mujeres, que por la mala órden de algunos gobernadores, y por pecados de el reino, todo se ha perdido.

CAPITULO XXXII.

De como Don García se fué a la ciudad de Santiago, donde tuvo nueva de la muerte de su padre el marques de Cañete, y la oracion que hizo al pueblo cuando se quiso ir.

Estando de paz toda la provincia que tantos años habia estado de guerra, Don García, como hombre que ya en su pecho tenia concebido irse de el reino, quiso ir a la ciudad de Santiago, habiendo poco mas de tres años que gobernaba a Chille, y conocia la pobreza de la tierra, constándole que el hombre que lo gobernase no tenia necesidad de tanta casa como él tenia, sino dos pajes y un mozo de espuelas; porque en aquel tiempo en todo el reino no se sacaba oro, sino era en las ciudades Santiago y Serena (despues acá se ha ennoblecido el reino por el mucho oro que se ha sacado y sacan de ordinario, y se sacara de cada dia mas, si las guerras no lo hubieran estorbado); por este respeto despidió alabarderos y criados, que aunque tenia veinte mill pesos de salario no los cobraba, que no habia tanto dinero en las cajas del Rei que se pudiese pagar: quedando tan a la lijera, que despues de haber repartido sus caballos y algunas preseas en amigos y en otros aficionados, mandó juntar el pueblo en las casas de su morada, en una sala grande, les habló desta manera, destocándose comenzó a decilles: “El mar-
“ ques mi padre me envió a este reino como a gobierno que estaba a
“ su cargo, hasta que su majestad otra cosa mandase, y por mas ser-
“ ville me quise ocupar, como vuestras mercedes han visto, en paz y en
“ guerra en todo aquello que en jeneral se ha ofrecido, gastando mi
“ edad en cosas virtuosas, como es poblar ciudades, quietar esta pro-
“ vincia. Siendo Dios servido, conforme a mi deseo, darme buenos
“ sucesos para ampliar este reino, pues de mis trabajos ha resultado
“ tener vuestras mercedes remedio en sus casas y principio para ser ricos,
“ de que yo me huelgo infinito, aunque no saco desto barato, sino ha-
“ ber gastado lo que traje del Pirú mio, y lo que mi padre me dió,
“ que con ello, y con lo que despues me envió, pudiera ser rico: me
“ huelgo en gran manera salir de Chille pobre, pues todos vieron la
“ casa que traje cuando en este reino entré, y la que agora tengo; y
“ saber que no lo he vendido, sino que lo he dado, y mucha parte dello
“ gastado para sustentarme; y que vine mozo, y agora parezco diez
“ años de mas edad de la que tengo; y es cierto que si a Chille no hu-
“ biera venido, y me estuviera en el Pirú, tuviera mas de doscientos
“ mill pesos, con que pudiera en Castilla comprar mas de diez mill du-
“ cados de renta. Esto creo bien lo conoscerán todos ser así, pues en
“ verdad que pueden vuestras mercedes creer que siento tanto salir de
“ esta ciudad, como cuando salí de casa de mi padre para venir al Pi-
“ rú, por tener conocidos a todos, unos por amigos, y a otros por afi-
“ cionados: quisiera no ir a Santiago, mas conviéneme desde mas cerca
“ tratar y comunicar con mi padre dé órden en mi remedio con su

“ majestad, pues le he servido como todos han visto. Es el mandar tan
“ envidioso de suyo, y todo gobierno presente tan odioso, que aunque
“ en esta tierra tengo muchos amigos, sé que tengo mas enemigos; pero
“ con verdad ninguno dellos dirá que me he hecho rico en Chille; a mí
“ ni a mis criados he enriquecido, ántes algunos amigos míos, por se-
“ guirme, gastaron sus haciendas, y se han quedado sin ellas, y yo no
“ he podido dalles otras, ni tengo de qué recompensalles como yo
“ quisiera.” Y en lo último les dijo: “Enternézcome tanto, que no pue-
“ do decir lo que quisiera.” Volviendo las espaldas con buen comedi-
miento, los dejó y se metió en su aposento. Fué cosa de notar que, los
que estaban presentes, hubo pocos que no arrasasen los ojos de agua,
aunque muchos estaban mal con él; porque en el repartimiento que
hizo de los indios, tuvo mas cuenta con los que consigo trajo del Pirú
que con los antiguos que en el reino habia, como era cierto habian ser-
vido mucho al Rei, dejó a muchos dellos nescitados, sin remedio, e
ansí lo estan el dia de hoi: de esto se quejaban dél, y deseaban velle
fuera del reino, porque su nombre en aquel tiempo les era odioso.

Desde a dos dias despues de haber repartido su recámara entre algu-
nos vecinos y amigos, se fué a Santiago, donde fué bien rescebido, por
saber habia mudado mucho en condicion y aspereza, que si Don García
no entrara en Chille tan altivo despreciando los hombres, y tuviera al-
guna afabilidad y llaneza, fuera en gran manera bien quisto; y ansí en
Santiago le querian mucho. Desde a poco le llegó nueva el marques su
padre era muerto, y que venia por gobernador de Chille Villagra, a
quien habia enviado preso cuando entró en el gobierno: luego se retiró
a un monasterio de la órden de Sant Francisco, que parecia habia
adivinado lo que habia de pasar por él, y mandó a un navio pequeño
que se halló en el puerto de Santiago fuese a la Ligua, que es un rio
entre la ciudad de la Serena y el puerto de Valparaíso, veinte e dos
leguas de Santiago: allí se embarcó con dos criados para el Pirú. Poco
ántes de su partida fué Dios servido se descubriesen las minas de Chua-
pa, cosa riquísima de oro, y las minas de Valdivia, por extremo ricas,
que dellas unas y otras se ha sacado en catorce años grandísimo número
de pesos de oro.

Era Don García cuando vino al gobierno de Chille de veinte años,
gobernó quatro años bien y con buena fortuna: tenia buena estatura,
blanco, y las barbas que le salian negras, los ojos grandes: bien habla-
do, y se preciaba dello: honesto en su vivir, porque para la edad
que tenia nunca se le sintió flaqueza en vicio de mujeres: era amigo
de visitar pocas, y no tan de ordinario que se le echase de ver. Trajo con-
sigo algunos hombres principales y viejos, a los cuales se sabia que el
mismo Don García correjia de algunos vicios, que era mucho para tan
poca edad no caer él en ellos. Dejó por su teniente de todo el reino al
capitan Rodrigo de Quiroga, para que como su persona lo tuviese en
justicia.

En el cual tiempo los indios de Puren estaban conjurados, y tenian

determinado de matar al capitán Don Pedro de Avendaño, para el cual efeto acordaron venille a servir en las cosas que él mandase. Don Pedro les mandó hacer la sementera de trigo, y que algunos dellos se ocupasen en cortar tablas para una casa que queria hacer. Estando con tres amigos españoles en las casas de los indios, vinieron un día al poco mas de mediodía con las tablas: Don Pedro estaba durmiendo cuando los indios llegaron; al ruido se levantó a ver qué era. Los indios descargaron las tablas que traian a los hombros, mostrando venian cansados le preguntaron si eran buenas: Don Pedro se abajó a ver el grueso que tenían. Un indio, que para ello estaba apercebido, con una hacha que tenia en las manos, en abajándose, le dió un golpe en la cabeza, y tras de aquel otro, y dando una grande grita dieron en los otros que con él estaban, e saliendo a ella los mataron todos. Un criado que Don Pedro allí tenia mancebo, valiente hombre, llamado Pedro Pague, vizcaino, que muchas veces se habia visto en la guerra con indios, andaba cavando para sembrar, como sintió la revuelta, entendiendo lo que era quiso huir; no le dieron lugar, porque los indios lo cercaron. Peleó valientemente con todos ellos, mató muchos; mas como era solo y no tuvo socorro y los enemigos muchos, lo mataron. Luego se extendió la nueva por la comarca: sabido en la ciudad de Angol, que estaba cerca, dieron aviso al capitán Rodrigo de Quiroga que asistia en la Concepcion. Fué cosa que no se puede decir la presteza que tuvo en irlo a castigar con ser en mitad del invierno; llegó a Puren donde lo habian muerto y envió desde allí a la ciudad Imperial que le viniesen a ayudar [a] aquel castigo algunos vecinos y soldados: vinieron muchos, porque era y fué siempre mui bien quisto en jeneral. Castigó muchos indios de los culpables, y porque se habian retirado los demas a una ciénega grande que hacia dos leguas de lonjitud y era menester con muchos indios amigos y mas número de jente hacelles la guerra para llegallos a lo último, teniendo nueva que en la ciudad de Santiago esperaban a Villagra que venia por gobernador, se volvió a la Concepcion y de allí se fué a la de Santiago a resebir la voluntad del Rei.

CAPITULO XXXIII.

De como Francisco de Villagra vino por gobernador a Chille y del resebimiento que se le hizo en la ciudad de Santiago, y de lo que él hizo despues.

Gobernando el reino del Pirú el marques de Cañete como visorei que el Emperador Don Carlos habia proveido, el Rei don Felipe despues que heredó todos los reinos que su invitísimo padre tenia, por causas que le movieron, proveyó al reino del Pirú nuevo gobierno, y así mismo al gobierno de Chille a Francisco de Villagra sacando dél a Don García de Mendoza, hijo del marques de Cañete, que gobernaba al Pirú, por noticia que de Villagra tenia y cartas que habia resebido de los cabildos y ciudades del reino en que lo enviaban a pedir cuando

envió a Gaspar Orense a España a hacer sus negocios con el Rei, queriendo hacelles merced, con este proveimiento vino un sacerdote deudo suyo, hombre principal; llamado Agustín de Cisneros, que mucho lo habia solicitado en corte. Partió de Castilla trayendo consigo la mujer de Villagra y algunas deudas otras, se embarcó en Sanlúcar. Llegado a Nombre de Dios, halló buen aviamiento para la otra mar del Sur hasta que llegó al puerto de los Reyes, donde Villagra estaba: allí le dió los despachos que de la gobernacion le traia. Luego se comenzó [a] aprestar para venir a Chille, y en el entretanto envió un criado suyo con un traslado de su provision para que constase la merced que su majestad le habia hecho. Llegado que fué, algunos que con Villagra estaban bien y otros que con Don García habian estado mal, se regocijaron y holgaron, aunque despues que tuvo el gobierno en sí comenzaron a sentir su daño por la mala maña que se daba, que ser capitán o ser gobernador va mucho de lo uno a lo otro. Villagra para tan gran cosa como le habia llegado hallábase pobre de dineros; mas como tenia tan buena mano en buscarlos, procurándolos con el crédito del gobierno y la gran fama que tenia aquella provincia de minas ricas de oro, halló mas de lo que hubo menester, que le prestaron a pagar en Chille, y algunos de los que se los dieron se vinieron con él, creyendo que demas de cobrallos les hiciera alguna merced en aquel reino, y fué Dios servido que el uno dellos murió a manos de indios muerte mui cruel, y el otro vivió pocos dias pobre, pudiendo vivir en el Pirú ricos.

Aderezado Villagra, se embarcó con su casa y algunos soldados que con él quisieron venir: navegando con buen tiempo llegó a la ciudad de la Serena, llamada Coquimbo por otro nombre, que a la entrada del reino; desde allí se vino por tierra a la ciudad de Santiago, donde le estaban esperando de todo el reino muchos vecinos y hombres principales. La justicia y rejimiento le tenian aparejado un rescebimiento, el mejor que ellos pudieron, conforme a su posible. En la calle principal, por donde habia de entrar, hicieron unas puertas grandes, a manera de puertas de ciudad, con un chapitel alto encima, y en él puestas muchas figuras que lo adornaban; y la calle toldada de tapicería, con muchos arcos triunfales, hasta la iglesia; por todos ellos muchas letras y epítetos que le levantaban en gran manera dándole muchos nombres de honor; y una compañía de infantería, jente mui lustrosa y mui bien aderezada, y por capitán della el licenciado Altamirano, y otra compañía de caballo con lanzas y dargas, y mas de mill indios, los mas dellos libres, con las mejores ropas que pudieron haber todos. En órden de guerra le salieron a rescebir al campo, fuera de la ciudad, a la puerta de la cual quedaba el cabildo esperándole, con una mesa puesta delante de la puerta de la parte de afuera, cubierta de terciopelo carmesí, y baja a manera de sitial, con un libro misal encima para tomalle juramento, como es costumbre a los príncipes, que cierto, porque me hallé presente, toda la honra que le pudieron dar le dieron. De esta manera llegó a la puerta de la ciudad, encima de un macho negro, pequeño mas que el ordinario,

con una guarnicion de terciopelo negro dorada, y una ropa francesa de terciopelo negro aforrada de martas, lo metieron en la ciudad como a hombre que querian mucho, y le habian tenido por amigo mucho tiempo. Despues de las cerimonias del juramento lo llevaron a la iglesia debajo de un palio de damasco azul, llevándole dos alcaldes el macho por la rienda, y desde allí a casa del capitan Juan Jufre, que era su posada. Y habiendo sido informado Villagra que habia nesciedad de jente en la Concepcion y Tucapel, [y que] a causa de la muerte de don Pedro de Avendaño se alborotaba la provincia, envió al capitan Reinoso con comision que castigase y quietase aquellos indios, y le avisase de todo lo que entendiese que convenia a la quietud de la provincia.

Los indios, cuando supieron que Villagra venia por gobernador, se alegraron, diciendo que con él siempre les habia ido bien, que querian tomar las armas y pelear, pues Don García era ido, que les parecia se habia de acordar de cuando lo desbarataron en la cuesta de Arauco, y habia de querer vengar tantos cristianos como allí murieron; y pues le tenian por hombre que por la guerra no se le hacian bien sus cosas, que se juntasen todos y a un tiempo se alzasen y declarasen por enemigos, como lo hicieron. Francisco de Villagra, despues que desembarcó en la Serena, parecia venir prenoticando al reino mal agüero, y que de su venida les habia de venir mucho mal en jeneral a todos, porque en desembarcando se inficionó el aire de tal manera, que dió en los indios una enfermedad de viruelas, tan malas que murieron muchos de toda suerte, que fué una pestilencia mui dañosa, y por ella decian los indios de guerra, que Villagra no pudiendo sustentarse contra ellos, como hechicero habia traído aquella enfermedad para matarlos, de que cierto murieron muchos de los de guerra y de paz.

CAPITULO XXXIV.

De como Francisco de Villagra salió a la primavera de la ciudad de Santiago para ir a la de Cañete por la provincia de Arauco, y de lo que hizo.

Despues que fué informado Villagra de la alteracion que los indios tenian con su venida, para dalles algun estorbo y ponelles temor, envió al capitan Reinoso, como atras dije, y desde a poco envió a su hijo Pedro de Villagra, mancebo de buena esperanza por las partes que tenia de virtud, con cuarenta soldados bien aderezados a caballo, que fuese a Tucapel, y en compañía de Reinoso hiciese la guerra por la órden que le diese, al cual obedeciese en todo lo que le ordenase. Ido Pedro de Villagra, desde a pocos dias se partió su padre a la Concepcion, y de allí, pasando el rio de Biobio, entró en Arauco, que estaba de paz, hablando y sosegando a los principales, para que no entendiesen traia la voluntad que les habian dicho, llevando en su compañía un relijioso fraile de la órden de Santo-Domingo, llamado frai Gil de Avila, llegó a Cañete, que es en la provincia de Tucapel. Los indios se estuvieron a la mira, sin

declararse, sino algunos que vivian en la montaña, hasta ver lo que el tiempo les decia que hiciesen; y fué para ellos, conforme a su disinio, tan provechosa la ida de frai Gil, aunque mas dañosa para su quietud y caso presente, porque Reinoso, cuando allí llegó, quiso con su buen entendimiento asentar los indios, poniéndoles temor con las armas, y regalándolos por otra parte con amonestaciones de palabras, con las cuales hizo poca impresion en ellos, ántes viendo que si algunos indios se tomaban en la guerra de los que no querian servir, despues de haberles hecho una oracion, los enviaba por mensajeros, puesto caso que los mas repartimientos estaban de paz. Estos, viendo que ellos servian y los trabajaban, y que los que estaban de guerra se holgaban y no los castigaban, decian que por lo que vian presente, entendian era en daño de los indios que a los cristianos eran amigos, y en provecho de los que les eran enemigos: con esta plática se alzaron todos, sin quedar indio ninguno de paz en aquella provincia. Juntósele a Villagra para no acertar a hacer la guerra, que frai Gil, en las oraciones que hacia a los soldados, les decia se iban al infierno si mataban indios, y que estaban obligados a pagar todo el daño que hiciesen y todo lo que comiesen, porque los indios defendian causa justa, que era su libertad, casas y haciendas; porque Valdivia no habia entrado a la conquista como lo manda la iglesia, amonestando y requiriendo con palabras y obras a los naturales; en lo cual se engañaba, como hombre que no lo vido, mas que como era de buen entendimiento, encima de una obra (1) de causa formaba lo que queria; porque yo me hallé presente con Valdivia al descubrimiento y conquista, en la cual hacia todo lo que era en sí como cristiano. Volviendo a frai Gil, eran sus palabras dichas con tanta fuerza, que hacian grande impresion en los ánimos de los capitanes y soldados, y acaesció vez que Villagra estaba hablando algunos soldados que hiciesen lo que sus capitanes les mandasen, y alanceasen a los indios todos que pudiesen, frai Gil les decia que los que quisiesen irse al infierno lo hiciesen: así era una grandísima confusion ver estas cosas y que Villagra no las remediase, y así se hacia la guerra perezosamente. Los vecinos de Cañete le importunaban se fuese de aquella ciudad, y les dejase jente para hacer la guerra: que no le podian sustentar de bastimentos, y los descargase en alguna parte. Villagra les dejó a su hijo Pedro de Villagra, y con él al capitán Reinoso, con ciento y veinte hombres de guerra, fuera de los que sustentaban la ciudad, y él se fué a la ciudad de los Infantes, que estaba diez leguas de Cañete. Estando allí pocos dias, se partió a la Imperial; parando en ella poco, pasó a la Ciudad Rica, que estaba cerca de las minas de Valdivia, mui ricas de oro. En aquel tiempo habia Francisco de Villagra desde la ciudad de Santiago enviado delante al licenciado Altamirano con comision spyta fuese a las minas, y que, como justicia, tuviese cuenta con todos los que andaban sacando oro, y que cada noche rescibiese el oro que sacasen y lo metiese en un

(1) El autor explica mal su pensamiento, por lo cual parece estar fulto el sentido.

cofre, teniendo cuenta de quién y cuyo era, para que cada uno hubiese lo que fuese suyo. Querian decir que Villagra hacia aquella diligencia, para despues, en monton, hacer dello servicio a su majestad: otros decian cosas diferentes destas; mas el juez reto, que es Dios, lo desbarató todo de como él lo tenia pensado, porque dió tantas viruelas a los indios que lo sacaban, y morian tantos de aquella pestilencia, que algunos relijiosos, poniéndoselo por cargo, mandó se dejase de sacar, y lo sacado se acudiese a cuyo era. Tambien le sucedió en este tiempo, que estando en la Ciudad Rica la pascua de navidad del año de sesenta y tres (1), que enfermó de mal de hijada, con algunas calenturas, de que pensó morir, y de un mal que le dió en los empeines de los piés, de tan terrible dolor, que no podia andar a pié ni a caballo. Estando en mejor disposicion, en convalecencia, aunque poco, por algunas cartas que tuvo de la Concepcion, en que en efeto le afeaban el irse a las ciudades de paz, dejando lo de guerra tan mal reparado, y que los soldados que habian quedado en Tucapel pedian licencia para irse de la guerra, diciendo que Villagra iba con ánimo de repartir los indios, y dallos a quien a él le pareciese, dejándolos a ellos olvidados. Entendiendo que seria posible su ausencia causar alguna desenvoltura entre ellos, se puso en una silla, en hombros de indios se hizo llevar a la Imperial, y desde allí a la ciudad de los Infantes: hizo algun efeto su vuelta, no para que los indios por ella diesen muestra de venir de paz, sino para que los soldados que en la guerra andaban hiciesen con mejor voluntad lo que les fuese mandado, ántes los indios trataban venir sobre la ciudad y quemar las casas en que vivia. Villagra, como se vido tan enfermo, quiso ponerse en cura: aderezado un aposento, tomó la zarzaparrilla, y estuvo en la cama dos meses; mejoró algo, y porque entraba el invierno, dejando contentos con palabras a muchos, llevando consigo a otros se fué a la Imperial, en donde llegó por legado de la ciudad de Santiago el capitan Bautista de Pastene, pidiéndole en nombre de aquella ciudad les enviase por su teniente a Pedro de Villagra, su hijo, por respeto de no llevarse bien con el capitan Juan Jufre, a quien habia dejado por su justicia mayor: Villagra lo hizo así, como se le pidió. Pasando las aguas del invierno se fué a la ciudad de Valdivia, diciendo era tiempo de venir navios del Pirú, y que queria hallarse allí por causas que convenian al bien del reino, y al verano bajar a la Concepcion por la mar y llevar la jente que pudiese.

CAPITULO XXXV.

De como Francisco de Villagra llegó a la ciudad de Valdivia, e yendo a la Concepcion por la mar con viento contrario fué a la nueva Galicia, y de las cosas que le acaecieron.

Habiendo pasado las aguas del invierno, Villagra se puso en camino

(1) Debe ser la Navidad del año de 1562.

para ir a la de Valdivia. Los vecinos de aquella ciudad estaban temerosos si les removeria los indios que tenian, o no, y con este temor se desvelaron en hacelle el mejor rescibimiento que pudieron con jente de a pié y de caballo, a uso de guerra, y le enviaron un barco al camino bien esquistado, con mucho refresco, para que en el barco viniese por el rio que pasa junto a las casas de la ciudad, grande y de mucha hondura, y a la boca de este rio, porque hace una isla que lo divide en dos partes, atravesaron un navio sobre áncoras con mucha artillería que le hiciese salva cuando llegase. Despues de rescibido con esta órden le llevaron a su posada, donde le fatigó el dolor de los piés en gran manera, por cuyo respeto de ordinario se estaba en la cama, y allí negociaban los que tenian negocios: cuando se sentia en mejor disposicion, que se levantaba, estaba en una silla, y así ya enfermo, ya mejor pasó aquel invierno, y a la primavera por el mes de octubre, que por aquel tiempo entra el verano en el reino de Chille, fletó un navio a costa del Rei, y embarcando en él treinta caballos y cuarenta soldados salió del puerto de Valdivia a la mar año de sesenta y tres, diciendo al piloto navegase a donde el tiempo le quisiese llevar, aunque no tan confiado de su ventura como Otaviano César, porque Villagra siempre fué mohino en las cosa de guerra, pues saliendo a la mar con buen tiempo para su viaje, revolvió tramontana. Corriendo el navio con el temporal fué a parar al archipiélago de Chilue, provincia de la nueva Galicia que despues se llamó así.

Villagra ántes de su viaje habia enviado un bergantin que lo descubriese, qué tierra tenia aquella costa ácia el estrecho de Magallanes: cuando vino le trajo nueva era tierra poblada y fértil, y así le tomó deseo de la ver, y para este efeto mandó al piloto navegase a donde el tiempo le quisiese llevar. Entrando entre tantas islas el maestre surjió y amarró el navio a su usanza: Villagra mandó sacar los caballos en tierra, y que algunos soldados fuesen la tierra adentro a caballo por mejor ver y reconocer qué disposicion tenia, qué jente habia en ella. Trajéronle nueva que era bien poblada, y parecia fértil de simenteras. Estando en tierra en frente de donde estaba surto el navio, no conociendo el piloto, ni teniendo plática de lo que por aquella costa menguaba la mar, un dia descuidado menguó tanto con el retirarse las aguas vivas, que el navio, puesta la quilla en tierra, cayayó (1) de lado; con el golpe que dió, y otros que le daba la mar, se abrió por algunas partes. Socorriéronlo con grande diligencia, viendo que estaban en una isla que si el navio se perdia se habian de perder, o pasar mucho trabajo sus vidas, lo remediaron con estantes hasta que la mar volvió a crecer: luego lo metieron a lo largo donde estuviere seguro de otro semejante acaescimiento. Los indios de la isla, viendo que estaban de asiento, tratan de se juntar, y una noche dan en ellos diciendo, no se les podian

(1) Por *encalló*.

escapar; porque estaban en tierra y no habia donde huir, aunque quisiesen. Con este acuerdo se juntaron mill indios, y una noche, a la que amanecia, dan en Villagra y los que con él estaban, que no les sintieron hasta que andaban envueltos a las manos con ellos, dando de palos a los cristianos y caballos y a la tienda en que Villagra estaba; que si como eran indios bisoños fueran pláticos, ninguno dellos quedara que no mataran, y a Villagra con ellos. Algunos soldados, aunque estaban desnudos, subieron en sus caballos en cerro, y entraron por los indios, y con otros que iban bien armados y bien en su orden los desbarataron; porque los indios, como jente mal plática, no sabian jugar de lanza, y así mataron algunos y otros tomaron a prision. Para informarse de la tierra y del número que eran, destos llevó Villagra algunos consigo, que luego le hizo buen tiempo y se embarcó con todos los caballos y jente, y con él navegó hasta la playa de Arauco, donde desembarcó y se fué a la casa fuerte que allí estaba. Sabiendo que era llegado, le vinieron a ver de la Concepcion y de Cañete algunos amigos suyos, principalmente Pedro de Villagra, al cual hizo su teniente jeneral de todo el reino para las cosas de guerra.

Estando en esto, los indios andaban haciendo fuertes donde pelear a su ventaja hasta hacer alguna suerte en los cristianos. Queriéndolo remediar, de la Concepcion enviaron a Francisco de Castañeda con treinta soldados que deshiciese un fuerte que comenzaban a hacer, ántes que lo pusiesen en mejor defensa. Llegado a él peleó con los indios, y de tal manera tuvo la vitoria que los enemigos se volvieron a él y desde allí trataron mejorarse en otro sitio cerca de aquel. Villagra, informado por cartas que tuvo de la Concepcion y de la ciudad de Angol, para dar el remedio que convenia, mandó a su hijo Pedro de Villagra, que ya era vuelto de Santiago, donde su padre lo habia enviado a ser justicia, se aderezase con sus amigos y se fuese a juntar con el capitán Arias Pardo, a quien habia dado comision cuando se embarcó en Valdivia para que hiciese jente en aquellas ciudades y viniese con ella a Angol y que de allí le avisase. Siendo informado le escribió viniese a juntarse con Pedro de Villagra, y a Pedro de Villagra mandó se juntase con él, porque sabia habia muchos indios juntos.

Con esta orden se vieron y concertaron cómo pelear con los enemigos, pues era monte la parte en donde estaban y a caballo no se podia hacer efeto alguno, y así acordaron de se apearse todos y pelear a pié, pues el fuerte no estaba aun acabado de hacer. Con esta determinacion se fueron ácia los indios cincuenta soldados disparando los arcabuces en la multitud, y los indios grandísima lluvia de flechas en los cristianos. Arias Pardo iba delante embrizado de una rodela y un dardo en la mano, con buena determinacion y desenvoltura, caminando ácia los enemigos: llegando cerca dellos en caso pensado y no repentino, sino con determinacion acordada de pelear, se le heló la sangre de todo un lado, de condicion que le privó el calor natural y quedó pasmado de manera que no se pudo mover mas; los demas pelearon con tanta determi-

nacion que ganaron el fuerte: echando a los indios dél, mataron algunos y otros tomaron prisioneros. De allí se fueron todos al rio de Biobio para enviar por el rio Arias Pardo a la ciudad de la Concepcion, a causa de que no podia caminar a caballo, ni era posible de la manera que quedó, que aunque se puso en cura en el Pirú y en este reino, no pudo sanar: los soldados, [que] salieron todos cincuenta tan mal feridos en el rostro y en lo que llevaban descubierto sin armas, unos se volvieron a la Concepcion, de donde habian partido para aquella jornada, y otros a Arauco, donde Villagra estaba.

CAPITULO XXXVI.

De como Francisco de Villagra envió su hijo Pedro de Villagra a desbaratar un fuerte en compañía del licenciado Altamirano, que era su maestre de campo, y de lo que en la jornada le sucedió.

Despues de haber sucedido lo dicho, viendo los indios que los cristianos les iban a buscar dentro en los fuertes que hacian, acordaron de hacer uno mui de propósito donde se pudiesen juntar en mucha cantidad y pelear a su ventaja. Para este efeto, tratado y comunicado entre ellos, como en todo lo que hacen no hai señor principal a quien respetar, sino behetrías, escojieron en conformidad de todos el propio lugar y sitio donde habian peleado con Arias Pardo y Pedro de Villagra, que aunque no estaba acabado de hacer cuando pelearon, tenian entendido que puesto en defensa era el lugar a propósito por el mucho efeto que en él habian fecho; y así luego lo cercaron por la frente y lados de hoyos grandes, a manera de sepolturas, en mucha cantidad, y junto a la palizada del mismo fuerte, que era de maderos gruesos, una trinchea que lo hacia mas fuerte, teniendo las espaldas a una quebrada de mucho monte desembarazada la entrada, para si les dijese mal irse por ella sin que les pudiesen matar jente alguna, y con órden de no salir a los cristianos fuera del fuerte, sino estarse dentro dél y dejallos llegar hasta los hoyos que tenian cubiertos con paja y tierra, tan sutilmente tapados que era imposible dejar de engañar a quien no lo sabia. Hubo muchos principales que se hallaron en esta junta con sus indios, y todos de conformidad metian el calor y prenda que podian. Hecho el fuerte, tratan con los señores de Arauco que den dello noticia a Villagra, los cuales tambien eran en ello como los otros, aunque como jente cautelosa lo cubrian, dando a entender no sabian mas de lo que les decian.

En este tiempo Villagra estaba en la cama enfermo, e informándose muchas veces del propósito que los indios tenian por un principal del valle de Arauco, llamado Colocolo, [que] siempre fué hasta que murió amigo de cristianos, le dijo que los indios habian hecho el fuerte, y en qué parte y cómo habia en él mucha jente y que deseaban pelear. Entendióse que echaban esta nueva para mas atraer la voluntad de Villagra a la suya, diciendo que ya eran dos veces desbaratados, y que si aquella

los desbarataban no pelearian mas, sino que darian la paz y servirian como les mandasen. Villagra, bien informado del caso, envió a llamar a su maestre de campo, que andaba haciendo la guerra en la comarca de Tucapel, y al capitán Gomez de Lagos que ansímesmo mandaba una cuadrilla de soldados en la misma provincia. Llegados donde estaba con la jente que tenian, les dijo era informado que los indios habian hecho un fuerte: que le parescia se debian aderezar para ir a desbaratallo, y que entendia, por lo que era informado, que en aquel buen suceso se acababa la guerra, segun los propios indios le habian dicho: ellos se aderezaron de lo que les faltaba para caso semejante. El gobernador mandó a su hijo Pedro de Villagra, mancebo de mucha virtud, se juntase con él, por cuyo respeto fueron algunos soldados, sus amigos, y de la Concepcion vinieron otros, que como era cosa tan señalada quisieron hallarse en ella. El maestre de campo bien quisiera que Villagra no le encargara cosa donde aunque le sucediese bien no se ganaba en ello nada, y si se perdia aventuraba perder mucho; mas como estaba sujeto a voluntad ajena no pudo hacer ménos, y ansí con ánimo de hacer lo que el tiempo y la necesidad presente le dijese, partió de la casa fuerte de Arauco con noventa soldados valientes, y tanto que su mucha temeridad fué parte para su pérdida, y con quinientos indios por amigos con arcos y flechas fué camino de Manguano, que ansí se llamaba la tierra donde los enemigos esperaban camino de Arauco, hasta allí de seis leguas, y habiendo llegado cerca el maestre de campo, hizo dormida en un valle que estaba una legua de los enemigos, por descansar los caballos y jente para que con mas asiento otro dia se hiciese lo que entre todos se determinase. Luego como amanesció hizo cuadrillas de la jente que llevaba y dió una a Pedro de Villagra de veinte y cinco soldados, y tomó otra para sí del mismo número, y dió otra al capitán Gomez de Lagos; y al capitán Pedro Pantoja con cierta jente que le señaló mandó estuviese a caballo para favorecer a los de a pié si fuese necesario. Ansímesmo mandó al capitán Lagos que con seis soldados fuese delante de todos, y reconociendo el camino llegase hasta el fuerte si le dejasen caminar, y reconocido le diese aviso: con esta órden caminó delante del campo.

Los indios ya tenian nueva que venian, y del número que eran, y dónde habian dormido, los cuales acordaron no salilles al camino, sino dejalles llegar, y ansí estuvieron quedos, aunque eran muchos y podian pelear en el monte y mal camino, no lo quisieron hacer, sino mas a su ventaja; por este respeto no pareció ninguno. Era cosa de ver los soldados que iban en la compañía de Pedro de Villagra, como eran mozos gallardos y briosos, no se habian visto en semejantes recuentros ni peleas, iban diciendo deseaban en gran manera [que] los indios se esperasen en el fuerte para mostrar el valor de sus personas, teniéndolos en tan poco que creian en su ventura no les habian de esperar: otros, que tenian mas plática de guerra, decian que no los querian ver ni venir con ellos a las manos, y que pluguiese a Dios hubiesen desamparado el fuerte [y] no hallasen indio en él: que esto decian por experiencia de haber

otras veces peleado con indios en fuertes, donde tan a su ventaja pelean, y que era bestialidad de capitanes mal pláticos, pudiendo pelear en tierra llana, o al ménos en no tan mala, venillos a buscar detras de maderos puestos en los cerros, donde se aventuraba a perder y no ganar. Yendo en esta conversacion les interrumpió el capitán Lagos, que llegó diciendo: «Ahí estan los indios.» Algunos se regocijaron, y a otros les pesó, porque entendian que habia de resultar daño en jeneral. Luego el maestro de campo dijo que le parecia no se debia de pelear, sino reconocer el sitio y de la manera que estaban, para ordenar lo que conviniese: tuvo muchas contradiciones de mancebos que con Pedro de Villagra iban, diciendo que a pelear venian y aquello era lo que convenia. El maestro de campo, aunque conocía y entendia era caso temerario el que se intentaba, eran tantas cosas las que a sus oidos le decian, que aunque quisiera, puesto en donde estaba se cree era imposible obedecelle: por otra parte via que Pedro de Villagra estaba haciendo cierta oracion a sus amigos, diciendo que les rogaba en aquel caso presente tuviesen cuenta con su persona, y no permitiesen fuese hollado de sus enemigos, ántes se holgaria lo hollasen sus amigos, dándoles a entender que, aunque él se perdiese, tuviesen tino a la vitoria pasando por cima dél adelante; remedando a lo que dijo el marques de Pescara a sus amigos en la batalla que tuvo con Bartolomé de Alviano, junto a Vicencia, porque se holgaba mucho de leer en aquel libro como hombre tan virtuoso, y así tomó dél lo dicho. El maestro de campo, visto la determinacion de todos, puestas las cuadrillas en su órden, los capitanes delante, va caminando poco a poco ácia el fuerte. Los indios los dejaron llegar, estando puestos detras de su trinchea con lanzas largas, esperando que llegasen a los hoyos que tenian cubiertos. Este caballero iba delante animando su jente a pelear; sin ver el engaño cayó en un hoyo hecho a manera de sepultura, tan hondo como una estatura de un hombre, y tras él cayeron muchos en otros hoyos, de tal suerte, que como los indios les tiraban muchas flechas y los alcanzaban con las lanzas, no podian ser bien socorridos. Pedro de Villagra cayó en otro hoyo, y ántes que sus amigos le pudiesen socorrer le dieron una lanzada por la boca, de suerte que le hicieron pedazos las ternillas del rostro, y echaba de sí tanta sangre, que poniéndolo en un caballo no se supo tener, desvanecida la vista, juntamente con la muerte, que le llegaba cerca, cayó del caballo, y allí murió sin podello mas socorrer, porque sus amigos, que eran los que mas braveaban cuando venian caminando, en otros hoyos junto a él los habian muerto. El maestro de campo no tuvo quien le estorbase, y así salió sin ayuda de ninguno, porque los que con él iban, como pasaron delante mas cerca del fuerte, y cayeron en otros hoyos, los indios se ocuparon con ellos, los cuales, viendo el buen suceso que tenian, salen del fuerte por dos partes, y cercan los cristianos de tal manera, que como vieron a unos muertos y otros heridos, con grandísimo ánimo pelean. Los cristianos se comenzaron a retirar ácia sus caballos, los indios los aprietan de tal manera, que a lanzadas mataron

muchos, y a manos tomaron algunos, aunque luego los mataban. Los que pudieron subir en sus caballos, sin esperar uno a otro, como jente vencida y desbaratada, huian unos por el camino de la Concepcion y otros por el camino de Angol, que era una ciudad poblada ocho leguas de allí, y no por el camino de Arauco. Los indios los fueron siguiendo dos leguas, en cuyo alcance mataron algunos en los malos pasos que habia de camino estrecho, y otros que se despeñaban sus caballos con ellos. Hubo grandes flaquezas en algunos, y como acaecer suele, en otros hubo buen acuerdo y ánimo reposado para favorecer a los que tenian necesidad. Iban tan desanimados, que poniéndose delante en un paso estrecho, lugar casi seguro, porque esperasen a los que atras venian, y recojidos juntos caminase a su salvo, Antonio Gonzalez, vecino de Santiago, natural de Constantina, y Gaspar de Villarroel, vecino de Osorno, natural de Ponferrada, en Galicia, con las espadas desnudas, no los podian detener. El capitán Pedro Pantoja, con la jente que tenia a caballo, siguió el camino que los demas. Luis Gonzalez, residente en la Concepcion, hallándose a caballo, desbaratado como los demas, conoció a Francisco de Ortigosa, secretario que habia sido de Don Garcia de Mendoza, ir a pié y perdido, llegándose a él con ánimo de buen soldado, le dijo subiese a las ancas de su caballo, que con ayuda de Dios le sacaria de la necesidad en que estaba, y así escapó a este hombre noble en tiempo donde ningun amigo se acordaba de otro; que fué hecho de soldado valiente; era Ortigosa natural de Madrid. Murieron en este recuento cuarenta y dos soldados valientes, y entre ellos Andrea, esclavon, valentísimo hombre, y Francisco Osorio, fijodalgo de Salamanca, Francisco de Zúñiga, de Sevilla, Don Pedro de Guzman, caballero noble de Sevilla, Rodrigo de Escobar, de Medina de Rioseco, y otros muchos que dejo por evitar prolijidad.

CAPITULO XXXVII.

De lo que hizo Francisco de Villagra despues que tuvo nueva de la pérdida de Mareguano.

En el tiempo que Villagra estuvo en la ciudad de Angol, proveyó por capitán para hacer la guerra en las partes que a él le pareciese que convenia a Lorenzo Bernal, con comision que le dió bastante para el efeto, por ser soldado valiente, de buena determinacion, y que entendia las cautelas y maldades de los indios, y amigo de andar en la guerra, cosa que en aquel tiempo muchos soldados se apartaban della. Estaba en Puren castigando aquellos indios, quando desbarataron en Mareguano al licenciado Altamirano y mataron a Pedro de Villagra; del cual supe yo despues que estando durmiendo aquella noche que fué el desbarato, se le representó lo que habia sido, y estando entre sí con aquella sospecha, tuvo nueva por la mañana que le enviaron de la ciudad de Angol de lo sucedido en Mareguano. Costándole que estaba

aquella ciudad con jente para poderse defender, siendo capitán en ella Don Miguel de Velasco, con cuarenta soldados que consigo tenía se partió para Arauco, donde Villagra estaba, entendiendo que los indios, con la victoria fresca, habían de ir sobre él, y avisar de camino a la ciudad de Cañete que estuviesen sobre aviso por tener poca jente para su defensa. Yendo su camino avisó de lo sucedido en Cañete, deteniéndose allí poco: cuanto descansaron los caballos se fué a donde Villagra estaba enfermo en la cama, que a lo que dijo despues cuando le dijeron estaba allí Lorenzo Bernal, entendiéndo no era por bien su venida, viéndose con él en su cámara le dijo: «Vuestra señoría dé gracias a Dios» por todo lo que hace: Pedro de Villagra es muerto, y todos los que iban con él desbaratados.» Diciéndole esto volvió el rostro ácia la pared, no habló palabra alguna hasta en poco, que mandó a todos se saliesen fuera y le dejasen solo.

Otro día llegó allí un navio que venia de la ciudad de Valdivia e iba a la Concepcion, y por estar allí Villagra surgió en la playa de Arauco, aunque es peligrosa para navios. Villagra envió luego a mandar al maestre, que era un hidalgo natural de Jénova, llamado Justiniano, no se hiciese a la vela hasta que se lo mandase, y así estuvo allí a ventura de lo que le sucediese. Villagra despues de haber platicado en su acuerdo que la ciudad de Cañete no se podia sustentar, ni él le podia dar socorro alguno, que era bien despoblalla y las mujeres y chusma embarcalla en aquel navio y llevarlos todos a la Concepcion, y con la jente que en aquella ciudad había reparar otras cosas que al presente importaban. Con este acuerdo envió a un caballero de Sevilla, llamado Arnao Zegarra, con un mandamiento suyo, que despoblase aquella ciudad y trajese consigo toda la jente. Presentada en el cabildo la comision que llevaba, poniéndoles delante el peligro en que estaban, diciéndoles que era muerto Pedro de Villagra y desbaratado el campo, y que si los indios venian sobre ellos era imposible dejarse de perder, a causa de no tener jente que pudiese socorrellos; despues de habelle oído tuvo algunas contradicciones al parecer justas, diciendo estaban poblados en tierra llana y tenían mucha municion y artillería gruesa que alcanzaba deléjos y buen fuerte que no querian despoblar; mas acordándose que por descuido y mala órden de un soldado que se durmió en la vela, que por su honor no digo quién es, o segun otros decian haber ido a visitar ciertos amores que tenía, entraron los indios en la ciudad y llevaron un caballo con mucho ganado de cabras y puercos, los cuales no fueron sentidos ni echados menos, hasta el día que el capitán Juan de Lasarte tenía a su cargo la ciudad, natural de Toledo, como lo entendié por la mañana, salió con doce soldados, siguiendo el rastr ofuélos a alcanzar en unas montañas ásperas. Los indios conociendo que le tenían ventaja en la parte que estaban, los esperaron allí. Juan de Lasarte, como era hombre valiente, con gran determinacion en el caso presente, no mirando la ventaja que le tenían, quiso pelear por quitarles el ganado. Los indios, conociendo tener lo que deseaban, dejaron la presa y vinieron sobre él; despues de haber peleado

y hecho todo lo que conforme a lugar pudieron, habiendo muerto algunos indios, viéndose acometidos por las espaldas de otros que los seguian, les fué necesario romper por ellos y volver a la ciudad; que fuera mejor habello hecho ántes que no aventurarse a perder por una loca osadía. Habiéndosele al capitán cansado el caballo, lo mataron los indios a lanzadas, y con él otros cinco soldados y a Rebolledo que tomaron a prision, que se les rindió, lo vendieron por una oveja, y despues él se libertó como adelante se dirá, estando en poder de un principal en la isla de Mocha; y porque en otra refriega cerca de allí habian muerto a Rodrigo Palos y a Sancho Jufre, hijodalgo de Medina de Rioseco, pesando todas estas cosas, se conformaron en despoblar la ciudad. Todos juntos hombres y mujeres, niños y servicio, que era lástima de ver, llegaron al valle de Arauco; Villagra los mandó embarcar en el navio que estaba en la playa, y otro día se embarcó él con dos criados para irse a la Concepcion; y porque Pedro de Villagra habia llegado allí a darle el pésame de la muerte de su hijo, y que era hombre de guerra, le rogó y mandó como a su jeneral se quedase en aquella fuerza con ciento y diez hombres, a los cuales mandó le obedeciesen y hiciesen todo lo que les mandase; y porque se entienda quiénes eran, para lo que se ofreciese adelante, quise ponerlos aquí: Pedro de Villagra, Lorenzo Bernal, Gaspar de la Barrera, Francisco Baca, Alonso de Alvarado, Alonso Campofrio, Sancho Medrano, Alonso Chacon Andicano, Agustin de Ahumada, Antonio de Lastur, don Francisco Ponce, Francisco de Godoy, Hernan Perez, Francisco de Arredondo, don Gaspar de Salazar, Francisco Gomez Ronquillo, Pedro Beltran, Gonzalo Perez, Juan de Almonaci, Juan Garces de Bobadilla, Gabriel Gutierrez, Lorenzo Pacho, Juan de Ahumada, Bartolomé Juarez, Juan Salvador, Francisco de Niebla Bahurto, Pero Fernandez de Córdoba, Gomez de Leon, Francisco Lorenzo, Baltazar de Castro, Juan Rieros, don Juan Enriquez, Lope Ruiz de Gamboa, Juan de Córdoba, Cabral Guisado, Juan de la Cueva, Cortes de Ojeda, Gonzalo Fernandez Bermejo, Jacome Pasten, Villalobos: todos los cuales se hallaron en el cerco, defendieron aquella fuerza peleando infinitas veces, como adelante se dirá.

CAPITULO XXXVIII.

De como se alborotaron los indios de toda la provincia viendo despoblada aquella ciudad, y de como fueron sobre la ciudad de Angol y los desbarató Don Miguel de Velasco.

Los indios de la provincia de Arauco, como vieron que Francisco de Villagra se habia embarcado para ir a la Concepcion, despoblada la ciudad de Cañete, entendieron que lo hacia con temor de no perderse, tratan con los demas comarcanos que no dejen perder tiempo tan oportuno como el que tenian, y que todos tomasen las armas y viniesen sobre la casa fuerte de Arauco, y la combatesen hasta tomarla por fuerza o por

asidio; y para este efeto hicieron junta y llamamiento jeneral de toda la provincia, y para hacello con mejor órden rogaron a Colocolo se encargase del mando y cargo de la guerra. Era este Colocolo cacique principal y señor de muchos indios cerca del valle de Arauco; y para el efeto hicieron derrama a su usanza de mucha chaquira y ropa, que es el oro que entre ellos anda, y desto le dieron por su trabajo y en nombre de todos paga y salario. En las juntas se conformaron con el parescer que este indio les dió, que era hombre de buen entendimiento, cuerdo, y pensaba las cosas de guerra bien; el cual les dijo que convenia dar aviso a los indios comarcanos a la ciudad de Angol, que juntos con algunos capitanes que les enviaban, el dia que les pareciese diesesen repentinamente sobre el pueblo; y que cuando no saliesen con la victoria, por lo ménos serian parte para despoblar aquella ciudad y desechar aquella pesadumbre, y que despoblado Angol, o muertos, como creian, los cristianos que estaban a su defensa, no dudasen sino que los que estaban en la casa fuerte de Arauco serian todos perdidos; porque cuando todo les dijese mal, lo cual no creian, les tomarian los pasos, y que ellos propios se consumirian de hambre, faltos de toda cosa, porque comida no la tenian dentro del fuerte y serian parte para salilla a buscar.

Resumidos en este acuerdo, despacharon indios pláticos que hablasen a los principales de Angol y les dijesen la voluntad que tenian acerca de su voluntad, y de cómo se condolian de sus trabajos. Puesta esta plática en la junta que hicieron, acordaron que para un dia señalado todos estuviesen juntos en el valle de Chipimo, que está de la ciudad poco mas de dos leguas, y que allí, por ser montaña, estarian al seguro y encubiertos para lo que querian hacer. Juntos cantidad de seis mill indios, lucida jente, con buenas lanzas, arcos y flechas, soberbios en gran manera, en mitad del dia se representaron contra la ciudad, pudiendo venir al amanecer, hora competente para su disinio, que aquella hora estando como estaban descuidados de caso semejante los tomaran en sus camas, a causa de ser la ciudad en la parte que estaba poblada cercada de rios y barrancas, tan aparejado todo a su propósito, que ni los vieran ni sintieran hasta que estuvieran en sus casas; mas fué Dios servido no lo alcanzasen, porque no se perdiese tanto niño y mujer. El capitan don Miguel como los vido venir tan al descubierto mandó recojer las mujeres y muchachos en dos casas que estaban cercadas de pared, que para caso repentino como aquel bastaba, hasta ver cómo subcedia, pues forzosamente habian de pelear; dejó con ellos algunos soldados por guarda con el capitan Juan Barahona y salió con veinte hombres los ménos dellos bien en órden, porque habia enviado al capitan Francisco de Ulloa con quince soldados que tomase plática de como estaban los indios y de lo que intentaban hacer: por otra parte envió a Juan Moran, vecino de aquella ciudad, con ocho soldados a lo mismo. En esta coyuntura acertaron los indios a venir sobre Angol no hallándose don Miguel con mas jente de estos veinte hombres, los seis eran arcabuceros y catorce de a caballo. Los indios venian por tres partes; el uno escuadron grande venia por el

llano derecho al pueblo, conñado en la jente que traia; el otro escuadron venia el rio arriba, trayendo por su defensa las barrancas. Viéndose don Miguel tan falto de jente determinó con los veinte hombres que llevaba pelear con el escuadron mayor, pues en aquel estaba toda la fuerza que los indios traian: puesta una pieza de artillería a tiro y asestada en parte que podia al descubierto jugar en los indios, les comenzó a tirar algunas pelotas y mandó apear los arcabuceros para mejor y mas certero pudiesen tirar: los llevó por delante con órden que no disparasen todos juntos sino uno a uno, y que cuando uno tirase el otro cargase y que así se esperasen, de manera que no dejasen siempre de tirar para cerrar con ellos, porque a causa del miedo que tenian cuando algun arcabuz se disparaba se bajaban todos, y como no dejaban de jugar los pocos arcabuces que llevaban teníalos destinados a causa de ser los arcabuceros pláticos y tan diestros en manejar los arcabuces y tan certeros en los tiros que hacian. Eran los arcabuceros Juan Gonzalez Ayala, Francisco Gomez, Miguel de Candía, Juan de Leiva, Martin de Ariza, Juan Vazquez; y de a caballo Juan Bernal de Mercado, Diego Barahona, Miguel Sanchez, Pedro Cortes, Cristóbal de Olivera, Baltasar Perez, Sebastian del Hoyo, y un clérigo que iba con un crucifijo en la mano, llamado Mancio Gonzalez animándolos y rogando a Dios les diese vitoria. Los indios, considerando que la parte en donde estaban era tierra llana y que los caballos les tenian ventaja, comenzaron a juntarse a manera de hombres que demostraban tener miedo. Conocido esto por el capitan don Miguel, despues de haberles dado una rociada con todos los arcabuces juntos, rompió con las catorce hombres que tenia a caballo por ellos, entrando en el escuadron; un indio rostro a rostro le dió al caballo en que iba una lanzada por los pechos que le metió mas de una braza de lanza por el cuerpo, y él se vido perdido, si no se defendiera con su espada peleando valientemente. Juan Bernal de Mercado, queriendo remedar en valentía a Lorenzo Bernal, su hermano, encendido en una virtuosa invidia y mostrar ser merecedor de tal hermano, en un buen caballo en que iba para que tuviesen cuenta con él le puso un pretal de cascabeles, y andando con esta furia peleando lo esperó un indio con una lanza; errándole el golpe del cuerpo le acertó por un muslo y le pasó mas de la mitad de la lanza a la otra parte; el caballo con la furia que llevaba le sacó la lanza al indio de las manos, y llegó luego a un amigo suyo que se la sacase. Pareciéndole que tardaba en obra de médico, él mismo, tirando por el asta, la sacó por el regaton y no por el fierro que hizo la herida, y despues peleó a gran condicion de perderse por la mucha sangre que le iba de la herida. Los demas soldados revueltos con los indios pelearon de manera que les hicieron volver las espaldas huyendo ácia el rio, en cuya defensa por las barrancas se pudieron ir retirando haciéndose fuertes en toda parte para no reseibir mas daño. El otro escuadron que venia a entrar en el pueblo le salieron a la defensa tres soldados con los yanacanas de servicio que habia en la ciudad: éstos peleaban con hondas y piedras, no para mas efecto de entretenellos,

no se metiesen en la ciudad hasta ver cómo les sucedía al capitán don Miguel con el escuadrón que peleaba. Allí se vido una mujer india que se cargaba de piedras y entre los yanaconas las derramaba para que peleasen con ellas, haciendo oficio de capitán los animaba y volvía por más. Este escuadrón como vido al otro principal desbaratado y volver las espaldas, hicieron ellos lo mismo: no se pudo dar alcance por respeto del río adonde se echaron, murieron muchos de los arcabuces y pieza de artillería y alanceados de los de a caballo. Antonio Gonzalez y Francisco de Tapia pelearon tan valientemente que merecieron aquel día cualquiera merced que su majestad les hiciera. Trataron luego mudar de allí aquella ciudad a otro asiento mejor donde con más seguridad pudiesen estar, porque allí estaba muy a riesgo de semejantes acaescimientos y por ventura de perderse después. Se trataba entre los indios la gran flaqueza que habían tenido siendo los cristianos pocos y ellos muchos salir desbaratados y perdidos; afeándose algunos principales daban por descargo no habían podido hacer más, porque una mujer andaba en el aire por cima de ellos que les ponía grandísimo temor y quitaba la vista; y es de creer que la benditísima Reina del cielo los quiso socorrer, que de otra manera era imposible sustentarse, porque las mujeres que en la ciudad había era grandísima lástima verlas llorar, y las voces que daban llamando a nuestra Señora, es cierto les quiso favorecer con su misericordia. De allí mudaron luego la ciudad donde hoy está poblada en un llano, dos leguas de donde estaba, ribera de un fresco río llamado Congoya. Esto resultó de aquella jornada que los indios hicieron a esta ciudad.

CAPITULO XXXIX.

De como todos los caciques y señores principales de toda la provincia se conjuraron y vinieron sobre la casa fuerte de Arauco, y lo que subcedió.

Después que Francisco de Villagra se embarcó en la playa de Arauco con todos los vecinos y mujeres que de la ciudad de Cañete vinieron dejando despoblada aquella ciudad, que había cinco años poco más que Don García de Mendoza la pobló, con mucha costa del Rei y trabajo suyo y de todo el reino, los indios, viendo que se les venía a la mano su pretensión como ellos lo deseaban, aunque la jornada que hicieron a Angol no les salió como pensaban, se contentaron con lo hecho, pues despoblaron la ciudad de donde estaba (lugar dañoso para ellos por respeto de estar tan conjunta a los montes donde ellos se recojian): tratan luego de se juntar e ir sobre la casa fuerte de Arauco, que aunque estaban en ella ciento y quince hombres, los nombres de los cuales dijimos en el capítulo de atrás, los tuvieron en tan poco, que les pareció probar con ellos su ventura; juntáronse todos los principales de la provincia, y con número de veinte mill indios, habiendo lo tratado resumido en que se hiciese la jornada, con orden de guerra dada por su capitán

Colocolo, indio de las partes que tengo dichas atras, una mañana comenzaron a descubrirse a vista del fuerte, con muchas lanzas de Castilla y arcabuces de los que habian ganado en los recuentros que con cristianos habian tenido. Pedro de Villagra, que allí estaba por capitán mayor, mandó que los fuesen a reconocer. Salió a ello el capitán Lorenzo Bernal con cincuenta soldados a caballo, el cual, viendo los grandes escuadrones que venian caminando, se retiró al fuerte, y dijo a Pedro de Villagra mandase cargar el artillería; porque de las maneras que los indios venian, y los muchos que eran, no era cosa pelear con ellos en campo, pues estaban tan pláticos en menear las armas, sino esperar qué desino era el que traian, y que despues el tiempo les diria lo que habian de hacer. Los indios llegaron a ponerse con sus escuadrones en una loma rasa apartados algo del fuerte: representada la batalla, comenzaron a llamar a los cristianos a ella. Los soldados que andaban fuera del fuerte, número de cincuenta, trataron con el capitán Lorenzo Bernal seria bien pelear en aquel llano, donde, si les decia bien, castigaban aquellos bárbaros, y si mal tenian el remedio cerca, pues con el artillería y arcabuces los podian defender. Unos eran de este parecer: otros mas atentamente decian que no era bien aventurarse en caso semejante por ser pocos: que era mejor conservarse para mejores efectos con prudencia de guerra, procurando con algunas mañas y ardidés desbaratillos que no en batalla tan desordenada, pues era cierto los indios estaban en sus tierras, y aunque los desbaratasen muchas veces podian volverse a juntar mui muchos, como dellos conoscián era jente sin temor y morian bestialmente con grande ánimo. Estaba a esta plática presente un valiente soldado, caballero vizcaino, llamado Lope Ruiz de Gamboa, con ánimo grandísimo de valiente hombre, como en efecto lo era, desahaciendo a los indios, y animando a los demas que rompiesen con ellos, les dijo que él seria el primero que acometeria, que al fin eran indios, que rompiesen con él y no dejasen caer sus ánimos, pues otras cosas mayores habian acabado en el reino de Chile; y para que viesén que hacia lo que decia les rogaba le socorriesen. Con esta determinacion y ánimo se arrojó al escuadron de los indios, los cuales, viéndole venir, se abrieron y lo dejaron entrar, y el escuadron se cerró por la frente haciendo defensa a los demas que le quisieron socorrer. Los indios que cerca deste caballero se hallaron en mitad del escuadron, peleando con él, con macanas grandes y porras le dieron tantos golpes y lanzadas, que lo derribaron del caballo e hicieron pedazos, desmembrándolo todo, sin que se atreviesen a socorrello. Esta arremetida fué sin orden y de solo su autoridad: digo esto por salvar a los capitanes, que no tuvieron dello culpa. Pedro de Villagra, como vido el suceso de Lope Ruiz, mandó que todos se apeasen y metiesen en el fuerte. Los indios, viendo que los cristianos no querian salir a pelear, determinan quemalles la casa que hacia el fuerte, que eran cuatro lienzos de pared, los tres dellos cubiertos; estos servian de aposentos a los soldados que estaban en ella; y pudiéronlo mui bien hacer a causa de no estar cubierta con teja, sino

paja; y aunque el capitán lo podía haber reparado, no paró en ello, entendiéndolo fuera la venida de los indios con tanta brevedad: por este respeto no la había descubijado. Un indio valiente y de buena determinación la quiso quemar, y para ello [puso] a una lanza larga una flecha con fuego atado a ella: este indio corriendo dando vueltas, porque los arcabuces no tomasen puntería en él, llegó a la casa y metió la flecha entre la paja, que como era la lanza larga pudo alcanzar a ella. Acrecentado el fuego con el aire, levantando grande llama comenzó a extenderse por la casa adelante: los indios dan grandes gritos con sonido de muchas cornetas y cuernos con que se apellidan. Los cristianos que dentro estaban, como vian tan grande fuego entre ellos, y que era imposible podello apagar, y mas los indios a las puertas buscando por donde entrar a pelear con ellos, y el bramido de los caballos que dentro tenían quemándose, andaban sueltos dándose de coces y bocados, buscando en dónde tener reparo, y el humo tan grande que los cegaba, no sabían qué hacerse; y si los indios con escalas acometieran por dos torres que tenían, o les quemaran las puertas, era cierto que vieran la vitoria de todos ellos, aunque estaban dentro soldados valientes y ejercitados en la guerra. Porque dos indios que llegaron a un cubo, hallándolo solo, que los que estaban a su defensa por respeto del humo lo desampararon, éstos, abriendo la tronera, y haciéndola mayor, sacaron una pieza de artillería atada a una sogá; ayudándoles otros se la llevaron: los soldados que estaban en lo alto de los cubos los desampararon, que no podían sufrir el mucho humo que los ahogaba. Pedro de Villagra con los demás soldados, fuera de los que guardaban las puertas, andaban atajando el fuego, no se les acabase de quemar todos los cuarteles. Baltasar de Castro, con una hacha, adargándole el capitán Gaspar de la Barrera, andaba cortando las varas del cobertor de la casa para poder atajar el fuego, y eran tantas las flechas que los indios tiraban a los que esto hacían, que levantando los brazos para dar el golpe los herían con las flechas que les tiraban. Un soldado llamado Francisco de Niebla estaba a la guarda de una torre, y aunque los indios estaban por de fuera a la mira, quiso mas morir peleando, que como animal morir ahogado en humo, por una ventana ácia la puerta del fuerte se arrojó sin que los indios le enojasen, que no le debieron de ver atentos a otras cosas, que allí lo mataran, mas cuando acertaron a verle ya le abrían la puerta. Don Juan Enriquez estaba en este cubo herido, y en la cama, por la cual indisposición de la herida no se pudo levantar, ni hubo quien le socorriese, murió ahogado del humo. Los soldados que trabajaban a atajar el fuego, cortaron un pedazo de un lienzo con tanta presteza, que comenzó a ir en disminución: sobreviniendo la noche se acabó de matar. Los indios, viendo que no les habían hecho mas daño de quemarles la casa, que no fué poco, y mucha parte del bastimento que se les quemó y ahumó, después de haber estado tres días, viendo que no querían salir a pelear, se fueron a sus tierras con intención de volver a ponerles cerco después de haber cojido las simenteras que te-

nian, y no quitarse de sobre ellos hasta verlos todos a las manos. Pedro de Villagra, habiendo visto el rebato pasado, y trance tan a pique de perderse, paresciéndole que no era para él sustentar aquella fuerza, sino para un soldado amigo de ganar reputacion y honra, dejó por capitán a Lorenzo Bernal con comision que todos le obedeciesen, y él, con dos amigos, se metió en un barco y fué a la Concepcion, donde el gobernador estaba, que se desgustó mucho con su venida, pesándole hubiese dejado aquella fuerza, a lo cual daba buen descargo, como hombre que en hábito de soldado no pretendia ganar honra de nuevo.

CAPITULO XL.

De como los indios de toda la provincia se juntaron y vinieron a poner cerco a los cristianos que estaban en el fuerte de Arauco, y de lo que sucedió.

Después de haberse ido Pedro de Villagra a la Concepcion y dejado al capitán Lorenzo Bernal con toda la jente que en el fuerte estaba a su cargo encomendándole la defensa hasta que Francisco de Villagra les diese orden de lo que habian de hacer, no queriendo hallarse a los casos de guerra forzosos que adelante subciesen, los indios cojieron sus simenteras y para el tiempo entre ellos concertado se juntaron todos los que de ántes habian ido a pelear y con los demas comarcanos y de mas léjos, diciéndoles Colocolo, que era su capitán mayor, cuánto ganaban en acabar de echar a los cristianos de Arauco, pues ya no tenian parte alguna otra que les diese pesadumbre sino era aquella, y que juntándose era fácil cosa tomallos por hambre no dándoles lugar que recojiesen bastimentos, pues fácilmente les podian quitar el salir a buscarlos, ni rescebir los que de la Concepcion les enviasen por la mar. Juntáronse para tratar lo que harian muchos principales, y entre ellos Millalelmo, indio de guerra, belicoso: este dijo que les convenia ir con brevedad a poner el cerco y no dar lugar que se reparasen de cosa alguna, el cual parecer tomaron y juntos número de treinta mill indios, no siendo mas de ciento y quince los cristianos que en el fuerte estaban. Los cuales avisados de lo que podia subceder, el capitán Lorenzo Bernal se proveyó y pertrechó de todo lo que para buena defensa convenia; y una mañana a las diez del dia vido venir y asomar los escuadrones que sobre ellos venian. Peteguelen, cacique y señor principal del valle de Arauco, sabiendo que los indios de guerra le habian de tener por enemigo, porque siempre les fué sospechoso, con sus mujeres e hijos y algunos amigos se metió en el fuerte. El capitán los rescibió amigablemente y dió un cuartel en donde estuviesen como a hombres que siempre habian sido amigos de cristianos. Los escuadrones se venian acercando y delante dellos cantidad de quinientos indios por una loma, adelante de los demas harta distancia. A estos indios salió el capitán Lorenzo Bernal con treinta soldados a caballo: como le vieron venir se hicieron fuertes en unas matas de monte por temor de los arcabuces: paresciéndole que los podia desbaratar y casti-

gallos como a jente tan desenvuelta, envió al fuerte por veinte arcabuceros otros ; fuéle respondido que le convenia retirarse ántes que le cerrasen el camino, porque muchos escuadrones venian caminando apriesa, y algunos iban a dar socorro a aquel con quien queria pelear ; que no quisiese por una pequeña suerte y codicia aventurar e perder el todo. Entendido esto, se retiró escaramuzando con otros muchos indios que como a cosa ganada teniéndolos en poco se venian a ellos, hasta que llegó al fuerte. Los enemigos temiendo el artillería no se osaron llegar al descubierta donde les alcanzasen, tomaron por reparo una loma que los cubria ; detras de ella se pusieron en frente del fuerte.

Los cristianos, viéndose cercados y tantos enemigos sobre ellos, y que no eran parte para salir fuera, comenzó el capitán Lorenzo Bernal a tasar la comida, y dar raciones en jeneral de trigo y maiz que en el fuerte habia, teniendo gran guardia en el bastimento, y mandó limpiar un pozo que dentro en el patio del fuerte tenia hecho, temiéndose de cerco, y porque tenia el pozo poca agua para tanta jente y bestias, para mejor poderse sustentar ordenó que, cargada el artillería y los arcabuceros en órden para dalles socorro, con las vasijas que tenian saliesen por agua, y la tomasen de una hoya que estaba junto a la trinchea de los indios, porque luego aquella noche que llegaron sacaron trincheas grandes con vueltas torneadas, y tan hondas, que detras dellas podian estar bien seguros de artillería, ni de otro ningun asalto que no fuese mui a su ventaja ; juntamente con esto se velaban con gran cuidado y mudaban los cuartos al sonido de un gran cuerno que para el efeto tocaban, y puestos en órden cincuenta soldados con sus armas para defender a los que habian de tomar el agua, salió el capitán del fuerte caminando ; los centinelas dieron arma en el campo, los indios toman las armas, y estan quedos esperando ver si iban a pelear o qué camino llevaban. Entendiendo a lo que iban salen a defendelles el agua, los unos con muchas flechas que parecia llovian sobre ellos ; los cristianos a arcabuzazos pelearon hasta haber tomado agua, y al volver con ella, era cosa de ver la flechería que les iban tirando, hiriendo muchos, que como iban a espaldas vueltas los herian en las piernas, y al levantar de los piés hirieron a algunos en las plantas y en otras partes. Esto era de ordinario, hasta que viendo que de las veces que salian fuera le herian muchos soldados, y por otra parte los indios se ensuciaban en el agua y echaban en ella cosas muertas porque no la bebiesen, con todo aprovechaba poco que todavía la bebian saliendo a su riesgo por ella ; entendiendo los indios que dentro del fuerte no la debian tener, pues bebian aquella tan mala, con herramientas y palos tostados sacaron un foso desde una quebrada, rompiendo un pedazo de loma que estaba en medio. Con esta diligencia desangraron por allí el charco, de tal manera que no dejaron en él agua ninguna. El capitán Lorenzo Bernal daba y repartia el agua con órden a todos los que en el fuerte estaban : los caballos era lástima de ver, que como no comian se enflaquecieron mucho, sustentándose de alguna paja, dándoles con ella juntamente a beber de dos a dos dias ; mas como luego reconoció

el cerco iba a lo largo, quitó el agua a los caballos, de que se comenzaron a morir muchos; mandábalos desollar, y aprovechándose de alguna carne lo demas se enterraba, y con los cueros daba el capitan órden reparasen las paredes de los cubos, porque no se cayesen a causa de las aguas que entraban del invierno. Era tanta la hambre que los caballos tenian, que muchas veces, y casi de ordinario, los indios tiraban flechas a lo alto, para que al caer dentro en el fuerte hiciesen algun daño, si algunas acertaban a caer entre los caballos, o encima dellos, arremetian con gran ímpetu tomando la flecha con los dientes, y como si fuera manojo de yerba se la comian.

Vinieron los indios a poner este cerco en veinte dias de mayo del año de mill y quinientos y sesenta y dos años; estuvieron sobre el fuerte cuarenta dias de mal tiempo por muchas aguas grandes que hacian, y para sustentarse en el campo y repararse del frio, hicieron muchas casas pequeñas a manera de chozas; yendo el invierno a lo largo tempestuoso, comenzaron a enfermar de cámaras, viéndose así dudosos en lo que harian indeterminables. Francisco de Villagra en la Concepcion, por nuevas de indios bien sabia que estaban cercados, mas no tenia cosa cierta de la manera que habia sido, o si duraba el cerco.

En este tiempo llegó allí un navio a la Concepcion, que venia de la Valdivia, con alguna jente y caballos. El maestre era un hidalgo, natural de Jerez de la Frontera, llamado Bernardo de Huete, hombre rico: este por complacer a Villagra, y que le dejase ir su viaje, que lo detenia hasta saber de la manera que estaban las cosas de Arauco, se le ofreció que iria en un barco y tomaria lengua cierta de todo. Villagra se lo agradesció, y luego con dos hombres pláticos de la mar, y algunos negros que remasen, se embarcó, y por mucho tiempo de norte se fué a la isla de Santa María, que está de Arauco dos leguas, y los indios della de paz, para esperar abonanzase el norte y hacer su viaje al rio de Arauco. Bernardo de Huete salió en tierra en tanto que les hacia tiempo; los indios lo sirvieron mui bien en todo lo que les mandaron, y dieron mucho refresco para descuidallos, y otro dia al amanecer vinieron por dos partes con sus armas, cercando la casa los mataron a todos tres. Los negros que estaban a la guarda del barco, como oyeron la grita se pusieron con el barco junto a tierra hasta ver si alguno dellos escapaba, y como vieron que debian ser muertos se hicieron a lo largo, porque los indios desde la playa los llamaban en nombre de su amo, entendiendo que era mentira se hicieron a la vela, y fueron a la Concepcion dando tan triste nueva. Los indios les cortaron las cabezas y las enviaron a los de guerra que estaban en el cerco del fuerte, presentadas, los cuales se holgaron en gran manera, y las alzaron aquella noche de unos palos junto a la puerta, y ansímismo les pusieron un cesto de uvas, diciéndoles que ya no habia cristianos en la Concepcion, que todos eran muertos, y que ellos no tenian remedio ninguno para escapar las vidas, sino era rendirse entregándoles la fuerza. El capitan Lorenzo Bernal estuvo dudoso, aunque no les dió crédito, diciéndoles que si el

gobernador era muerto a él se le daba poco, que él era gobernador y con él habian de pelear. Los indios le dijeron: no entendais que por mucho que llueva nos hemos de ir de aquí hasta que os tengamos a todos en nuestro poder, y para mejor hemos de hacer aquí un pueblo; ya sabemos que se os mueren los caballos, y que no teneis que comer y no os podeis sustentar veinte dias; y era cierto todo lo que le decian, la misma verdad como si lo vieran. A estas razones que dijo Pelquinaval, le respondió el capitán Lorenzo Bernal que si quería bastimento se lo daría porque no se fuese: que se holgaba, y en gran manera rescibia mucho contento vello estar al agua y frio, y que los cristianos y su servicio estaban en buena casa, detras de paredes, al seguro, donde no sentian frio ninguno; y que no entendiesen se habian de ir, aunque ellos se fuesen, porque habia de hacer en aquel asiento un pueblo aquel verano. Y acaeciò a esta plática que poniéndose un soldado llamado Juan Nieto a palabras con un indio que debia de ser plático en lengua española y le conocia, siendo el Juan Nieto hombre gordo y basto, no de buen entendimiento, a cierta razon que dijo al indio, le respondió: «¿Y tú, bellacazo, hablas? No tienes vergüenza:» esto en lengua castellana. Pasados veinte dias que estaban cercados, se levantó una plática entre los soldados, diciendo no era bien tener aquellos indios, aunque eran amigos, dentro del fuerte, sino se echasen fuera, pues todos eran unos, se fuesen donde quisiesen; porque tenian dellos sospecha traian plática con los de guerra, dándoles aviso de toda cosa en jeneral, e fué tanta la fuerza que pusieron sus palabras, que el capitán, aunque vió era grande inhumanidad, les mandó se fuesen a donde quisiesen y que no estuviesen allí. Los indios le decian que siempre le habian sido amigos y servido bien, a cuya causa habian pasado muchos trabajos, por qué les querian dar tan mal pago en recompensa, y que si aquello pensaba hacer no los rescibiera al principio, que ellos se fueran a donde pudieran remediar vidas y haciendas, pues era cierto que aquellos indios los habian de matar, o por lo ménos roballes, quitándoles lo que llevaban; no aprovechó cosa alguna, porque el capitán Lorenzo Bernal estaba inclinado a echarlos del fuerte, y así mandó abrir las puertas para que se fuesen. Salieron todos juntos número de treinta principales indios valientes, que habian servido a cristianos mui bien. Los indios de guerra que los vieron salir cargados de sus mujeres e hijos, se vinieron a ellos, entendiendo que los cristianos los echaban de su compañía, y con gran crueldad los desbalijaron, sin dejalles cosa alguna encima, y así los llevaron a su campo, de los cuales supieron de la manera que estaban, y aunque entendieron estaban faltos de muchas cosas, y que no se podian sustentar mucho tiempo, era tan bravo el invierno, aguaceros y tempestades, que determinaron levantar el cerco, dejándolo para la entrada del verano: con este acuerdo y determinacion se fueron una noche a treinta de junio del año de sesenta y dos. Desde a dos dias, como no via el capitán indio alguno ni sonido de cuerno, salió de la casa a reconocer el campo, halló que habian levantado el cerco, y en algunas casas

de las que habian hecho, indios enfermos, que por su enfermedad no se habian podido llevar. Destos supieron se habian retirado e ido a sus casas todos los principales indios, dejando aquella guerra para el verano adelante: holgáronse en gran manera, echaron al campo los caballos que tenian, que pasaban de ciento y treinta, los cuales estaban de la hambre tan perdidos que no podian andar, y los cristianos quedaron tan animados para la guerra de adelante, sabiendo que forcible o voluntaria no les habia de faltar. En este cerco sirvió a su majestad mucho el mui reverendo padre frai Antonio Rondon, natural de Jerez de la Frontera, provincial de la órden de Nuestra Señora de las Mercedes, que ordinariamente les decia misa, confesaba y comulgaba, haciéndoles de ordinario oraciones, persuadiéndoles el servicio de Dios nuestro Señor y la honra de todos ellos, que cierto por su mucho trabajo y solicitud mereció mucho, no solamente como relijioso, mas aun como soldado tomaba las armas todas las veces que se ofrecia para animar a los demas.

CAPITULO XLI.

De como Francisco de Villagra envió a castigar la muerte de Bernardo de Huete, y de como queriendo Martin de Peñalosa y Francisco Talaverano salir del reino fueron muertos por justicia.

El barco que Bernardo de Huete llevó a la isla de Santa María, con los negros que lo remaban llegó a la Concepcion y dió nueva de cómo habian escapado, y de la manera que habia sido muerto Bernardo de Huete y los que con él habian ido. Francisco de Villagra rescibió mucho enojo por ver que todo le hacia mal, y para el castigo dello mandó a Pedro de Villagra, su jeneral, fuese aquella jornada y castigase los culpados. Quisiera que el capitán Reinoso fuera a este efeto, y así lo trató con él, le haria mucho placer y daba contento en ir aquel castigo. Reinoso le dijo que aquella jornada era de su jeneral, y no suya, porque en aquel tiempo en lo secreto no se llevaba bien con Villagra por algunas quejas que dél tenia. Apercebido Pedro de Villagra con cuarenta soldados, se embarcó en un navio que estaba en el puerto de la Concepcion: hecho a la vela, llegó a la isla de Sancta María, otro dia fondó frente del puerto, que es una caleta pequeña. Los indios estaban reparados de un bastion que habian hecho de piedras y arena, en frente de donde habian de desembarcar, para desde allí hacer sus tiros al seguro, y desembarcando dar en los cristianos sin que el artillería les hiciese mal: con esta órden esperaron ver lo que hacian. Pedro de Villagra mandó [que] todos tomasen las armas y estuviesen a pique, para que sosegando la mar, que andaba alterada, desembarcasen todos juntos en tres barcos grandes que para el efeto llevaba, de manera que pudiese conseguir buen efeto. Viendo tiempo oportuno y la mar sosegada, ántes que la noche viniese mandó meter caballos en los barcos, cada uno conforme al largo que tenia, y meter tres piezas de artillería que

tiraban la pelota como un huevo, y trece soldados en cada un barco; e hecho esto, fueron remando la vuelta de tierra. Los indios los estaban esperando sin moverse de su fuerte: la mar reventaba en tierra, a cuyo respeto no sosegaban los barcos, ni podian hacer puntería para disparar el artillería en el bastion de indios que en él estaban. Puesta la proa en tierra, les era necesario salir o volverse a lo largo, porque los indios les tiraban grande número de flechas y herian algunos. Los cristianos traian los caballos ensillados para salir en ellos: Pedro de Villagra les daba mucha priesa que saltasen al agua los que tenian caballos, que saliesen en ellos, y los que nó que se echasen al agua; obedescieron todos, y entre ellos principalmente un hidalgo llamado Juan de Villalobos, de Extremadura, hombre principal y valiente, confiado en un buen caballo que tenia, dándole de las espuelas saltó con él a la mar: bien armado como iba, rompió con los indios que estaban a la lengua del agua, los cuales como era solo, sin repartirse en los demas el ímpetu de los bárbaros por ser el primero, le dieron muchos golpes de macanas y porras que lo derribaron del caballo en la reventazon de la mar; y como de los golpes que le dieron alcanzaron algunos de ellos al caballo, revolvió todo a un tiempo sobre un lado voleándolo: como estaba aturrido, y el agua era mucha, sin poder ser socorrido fué ahogado. Los demas salieron en sus caballos con trabajo, y los de a pié mojados el agua a los pechos, como hombres desesperados se fueron a los indios y comenzaron a pelear con ellos. En esto el artillería, que en los barcos estaban hechos un poco a lo largo, comenzaron a disparar algunos tiros que hicieron mucho efeto. Los de a caballo, con favor de los de a pié, entraron por ellos y comenzáronlos a hlear y a lancear; viendo que los mataban y que no tenian reparo donde se hacer fuertes, a causa de ser la isla llana y sin montes ni arboledas, se rindieron muchos sabiendo habian de usar con ellos de clemencia. Pedro de Villagra castigó a los rendidos, y mandó que a caballo anduviesen la isla y matasen todos los indios que pudiesen haber; y por respeto del castigo grande que se hizo no se han alzado mas, ni se cree alzarán en tiempo alguno. Mandó así mismo que todos los que quisiesen llevar muchacos o indias los llevasen, para mas castigo de aquellos bárbaros, pues estando de paz y sobre seguro, mataron a quien culpa alguna no les tenia. Hecho este castigo, Pedro de Villagra, con mucha prudencia, envió un barco a la casa fuerte de Arauco que diese aviso al capitan Lorenzo Bernal de lo sucedido en la isla de Santa María. En este barco Lorenzo Bernal envió al capitan Hernan Perez, natural de Sevilla, con una carta a Francisco de Villagra, que estaba en la Concepcion, dándole aviso y razon del estado en que estaban las cosas en jeneral, y a Hernan Perez le encomendó le informase de todo.

Pedro de Villagra se embarcó con toda la jente y fué a la Concepcion: y el cuerpo muerto de Villalobos, porque tenia muchos deudos en la Concepcion, lo mandó meter en una caja y llevarlo para que lo enterrasen en aquella ciudad. Llegó a la Concepcion dia de Corpus-Cristi: Vi-

llagra andaba en la procesion cuando le dijeron que era venido, y aunque informado de lo bien que habia castigado la isla, se enojó y no le quiso ver de presente, porque de secreto le habia mandado y rogado que, despues de hecho aquel castigo, desembarcase en la playa de Arauco, teniendo nueva que el cerco estaba levantado, y con toda la jente se fue al fuerte y juntase al capitan Lorenzo Bernal consigo, diciendo no querer desamparar aquella fuerza, aunque lo demas hubiese perdido, y desde allí reparar todo lo que habia de guerra, y entre hombres que lo entendian trataban era imposible hacello. Mas como muchas veces vemos a los que mandan y tienen el supremo [mando] asentándose en una cosa con grande libertad, segun su parecer, sin querer tomarlo de los que lo entienden mejor, que les parece pierden de reputacion no salir adelante con ello; mas Pedro de Villagra, como hombre que entendia la guerra y tenia della mucha plática, no lo quiso hacer, sabiendo por expiencia que no convenia al bien del reino lo que el gobernador le mandaba: qué mas quieren los indios, decia Pedro de Villagra, que ver encerrados en un fuerte ciento y cincuenta soldados tan buenos y muchos caballos sin poder salir de allí a hacerles daño, y en el entretanto con esta seguridad ir sobre las ciudades comarcanas hallándolas desproveidas de guarnicion, entrar por fuerza de armas sin haber quien se lo estorbese; por cuya causa, como capitan prudente, dejó de hacer lo que su gobernador le habia mandado.

En este tiempo y dias Martin de Peñalosa, soldado antiguo en Chille y hijodalgo, que habia ayudado a ganar y descubrir todo el reino con Pedro de Valdivia, viéndose pobre y que no tenia posible para poder sustentarse conforme a su merescer y trabajos, trató de secreto con algunos amigos irse del reino a una noticia que tenia de tierra rica y próspera de oro y jente. Comunicado con Francisco de Talaverano, que era mucho su amigo, comenzaron hacer jente de callada, y para un dia señalado que se juntasen entre Valdivia y Osorno, dos ciudades que estan cerca una de otra. Para el efeto salió Martin de Peñalosa de la ciudad Imperial, donde tenia su casa, con cuatro amigos que estaban en el número de ir con él; y como se tenia cuenta con su persona y sospecha en lo que andaba, la justicia de aquella ciudad, hallándolo ménos, salió tras dél con doce hombres, aunque no lo pudo alcanzar, y dió aviso a las demas ciudades. Salió de Osorno el capitan Juan de Larreynaga, y de la Ciudad Rica Pedro de Aranda, de la ciudad de Valdivia Juan de Matienzo, en su busca todos juntos con jente armada; y no teniendo rastro ni plática donde estaba, se volvieron a sus pueblos. Aunque ya habia cuando salieron a buscarlo tres dias que estaba en la parte donde se habian de juntar, esperando la jente qué habia dicho acudirian allí, y acaesció que le faltaron todos, y no vino ninguno; como de ordinario se ve en esta tierra de las Indias, meter a hombres principales en pelazas y pasiones, y despues que los ven metidos en ellas los dejan solos, siendo, a lo que despues se supo, muchos. Viendo que no le acudia nadie y le habian dejado solo, dijo a los que con él estaban se fuese cada uno a

donde quisiese, que él sabia lo habian de venir a buscar, pues no tenían culpa no se quisiesen perder. Hiciéronlo así, que se quedó con tres amigos que en amistad tenia prendados, y otros cuatro que se le habian juntado, se fueron donde les pareció. El capitán Juan de Matienzo, natural de las montañas de Burgos, tenia a su cargo la ciudad de Valdivia por Francisco de Villagra, viendo que no parecia ni se tenia rastro alguno, pidió por merced a los demás capitanes que todos se volviesen a sus ciudades, que pues andaba Martín de Peñalosa solo, bastaba un alguacil con cinco o seis hombres que lo buscasen, y que a él tocaba proveerlo, pues estaba en su jurisdiccion; y siendo buscado por esta órden, lo hallaron en casa de un indio, que se habia apeado a comer y dar de comer a su caballo. De sobresalto Hernando de Alvarado, Martín de Herrera Albornoz, con otros cuatro, lo prendieron allí, y a Francisco de Talaverano con él. Llevólos luego a la ciudad de Valdivia: la justicia los metió en un navio a entrambos, y les dió tormento; confesaron estaban conjurados mucha jente principal para irse del reino. Por su propia confesion, sin mas informacion otra, les mandó cortar las cabezas y ponellas en la horca, diciendo eran amotinadores; la demás informacion envió a Francisco de Villagra, el cual, como hombre discreto, viendo que entraban en ello algunos hombres de lustre, mandó no se tratase mas, ni se entendiese en ello, por no darles ocasion alguna de envoltura. Desta manera se deshizo un nudo, que cierto si pasara adelante fuera mui dañoso para Chile.

CAPITULO XLII.

De la muerte de Francisco de Villagra y de la manera que murió.

Gobernando el reino de Chile Francisco de Villagra con tantas mo-
hindades, viéndose tan enfermo que no podia andar por los grandes do-
lores que tenia de ordinario en los piés, quiso ponerse en cura, porque le
fatigaban mucho, contra el parecer de los amigos que tenia, a morir o
vivir lo que Dios fuese servido hacer dél, encomendándose a un médico
que tenia plática de dar unciones con azogue preparado con otras mu-
chas cosas, se puso en sus manos. El médico, llamado bachiller Bazan,
lo tomó a su cargo, aderezándole un aposento que estuviese abrigado por
ser en mitad del invierno, lo comenzó a curar, estando siempre este mé-
dico con él. Como las unciones le provocasen sed, estando el médico un
dia ausente, pidió a un criado suyo le diese una redoma de agua; no se
la queriendo dar, porque la órden que tenia era así, no dándosela su
criado se la dió un pariente suyo, casado con una hermana de su mujer,
llamado Mazo de Alderete, de la cual agua bebió todo lo que quiso.
Acabado de beber se sintió mortal, y mandó llamar al médico que le cu-
raba: luego que vino, tomándole el pulso le dijo ordenase su ánima, por-
que el agua que habia bebido le quitaba la vida: hizolo así, que se confesó
y rescibió los sacramentos de la iglesia. Apretándole la enfermedad,

desde a poco hizo testamento, y nombró por gobernador hasta que el Rei proveyese, a Pedro de Villagra, su jeneral, por virtud de una provision que tenia del audiencia de los Reyes, en que por ella le concedia pudiese nombrar persona que estuviese en el gobierno como él propio. Este testamento se metió en la caja del Rei, y que allí se guardase, haciendo cargo a los oficiales hasta el fin de su vida. Muerto Villagra, abrieron la caja para ver a quien dejaba nombrado, que no lo habia querido decir, hallaron que a Pedro de Villagra dejaba en su lugar. Luego lo recibieron en el cabildo, y dió orden como se enterrase en un monasterio de frailes de la órden de Sant Francisco, en cuyo hábito murió, llevándole delante honradamente su estandarte y guion.

Era Francisco de Villagra cuando murió de edad de cincuenta y seis años, natural de Astorga, hijo de un comendador de la órden de Sant Juan, llamado Sarria: su padre no fué casado: su madre era una hijadalgo principal del apellido de Villagra. Gobernó en nombre del Rei don Felipe dos años y medio con poca ventura, porque todo se le hacia mal: era de mediana estatura, el rostro redondo con mucha gravedad y autoridad, las barbas entre rubias, el color del rostro sanguino, amigo de andar bien vestido y de comer y beber: enemigo de pobres: fué bien quisto ántes que fuese gobernador, y mal quisto despues que lo fué. Quejábanse dél que hacia mas por sus enemigos a causa de atraellos a sí, que por sus amigos, por cuyo respeto decian era mejor para enemigo que para amigo. Fué vicioso de mujeres y mohino en las cosas de guerra miéntras que vivió, solo en la buena muerte que tuvo fué venturoso: era amigo de lo poco que tenia guardallo; mas se holgaba de rescebir que de dar. Murió en la ciudad de la Concepcion en quince días del mes de julio de mill y quinientos y sesenta y tres años (1).

CAPITULO XLIII.

De las cosas que hizo Pedro de Villagra despues que fué rescebido al gobierno.

Siendo Pedro de Villagra rescebido por gobernador, conforme al nombramiento que en él hizo Francisco de Villagra, por virtud de la provision que del audiencia de los Reyes tenia, envió a la ciudad de Santiago testimonio de su rescebimiento para que rescibiesen por su poder y en su nombre al licenciado Juan de Herrera, natural de Sevilla, que por Francisco de Villagra administraba justicia en aquella ciudad, y paresciéndole, como hombre que a su cargo tenia el gobierno, que estar tanta jente junta y tan buenos soldados en el fuerte de Arauco, sin hacer efeto alguno mas de estarse allí metidos, no siendo parte para mas de solo guardar aquella fuerza, y que teniéndolos consigo con los demas que tenia, hecho de todo un cuerpo, era gran fuerza y podia

(1) Pone equivocadamente 1562.

reparar con ellos la ciudad de Angol y Concepcion, y con la demas jente que al verano juntaria podria campear buena traza y órden de guerra, si les saliera así. Con este proveimiento envió al capitán Hernan Perez, hombre de buena reputacion y crédito, en una fragata y dos barcos, para que sacase el artillería, municiones y cosas pesadas que por tierra no se pudiesen llevar, e indios que tenian de su servicio, mujeres y muchachos. Con esto proveyó de vino, aceite, conservas y otros regalos para enfermos y heridos. Despues de haberlo tratado y comunicado con hombres antiguos que lo entendian, resumido en que era acertado así, escribió al capitán Lorenzo Bernal, diciendo no le podia dar ningun socorro, y que dello le hacia cierto, para que despues no se quejase ni dijese no haber sido advertido: que le parecia se debia de ir con toda la jente y caballos a la ciudad de Angol, y que los que no estuviesen para ir aquella jornada los enviase por la mar.

Llegado el capitán Hernan Perez, y dadas las cartas, puesta plática por el capitán Lorenzo Bernal en público de lo que les parecia hacer, muchos soldados dijeron que no debian desamparar aquella fuerza, acordándose que habian pasado mucho trabajo en sustentarla; mas entendiendo que no se les podia dar socorro, y que el gobernador que los habia de socorrer los desengañaba, se conformaron en que se fuesen a Angol, que aunque Lorenzo Bernal tenia el súpremo mando, era tan comedido con los soldados que en su compañía estaban, que ninguna cosa queria hacer sin su parecer y consejo, diciendo que mas aventuraba él que ellos, y que tal soldado podia ser diese tan buen parecer que le hiciese ventaja, y que lo que aquel tal dijese fuese lo mejor, que es esta gran prudencia de un capitán. Determinados ir, se mandó meter el artillería en la fragata y algunos soldados enfermos, con las demas cosas que daban pesadumbre llevallas por tierra. Partido el capitán Hernan Perez en la fragata y barcos a la Concepcion aquella noche, siendo primero bien informado del camino, a la segunda vela mandó que todos se pusiesen a caballo, y con grandísimo frio desamparó el fuerte. Los indios estaban siempre tan sobre aviso que luego lo entendieron, como los tenian dentro en sus tierras y a las puertas de sus casas, acudieron luego al fuerte, y como hallaron las puertas abiertas y ninguna persona dentro que lo defendiese, le ponen fuego: el capitán Lorenzo Bernal estaba a dos leguas de allí cuando vido la llama tan grande que salia de la casa. Yendo su camino le amaneció en lo alto de la cordillera; y como habia llovido mucho, y era en mitad del invierno, por dondequiera que iba hallaba los esteros y rios grandes con mucha agua, y al pasar de uno, aunque no mui dificultoso, se le ahogó un soldado llamado Ronquillo, valiente y buen arcabucero. Con este trabajo iba caminando ácia Angol; y llegado a un rio grande, que se llama Tavolevo, no lo pudo pasar a vado, que en aquel tiempo no lo tenia, fuéle necesario hacer balsas para ello. Los indios le venian siguiendo junto a sí muchos, y quisieron llegar a pelear, mas no se atrevieron por el mucho miedo que les habian tomado cuando estaban en el fuer-

te; con todo, llegaron cerca a reconocellos, y como vieron y conocieron a los caciques principales de Arauco que con ellos iban, se volvieron sin osarle acometer. Los cristianos pasaron este rio con mucho trabajo, y otro dia llegaron a la ciudad de Angol, donde fueron bien rescebidos. Descansando poco el capitan Lorenzo Bernal, se partió a la ciudad de la Concepcion con cincuenta soldados de los que habian estado con él en el cerco de Arauco. Pedro de Villagra los salió a rescebir mui honrosamente con toda la jente de caballo que en la ciudad habia, y una mui graciosa escaramuza de los yanaconas e indios de paz que allí con él estaban.

CAPITULO XLIV.

De como el gobernador Pedro de Villagra envió al capitan Lorenzo Bernal en el galeon del Rei a hacer jente a la ciudad de Valdivia en compañía del capitan Gabriel de Villagra, y de lo que hicieron.

Despoblada la fuerza de Arauco, Pedro de Villagra, para hacer la guerra contra todos los indios rebelados, el verano siguiente quiso juntar jente de todo el reino, y para el efeto envió al capitan Lorenzo Bernal con un galeon que estaba surto en el puerto de la misma ciudad, que el gobernador Francisco de Villagra habia comprado para el Rei, y por no molestar los tratantes tomándoles sus navios de mercancías para el proveimiento del reino, en cosas nescerias que de ordinario la guerra trae consigo. En este navio, como dicho tengo, despachó a Lorenzo Bernal con su poder para que como su persona y en su nombre se rescibiese en aquella ciudad y despues de rescebido quedase el licenciado de las Peñas, natural de Salamanca, por su tiniente de gobernador, y envió una provision al capitan Gabriel de Villagra de su tiniente jeneral en todo el reino y comision que pudiese hacer jente; y para buen aviamiento della, gastar los pesos de oro que le paresciesen necesarios de la hacienda real. Lorenzo Bernal, llegado a Valdivia, presentó en el cabildo los testimonios que llevaba, fué luego rescebido Pedro de Villagra por gobernador, y envió la comision que llevaba a Gabriel de Villagra, el cual en compañía de Lorenzo Bernal comenzó a hacer jente en las ciudades comarcanas a la de Valdivia, que son: Osorno, ciudad Imperial y ciudad Rica; y porque muchos de los soldados y vecinos que habian de ir aquella jornada estaban pobres, fué nescerario ayudalles con algun socorro de ropa para su aviamiento; porque Pedro de Villagra con cient soldados que de la casa de Arauco habian salido y con los que de Valdivia le traerian, con la demas jente que se hallaba, entendia hacer la guerra y conquista. Lorenzo Bernal y Gabriel de Villagra sacaron de aquellas ciudades setenta soldados bien aderezados, gastando al Rei de su hacienda diez mill pesos, que son catorce mill ducados y mas. Con esta jente se partieron la vuelta de Angol, que era la órden que tenian de Pedro de Villagra, para que

desde allí, se proveyese en las cosas de guerra, habiendo primero despachado el galeon del Rei con mucho bastimento y armas para los que en la ciudad de la Concepcion estaban sin ellas. Caminando por tierra de la Imperial llegaron breve a Angol, dejando allí la mayor parte de la jente que traian: con treinta soldados se fueron a ver con el gobernador, y porque los que en su compañía iban no llevaban ropas de vestir, que la habian dejado por ir a la lijera, temiéndose tener recuento con indios de guerra. Informado el gobernador, mandó al capitan Juan Perez de Zurita, natural de Córdoba, fuese [a] Angol y trajese de vuelta los soldados que por una memoria le dió, a causa que algunos amigos de Villagra le pusieron mal con Lorenzo Bernal: tanto puede la envidia en caso semejante contra hombres de valor, que Pedro de Villagra mostró no estar bien con él. Entendido, Lorenzo Bernal le pidió licencia para irse a su casa, y al capitan Gabriel de Villagra mandó fuese a la ciudad Imperial y desde allí tuviese cuenta con el gobierno de aquellos pueblos.

En este tiempo y dias habia Pedro de Villagra mandado al capitan Francisco Vaca que con cuarenta soldados saliese de la Concepcion y se pusiese en el rio de Itata, corriendo aquella comarca, haciendo la guerra de la manera que a él le pareciese hasta traer aquellos indios de paz. Está este rio de la ciudad de la Concepcion ochos leguas: llegado que fué el capitan Vaca, hizo asiento en un llano que le pareció a propósito para caballos y donde podia estar al seguro. Desde allí destruia las simenteras de los indios, llamándolos de paz; mas estaban tan soberbios viendo que todo se les hacia bien, que no pararon en el daño que rescebian, ántes trataron de pelear, y para el efeto se juntaron número de tres mill indios; tomando la mano Loble, indio belicoso y valiente, les dijo: "que les estaba bien pelear con los cristianos en aquel lugar donde estaban, ántes que rescibiesen mas daño, y que aunque tenian el sitio tan dañoso para ellos, en la muchedumbre se suplía la ventaja que los cristianos les tenian;" y ansí juntos fueron caminando a ponerse cerca de los cristianos. El capitan Vaca, como soldado viejo y de tanta plática de guerra, era informado de todo, y dió dello nuevas al gobernador Pedro de Villagra de como los indios querian pelear con él, y el número que eran y la jente quél tenia poca, que le enviase socorro. No se lo envió, porque esperaba al capitan Juan Perez de Zurita, que era ido a Angol por cuarenta soldados de los que Lorenzo Bernal habia traído: por este respeto no le envió socorro. Los soldados decian, que pues no tenia jente para dar batalla, que se retirase a la Concepcion, y que despues saldria con mayor fuerza y podria hacer buen efeto. Estas palabras no le daban gusto, porque decia con los que le eran amigos, que si desamparaba el campo era dar a los indios grande ánimo y avilantez para lo de adelante, y que él perdía mucho de reputacion: que mas queria estar a lo que fortuna determinase probándola en aquella campaña, que a su parecer era a propósito para pelear y ser bien manejados los caballos, y que no veia los indios quisiesen aventu-

rarse a pelear con jente de a caballo en aquel llano. Con este acuerdo estuvo en su campo poniendo mucha guarda en las velas y rondas, todos armados esperando lo que harian. Loble, con órden de guerra sus escuadrones juntos al amanecer, dió en el campo: los cristianos tocan arma, que ya por el aviso que tenian estaban en órden. El capitán Francisco Vaca, ordenada su jente, rompió con el escuadron que mas cerca estaba con grande ánimo, y pasó por ellos hasta el cabo; alanceando y atropellando muchos indios, anduvieron peleando un rato. Los indios derribaron un soldado llamado Giraldo, vecino de la Concepcion, de lanzadas que le dieron fué muerto en presencia de los demas que no pudieron darle socorro. El capitán Vaca, aunque peleaba bien y acudíllaba su jente con buen ánimo, no los pudo romper de manera que quedase señor del campo. Los indios como eran muchos lo tomaron en medio y a lanzadas le mataron tres soldados: viendo que se perdía, ántes que queriendo no pudiese, se retiró con los que le quedaban, dejando a los enemigos el bagaje y todo lo que tenian, que le fuera mejor haberse retirado ántes, como se lo decian, que no ponerse tan imprudentemente en caso tan dudoso; y porque entendió el camino de la Concepcion estaria tomado por ser montañas y pasar estrechos, se fué camino de la ciudad de Santiago, que estaba sesenta leguas de allí, llegó con los soldados que le quedaron, rotos, maltratados y heridos.

CAPITULO XLV.

De como llegó el capitán Juan Perez de Zurita a la ciudad de Angol, y viniendo a la Concepcion con cuarenta soldados, fué desbaratado por Millalelmo, valiente indio y plático de guerra.

Llegado el capitán Zurita a la ciudad de Angol con la órden que Pedro de Villagra le habia dado para traer la jente, los apercebió que estuviesen prestos ántes que los indios tuviesen aviso de su partida. Habia estado en aquella ciudad por capitán de ella don Miguel de Velasco, y por haber dejado el cargo desgustoso del proveimiento que Francisco de Villagra hizo nombrando por su teniente jeneral a Pedro de Villagra, tuvo necesidad proveer de nuevo capitán, como cosa tan importante, y así proveyó a un hidalgo, natural de Pamplona, llamado Diego de Carranza. Este, muerto Villagra, dejó el cargo de capitán para irse a España, y así quedó la ciudad de Angol sin capitán que la tuviese a su cargo, porque Gabriel de Villagra se habia vuelto a su casa a la ciudad Imperial, y el capitán Lorenzo Bernal, aunque estaba en Angol, no tenia cargo ninguno mas que un particular vecino. Los alcaldes ordinarios proveian en lo público lo que se les ofrecia como justicia ordinaria. En este tiempo llegó el capitán Zurita, y estando de partida para volverse, le dijo Lorenzo Bernal: “señor capitán, por el camino que vm. ha venido no debe volver, pues hai otros caminos muchos, tome el mas seguro, porque creo a lo que soi informado que los

indios le esperan a la vuelta." Juan Perez de Zurita, como hombre de grande ánimo y que no se habia visto en recuento ninguno con aquellos indios, despreció lo que le fué dicho, y respondió que por el mismo camino habia de volver y entrar en la Concepcion con todo el fardaje que llevaba: que era flaqueza con tan valientes soldados buscar nuevos y no usados caminos. Con este presupuesto y determinacion salió de Angol camino de la Concepcion con cuarenta soldados, bien aderezados, con mucho cuidado en la vanguardia y retaguardia, repartidos con órden para caminar y pelear si caso le ofresciese no poder hacer ménos.

Los indios con su capitan Millalelmo teniendo nueva de su venida por los humos que los comarcanos hacian, lo esperó dos leguas de la Concepcion a un paso de un rio llamado Andalien, con una ciénega que juntamente con el rio los hacia mui fuertes, e no saliéndole bien la batalla que pensaban dar al capitan Zurita, su capitan, que aunque habia otros lugares donde poder pelear con astucia de guerra, quisieron descuidallo esperándole mas cerca de la Concepcion, así llegó donde los indios estaban mui alegres, porque desde el alto del monte habian visto los muchos caballos que traian cargados de fardos y petacas en que llevaban sus ropas. Millalelmo mandó que treinta indios se le mostrasen delante con sus lanzas y arcos, y que arremetiendo los cristianos a ellos se retirasen a los árboles y matas de monte comarcano, a no mas fin de deshacelles la órden que traian y embarazallos, y habló a sus indios diciéndoles: "peleasen valientemente, que los cristianos que allí venian era jente nueva en la guerra, y que demas de no tener plática de pelear, en la parte que estaban les tenian gran ventaja: que era imposible tan poca jente podelles resistir, que no les quitasen la ropa que llevaban por lo ménos, y que si la querian defender entendia tenellos a todos en su poder como a jente vencida." Los que llevaban el avanguardia desque vieron los indios tocaron arma, Zurita mandó juntar el bagaje para pelear, y pasó adelante a reconocer qué jente era. Como vió tan pocos indios mandó romper con ellos: los enemigos como tenian el emboscada cerca tuviéronles poco temor, ántes se llegaron a pelear con ellos, acometiéndolos y retirándose. Millalelmo como vido lo que deseaba, salió de la emboscada con tres mill indios dando terrible grita, que como era valle y estrecho atronaba la comarca, tocando grande número de cornetas y una trompeta que habia ganado a cristianos. El capitan Zurita, recojida su jente, no desmayó, ántes dejando diez soldados que mirasen por el bagaje, rompió con los demas peleando valientemente. Don Pedro de Godoy, natural de Sevilla, quiso mostrarse animando a los demas que hiciesen lo que él hacia, se arrojó entre los indios peleando, socorrióle otro soldado valiente hombre, llamado Rolon: a entrambos derribaron de los caballos y hicieron pedazos, porque estos indios de toda esta provincia en la guerra son cruelísimos; cortáronles las cabezas, y puestas en unas lanzas largas, fueron dando muestra de su victoria, y como eran muchos, con este principio cobraron tanto ánimo que luego mataron a otro soldado llamado Hinestrosa y a otro llamado Villero, y

ansí con ánimo denodado rompieron. El capitán Zurita, que mui bien habia peleado acaudillando su jente, hizo todo lo que en semejante caso se podia hacer, vueltas las espaldas le dejaron a Millalelmo y a su jente todo el bagaje, que era de mucho precio, que en socorro habian rescebido del capitán Gabriel Villagra en la ciudad de Valdivia. El capitán Zurita, viéndose desbaratado y perdido todos los caballos que llevaba de dobladura, por un camino que atravesaba de montes, fué a salir al paraje donde habian desbaratado al capitán Vaca, y no osando ir a la Concepcion, se fué a Santiago con la jente que le quedó, pobres y perdidos. El gobernador se disculpaba despues diciendo que el capitán Zurita tenia la culpa por no haber querido guardar la órden que le habia dado mandándole que por aquel camino no entrase en la Concepcion, sino por el camino de Itata, que era el mejor y mas seguro.

CAPITULO XLVI.

De como se juntaron los indios de la comarca de Angol y vinieron sobre la ciudad por tres partes, y fueron desbaratados por el capitán Lorenzo Bernal.

Despues de desbaratado el capitán Zurita, los indios de la provincia, cantando victoria, despachan mensajeros a todos los comarcanos que animasen a los demas principales, para que tomando las armas todos juntos echasen a los cristianos de aquella ciudad, pues en los recuentros que habian tenido siempre habian salido con victoria, y que no dejasen pasar el tiempo conforme a su pretension tan favorable: estos, despertando a la voz, hicieron junta a su usanza, que es juntarse en un campo llano, y con gran cantidad de vino que hacen de maiz y de otras legumbres todos juntos beben, y despues de haber bien bebido, un principal plático de semejantes oraciones se sube en un madero que para el efeto tienen hincado en medio de todos, y allí les habla poniéndoles por delante sus trabajos y libertad, y la órden que para elio dan los señores principales a quien todos tienen de obedecer: que se animen a tomar las armas, y echen de sí una carga de tanta pesadumbre como de ordinario reciben con los cristianos, jente que nunca descansa de hacelles mal, y acaben de una vez guerra tan pesada e importuna, pues era necesario ya tener seguridad en sus casas, echallos de la provincia, porque quedándose en ella en ninguna parte podian estar, que de dia y de noche, lloviendo, con grandes frios, cuando mas descuidados estuviesen los habian de hallar a sus puertas matando sus hijos y mujeres y destruyendo sus haciendas. Esta oracion les hace el principal señor si es hombre elocuente, y si no, toma la mano por él algun indio otro que los sepa persuadir mas o ménos conforme a lo que intentan hacer, y como el tiempo lo requiere. Resumidos los indios en que seguirán su voluntad, se apartan luego los señores principales, y sin dejar llegar ningun indio que no sea principal por la órden que tienen de guardar secreto, se reunen en lo que han de hacer; y ansí, despues de haberse juntado y tratado

como dije, se determinaron ir sobre la ciudad de Angol por tres partes. Llegándose a ella con buena orden de guerra, reparándose por ser tierra llana con fuertes que hacian para no rescebir daño alguno, y desde un fuerte resconocer en dónde harian otro primero que aquel desamparasen, y desta manera ir a ponerse sobre la ciudad todos juntos, y que estando cerca, a la hora que les pareciese, conforme a la plática que de las espías tendrían, puestas para el efeto dentro en la ciudad, que les avisarian de todo lo que los cristianos hacian; con este acuerdo, asaltando la ciudad todos a un tiempo, la ganarian tomando la mano. Los principales de Mareguano, juntos cuatro mill indios, vinieron a un estero que estaba de la ciudad dos leguas; allí cortaron madera y se hicieron fuertes con una palizada. Puestos en defensa, enviaron mensajeros por toda la provincia les viniesen a ayudar los demas principales que estaban con ellos acordados.

En este tiempo los vecinos de Angol, como estaban sin capitan, los alcaldes ordinarios, no confiando en su plática de guerra, con todos los principales de la ciudad rogaron al capitan Lorenzo Bernal se encargase de todo, así de lo de guerra como de paz y república; el cual, a contemplacion de sus amigos, que ansimesmo se lo pidieron por merced, lo acetó. Fué rescebido en el cabildo, e luego mandó hacer reseña de toda la jente que en la ciudad habia, y de las armas que tenian: halló ochenta hombres entre soldados y vecinos, de los cuales tomó cincuenta, y con ellos fué a resconocer el fuerte que los indios tenian en el estero. Pareciéndole mas fuerte de lo que se entendia, contra el parecer de algunos se volvió a la ciudad: los indios, como les vieron ir sin acometelles, tratan que de miedo lo hacia por no osar pelear mas. El capitan Bernal, como astuto, entendió que los indios, soberbecidos de no acometelles ni pelear con ellos en el lugar que estaban, habian de salir a buscalte; y como él lo dijo en público, así fué, que otro dia salieron del fuerte, y se fueron a poner legua y media de la ciudad, ribera de un rio grande y de mucha defensa para ellos. El capitan Bernal con treinta hombres los volvió a reconocer, dejando la ciudad reparada de fuerte y de guardia ordinaria, como vido el sitio que tenian, que era fuerte y mui a su ventaja, se volvió sin hacer mas que reconocer de la manera que estaban. Los indios soberbios, viendo que dos veces que con ellos se habian visto no habian osado pelear, dieron aviso a los demas escuadrones que caminasen todo lo que pudiesen, que los cristianos estaban con tanto miedo que no osaban con ellos pelear, y que llegando sobre la ciudad los turbarian de manera, que sin perder lanza seria todo suyo. Tan confiados estaban en la vitoria, que las mujeres que en la ciudad habia las habian repartido entre los señores principales. Con esta arrogancia y soberbia salieron de allí, y se ponen camino de la ciudad en una loma junto a otro rio, donde esperan respuesta de sus amigos.

El capitan Lorenzo Bernal salió de la ciudad con veinte hombres, no para mas efeto de reconocellos, y ver de la manera que venian y el sitio que tenian. Llegado a vista, le comenzaron a decir muchos oprobios y

hacerle amenazas, teniéndole en poco. No parando en ello, reconoció que en la parte que estaban eran perdidos, trató en su pecho dalles allí batalla, y para mas certificarse de lo que convenia, mandó a cuatro soldados que vadeasen el rio por encima de donde los indios estaban, que de piedras y tierra habian hecho una trinchea, y detras della estaban reparados. Reconociendo el rio se vadeaba por allí, mandó lo reconociesen por la parte de abajo, hallaron ansímesmo tenia vado. Luego envió dos soldados a la ciudad que de su parte dijesen a los alcaldes que con toda brevedad le enviasen treinta soldados con todos los arcabuces, que serian doce, y le trajesen un tiro de campo. Los que en el pueblo estaban decian era mal hecho ponello y aventurarlo a perder todo tan temerariamente, y para que no peleasen le hicieron ciertos requerimientos en nombre del Rei. Lorenzo Bernal entendiendo, como práctico de guerra, que si daba lugar a los demas escuadrones que venian caminando a que llegasen, siendo asaltada la ciudad por tantas partes se perderian, quiso, como prudente, pelear con los pocos, ántes que esperar se juntasen todos, despachando de sí a los que en aquello hablaban los mandó volver a la ciudad, y él, con número de sesenta soldados, estuvo aquella noche sobre ellos, teniéndolos a manera de cerco, y no peleó ántes, porque no le habia llegado la pieza de campo que esperaba. Teniéndolos desvelados, y estándolo tambien los cristianos, le llegaron quinientos indios amigos y compañeros para ayudarle en aquel asalto, que ya de ántes los tenia prevenidos; jente que, a trueque de aprovecharse, que es robar, hacen la guerra a sus parientes y amigos: estos repartió y puso por cuarteles. Era cosa de ver el miedo que tenian los cristianos que en la ciudad habian quedado con las mujeres, porque sabian que si les decia mal eran perdidos; lloraban sus mujeres e hijos vellos en poder de aquellos bárbaros. Los indios [que] estaban en el fuerte bien quisieran aquella noche desamparallo e irse conociendo que los cristianos esperaban el dia para pelear; y que lo que habian visto de vadear el rio, era para conocer el sitio y comarca: teniéndolo reconocido, estaban a lo ménos con ellos igual si esperaban que el dia les dijese lo que habian de hacer, quejaban de sus compañeros porque caminaban con tanta pereza, que bien pudieran haber llegado a la ciudad puestos a vista; siendo acometida, de necesidad habian de ir a socorrerla, y que entónces le fueran ellos siguiendo a las colas de los caballos, como a jente vencida: por otra parte querian salir del fuerte e irse la vuelta del rio. Juntos en escuadron no osaban determinarse a este efeto por ser tierra llana, hasta llegar a él, y que vian los cristianos todos andaban a caballo velándolos, y los indios amigos puestos en el escuadron ácia la parte del rio, que era por donde ellos pensaban ir; desta manera se estuvieron quedos animados por sus capitanes. Despues que fué bien de dia, puesta la pieza de campo en el lugar que podia hacerles daño, comenzó a jugar algunas pelotas. El capitan Lorenzo Bernal mandó apear a todos, y repartió los cuarteles por donde habian de pelear, y a los indios les dió por órden lo que habian de ha-

cer a vuelta de los cristianos, quedando él a caballo para mejor proveer y mandar lo que convenia. Los cristianos por la parte que les fué señalado, juntos en dos cuadrillas, comenzaron a disparar sus arcabuces en los enemigos, y los amigos indios muchas flechas, que como eran iguales en armas y lengua, era de oír lo que se decian los unos a los otros, porque los de guerra les decian mirasen eran parientes y amigos, y pues todos eran unos y peleaban por la libertad de todos, que se pasasen a ellos y les favoreciesen contra aquellos perros cristianos, grandes enemigos de todos los indios en jeneral. Los indios amigos les decian eran traidores, salteadores, enemigos comunes, y que por roballos habian venido a su tierra cudiciosos de sus haciendas, sin tener atencion a lo que les habian dicho, que allí habian de morir como malos: desta manera peleaban y hablaban. Los cristianos, cubiertos con sus dargas y buenas lanzas, jugaban con los indios bravas lanzadas, mataban algunos, y los indios herian a muchos. Peleóse con grande vocería y grita que los amigos junto con los cristianos daban, y la pieza de artillería que jugaba. Los indios que en el fuerte estaban acaudillándose daban las mismas voces, de que era grande el estruendo, las trompetas que llevaban a su usanza, que ellos llaman cornetas, y las que los indios de guerra tenian, era cosa de grande levantamiento de ánimo, porque todos ellos, despues de haber peleado y hecho todo lo que pudieron, viéndose entrar, y que los cristianos, envueltos con ellos, se aprovechaban de las espadas, que a estocadas mataban muchos, y los indios amigos, siendo iguales a ellos en el traje y armas, sin conocerse, andando envueltos todos juntos, los herian en gran manera, volvieron las espaldas huyendo ácia el rio, que estaba cerca: los amigos se ocuparon en robar el despojo, como hombres que le ayudaron a ganar. El capitan Bernal mandó a los cristianos subiesen a caballo y siguiesen el alcance, los cuales los alcanzaron presto, y como estaban dellos enojados y era tierra llana, tan encarnizados andaban matando y alanceando, que un soldado vecino de la ciudad de Osorno, llamado Francisco Valiente, valiente hombre portugues, yendo tras de una banda de indios alanceando con otros soldados, se arrojaron los indios de una barranca en el rio, dando en un raudal grande, andaban nadando por él: este soldado, no teniendo temor a la altura de la barranca, mal correr del rio, se arrojó con su caballo tras ellos, que era cosa de ver cómo andaba nadando con el caballo envuelto con los indios, el espada en la mano salió a la otra ribera libre; en esto llegaron los indios amigos ayudando a los cristianos: mataron tantos, que el rio llevaba el agua teñida el tiempo que duró el matar, hasta que el capitan Bernal los mandó retirar, y envió un hombre a la ciudad que llevase la nueva del buen suceso que Dios habia sido servido dalles. Tomáronse prisioneros por los amigos y cristianos muchos indios; dellos mandó matar algunos, y castigó a otros cortándoles las manos y los piés. Murieron en este recuento mil indios, sin muchos que fueron heridos; murió Illangulien, capitan jeneral desta junta; tomáronse algunas cotas de las que ellos habian ganado en

otros recuentros a cristianos, muchas lanzas de Castilla, dagas, espadas, capas, sayos y camisas que traían; porque los mas destos indios eran los que habian desbaratado al capitan Zurita, y aquellas ropas le habian quitado: de los cristianos no murió ninguno; hubo muchos heridos, aunque iban bien armados. El capitan Bernal, recojida su jente, se fué a la ciudad alegre y vitorioso, dando gracias a Dios por el buen suceso que fué servido darle; todos juntos se fueron apear a la iglesia, ofreciendo a Dios su vitoria. Los que quedaron en la ciudad para guarda della, los salieron a rescebir llorando de placer, dándole muchos loores, como a hombres que con su industria y valor los habia libertado de aquel cativerio que esperaban. Los demas indios que venian caminando a ayudar a sus compañeros a mucha priesa, ya cerca de la ciudad, tuvieron nueva eran perdidos; allí donde les tomó la voz se deshicieron, y fué cada uno por donde quiso la vuelta de su tierra. Desta manera se libró la ciudad de aquellos bárbaros que tan determinadamente venian sobre ella.

CAPÍTULO XLVII.

De como los indios de la comarca y término de la Concepcion vinieron a ponelle cerco estando el gobernador Pedro de Villagra en ella, y de las cosas que acaecieron.

Habida tan gran vitoria el capitan Lorenzo Bernal, los indios quedaron quebrantados y temerosos, quejándose de sus compañeros porque no llegaron al tiempo concertado; y como quedaban tan lastimados, con deseo de venganza tratan a qué parte irian que pudiesen hacer daño, y resumidos en que la ciudad de la Concepcion era cercada de montes ásperos que tenian muchas quebradas para su defensa, allí era bien ir a hacer asalto y destruilla; aunque el gobernador estaba en ella no por eso le daba mas fuerza, ántes, como tenia tanta jente consigo, mas presto acabarian los bastimentos, porque habian cojido poco, y les destruirian todas las heredades. Despues de haberse hablado con esta órden, se juntaron de conformidad mas número de veinte mill indios, con muchas maneras de armas, lanzas, arcos, flechas, macanas, porras que tienen en el remate una bala gruesa, con que dan terribles golpes, y la macana una vuelta a manera de hoze, porque las hai de muchas maneras, con estas desbaratan bravamente a los caballos, y espadas enastadas en lanzas largas, y con mucho bagaje de mujeres y muchachos que les traian de comer, comenzaron con buena determinacion a caminar la vuelta de la Concepcion, trayendo por sus capitanes a Millalelmo y Loble con otros muchos, aunque estos lo mandaban todo y eran los principales.

Pedro de Villagra tenia plática de todo lo que hacian por algunos indios que le eran amigos y daban aviso: informado de la determinacion que tenian, mandó hacer un fuerte junto a la mar, a la orilla de un

pequeño río, que entra en ella, por respeto de tener cerca el agua, que si a tanto llegasen no se la pudiesen quitar. Era el fuerte de doscientos y cincuenta piés en largo, cuadrado de cuatro esquinas: en las dos hizo una torre en cada una, y en lo alto y bajo puso seis piezas de artillería, las cuatro gran piezas de campo y las dos pequeñas; recojiendo las municiones y bastimentos al fuerte, puesto en arma para lo que sucediese, con doscientos soldados entre vecinos de toda suerte, hombres de guerra, mandó recojer cerca del fuerte los que estaban algo apartados, recelándose no fuese caso tan repentino que despues no pudiese dalles socorro; pero con esta órden que harian los enemigos, los cuales, informados de todo lo que en la Concepcion se hacia, ántes que se fortificasen mas, se presentaron una mañana con grandes escuadrones: vistos, a gran priesa se recojieron al fuerte. Pedro de Villagra mandó que ninguno saliese fuera a escaramuzar: los indios que eran amigos de los cristianos, viendo su perdicion, con sus mujeres e hijos se arrimaron a las paredes de el fuerte, y otros se ponian junto a ellas en bandas, para que si a tanto mal se viesen vecinos, con el artillería y el arcabucería serian de los cristianos socorridos. Los indios de guerra, con brava determinacion, bajan a la ciudad, haciendo paradas, descansando y mirando lo que les convenia. Para salir con tan grande empresa, tomaron para su defensa el rio, en cuya ribera estaba el fuerte donde los cristianos se recojieron, por ser de barrancas, aunque pequeñas, para pelear con jente de caballo era ventaja para ellos: con esta órden en tres escuadrones entraron por la ciudad, abrasando todo lo que por delante hallaban, no perdonando cosa alguna: hasta que llegaron cerca del fuerte donde Pedro de Villagra estaba, y junto a él saquearon la casa de un mercader, que le pareció, por la vecindad que tenia, estar segura: robáronle lo que en ella habia, y corrieron la ciudad quemando todas las casas que pudieron, sino fué algunas, que por estar en parte que con el artillería les podian hacer daño, quedaron en pié. Viendo los indios que los cristianos no salian a pelear ni a estorbar el daño que les hacian, con la presa que habian hecho se volvieron a una montaña pequeña y de razonable subida; allí asentaron su campo, y se fortificaron por todas partes para estar al seguro: desde allí bajaban muchas veces a la ciudad. El gobernador, encerrado en el fuerte con todos los cristianos, mujeres y niños, y muchas piezas de su servicio con los caballos, no cabian en el poco sitio que el fuerte tenia, hasta que retirados los indios salian algunas veces con Pedro de Villagra los soldados que a él le parecian, y con ellos llegaba cerca de la trinchea adonde los indios estaban, los cuales bajaban tras ellos diciéndoles muchas palabras feas a su usanza. Los cristianos se retiraban hasta metellos en lo llano, y allí revolvian algunas veces, escaramuzando mataban algunos y resebian heridas de ellos, y las mujeres estaban puestas en las almenas mirando cómo lo hacian los cristianos y los indios. Hubo entre ellas una señora que dijo a un hidalgo llamado Sebastian de Garnica: "Señor Garnica, tráigame vmd. aquel indio." Viéndose nombrar en caso semejante, y en

público, paresciéndole flaqueza no ponerse a todo lo que le pudiese suceder, con grande determinacion, en un buen caballo en que se hallaba, se arrojó entre los indios, teniendo cuenta con el indio que le fué dicho, que era señalado; y aunque el indio se defendió, y quiso huir, no le dió tiempo para podello hacer, que le tomó por los cabellos, y con las armas que el indio tenia lo trajo a aquella señora que se lo pidió. Todos los dias escaramuzaban con los indios; aunque algunas veces, viendo que se les metian en el fuerte, y no lo podian combatir por los muchos arcabuces y artillería, bombas de fuego, alcancías, de que eran informados tenian mucha municion, despues de haber estado treinta dias sobre la ciudad haciendo todo el daño que pudieron, llegaron dos navios que de Valdivia venian cargados con trigo y otros bastimentos, entónces paresciéndoles que pues ya tenian tanto socorro como les era venido, y tanta abundancia de toda suerte de bastimento que no los podrian enojar ni hacer mas daño, se retiraron con grande alarido de cornetas, cuernos y otras muchas maneras de trompetas que usan, y por ellas se entienden.

Pasóse en este cerco, aunque fué breve tiempo, mucho trabajo por la mayor parte, demas de la hambre, a causa de estar juntos tantas personas en tan pequeño espacio, y muchos caballos, a causa de la inmundicia que hacian: habia en la Concepcion gran cantidad de perros que tenian los cristianos e indios de su servicio, y cuando se tocaba arma, que era casi de ordinario, aullaban y ladraban en tanta manera que no se podian entender; y para evitar esto, mandó Pedro de Villagra que cualquier soldado o indio que trajese perro muerto, le diesen cierta racion de vino o de comida: con esta órden los mataron todos. Fuera mejor dar la tal racion a quien trajera cabeza de algun indio, o presea dél, como hacian los numantinos en aquella guerra tan porfiada que tuvieron con los romanos.

CAPITULO XLVIII.

De las cosas que hizo el gobernador Pedro de Villagra despues de levantado el cerco de la Concepcion, y de lo que sucedió al capitan Gabriel de Villagra queriendo ir a la ciudad de Valdivia.

En el tiempo que Pedro de Villagra estaba en la Concepcion cercado de indios de guerra, el capitan Gabriel de Villagra residia en su casa en la ciudad Imperial; y como los indios de aquella provincia supieron que los comarcanos de la Concepcion habian tomado las armas e ido sobre aquella ciudad, trataron hacer ellos lo mesmo e ir sobre la Imperial. Gabriel de Villagra, como le estaba encomendada aquella ciudad por el gobernador, y las demas a ella comarcanas, que eran otras tres ciudades, como tuvo esta nueva, hallándose con poca jente a causa de andar algunos vecinos y estantes sacando oro en los términos de Valdivia, tuvo necesidad de ir allá y enviar alguna jente a la ciudad Impe-

rial para su defensa, si caso se ofreciese. Llegado a las minas de la Madre de Dios, que así se llamaban, tratándolo con Pedro Guajardo, vecino de Valdivia, y con el padre Diego Jaymes, sacerdote que allí estaba, que seria bien que la ciudad de Valdivia, pues sus términos estaban de paz, consintiese llevar algunas personas a la Imperial por algun tiempo para seguridad de aquella plaza: estos escribieron al concejo de Valdivia diciendo lo que les habia dicho. Como de ordinario acaecer suele, vistas las cartas en su ayuntamiento, salen añadiendo mas, diciendo que el capitán Villagra volvia aquella ciudad a llevar jente, y tomar a los mercaderes la ropa que tenian y repartilla entre soldados; y que decia habia de llevar treinta hombres para sustentar aquel pueblo: que no era justo perder sus haciendas y casas por sustentar las ajenas, que todos de conformidad le defendiesen la entrada; y como no habia mas de tres meses que habia hecho jente en compañía del capitán Lorenzo Bernal, y las llagas estaban frescas en jeneral diciendo los habia agraviado, estaba mal quisto. Los del cabildo, tomando la mano, trajeron a su voluntad a todos los demas, porque es cierto estando los ánimos desdeñados, pequeña ocasion basta para hacellos inclinar a venganza. Luego le escribieron, diciendo habian entendido venia aquella ciudad a hacer jente: que como capitán, ni como soldado, ni de otra manera alguna no viniese a ella, porque le defenderian la entrada. Rescebida esta carta, estuvo indeterminable, quisiera venir y castigar una desvergüenza como aquella, mas hallábase sin jente para podello hacer. Por otra parte era informado que toda la ciudad estaba en arma, y que de noche dormian en la plaza todos juntos, y tenian en la iglesia cuerpo de guardia, y que no habia ninguno que voluntariamente no tomase las armas, sino eran pocos, y estos le escribian no viniese por evitar escándalo, que lo habria, y si se revolvan habria muertes causadas por pequeña ocasion. El licenciado Peñas, que era teniente de gobernador en aquella ciudad, no solo no lo quiso remediar, mas se supo después que de secreto les daba favor y decia cómo se habian de rejir. Quitaron los barcos que en el rio tenian y todas las canoas en que pasaban, y para mas seguridad pusieron guarnicion de soldados y vecinos de la ciudad; hacian estas cosas con tanta calor, que entendido por el capitán Villagra, se volvió a la Imperial. Los vecinos de Valdivia, aunque supieron se habia vuelto, no dejaron de velar la ciudad y tener espías en los caminos, porque no se les entrase sin sentillo: creian ser ido a la Imperial a rehacerse de jente y volver sobre ellos; por cuyo respeto, recelándose, trataron informar al gobernador, que estaba en la Concepcion, de lo sucedido, dando colores a su yerro, y para negociallo enviaron a Cristóbal Ramirez, natural de la Bañeza cerca de Leon, en un navio del Rei que estaba en el puerto de aquella ciudad. Embarcando en él trigo, harina, con otros bastimentos, llegó en dos dias a la Concepcion, e informando a su voluntad, sin haber contraditor alguno, proveyó el gobernador que el capitán Gabriel de Villagra no tuviese entrada en la ciudad de Valdivia en caso ni cosa que se ofreciese

de justicia, ni de otra manera, sino el licenciado de las Peñas, como su teniente, y que apartaba la ciudad de Valdivia de su mando, y alzaba el rescibimiento del concejo que en él habian hecho. Con este proveimiento volvió el embajador, de que no rescibieron poca alegría los vecinos de aquella ciudad en haber salido con su intincion, aunque despues lo pagaron todo junto.

Pasado esto, y los indios levantado el cerco que sobre la Concepcion tenian, Pedro de Villagra determinó irse a la ciudad de Santiago y tener allí el invierno, y al verano, recojida la jente que del capitan Vaca habia quedado y la del capitan Zurita, con la demas que podria juntar, volver a la Concepcion haciendo la guerra en sus términos el verano siguiente; y encomendando la ciudad al capitan Reinoso, antiguo en las Indias, y prudente en cosas de guerra, por el cual respeto de entedella tan bien, se llevaba mal con el gobernador, porque Reinoso trataba y murmuraba de algunas cosas que hacia, que se podian hacer mejores, pues tomando a su cargo la defensa de aquella ciudad, el gobernador se embarcó en un navio con cuarenta soldados. En dos dias llegó a la ciudad de Santiago, navegacion de sesenta leguas: en el puerto le proveyeron caballos en que fuese a la ciudad. En ella fué bien rescibido, que era bien quisto, aunque sin cerimonia de rescibimiento.

CAPITULO XLIX.

De lo que hizo Pedro de Villagra aquel invierno en Santiago, y de como al verano salió a hacer la guerra, y lo que le sucedió.

Estando Pedro de Villagra en la ciudad de Santiago, y empezando año de sesenta y seis, como en ciudad abundante de todas cosas, por ser, como lo es, la mas fértil y mejor de las del reino (que ha sido para soldados y gobernadores en el reino de Chille otra Capua, como lo era antiguamente la de Italia, para los capitanes que en ella hacian la guerra, en vicios iguales) con muchos amigos que Pedro de Villagra tenia, y algunos privados, mas de lo que le convenia, dándose a buena conversacion, comenzó a ponerse mal con algunos vecinos, que en lo secreto no estaban bien con él, y fué la mayor parte del odio que le tomaron, ponerse el gobernador mal con un caballero vizcaino, llamado Martin Ruiz de Gamboa, hermano de Lope Ruiz de Gamboa, que murió en el cerco de Arauco, peleando como se dijo. A este caballero, por causas bien pequeñas, lo mandó prender y tenerlo con guardas y prisiones, hasta que pasados cuatro meses por sentencia lo dió por libre, el cual estaba casado con una hija del capitan Rodrigo de Quiroga, que como era persona tan principal rescibió desgusto del mal término, y de allí adelante en sus cosas no estuvo bien.

Pedro de Villagra comenzó a tratar con los oficiales del Rei de los soldados que allí estaban, [los que] pasaban mucha pobreza, y para salir a la guerra era menester gastar de la hacienda real cantidad de pesos

de oro: estuvieron discordes al principio, aunque despues de algunos dias, tratándose siempre dello, vinieron en que gastase lo que le pareciese. Hecho acuerdo para el gasto, mandó se tomase ropa de la que tenian los mercaderes, y se librase en la caja del Rei, para que allí se hiciese la paga. Juntó entre los soldados que salieron desbaratados, y con los que despues vinieron con él, ciento y diez soldados, que para aderezallos gastó mas número de veinte mill pesos de la hacienda del Rei; y aun no dió socorro a todos, porque a los primeros el licenciado Herrera, que allí era su teniente, les habia dado a seiscientos pesos y a setecientos, con que se ponian galanes y holgaban en buen pueblo, y para ellos bien aparejado, conforme a usanza de soldados. Habiendo gastado Pedro de Villagra con lo que gastó el licenciado Herrera, natural de Sevilla, mas número de treinta mill pesos de oro, se estuvo en Santiago, a lo que sus émulos decian, mas tiempo mucho de lo que convenia; porque habiendo de partir por octubre para ir a los términos de la Concepcion a hacer la guerra, salió de Santiago en fin de enero del año de sesenta y seis, despues de hecho repartimiento de indios a los vecinos de Santiago, a cada uno conforme a lo que tenia, que para tal dia estuviesen en lugar señalado con sus armas.

Son estos indios amigos mui provechosos para la guerra, porque ayudan en gran manera a los cristianos; demas de que son iguales a los de guerra en deciplina y lijereza, al pasar de los rios hacen mucho efeto, aderezan los caminos, sirven de gastadores: juntos quinientos indios de estos que tengo dicho, y con los ciento y diez soldados, salió de Santiago camino de la Concepcion. Pasado el rio de Maule, tomó el camino de Reinoguelen, que es una provincia llamada así junto a la Sierra Nevada, porque tuvo nueva que aquellos indios con gran desevoltura habian hecho un fuerte, quellos llaman en su lengua *bucara*, en tierra llana, ribera de una acequia grande que para ello habian traído. Pedro de Villagra tomaba lengua cada dia; sabiendo ser así, caminó derecho allá. Los indios habian enviado a llamar todos los comarcanos les viniesen a ayudar, pues los habian pagado a su usanza, y para esta paga habian juntado ochocientos perros y gran cantidad de chaquira, que es unas cuentas de muchas colores, mas pequeñas que granos de trigo, horadadas por el medio, las traen al pescuezo en sartas largas, mayormente las mujeres, y con la ropa de vestir que juntaron habian pagado grande número de soldados. Los perros quiérenlos para cazar, y desto se aprovechan de ellos, y cuando no son de provecho se los comen. Acudióles mucha jente, eceto Loble, hombre belicoso, que no se pudo juntar con ellos por estar algo apartado, aunque caminó todo lo que pudo. Llegado Pedro de Villagra al fuerte, salieron los indios a escaramuzar con él: algunos soldados que llevaban caballos bien aderezados y de buena rienda, alancearon algunos, y entrellos Cristóbal de Buiza, buen soldado, confiado en el caballo que llevaba se metió entrellos: cebado en un indio por lo alancear, tropezando el caballo cayó con él, y si no fuera socorrido lo mataran. El caballo tomó un indio, y

en presencia de los cristianos subió en él, y lo comenzó a manejar como si fuera jinete andaluz.

Pedro de Villagra asentó su campo cerca del fuerte, y reconocido, ordenó cuadrillas para otro día pelear con ellos, de las cuales dió una a Martín Ruiz de Gamboa, de veinte soldados, y otra a Gómez de Lagos, y al capitán Zurita, Juan de Biedma, Pedro Fernández de Córdoba, les dió cuadrillas del mismo número: a los indios amigos que de Santiago había traído, ordenó cómo habían de pelear y por dónde. El fuerte que los indios tenían, era entre unos robles altos y gruesos, que había muchos, criados allí por naturaleza; y para más defensa de los arcabuces y artillería, que sabían los cristianos llevaban siempre, tenían atajado un trecho de tierra de hasta docientos pies por la frente, que por un lado de suyo estaba fuerte con un río que les defendía la entrada, y una ciénega que no se podía andar por ella a caballo ni a pie, sino era jente desnuda: desta manera estaban fortificados. La frente era de un foso lleno de agua, poco más hondo que un estado de hombre: este foso era a manera de albercas de huerta que entre una y otra había una entrada tan ancha como dos pies, de tierra firme, cubierta de agua, por tal manera que no la podían ver si dello no tenían plática; los indios, como la sabían, entraban y salían desenvueltamente.

Otro día por la mañana, el gobernador Pedro de Villagra mandó que todos se aperciesen para combatir el fuerte, y con la orden ya dicha se llegaron a él. Los indios desde vieron a los cristianos en el foso comenzaron a tirarles mucha flechería: los soldados arcabuzazos, en que mataban muchos: los indios amigos muchas flechas como ellos, los unos por entrar dentro del fuerte, los otros por defendelles la entrada. El capitán Lagos, que iba con una cuadrilla, viendo tanto número de indios, y que les herían mucha jente, dijo: "Caballeros retirar, que nos perdemos." Villagra, que cerca estaba, como lo oyó, respondió: "¿Cómo retirar? Adelante, que todo es nuestro." Los indios amigos, con las flechas que tiraban, les hacían mucho daño, y habiendo reconocido la entrada de los andenes que estaban en el foso, comenzaron a entrar por ellos. Los enemigos desde los vieron tan juntos, y que peleaban lanza a lanza defendiendo todo lo posible, no pudiendo hacer más, viendo les habían ganado el foso, volvieron las espaldas huyendo. Los amigos los siguieron y mataron muchos, otros tomaron a prision: el yanacona que tenía el caballo de Buiza, como vido la perdición de los demás, huyó a vista de todos con el caballo: fué tras dél el capitán Alonso Ortiz de Zúñiga con tres soldados, no lo pudo alcanzar ni seguir por respeto de un monte donde se le metió, en el cual se le perdió de vista. Castigó Pedro de Villagra en este fuerte por justicia, fuera de los muertos, más de setecientos indios.

CAPITULO L.

De como yendo Loble a socorrer los indios que estaban en el fuerte se encontró en el llano con Pedro de Villagra, y lo que acaesció.

Despues de haber Pedro de Villagra desbaratado el fuerte de Reinoguelen, muerto y castigado por justicia muchos indios, se partió otro dia siguiente camino del rio de Niviqueten : yendo caminando, tratando en las cosas pasadas, y cómo se habia peleado, los corredores que iban delante descubriendo el campo, tocaron arma. Cuando se entendió por los que iban atras, los que tenian plática de guerra temieron ; porque haber desbaratado y muerto tanta jente, que bastaba poner miedo a toda la provincia, ver que de nuevo en mitad de un llano los venian a buscar indios de guerra, creyeron debian de ser muchos ; y fué que Loble, indio principal entre los de guerra, señor de muchos indios, habia prometido a los principales de Reinoguelen les vendria ayudar, y en su favor pelear con los cristianos ; y por haber Pedro de Villagra con tanta brevedad acometido y desbaratado el fuerte, no tuvo tiempo de poder llegar a tiempo por ser su tierra algo léjos para jente de a pié. Este indio belicoso venia caminando, y los corredores ansímesmo, los unos contra los otros, sin verse por estar en medio una loma, que aunque rasa y sin monte era alta ; por este respeto no se vieron de léjos, hasta que a un tiempo se descubrieron todos, pues iban delante trecientos indios bien armados. Estos, como vieron a los cristianos tan cerca de sí, no osaron volver atras : viendo que eran muchos, arrojáronse a una mata grande de monte que hacia ciénega, y allí se comenzaron a hacer fuertes. Loble venia un poco atras, y como asomó con una macana grande en las manos, y vió a los cristianos que querian pelear con sus indios, paró, no para volver atras, sino para llamar su jente se diesen prisa a caminar. Llegados, con todos ellos se metió por los cristianos a socorrer los suyos : junto con ellos eran todos número de mill indios. Puestos en la mata, tomando la ciénega por fuerte, comenzaron a tirar flechas : los cristianos quisieron entrar a ellos a caballo, y como era lugar cenegoso cayeron los caballos con los primeros atollados en el lodo, por cuya causa les convino apearse y entrar a pié, pues estaban en parte que de otra manera no se podia pelear, teniéndolos en medio cercados por todas partes. Loble, viéndose perdido si peleaba, mandó a un indio hablase alto, porque Pedro de Villagra le oyese, diciendo que queria hablar. Pedro de Villagra se llegó muy cerca ; este indio le dijo : "Gobernador, si no nos matas ni castigas, perdonándonos lo pasado y presente, nos rendirémos todos, y te entregarémos las armas, y harémos todo lo que nos mandares." Prometióselo así como se lo habia pedido. Luego salieron, estando todos los cristianos en arma, y los indios amigos que de Santiago habia traído, a los cuales pesó mucho del concierto, porque hubieran su parte de la barata y saco : ellos echaron las armas en la parte que les fué señalado, y se sentaron en tierra, esperando la

clemencia que con ellos se tendria. Pedro de Villagra llegó a ellos estando a caballo, y mandó que llamasen a Loble, que estaba en medio de todos la cabeza baja, por no ser conocido y corrido del caso presente; no queriendo responder por entender este indio que llamallo en aquel tiempo no era por bien suyo, se estuvo quedo, dando a entender que no estaba allí. Viendo que se negaba, y los indios lo decian así no estar entre ellos, mandó a un soldado que lo conocia bien entrase entre los indios y lo buscase. Luego lo señaló con el dedo, diciendo: "Este es." Salió del medio de su jente como hombre corrido, aunque bien señalado, por ser indio valiente y membrudo. Pedro de Villagra lo mandó prender, y hizo a los indios, como estaban juntos, un razonamiento breve, en que les dijo como el diablo los traia engañados para que se perdiesen, pues habian visto que en el fuerte habia desbaratado a todos los indios de guerra de aquella provincia, y que de lástima, doliéndose dellos, no habia querido matar mas; y que de presente bien vian estaban allí juntos mill indios enemigos de cristianos, los cuales se enojaban con él, porque no los mataba a todos, pues que en ellos no habia enmienda: que mirasen eran ménos de cada día por las guerras que traian, y por andar en la guerra se les morian sus hijos y mujeres por no cultivar la tierra y hacer simenteras: que a Loble, aunque le habia mandado prender, no era para castigallo, pues les habia dado su palabra, estuviesen ciertos la cumpliria; mas que queria traello consigo algunos días para que hablase a los principales se quietasen dejando las armas, y que ellos se acordasen de aquella buena obra que les hacia para servir de allí adelante en lo que les mandase. Un indio en nombre de todos le dió las gracias por ello, prometiéndole se lo agradecer. Luego los envió a sus tierras y siguió el camino que llevaba hasta jurto al rio de Niviqueten: en un hermoso llano asentó su campo. Estando allí le vinieron a ver de la ciudad de Angol algunos aficionados, que por nueva de indios habian sabido todo lo sucedido: vínole a ver ansímismo el capitán Lorenzo Bernal, con quien Pedro de Villagra se holgó mucho, y encomendándole la jente que tenia en su campo, se partió a la ciudad de la Concepcion llevando consigo treinta soldados para su seguridad. Llegado que fué, proveyó al capitán Gomez de Lagos por su teniente, a causa de no querer el capitán Alonso de Reinoso usar mas del cargo. Habiendo estado en aquella ciudad ocho dias, se volvió al campo, y desde allí, porque entraba el invierno, despachó al capitán Pedro Fernandez de Córdoba por su tiniente a la ciudad de Valdivia, con comision que castigase la desenvoltura que con el capitán Gabriel de Villagra habian tenido cuando le hicieron resistencia; y porque tuvo necesidad llevó consigo al capitán Reinoso y Lorenzo Bernal, y dejó en la ciudad de la Concepcion la jente que bastaba para su reparo; con esta prevencion se fué a Santiago.

CAPITULO LI.

De como estando el gobernador Pedro de Villagra en la ciudad de Santiago, llegó al puerto el capitán Costilla con docientos hombres y tres piezas de artillería que el licenciado Castro, gobernador del Pirú, enviaba a Chile, y de lo demas que acaesció.

En el tiempo destas cosas pasaban en Chile, el licenciado Castro, gobernador del Pirú por muerte del conde de Nieva, su predecesor, bien informado de cuán falto estaba el reino de jente, y la guerra ordinaria que habia, como celoso del bien comun y por servir al Rei, mandó hacer docientos hombres de guerra, en la cual todos ellos aprobaron mui bien; ayudándoles con dineros de la caja real, conforme a su hábito y a la nescesidad que cada uno tenia. Estos soldados, que entre ellos habia algunos caballeros y hombres nobles, encomendó y dió a cargo al capitán Costilla, vecino de la ciudad del Cuzco en el Pirú, y con provision secreta le encomendó que llegado al reino de Chile, se informase del gobierno que traia Pedro de Villagra, y que si le hallase bien quisto le entregase toda la jente que llevaba, y si le hallase mal puesto la diese al jeneral Rodrigo de Quiroga. Con esta órden y confianza despachó el licenciado Castro al capitán Costilla del puerto de los Reyes. Dijeron algunos que en el armada venian, que el licenciado Castro, para el efeto dicho, le dió el nombre de gobernador en blanco, para que, conforme a la instruccion que traia, lo hiciese.

Salió a la vela en dos navios grandes; en el uno venia su persona, y en el otro un caballero de Burgos llamado Diego Barona: tuvo tan buen tiempo en su navegacion que en tres meses llegó a la ciudad de la Serena. Estuvo allí seis dias refrescando la jente, y al seteno se hizo a la vela para el puerto de Valparaiso, que está de la ciudad de Santiago diez y seis leguas, donde descargan los navios que vienen del Pirú. Allí desembarcó toda la jente y sacó el artillería: alojados con órden, se mandaba velar de noche y tener guardia ordinaria de dia como hombre recatado. Habiéndose informado en la ciudad de la Serena del gobierno que traia Pedro de Villagra, le dijeron estába mal quisto en la ciudad de Santiago y en las demas del reino: en Valparaiso, de las personas que se pudo informar, le dijeron lo mismo. Con esta nueva se inclinó dar la jente al jeneral Rodrigo de Quiroga, que estaba en el reino bien quisto, y siempre lo estuvo, por tener de ordinario gran virtud este nobilísimo hombre. Pedro de Villagra, como supo era desembarcado, le escribió dándole el parabien de su venida, y que le hiciese saber la jente que traia, para quién la traia, o con qué órden venia: con esta carta escribió [a] algunos caballeros y hombres principales que con él venian ofreciéndoles caballos y servicio, de que venian faltos. El capitán Costilla respondió, que la jente traia para dársela como a gobernador del Rei; con esto se aseguró algo, aunque con sospecha, porque Costilla se estaba en el puerto sin venir a la ciudad, y sabia Pedro de Villagra se comunicaba con el jeneral Rodrigo de Quiroga y con Mar-

tin Ruiz de Gamboa, los cuales le proveían en la mar de bastimento con caballos y carretas para él y toda la jente que traía. Viendo que se tardaba, estuvo indeterminable si iría al puerto o no: resumióse de espalle en la ciudad; y para mas descuidallo decia Costilla a los que le iban a ver, que la jente que el presidente Castro le habia dado, que era la que él traía de su mano, la tenia de entregar al gobernador Pedro de Villagra, que así se lo habia mandado; dando a entender ser así, porque al descubierto no le pudieron sacar cosa alguna que pareciese al contrario, ni los que con él venian en toda la jornada tal habian podido alcanzar. Pedro de Villagra, sospechoso por algunas apariencias, sabiendo que breve partiria del puerto, le envió al camino un alcalde ordinario con dos rejidores, para que en la parte que le hallasen, tratasen con él que exhibiese las provisiones y recaudos que traía del licenciado Castro, gobernador del Pirú, para que conforme a ellas se proveyese lo que mas convenia al servicio del Rei. El capitan Costilla le respondió, despues de habelles oido, que no habia necesidad de aquellas cosas que parecian manera de alboroto, que llegado donde Pedro de Villagra estaba, le entregaria la jente. Hallábase cuando esto pasó distante de la ciudad de Santiago seis leguas, y siempre caminando. El alcalde se volvió y dió nueva de lo que con él habia pasado y lo que le habia respondido. El jeneral Rodrigo de Quiroga, con algunos amigos suyos, se estuvo en su casa, y no salia por el pueblo, por cuya causa le dijeron a Pedro de Villagra que habian visto meter armas y arcabuces en su casa. Oido esto, salió con treinta hombres a la plaza, y con ellos fué a la casa del jeneral Rodrigo de Quiroga, y mandó le dijese estaba allí: los que dentro estaban no le quisieron responder. Pedro de Villagra quiso entrar, defendiéronle la entrada diciendo no estaba en su casa, tuvieron palabras los soldados de una parte a otra. Pedro de Villagra mandó le trajesen dos barriles de pólvora para derriballe la casa: no hubo efeto porque no se determinaba en lo que hacia y habia de hacer sino tarde, y por su mucha tardanza se determinaba mal. Mandó ansí mismo que le trajesen el estandarte de la ciudad, a quien todos los vecinos y estantes están obligados a acudir: el que lo tenia, que era un rejidor, no se lo quiso dar, ántes se fué con él a la casa del jeneral. Quiso ansí mismo mandar repicar la campana, que es con la que se da arma al pueblo; fuéronle a la mano sus amigos, diciéndole que no consistia en fuerza lo que habia de hacer, sino en quien mejor papel tuviese, pues por él habian de determinar la justicia de cada uno, y que dado caso que quisiese salir al camino al capitan Costilla con mano armada, le era mucho inferior, porque demas de la jente que traía de los que estaban en la ciudad, habian salido mas de treinta hombres e ido a juntarse con él, y que la demas que quedaba era cierto tocando la campana se habian de juntar en la casa de Rodrigo de Quiroga y le habian de acudir todos los mas. Por este respeto lo dejó de hacer, y quiso esperar que llegase para saber la certidumbre que traía, aunque desde a poco pidió un caballo, y con algunos amigos se fué a ver con Costilla dos le-

guas de la ciudad, que se rescibieron bien dándose el bien venido: y tratado de algunas palabras amigables, le dijo que llegado a la ciudad, su merced sabia lo que el licenciado Castro mandaba; que no tuviese pena, pues seria breve.

Pedro de Villagra se volvió, y desde a poco entró el capitán Costilla con la jente que traía, todos en escuadrón, con el artillería en batalla y las mechas de los arcabuces encendidas. Con esta orden llegó a la plaza y pidió se juntase el cabildo, verian el recaudo que traía: juntos alcaldes y rejidores, presentó un papel en que en él venia nombrado por gobernador del reino de Chile el jeneral Rodrigo de Quiroga. Fué respondido mostrase por dónde el licenciado Castro podia proveer gobernador en Chile, porque Pedro de Villagra lo era por el audiencia de los Reyes. Costilla les respondió que el licenciado Castro daría cuenta al Rei de lo que hacía, y que no habia necesidad de mas recaudo, solo aquel. Sobre esto hubo votos en los del cabildo; unos votaron en favor de Pedro de Villagra y otros de Rodrigo de Quiroga: estuvieron indeterminables, que no podian entender cómo el licenciado Castro podia deshacer, sin mas razon de aquella voluntad suya, lo que habia hecho toda una audiencia; mas como vian doscientos hombres en escuadrón puestos en la plaza y los ciento y treinta arcabuceros y la determinacion de Costilla, aunque ellos eran amigos de Pedro de Villagra (que era una cautela que los que gobernaban a Chile en aquel tiempo tenian, como hacian las elecciones, procuraban granjear a los del cabildo y tenellos propicios para casos semejantes), viendo que ménos no podian hacer, y que todo el pueblo estaba a la parte del jeneral Rodrigo de Quiroga, lo rescibieron por gobernador conforme a su proveimiento, y esto con mucho regocijo, que adelante les salió a todos mui bien, porque fué buen gobernador y de mucha virtud.

Rescebido al gobierno, luego prendió a Pedro de Villagra, y lo envió preso al puerto, con orden que le embarcasen en un navio, donde estuvo con guardas mas de treinta dias, hasta que el capitán Costilla se fué al Pirú y lo llevó consigo, no por delito que habia cometido, sino por sacalle del reino, que Pedro de Villagra era vecino del Cuzco, que en aquella ciudad le habia dado de comer el marques de Cañete cuando envió a su hijo D. García al gobierno de Chile.

Era Pedro de Villagra natural del Colmenar de Arenas, y cuando gobernó el reino de Chile tenia de edad cincuenta años, bien dispuesto, de buen rostro, cariaquileño, alegre de corazón, amigo de hablar, aficionado a mujeres, por cuya causa fué mal quisto: fué amigo de guardar su hacienda, y de la del Rei daba nada; aunque despues de un año que fué gobernador, viendo que lo murmuraban jeneralmente, comenzó a gastar de la hacienda del Rei, dando algunos entretenimientos a soldados. Tuvo el tiempo que gobernó buenos y malos sucesos en las cosas de guerra y de gobierno. Gobernó dos años, pocos dias mas.

CAPITULO LII.

De lo que hizo el gobernador Rodrigo de Quiroga despues que fué resecebido al gobierno.

Despues de preso Pedro de Villagra, y enviado al puerto con guardas que con su persona tuviesen cuenta, el capitan Costilla estuvo en la ciudad de Santiago el tiempo impetuoso de invierno, y a la entrada de primavera se embarcó y fué al Pirú, llevando a Pedro de Villagra en su navio, que despues se supo en el audiencia de los Reyes habia puesto demanda al capitan Costilla en que decia, estando sirviendo al Rei quietamente en el reino de Chille, entró con número de jente armada y le prendió. Este pleito anduvo en el audiencia, aunque no se determinó: dijéronme que cuando llegó el capitan Costilla al puerto de los Reyes, y se dijo en Lima que Pedro de Villagra venia preso, le dijeron los oidores al licenciado Castro: «¿Vuestra señoría mandó prender a Pedro de Villagra?» y que les respondió: «fué trato gallego», porque el licenciado Castro era natural de Galicia.

Rodrigo de Quiroga, teniendo a su cargo el reino, proveyó por su teniente jeneral a Martín Ruiz de Gamboa, hombre suficiente por la plática de guerra que tenia, solícito y de buen entendimiento y discreto; al cual en un navio lo envió a la ciudad de Valdivia, para que de aquella ciudad y las demas a ella conjuntas trajese la mas jente que pudiese, porque queria a la entrada del verano hacer la guerra a la provincia de Arauco y poblar la ciudad de Cañete, que Francisco de Villagra habia despoblado, dándole comision para que con los oficiales del Rei que allí estaban, pudiese hacer acuerdo y gastar de la hacienda real todo lo que le pareciese y tuviese necesidad. En este mismo tiempo Pedro Fernandez de Córdoba fué resecebido en la ciudad de Valdivia por teniente del gobernador Pedro de Villagra. Estando en su cargo, comenzó a proceder contra el cabildo y pueblo por la resistencia que habian hecho a Gabriel de Villagra, teniendo presos en sus casas a unos y en la cárcel pública a otros, siendo tratados a su parescer ásperamente. Llegó a aquella ciudad un soldado que traia una carta habida en la de la Concepcion, la cual decia como Rodrigo de Quiroga era resecebido al gobierno y proveia en todas las cosas como gobernador. Esta carta hubo uno de los alcaldes, y con ella aquella noche habló a todos sus amigos, diciéndoles como Pedro de Villagra no era gobernador, y pues habia nuevo gobierno, le parescia no debian de perder aquella coyuntura, y que por la mañana llamasen al capitan Pedro Fernandez de Córdoba, diciéndole habian venido despachos para el cabildo, que su merced se hallase presente, si le pareciese. Resumidos en este acuerdo, por la mañana se juntan en cabildo y se lo envian a decir. Descuidado de aviso cordobes, aunque era de Córdoba, no advertido de lo que le podria resultar, fué al ayuntamiento: estando dentro, le dijeron viese aquella carta, y por ella le constaria que Pedro de Villagra no era gobernador,

sino Rodrigo de Quiroga; que su merced debia deponer el cargo. Respondióles que no habiendo mas informacion de aquella, no era bastante recaudo. Queriéndole quitar la vara, puso mano a su espada, y como estaba en lugar angosto, teniéndole en medio, se abrazaron con él; como eran muchos, quitáronle las armas y la vara, y le pusieron dos pares de grillos y guardas. El les dijo que le diesen parecer de letrados de que su cargo era espirado, que él lo depondria. Juntáronse para este efeto el licenciado Agustin de Cisneros, natural de Medina de Rioseco, y el licenciado Molina, de Almagro, y el licenciado Peñas, de Salamanca: tratando dello, dijo el licenciado Peñas, porque me hallé yo presente, que no queria dar su parecer si no se lo pagaban. Este fué el que por el parecer que dió entre Francisco de Villagra y Francisco de Aguirre sobre quién debia gobernar, le dieron cuatro mill pesos. Con esta respuesta, se desavinieron, y quedó para otro dia, que no se concertaron mas ni se trató de parecer. Desde a tres dias, estando todos comiendo, se quitó los grillos, y al pasar por donde estaban los guardas le defendió uno dellos la salida, al cual dió una cuchillada en un brazo: haciéndole lugar se metió en la iglesia. Acudió luego todo el pueblo al repique de una campana, y cercaron la iglesia donde se habia metido con un foso y muchos maderos con ímpitu de bárbaros, sin que le pudiesen meter comida ni otra cosa alguna, y una vez que le quiso meter una bota de agua un fraile de la órden de San Francisco, mirándole si llevaba algo, le hallaron la bota; demas de quitársela, lo echaron de allí. Bien pudieran sacallo de la iglesia si quisieran; dejáronlo de hacer, porque se metieron con él algunos hidalgos sus amigos, y porque no hubiese alguna muerte, queriendo evitar mas el daño que el escándalo y alboroto: de esta manera que hemos dicho estuvo dos dias. Viendo que se perdian por sed y hambre, acordó darse al vulgo, deponiendo ante todas cosas el cargo de teniente de gobernador: desta manera salió de la iglesia. Depuesto el cargo, se fué a la ciudad Rica, donde era vecino.

Desde a ocho dias siguientes llegó a la ciudad de Valdivia Martin Ruiz de Gamboa, quedando concertado con el gobernador que para tantos dias de enero del año de sesenta y seis estuviese con la jente que habia de traer en el rio de Biobio, abajo de la ciudad de Angol dos leguas. Llegado Martin Ruiz a la ciudad de Valdivia, fué rescebido con infinita alegría, y porque salian de la pelaza en que habian estado con Pedro Fernandez de Córdoba, corrieron toros y otros autos de placer.

El jeneral proveyó por la comision que llevaba tenientes de gobernador en todas las ciudades, y comenzó a hacer jente para acudir con tiempo donde tenia de hallar al gobernador; y para buen aviamiento hizo acuerdo con los oficiales del Rei para pagar la ropa que se tomase de los mercaderes. Hizo gasto de quince mill pesos en ropa, caballos y armas, con tanta solicitud, que en cuatro meses se aprestó y salió de la ciudad de Valdivia para la Imperial, que es el camino por donde

tenia de ir con ciento y diez hombres bien aderezados de caballos y armas.

El gobernador, despues que despachó a su teniente jeneral, como arriba se ha dicho, para su buen aviamiento, proveyó por su maestre de campo al capitan Lorenzo Bernal, teniendó entendido que era hombre que se le podia encomendar mejores cargos, por su buen entendimiento de guerra, comprando caballos de los vecinos de Santiago, en descuento de los pesos de oro que debian al Rei, con que aderezar los soldados que trajo el capitan Costilla, que todos venian a pié. Mandó hacer fustes de silla, muchas celadas y las demas cosas necesarias para la guerra; todo lo cual se hizo con gran presteza, y se proveyeron todos; y para llegar al rio de Biobio al tiempo concertado con su jeneral, partió de la ciudad de Santiago con trecientos hombres y ochocientos amigos. El artillería envió por la mar a la ciudad de la Concepcion. Por sus jornadas se puso en el rio, y otro dia llegó el jeneral con ciento y diez hombres. Pasado el rio, que era por donde se tenia de entrar a hacer la guerra, se juntaron los dos campos.

CAPITULO LIII.

De como el gobernador Rodrigo de Quiroga hizo consulta de guerra con todos los capitanes que llevaba en su campo por dónde se entraria a hacer la guerra a Arauco y a Tucapel, y de lo que se acordó.

Juntos que fueron los dos campos, el gobernador mandó al maestro de campo que tomase reseña de toda la jente para saber el número que habia de hombres que tomasen armas; halló eran por todos cuatrocientos, en que habia docientos y sesenta arcabuceros. Luego mandó juntar los capitanes antiguos que venian en su campo, y* por honrar algunos hombres principales de los que habian venido con el capitan Costilla, mandó se hallasen presentes. Despues de haber hecho compañías de toda la jente de a pié y de a caballo, y señalado los capitanes y el número que cada compañía habia de tener, juntos en consulta de guerra trataron algunos que en el fuerte de Catiray, donde habián los indios desbaratado al licenciado Altamirano y muerto a Pedro de Villagra, habia mucha junta de jente que los estaban esperando, y que pues tenia el gobernador tanta jente y tan buena con tantos arcabuces, no era bien pasara delante sin desbaratallo, pues era cierto los indios en su relijion tenian aquel lugar por adoratorio y cosa invencible por haberles ido siempre allí bien, y que habian de entender que para cristianos no habia cosa dificultosa sino todo llano, y que agora tenia el gobernador aparejo para dárselo a entender, y que un campo tan grande como el que tenia no se juntaba en Chille tan fácilmente; que no se debía perder tan buena ocasion: estos eran algunos de los capitanes antiguos, y el que mas insistia en ello era el capitan Francisco de Ulloa. Otros que mas atentamente median las cosas, decian que no se debía de pelear

en fuerte alguno, sino despues de bien reconocido, viendo que estaba puesto en parte cómoda, o a lo ménos con el ménos riesgo, ya que no con conocida ventaja, y no torpemente aventurallo a cosa incierta; y que no era de capitanes prudentes juzgar las cosas al mas o ménos, sino pesadas con gran cordura, pues era cierto que si desbarataban a los indios en el fuerte que tenian, no aventuraban a ganar cosa alguna sino maderos y piedras, detras de las cuales estaban metidos, porque tenian las espaldas una quebrada grande, y junto a ella otras muchas, que si les decia mal se echaban por ellas, sin perder mas jente de la que al primer ímpetu les podian matar, que serian bien pocos por respeto de la defensa grande que tenian. Despues de haber tratado el pro y contra sin que se resumiesen en cosa alguna, el maestre de campo fué con cincuenta soldados a reconocer el fuerte, o de la manera que estaban, y llevó por delante una mujer india con una carta que diese a un meztizo que decian estaba con los indios. Llegó cerca del fuerte sin ver indio alguno; desde allí envió la india con la carta no pasando adelante. Los indios de guerra desde lo alto estaban mirando el camino que llevaba, y no parecieron por dejallo llegar hasta el fuerte sin salir a él; mas desde que vieron habia parado y no pasaba adelante, salieron de las emboscadas donde estaban metidos mas de diez mill indios, y mui desvergonzadamente se vinieron a los cristianos. El maestre de campo mandó se retirasen la cuesta abajo: los indios vinieron tras dél un poco, y viendo que no esperaba se pararon.

El gobernador volvió a tratar el camino que se llevaria para entrar en Arauco; decíanle que desbaratando aquel fuerte cualquier camino era bueno. El maestro de campo afirmaba no era de tratar en aquello, sino dejallos en su fuerte e irse por la montaña de Talcamávida, que era desembarazada; porque los indios que en el fuerte estaban, viendo que los despreciaban, habian de salir y venillos a buscar, y que él entónces pelearia con ellos de la manera que quisiese; y que si todavía el señor gobernador era de parecer, porque estaba indeterminable, se fuese a combatir, que él se desistia del cargo y pelearia como soldado: decia estas palabras con tanta determinacion, por experiencia que tenia, que movia a los oyentes. El gobernador como prudente, entendiendo que aquello era lo mejor, mandó se fuese por el camino de Talcamávida.

Los indios de guerra, como eran muchos convocados de todo el reino, viendo que los dejaba, salen del fuerte y se le van a poner delante en una loma por donde habia de pasar, y hacen luego un fuerte de poca defensa: puestos en él y al derredor esperaron. El maestro de campo llevaba el avanguardia con cincuenta hombres: llegado donde los indios estaban, reconoció eran perdidos. Salieron a escaramuzar con él y peleó un rato al principio; luego salió tantajente en favor de los que escaramuzaban, que le convino retirarse una loma abajo, y tan sin orden, que algunos cayeron de los caballos envueltos con los indios. Despojaron de las armas a Gabriel de Zúñiga, el cual, por el buen socorro que tuvo y buen ánimo para defenderse, no murió. Tomas Pastene cayó el caballo

con él, y por el socorro que tuvo del maestro de campo no fué muerto, aunque él se defendió con buen ánimo: el campo se alojó en un llano junto a los indios, lugar conviniente. Luego otro día el maestro de campo con trecientos hombres volvió a combatir con los indios, creyendo los hallara en el fuerte; mas ellos como hombres de guerra, conociendo su perdicion en la parte que estaban, desmampararon el sitio que tenían: cuando llegó ya se habían ido. Tuvo algunos émulos que decían lo había hecho no acertadamente, pues como hombre de guerra y tan ejercitado, conociendo que los indios estaban en parte que se les podía hacer mucho daño, no los había de dejar, sino entretenerlos y enviar por jente, porque en aquel suceso bueno se castigaba toda la provincia. El maestro de campo se descargaba diciendo: indios que habían tenido ánimo para desamparar el fuerte en donde primero estaban, y se les habían venido a poner delante, no era de entender habían de huir sino pelear, pues con él habían escaramuzado y le habían hecho volver las espaldas, que era mas acrecentamiento de ánimo para no irse hasta probar su fortuna.

CAPITULO LIV.

De cómo yendo el gobernador Rodrigo de Quiroga para entrar en Arauco por la montaña de Talcamávida, pelearon los indios con él, y de lo demas que sucedió.

Después que los indios desampararon el fuerte, se retiraron a la montaña de Talcamávida, por ser tierra áspera y de muchas quebradas, por donde de necesidad el campo había de caminar para entrar en Arauco; y como eran muchos, se fortificaron con piedras y maderos, no para pelear dentro de aquel sitio que por fuerte tenían, sino para estar seguros no los tomasen descuidados; y en el entretanto que el gobernador llegaba a aquel paso, pusieron dos emboscadas dentro del monte para que habiendo el campo pasado hiciesen arremetida en la retaguardia, y que ellos saldrían entónces de su fuerte y se le pondrían delante, para que todos a un tiempo diesen en los cristianos: con esta órden los turbarían y harían alguna suerte con que tomasen ánimo para lo de adelante. Andaban entre estos indios algunos principales hombres de guerra y los mas nombrados entre ellos, Llanganaval, señor en el valle de Arauco, Milla-lelmo, Loble, a quien todos seguían. Dada esta órden, estuvieron en el puesto que les fué señalado, esperando que los cristianos llegasen. El gobernador caminó en batalla con todo el campo; el maestro de campo llevaba el avanguardia. Llegado al fuerte, salen los indios a él y se le ponen delante; los emboscados salen al mismo tiempo y arremeten a la retaguardia con grande ánimo. El jeneral Martin Ruiz que la llevaba a su cargo, defendiendo y peleando, mandaba recoger los bagajes: fué la voz de mano en mano que los indios habían desbaratado la retaguardia. El gobernador mandó al maestro de campo que volviese a dalles socorro con algunos arcabuceros. Luego, recojiendo los bagajes y de-

jando soldados para guarda dellos, con la resta que le quedaba rompió con tanta determinacion en los indios que los desbarató y pasó por ellos, alanceando algunos; siguióse el alcance camino de Arauco mas de una legua, aunque se hizo poco efeto por ser mala tierra para caballos y mui a propósito de los indios, que como es jente suelta andan desenvueltamente por los cerros como quiera. El maestro de campo llegó a la retaguardia, y recojido, echados los indios por las quebradas, y muertos algunos con los arcabuces, volvió [a] alcanzar al gobernador, que estaba hecho alto, y por ser tarde alojó su campo cerca de allí. Otro dia llegó al valle de Chiculingo y cortó las simenteras a los indios.

Desde allí se fué otro dia al valle de Arauco, y estuvo algunos dias llamando aquellos principales viniesen a darle la paz. Viendo que estaban olvidados de ella, mandó les cortasen los panes, que tenian mui buenos. Andando ocupado en cortar estas chácaras de maiz, hubo entre dos soldados cierta diferencia en que el uno dió una cuchillada al otro. Los amigos del que habia recibido la cuchillada tomaron las lanzas y le dieron ciertas lanzadas de que murió. El que lo hirió tenia muchos amigos, y por no dar ocasion que hubiese alguna revuelta, mandó el gobernador al maestro de campo lo prendiese y hiciese justicia, la cual, a contemplacion de algunos amigos suyos, dilató y quedó sin castigo, aunque despues le fué mal agradecido. Desde allí pasó el gobernador a poblar la ciudad que Francisco de Villagra habia despoblado, buscando sitio competente cerca de la mar para poderla socorrer con navios, porque donde la habia poblado D. García de Mendoza estaba de la mar siete leguas, y si los naturales se rebelaban y quitaban las simenteras, no se podian aprovechar de los bastimentos que por la mar llevasen, a causa de ser léjos, y que yendo por ellos habia de ir jente que bastase para su defensa, si indios de guerra saliesen al camino; porque repartidos los que iban y los que quedaban, estaban todos en ventura y suerte de perderse. Por este respeto el gobernador, como hombre que tenia tanta plática y experiencia de guerra, buscó donde poblar aquella ciudad a propósito, y para el efeto que deseaba halló que en el rio del Levo habia puerto razonable para navios grandes y mui bueno para pequeños, y en comarca que se podian proveer de lo necesario, y el rio apacible con menguantes y crecientes. Asentó el campo allí para poblar, y quedando a la lijera hacer la guerra a los naturales, trayéndolos de paz, o destruirlos. Luego otro dia pobló y le puso el nombre que de ántes tenia así como D. García se lo habia puesto, habiendo tres años que Francisco de Villagra la habia despoblado por su mala órden de gobierno. Repartidos solares a los vecinos que en ella habian de ser, comenzó a llamar de paz los principales que le viniesen a servir; a esta voz vinieron los comarcanos, y siendo informados otros muchos les perdonaba lo pasado, animáronse para venir a servirle; y dió ansí mismo órden se hiciese un fuerte cerca del rio en parte conviniente, para estar al seguro, con dos torres, donde estaban cuatro piezas de artillería y los españoles recojidos dentro en él. Y

porque los vecinos de Santiago habian gastado mucho en aquella jornada, como de ordinario lo han hecho con todos los gobernadores, siguiéndolos y sirviendo al Rei, aunque dello nunca fué informado, pues es cierto han merecido mucho; porque el sustento ordinario de todo el reino ha dependido de ellos, rescibiendo soldados en sus casas, curándolos sus enfermedades, dándoles de comer a ellos y a sus criados y caballos, vistiendo a los desnudos, dando caballos a los que estaban a pié, gastando en jeneral sus haciendas sirviendo al Rei; que de justicia habian de ser jubilados, lo que no se ha hecho ni hace; sino derramas e pensiones, si en el reino se echan por los gobernadores con las colores que quieren, ellos han sido los primeros que las pagan y lo son en el dia de hoy, sin tener atencion a lo que tengo dicho; porque en las Indias el Rei D. Felipe, nuestro señor, no es tan señor dellas como lo son sus gobernadores, que les parece que el tiempo que gobiernan lo han todo heredado de sus padres. Y es verdad, por la profesion que tengo de cristiano, no me mueve a lo que dicho tengo sino decir verdad. Vuelto al gobernador Rodrigo de Quiroga, por estar léjos de sus casas, que habia casi cien leguas de camino, y entraba el invierno, agradeciéndoles lo que en servicio del Rei habian hecho, les dió licencia se volviesen; y porque el camino de Ilicura, saliendo por él al valle de Puren, se hacia mucho efeto el hollarlo, y castigar aquellos indios, mandó al maestro de campo que fuese a aquella jornada con ciento y treinta hombres. Entre todos los que habian de ir fueron de los vecinos de Santiago todos los que en el campo andaban y algunos otros de las demas ciudades del reino, con acuerdo que el maestro de campo, como hombre que sabia la tierra, hiciese lo que le pareciese que convenia. Seguiendo su camino, entró por el valle de Ilicura cortando las simenteras a los naturales y quemándoles las casas llenas de comidas, que son legumbres y bastimentos del año de atras. ¡Gran lástima verlas arder! sin querer aquellos bárbaros venir de paz, porque estaban de las vitorias pasadas tan altivos, que todo lo despreciaban, dándose poco por su perdicion. Desde allí fué al valle de Puren, que es mui fresco en todo tiempo y mui fértil. Los indios, como vieron los españoles dentro en su tierra, desampararon sus casas y se metieron huyendo en una ciénega grande, que tiene dos leguas de monte y agua, donde se hacen fuertes, y no se les puede entrar sino es mui de propósito, y ha de ser por muchas partes y con posible de jente; por cuyo respeto se quedan muchas veces sin castigo este valle. Despues de haber destruido todo lo que en él tenian sembrado, el maestro de campo, porque no pareciese no hacer efeto su ida, entró en la ciénega, que por ser el año seco no era dificultosa la entrada ni de andar por ella: tomaron los soldados muchas mujeres y muchachos y algunos indios de guerra que se castigaron, y reservando algunos los envió por mensajeros a llamar los señores principales viniesen a dar la paz. Los indios daban esperanza della, y como no se efetuaba, no se les dejaba de hacer la guerra. El invierno venia entrando recio; los vecinos que allí estaban

importunaban al maestro de campo los dejase ir a sus casas, diciendo: el gobernador les habia mandado estuviesen en Puren quince dias y no mas, que ya eran pasados treinta; pues tenian jornada tan larga y entraba el invierno, no les hiciese mala obra. Queriendo darles contento, pues tan bien lo merecian, los dejó ir y se volvió a la ciudad de Cañete, donde el gobernador estaba con sesenta hombres, habiendo licenciado otros sesenta entre vecinos y soldados antiguos. Llegado al gobernador, despues de haberle dado cuenta de lo hecho, dió orden de ir al valle de Arauco y hacer asiento en él hasta atraer de paz aquellos indios y reedificar el fuerte que despobló Pedro de Villagra.

CAPITU LV.

De cómo el gobernador Rodrigo de Quiroga salió de la ciudad de Cañete a hacer la guerra y atraer de paz la provincia de Arauco, y de lo que hizo.

Despues que el maestro de campo hizo espaldas a los vecinos de Santiago y de las demas ciudades, para que con seguridad fuesen su camino, vuelto a la ciudad de Cañete, el gobernador se ocupó aquel invierno en traer de paz la provincia, guardándola a los principales que la daban, y castigando a los que estaban en rebellion y contumacia. Llegada la primavera, salió con ciento y treinta soldados a la provincia de Arauco, por ser de mas jente y lo mas poblado de todo el reino. Los indios en esta provincia, por ser fertilísima, a cuya causa cada un indio, teniendo las mujeres que puede sustentar multiplican mucha jeneracion, y como son muchos no pueden vivir quitándoles el valle; los cuales, entendiéndolo así, cuando ven pujanza de jente, aprovéchanse del tiempo, y como ven que en saliendo a dar la paz se la tienen de recibir, vinieron luego disculpándose. El maestre de campo les mandó por orden del gobernador no estuviesen en los montes, sino en sus casas, como lo solian hacer ántes que los cristianos entrasen en sus tierras: respondiéronle que lo harian así. Luego se llamaron unos a otros, y asentaron en sus casas y haciendas: demas de estos indios vinieron otros muchos, y se abrió camino para ir desde allí a la Concepcion por Andelican, que es mui cerca cuando se puede caminar. Arauco como es la cabeza, todos los demas principales siguiendo su opinion, vino de paz Colocolo, que era el principal capitán de todos, y que sustentó el cerco en la casa de Arauco, estando en ella el maestro de campo: demas deste vinieron otros muchos.

Gastóse aquel verano en acabar de quietar aquellos indios y hacellos que fuesen a la ciudad de Cañete a servir en aquello que los cristianos los quisiesen ocupar. El gobernador esperaba a su jeneral, que habia ido a la ciudad de Santiago para traer indios amigos y ganado, que faltaba bastimento en el campo. Para aquel tiempo concertado, vino y llegó en coyuntura tan buena que las vacas que a cuenta del Rei habian traido y carneros eran acabados. Trajo el jeneral con los amigos mill

cabezas de puercos, que es el mejor bastimento de todos para en la parte donde estaban, los cuales eran del gobernador de su propia hacienda; que en gastar de la del Rei fué tan templado, que ántes gastaba de la suya que mandar se gastase algo de lo que al Rei pertenescia, sino era en caso forzoso.

Llegado el jeneral, trató el gobernador con él, que con la jente que tenia consigo asentaria lo que estaba de guerra, y acabaria de allanar todo lo demas y ponelle de paz; que le parescia en el reino habia muchos soldados que no se habian querido hallar en aquella guerra por respeto de no tener que dalles, a causa de estar todo repartido por los gobernadores pasados, huian de andar en ella, pues no sacaban mas del trabajo, y que destos en las ciudades de Valdivia, Osorno y las demas a ellas comarcanas habia muchos, y otros que a la fama acudirian, juntos todos poblaria una ciudad en la provincia de Chilué. Habiendo mucho ántes desto escrito y enviado comision al tiniente que en la ciudad de Valdivia tenia, que con toda la diligencia posible hiciese una fragata y que estuviese acabada para Navidad, que es en mitad del estio en el reino de Chile, como lo es en España del invierno, y con comision que le dió para que de la caja del Rei pudiese gastar dos mill pesos para el aviamiento y despacho desta fragata, y de otra que le mandó dar y le andaba sirviendo, y al presente habia venido de la ciudad de Valdivia cargada de trigo para que los vecinos hiciesen simenteras, y de otros bastimentos necesarios para pueblo nuevamente poblado, en la cual fragata mandó embarcar algunas piezas de artillería pequeñas y una pieza de campo de bronce. Con esto se partió a la vela para la ciudad de Valdivia, y al jeneral despachó se fuese para que pudiese hacer su jornada. Antes que entrase el invierno salió de Cañete, camino de la ciudad de Angol, que es una travesía para caminar con seguridad estando la provincia de guerra, por ser despoblado y pocas veces usado de los naturales: el dia que salió de la ciudad, los indios comarcanos, como jente que jamas tuvo paz verdadera sino de traidores, y que siempre esperan coyuntura para hacer maldades, tuvieron aquel dia aparejo para matar mucho servicio que iba a herbajar; bien descuidados, no llevando escolta que los guardase, dieron en ellos y mataron mas de cuarenta yanaconas de servicio. Llámense así, porque son indios extranjeros y sueltos que sirven a cristianos, y es este su nombre. Salieron soldados de Cañete al castigo y mandó el gobernador al maestro de campo, el cual vino y castigó algunos no tanto quanto su culpa merecia.

CAPITULO LVI.

De cómo el gobernador Rodrigo de Quiroga salió de la ciudad de Cañete con ciento y cincuenta hombres de a caballo a correr la provincia, y de cómo los indios vinieron sobre la ciudad y de lo que acaesció.

El gobernador Rodrigo de Quiroga, con ánimo de sosegar y asentar

la provincia de Tucapel y todo lo demas que estaba de guerra, por estar algo apartado servían mal y ponian voluntad de no servir a los que estaban de paz, y hablar a los naturales dándoles a entender se apartasen de cosas pasadas y perseverasen en la amistad que habian dado, no fuese de condicion de la que otras veces tan encubiertamente daban; y para poder ir conjente que les pudiese temor y pudiese castigar a los contumaces, por haber malos pasos de montañas en muchas partes que habia de pasar, llevó ciento y treinta soldados, no teniendo aviso de lo que traian los indios encubierto para el tiempo que saliese jente conforme al número que les pareciese ser a propósito para efectuar su intincion, estando de muchos dias atras palabrados y resumidos, con espías que de ordinario tenian que les daban aviso de todo lo que se hacia. En tratando el gobernador de hacer la jornada, luego fueron avisados de todo, y como a jente tan inconstante, olvidada de todo bien resebido, enviaron mensajeros por toda la provincia dando dello aviso, y como tenian los ánimos aparejados para semejantes maldades, con grande secreto se juntaron número de doce mill indios, trayendo por sus capitanes a Millalelmo y Loble, indios belicosos y valientes, con otros muchos hombres principales de guerra. Despues de informados que el artillería que los españoles tenian, la mayor parte della habian llevado en la fragata por mar a Valdivia, y que la que quedaba era de poco provecho; porque dos piezas grandes, ellos las habian ayudado a embarcar con otras diez pequeñas, y que la que estaba en el fuerte no era de temer, que aun cristianos que la supiesen tirar no los habia, y que los mas valientes que ellos conocian eran idos con el gobernador, y los que estaban en el fuerte eran soldados mal pláticos de guerra y para poco; con esta nueva, paresciéndoles que ya lo tenian todo en sus manos, vinieron sobre la ciudad: los yanaconas que de fuera andaban tocaron arma. El capitan Agustin de Ahumada habia quedado para tener aquella ciudad a su cargo; como vido los indios que acercándose venian, mandó recoger el ganado y caballos dentro del fuerte y mandó limpiar el foso y reparar los lugares que estaban de poca defensa, lo cual pudieron hacer, aunque el tiempo fué breve, por ser pequeño el sitio en que estaban. Los indios iban con grande ánimo a dar asalto al pueblo: el capitan Ahumada mandó cargar el artillería, que aunque habian llevado en la fragata la que el indio dijo, quedaban dos piezas grandes en los dos cubos; en cada uno dellos, una. Estas dos mandó que dos soldados tuviesen cuenta con ellas, no se ocupasen en otra cosa. Los indios venian cerrados en sus escuadrones para batir el fuerte. Un soldado que se llamaba Ortuño, vizcaino, con cólera de su nacion, no pudo esperar con su ánimo, que no disparase una pieza de campo que a su cargo tenia, y aunque los indios estaban léjos, hizo tan buena puntería, que dándole fuego dió la pelota junto al escuadron y de recudida acertó a un indio valiente en la cara, que le hizo pedazos la cabeza y murió luego.

Viendo Millalelmo que aquel tiro desde tan léjos habia hecho aquel

efeto, dijo a la espía: «¿Tú no me dijiste que estos cristianos no tenían artillería, por qué me has engañado?» El indio le respondió: «Lo que yo te dije es la verdad: el artillería que fué en la fragata yo la ayudé a embarcar, que fueron diez tiros pequeños y dos grandes, y que la que quedaba era de poco provecho; bien podia ser tuviesen alguna pieza enterrada que yo no la viese.» El sitio del fuerte estaba en un llano: reconociendo que habian de ir al descubierto a comba-tillo, y que con el artillería ántes que llegasen los matarian, acordaron de tomar por delante una pared que junto al fuerte estaba para su defen-sa. Por otra parte vido Millalelmo que un soldado arcabucero, estando el río en medio, con ser bien ancho derribó un indio muerto, dándole por los pechos la pelota, por donde entendió que acercándose mas rescibirian mucho daño; por la cual causa puso su jente repartida, de manera que no pudiese ningun cristiano salir ni entrar, con mucha guardia, teniendo espías que les daban aviso en donde el gobernador estaba: intentaban sacar trincheas por donde se llegasen a combatir el fuerte, tratando qué orden tendrian para salir con su empresa. Sucedió que en el campo del gobernador, como habia veinte dias que andaba fuera de la ciudad bien descuidado de lo que pasaba, un soldado le pidió licencia, y tras de este otros diez: yendo su camino toparon cerca del fuerte muchas mujeres cargadas de vino, y otras que venian. Pregon-tándoles de dónde venian, responden que de llevar de comer a los indios de guerra que estaban con los cristianos peleando. Con esta nueva tuvieron miedo, y estuvieron en si pasarian adelante o no: al fin pa-rescióles que no habria tanta jente que les estorbaba la entrada, porque no sabian de la manera que los indios estaban sitiados. Estos diez soldados, llegando cerca con ánimo de hombres ejercitados en la guerra, los caballos al galope, entraron dando voces, diciendo: «Arma, cris-tianos, que aquí viene el maestro de campo.» Los indios, como vieron el caso repentino, tocaron arma con sus cuernos, como estaban acos-tumbrados, y acudieron a tomar las armas. Los españoles, como sabian las entradas del fuerte, pudieron entrar en él pasando por el lugar que los indios dejaron desamparado por respeto de recojerse a su escuadron, no sabiendo el número de la jente que venia. Los que estaban en el fuerte se pusieron a caballo y salieron fuera, entendiendo que el gover-nador venia, mas como se informaron que no era mas jente de los diez soldados que habian entrado, y vieron los indios se estaban en su escua-dron quedos, se volvieron al fuerte con mas ánimo del que habian tenido.

El maestro de campo dejó al gobernador en un asiento llamado Engolmo, y fué adelante con treinta soldados: preguntando a un indio que topó: «¿dónde estaban los indios, que no parescen?» respondióle: «son idos al bucara;» entendió que habian ido a servir, como lo hacen cuando estan de paz. Yendo mas adelante una legua llegó a otros pue-blos, y como no hallase jente en ellos, preguntó a una mujer adónde estaban los indios, en qué andaban: respondióle eran idos a pelear con los cristianos que estaban en el fuerte: siendo de otros bien informado,

halló era verdad. Luego caminó a toda la prisa que pudo hasta donde el gobernador estaba, contándole el caso; aunque el gobernador ya lo sabia, y estaba con cuidado por su tardanza, se partió camino del pueblo al mayor paso que pudo, por llegar a tiempo que pudiese hacer algun efeto. Los indios, como vieron el socorro que habia entrado, entendieron que el gobernador lo habia enviado adelante como a mensajeros que diesen aviso para que mejor se defendiesen, creyendo que el campo seria breve allí, se dividieron y fué cada uno la vuelta de su tierra; que si el gobernador llegara a aquella coyuntura hiciera una grande ejecucion de justicia, mas quiso la suerte de los indios que aunque se fueron y levantaron el cerco, no fuese sin castigo de algunos; porque el gobernador, que venia caminando con mucho cuidado por la salud de aquella ciudad, llegando cerca topó muchos indios de los de guerra que se volvian a sus casas. Viéndose todos a un tiempo, aunque huyeron, alancearon muchos, y otros que tomaron vivos castigó por justicia. Desde a poco llegó a la ciudad, que estaba cerca, fué bien rescebido: luego mandó hacer la guerra y castigar a todos los que encubiertamente habian consentido en la rebelion; castigáronse algunos y los demas sosegaron por entónces.

CAPITULO LVII.

De cómo el maestro de campo pasó a invernar de la otra parte de Arauco sobre Tavolevo, y de lo que hizo.

Llegado el gobernador a la ciudad de Cañete, paresciéndole que seria posible, como los indios habian venido sobre aquella ciudad, hubiesen ido ansímismo sobre la de Angol, por estar mas desproveida de jente, se informó de algunos principales, los cuales le dijeron la tenian cercada y puesto sitio en tres partes, tan apretada y aparente a los que habian estado en Angol, que creian ser así, y que los cristianos se perderian breve. Teniendo esta nueva por verdadera, conforme a lo que en otras cosas habia visto, mandó a el maestro de campo fuese a deshacer aquella junta y castigallos, que si no fuese verdad, no se perdía cosa alguna en hacer aquel camino, porque a los vecinos animaria y castigaria los indios que pudiese haber: los cuales echaron esta nueva, no para mas efeto de pervertirlos, como pareció; porque llegado, halló ser mentira, como de ordinario las tratan, mayormente cuando se ven derribados, y que son inferiores. Pues vuelto el maestro de campo, trató con el gobernador que para acabar de asentar los indios que estaban entre Arauco y la ciudad de Angol de la otra parte de la Cordillera, le parecia ir a invernar en aquella comarca, pues no habia otra parte mas cómoda para deshacer el desinio de aquellos naturales, viéndose apretados por todas partes. Para hacer esta jornada, con órden del gobernador salió de Arauco con ciento y veinte soldados a caballo. Despues que hubo corrido la tierra de Mareguano, que es donde tenian hecho el bucara

y fuerte para pelear con el gobernador, estando dentro en él, mandó a los yanacónas quemar mucha parte de la defensa que en él habia, y hizo asiento en una tierra llamada Millapoa para desde allí llamar aquellos indios, y castigar en sus personas y haciendas a los que no quisiesen tener quietud. No embargante esta órden, los naturales, aunque le tenian dentro en sus casas, no tuvieron pensamiento de servir, sino andarse por los montes, dándose poco por el frio y temporales del invierno, ántes lo desvelaban de cada dia con nuevas falsas que echaban en su campo algunos indios que en correrías tomaban, y otros que de maña le venian a ver. A cabo de tres meses que allí estaba con necesidad jeneralmente de toda cosa, sin haber hecho mas de haber desanimado aquellos indios, los soldados que con el maestro de campo estaban, como hombres que nuevamente habian entrado en la guerra, pasaban mucha necesidad por falta de servicio: ellos propios, siendo hombres nobles, iban por la yerba y paja para cubrir unas chozas pequeñas en que estaban, y no tenian que comer, ni lo hallaban, y andaban descalzos: importunaban mucho al maestro de campo se volviese a Cañete, donde el gobernador estaba, dejando aquella guerra para el verano adelante, pues del tiempo que allí habian estado ningun provecho dello habia resultado. El maestro de campo, entendiendo vendrian de paz, se estuvo mas tiempo del que los soldados quisieran, porque ya que no se hacia tanto fruto que se asentasen aquellos indios, quitábaseles la ocasion de ir ellos mismos a inquietar a otros, por cuya tardanza los soldados comenzaron a tratar mal dél en secreto, con vituperios de palabras; y como a los que mandan ninguna cosa se les esconde, aunque las decian entre ellos y no en público, todo lo sabia, de lo cual nació una mala voluntad que contra él tomaron. El cual, como hombre que tenia el supremo mando, comportaba con buen ánimo todas aquellas cosas, dándoles las mejores palabras que podia; esta enemistad duró entre estos soldados algunos dias, que nunca perdieron el rencor que le tenian, miéntras tuvo mando ni aun despues. Viendo el maestro de campo cuán desgustosos andaban y que de su estada no sacaba ganancia alguna, y como de ordinario se informaba de lo que los indios hacian y trataban, supo se andaban juntando para pelear con él. Considerando el sitio que tenia para de invierno, aunque era el mejor que habia en aquella comarca, era malo, cercado de ciénegas, y solo una loma por donde podian andar, y esa angosta y de muchas quebradas. Por no esperar en mal sitio suceso dudoso y con jente descontenta, partió una noche y se vino al valle de Arauco, y fué a tan buena coyuntura, que si muí de pensado lo quisiera hacer y tuviera nuevas de Arauco, no le sucediera mejor, porque llegó a tiempo que andaban los principales del valle en banquetes y fiestas tratando de pelear. Con su llegada cesó el bullicio que traian, y les habló a todos poniéndoles temor para lo de adelante y presente: diciéndoles volveria breve, se fué a Cañete, donde el gobernador estaba.

CAPITULO LVIII.

De cómo el jeneral Martín Ruiz de Gamboa, por orden del gobernador Rodrigo de Quiroga, fué a poblar la ciudad de Castro y de lo que hizo. Está esta ciudad poblada en cuarenta y tres grados.

El jeneral Martín Ruiz salió de la ciudad de Cañete por orden del gobernador para ir a poblar en lo que se llama Chilué, porque no solo se contentaba Rodrigo de Quiroga con restaurar lo que Francisco de Villagra había perdido, mas poblar al Rei una ciudad nuevamente, reparando lo que tenía presente y acrecentando por sus capitanes lo de léjos, y tan sin costa del Rei que se juntaron en breves días en la ciudad de Osorno ciento y diez hombres, que era por donde se había de entrar a hacer la jornada: que como tuvieron nueva iba [a] aquel efeto, acudieron de muchas partes soldados para ir en su compañía. Viendo la orden que tenía y se reparaba para llevar bastimentos y cosas pesadas por la mar, como hombres que sabían cierto iba a poblar, y así todos los que quisieron embarcaron sus ropas y las demas cosas que tenían, quedando ellos a la lijera. Antes que pasase el verano, salió de Osorno y llevó consigo algunos vecinos de la misma ciudad que tenían sus repartimientos de indios en comarca de la ciudad que iba a poblarse. Estos para que le ayudasen a pasar los caballos y soldados [por] un brazo de mar que divide la tierra firme de Osorno de la isla de Chilué, puestos todos en este desagüadero que corre la mar por él en sus menüantes y crescentes con mas braveza que un rio grande por impetuoso que venga, y es menester para pasar de un cabo al otro conocer el tiempo; porque muchas veces se ha visto perder los caballos y meter la corriente a los cristianos dentro en la mar grande, y han escapado los que así han ido, con gran trabajo, porque el pasaje que tienen es unas piraguas hechas de tres tablas y una por plan, y a los lados a cada un lado una, cosidas con cordeles delgados, y en la juntura que hacen las tablas, ponen una caña hendida de largo a largo, y debajo della y encima de la costura una cáscara de árbol que se llama maque, mui majada al coser: hace esta cáscara una liga que defiende en gran manera el entrar del agua. Son largas como treinta y cuarenta piés y una vara de ancho, agudas a la popa y proa a manera de lanzadera de tejedor. Destas piraguas, que es el nombre que les tienen puesto los cristianos, que ellas se llaman en nombre de indios dalca, se juntaron cincuenta. Reman a cada una conforme como es, de cinco indios arriba hasta once y doce y mas: navegan mucho al remo. En estas piraguas pasó en cuatro días trescientos caballos a nado por la mar adelante hasta llegar a la otra costa, lonjitud de una legua castellana, y ciento y diez hombres juntamente con los caballos, que fué un hecho temerario; porque de ninguna nacion, griegos ni romanos, se halla escrito haber ningun capitán hecho caso semejante. Estando de la otra parte, informado de la dispusicion de la tierra, halló que no había camino por donde pudiese

llevar el campo, sino era por la costa de la mar, a causa de ser montosa la mayor parte de la isla y llevar muchos caballos de carga. Tuvo muchos inconvenientes para que no hubiese efeto la jornada que llevaba, diciendo echaba a perder el reino, en tiempo que tanta necesidad tenia de jente, [y que] no convenia sacar ninguna mas. Martin Ruiz, como hombre prudente y que entendia no se movian de celo que tuviesen del reino sino de envidia, puesto como estaba con la jente junta y a pique de hacer viaje, paresciéndole no estaba bien a su presuncion, habiéndolo primero pesado tantas veces y resumido en que se hiciese, caminó la costa de largo ocho dias. Al cabo dellos dejó el campo, con órden que caminase detras dél, y pasó adelante con treinta soldados a caballo, para ver si habia lugar conviniente donde asentar el campo, y desde allí buscar sitio para poblar; pues se hallaba en mitad de la isla, y viendo era bien poblada, halló un asiento y por ser tal pobló en él, junto a la mar, ribera de un rio, rodeada de hermosas fuentes, criadas de naturaleza de mui buena agua, y hermosa campaña, abundantemente regalada de muchas pesquerías de toda suerte de pescados: púsole nombre la ciudad de Castro, y a la provincia Nueva Galicia. Luego se informó de los indios y tomó por memoria los repartimientos que podia dar a soldados que con él habian ido, dejando justicia en nombre del Rei. Despues de nombrado concejo y puesta horca, se embarcó en un navio del Rei y anduvo navegando hasta el arcipiélago, que es de muchas islas, y esta isla grande es la principal de todas ellas: tiene de lonjitud sesenta leguas y de latitud seis y ocho, y ansí al poco mas o ménos. Está apartada de la Cordillera Nevada cuatro leguas, y hai entre la isla y la Cordillera un otro brazo de mar que tiene de ancho dos leguas. Este brazo de mar viene de ácia él estrecho de Magallanes, y rompió por aquella parte de que hizo tantas islas, y salió por estotra que es por donde Martin Ruiz pasó con las piraguas. Desde allí adelante va la costa hasta el estrecho de Magallanes áspera, aunque de muchos puertos, porque la mar va cerrando siempre con las haldas de la Cordillera Nevada y no hai lugar donde se pueda poblar ningun pueblo otro hasta el estrecho. Pues habiendo navegado por estas islas y tomado plática de todas ellas, echó en tierra al capitan Antonio de Lastur que llamase de paz los principales de una isla grande llamada Quinchao, de muchos naturales, el cual lo hizo tan bien que trajo la mayor parte dellos consigo a dar la obediencia al jeneral en nombre del Rei, y para buen efeto dejó en la ciudad de Castro un capitan que la tuviese a su cargo y mandase visitar aquella provincia, con órden que si lo que él habia repartido saliese alguna parte incierta, lo remediase con la mejor órden posible, no permitiendo se hiciese agravio ninguno.

Dejada esta órden, se vino por la mar alegre en haberle sucedido tan bien su jornada. De allí se partió, aunque con triste nueva, por la muerte de su mujer, moza y rica, que estuvo cerca de tenerle compañía, para irse a ver con el gobernador, y por ser en mitad del invierno y por aquella tierra [que] en aquel tiempo hace bravos temporales de

norte, no pudo navegar y fué a darle cuenta por tierra de lo que habia hecho. Llegado a Cañete donde el gobernador estaba, fué bien rescebido, como hombre que tan buena cuenta habia dado de lo que llevó a su cargo. Luego desde a pocos dias le llegó nueva al gobernador que el rei Don Felipe habia proveido audiencia para el reino de Chile, y que eran llegados a la ciudad de la Serena tres navios, y en ellos venian dos oidores, y que el Rei les mandaba asentasen el audiencia en la ciudad de la Concepcion. Con esta nueva dejó al maestro de campo encargada la jente y se vino a la Concepcion, y con él el jeneral Martin Ruiz. Los oidores, llegados a la Serena, fueron rescebidos por el capitán Alvaro de Mendoza, natural de Extremadura, por tiniente de gobernador, con muchas invenciones que mandó se hiciesen para alegrarlos. Despues de haber descansado pocos dias del trabajo de la mar y rescebido algunos caballeros de los que vinieron a Chile con Costilla, que estaban quejosos del maestro de campo por causas que aunque fueran verdaderas, eran bien livianas, dándoles buena esperanza a todos, se vinieron en sus navios al puerto de Valparaiso, que es escala de la ciudad de Santiago, y fueron visitados de todos los nobles que en la ciudad habia, dándoles el parabien de su venida y festejándolos como mejor pudieron; porque Santiago es un pueblo fértil, vicioso de todas cosas, mui bastantemente proveido para la vivienda de toda suerte de hombres. Se holgaron allí, rogándoles y pidiéndoselo por merced en nombre de toda la república fuesen [a] aquella ciudad, no lo quisieron hacer, diciendo no traian órden para parar en pueblo alguno, sino era en la Concepcion, donde el Rei les mandaba asentar su audiencia. Dijéronles era invierno y por aquella costa reinaba mucho el norte, que les podia suceder algun caso adverso, no lo quisieron hacer resumidos en su opinion, de que despues fueron bien arrepentidos: y porque fueron informados que la ciudad de la Concepcion estaba falta de todo bastimento, mandaron embarcar en los tres navios que traian, el mas trigo que pudieron, y se hicieron a la vela por el mes de julio año de sesenta y siete.

Navegando con buen tiempo, les dió una tramontana al principio bonancible y de buena navegacion, como ella suele venir, y desde a poco embraveciéndose la mar, y el viento tomando fuerzas, sobreviniendo la noche, iban con grandísima tormenta, que aunque iban su derrota, no se entendian, ni sabian qué órden tener para sustentarse; y así navegando a la ventura, encomendándose a Dios, cesó el norte y saltó luego en travesía, que es otro viento peor. Este los echó la vuelta de tierra, y como era tan oscuro, y la mar andaba hecha fuego, el navio de Marroquí, que era uno de los tres y el mejor dellos, vino con el temporal tan cerca de tierra, que sin entenderse el piloto, dió en unas peñas y en el momento fué hecho pedazos. Murieron en él muchos hombres principales y nobles, en especial el capitán Reinoso, que habia servido a su majestad mucho en las Indias, Pedro de Obregon, que ansímismo habia servido a su majestad, Gregorio de Castañeda y otros muchos hom-

bres principales, que algunos dellos venian del Pirú de negocios que tenian, y otros se habian embarcado en la Serena y puerto de Valparaiso: solo escapó un pobre hombre llamado Lorenzo, jinoves, y dos indios que sin saber cómo ni de qué manera se hallaron en tierra, que los echó la mar, no supieron dar otra razon alguna. Los otros dos navios al amanecer se hallaron junto a tierra, y queriendo dar en ella, por escapar las vidas, fué Dios servido, como era de dia bonanzó un poco el viento, y con este buen socorro doblaron una punta y detras de ella hallaron un puerto que se llama de la Herradura, donde dieron fondo y estuvieron al seguro dos leguas de la Concepcion; desde allí se fueron los navios a Talcahuano, que es el puerto de aquella ciudad. Los odores se vinieron por tierra; fueron rescibidos con mucha alegría del pueblo. El gobernador les entregó el gobierno del reino y se fué a Santiago, donde tenia su casa.

Era Rodrigo de Quiroga cuando tomó el gobierno a su cargo, de edad de cincuenta años, natural de Galicia, de un pueblo pequeño llamado Tor, dos leguas de Monforte, y diez y seis de Pomferrada: hombre de buena estatura, moreno de rostro, la barba negra, cariaguileño, nobilísimo de condicion, mui jeneroso, amigo en extremo grado de pobres, y así Dios le ayudaba en lo que hacia: su casa era hospital y meson de todos los que la querian, en sus haciendas y posesiones. Se pudo con verdad decir dél, lo que decian los griegos de Cimón, aquel valeroso natural de Atenas, hijo del gran Milciades. Costóle tener el gobierno dos años poco mas que gobernó, de sus haciendas gastadas y perdidas por su ausencia, gran cantidad de pesos de oro. Gobernó bien con próspera fortuna sin tenerla adversa, ni salió de la guerra en todo el tiempo que gobernó, ántes si alguna cosa se hacia que conviniese al bien público, era el primero que ponía las manos en ella, y así se trataba como un soldado particular, teniendo mucha cuenta y mui puesto por delante el gobierno que a su cargo tenia, para que en tiempo alguno no le fuese reputado, ni puesto por cargo haber dado ocasion alguna a mal suceso. No se le conoció vicio en ninguna suerte de cosa, ni lo tuvo, tanto fué amigo de la virtud.

CAPITULO LIX.

De cómo los odores llegaron a la Concepcion y asentaron el audiencia, y de las cosas que hicieron.

Ido el gobernador Rodrigo de Quiroga, los odores asentaron el audiencia conforme a la orden que de España traian dada por su majestad y consejo de las Indias; comenzaron a oír de negocios que habia muchos, y pleitos de indios, a causa que por estar pobres no podian illos a seguir a la audiencia de los Reyes, [y] por respeto de las ordinarias guerras no tenian aprovechamiento de sus indios; luego se movieron muchos para venir a la Concepcion y pedir lo que cada uno le parecia

tenia derecho por título de los gobernadores pasados. Los oidores nombraron luego oficiales de audiencia y señalaron cárcel de corte y procuradores para los negociantes que pedir quisiesen, y oían cada día de negocios públicos, y como habían tomado todo el gobierno del reino a su cargo, después que salían de audiencia se ocupaban de cosas y proveimientos de guerra. Eran estos señores dos y sin presidente, porque otro oidor, que su majestad había proveído juntamente con ellos, llamado licenciado Serra, murió en Tierra-firme ántes de llegar al Pirú: el uno de los dos, natural de Estepa, llamado Licenciado Juan de Torres de Vera, y el otro, natural de Montilla cerca de Córdoba, por nombre licenciado Egas Venegas: ambos de conformidad tenían el gobierno.

Queriendo sustentar lo que estaba de paz y atraer lo de guerra a quietud, rogaron al jeneral Martín Ruiz de Gamboa, que lo había sido de Rodrigo de Quiroga, se encargase de hacer la guerra a los indios alzados. Hubo demandas y respuestas, porque Martín Ruiz les pedía le diesen provision bastante para podello hacer, dándole el supremo cargo. Los oidores no estuvieron en se la dar hasta ser informados de lo que convenia al bien público, y así se dilató algunos días, hasta que después por vía de ruego se fué a encargar de los soldados que andaban con el maestro de campo Lorenzo Bernal y estaban en la ciudad de Cañete; finalmente de todo escribieron por vía de acuerdo a todo el comun lo respetasen y tuviesen por su capitán como hasta allí lo había sido: con esta orden se partió y llegó a Cañete, mandando en todo lo que entendía que convenia hacerse. El maestro de campo estaba en la casa fuerte de Arauco, que quería venir a verse con los oidores; enviáronle a decir no viniese, sino que se estuviese en la guerra como estaba; y para hacer jente en las ciudades de arriba para que con mas posible se pudiese campar al seguro, enviaron al capitán Alonso Ortiz de Zúñiga, natural de Sevilla, con provision, que por la orden que se acostumbraba en el reino y a él le pareciese, hiciese la mas jente que pudiese en las ciudades de Valdivia, Osorno, Imperial, Ciudad Rica, y con ella viniese a la Concepcion.

Llegado el capitán Alonso Ortiz a la ciudad de Valdivia, presentó en el cabildo la provision que llevaba y comenzó a apereibir a las personas que podían ir en su compañía, y otros que eran tratantes y hombres que no seguían la guerra, se componían por dineros para con ellos ayudar a los que estaban pobres con que se aderezasen: juntó en breves días sesenta soldados bien aderezados, y a vueltas dellos muchos otros que venían a negocios, y las ciudades, por dalles el bien venido, les enviaron procuradores, y que demas de la orden que llevaban, tratasen cada uno lo que les pareciese conviniente a su república, conforme a la instruccion que para ello les daban. Llegó el capitán Alonso Ortiz a la ciudad de la Concepcion con su jente; fué rescebido de los oidores alegremente. Después de haber descansado algunos días del camino por respeto del servicio que traían y por no haber cosa nueva, a causa que el jeneral Martín Ruiz, estando en la ciudad de Cañete,

tuvo nueva que los indios de aquella provincia hacian un fuerte, dos leguas de aquella ciudad, como jente que no sabia tener quietud, y se juntaba de cada dia mas número, apercibió ochenta soldados y envió al fuerte de Arauco dar aviso dello al maestro de campo se hallase con él, el cual vino, y con la jente que trajo y la que el jeneral tenia se juntaron ciento y quince soldados. Llegado al fuerte el maestro de campo, reconoció y dijo al jeneral, su merced hiciese cuadrillas porque en todo caso convenia pelear: que el fuerte estaba por acabar, y por aquella parte podrian pelear a mucha ventaja, aunque los indios eran muchos; el fuerte que tenian era una trinchea lunada con dos puntas a manera de luna cuando está de tres dias. Estas puntas fenescian en una quebrada mui honda, y por la frente tenian demas del foso muchas sepolturas hondas del estatura de un hombre, algunas cubiertas de manera que no se conocian. Ellos estaban detras de su trinchea número de tres mill indios, y los mas cercanos tenian lanzas largas a medida de las sepolturas para que cayendo en ellas los soldados, sin salir a ellos, desde lo alto los pudiesen matar con las lanzas. El jeneral ordenó cuadrillas de a quince hombres cada una, porque mejor pudiesen pelear y socorrerse, y las dió [a] algunos soldados que de valientes eran conocidos: a Don Diego de Guzman, natural de Sevilla, le dió una, y [a] Alonso de Miranda otra, y a Luis de Villegas otra. Desta manera repartió todos los soldados, y con algunas alcancias de fuego que hacen entre los indios mucho efeto para desbaratallos; estando juntos, quedó el jeneral a caballo para proveer lo que conviniese, y treinta soldados consigo con que pudiese socorrer a la salud de los que habían de pelear a pié. El maestro de campo con algunos amigos quiso pelear a pié para poder mejor animar y acaudillar su jente, hablándoles primero, aunque en breves palabras, les dijo: [que] aquellos indios habian tenido ánimo esperarle allí, confiados en la fuerza que tenian de trinchea y sepolturas hondas; que no desmayasen, pues al fin eran indios, y que peleando con determinacion de hombres como otras veces habian hecho, no les esperarian el primer ímpitu: que les rogaba mirasen y tuviesen cuenta a no se detener en dar socorro a los que cayesen en los hoyos, sino que pasasen adelante, teniendo tino a la vitoria; porque si se paraban a socorrellos eran desbaratados: “¿qué mas quieren los indios, decia el maestro de campo, que vernos olvidados de las armas, socorriendo a los que estan caidos en las sepolturas? Saliendo ellos nos han de tomar ocupados en aquella obra; es cierto a su ventaja pelearán con nosotros, como lo han hecho en otras partes, sino que pasemos adelante peleando animosamente, quitaremos a los indios la ocasion de pelear y matar a los que en los hoyos cayeren, y desta manera ellos saldrán sin que les ayude nadie, ni habrá quien se lo estorbe:” con esta orden fueron caminando ácia el fuerte. Los indios los dejaron llegar; yendo tan cerca dél que querian intentar a entrallo, cayó un soldado en un hoyo, luego cayeron otros: los indios los alcanzaban y daban de lanzadas; los demas soldados no se quisieron ocupar en dalles

socorro, sino conforme a la órden que tenian asaltar la trinchea. Con esta determinacion les quitaron el poder herir a los que estaban en las sepolturas, que con este beneficio salieron dellas sin peligro. Los cristianos echaban muchas alcancías de fuego entre los indios, y de su suerte y poca plática de guerra no prendia el fuego, porque las tiraban arrojadas a manera de quien tira piedras, no habiéndolo de hacer así. El maestro de campo, como habia reconocido por donde se les podia entrar, acometióles por aquella parte y muchos soldados con él: los indios pelearon defendiendo la entrada. El jeneral Martin Ruiz estaba a caballo, puesto a la frente del fuerte con treinta hombres haciendo rostro a los enemigos, y encomendó al capitán Andicano con quince soldados a caballo tuviese cuenta con una punta que hacia el fuerte para resistir a los enemigos, si por allí quisiese salir alguna manga. El maestro de campo se acostó al remate del fuerte, que era uno de los dos cuernos que acababan en la quebrada; por allí pelearon tambien y con tanto ánimo lanza a lanza y [a] arcabuzazos, los enemigos gran cantidad de flechas. Estuvo en peso un rato la batalla haciendo cada una de las partes todo lo que podia; hasta que viendo los indios la determinación grande de los cristianos y que peleaban como hombres desesperados, volvieron las espaldas para huir; y como no lo podian hacer a causa de estar tan apretados, los mataban con las espadas: dándoles por las espaldas los hacian apretar a los que junto con ellos estaban, de manera que el vaiven los hacia desamparar el sitio que tenian. En este medio un soldado acertó a echar entre ellos una alcancía, ésta prendió de suerte que quemó algunos indios de los que cerca estaban; viendo su muerte y pérdida presente, se echaron huyendo por la quebrada que a las espaldas tenian, sin que pudiesen los cristianos seguirles el alcance. Murieron pocos indios por respeto de ser mala la tierra para caballos y no podellos seguir. De los cristianos muchos hubo heridos y ninguno muerto. Desde allí anduvo el jeneral Martin Ruiz por la provincia llamando a los naturales le viniesen a servir, los cuales, viendo que no tenian seguridad en parte alguna, porque dondequiera que iban los seguia e perseguia, comenzaron a venir de paz dando algunas disculpas, y como les eran admitidas, venian de cada día mas, hasta que les quitó el temor: tratándoles bien por una parte y castigando los malos por otra, se asentaron y servian todos los comarcanos.

CAPITULO LX.

De cómo los oidores dieron provision de jeneral a D. Miguel de Velasco y le encargaron la guerra, y de lo que hizo.

Ya dije atrás cómo algunos soldados que estaban desgustosos del maestro de campo Lorenzo Bernal se quejaron a los oidores de su órden y manera de mandar en la ciudad de la Serena y por el camino, y las quejas que dél dieron: decian que los trataba mal de palabra y que era áspero de condicion e insufrible; y como llegaron a la Con-

cepcion los soldados que en el campo estaban, entre algunos bulliciosos y amigos de cosas nuevas trataban de escribir una carta a los oidores quejándose dél, pidiéndoles que le quitasen del cargo que tenia, o les diesen licencia para irse a donde quisiesen: esta carta firmaron muchos persuadidos unos por otros. Visto por aquellos señores, que aunque venian de España y no tenian plática ninguna de cosas de Indias, mayormente de guerra, como hombres discretos lo enviaron a llamar que se viniese a la Concepcion. Llegado que fué, desde a pocos dias le proveyeron por correjidor en aquella ciudad, queriendo tenerlo cerca de sí para casos repentinos y cosas de guerra; y porque algunos hombres principales que junto a ellos estaban, les informaron que el capitán Don Miguel de Velasco era hombre que se le podia encomendar cualquiera cosa por importante que fuese, lo proveyeron por capitán jeneral para todos los casos de guerra, y escribieron al jeneral Martin Ruiz el proveimiento que habian hecho. Teniendo todo buen cumplimiento con él, Martin Ruiz le entregó la jente y se vino a la Concepcion. Don Miguel llegó a la ciudad de Cañete: usando del cargo y mando, anduvo por la provincia hablando a los principales que sirviesen a los cristianos, y estuviesen en sus casas.

En este tiempo saliendo de la ciudad de la Concepcion un sacerdote clérigo de misa que iba a la Nueva Galicia, donde era cura, y habia venido [a] aquella corte a negocios que tenia, camino de la ciudad Imperial ocho leguas de ella, en una quebrada fué muerto de unos salteadores que lo estaban aguardando, esperando si pasarian cristianos donde pudiesen hacer asalto; y llegando allí cuatro que iban juntos, al clérigo y [a] un amigo suyo que iban delante, los mataron a vista de los otros dos, que como los vieron alancear volvieron ácia la ciudad de Engol huyendo por no podelles dar socorro, que el uno dellos era fraile y el otro estaba enfermo. Llegados a Engol, dieron aviso de lo subcedido, luego salió el capitán que allí estaba a castigar los culpados y tomó algunos dellos. Despues que mandó enterrar los muertos, envió los malhechores a la audiencia para que aquellos señores los castigasen; porque en este tiempo estaban en jeneral tan temerosos todos que ningun capitán queria matar indio alguno, sino con amonestaciones y palabras atraellos a quietud, cosa que por ello se les daba poco, porque vian que los oidores trataban los indios, como no los conocian, amorosamente, y decian que el mal tratamiento les hacia querer ántes morir en la guerra que servir a los cristianos; lo cual no procedia sino de ser ellos belicosos, como despues lo vieron por experiencia. Estos indios que fueron en la muerte del clérigo no los castigaron, ántes los enviaron al jeneral para que los castigase; resultó dello, llegados los indios, que Don Miguel, como vido que no los habian querido castigar, los mandó soltar, los cuales iban diciendo por donde pasaban que el jeneral D. Miguel de miedo no los habia osado matar, y que los oidores eran como clérigos, por respeto de vellos andar sin espadas y con ropas largas; esto dañó mas la provincia de lo que estaba con esta nueva.

Después que llegó a la Concepción, mandaron aquellos señores que todos los que habían venido apercibidos para la guerra saliesen luego de la ciudad y fuesen a Arauco donde estaba el jeneral, y a los procuradores de las ciudades mandaron ansímesmo que fuesen con los demas: de que algunos dellos se tenían por agraviados, porque como venían los oidores de Castilla y tenían poca plática de las cosas de Chile, después que una cosa mandaban se resumían en que no había de haber replicato sino complirse; porque un hidalgo llamado Santestevan, que vino por procurador de la ciudad de Osorno, siendo apercibido con los demas dió algunas razones en su descargo para no ir, y no siéndole admitidas, dijo al licenciado Egas Venegas: "Entendíamos que vuestras mercedes venían a este reino a desagraviarnos y dolerse de nuestros trabajos:" el cual lo mandó llevar al cepo, y así por no verse preso fué la jornada. Y otro soldado antiguo y viejo le fué mandado por el licenciado Juan de Torres de Vera que fuese aquella jornada: el cual dijo que no tenía caballo en que ir, y le mandó que fuese a pié o en un barco por la mar. Llamábase Diego de Carmona, y con pena de muerte le mandó notificar saliese luego del pueblo, y fuese en cumplimiento de lo que le mandaba, y así fué como pudo. Ya desde entónces comenzaban a sentir cuánto mejor les iba con los gobernadores que con audiencia, maldiciendo a los que la habían enviado a pedir. Llegados a Arauco, el jeneral D. Miguel los consoló a todos como los conocía tan atras, y dió aviso a los oidores, diciendo que muchos soldados que allí estaban pasaban necesidad, y que con la ordinaria guerra estaban rotos y muy pobres, que era justo se les enviase alguna ropa con que cubrir las carnes; mandaron luego que en dos barcos les llevasen paño, camisas y otras cosas con que se aderezasen y se la repartiase como le pareciese.

CAPITULO LXI.

De las cosas que acaescieron después que el jeneral D. Miguel recibió la jente que le enviaron los oidores, y de lo que hizo aquel verano.

Llegada la ropa que Don Miguel envió a pedir, la repartió entre algunos soldados que estaban rotos: diciendo a los demas siempre se tendría cuenta con sus necesidades para remediallas, se partió de Arauco y anduvo toda la provincia asentando como mejor podía los naturales, jente tan malvada y que de ordinario piensan traiciones y se ocupan en ellas. Vuelto al valle de Arauco, porque llegaron a la ciudad de la Concepción algunos vecinos de Santiago y con ellos número de treinta hombres con mucho ganado, los oidores mandaron que con la jente que en aquella ciudad estaba, aunque tenían negocios, se partiesen y juntasen con el jeneral que estaba en Arauco, por respeto del ganado que llevaban. Creyendo los indios saldrían al camino a quitárselo, como otras veces habían hecho, fueron por todos sesenta hombres y llegaron a la cuesta grande: dejando allí a los que iban para andar en la guerra,

se volvieron a la Concepcion. El jeneral Don Miguel vino al rio de Biobio para tratar desde allí con los oidores algunas cosas que convenian. Despues de haberse comunicado por mensajeros, se volvió al valle de Arauco, que es la fuerza de toda la jente que tiene la provincia, mandando a los indios que trabajasen en la reedificacion de la casa que habia comenzado el gobernador Rodrigo de Quiroga; y para quitalle de este cuidado proveyeron los oidores a un hijodalgo de Madrid, llamado Gaspar Verdugo, por capitan, y le dieron provision que dentro en la casa fuerte con él y con los soldados que consigo tuviese no se pudiese entrometer ninguno otro capitan; en el cual tiempo Don Miguel quiso pasar la cordillera de la otra parte a las vertientes de la ciudad de Angol. Está esta cordillera entre Arauco y la tierra de Angol y es de mucha montaña, y para hacer esta jornada consideró seria bien acertado castigar aquellos indios destruyéndolos, o compelelles a dar la paz; y para mejor efeto mandó que todos los soldados dejasen su ropa en aquel fuerte y ninguno llevase bagaje de ninguna suerte, y así la dejaron con personas de su servicio, cada uno que tuviesen cuenta con ella y la guardasen. Hecho esto, se partió con ciento y cuarenta soldados, los sesenta arcabuceros, y anduvo de la otra parte de la cordillera mas tiempo de dos meses, sin que dello resultase mas de gastalles las simenteras y comidas que tenian, porque donde paraban, como llevaba muchos caballos y servicio, destruíanlo todo como si jamas nunca se hubiera sembrado. Andando con esta órden haciendo la guerra mas dias de los que creyeron, parecióles, pues tan presto no habian de volver donde habian dejado su ropa, era bien importunar al jeneral enviase algunos soldados que la trajesen. Siendo persuadido de muchos, envió un soldado llamado Hernando de Alvarado, deudo suyo, con doce hombres. Los indios, cuando le vieron salir del campo y supieron por las espías que dentro dél tenian, que iba por la ropa y habia de volver por aquel mismo camino, llamaron por mensajeros a los ausentes, diciendo tenian en la mano una suerte provechosa. A esta voz, se juntaron grande número dellos en lo alto de la montaña, esperando quitalles la ropa y las vidas con ella. Hernando de Alvarado, como llegó Arauco, quiso luego partirse con los caballos cargados. El capitan que estaba en el fuerte tenia algunos indios que le eran amigos, y para el efeto pagados que le servian de espías: estos le dijeron que mucha jente de guerra esperaban a los cristianos en la montaña. Luego que lo supo, informó [a] Alvarado, el cual como hombre impetuoso y que no queria mas de su voluntad, no quiso dejar de hacer su camino, diciendo el jeneral estaba cerca, y que para pasar lo alto de la montaña queria apercibir veinte hombres de los que estaban en aquella fuerza. El capitan Verdugo le dijo no se los daria, que era perdellos y poner en condicion lo demas. Alvarado quiso mandar a los soldados se aprestasen; ellos le dijeron no lo conocian por su capitan sino a Gaspar Verdugo. Desto vinieron a enojarse y tratarse mal de palabras y casi querello poner a las manos. El capitan Verdugo hizo de todo una

informacion y la envió a los oidores, los cuales por su carta le dieron [a] Alvarado cierta correccion, el cual con tan poca jente no se atrevió volver donde el jeneral estaba, que como vido tardaba, informándose de los indios el cómo y dónde estaban, supo esperaban en el camino la ropa que les habia de venir, y como allí no se hacia efeto alguno para traer aquellos naturales a la paz, que tan precitos estaban en su opinion, partió con todo el campo. Los indios, cuando vieron su determinacion, no quisieron pelear con él, viendo que traia mucha jente, y así llegó sin estorbo alguno al valle de Arauco. Haciendo allí estada algunos dias por órden de los oidores, dió licencia a los que tenian negocios en la audiencia, y desde a poco licenció a todos los vecinos que vinieron con el capitán Alonso Ortiz de Zúñiga apercebidos para la guerra, quedando los soldados que habian rescebido paga del Rei. Entre estos habia muchos hombres nobles que en público delante de otros se quejaban de los oidores diciendo: que el Rei los habia enviado al reino de Chile a tenello en justicia, y que esta en los casos que se ofrecian en letijios, era cierto que lo hacian bien y daban la justicia a los que la tenian; mas que en dar los aprovechamientos que habia en el reino, no guardaban buena órden, porque los daban a sus parientes y a otros que eran de sus tierras, sin debérselo aquel reino, estando tan adelante muchos hidalgos que desde el tiempo de Valdivia habian trabajado mucho y ayudádolo a ganar, y muchas veces aventurado sus vidas sirviendo al Rei, y al presente lo andaban, y que la instruicion que su majestad les habia dado, mandaba en el proveer de los tales cargos tuviesen cuenta con los hombres beneméritos y antiguos y que ellos no lo hacian así. Desto todo daban la culpa al licenciado Egas Venegas, que como oidor mas antiguo, usando oficio de presidente, dispensaba así como dicho tengo. Desto resultó una plática que se extendió por el reino, afeándolo, diciendo era justo apartarse de la guerra; pues los que andaban en ella no sacaban mas de trabajos, hambres y maertes, y los provechos daban a quien les parecia, no habiendo nunca andado en ella. Demas desto venian algunos soldados de el campo con licencia de los oidores, y como no tenian qué dar de comer a su servicio, pedíanles algun trigo de lo del Rei que tenian a su cargo los oficiales. Y como llegaban a negociar con el licenciado Egas, despues de haberlos oido, los enviaba al licenciado Juan de Torres de Vera, que con buen comedimiento los volvia a enviar al licenciado Egas, y en las licencias para algunos soldados que andaban en la guerra ero lo mesmo; y como no estaban vezados a negociar por aquella órden con los gobernadores, y que era un hombre solo y andaba de ordinario con ellos, sentian la falta que les hacia y proponian muchos de no andar en el campo sino apartarse de guerra tan infinita. Y vino despues a ser así, que aunque les daban socorro, que es paga del Rei a docientos pesos y mas, no querian rescebillos, y algunos de menor condicion se metian en las iglesias y otros se escondian por los montes porque no les competiesen; que aunque los oidores eran afables y partian lo que tenian amigablemente

con quien lo queria, siempre los tuvieron por odiosos y de secreto no estaban con ellos bien.

En esta coyuntura vino el doctor Bravo de Saravia por gobernador del reino y presidente de la audiencia y voz de capitán jeneral. Llegado a la ciudad de la Serena, que es el primer puerto de Chile, luego se tuvo nueva en la ciudad de Santiago, y desde allí hicieron mensajero a la Concepcion, de que rescibieron los oidores y todo el reino gran contento y alegría con nueva tan buena en jeneral porque los quitaba de trabajo, teniendo a su cargo las cosas de justicia y gobierno, porque no sabian como juntar campo el verano siguiente sino con gran pesadumbre diciendo: que un gobernador extiéndose por via de gobierno a lo que quiere, lo que ellos no podian hacer con tanta libertad: y así hicieron alegrías en la Concepcion, y los soldados que en la guerra andaban, se alegraron mucho, y los demas que estaban por las ciudades del reino, se comenzaron [a] aderezar cada uno conforme a su posible para irle a servir, a causa que el doctor Saravia traia gran fama de hombre prudente, buen cristiano y de mucha discrecion. Los oidores para mejor ayudalle en las cosas de guerra, proveyeron al capitán Gaspar Verdugo que estaba en el fuerte de Arauco, y le mandaron fuese a las ciudades donde el capitán Alonso Ortiz de Zúñiga habia hecho jente el verano de atras, y que a todos los que dejó apercebidos para la guerra aquel verano los trajese consigo. Para ello le dieron provision conforme a la órden que se tenia, mandando a los correjidores le ayudasen en todo lo que mandase, para que hubiese buen efeto su pretension.

CAPITULO LXII.

De cómo llegó el doctor Saravia al reino de Chile y del rescibimiento que se le hizo en la ciudad de Santiago.

Rescebida por el doctor Saravia la provision que esperaba de gobernador de Chile, puso luego en órden su casa para venir a su gobierno: embarcándose con buen tiempo en el puerto de los Reyes, llegó a la ciudad de Coquimbo, que por otro nombre se llama la Serena. Fué rescebido por el cabildo de aquella ciudad y por el comendador Pedro de Mesa, natural de Córdoba, que era correjidor puesto por el audiencia, con mucha alegría, aderezando las calles por donde habia de pasar conforme a su posible, porque Coquimbo tiene nueve vecinos y no mas, a causa de tener pocos indios: que Valdivia cuando pobló aquella ciudad mas fué por el puerto que tenia para navios y por la escala que allí hacian los que viniesen por tierra, que por otro respeto alguno, y por tener aquel paso seguro, teniendo atencion a lo de adelante; que a lo que agora vemos, no se engañó, porque muchos se han avecindado en ella, y de cada dia se va ampliando y es al presente buen pueblo. Despues de ser allí bien rescebido en contentamiento del pueblo, trató

como venir por tierra con su casa, mujer e hijos, que consigo traia. El correjidor le proveyó de todo lo necesario, así caballos como refresco, por el camino que tocaba a su jurisdiccion; y así despues de haber descansado del trabajo de la mar, desde a pocos dias se partió y dejó a su mujer en aquella ciudad para que desde a doce o quince dias viniese a Santiago; y para el efeto de venilla sirviendo quedó el capitan Juan Jufre, el cual les ofreció su casa donde posasen. El gobernador lo acetó, y Juan Jufre despachó la aderezasen con todos los aposentos altos, que habia muchos. Ansímismo la justicia e rejimiento de Santiago, como tuvieron nueva de su venida, enviaron algunos hombres que proveyesen los pueblos por donde habia de pasar, de que tuviesen bastimento en abundancia para todos los que viniesen. Hízose así, porque la comarca de Santiago es fértil, abundosa de toda recreacion; y dentro en la ciudad el capitan Juan Barahona, natural de Burgos, correjidor proveido por el audiencia, mandó hacer muchos arcos triunfales, aderezando las calles por donde habia de pasar con tapicería y otras cosas que les daban mucho lustre; y a la entrada de la calle principal mandó hacer unas puertas grandes a manera de puertas de ciudad y en lo alto de ellas un chapitel que las hermosteaba mucho, puestas muchas medallas en un lienzo con las figuras de todos los demas gobernadores que habian gobernado a Chile, con muchas letras y epítetos que hacian al propósito; y de fuera de las puertas una mesa baja cubierta de terciopelo carmesí, y encima de una almohada de terciopelo puesto un libro misal para tomalle juramento. Llegando a vista de la ciudad, le salió a rescebir toda la jente de a caballo, que era mucha, los mas en órden de guerra con lanzas y dargas, y muchos indios de los que estaban en el cercuito de Santiago armados a su usanza con muchas maneras de invenciones, lo rescibieron acompañándolo hasta las puertas de la ciudad, donde estaba el capitan con todo el cabildo esperando. Llegado cerca, le ofrecieron en nombre de la república un hermoso caballo overo, aderezado a la brida, con una guarnicion de terciopelo dorada, el cual rescibió y se puso en él, y llegando a las puertas salió la justicia con todo el cabildo bien aderezados de negro, y le dieron el bien venido. Luego le pidió el correjidor en nombre de la ciudad: "V. S. jure poniendo la mano encima de estos evanjelios, teniendo el libro abierto, que guardará a esta ciudad todas las libertades, franquezas, exenciones que hasta aquí ha tenido, y por los demas gobernadores antecesores de V. S. le han sido dadas y guardadas:" dijo a estas palabras, que lo juraba así. Abrieron luego las puertas de la ciudad y descojeron un palio de damasco azul con muchas franjas de oro que lo hermosteaban, teniéndolo descojido delante de la puerta para metelle dentro dél; pidiéndoselo por merced los alcaldes y rejidores, no lo quiso acetar sino que iria fuera del palio, mostrando mucha humildad. Llegó el correjidor Juan Barahona a tomalle el caballo por la rienda queriéndole servir en caso tan honroso, como es costumbre; no lo quiso consentir dando a entender la llaneza que traia, hasta que

siendo importunado lo permitió, mas no quiso entrar debajo del palio, sino ir detras dél como dos pasos: desta manera lo llevaron a la iglesia mayor y desde allí a su posada. Desde a pocos dias entró frai Antonio de San Miguel, obispo de la Imperial y primero consagrado en el reino de Chile: ordenaron vecinos y soldados muchos regocijos de toros, juegos de cañas, regocijándole en todo lo que podian. Desde a quince dias llegó su mujer Doña Gerónima de Sotomayor: fué rescebida con mucho regocijo y alegría de todo el pueblo, de lo cual fué y era merecedora por las muchas partes que tenia de virtud.

CAPITULO LXIII.

De cómo el gobernador Saravia salió de Santiago para ir a la Concepcion, y de cómo nombró por su jeneral a Don Miguel de Velasco, y de las cosas que acaescieron.

Rescebido el gobernador Saravia en la ciudad de Santiago, se entendió el deseo que traia de acabar la guerra que tantos años duraba y tan dañosa era para todo el reino, y como hombre que tenia experiencia de haber visto y leido que muchas veces de soldados sencillos salen avisos discretos e importantes para buen efeto de guerra, trataba y comunicaba de ordinario la órden que tendria para acaballa con brevedad, que esta brevedad en adelante le dañó mucho: su conversacion lo mas del tiempo ocupaba en esto, y porque juzgó que la hacienda del Rei estaba empeñada por el ordinario gasto, pidió a los vecinos de Santiago ayudasen al Rei con alguna parte de los tributos que los indios les daban, pues iba por todos el asentar el reino. Comunicado entre ellos, se resumieron darle la octava parte del oro que durante el tiempo de ocho meses que los indios andan en las minas les sacasen, condicionalmente que no llevase a la guerra ningun vecino, ni hijo suyo ni criado que tuviesen en sus haciendas, aunque despues que le hubieron hecho obligaciones por ello, no lo cumplió, porque llevó nueve vecinos, de que se quejaban en jeneral; mas como de necesidad habian de pasar por ello, llevábanlo con buen ánimo. Demas desto, hizo acuerdo con los oficiales del Rei para gastar lo que fuese necesario de la hacienda real y dar socorro [a] algunos soldados que estaban pobres y no tenian posible para poder ir en su compañía. A estos mandó dar de ropa en las tiendas que los mercaderes tenian puestas, a docientos pesos, mas y ménos conforme a la necesidad que cada uno tenia, para que se pudiesen aviar y aderezar. Despues que hubo cumplido con todos y dádoles armas, caballos y ropas, que montó el gasto poco mas de ocho mil pesos, salió de la ciudad de Santiago a la primavera con ciento y diez soldados bien en órden, y dejó su mujer e hijos en casa del jeneral Juan Jufre mui servidos y regalados, como si estuviera en la suya propia.

El gobernador Saravia entró tan bien puesto en Santiago, que con grande amor le daban los vecinos sus hijos primojénitos que fuesen con él aquella jornada, y por el camino le fueron sirviendo y acari-

ciando, proveyendo a toda la jente que consigo llevaba hasta el rio de Maule, que parte términos con la Concepcion. Allí, por órden del jeneral Juan Jufre, le proveyó su hijo de muchos caballos cargados de bizcocho y otras maneras de matalotaje para el camino y gastar en la guerra, y ansímismo de carneros y puercos para su servicio y gasto ordinario; que fué principal presente en grado de amistad. Pasado el rio, caminó una jornada con el campo, y otro dia llegando al camino que atraviesa de la Concepcion y va a Engol, porque tenia pensado ir [a] aquella ciudad a verse con los oidores, encomendó el campo al capitan Diego Barahona, natural de Burgos, y habló a todós que le respetasen por su capitan: tomó el camino de la Concepcion, y el campo fué camino de Angol.

En la Concepcion, como supieron su venida, le salieron a resebir el jeneral Don Miguel de Velasco y muchos capitanes otros, a los indios y repartimiento del capitan Diego de Aranda, vecino de aquella ciudad, el cual le hizo allí un espléndido banquete. Siguiendo su camino, acompañado de tan principal jente, tratando en cosas de guerra llegó a la Concepcion. Fué recebido por los oidores y pueblo con mucha alegría, aunque por estar de guerra y los vecinos mui pobres a quien era dado el resebimiento, no hubo cosa alguna notable. Hospedólo en su casa el licenciado Egas, oidor de aquella audiencia, con muchos regalos y buena conversacion y mui principal mesa, porque era cumplido y jeneroso en lo que hacia. Estando en tan buena conversacion, porque no se le pasase el tiempo conforme al deseo que traia, trató con los capitanes que en aquella ciudad estaban y le habian venido a ver y resebir, la órden que tendria en hacer la guerra: tomando parecer con todos, y oyendo lo que cada uno decia, se resumió en que el jeneral Martin Ruiz de Gamboa, como hombre tan reputado y que tan bien lo entendia, llevase a su cargo la provincia de Tucapel y Arauco, y con sesenta soldados anduviese por toda ella asentando y castigando a los que hubiese culpables: le dió comision bastante para todo lo que quisiese hacer, y trató con el jeneral Don Miguel que se encargase del campo y de todo lo tocante a la guerra, como lo habia hecho hasta allí gobernando los oidores: no lo quiso acetar excusándose con algunas razones. El gobernador Saravia quiso entónces llevar consigo al maestro de campo Lorenzo Bernal, que lo mandase todo como hombre que tenia plática de guerra y sabia la tierra y conoscia las mañas y cautelas de los indios, finalmente experiencia civil y militar de lo que convenia. Entendido esto por algunos hidalgos mancebos que junto al gobernador andaban y estaban mal con el maestro de campo del tiempo que con él anduvieron en el campo del gobernador Rodrigo de Quiroga y eran amigos de Don Miguel, fueron allí, le importunaron que aceptase el cargo, pues era tan honroso, y por no ser del maestro de campo mandados; de esta manera persuadido, lo aceptó, y conforme a lo que el gobernador tenia de plática mandó al maestro de campo, que en aquel tiempo era correjidor en la Concepcion, que con sesenta soldados se pusiese entre los dos rios

Biobio y Niviqueten, y que el gobernador con lo principal del campo se pondria de la otra banda del rio, tomándolo en medio, desharian aquellas ladroneras que los indios tenian, quitándoles el no poder pasar a ninguna parte, de necesidad, viéndose tan apretados, habian de servir o quedar destruidos. Esto trató en acuerdo de guerra, y lo puso por obra por la órden dicha, que fué buena si adelante no se desbaratara, porque en aquella sazon tenia encomendada la fuerza de Arauco al capitan Gaspar de la Barrera, natural de Sevilla, con treinta hombres de guerra, y la ciudad de Cañete estaba poblada y la tenia a su cargo el jeneral Martin Ruiz de Gamboa, con sesenta hombres, los treinta dellos para traellos consigo y acudir adonde le paresciese. Algunos hombres que tenian plática de guerra le dijeron al gobernador Saravia que no debia ir allá, sino estarse en aquella ciudad, y desde allí proveer lo que fuese necesario, pues tenia capitanes tan pláticos que tantos años la habian seguido. No quiso venir en ello diciendo, que si se quedaba en aquella ciudad se quedarian muchos soldados antiguos y capitanes que no querrian ser mandados por otros, y que por este respeto de meter mas jente en el campo le convenia andar en él, no para mas de representar su persona a todos, y que Don Miguel hiciese lo que él entendiese que conviniese, pues todo se lo habia encargado. Con esta órden salió de la Concepcion, y llegando a los Llanos, que es ocho leguas de camino, le salió a ver un indio hermano de Loble, al cual trató bien y lo envió por mensajero a llamar a su hermano, dándole un anillo que pidió a un soldado que iba con él, para que entendiese por aquel anillo que no reseberia mal alguno y podria venir seguro. Loble no se fió, porque habia pocos dias que habia muerto por órden suya un soldado llamado Gavilan que llevaba unas ovejas, y por este respeto estaba temeroso. De allí caminó al rio de Biobio y lo pasó en unas balsas de madera, y porque tuvo nueva que la ciudad de Engol estaba desproveida de bastimentos, no quiso entrar en ella y se fué al estero de Rancheuque, donde tenia su campo asentado. El capitan Diego de Barahona le estaba esperando: fué de todos resecebido con mucho amor por las muestras que daba de humano y afable. El capitan Gaspar Verdugo se juntó en este asiento con el gobernador y sesenta soldados que trajo en su compañía de la ciudad de la Valdivia comarcana: puestos debajo del mando de Don Miguel, eran doscientos y veinte, todos soldados viejos y de mucha plática de guerra. Luego dió cargo del estandarte real a un caballero de Cáceres llamado don Alonso de Torres, y proveyó a Don Gonzalo Mejia por sarjento mayor, natural de Sevilla, y quiso ansímismo hacer compañías y repartir en ellas la jente, que era la mejor órden de guerra a lo que decian hombres prudentes que en su campo andaban. Fué al camino el jeneral y alferes jeneral y sarjento mayor, diciendo que no habia necesidad para tan poca jente tantos capitanes, no entendiendo que para casos repentinos y aun pensados era mui acertado proveimiento; mas cuando las cosas van guiadas por pasion en todo se yerra.

CAPITULO LXIV.

De cómo el gobernador Saravia hizo consulta de guerra con los capitanes que llevaba, y la plática que propuso por donde se acertaria mejor a hacer, y de lo que se proveyó.

Puesto el gobernador en el estero de Rancheuque en el mes de diciembre del año de sesenta y ocho, mandó juntar en su tienda tolos los capitanes que en su campo llevaba y algunos soldados, que aunque no eran capitanes ni lo habian sido, tenian mucha plática de guerra por haberla usado mucho tiempo. El gobernador les dijo, que lo que les pareciese que convenia hacerse por el bien público le advirtiesen dello, como hombres que tenian plática de toda la tierra: que él habia venido del Pirú con voluntad de quitar una guerra tan enojosa y dañosa a todo el reino de tantos años atras, y que la mesma voluntad tenia al presente: que claramente le dijesen lo que cada uno entendia; que aunque dejó tratado con el jeneral Martín Ruiz de Gamboa y con el maestro de campo Lorenzo Bernal otras cosas, si convenia mudar de parecer lo haria; porque en las cosas de la guerra no se ha de mirar a sustentar una cosa sino a lo que mas conviene. Despues de haber tratado en ello hubo varios pareceres, que unos decian por Puren era lo mejor a causa de estar aquella comarca cerca de la ciudad Imperial y por ser tierra de mas tempranas sementerías que otra alguna y mas fértil, y estar aquellos indios culpables mucho tiempo habia, y que estando el campo puesto en aquel valle aseguraba la ciudad Imperial y el camino real desde Angol a ella, y que aquellos indios habian enviado a decir que querian dar la paz, perdonándoles la muerte de Don Pedro, y como era cabeza Puren de lo demas a ello comarcano, seria parte, haciendo aquellos indios amigos, que los otros viniesen con facilidad al servicio, y que comenzándose a en hilar se acababa breve la guerra; porque cuando los ánimos estan dudosos, pequeña ocasion basta para moverlos a la parte que quieren. Otros decian era mejor comenzar la guerra por donde estaban, conforme a la órden que el gobernador dejaba dada en la Concepcion y que no era bien inovar cosa alguna. Despues de haberlo tratado, viendo no se conformaban, se resumió en lo que tenia acordado y proveyó fuese su jeneral con cincuenta soldados a caballo a ver y reconocer la comarca en donde estaba, si habia bastimento para sustentar el campo, de trigo, cebada, y otras legumbres. Pues yendo a ver y reconocer la disposicion de la tierra, vino otro día y trajo lengua, habia mucha comida en la campaña, de la cual bastantemente seria el campo proveido. Comenzó a enviar mensajeros por la provincia llamando de paz a los naturales, los cuales no daban oido a cosa alguna que sonase a paz, ántes se convocaron por sus humos y tratos ordinarios de guerra, que por ellos se entienden para pelear juntos. Muchos caciques y hombres principales tratan entre ellos, juntos como estaban, qué órden tendrian para pelear con los cristianos; porque illos a buscar eran mu-

chos y se ponian en sitios a su ventaja, por donde si iban en su demanda se perderian. Resumiéronse en hacer un fuerte, dentro del cual se hallaban bien, porque aventuraban a perder poco, diciendo si los cristianos quisiesen pelear con ellos, allí pelearian como otras veces lo habian hecho; y si no, poco se perdía, pues entre tantos indios era poco el trabajo que podian tener, y que para buen efeto no pareciese indio ninguno por la tierra llana, que viendo los cristianos no parecian, seria posible venillos a buscar. Luego se juntaron por sus mensajeros y escojeron un cerro alto a manera de una bola: en aquel comenzaron a hacer su trinchea y hacer algunas sepulturas, y porque hallaron que tenia piedras y no podian sacar la trinchea como querian, hincaban maderos y entre ellos ponian piedras grandes y otros maderos atravesados. Hecha su albarrada, estuvieron esperando lo que Saravia haria: el cual mandó que con los indios amigos que en su campo traia, saliesen soldados por su órden y les cortasen las simenteras, arrancándoles el maiz, papas, frisoles, derribándoles los trigos y cebadas, que tenian muchas y muy buenas, dejando la tierra por donde andaban que parecia no haberse sembrado jamas. Era esta la mas brava guerra que se les podia hacer, y como las simenteras eran muchas, para que a ménos trabajo se pudiesen destruir, mandó al capitan Alonso Ortiz de Zúñiga fuese a echar cuatro soldados de la otra parte de la cordillera que cae en Arauco, con una carta suya al capitan Gaspar de la Barrera, que tenia a su cargo aquella plaza, que luego apercibiese trecientos indios con sus armas, que para tal dia enviaria por ellos, y que él saliese con la jente que le pareciese del fuerte hasta la primera dormida, que allí se toparia con el jeneral, que iria a recibillos, para que con mas facilidad se destruyesen aquellos indios de guerra, jente tan malvada: Gaspar de la Barrera los apercibió y tuvo juntos para aquel dia. En el entretanto el gobernador Saravia tomó para su consejo de guerra cuatro soldados los que su jeneral le nombró, amigos suyos, diciendo que con ellos podia tratar en jeneral todas las cosas que se ofreciesen tocantes a la guerra a causa que tenian plática y experiencia militar; aunque despues sabido en el campo, se murmuraba, diciendo no se tenia atencion al bien jeneral, mas de solo amistad privada, y mandaba de allí adelante se procediese en el cortar las simenteras, mudando de cada dia el campo por hacelles mayor daño, compeliéndoles a venir de paz: y para ponelles mas temor, fué informado cerca de allí estaban en un monte juntos muchos muchachos y mujeres con algunos indios que los guardaban, envió al capitan Alonso Ortiz con ochenta soldados una noche. Llegó a la que amanescia donde estaban, y con los indios amigos que llevaba, como jente suelta, tomó mucha chusma con algunos indios de su guarda y grande cantidad de ganado de toda suerte. Vuelto al campo, el gobernador lo salió a recibir e hizo mucha honra de palabra, y lo trajo consigo. Otro dia luego quiso ir a ver el fuerte que los indios habian hecho, cuando quisieron pelear con el gobernador Rodrigo de Quiroga, que no le fué poco dañoso, porque a lo que despues se entendió los indios se animaron en

su obra viendo al gobernador que lo mandaba todo ir a ver aquel fuerte, y que así había venido para entender de qué manera estaba, pareciéndoles era camino para llevarlo al que ellos hacían, que aun no le habían acabado. En esto se llegaba el tiempo, que con el capitán Gaspar de la Barrera estaba concertado, para traer los amigos de Arauco por orden del gobernador. Salió el jeneral Don Miguel con cien caballos, buenos soldados: llegado al lugar donde se habían de ver todos a un tiempo, durmieron aquella noche juntos. Otro día por la mañana se partieron Don Miguel para el campo con trecientos amigos, y Gaspar de la Barrera a la plaza de Arauco. Martín Ruiz de Gamboa, a quien el gobernador Saravia había encomendado la provincia de Arauco y Tucapel, vino allí a verse con él y pedille jente para volver a la provincia y poder castigar a los principales que intentaban novedades, y no se hallaba con jente para podello hacer: resultó que de los indios que trajo y plática que él tenía, se supo en el campo el fuerte que los indios hacían. El gobernador informado de Levolicán, por otro nombre Don Pedro, indio belicoso, le dijo que era verdad los indios de guerra hacían un fuerte y en la parte que lo hacían, y el gran deseo que tenían de pelear con él. Luego se extendió por el campo la nueva por cierta, y Saravia se inclinó a pelear con ellos en la parte que estuviesen.

CAPITULO LXV.

De cómo el gobernador Saravia envió al jeneral Don Miguel a deshacer una junta de indios, y cómo despues de venido le mandó ir a deshacer el fuerte de Catiray, y dónde lo desbarataron, y lo demas que acaeció.

Teniendo nueva el gobernador Saravia, que cerca de su campo había una junta de indios, no sabiendo para qué efeto, quiso tomar lengua dello, y si se pudiese hacer, dar en ellos una mañana y ántes que tuviesen aviso desbaratallos, castigando los que se pudiesen haber. Tratado con Don Miguel, se apercibieron cien soldados para a la segunda vela que estuviesen con sus armas en orden. Aquella hora partió Don Miguel: caminando todo lo que de la noche quedaba, llegó al amanecer donde los indios estaban en un monte arrimados en una quebrada, que siempre toman por reparo para sus necesidades, que es para caballos gran defensa. Don Miguel se detuvo en hacer cuadrillas de la jente que llevaba para pelear si se ofreciese, y con orden de guerra caminando, cuando llegó no los halló allí, o fué que tuvieron aviso de las espías que tenían secretas en el campo, o que cuando se detuvo en hacer las cuadrillas los indios le vieron, o fueron de sus centinelas descubiertos, halló huella de mucha jente y de haber estado allí algunos dias. Oyéronse cornetas, que iban tocando ácia la parte donde el fuerte se hacia, vieron algunos con sus lanzas ir por un camino delante dellos la vuelta del fuerte; no los pudo seguir a unos ni a otros, por ser camino de montaña y mui áspera para caballos, que de ninguna manera

se podia caminar sino era a fuerza de gastadores. No habiendo hecho ningun efeto, se volvió al campo e informó al gobernador dello; recibió desgusto en ver lo poco que se hacia para castigar los indios en las personas, que en las haciendas no se les podia hacer mayor daño del que rescebían. Dijo el gobernador, por qué no habia seguido el alcance: Don Miguel le respondió, que la disposicion de la tierra no dió lugar a mas; que él iba con ánimo de pelear, si hallara con quien. Saravia le replicó a esto y le dijo, que peleara con los árboles: apartáronse desgustosos ambos. El gobernador otro dia siguiente mandó juntar su acuerdo de guerra y algunos soldados que habian sido capitanes y tenían plática de la tierra de Chile: con ellos trató era informado los indios hacían un fuerte cerca de allí para pelear con él en aquel lugar que llaman Catiray, donde otras veces habian peleado, teniéndolo por su adoratorio y pronóstico de buena fortuna, entendiendo que allí no les podia faltar, le parecia se debia ver y reconocer sitio donde se pudiese llevar el campo cerca de donde estaban: que puestos allí, se buscarían mañas y ardidés como desbaratallos y pelear con ellos en aquel asiento donde a su parecer e idolatría tienen cierta la victoria; porque desbaratándolos allí, en una sola batalla se conquistaba lo que estaba de guerra y lo de paz se afirmaba mas en amistad, quitándoles su loca imaginacion, dándoles a entender que para cristianos no habia parte alguna donde pudiesen estar seguros, porque de presente se hallaba con docientos y veinte soldados y dos piezas de artillería, y de los soldados los noventa arcabuceros, con mas de seiscientos amigos. Que se debia procurar quitállos de allí con buena orden, lo cual con el ayuda de Dios se haria fácilmente, y que para buen efeto fuesen juntos Martin Ruiz de Gamboa y Don Miguel de Velasco con los demas capitanes que en el campo andaban. Pues iba por todos, mirasen por el bien público; y en todo caso les encargaba reconociesen donde se podia llevar el campo que estuviese cerca de los enemigos. Todos los de su acuerdo de guerra, viéndole inclinado, se resumieron en que era bien proveído: así mandó el gobernador a Don Miguel apercibiese la jente que le pareciese bastante, y que si le pareciese, llevase dos piezas de artillería y algunas hachas y azadones para limpiar el camino, pasos estrechos; y para que con mas jente se hiciese, escribió al maestro de campo Lorenzo Bernal, que andaba cerca de allí haciendo la guerra con cincuenta caballos, le enviase veinte. Lorenzo Bernal los envió y escribió no mandase hacer aquella jornada, que era informado habia mucha jente y no se aventuraba a ganar, y que si todavía era de parecer se hiciese, le diese licencia para irle a servir: el gobernador no le respondió por entónces. Su jeneral Don Miguel abominaba aquella jornada y quisiera mucho no hacella, mas no se atrevía [a] declararse con Saravia, porque no le tuviese por hombre que en un negocio importante como era aquel no queria aventurar su persona; y aunque muchos caballeros mancebos que en el campo andaban y eran sus amigos le ponian calor y decían bravezas que habian de hacer, todavía andaba

triste y se conocia dél era jornada aquella contra su voluntad, y que no se hacia por su consejo ni parescer, sino compelido por necesidad que tenia de sustentar su honra y reputacion, diciendo aquellas palabras que dijo Pompeyo en Farsalia, queriendo dar la batalla a César, compelido de algunos caballeros romanos que en su campo andaban, que por ser tan notorias no las trato aquí; y ansí envió de su parte al capitán Alonso Ortiz de Zúñiga tratase con el gobernador Saravia no mandase hacer aquella jornada, poniéndole por delante muchas cosas, el cual no solo no lo quiso hacer, mas ni auu oillo. Tambien desde a poco de la casa del gobernador salió una plática en que decian, que los que tenian los cargos, hacian la guerra perezosamente y no la querian acabar por estarse en ellos a causa de sus aprovechamientos y de sus amigos; porque sin cargos estarian en sus casas como hombres privados, y con ellos mandaban y eran respetados; y mirando los que esto decian, que no hai mayor gloria para el capitán que sigue la milicia, que en su tiempo acabar la guerra y que dél quede aquella memoria.

Pues volviendo a Don Miguel de Velasco, con ciento y cuarenta soldados salió del campo al cuarto de la luna, con intencion de reconocer el sitio que los indios tenian y ver dónde se podia llegar cerca del fuerte para llevar la resta del campo, y con mejor órden al seguro desbaratar aquellos bárbaros. Mas cuando las cosas estan ordenadas por Dios y quiere castigar a los que mandan por sus culpas, ciégales el entendimiento, como acaesció en aquella guerra que tan dañosa fué a todo el reino; porque muchos soldados hombres prudentes que tenian tino a lo de adelante y andaban en el campo, decian en público era torpeza de capitanes querer pelear con unos indios metidos en un corral cercado de maderos puestos en un cerro, lugar a su propósito, donde si les va mal despues de haber hecho su posible, tienen a las espaldas la huida y por ella se van retirando, sin que les puedan cercar el sitio que tienen. ¿Qué mejor guerra se les podia hacer ni mas cruel, que quitarles las simenteras como se las destruian? Y era cierto que entrando el invierno todos perecerian de hambre, pues estaba poblada la ciudad de Cañete y la casa fuerte de Arauco, y al presente todo se hallaba reparado, sin perder un hombre se acabaria de conquistar y castigar lo que estaba de guerra, pues era lo ménos de la provincia. Que aquel año con el daño que se les hacia quedaban castigados, y el de adelante se acabaria de asentar todo, haciendo la guerra atentadamente y no con temeridad; pues tenian delante la pérdida de Francisco de Villagra, que por la muerte de su hijo en Mareguano despobló la ciudad de Cañete y estuvo en condicion de perder lo demas del reino por una loca osadía, y a él le costó morir de dolor. El indio Levolecan, por nombre de cristiano llamado Don Pedro, decia: "¿qué quieren buscar los cristianos en aquel fuerte que los indios tienen? pues aunque los desbaraten no pueden tomar ningunos, ni castigarlos por respeto de la mala tierra en que está tan a su propósito: que él bien sabia que allí no tenian oro ni ropas de precio, sino maderos, piedras, y que destos no se

habian de mantener: que no haciendo cuenta dellos, desampararian el fuerte y vendrian a buscar al gobernador, si con él quisiesen pelear, y que entónces podrian pelear los cristianos, si tanta gana de pelear tenían, porque la guerra que se les hacia era cierto la mejor quitándoles las simenteras: que los indios a ellos comarcanos no les habian de dar de comer de ordinario, si no lo sembraban ellos, y que se les quitaba la oportunidad para todo." Esta plática andaba por el campo que a todos parecia bien, y decian que hasta aquel indio, con ser enemigo de cristianos y contra su nacion, les decia lo que convenia; mas ninguno habia en el campo que lo osase tratar con el gobernador Saravia a causa que era tan impaciente en oír lo que no le daba gusto o le era en contrario, que no los queria oír, y así le dejaban para que su fortuna hadada hiciese dél lo que tenia determinado: y así resumido en que se fuese a hacer el efeto acordado, se pusieron en camino.

Los indios fueron avisados por sus espías, y con la órden que les dió Millalelmo, que aquella noche llegó con su jente de guerra, se estuvieron quedos esperando que llegasen los cristianos. De los indios de Arauco y de su comarca con muchos repartimientos otros que estaban de paz, se juntaron con los de guerra para satisfacer la enemiga que con cristianos tenían. Llanganabal, cacique principal en Arauco, con Millalelmo y otros capitanes, mandaron a los indios recojesen gran cantidad de piedras e hiciesen dellas montones por la frente del fuerte, y que dejasen llegar los cristianos a él para poder mejor aprovecharse dellas. El fuerte que tenían era un alto cerro, delante dél hacia un poco llano; por los demas lados al derredor tenia laderas que el fuerte las señoreaba, y una quebrada grande, y por junto al llano tenia una puerta, por ella entraban los indios y salian. Don Miguel llevaba la vanguardia y Martin Ruiz la retaguardia. Llegado con el avanguardia a los indios, mandó apearse los arcabuceros y los demas soldados que le pareció ser hombres sueltos para andar desenvueltamente; por aquella ladera los repartió en cuadrillas y les señaló caudillos a quien acudiesen. Quedó él a caballo con veinte y cuatro soldados, y mandó que los indios amigos de Santiago los llevase a cargo Francisco Jufre, hijo del general Juan Jufre, soldado arcabucero que entendia la lengua, y que con ellos pelease con los que del fuerte habian salido. Estos començaron a ir ácia los indios de guerra jugando de sus flechas con tan buena determinacion a causa de llevar las espaldas seguras: yendo los cristianos cerca dellos, los llevaron retirando hasta metellos dentro del fuerte. Los soldados que iban a pié llegaron hasta la trinchea que los indios tenían por delante, disparando sus arcabuces. Los enemigos les tiraban gran cantidad de piedras, gruesas como membrillos, y como los tomaban de arriba ácia abajo, e los indios que las tiraban eran escogidos de mucha fuerza, iban con tanta braveza que a los que acertaban, si era en pierna se la quebraban o brazo, y si en la cabeza lo desatinaban; finalmente a una rociada desbarataron los arcabuceros y derribaron muchos. Luego salieron por la puerta del fuerte muchos indios

y anduvieron peleando con los cristianos y amigos, aunque no se apartaban de su albarrada. Cermeño, soldado de buena determinacion, quiso asaltar la trinchea; poniéndolo en efeto, encima della lo mataron a lanzadas. Don Miguel envió un capitan con veinte hombres por las espaldas para que por allí acometiese a los indios: estos subieron en en lo alto sin que les sucediese mal: no hicieron efeto alguno, porque a un tiempo ellos llegaban y el trompeta tocaba a retirar. Los indios mataron dos soldados de los que derribaron a pedradas, sin que los pudiesen socorrer, y como reconocieron que habian herido muchos, y que los caballos no les podian hacer ningun daño a causa que el sitio no era para ellos a propósito, salieron con la órden que sus capitanes en aquella hora les dieron. Todos juntos cerrados con grandísimo ímpitu, les mandaron rompiesen con los cristianos lanza a lanza, pues les tenian ventaja grande que los tomaban de arriba ácia abajo, entendiesen que con solo el encuentro que les darian, aunque no se aprovechasen de las armas, los llevarian por delante desbaratados, y que de los indios amigos que los cristianos tenian no hiciesen cuenta, que mas fino tendrian a salvar sus vidas que no a pelear. Con esta órden salieron del fuerte, y de la manera que sus capitanes lo dijeron así les sucedió, porque como tenian hollado aquel sitio y la tierra de Catiray es tierra fofa, levantaron tan grande polvo con el arremetida que hicieron, que sin verse los unos a los otros, los llevaron por la cuesta abajo desbaratados. Juan Alvarez de Luna, que llevaba a cargo los veinte hombres que se dijo iba a acometer por las espaldas, viniéndose retirando dijo a Francisco Benitez, soldado a caballo: "Señor Benitez, v. m. me haga espaldas hasta juntarme con los demas, que me siguen estos indios;" el cual le respondió no era este tiempo de llamar a nadie por su nombre, mas yo lo haré así aunque me pierda; y así lo hizo, que sin perderse le favoreció hasta que se puso en seguro. Los cristianos andaban entre los indios y no se vian ni entendian ácia donde habian de ir: los indios pasaron adelante dejando muchos atras de los que a pié venian, entrellos Martin Ruiz y Don Miguel con la jente que tenian de a caballo. Levantado el polvo, acudieron a socorrer los que venian a pié: favorecieron a muchos que andaban peleando con los indios, mas como eran muchos y los cristianos pocos y los tenian desbaratados, heríanlos a gran ventaja suya. Algunos se metieron en el monte creyendo escapar por allí; otros tomaron a las ancas y algunos las colas de los caballos; los indios les iban siguiendo alanceando a los que alcanzaban, y como el camino era de montaña y habia algunos pasos estrechos que los cerraban cañas gruesas, impidiánse los unos a los otros: allí los alcanzaban y daban de lanzadas, quitándoles las lanzas y sacándoles las espadas de la cinta para derriballos de los caballos: los fueron siguiendo hasta que salieron de aquellos pasos, donde los dejaron. Los demas indios se ocuparon en buscar a los que se habian metido en el monte y en hacer pedazos a los que atras habian quedado. Esta fué la rota que en Catiray los indios dieron al dotor Saravia, hombre amigo de su voluntad

y opinion. Murieron de los cristianos cuarenta y dos buenos soldados: hubo muchos heridos, aunque de heridas no peligrosas, y entre los muertos muchos caballeros conocidos, como Sancho Medrano, natural de Soria; Don Alonso de Torres, de Cáceres; y Don Diego de los Rios, hijo del capitán Gonzalo de los Rios; Juan de Pineda, de Sevilla; Alonso de Aguirre, de Córdoba, y otros muchos que dejó: todos mancebos de mucha esperanza en virtud y valor, aunque al presente de todo alcanzaban mucha parte. De los amigos no murió ninguno, que como era cuesta abajo llevaban siempre la vanguardia sin que les hiciesen daño: defendíanse con sus flechas. El jeneral Don Miguel recojió su jente en un arroyo, e hasta que todos llegaron estuvo en él, y de allí se vino al campo desbaratado. A dos horas de noche comenzaron a llegar soldados que venian heridos, estos dieron nueva de su perdicion. El gobernador Saravia la recibió con buen ánimo, y consolaba algunos dellos que venian desbaratados: Don Miguel no le fué a ver a su tienda. El gobernador le envió a llamar, entónces vino y entró diciendo: "mis pecados han sido la causa de mi perdicion; pluguiera a Dios que en mí solo se acabara." Saravia le consoló y mandó que se tuviese cuenta con la vela del campo, porque algunos soldados no de buen ánimo habian cargado sus bagajes creyendo irse: los mandó alancear, aunque no tuvo efeto. Con este proveimiento cesó el miedo hasta por la mañana, que mandó retirar su campo a los llanos de Angol.

Muchos daban la culpa de esta pérdida al jeneral Don Miguel en haber peleado en parte tan en daño suyo, habiéndolo reconocido, sino retirarse sin pérdida; pues la verdadera prudencia de un capitán es conocer el daño que le puede venir para reparallo con tiempo, y con esta prevencion triunfa del enemigo, pues tanta experiencia tenia de la guerra de indios, especialmente en Chile. Don Miguel decia, que por su reputacion y por satisfacer al gobernador Saravia no pudo hacer ménos, casi compelido de muchos caballeros mancebos que consigo llevaba, que estos, como hombres que no tenian plática de guerra, y estaban en amistad y deudo juntos con el gobernador, por lo que habia entendido de atras, siempre se lo pondrian por cargo.

CAPITULO LXVI.

De lo que hizo el gobernador Saravia despues de la pérdida de Catiray.

Otro dia por la mañana Saravia mandó retirar el campo a la tierra llana de Angol, dejando a Martin Ruiz de Gamboa de retaguardia, llevó su jeneral el avanguardia, y él se fué en batalla. Llegado al estero de Ranchenque, aquella noche hizo dormida en él, y desde a dos horas, a la primera vela los indios de guerra pusieron fuego cerca del campo a una cabaña de yerba seca en una ladera: encendiéndose el fuego se extendió por el campo comarcano.

Los indios amigos que el gobernador traia consigo y estaban alojados junto al estero, como vieron el fuego, tocaron arma: luego tocó la trompeta, y se puso en arma el campo. Los arcabuceros de a pié con el artillería; los de a caballo acudieron a la tienda del gobernador. Don Miguel los puso en orden de batalla, para pelear si los indios viniesen a ella, cargada la artillería: los amigos todos en escuadrones, esperando lo que seria. El gobernador mandó se fuese a reconocer: hallaron no haber indios, mas de haber puesto fuego [a] aquel campo: entendido esto, cada uno se fué a su tienda, y se doblaron las velas para seguridad.

Otro dia por la mañana Saravia hizo consulta de lo que haria: fué tratado se diese aviso al maestro de campo, que andaba cerca de allí, de lo sucedido, y a la ciudad de Angol, y que su señoría apercibiese jente de la que allí habia para que luego fuese a dar socorro a la ciudad de Cañete, que estaba desproveida de jente, y si los indios iban sobre ella se perderian, y era grande inhumanidad dejallo de hacer. Para quitalles aquella ocasion, y dar aviso al capitan Gaspar de la Barrera mirase por sí, de docientos hombres que el gobernador Saravia tenia consigo, apercibió ciento y cuarenta. Destos no queria ir ninguno, y decian algunos dellos estar heridos, y otros que no querian ir a Tucapel, que así se llama la provincia adonde habian de ir, y estaba de allí diez leguas de camino y no mas; sino que Saravia y los de su consejo de guerra, que lo habian perdido contra el parecer de todo el campo, lo fuesen ellos a remediar. Estaban tan desenvueltos con sus palabras, que ninguno queria ir: dábanse poco por amenazas y promesas que el gobernador les hacia: tan remisos estaban en su opinion. El gobernador no sabia qué se hacer ni qué orden tendria: vista la dureza de los soldados, determinó ir en persona aquella jornada. Algunos hombres principales le dijeron no quisiese aventurar su persona de aquella manera: que puesto allá no sabia como le sucederia, mejor le era quedarse en Angol para el reparo de todo lo demas. Viéndolo así congojado, el capitan Alonso Ortiz de Zúñiga, Don Diego de Guzman, Alonso de Córdoba, con otros capitanes que en su campo andaban, se ofrescieron de ir con cualquier capitan que enviarlos quisiese, y muchos otros que en amistad estaban con ellos prendados se ofrescieron a lo mismo: fué parte para que hubiese efeto el ir a socorrer la ciudad de Cañete. Hízose el apercibimiento, quitando a unos y poniendo a otros [hasta el] cumplimiento de ciento veinte hombres a caballo. De allí se fué el gobernador una legua adelante para descuidar a los indios, dándoles a entender se iba a Angol, que estaba de allí dos leguas, por quitalles la ocasion de no esperallos en el camino, que era mucho dello montaña por donde habian de ir. Aquella misma tarde casi al anochecer tocó la trompeta a partir. Fué la partida peor que el principio, porque algunos de los apercibidos, hombres bajos y de poca presuncion, se escondieron, y otros se huyeron a Angol, y algunos a Santiago: tanto era el temor que tenian de ir a Tucapel; aquella hora hubo algunos

soldados antiguos que dando causas para no ir aquella jornada, no les siendo admitidas, decian hacer dejacion de todo lo que a su majestad habian servido y trabajado en Chile, para no pretender cosa alguna en el reino de allí adelante de merced que pudiesen, y así quedaron sin ir allá los que esto hicieron. Saravia, para mas animallos, envió con ellos a su hijo Ramiro Yañez, mancebo de mucha virtud: el mando sobre todo llevaba el jeneral Martin Ruiz, que por su buena intelijencia, solicitud y cuidado, poniéndose a todo trabajo, hubo efeto [a] animar a los amigos y enemigos para ir a hacer aquel socorro; y como tenia a su cargo aquella provincia por la comision que habia llevado cuando desde la Concepcion le envió Saravia, érale dado proveer todo lo que le pareciese que convenia. El jeneral Don Miguel fué con él; por respeto de llevar mas jente quiso tomar su compañía en aquel camino: fueron sus amigos y aficionados a él. A la hora que comenzó [a] anohecer hicieron camino por la montaña hasta el cuarto de la luna, que fatigados de sueño y perdido el camino, pararon a la asomada del valle de Cayocupie, cuatro leguas de Cañete. Por la mañana, despues de haber castigado unos indios, que disimulados se habian juntado con ellos, y eran espías que los iban a contar y saber el número que eran y el camino que hacian, se partió y llegó a la ciudad, sin que en ella tuviesen nueva de su venida: tan descuidados estaban, que si luego fueran los indios sobre ella, gozaran de otra vitoria mejor que la de Catiray. El gobernador se fué a Engol (1) y mandó recojer los arcabuces que habia, y aderezallos de lo que estaban faltos para la necesidad que dellos se entendia habia de haber, y porque le pareció que Cañete estaria falta de bastimentos, envió a Pedro Guajardo, natural de Córdoba, a la ciudad de Valdivia a los oficiales del Rei, que luego cargasen un navio que estaba surto en el rio de aquella ciudad con todo el bastimento que pudiesen y lo enviasen a Cañete; y para que si, lo que Dios no quisiese, tuviesen dél necesidad, se aprovecharan como mejor les pareciese. Quedando concertado entre el gobernador y Don Miguel que para tal dia señalado seria de vuelta y estaria en Angol, y creyese, si para aquel tiempo no venia, era perdido. Llevó Martin Ruiz por principal cuidado socorrer el fuerte de Arauco y abrir aquel camino para tratarse unos con otros, demas de hacer mas cuerpo de jente para sujetar y castigar la provincia.

CAPITULO LXVII.

De lo que hizo el jeneral Martin Ruiz de Gamboa despues que llegó a Cañete, y de lo que le sucedió.

Llegado a Cañete Martin Ruiz, fué rescebido de la poca jente que en ella habia, conforme a la nescesidad que de su venida tenian para

(1) El autor, como se habrá notado, pone unas veces *Engol* y otras *Angol*.

seguridad de sus vidas, mujeres e hijos. Despues que hubo descansado algunos dias, trató ir al fuerte de Arauco y juntarse con el capitan que allí estaba, para que abierto aquel camino, se pudiesen tratar y socorrer unos a otros, pues no habia mas lonjitud de ocho leguas, temiéndose que los indios no pusiesen cerco [a] aquella fuerza, que sería posible por falta de bastimento perderse, a causa que no estaban de sazón los que en el campo habia, y estos para habellos de recojer, habia de ser a lanzadas con los que estaban a la defensa y podian perderse. Apercibió cien soldados a la lijera, sin cargas algunas mas de sus armas, y algunos caballos que llevaban de respeto para si se ofresciese caso en que los hubiesen menester, hallarlos descansados. Tocando la trompeta a partir, pasaron el rio que está junto a la ciudad, y cuando es bajamar puédese pasar a los estribos, y cuando la marea crece no puede vadearse a causa que hinche mucho por allí. Despues de pasado hizo dormida [a] dos leguas. Los indios por órden de Millalelmo y de otros muchos capitanes, despues que desbarataron al jeneral Don Miguel en Catiray, despacharon mensajeros por toda la provincia, manifestando el buen suceso que habian tenido, y enviaron de presente muchas cabezas de cristianos para que creyesen era así como les decian, rogándoles que todos tomasen las armas y no perdiesen tan buena oportunidad como al presente tenian para libertarse; y como todos en jeneral son amigos de novedades, conociendo el tiempo serles favorable, de conformidad quisieron aprovecharse dél, y así se juntaron grande número de indios. Puestos en un lugar llamado Quiapo, tratan era cierto por plática que tenian de atras, [que] los cristianos que estaban en Cañete era imposible dejar de salir de allí para ir al fuerte de Arauco a tratarse con los que allí estaban, que les convenia guardar aquel paso, porque no se pudiesen juntar los unos con los otros, y que para el efeto estaba mui a propósito una quebrada grande y montosa cerca de allí en medio del camino, que era el mas derecho para ir a Arauco; y que para saber cuándo saldrian de la ciudad era bien enviar algunos indios pláticos que estuviesen entre el servicio de los cristianos y entendiesen lo que hacian, para dalles aviso de todo. Pues como Martin Ruiz salió de la ciudad, fueron luego avisados por sus espías, cuántos eran y en dónde dormian: aquella misma noche se dieron aviso unos a otros, porque estaban repartidos a la guarda de tres caminos que habia para que no se les pasasen sin sentillos. Los que estaban en las otras guarniciones las dejaron y acudieron a tomalles las espaldas, que era el camino por donde habian de volver por respeto de unas ciénegas que en él habia. Martin Ruiz fué caminando sin ver indio alguno: los que llevaban el avanguardia llegaron a la quebrada donde estaban emboscados: cuando los vieron venir cerca, se metieron entre los árboles y matas, y otros que les tomó la voz en lo llano fuera del monte se meten entre unos lampazos: tendidas las armas en tierra, se ponian las hojas en la cabeza por no ser descubiertos, y así hizo alto la vanguardia hasta que llegasen los capitanes que atras venian. Con su llegada sucedió juntamente

llegar una gran tempestad de agua, y así puestos al campo, tratan qué órden tendrian para hacer su jornada. Estando en esto, los indios, como los vieron parados y que no pasaban adelante, creyeron que los habian visto y por este respeto no caminaban de temor. Concebida esta imaginacion, se salen por muchas partes dando grandísima grita y tocando muchas cornetas. El jeneral Martin Ruiz quedó haciendo rostro a los indios, y trató con Don Miguel volverse atras con veinte hombres a dar órden, con el servicio que llevaban, se aderezasen ciertos pasos cenagosos que atras quedaban; porque si la necesidad les compeliere a volver por aquel camino, pudiesen salir sin peligro a la tierra llana, y en el entretanto procuraban como poder pasar adelante haciendo su camino peleando con los indios: echarlos de allí desocupando el paso que les tenian tomado como jente plática, dejando las flechas, no haciendo cuenta dellas, habiendo visto por experiencia el poco efecto que hacian para dañar a los cristianos con ellas por respeto de ir tan armados: estaban todos proveidos de lanzas largas, con las cuales resistian a los caballos y alanceaban a los que en ellos iban. Con la determinacion dicha los apretaron en tanta manera, por ser el lugar estrecho y no poder pelear en él a caballo, les hicieron volver las espaldas, y en su alcance fueron hasta pasar los pasos cenagosos que Don Miguel habia mandado aderezar. Los indios que guardaban los otros dos caminos, por presto que llegaron, ya habian salido a la tierra llana: por allí los fueron siguiendo, y aunque alguna vez Martin Ruiz revolvia con algunos soldados valientes que consigo llevaba y alanceaba algunos indios que iban desmandados siguiendo el alcance, no por eso dejaban los demas de seguirlos, como lo hicieron, dos leguas de camino, en el cual alcance les tomaron treinta caballos de los que llevaban de rienda, y les mataron algun servicio; y así con esta pérdida llegaron al rio una hora de noche, que por estar crecido no lo pudieron pasar. Esperando que bajase la marea, estuvieron en su ribera aquella noche faltos de toda cosa y quejosos de su mohindad, diciendo que en ventura de Saravia tenian todos aquellos casos de guerra mohinos y tan adversos. Por la mañana entraron en la ciudad tristes y desconsolados, perdida la esperanza de socorrer a los que estaban en el fuerte de Arauco.

CAPITULO LXVIII.

De como Martin Ruiz salió a buscar bastimento para sustentarse en la ciudad, y de lo que le sucedió.

No habiendo hecho ningun efeto la ida de Arauco, el jeneral tuvo necesidad de salir a buscar bastimento, porque dentro de la ciudad no lo habia para tanta jente, pues estaban ya las simenteras de los indios de sazón para podellas cojer, mandó que se aprestasen los que quisiesen ir con él. Salieron ochenta soldados a caballo con algunos bagajes, y cojieron todo lo que pudieron traer esta vez, y otra que ansí mismo

fueron a buscallo. Los indios, a lo que se entendi6, que lo pudieron estorbar, no lo quisieron hacer: por mas descuidallos no pareció ninguno en toda la comarca, como jente que andaba a huida, y en una quebrada que estaba dos leguas de Cañete, de muchos maizales, se emboscaron e hicieron allí asiento secreto, esperando si los cristianos venian a cojer aquellos maices, que a su parecer era imposible de jallo de hacer, por ser lo mas conjunto que otra parte alguna donde hubiese comidas, que es el nombre que dan a los bastimentos y vituallas en la tierra de Chile. Puestos en aquel lugar, desde 6l se repartieron en otras dos emboscadas mui a su propósito.

Martin Ruiz sali6 tercera vez por bastimento, porque como tenian muchos caballos y servicio, gastábase mucho y duraba poco lo que se traia. Apercibi6 para esta jornada ochenta soldados, y por la plática que tenia de haber muchos maices en aquella quebrada, fué allí aunque bien recatado de lo que podia ser. Los soldados se dividieron a cojer de las simenteras, que habia muchas. Martin Ruiz tom6 un alto que hacia sobre la quebrada, llamado Payllataro: abajo andaban soldados y servicio cargando los caballos. Los indios, pareciéndoles era tiempo, salieron de una emboscada y mostr6nse: luego se toc6 arma y a recojer. La fuerza de los indios se vinieron a donde Martin Ruiz tenia tomado el alto, con largas lanzas y con tanta determinacion, que los cristianos, viéndose repentinamente acometidos, y en lugar mal acomodado para pelear a caballo, sin infantería y contra jente de a pié, por ser valles pequeños y estrechos de barrancas que lo cerraban, tocando la trompeta a recojer se hicieron a lo llano. Los que estaban en lo bajo de la quebrada quisieron subir a lo alto y tomar el camino que llevaban los demas; no lo pudieron hacer porque los indios estaban a la defensa. Queriendo dalles lado y tomar otro camino se embarazaron en unas ciénegas pequeñas; no habiendo otro paso puestos allí sino aquel, de necesidad habian de pasar a su ventura por entre los indios que estaban a pié con sus lanzas en las manos aguardándolos. Al pasar por entre ellos peleando, mataron al capitan Juan de Alvarado, vecino de Osorno, y a Sebastian de Garnica, que poco habia el Rei Don Felipe, por lo que en Chile habia servido, le habia hecho merced de tres mil pesos en su caja para ayuda de costa, siendo informado los tenia merecidos, los cuales no pudo gozar, y a Francisco Lopez, valiente soldado: hirieron a otros muchos. El servicio que estaba en lo bajo de la quebrada cojiendo los maices, no teniendo socorro, dieron los indios en ellos y mataron algunos, aunque los mas se escondieron por el monte y de noche se fueron a la ciudad: tomaron muchos caballos de carga. Aquel dia llegaron todos los que escaparon de esta refriega a la ciudad. Los enemigos, con la fresca victoria, vinieron a ponerse sobre ella quitándoles el poder salir a buscar bastimentos, pues sabian no los tenian y pasaban nescesidad, todo lo cual se excusara si las justicias de Valdivia proveyeran con brevedad el enviar bastimento en el navio que tenian surto en el rio, aunque despues se disculpaban con

Saravia diciendo habian hecho todo lo posible en el despacho del navio, a causa que el trigo que en él habian de embarcar estaba léjos de la ciudad, no se podia hacer con tanta brevedad como decian.

CAPITULO LXIX.

De las cosas que acaescieron en la ciudad de Cañete despues del suceso de Payllataro.

Estando en la nescesidad que hemos dicho la ciudad de Cañete, falta de todas cosas, llegó el navio que venia de Valdivia cargado de trigo y otros muchos bastimentos: fué resecebido con jeneral alegría, como hombres que tan nescesitados estaban y en gran manera faltos de toda suerte de vituallas, y tambien, porque si a tanta nescesidad llegaban, podian enviar a la Concepcion las mujeres, niños, con las demas cosas que impidian, y que los soldados a la lijera se irian por tierra, pues eran ciento y cuarenta y estaban bien proveidos de caballos muchos y mui buenos, aunque despues no les sucedió tan bien como al principio lo trataban. El jeneral mandó sacar en tierra trigo y tocinos con que se sustentaban de ordinario. El trigo daban a los caballos por tenellos alentados y con fuerza para lo que se les ofreciese.

En este ínterin hubo discordia entre los jenerales, porque Don Miguel quiso irse a ver con Saravia y dalle razon de como estaba aquella provincia. Tratándolo con Martin Ruiz se desavinieron, porque decia no era cosa, estando la provincia tan de guerra, salir jente ninguna; porque demas de dar avilantez a los naturales, los podian matar en el camino, y que se habia de entender estarian todos [los pasos] tomados y los indios a la defensa: que demas desto él era allí justicia mayor en jeneral con todos y se habia de hacer lo que mandase, porque era lo que mas convenia al bien jeneral. Algunos capitanes y soldados que junto a Don Miguel andaban, le ponian calor en que se fuese a ver con el gobernador, pues no se habia de presumir que Martin Ruiz le habia de tener tan oprinido; esto con intencion de irse ellos con él. Llegaron estos tratos y palabras a tanto, que fué nescesario entrar de por medio algunos soldados desapasionados y dar traza en el negocio, porque no viniesen en rompimiento. Acordóse que en un barco que habia allí de dos que los oidores habian enviado [a] aquella ciudad con refresco desde la Concepcion, cuando supieron la nescesidad en que estaban: a estos barcos les dió un temporal de tramontana, como lo hace muchas veces por la costa de Chile, y fué ensoberbeciéndose de tal manera que se perdió el uno, y el otro, viéndose perdido, alijó lo que llevaba, y con esta dilijencia escapó. En este, de conformidad los dos jenerales, enviaron un hidalgo, llamado Pedro Lisperguer, natural de Bormes en Alemania, hombre plático y de buen entendimiento, por ser amigo de ambas las partes; que por ser extranjero era hombre sin sospecha, y de su persona, noble, criado desde niño en la casa del duque de Feria: por las razones dichas lo enviaron aquellos caballeros,

que otros muchos habia a quien podello encomendar. Pues llegado a la Concepcion, que estaba de allí diez y seis leguas de camino, trató con los oidores, por estar Saravia en la ciudad de Angol y no poder ir allí por respeto de estar aquel camino cerrado de enemigos, díjoles la necesidad en que aquella ciudad estaba, que sus mercedes proveyesen lo que al servicio del Rei les pareciese convenir mas, porque los capitanes no se llevaban bien, y seria posible haber alguna pasion entre ellos. Los oidores les escribieron y encomendaron tuviesen conformidad en todo; pues tenian la cosa presente, mirasen lo que mas convenia. Luego desde a poco, viendo no era cosa [de] ir jente alguna por tierra desde aquella ciudad [a] Angol, donde Saravia estaba, se concertaron que Don Miguel saliese por la mar con veinte hombres, los que él quisiese, para informar de lo presente y pasado, porque con brevedad enviase a mandar su voluntad. Concertados en la manera dicha, se embarcó Don Miguel en una fragata que habia llegado de la ciudad de Valdivia con bastimento. En ella navegó a la Concepcion, y llegado, se partió desde a dos dias a donde Saravia estaba, que se holgó con su venida, porque despues que dél se partió nunca mas tuvo nueva que cierta fuese hasta que llegó allí; e informado de su jeneral en el peso que quedaba la guerra en aquella provincia, no pudiendo desde allí dalles ningun remedio, sino era con solo el deseo, mandó apercebir ochenta soldados y vecinos a caballo para irse a la Concepcion; que muchos dias ántes se hubiera ido, si tuviera jente para ir con seguridad, porque se creia [que] los indios le esperaban en el camino, como despues se supo por cierto. Pasando el rio Biobio por vado, que pocas veces se halla en él por ser rio grande e de mucha creciente de aguas, se ahogó un caballero de Sevilla que servia de sarjento mayor, llamado Don Gonzalo Mejia, por socorrer una mujer de su servicio que se ahogaba. Desde allí mandó Don Miguel ir veinte hombres con un capitan a tomar lengua entre los indios y saber el camino de la manera que estaba, y si se podia caminar con seguridad. Otro dia salió a donde el gobernador iba caminando y trajo tres indios; preguntado a cada uno por sí, se afirmaron que Millalelmo con muchos indios de guerra le esperaba en el camino para pelear con él, y que habia hecho un fuerte entre dos quebradas a la junta del camino que iba de Santiago y el camino que llevaba, para guardallos ambos sin que se escapase a la Concepcion. Con esta nueva estuvo indeterminable por donde entraria que fuese a ménos riesgo. Tratado con sus capitanes, acordaron de llegar mas adentro: para informarse mejor púsose siete leguas a la entrada de los montes, en un asiento llamado Quines, y porque no se tomó allí razon de lo que pretendia pasó el rio de Itata, camino de Reynoguelen, intento a muchas cosas. Pasado el rio, tuvo acuerdo de lo que haria: algunos le decian se fuese al rio de Maule, que estaba de allí veinte leguas, y por la mar se iria a la Concepcion en una fragata, y que en lo que tocaba al campo, se andaria por aquella tierra llana como le pareciese, y a tiempo conveniente todos se entrarian

una noche en la Concepcion, pues no habia mas de siete leguas de camino. A Saravia le parecia era mucho perder de reputacion, y por este respeto no se determinaba en cosa ninguna. Desde allí envió a Juan Alvarez de Luna por los caciques de Reynoguelen para informarse dellos. Venidos otro dia, le dijeron el camino estaba seguro, y que ellos no habian entendido que jente de guerra ninguna lo estuviesen aguardando, aunque despues se supo que mintieron, porque como todos son unos, acuden mas a su natural que a la amistad que tienen con cristianos. Saravia volvió desde allí a Quines, donde dos indios, que con los de Reynoguelen venian y habian andado muchas veces aquellos caminos, le dijeron que ellos le llevarian por un camino mal usado a dar a la costa de la mar, sin que los enemigos lo entendiesen, y que desde allí entrarían al seguro en la Concepcion. Informado bien, se retificaron en que lo harían así como decían. Andaba en este tiempo Saravia mui desgustoso y mohino viendo que los caminos se le cerraban y todo se le hacía mal, por donde se conocía el arrepentimiento que en su ánimo tenia por no haberse desde el principio guiado con prudencia de guerra y parecer de hombres viejos antiguos que la entendían. Pues como fué anohecido, dejando los fuegos encendidos, se partió para la Concepcion con las guías que tenia, que le llevaron por buen camino hasta una legua de la ciudad, donde mandó poner en órden la jente que llevaba, y dió su estandarte a un caballero de Sevilla llamado Don Diego de Guzman, que en órden de guerra caminando se fué a la Concepcion. Salióle a recibir el audiencia y todos los demas vecinos y soldados como a gobernador del Rei.

CAPITULO I.XX.

De las cosas que pasaron entre el gobernador y jeneral Martin Ruiz despues que llegó Saravia a la Concepcion, y de como se despobló la ciudad de Cañete.

Llegado que fué Saravia a la Concepcion, lo hospedó en su casa el licenciado Juan de Torres de Vera, oidor en aquella audiencia, en la cual posada fué regalado y servido los dias que en ella estuvo, porque era jeneroso y mui cumplido Torres de Vera en toda suerte de cosa que hiciese. Luego otro dia trató de enviar a Cañete un barco y escribir a Martin Ruiz se comunicase con Gaspar de la Barrera, que estaba en Arauco, a fin que se abriese aquel camino, y todos juntos pudiesen hacer algun efeto en la provincia. Martin Ruiz le respondió no se podían juntar, ni era posible, porque los indios tenían cerrado el camino, y que no era parte para podello sacar de allí, ni tratarse con él: que su señoría viese lo que era servido hiciese, porque la jente que consigo tenia estaba descontenta, y que los indios de ordinario estaban sobre la ciudad a la mira, esperando saliese jente del pueblo para dar en la parte que les pareciese podían hacer mas efeto, y que de su estada allí no resultaba ningun provecho [a] aquella provincia para traer los

naturales de paz. Saravia, viendo esta carta, trató con sus amigos lo que podia hacer: desta plática, despues de resumido en lo que le paresció para cumplir con los oidores y pueblo, resultó que hizo junta otro dia en su casa de los capitanes que en aquella ciudad estaban, y oficiales del Rei y señores oidores se hallasen presentes para mas autoridad.

Propuesta su oracion en jeneral, les dijo: que Martin Ruiz le habia escrito no podia dar socorro a la fuerza de Arauco por efeto de no hallarse con jente; que le parescia, puesto era así, se debia dar órden como dalle remedio, ántes que los indios pusiesen cerco [a] aquella fuerza, porque no les podia dar socorro, ni era posible en el tiempo presente ni aun el año de adelante, pues estando seis leguas dellos Martin Ruiz no lo habia podido hacer con ciento y cincuenta soldados que tenia: que les rogaba le diesen su parecer de lo que podia hacer al presente que mas acertado fuese, y que si convenia despoblar aquella fuerza se lo dijesen, y la ciudad de Cañete tambien, y claramente dijese cada uno su parecer de lo que entendia; que él pretendia reparar lo demas, [mas] no se hallaba con jente para podello hacer, y que con la que allí estaba se podia sustentar lo poblado, y que no parasen en decir que era flaqueza despoblar aquella ciudad y fuerza de Arauco, que dello él daria cuenta y descargo al Rei.

Los que allí estaban que eran soldados, le dijeron que en despoblar aquella ciudad no se perdia cosa alguna, pues siempre que hubiese jente se podia volver a poblar, y que era gran costa a la hacienda real sustentar allí docientos hombres de bastimento por la mar y ropa de vestir, sin que de ello resultase ningun aprovechamiento al Rei ni a los vecinos de ella, pues no habia granjas, ni heredamientos, ni casas que tuviesen edeficios razonables, sino solamente unos paredones, mal reparados, y no podian hacer simenteras, ni criar ganados: que todo se les habia de llevar por la mar a mucha costa, y que sacándolos de allí, con ellos reparaba las demas ciudades que estaban faltas de jente; y que los que estaban en la fuerza de Arauco no hacian ningun efeto que bueno fuese para el reino, mas de estarse allí metidos, donde podia ser perderse. Los oidores eran de contrario [parecer], que no quisieran se despoblara aquella fuerza, sino que se sustentara, como ellos lo habian hecho en su tiempo, e pesábales se perdiere.

Oido el parecer de todos, Saravia mandó aderezar una fragata y dos barcos para que fuesen a la isla de Santa María, que está de la playa de Arauco dos leguas, y allí tomasen lengua si estaba cercada aquella fuerza o no, y con una carta suya envió a Juan Alvarez de Luna, con órden que, si no estuviese cercada, viniese de noche a la playa y echase dos indios en tierra que sabian el camino, y pagados, porque con mejor voluntad lo hiciesen, y diese aviso con uno de los barcos a Martin Ruiz, que estaba en Cañete; escribiéndole Saravia que ningun socorro le podia dar, que mirase lo que le convenia hacer, como hombre que lo entendia y tenia la cosa presente, hiciese lo que le pareciese mas acertado. Martin Ruiz quisiera que Saravia le mandara despoblar clara-

mente, el cual no le queria decir lo hiciese, porque no pareciese se lo mandaba, sino que él de su autoridad lo hacia. Martin Ruiz le respondió se aclarase su señoría, porque él no se podia sustentar, y que si queria se despoblase aquella ciudad se lo mandase por mandamiento, y si no lo queria hacer, que él de su voluntad se estaria allí a todo lo que le sucediese hasta ponerse en lo último, y que le parecia que primero que él saliese, se diese orden en la fuerza de Arauco, porque saliendo de aquella ciudad era cierto los indios habian de ir sobre ella. Esta carta rescibió el gobernador en respuesta de la suya, y decia eran muchas prevenciones las de Martin Ruiz, porque decia no queria hacer cosa que le parase perjuicio adelante. Al capitán Gaspar de la Barrera le escribió que de ninguna manera le podia dar socorro mas de aquel que le enviaba con la fragata y barco, ni Martin Ruiz, que estaba en Tucapel, se lo podia dar por tierra; que viese lo que le convenia: no diciéndole que desamparase la fuerza, sino que no le podia socorrer. La fragata y barco llegaron a la playa tres horas de noche; luego echaron en tierra los dos indios: estos fueron con la carta al fuerte sin hallar estorbo alguno. Llamaron a la puerta, la vela dió aviso, el capitán mandó entrasen, y juntos todos los soldados, leyó la carta de Saravia. Tratando luego en lo que harian, les pareció no perder tan buena oportunidad como tenian delante, y así todos juntos se resumieron de embarcar el artillería, municiones, con el servicio y todo lo demas que tenian, e irse a la Concepcion. Por mucha priesa que se dieron, no pudieron despacharse con tanta brevedad que, cuando lo acabaron de llevar a la playa y embarcar, ya era de dia. Los indios, cuando reconocieron que se iban, comenzaron a juntar [se] para pelear con ellos, por ser aquel valle mui poblado de jente. Los soldados, despues de embarcada la artillería con lo demas que tenian, vieron los indios que se venian acercando a ellos, apellidándose unos a otros. Allí se vió algunos soldados, queriendo embarcarse con mas priesa de la que la necesidad les compelia, dejar sus caballos en la playa con silla y freno sin se lo quitar, que aunque vian a otros mas reportados y sin alteracion darse maña a lo que tenian presente, no aprovechaba dalles mas ánimo del que ellos tenian, y así se embarcaron treinta y seis soldados que en aquella fuerza estaban. Dejaron sesenta caballos en la playa, muchos dellos mui buenos: levantando velas, se vinieron a la Concepcion. Los indios tomaron todos los caballos, y fueron al fuerte a quemallo y ponello por tierra, como lo hicieron: de los caballos los mas dellos comieron, algunos dejaron para su servicio. Saravia, despues de despoblada aquella fuerza, envió un barco a Martin Ruiz, dándole cuenta dello para que no estuviese atendido a lo que de ántes habia dicho, volviéndole a decir no le podia socorrer. Martin Ruiz hizo de todo una informacion, como él la quiso ordenar, aunque al dicho de algunos de quien yo me informé fué verdadera, para su descargo adelante, si en algun tiempo se le pidiese, en la cual se contenian muchas cosas: Comunicándolo con todos los que en la

ciudad estaban, y tratando de lo que se podia hacer, se resumieron irse a la Concepcion. Mandó luego embarcar las mujeres, niños, con las demas alhajas que cada uno tenia, no dejando en tierra cosa alguna, sino los caballos, que fué harta pérdida, porque quedaron trecientos caballos, los mejores del reino, sueltos por aquel campo: mirando muchos dellos al navio a la vela, hacian grandísima lástima a cuyos eran, pues sabian no habian de haber otros tales, como los que dejaban en poder de aquellos bárbaros. Los indios, como los vieron embarcar, vinieron a la ciudad a quemar las casas y derribar los edeficios a vista de los cristianos: ¡tanta era la enemiga que con ellos tenian! otros fueron a los caballos y tomaban dellos todos los que podian llevar. No solo tuvieron este suceso adverso, mas al salir a la mar, como el navio iba tan cargado y balumbado, un golpe de mar le echó tan a la costa, que casi acostado del todo estuvo para perderse, y por la mucha presteza de los marineros que lo rejian escapó. Despues con buen tiempo llegó a la Concepcion otro dia, y queriendo surgir en un rio llamado Andalien, que entra en la mar junto a la ciudad, tocó en tierra, y al momento se trastornó y quedó al traves, que parecia andaba la fortuna buscando en que hacer daño al gobernador Saravia, y por su respeto, a todo el reino de Chile, por seguir su opinion, que era amigo della en toda suerte de cosa. Perdiéronse cuatrocientas hanegas de trigo que en él venian para el sustento de aquella ciudad.

CAPITULO LXXI.

De lo que hizo el gobernador Saravia despues que despobló la ciudad de Cañete y casa fuerte de Arauco, y de lo demas que acaesció.

Estando Saravia en la Concepcion, quitado del cuidado que habia tenido de la casa fuerte de Arauco y ciudad de Cañete, por haberlas despoblado, mandó que en una fragata del Rei, que en aquella ciudad estaba, se embarcasen las mujeres que de Cañete habian venido, con sus maridos, hijos y familia, porque sustentar tanta jente en la Concepcion a costa del Rei, que era grande el gasto que se hacia, y ansí mismo licenció otros soldados para las ciudades que quisieron irse, dejando la que bastaba para el sustento de aquel pueblo. Y porque Don Miguel, que habia sido su jeneral, se quiso ir al Pirú, trató con él pidiese socorro al visorei Don Francisco de Toledo, que lo gobernaba, informándole la nescesidad que tenia de jente el reino de Chile, y el mucho servicio que al Rei se hacia proveer remedio con brevedad; y comunicó con el licenciado Juan de Torres de Vera, natural de la villa de Estepa, que era oidor en aquella audiencia, se encargase de la guerra como su jeneral, dándole el supremo grado en todo el reino. El licenciado lo acetó, aunque contra el parecer de algunos amigos suyos que le dijeron no lo hiciese, porque el dotor Saravia era mudable e inconstante en las cosas que hacia: que siendo oidor del Rei le era mejor

estarse en su audiencia que ocuparse en cosas de guerra, y que demas desto le encomendaba una cosa mui pesada, porque estaba ruinada y perdida mucha parte del reino, sin podello reparar ni tener jente bastante para volverlo a restaurar: como cosa perdida, no debia encargarse della, teniendo atencion a lo de adelante. El licenciado, como hombre de grande ánimo, entendiendo Saravia tuviera mas constancia, no dió oido a lo que le dijeron, paresciéndole que habiendo dado su palabra, no le estaba bien apartarse della; y como por la guerra los hombres que son deseosos de gloria levantan su nombre y fama, y que andando el tiempo lo que estaba de guerra se habia de quietar, estuvo en su opinion; y para hacer la guerra el verano adelante, el gobernador le dió comision que fuese a la ciudad de Santiago y hiciese jente, y de la hacienda real gastase los pesos de oro que le pareciese. Con esta órden se embarcó en un navio pequeño con treinta soldados, dos dellos amigos suyos, y otros que estaban mal en órden para que se aderezasen. Llegado a Santiago, comenzó a hablar y a apercebir las personas que estaban desocupadas para ir en su compañía: dándoles con que se aderezasen, armas, caballos, ropas de vestir, juntó en breve tiempo ciento y diez soldados aquel invierno, y para el aviamiento de todos gastó ocho mil pesos, que es número de diez mil ducados. Salió a la primavera con muchos amigos que de la ciudad de Santiago le dieron los vecinos della. Con esta jente entró por los términos de la Concepcion: llamando de paz a los que estaban de guerra y castigando a los rebeldes, anduvo por toda su comarca quitándoles la ocasion de no ir sobre las ciudades Concepcion, ni Angol, corriéndoles de ordinario sus tierras la mayor parte del verano, hasta que fué Dios servido año de mil y quinientos y sesenta y ocho, miércoles de ceniza, vino repentinamente un temblor de tierra y terremoto en aquella ciudad, tan grande que se cayeron la mayor parte de las casas, y se abrió la tierra por tantas partes que era admirable cosa verlo; de manera que los que andaban por la ciudad no sabian qué se hacer, creyendo que el mundo se acababa, porque vian por las aberturas de la tierra salir grandes borbollones de agua negra y un hedor de azufre pésimo y malo que parecia cosa de infierno: los hombres andaban desatinados, atónitos, hasta que cesó el temblor. Luego vino la mar con tanta soberbia que anegó mucha parte del pueblo, y retirándose mas de lo ordinario mucho, volvia con grandísimo ímpetu y braveza a tenderse por la ciudad. Los vecinos y estantes se subian a lo alto del pueblo, desamparando las partes que estaban bajas, creyendo perecer. Los indios de la comarca, entendiendo ser la ciudad perdida, vinieron sobre ella, y como vieron que los cristianos estaban sin peligro, siendo ellos pocos, se volvieron sin intentar cosa alguna. El licenciado tuvo de ello nueva ocho leguas de allí: partió luego a dalles socorro, y se puso dos leguas de la Concepcion, que por estar destruida del terremoto no quiso entrar en ella, y desde que supo estaban sin peligro, despues de haber estado tres dias a su reparo, se volvió al rio de Niviqueten, ocho leguas de allí, donde anduvo haciendo

guerra a los indios alzados, castigando muchos dellos, y de allí pasó a la tierra de las minas, que es donde los vecinos de aquella ciudad sacan el oro, por nombre llamado Gualqui, jente belicosa por la disposicion que tienen de cerros y tierra doblada, quebradas cenagosas, que es a su propósito para pelear con jente de caballo a su ventaja; y así anduvo todo aquel verano dando castigo a muchos que lo merecian: a la entrada del invierno se retiró a la Concepcion por las tempestades de agua.

El gobernador Saravia, de la madera que las casas tenían hizo un fuerte donde se recojiese el pueblo, si los indios viniesen sobre él, como se creía; hincando las vigas gruesas en tierra, y atravesando ramas de árboles y varas pequeñas entre ellas, distancia de unas a otras de dos piés poco mas de grueso, lleno de tierra pisada, quedaba hecha buena defensa. Cercó una cuadra que tenía por frente trecientos piés por cada un lienzo, y dos cubos de madera, que cada uno guardaba los dos lienzos, con tres piezas de artillería en cada uno de los cubos que alcanzaba léjos a la campaña. Hecho este fuerte, y traído por su mandado mucho trigo de las ciudades de Valdivia y Santiago, se embarcó con sus criados, dejando al licenciado Juan de Torres de Vera en aquella ciudad toda cosa a su cargo, con nombre y título de jeneral, se fué a Santiago a esperar allí, si el visorei Don Francisco de Toledo daba socorro de jente a Don Miguel de Velasco para proveer de lo que necesario fuese y volver a hacer la guerra restaurando lo perdido, o si todo faltase, el verano adelante traer alguna jente para reparar las ciudades pobladas, teniendo cuidado por falta della no tuviese caso adverso.

CAPITULO LXXII.

De las cosas que acaescieron en la Concepcion despues que el gobernador Saravia se fué a Santiago.

Partiendo Saravia de la Concepcion en un navio del Rei que en aquella ciudad estaba para irse a Santiago, el licenciado Juan de Torres de Vera, como capitan que tenía a su cargo la guerra, procuraba, no solo sustentar lo poco que estaba de paz, sino atraer lo de guerra, y para este efeto tenía todo el cuidado posible en dar trasnochadas, que cuando mas descuidados los indios estaban, lo hallaban en sus tierras castigando sus maldades y desvergüenzas; porque queriendo hacer un fuerte cerca de la Concepcion, en un asiento llamado Pichitoven, para pelear a su ventaja, como lo hacen, fué con tanta presteza a ellos, que ántes que se acabasen de juntar desbarató los que en el fuerte estaban, castigando algunos que pudo haber; y siendo informado que los indios y principales de Talcaguano, que está ribera del rio Biobio, se querían alzar y pasarse con los de guerra de la otra banda, fué una noche sobre ellos, y al amanecer prendió los principales: haciendo castigo de los mas culpables, dejó sosegada su comarca. Muchas veces indios saltea-

dores venian a la Concepcion en cuadrillas, como es tierra doblada, a robar caballos y ganado: viendo tiempo para hacer salto, se iban con la presa por los montes. Tocando arma los ganaderos, era cosa increíble cuán de presto acudia al peligro, mas como soldado que capitán, por poner en los demas presteza en los casos de guerra que se ofrescen, en los cuales muchas veces se pierden ocasiones y buenas suertes que se harian por acudir a ellos perezosamente, quitándoles siempre el ganado que llevaban, andando desvelado en castigar los indios que venian a la ciudad, casi no parando de noche ni de dia; y aun despues de dejado el cargo, como adelante se dirá, no podia sufrir con su ánimo rebato alguno que no fuese el primero que se ponía al reparo de lo que podia acaescer.

CAPITULO LXXIII.

De como llegó a Santiago Don Miguel de Velasco con docientos hombres que le dió el visorei Don Francisco de Toledo para socorrer a Chile, y de lo que hizo.

Llegado Don Miguel a la ciudad de los Reyes, fué a visitar al visorei, y despues de haber tratado algunas cosas, le dió cuenta del estado del reino, pidiéndole socorro: halló voluntad en él de mandar hacer alguna jente que llevase, pues todo era del Rei de España, y en semejantes nescesidades seria servido se ayudasen y socorriesen sus gobernadores. Desde a pocos dias mandó el visorei hacer jente, número de docientos hombres, y con ellos, algunos criados suyos que de Castilla habian venido en su casa a la ménos costa que al Rei pudo hacer: poniendo pnsiones [a] algunos extranjeros de los reinos de España, conforme al caudal y haciendas que tenian, despachó a Don Miguel en dos navios, proveyóle de armas, pólvora, toda suerte de municiones y cuatro piezas de artillería de campo, y se hizo a la vela del puerto de los Reyes, con buen tiempo. Llegó a Chile en tres meses de navegacion, que aunque no hai mas de quinientas leguas de mar, es el viento siempre tan contrario, que se navega contra el mesmo viento a la bolina, dando un bordo a la mar y otro a la tierra: así van ganando el camino. Llegado al puerto de la Serena, dió aviso al gobernador Saravia, que estaba en Santiago, de su llegada y la jente que traía. Saravia mandó comprar caballos de la hacienda del Rei para aderezallos y salir con brevedad a hacer la guerra, cobrando la perdida reputacion con el nuevo socorro. Estando en esto llegó con la jente en los dos navios al puerto de Santiago; de allí se vino con toda la jente que traía a la ciudad, dejando el artillería que la llevasen por mar a la Concepcion. Puestos en Santiago por el mes de setiembre del año de setenta, el gobernador les dió caballos y mandó hacer muchos fustes de sillas para ellos; y para aprestarse con brevedad envió a su hijo Ramiro Yañez y al capitán Gaspar de la Barrera, con comision a las ciudades Valdivia, Osorno, Ciudad Rica, Imperial, Ciudad de Castro, que hiciesen la mas jente que pudiesen, y

que para el aviamiento pudiese gastar de la hacienda del Rei lo que le pareciese.

En este tiempo, de la ciudad de Angol salieron entre vecinos y soldados doce hombres para ir a la Imperial, que está de Angol diez y ocho leguas, y como hombres mal pláticos de guerra hicieron dormida seis leguas de Angol, en mitad del camino cerca de unos carrizales. Los indios de guerra tuvieron nueva dellos por sus espías, que es imposible quitarles a causa que de ordinario tratan con cristianos y les sirven: siendo avisados, número de quinientos indios con sus lanzas vinieron aquella noche sobre ellos. La centinela que velaba oyó levantarse una perdiz con aquel estruendo y barahunda que ellas suelen, el cual estuvo con cuidado mirando ácia aquella parte: luego desde a poco sintió los enemigos que venian dando arma; por advertir a sus compañeros se retiró. Los indios que venian por dos partes, como jente que les habia reconocido el sitio que tenian, fueron con ellos, tan presto como fué su centinela: con esta presteza los tomaron en las camas descuidados, durmiendo y los caballos desensillados, y como se levantaban vencidos del sueño, yendo a tomar sus armas, topaban con las de los contrarios que los alanceaban y mataban. Algunos que sabian la tierra se metieron huyendo por el carrizal que junto a ellos estaba, y como los indios tuvieron tino a robar lo que llevaban y era de noche, pudieron escaparse cuatro soldados que llevaron la nueva de lo sucedido [a] Angol, de donde habian salido. Quedaron muertos ocho y entre ellos Gregorio de Oña, natural de Burgos, que iba por su capitán: muerte bien empleada si en él solo fuera, porque le dijeron los demas que estuviesen con cuidado y se velasen con sus caballos mui en orden, y que haciendo muestra de dormida allí, pasasen dos leguas adelante y desmentirian a los enemigos, si algunos habia; respondió estaban allí tan seguros como en Sevilla, hablando a lo rasgado, que es costumbre de algunos soldados bravos midiendo mal sus razones. Pues como llegaron Angol y dieron nueva de su pérdida, hicieron mensajero a la Concepcion. Sabido por el licenciado Don Juan de Torres de Vera, fué increíble la presteza que tuvo en ir al socorro con veinte soldados que llevó consigo: siendo veinte leguas de camino, las anduvo en un día natural, pasando dos rios grandes ántes de llegar Angol. Llegado a la ciudad, halló a los vecinos desesperados de su salud porque con la muerte de los ocho cristianos habian ganado los indios reputacion y se juntaban para venir sobre ella. Con su llegada cesó el miedo que tenian, reparando un fuerte que en la ciudad habia, velándose con cuidado: recojió algunos vecinos que estaban apartados de los demas, y con la llegada de Luis de Villegas, soldado de buen ánimo y determinacion, estando en Valdivia en compañía de Ramir Yañez y Gaspar de la Barrera teniendo nueva de lo sucedido, con la jente que pudo haber, se partió en socorro de aquella ciudad. Con su llegada, el jeneral Torres de Vera, viendo que estaba sin peligro con la jente que tenia, se volvió a la Concepcion.

Volviendo a Saravia que en la ciudad de Santiago estaba, paresciéndole Angol tendria necesidad de jente por la muerte de Gregorio de Oña, rogó a Don Miguel se encargase de la guerra como su jeneral, y con la jente que le pareciese fuese [a] Angol, [e] hiciese la guerra en aquella provincia, pues sabia y entendia lo que mas convenia al bien jeneral, y que como fuese aderezando a los demas, los enviaria tras dél por sus cuadrillas, para que los indios viesen iba mucho campo a hacelles la guerra: Don Miguel le respondió que no queria encargarse mas de jente. En esto pasaron algunos dias, en los cuales siendo importunado, acetó el cargo y con cien hombres partió de Santiago para Angol. Estando pocos dias, por no hacer costa a los vecinos de aquella ciudad, que estaban pobres, se salió al campo camino de Puren, haciendo la guerra en las partes que le parecia podia hacer alguna suerte en los indios que habian muerto los ocho cristianos poco habia.

En estos dias Ramir Yañez y Gaspar de la Barrera en las ciudades que fueron hacer jente, juntaron sesenta hombres bien aderezados de armas y caballos, con el ayuda que les hicieron de la hacienda real: que con la cantidad que ellos gastaron y lo que gastó Saravia en Santiago para aviar los soldados que Don Miguel trajo, llegaba a número de veinte mill pesos, que serán veinte y siete mill ducados. Yendo caminando con esta jente, tuvieron nueva que el jeneral Don Miguel estaba en Puren haciendo la guerra [a] aquellos indios, y siendo certificados dello, dejaron el camino que llevaban de Angol y se fueron a juntar con él. Despues de juntos y rescebidos unos a otros, como acaecer suele en semejantes vistas, trataron de ir al desaguadero de la ciénega de Puren y dar una vista [a] aquella tierra. Para ello se ofreció un vecino de la Imperial, llamado Juan de Villanueva, el cual dijo sabia toda aquella comarca y la habia andado muchas veces. Con tan buena guia partió del campo el capitán Gaspar de la Barrera con cincuenta soldados y llegó con ellos al desaguadero de la ciénega, donde halló quince o veinte casas y en ellas algunas mujeres que tomaron los soldados que a ellas primero llegaron, y porque habia mucho ganado suelto por el campo, con cadicia de hacer presa, se dividieron a muchas partes. Los indios se comenzaron [a] apellidar, y juntos hasta cuarenta indios, hicieron rostro [a] doce soldados y comenzaron a pelear con ellos, porque dos que se apearon a tomar unas mujeres, se les soltaron los caballos y se fueron ácia los indios: queriéndoselos quitar les mataron otros dos de los que con ellos peleaban y hirieron otros. En esto se habian ya juntado muchos indios que iban a tomar el paso del desaguadero. Gaspar de la Barrera y Ramir Yañez con los soldados que consigo tenian les defendian no llegar al paso, porque pudiesen salir los que dentro en la ciénega de la otra parte del desaguadero estaban; y porque tardaban, los fué a llamar un soldado. Pasados de esta otra banda, venian tras ellos número de mill indios con mucho ánimo, viendo que se les huian: por provocallos a pelear, los cristianos volvian algunas veces sobre ellos y alanceaban algunos. Los indios se recojian

a su escuadron y todos juntos caminaban tras ellos. Luis de Villegas, como era buen soldado y valiente, hizo una arremetida: quiso su poca ventura cayó el caballo con él, y al levantar no se pudo aprovechar del caballo, donde le convino huir a pié de muchos indios que venian sobre él; algunos soldados le daban las ancas de sus caballos; no quiso o no pudo subir a caballo por respeto de una pierna que llevaba maltratada, tomáronlo por delante. Mas los indios, viendo que iba a pié, como jente suelta, los apretaron de tal manera, que dejándolo los de a caballo, como hombres temerosos, desamparado sino de su fortuna, aunque él con buen ánimo, que lo tenia de buen soldado, rogándoles que le hiciesen espaldas, no aprovechó, que los indios llegaron a él. Viéndolos tan cerca se paró; poniendo mano a su espada, revolvió sobre ellos como hombre desesperado. Los enemigos que con lanzas y macanas venian a herille, le dieron tres golpes a la par sobre la cabeza y brazo, que no pudiendo mandar mas el espada, en presencia de los de a caballo, con ser muchos dellos sus amigos, lo mataron sin ser socorrido. Los demas soldados huyendo llegaron al campo de Don Miguel con la pérdida dicha: el cual otro dia mudó su campo para ponerse mas en comarca de Puren, y castigar la muerte de este soldado.

CAPITULO LXXIV.

De lo que hizo el gobernador Saravia despues que envió a Don Miguel de Velasco al socorro de Angol, y de lo que acaesció a Don Miguel en Puren.

Despues que salió Don Miguel de Santiago para socorrer a la ciudad de Angol y hacer la guerra [a] aquellos naturales, Saravia quedó aprestando los demas soldados para enviallos en su seguimiento; y porque la Concepcion estaba desproveida de ganado y pasaba necesidad, mandó al maestro de campo Lorenzo Bernal se aprestase, para que con cincuenta soldados metiese en la Concepcion el bestiamie de vacas que de la hacienda del Rei se habian comprado, y despues de habellas entregado en aquella ciudad, se fuese a juntar con Don Miguel, quedándose de retaguardia con la resta del campo, para irse despues a juntar con ellos. El maestro de campo partió de Santiago: diciéndole bien su jornada, llegó a la Concepcion, y de allí salió al campo con ánimo de esperar al gobernador en los términos de aquella ciudad, que a lo que algunos decian, mas era por no se juntar con Don Miguel que por hacer en aquel destrito la guerra, a causa de no llevarse bien.

Saravia salió de Santiago por el mes de enero del año de setenta; por sus jornadas llegó a Quines, que es un repartimiento de indios siete leguas de la Concepcion. Desde allí escribió al licenciado Juan de Torres de Vera se viniese a ver con él, el cual le respondió le perdonase, que estaba ocupado en negocios de justicia y no podia salir de aquella audiencia; dando otros descargos, no quiso ir a verse con él a causa que se habia visto con Don Miguel cuando por allí pasó y supo

la comision que le habia dado de su jeneral, sin tener con él cumplimiento alguno como hombre desgustado: siendo, como era, de grande ánimo, rescibió mucha pena en su espíritu. Habiendo ántes de esto mandado juntar el cabildo de aquella ciudad, les dijo hacia dejacion del cargo que de jeneral habia tenido en nombre del gobernador Saravia, y lo deponia en aquel ayuntamiento, despreciando toda cosa, quedando en su pecho quejoso, como se le pareció desde allí adelante; y aunque muchas veces fué importunado por aquella ciudad no los desamparase, no lo quiso hacer, que a lo que despues se vido y sucedió a Don Miguel en aquella jornada, le estuvo mucho bien el no haberse encargado del campo. Por donde entenderá todo cristiano que el bien o mal que a cada uno sucede es guiado por la voluntad divina, y así le sucedió a Don Miguel en aquella jornada; porque queriendo ir a castigar la muerte de Luis de Villegas con ciento y treinta soldados, llegó al rio de Puren, y hallando sitio a su propósito, como él lo quiso, alojó el campo en un codo que el rio hacia, teniendo [a] sus espaldas las barrancas del río, y por los lados ansímismo lugar bien fuerte para su seguridad, y por la frente tenia la campaña, que era tierra llana y mui a propósito para pelear a caballo. Estando el campo alojado en la parte dicha, los indios se llamaron y juntaron por sus mensajeros número de dos mill indios: mui bien pertrechados de armas que para aquel efeto traian, se llegaron un dia cerca del campo, ménos de una milla de camino, con ánimo, a lo que despues se supo, de pelear aquella noche con los cristianos, dando de sobresalto repentinamente en ellos. Habiendo primero reconocido las barrancas del rio, si les iba mal, eran mucha defensa para su salud, y porque la noche les ayudaria alguna parte, acordaron a las dos horas de noche probar su ventura; pues eran tan pocos cristianos y ellos dos mill indios, no dudaban la vitoria ser suya. Aunque sin capitanes conocidos, sino a manera de behetría, con mucha órden se emboscaron con esta determinacion esperando la noche. Acaesció que un soldado andaba potreando un caballo, que era nuevo y no estaba bien domado, y como el campo era a su propósito, iba al galope sin saber donde mas desenvolver su caballo, y así fué a dar en una quebrada donde los indios estaban, que seria hora de vísperas, por el mes de enero, año de setenta. Cuando los indios lo vieron, creyendo eran muchos cristianos, se levantaron y mostraron: el soldado, cuando los vido, volvió al campo dando arma. Don Miguel mandó apear sesenta soldados, quedando los demas a caballo, y estos que estuviesen a pié para pelear si conviniese; y mandó al capitan Gaspar de la Barrera que con veinte lanzas fuese a reconocer los indios que estaban de la otra banda. El rio era pequeño, que se podia vadear por muchas partes; pasándolo, llegó a una loma donde estaban parados en su escuadron, que como los descubrió aquel soldado, luego por órden de Paylacar, señor principal en el valle de Puren, a quien todos ellos respetaban, se pusieron en órden. Viendo que no podian hacer el efeto acordado, que era pelear de noche, se fueron caminando ácia el campo, para ver de qué

manera se ponian los cristianos con ellos. La órden que llevaban era un escuadron cuadrado, con dos cuernos o puntas, que llaman mangas, de a cuatrocientos indios, y algunos sueltos que andaban fuera de órden como les parecia. Gaspar de la Barrera, cuando llegó y vió la órden que traian caminando, trabó con ellos escaramuza y alancearon algunos. Los indios le echaron una manga que les tomase las espaldas, y el escuadron cerrado iba caminando ácia ellos: los cuales, viendo que unas veces se paraban y otras caminaban, acordaron puestos en ala acometerlos por ver qué ánimo mostraban, con demostracion de darles batalla, aunque despues acometieron a manera de juego de cañas, porque si se retiraban, era cierto los habian de llevar tras de sí al campo. Con esta órden arremetieron todos juntos, donde un soldado, de nombre Juan de Cabañas, o fué que lo llevó su caballo, o que él quiso pasar adelante mas de lo que le convenia, entró en los indios, que con muchas lanzadas y golpes de porras lo derribaron del caballo, y con gran presteza le cortaron la cabeza y pusieron en una lanza; mas animosos con esta suerte, iban cerrando en su órden, siguiendo a los cristianos hasta cerca del campo, donde hicieron alto esperando batalla. Vuelto el capitán Gaspar de la Barrera con la jente que habia llevado, y los indios tan cerca, mandó Don Miguel al artillero asestase una pieza de campo que tenia, aunque pequeña, y jugase en los indios. Con esta pieza les hacia daño algunos tiros, porque los tomaba al descubierto, y con los arcabuces ansímesmo. Los indios tenian tanto aviso para no dar a entender que les mataba jente la artillería, que cuando alguno caia, los que estaban cerca se le ponian delante por no dar ánimo a los cristianos; y viendo que tanta jente les mataban, para repararse del tiro que les hacia mas daño, se recojieron a unas matas [que] aunque claras los defendian algo. Don Miguel trató con los capitanes que allí estaban qué órden tendrian. Todos de conformidad le dijeron que pelease; no dejase perder una ocasion tan buena como tenian delante para castigar aquellos bárbaros, y decian que en qué parte podian desear tenellos mas a propósito para pelear que en un llano como aquel donde no habia monte, ciénega, ni quebrada que los hiciese fuertes, sino sus armas. Viéndolos con esta determinacion y que los que esto le decian eran soldados viejos y que otras veces habian peleado con indios, mandó a todos los que tenian caballos para poder pelear, que subiesen a caballo, quedando a pié ocho o diez soldados con el artillero que de ordinario tiraba a los indios con la pieza de campo que tenian. Saliendo con esta determinacion para pelear en aquel llano, los indios, como los vieron venir, que era lo que deseaban sacallos del fuerte que tenian, en órden de guerra se vienen ácia los cristianos, que con grande determinacion rompieron con ellos: andando peleando mataron algunos enemigos, los cuales, como eran muchos y todos los mas con lanzas, que es gran ventaja para pelear contra jente de a caballo, y los caballos desarmados, los apretaron de manera, que les convino retirarse al campo, y los indios envueltos con ellos, llevándolos desbaratados, entraron todos juntos en el campo. Los soldados, derriba-

dos los ánimos y temerosos, sin haber peleado mas de solamente la primera arremetida que hicieron, vueltas las espaldas, se dejaban llevar de los enemigos tan desanimados que aunque su capitán los llamaba [a] que pelearan y se juntasen, no lo quisieron hacer, porque viendo a los indios dentro en el campo y que les andaban saqueando las tiendas y robando sus haciendas, que era ocasión para volver sobre ellos con coraje por vengarse del daño recibido, no lo quisieron hacer; pues era cierto que andando envueltos en el saco, olvidados de las armas y riñendo unos con otros sobre las ropas que tomaban, ocupados en esto, hicieran una suerte de guerra mas buena, al cual efecto el miedo no les dió lugar. Don Miguel acudió con diez hombres a socorrer al artillero; cuando llegó ya lo habían muerto: recojiendo algunos que a pié andaban, tomaron el camino de la ciudad de Angol, que estaba de allí nueve leguas, dejando a los indios todas sus ropas y lo que les había dado Ramir Yañez, hijo del gobernador Saravia, de socorro en Valdivia y lo que había gastado su padre en Santiago, que todo ello no fué para mas de vestir los indios, con muchas camisas, frezadas, jubones, capas y otras muchas galas que traían hechas, muchos caballos y otras cosas de precio. Murieron de los cristianos, el artillero y un soldado llamado Juan de Dueñas (1) que entró en los indios, cuando al principio los fueron a reconocer. Fué una pérdida la que allí se hizo no vista ni oída en las Indias, porque en ella perdieron toda la reputación que entre los indios tenían, teniéndolos en poco de allí adelante: viendo que en un llano los habían desbaratado y quitado sus haciendas, haciéndolos huir afrentosamente, cobraron grandísimo ánimo, porque ántes de esto en tierra llana nunca los indios osaron parecer cerca de adonde anduviesen cristianos. Quedaron soberbios, y los españoles, corridos de su flaqueza y poco ánimo, llegaron a Angol aquella noche.

CAPITULO LXXV.

De lo que hizo el gobernador Saravia despues que tuvo nueva del suceso de Puren.

Llegado Don Miguel [a] Angol, despues de desbaratado y dejado en poder de los indios los bagajes que llevaba, con muchas preseas que traían, envió a dar aviso al gobernador Saravia del suceso y pérdida que había tenido, al capitán Gaspar de la Barrera, que llegó con la nueva al río Itata, donde halló a Saravia que iba caminando ácia Angol con cien soldados que consigo llevaba; diciéndole como habían sido desbaratados de los indios; y en donde quedó imaginativo pensando lo que haría, determinó a cabo de un rato ir con la jente que llevaba a Angol, donde halló a Don Miguel, que le dió razón de su pérdida

(1) Arriba le llama *Cabañas*. Véase p. 195.

y juntamente con ello le dejó el cargo de jeneral, diciéndole que su señoría proveyese en aquel cargo a quien fuese servido porque no lo usaria mas. El gobernador rescibió este golpe de fortuna con buen ánimo y rogó al maestro de campo Lorenzo Bernal que se encargase de la jente, pues no habia ninguno que fuese supremo en el cargo sobre él, sino era él propio, como gobernador del Rei. Lorenzo Bernal le dijo que por servir al Rei haria lo que le mandaba, y desde luego comenzó a dar la órden que se habia de tener con ella. Salieron de Angol camino de Puren, para dar a entender a los indios que volvian en su busca y pelear con ellos si quisiesen. Con esta deliberacion, llegó al asiento donde a Don Miguel habian desbaratado, y de allí corrian la comarca toda cada dia, sin que los indios bajasen a pelear con ellos. En las correrías que hacian tomaban algunos indios y preguntábanles la causa por que no venian a pelear: decian que no osaban porque eran muchos. Estuvo Saravia en aquel asiento de Puren muchos dias, hasta que entrando las aguas y el invierno, con docientos soldados que tenia consigo, viendo que no hacia ningun efeto su estada allí, los repartió en las guarniciones de Angol e Imperial y Concepcion, y a otros dió licencia para irse a sus casas; y por dejarlo todo en buena órden, dió provision de jeneral a Lorenzo Bernal para en todas las cosas de guerra, y él se fué a invernar a la ciudad de Valdivia, echando fama que iba doliéndose de los trabajos que los vecinos de aquella ciudad tenian, y a dar algun órden como no fuesen tan vejados en las condenaciones que el licenciado Egas Venegas les hacia en la visita de los indios que por órden del Rei hacia en aquella ciudad, queriendo tenellos propicios y atraellos a su voluntad, para hacer despues con ellos lo que hizo. Pasando por la Imperial y Ciudad Rica, que estan en el camino para ir a Valdivia, decia a los vecinos dellas que para su quietud convenia tasarles los indios que cada uno tenia de repartimiento, y que estando tasados, se quitarian de visitas costosas, porque ya que las hubiese, no serian con tanto rigor; y que estando los indios tasados, podian llevar los aprovechamientos sin conciencia; y para que se diese órden en lo que convenia al bien de todos, cada ciudad enviase un procurador o los demas que quisiese a la Valdivia, donde habia de estar el invierno, y que juntos los procuradores, tratarian del bien comun y jeneral. Entró en Valdivia por el mes de mayo del año de setenta y uno, informándole los vecinos de aquella ciudad de su nescesidad y pobreza que tenian con el ordinario apercebimiento para la guerra, y que con la visita que al presente tenian, quedaban del todo gastados, le suplicaban diese órden como en las cobranzas de las condenaciones hubiese alguna espera, porque no tenian de que podellas pagar. A esto les daba buenas palabras y entretenia, hasta que llegaron los procuradores de las ciudades, y en el entretanto trataba con el licenciado Egas algunas cosas acerca de las pensiones que los vecinos de aquella ciudad tenian: resultó que miéntras andaban en estos conciertos juntos los procuradores en su casa, un dia les dijo que el año de adelante no podia

juntar campo para hacer la guerra, mas de solo sustentar las guarniciones que estaban en frontera, que les rogaba porque la hacienda del Rei estaba gastada y sus cajas empeñadas, y los soldados en el desbarato de Puren habian perdido sus ropas y al presente no tenia posible para podellos adereszar, ayudasen a su majestad con alguna parte del oro que de las minas sacaban, y que en recompensa dello les reservaria sus personas y las de sus hijos y criados, y que si no lo querian hacer los apercebiria como a él le pareciese para la guerra, y asistir en la parte que mas necesidad hubiese. Anduvieron tratando de ello algunos dias; unas veces se concertaban y otras se desconcertaba lo hecho, porque los que eran hombres prudentes y de negocios, entendian que lo que hacia Saravia no era por hacer bien a los vecinos de aquella ciudad, sino por su interes; pues era cierto que el año de adelante ni aun el otro no podia juntar campo para hacer la guerra, porque en las ciudades Imperial, Angol y Concepcion, que estaban en frontera, habia en ellas jente que bastaba para su sustenso, y que de nescesidad los habia de dejar estar en sus casas, pues no podia hacer guerra con ellos; y que como hombre que tenia tino a lo de adelante, no sabiendo como sucederian los tiempos, queria juntar dineros a costa ajena, poniéndoles temores; porque un repartimiento de indios que vacó en la ciudad de Osorno en este tiempo, lo vendió por dineros, y dellos hizo cargo a un vecino que servia en aquella ciudad al Rei en cargo de tesorero, no haciéndole cargo como oficial del Rei por bienes que le pertenecian, sino para que acudiese con ellos a quien él mandase, conforme a una obligacion que le hizo el que los compró.

Los soldados que con Saravia andaban pretendiendo en nombre del Rei les pagase sus servicios, como vieron que vendió estos indios, que es la paga que los gobernadores en Indias dan a los conquistadores, quejábanse unos a otros diciendo que no habia qué esperar del dotor Saravia, pues vian que vendia el patrimonio real, sino irse del reino o apartarse de los trabajos, por la órden que tenia en su gobierno, que no se desvelaba sino en juntar dineros.

Volviendo a los procuradores, tantas cosas les dijo y tantos temores les puso, que vinieron a darle tres mill y tantos pesos cada un año las tres ciudades, y cierta cantidad de trigo para el sustento de la Concepcion. Deste concierto le hicieron obligaciones por dos años, quejándose los pobres vecinos que los hacia pecheros: para lo de adelante todos los que viniesen al gobierno les habian de pedir lo mismo; mas compelidos de nescesidad, le dieron lo que él pedia, y tambien porque les era en extremo aborrescible la guerra, mui costosa para todos ellos por ser tan larga.

CAPITULO LXXVI.

De lo que hizo el gobernador Saravia despues que se concertó con los vecinos de Valdivia.

Despues de concertado Saravia con los vecinos de Valdivia que le darian seis mill pesos por dos años, en cada uno tres mill, y aquellas ciudades porque los reservase de la guerra, como atras se dijo, para cumplir con ellos en lo de la visita y tasacion de los indios que les habia prometido, rogó al provincial de los franciscos, llamado frai Juan de Vega, y al vicario jeneral de los dominicos frai Lope de la Fuente, tomasen a su cargo la visita jeneral de aquellas quatro ciudades, a causa que, habiendo visto la disposicion de los repartimientos en la tasa, que era el tributo que habian de dar a sus encomenderos, se hiciese conforme a conciencia; y pues ellos habian de asistir a la tasacion que se haria en la audiencia, convenia viesen personalmente la calidad de las tierras que los indios tenian. Dada esta órden, les señaló dos vecinos que anduviesen juntamente con ellos, se embarcó en un navio de dos que habia mandado cargar de trigo en aquel invierno que en Valdivia estuvo, obligando la caja del Rei a la paga. Se hizo a la vela, llegó a la Concepcion en dos dias, sesenta leguas de costa, por el mes de setiembre del año de setenta y uno, donde estuvo el verano. Desde a poco llegó frai Antonio de San Miguel, obispo de la Imperial, y el licenciado Egas, que venian por tierra con muchos caballos y soldados que en su compañía venian todos juntos en la Concepcion. Los indios no por eso dejaban de venir a hacer correrías, y de noche andaban en los indios que estaban de paz cerca de la ciudad; salian a quitalles el ganado y presas que de ordinario hacian todo el verano, no dejando de hacer salto en las partes que les parecia ser aprovechados. Saravia escribió a su hijo, que estaba en Santiago, viniese a juntarse con el jeneral Lorenzo Bernal, en donde estuviese, con la jente que pudiese traer sin dalles socorro alguno. Juntó entre sus amigos treinta soldados, con ellos vino a Angol: desde allí salian a hacer la guerra por aquella comarca, que mas se podia decir destruir la tierra, porque las mujeres y muchachos que tomaban las vendian, y jugaban los soldados unos con otros, que parecia andaba el gobernador Saravia buscando como acabar de destruir aquellos pocos indios que en la tierra llana quedaban, pues era cierto que conquistado Arauco aquello luego daba la paz, y en el inter no podian servir porque los de guerra de noche venian sobre ellos y los mataban. Estuvo en la Concepcion en su audiencia hasta que llegó el mes de mayo, que se embarcó en un navio que de Valdivia habia venido con trigo para el sustento de aquella ciudad, y vino a la de Santiago, donde tenia su mujer y casa.

Los oidores y fiscal que en la audiencia residian, murmuraban de las idas y venidas que hacia, no asistiendo en su cargo de presidente, pues

las tomaba por su recreacion, quedándose ellos en aquella ciudad faltos de todas cosas a todo lo que les sucediese, como en tierra tan de guerra; porque luego que salió de la Concepcion, desde a pocos dias los indios comarcanos de paz se conjuraron con los de guerra para un dia que querian beber y holgarse a su usanza, despues de pascua de Espíritu Santo, por fiesta de la pascua, y que aquel dia viniesen todos los que pudiesen, y se emboscasen junto a la ciudad, y a la hora que les pareciese a propósito de hacer efeto les darian aviso, y todos juntos darian en el pueblo, que estaba descuidado de semejante acaescimiento, y seria posible desbaratallos. Esta conjuracion se vino a saber por intercesion de una mujer india que lo descubrió. Luego se hizo informacion, y halló por ella el capitán Altamirano culpables ciertos principales que haciendo confianza dellos, andaban entre los cristianos. Estos que lo habian ordenado, fueron ahorcados, y con ellos otros algunos que entraban a la parte. Los oidores dieron aviso al gobernador Saravia, que envió treinta soldados en buenos caballos desde la ciudad de Santiago con su hijo Ramiro Yañez, que se dió tanta priesa en caminar que llegó a tiempo de hacer mucho efeto para el sosiego del pueblo. Desde a pocos dias volvió a Santiago, donde su padre estaba, a informarle del estado de aquella ciudad, para que fuese su persona o enviase mas jente. El gobernador comenzó luego a dar órden como sacar de los vecinos de aquella ciudad otra pinsion como de los de las demas ciudades habia sacado, y puesta plática que le diesen con que socorrer a los soldados que en la guerra andaban, y a los que consigo llevaria, como los demas pueblos habian hecho, juntos en su casa, lo trató en jeneral: dijéronle que despues de haberlo comunicado entre sí, le darian la respuesta. Anduvieron algunos dias tratando en ello; al cabo se resumieron en que los dos alcaldes ordinarios, que eran Juan de Cuevas y Pedro Lisperguer, ambos vecinos de aquella ciudad, lo tratasen con Saravia, y que lo que ellos hiciesen por aquello pasarian todos. Estos le dijeron estaban pobres y adeudados con las ordinarias guerras, por la cual causa no le podian dar lo que pedia, sino fuese que les diese libramiento para cobrallo de la caja del Rei rata por cantidad, como cupiese a cada uno, y que desta manera lo buscarian, aunque fuese tomándolo a censo, mas que se entendiese se lo prestaban, y no en servicio que le hacian de gracia. Desta respuesta se desgustó mucho, y trataba de llevarlos consigo a la sustentacion de las ciudades pobladas y demas, y que presentasen los títulos que tenian de encomiendas de indios, porque queria saber cómo los poseian y con qué derecho. Los vecinos viéndose apretados, como les ponía tantas cosas por delante, y que al fin ellos habian de pagar y lastar lo que él habia perdido, haciendo cuenta consigo, les pareció que mas habian de gastar si los llevaba a la guerra que lo que les pedia, y aflojando los alcaldes de lo que tenian a su cargo, conforme a la órden que les habian dado, y que como era letrado no les pusiese en confusion en algunos repartimientos que tenian, dando la voz al fiscal del Rei, vinieron en que le darian

dos mil pesos en oro y cincuenta caballos, y mas quinientas fanegas de trigo para llevar a la Concepcion. Con esta data los dejó en sus casas y mandó cobrar los dineros y caballos, y porque algunos vecinos no tenían el oro para se lo dar de presente, diciéndole se lo darian en ropa en las tiendas de mercaderes que allí habia, en las cosas que quisiese, pues era para dar a soldados, no lo quiso hacer, sino que se lo diesen en oro. Con este rigor se lo dieron en oro, el cual efeto no podian entender, pues habia de dar a los soldados ropas con que se vistiesen y no oro que guardasen. Decian debia de tener tino a lo que de España vendria proveido, porque habia escrito a los señores del Consejo de Indias y a su majestad le sacase de aquel cargo, que se hallaba viejo y el reino estaba de guerra; por el cual respeto toda la provincia estaba pobre, y no cobraba [el] salario que su majestad le daba: andaba recojiendo dineros para su aprovechamiento, teniendo atencion a lo que vendria proveido en la armada que esperaba de Castilla. Despues de haber hecho lo que pretendia, se partió para la Concepcion, llevando consigo ménos jente de la que llevara si quisiera partir con soldados lo que los vecinos de Santiago le dieron.

CAPITULO LXXVII.

De cómo el licenciado Juan de Torres de Vera fué a castigar un motin que se hacia en la ciudad de Valdivia, y de lo que acaesció en la ciudad de Osorno en aquel tiempo.

Como el reino de Chile estaba con tantos trabajos por las ordinarias guerras, y tan pobres en jeneral todos los estantes en él, se levantó el ánimo a un mozo, hijo de india y de español, que estos por la mayor parte son y han sido mal inclinados, diciendo este soldado (era oficial platero) ser trabajo vivir en tierra de tanta guerra, sino irse della, pues habia tan buena noticia de lo de adelante ser tierra rica y noble, y no estar atenedos a tantas vejaciones como de ordinario rescebian de los gobernadores y capitanes; y para ponello en efeto vino a la ciudad de Angol, donde habia muchos soldados descontentos, que está cincuenta leguas de Valdivia, donde era casado y tenia su casa. Remedando a lo que en tiempo de las comunidades hizo en Toledo un bonetero, y en Medina del Campo un frenero, por aquí quiso sonar y levantar su nombre. Llegado [a] Angol, comenzó a tratar con otros como él salirse del reino, pues en él estaban tan oprimidos, y levantar una persona que los llevase a su cargo. Andando en esta plática, el capitan Lorenzo Bernal lo vino a saber y hizo contra él informacion y dió aviso con ella a la audiencia. Aquellos señores mandaron en su acuerdo lo fuese a castigar el licenciado Juan de Torres de Vera, con comision que para ello le dieron, el cual se embarcó en un navio que estaba en el puerto de aquella ciudad, y de allí fué a la de Valdivia en mitad del invierno con mucho riesgo, por la fortunosa navegacion que hai por aquella costa, donde decian se habian de juntar y estaba concertado.

Luego prendió al Juan Fernandez, que así se llamaba: púsolo a quision de tormento. Viéndose en tanta nescesidad, por salvar la vida, dijo: que otros muchos hombres principales estaban con la misma voluntad, y que por órden suya habia ido [a] Angol a saber la voluntad que tenian los soldados que allí estaban. Averiguado y sacado en limpio, se halló no ser así, mas de como hombre que se veia perdido procuraba por aquella via su remedio, creyendo escapar por allí a vueltas dellos; pues no hallando otro alguno culpable sino a él solo que lo tramaba, despues de bien informado, lo mandó ahorcar. Hecho este castigo, llegó nueva de la ciudad de Osorno que los vecinos de aquella ciudad, desgustosos con Antonio de Lastur, correjidor que los tenia en justicia, puesto por Saravia, decian algunos, que sobre cobrar el salario que tenia de correjidor en descuento de deudas que a su majestad debian: otros decian, que por malos tratamientos, que lo uno y lo otro no fué así, mas de por pequeñas causas, como hombres soberbios vinieron en rompimiento, de manera que sacando el estandarte que tiene la ciudad para su defensa contra deservidores del Rei, apellidando su nombre, le quisieron prender y enviarlo a la audiencia, diciendo no podian sufrir su aspeza. El correjidor, apellidando el nombre del Rei ansímismo, con algunos que le acudieron, que estuvieron los unos y los otros para darse batalla, y por respeto de algunos relijiosos de buena vida se recojieron a sus casas para no tratar en caso de tomar las armas, hasta que Saravia proveyese o los señores de la real audiencia. Cuando esto acaesció en la ciudad de Osorno, estaba en la de Valdivia el licenciado Torres de Vera con la comision que tenia, y por evitar mas daño fué a la ciudad de Osorno y procedió contra todos los culpables, castigándolos en dineros. Dejó aquella ciudad quieta para de allí adelante no intentar semejantes alborotos, y llevó consigo presos algunos que mas metieron la mano en el escándalo que hubo: con esto quedaron aquellos pueblos sosegados para lo de adelante y présente.

Vuelto a la Concepcion y estando en ella, llegó desde a poco nueva de la ciudad de Angol, que el jeneral Lorenzo Bernal, con deseo de asentar la comarca de aquel pueblo, tuvo nueva que unos indios comarcanos a él seis leguas de camino estaban juntos bebiendo y holgándose. Mandó al capitan Zárate que con cincuenta soldados les fuese hacer la guerra, que era informado estaban a su usanza holgándose en regocijo, que haria en ellos una buena suerte, y que él no iba aquella jornada, que tenia por nueva de indios que en saliendo de la ciudad habian de venir sobre ella, y por este respeto dejaba de ir allá. Llevó consigo los soldados siguientes: Coronel Duran, Miguel de Silva, Hernan Pacheco, Gabriel de Gaona, Pedro Plaza, Francisco Hernandez Pineda, Hernando Diaz Caravajal, Juan Gonzalez Orellana, Don Beltran Vergara, Juan de Leiva, Pedro Miguel Castillo, Pedro Mendez, Francisco Sanchez, Villasinda, Barrientos, Fuentes, Correa, Diego Diaz Arboleda y otros hasta cumplimiento de cincuenta. Zárate caminó hasta llegar cerca donde los indios es-

taban, los cuales se mudaron del puesto que tenían: así como venia caminando le dejaron llegar sin salir dél, hasta que vieron por las centinelas que tenían ser ménos jente, porque a manera de a cosa hecha iban sin órden con grande determinacion para meter en colleras mujeres y muchachos; que si en alguna parte se pudo decir "cudicia mala rompe el saco", fué aquí, porque los indios les habian cerrado el paso a las espaldas dó ellos estaban, y hicieron demostracion de les defender el paso del rio, entretanto que los demas les tomaban el alto; y fué así que los desbarataron y mataron catorce hombres buenos soldados. El capitan Zárate, aunque en parte mal cómoda para caballos, arremetió en favor de los que peleaban a pié: su caballo atolló con él en una ciénega de condicion que no podia salir; viéndolo con esta nescesidad un indio de los de guerra, saltó con gran lijereza en las ancas de su caballo, y le sacó la daga de la cinta, y con ella le andaba buscando por donde cortarle la cabeza por detras, a causa que el gorjal de la cota le cubria el pescuezo. En aquella nescesidad fué socorrido de un soldado llamado Pedro Plaza, que mató [a] el indio que con él estaba a las manos, y lo sacó de entre ellos. Los demas soldados estaban tan temORIZADOS, que no pudo con ellos dalles órden, aunque algunos de buen ánimo, como fué Francisco Jufre y otros de su condicion, se pusieron a la defensa y defendieron no fuesen muertos mas de los que al primer ímpetu murieron. Así rotos y perdidos, por muchos caminos se volvieron a Engol. Los indios con esta victoria despacharon por la provincia mensajeros, persuadiendo a los demas tomasen las armas para venir sobre la ciudad, y como es jente tan amiga de cosas nuevas, y que pequeñas ocasiones les levantan los ánimos a lo que quieren hacer dellos sus mayores, se comenzaron a juntar cerca de la ciudad para el efeto dicho. El capitan Lorenzo Bernal mandó a Juan Moran, vecino de aquella ciudad, soldado antiguo y valiente, que con veinte soldados corriese el campo y anduviese los repartimientos de paz, animando a los amigos y castigando a los enemigos como a él le pareciese, porque no entendiesen estaban derribados los ánimos por el caso acaescido al capitan Zárate. Juan Moran, como hombre que entendia la guerra, juntó ciento y cincuenta indios amigos de los cristianos, teniendo aviso que cerca de allí estaba una junta, que eran de los que se habian hallado en el desbarato pasado; su jente bien en órden caminó todo lo que pudo por hacer en ellos alguna suerte, y sucedióle conforme a su desino, porque llegó al amanecer con una neblina grande donde estaban juntos, y dió en ellos de tropel. Los indios toman las armas y se apellidan: los cristianos ántes que se juntasen los rompieron muchas veces, y los indios amigos, con armas iguales como los de guerra, con el favor que llevaban, mataron muchos y les tomaron caballos, cotas, arcabuces, lanzas, armas de todas suertes usadas entre ellos. Con este desbarato se deshizo la junta que hacian para ir sobre la ciudad.

En estos mismos dias el general Lorenzo Bernal envió a la Con-

cepcion a pedir jente a Saravia, que esperaba vendrian sobre la ciudad. No se la envió, porque tuvo nueva querian ansímismo venir sobre la Concepcion, y estaban juntos y pagados para el mismo efeto. Súpose por un indio que vino a la ciudad a llamar a su madre y sacarla de allí, porque los indios de guerra no la matasen aquella noche que habian de venir sobre el pueblo. A este indio se le dió tormento, y confesó estar cerca de allí ciertos indios emboscados para dar aviso a los demas. Fueron a donde decia, y hallaron unos principales, que traídos a la ciudad dijeron ser verdad: con su declaracion los ahorcaron. Luego mandó el gobernador Saravia se recojiesen los del pueblo junto al fuerte. Entendido por los de guerra el aviso que tenian, mudaron de parecer, viendo que todos sus disinos les eran descubiertos.

Acaesció en esta coyuntura que cinco soldados quisieron irse del reino de Chile al Pirú, pues no les daban licencia, y como la libertad sea cosa de tanto precio, posponiendo todo lo que les podia suceder, sabiendo que al fin no se les habia de dar la licencia, tomaron un barco grande, y proveidos de lo que habian menester para su jornada, se fueron la vuelta del Pirú, y diéronse tal maña en el navegar, durmiendo cada noche en tierra, que por su mucha pereza no salieron con su pretension. Hallándolos ménos, el gobernador despachó tras dellos por tierra [a] Alonso de Vera, natural de Estepa, y otros soldados, con comision, si los tomase, hiciese justicia como a él le pareciese, y si no, que diese aviso al capitán Alonso Ortiz de Zúñiga, que tenia a su cargo la ciudad de la Serena. Rescebido el aviso, mandó a los indios comarcanos estuviesen con cuidado para avisarle si viesen el barco por la costa. Desde a poco fué informado iban navegando la costa de largo; entendiendo que el todo consistia en presteza para buen efeto, mandó aperecibir ocho soldados, y con ellos se metió en un barco al remo y vela. Caminó tanto que en breve tiempo los alcanzó y mandó que amainasen: visto que no lo querian hacer, sino remar e irse su camino, mandó a los arcabuceros les tirasen. De los tiros que hicieron mataron un soldado de los que iban en el barco contrario, llamado Juan de Rica: con aquella furia llegaron a embestir, y dieron a un otro soldado una lanzada por un brazo que lo tulleron dél, y saltaron dentro del barco: los demas se rindieron. El capitán se volvió con ellos a la Serena, y de allí los envió presos a la Concepcion. Los oidores mandaron al correjidor los castigare, pues estaba a su cargo y el delito habian cometido en su jurisdiccion. Sentenciólos por esclavos del Rei, y que perpétuamente anduviesen en su servicio; y porque se casaron con unas pobres huérfanas, mandaron aquellos señores les quitasen las argollas de hierro que al pescuezo les habian mandado poner porque fuesen conocidos. Quedaron los demas con tanto temor, que ninguno otro se huyó de allí adelante de la guerra.

CAPITULO LXXVIII.

De lo que acaesió en Chile hasta que el gobernador Saravia dejó el gobierno y entró en la ciudad de Santiago el licenciado Gonzalo Calderon.

Los indios de la Concepcion y los demas a ellos comarcanos, como jente tan inquieta, trataron venir sobre aquella ciudad, y como hombres pláticos ordenaron que un escuadron viniese por Talcaguano, no para mas efeto de pervertirlos; porque acudiendo al reparo por aquella parte, el otro escuadron entrase por el pueblo haciendo el daño que pudiese, y que si les dijese mal se volverian retirando a las montañas que tienen por tan vecinas y tan cerca del pueblo por la parte de San Francisco.

Casi en este tiempo y dias su majestad habia desde España enviado a mandar por una provision, que ninguno de los oidores se ocupase en negocios de guerra, sino que asistiesen en su audiencia, no embargante aquel dia fué nescesario todos tomasen las armas para pelear y defenderse. El licenciado Torres de Vera, como oyó tocar arma por la parte de San Francisco, y que la mayor parte de los soldados eran idos ácia Talcaguano, adonde primero se habia dado el arma, entendiendo lo que podia ser, salió a caballo y se vino a la casa de Saravia, diciendo este dia nos obliga a exceder las leyes por la salud y defendernos, pues los indios entran por el pueblo, ¿qué es lo que manda vuestra señoría que se haga? Saravia, turbado viendo el caso presente, le dijo que hiciese lo que le pareciese que convenia para defender la ciudad, y así se fué con mucha presteza ácia San Francisco por alcanzar los indios en lo llano, ántes que tomasen lo alto de la sierra con la presa que llevaban, siguiéndole Martin Ruiz de Gamboa, Gonzalo Mejia, Diego de Aranda, Campofrio, Felipe Lopez de Salazar. Martin Ruiz salió aquel dia a pelear solo por su reputacion, a causa que estaba tullido de un brazo; y así como estaba, quiso hallarse en semejante acto de guerra, porque los demas viéndole se animasen a hacer lo mismo. Halláronse con él Hernando de Alvarado, Francisco Gutierrez de Valdivia, Gonzalo Martin, Juan de Córdova, el capitan Juan de Torres Navarrete y Antonio de Lastur iban delante escaramuzando y deteniendo los indios. Baltasar de Castro, viendo al licenciado Torres de Vera, que iba sin darga, con buen término de soldado ejercitado en la guerra, conociendo que iba perdido conforme a su ánimo, le dijo: "Señor jeneral, V. m. resciba esta darga, pues va sin ella, que la ha menester este dia mas que otro ninguno;" y así la rescibió graciosamente, agradeciéndoselo mucho, porque la suya habíala llevado Alonso de Vera, su deudo, que era ido con los demas soldados que fueron a la primera voz que se dió, acudiendo a aquella parte donde se entendia que los indios venian. Los que iban delante acometian a los indios por muchas partes deteniéndolos, aunque no osaban meterse entre ellos hasta que llegase mas núme-

ro de jente. Andando así llegó el licenciado Torres de Vera, y con los que consigo llevaba quiso probar a rompellos: aunque iban cerrados se arrojó al escuadron que llevaban entre dos quebradas por una loma rasa, caminando de suerte que pasando por ellos se halló de la otra parte solo con muchas heridas, que no le siguió ninguno de los que iban con él. Puesto de la otra parte, y que no habia otro camino para volverse sino por el mesmo que habia llevado, despues de haber hecho a los indios muchos acometimientos y que los demas soldados no rompian, viéndose perdido, quiso ántes morir como hombre noble que dar nota alguna de sí, y para mas animar a los que peleaban, volvió a romper por un lado del escuadron junto a una quebrada, yendo los indios estrechando el poco llano que habia; de suerte que despues de haber peleado buen rato, alanceado el caballo, con el ánimo que tenia y buena determinacion, lo sacó de la otra parte con muchas heridas. Rompiendo los demas juntamente con él, importunados de su propia vergüenza, viéndole delante, pelearon tan bien que desbarataron los indios y les quitaron toda la presa que llevaban, aunque murieron pocos por la disposicion de la tierra sera su propósito. Salió de aquel rencuentro herido Gonzalo Martin de una lanzada que le pasó la cota y le entró la lanza por el cuerpo, de condicion la herida que desde a poco murió: los demas salieron bien heridos. El licenciado Torres de Vera le sacó su caballo hasta la ciudad, llegado a ella murió; que él y la darga que le dió Baltasar de Castro le dieron la vida muchas veces. Los demas capitanes y soldados que allí iban pelearon bien y con mucha reputacion, tan atentadamente que conservando su honor, dieron buena nota de sus personas. No por el suceso dicho que los indios perdieron, dejaron de apartarse de su pertinacia y remision, ántes perseveraban en su opinion y de ordinario venian a hacer el mal que podian en aquella ciudad, haciendo cuenta consigo, que si de allí echasen a los españoles quedarian con sosiego en sus tierras, como otras veces habian estado en tiempo de Villagra, hasta que [fué] venido Don García de Mendoza, de quien hemos dicho. Pues fué un dia para ellos señalado en su junta, que se determinaron ponerse una noche emboscados cerca de la ciudad, y al medio dia, que estarian descuidados, entrarian por ella repentinamente, sin darles lugar a que tomásen armas ni caballos, porque estando cerca, siendo con brevedad asaltados, les tenian ventaja; y quiso su suerte que estando juntos para el efeto dicho, acertaron aquella mañana a ir por fajina Diego de Bustamante y Juan Molines y Lucero, todos tres descuidados de la emboscada que delante tenian, y así pasaron por ella. Estando de la otra banda, parecieron parte de los indios delante, y como no habia otro camino alguno por donde volver, sino el mesmo que habian llevado, volviendo atras salieron los que guardaban la vuelta y pusiéronseles delante. Los soldados con buen ánimo se arrojaron por ellos: los indios los recibieron con tantas lanzadas que sacaron de los caballos a Bustamante y a Juan Molines. Lucero pudo pasar por un lado y llevar la nueva a la Concepcion. Tocando arma, salió a la

voz della los capitanes Alonso Picado, Diego de Aranda, Pedro Pantoja, Alonso de Alvarado, Juan de Torres Navarrete, Antonio de Latur: siguiéronles los soldados Alonso de Vera, Juan de Córdoba, Hernan Perez Morales y otros muchos hasta número de treinta, que llegaron donde los indios estaban: que como hicieron aquella suerte, se vinieron caminando ácia la ciudad, que aunque los españoles llegaron a ellos y comenzaron a escaramuzar matando algunos, no por eso dejaron de ir siempre ganando ácia el pueblo hasta que la demas jente llegó, la cual habian enviado a pedir al doctor Saravia, que estaba en la plaza de la ciudad con todo el pueblo; y la primera vez les respondió con Juan de Ocampo San Miguel que se retirasen. Con este recaudo rescibieron desgusto y respondieron les enviase su señoría jente, que no se querian retirar, sino pelear, y así les envió socorro. Llegado allá, siendo en número por todos treinta arcabuceros y treinta hombres de lanza y darga, los cercaron al derredor por ser tierra llana, aunque de algunas quebradas pequeñas, apretándoles con arremetidas que hacian y jugando los arcabuces de ordinario, los vinieron a poner espaldas con espaldas, y así peleaban; y alguna vez cuando vian poder hacer algun efeto, rompian por aquella parte con grande ánimo, despreciando las vidas, teniéndolas en poco. Se apartó un indio de su escuadron con una macana grande en sus manos, vino sobre Alonso de Vera por le herir encima de la cabeza; habiendo hecho su golpe, desatinado Alonso de Vera, el indio se abrazó con él por sacallo de la silla. Andando así asidos llegó Juan de Córdoba y le dió una lanzada por las espaldas: el indio, viéndose herido, volvió sobre el que le hirió, dejando el competidor que tenia, y le asió a Juan de Córdoba de la lanza, y de tal manera tiró que se la sacó de las manos, y con ella le dió una lanzada al caballo del mesmo Córdoba, que cayó luego muerto en una ladera. El capitan Diego de Aranda, que lo vido, vino por socorrerle: el indio, herido como estaba, lo esperó y dió una lanzada al caballo, que ansí mismo lo derribó muerto: hechas estas dos suertes, con su lanza en las manos se retiró al escuadron. Pues teniéndolos tan juntos y apretados, como se ha dicho, derribando muchos con los arcabuces, como tiraban a monton, viéndose morir, determinaron ántes que se perdiesen del todo, romper por los españoles que delante tenian ácia una barranca. Con esta órden pasaron, quedando muchos de ellos muertos, y muchos que fueron heridos. Halláronse despues deste recuento hasta cien indios muertos en la parte que se habia peleado, porque aquella noche habian llevado muchos otros. Dejaron grande cantidad de armas de toda suerte en la barranca de donde se habian despeñado. Desde aquel dia, indio de guerra en escuadron formado nunca mas vino sobre la Concepcion, sino eran algunos ladroncillos, que estos de ordinario a hurtar algun caballo venian, o a matar algun yanacona, que es indio de servicio que tienen los españoles.

Ya habrá visto el lector que todos los sucesos de guerra que dejamos atras, han sido todos adversos; pues como de todos ellos llegase a Es-

paña la nueva y del gobierno que el doctor Saravia traia, su majestad mandó a Don Francisco de Toledo, su visorei, que a aquella sazón gobernaba el Pirú, proveyese de jeneral y maestro de campo que hiciesen la guerra a los naturales rebelados en el reino de Chile, y que los tales que proveyese fuesen de los que en el propio reino asistian y habian seguido la guerra en él. El visorei, informado de lo que convenia, proveyó, por virtud de lo que su majestad mandaba, al gobernador Rodrigo de Quiroga por jeneral, y a Lorenzo Bernal de Mercado por su maestro de campo, y para el efeto envió a Gaspar de Solís, su criado, que viniese por tierra con el proveimiento. Rodrigo de Quiroga no quiso acetar el jeneralato, diciendo que no le estaba bien haber sido gobernador, sin tener supremo alguno sino sola su voluntad, ser ahora jeneral volviendo atras y con un gobernador al lado y una audiencia, que ambas a dos cosas eran suficientes para no poder hacer efeto alguno en la guerra, porque los hombres nobles que habian servido a su majestad decian no les podia hacer ninguna merced, mas de solo darles trabajos de guerra, de lo cual estaban cansados, y los aprovechamientos era cierto los tenia Saravia de proveer en quien le pareciese, como lo hacia; por cuya causa se querian andar con él mas que con Rodrigo de Quiroga, y así no quiso acetar el cargo de jeneral.

Los oidores, como vieron que su majestad le quitaba el cargo de jeneral, viendo la cédula del visorei, dieron a ella entendimiento que ansímesmo le quitaba el gobierno, y juntos en su acuerdo, despues de haber tratado dello, mandaron no le tuviesen por gobernador, mas de solo presidente de la audiencia. Saravia decia no lo podian hacer, porque el Rei no le quitaba mas de solo el jeneralato que tenia. Esto aprovechó poco, a causa de estar mal quisto por su mala orden de gobierno, que en jeneral todos se holgaron y por la mayor parte regocijaron. Los oidores pronunciaron un auto en que por él mandaban no lo tuviesen por gobernador, y así lo mandaron pregonar en la plaza de la Concepcion. El pueblo disparó el artillería, diciendo *Te Deum laudamus*: despues desto ordenaron en su acuerdo, porque no se entendiese era pasion, mas de solo bien del reino, que todas las cosas estuviesen como en aquella sazón estaban, sin que contra ellas se proveyese cosa alguna de nuevo, ni se mudase cargo alguno de los proveidos hasta que el visorei y audiencia de las Charcas diese claridad si habia lugar o no estar sin el gobierno, para el cual efeto despachó Saravia al mesmo Gaspar de Solis que trajo los despachos del visorei, y los oidores enviaron por su parte a Diego de Chaves Tablada. Estos mensajeros, llegados a las Charcas y dado sus recaudos, aquellos señores declararon no habia lugar [a] entendimiento alguno mas de solo el jeneralato; que este su majestad se lo quitaba, y el gobierno no. Esta respuesta volvió a Chile; resecebida en la Concepcion por los oidores, fué admitido a su gobierno: él comenzó a usar por la misma orden que hasta allí habia tenido.

En este tiempo su majestad fué informado del licenciado Castro,

que habia sido gobernador del Pirú y tenia en jeneral plática de todas las Indias, cuanto convenia proveer gobierno para Chile e ansímesmo quitar el audiencia que en él estaba siete años habia, por respeto de la guerra hasta que el reino se quietase, y que de los salarios que llevaban oidores y gobernador con los demas ministros, habria que gastar para quietar el reino, pues de él propio salia el dinero para el gasto. Su majestad, informado de lo que mas convenia, celoso de las cosas de nuestra relijion católica, constándole que los indios rebelados muchos dellos eran cristianos y vivian fuera de nuestra relijion, y cuánto convenia quietar aquella provincia, porque lo demas del reino no se dañase, proveyó por gobernador a Rodrigo de Quiroga, que lo habia sido ántes cuando el audiencia entró en el reino, como en su lugar lo dijimos, y que se quitase el audiencia. Antes que este proveimiento se supiese, el visorei, visto que Rodrigo de Quiroga no habia querido acetar el cargo, volvió a hacer mensajero a Chile en que con pena se lo mandaba, y envió con la provision suya el treslado de la cédula que su majestad le envió para el efeto. Rodrigo de Quiroga lo acetó por servir al Rei, y luego comenzó como jeneral a hacer jente que de presidio residiesen en las ciudades de Angol, Imperial, Concepcion. Andando ocupado en este proveimiento, en veinte de noviembre de setenta y cuatro años, tuvo nueva como su majestad le habia hecho la merced que atras hemos dicho: esta carta le trajo Mendo de Ribera, mancebo gallego, por tierra. Desde a poco vino de los Charcas Francisco de Irrarrazaval, que trajo un treslado del orijinal que su majestad enviaba y estaba en poder del visorei juntamente con una carta suya en que le decia estaba proveido por gobernador de Chile, y su majestad le hacia merced de un hábito de Santiago y quitaba el audiencia, con otras muchas mercedes que le hacia, y que para el efeto de tomar visita a presidente y oidores venia desde España el licenciado Gonzalo Calderon, y por su tiniente jeneral en las cosas de justicia. Llegada y publicada esta nueva, fué tanto el contento que en la ciudad de Santiago se rescibió, que andaban los hombres tan regocijados y alegres, que parecia totalmente tener su remedio delante. Era de ver el repique de campanas, mucha jente de a caballo por las calles, damas a las ventanas, que las hai mui hermosas en el reino de Chile, infinitas luminarias, que parecia cosa del cielo: fué luego resecebido al gobierno tornando toda cosa a su cargo. Fué de ver los hombres que andaban por los montes huyendo de la guerra, por no servir a Saravia, venian a ofrecerse que le servirian en todo lo que quisiese mandarles. Saravia, quitado el gobierno, quiso irse a la Concepcion [a] asistir en su presidencia, y porque en el rio de Maule, que está entre la ciudad de Santiago y Concepcion tanto de una como de otra, estaba por órden suya un navio del Rei cargado de trigo por el proveimiento de aquella ciudad, quiso irse a embarcar en él por llegar con mas brevedad y ménos trabajo; cuando llegó a la mitad del camino supo era perdido con cuatrocientas hanegas de trigo que tenia, que los oficiales del Rei habian comprado

de la hacienda real y por cuenta suya, a causa que habiéndose detenido Saravia en Santiago mas tiempo de lo que convenia, con un temporal se perdió. Desde allí se volvió a Santiago y se fué a embarcar en un otro navio que estaba diez y seis leguas de allí en el puerto de Valparaiso, cargado de trigo para el mismo efeto. Que cierto parecia andaba la fortuna persiguiéndole y buscando en que hacelle mal y por él a todo el reino.

Luego que Saravia salió de Santiago, desde a veinte e seis dias, juéves a diez y siete de marzo, a las diez horas del dia, año de setenta y cinco, comenzó en la ciudad de Santiago un temblor de tierra al principio fácil con solo una manera de sentimiento, y desde a poco, no dejando de temblar, tomó tanto ímpetu que traia las casas y edificios con tanta braveza que parecia acabarse todo el pueblo. Fué Dios servido que aunque andaba así como se ha dicho no cayó casa ninguna, que las habia buenas, y de buenos edificios; abriéronse algunas, haciendo sentimiento de lo que por ellas habia pasado. Cesó desde a poco, dando gracias a Dios en jeneral todos por la merced que les habia hecho, entendiendo eran avisos que Dios les enviaba para enmienda de vida.

Y porque yo me ofrescí en el principio desta obra a escrebir todo lo que en este reino acaesciese, así de paz como de guerra, y lo que habia acaescido de atras hasta este año de setenta y cinco, tomando desde que se descubrió, y cumpliendo con lo que prometí, dejo de escrebir lo que adelante sucederá, porque habrá otros de mejor erudicion y estilo que suplirán lo que en mí falta: acabó con esta representacion de tragedia, pues lo ha sido, el dotor Saravia en su tiempo y gobierno, con casos tan adversos como por él han pasado.

Era el dotor Saravia natural de la ciudad de Soria, de edad de setenta y cinco años, de mediana estatura, y no en tanta manera que se echase de ver, sino era cuando estaba junto a algunos que fuesen mas altos que no él, angosto de sienes, los ojos pequeños y sumidos, la nariz gruesa y roma, el rostro caido sobre la boca, sumido de pechos, jiboso un poco y mal proporcionado, porque era mas largo de la cintura arriba que de allí abajo; polido y aseado en su vestir, migo de andar limpio y que su casa lo estuviese; discreto y de buen entendimiento, aunque la mucha edad que tenia no le daba lugar a aprovecharse dél; cudiicioso en gran manera y amigo de reseibir todo lo que le daban; enemigo en gran manera de dar cosa alguna que tuviese; enemigo de pobres, amigo de hombres bajos de condicion, que era [por ello] detractado en todo el reino; y aunque él lo entendia y sabia, no por eso dejaba de darles el mesmo lugar que tenian: amigo de hombres ricos, y por algunos dellos hacia sus negocios, porque de los tales (era preuncion) resebia servicios y regalos: sus cargos de correjidores y los demas que tenia que proveer como gobernador, los daba a hombres que estaban sin nescesidad. Presumiase lo hacia por entrar a la parte, pues habia en el reino muchos caballeros hijosdalgo que a su majestad habian

servido mucho tiempo, a los cuales no daba ningun entretenimiento, y dábalo a los que tenian feudo del Rei en repartimiento de indios; a estos aprovechaba, pues en este tiempo dió a Francisco de Lugo, mercader, hombre rico y que al Rei jamas habia servido en cosas de guerra en Chile, un cargo de protector de los indios con seiscientos pesos de salario, y a un hombre otro que le ayudase le dió docientos, y a un otro que defendiese las causas de los indios en audiencia pública ciento, de lo que los pobres indios sacaban de las entrañas de la tierra con su trabajo. Este cargo le pidieron muchos soldados, y yo Alonso de Góngora fuí uno dellos, que desde el tiempo de Valdivia habia servido al Rei, y ayudado a descubrir y ganar este reino, y sustentado hasta el dia de esta fecha, y estaba sin remuneracion de mis trabajos. Saravia no lo quiso dar a ninguno por no quitar al mercader que lo tenia, ántes para dárselo lo quitó a un soldado antiguo que lo tenia y que al Rei habia servido mui bien y siempre a su costa, llamado Juan Nuñez, natural de Torrejon de Velasco. Por estas cosas daba [a] entender Saravia debia de ser con él particionero, y como el reino de Chile estaba tan léjos de España, no podia su majestad ser informado con tanta brevedad como convenia, pasábase por todo, rescibiendo los vasallos del Rei tantas vejaciones. Era tanta su miseria y codicia, que mandaba a su mayordomo midiese delante dél cuantos cubiletos de vino cabian en una botija, teniendo cuenta quanto se gastaba cada dia a su mesa, en la cual solo él bebia vino, aunque valia barato, para saber cuantos dias le habia de durar; y porque vió un dia unas gallinas que comian un poco de trigo que estaba al sol enjugándose para llevarlo a el molino, y era el trigo suyo, las mandó matar; y como despues supiese del mayordomo que eran suyas, habiéndolas repartido [a] algunos enfermos, los trató mal de palabra. Decian ansímismo que no veia, y para el efeto traia un antojo colgado del pescuezo, que cuando queria ver alguna cosa se lo ponía en los ojos, diciendo que de aquella manera via, y era cierto que sin antojo via todo lo que un hombre de buena vista podia ver cuando queria, que una sala todo el largo de ella via a un paje meterse en la faldriquera de las calzas las piernas de un capon, siendo buena distancia; lo cual yo vi y me hallé presente. Tenia una doble condicion, que no agradescia cosa que por él se hiciese, y queria que en extremo grado se le agradesciese a él lo que por alguno hacia. Son tantas cosas las que podria escrebir del doctor Saravia, que porque el lector no me tenga por sospechoso, como algunos hombres togatos y torpes podian tenerme, determino no decir mas, aunque con verdad habia mucho. Y pues he cumplido mi promesa, quisiera que el dejo de este gobernador fuera de hechos valerosos y virtudes encumbradas; mas como no puedo tomar lo que quiero, sino lo que sucesive detras de los demas gobernadores ha venido y tengo de nescésidad pasar por lo presente, suplico al lector no me culpe el no pasar adelante, porque en solo esta vida quedo bien fastidiado, que cierto no la escribiera, si no me hubiera ofrescido en el principio de mi obra escrebir vicios y

virtudes de todos los que han gobernado; y porque me he preciado escrebir verdad, no paro en lo que ninguno detratador puede decir.

Pasadas las cosas dichas en el gobierno de Saravia, y rescebido Rodrigo de Quiroga por gobernador, a dos dias de mayo de setenta y cinco años, se tuvo nueva en la ciudad de Santiago era llegado a la Serena un navio en que venia el licenciado Gonzalo Calderon con órden de su majestad para tomar visita a presidente y oidores de la audiencia que en la ciudad de la Concepcion residia, y enviarla a España, para que en el real Consejo de las Indias se entendiese de la manera que habian vivido y la órden que habian tenido en las cosas de gobierno y de justicia, y para levantar el audiencia y cesar negocios, tomándolos todos en sí otorgando las apelaciones para el audiencia de los Reyes. Llegada la nueva a la ciudad de Santiago, el gobernador Rodrigo de Quiroga le envió al camino a Gregorio Sanchez, natural de Alcalá del Rio, hombre principal, que de su parte le visitase y diese el bien venido. En Santiago fué rescibido con mucho contentamiento de todo el pueblo y de muchos hombres principales que le estaban esperando para dalle el bien venido y parabien del cargo que traia y merced que su majestad le habia hecho, ordenaron regocijalle con toros y juegos de cañas, y otras muchas maneras de fiestas que se hicieron, porque la audiencia en aquel tiempo estaba odiosa en jeneral por respeto de la guerra. Luego prosiguió la órden de su visita con hombres principales y desapasionados, porque no se entendiese que negocio tan importante le movia pasion ni otra cosa alguna de las muchas que se suelen poner a jueces semejantes. El licenciado Torres de Vera estaba en Santiago en aquel tiempo, que habia acabado de visitar los términos de aquella ciudad, por órden de la audiencia y por comision suya, como oidor que en ella residia. Estando de partida para irse a su audiencia, el licenciado Calderon le mandó notificar en ocho de junio de setenta y cinco años, dia lúnes, que no usase de ninguna juridiccion por el camino, ni llegado que fuese a la audiencia; el cual respondió a la notificacion que lo oia, y pidió se le diese treslado del auto, con el cual se fué su camino por otra parte. Envió ansímesmo comision a Francisco Gutierrez Valdivia, que era correjidor en la Concepcion, y con treslado de lo que su majestad mandaba, que por virtud dello notificase [a] aquellos señores, no oyesen de ningunos pleitos ni de otros negocios algunos presidente y oidores: respondieron que obesdecian lo que su majestad mandaba y estaban prestos de lo cumplir; y ansí, víspera de San Pedro y San Pablo del mismo año de setenta y cinco, cesaron en su audiencia, dándose por no jueces para poder oir ni determinar negocio alguno.

Y porque tengo dicho que habrá otros que escriban lo de adelante, acabo con esta mi obra. La gloria de toda ella se dé a Dios todopoderoso, que vive y reina por todos los siglos de los siglos, amen.

Acabóse en la ciudad de Santiago del reino de Chile en diez y seis dias del mes de diciembre de mil y quinientos y setenta y cinco años.—
Fin.—*Alonso de Góngora.*

COLECCION DE DOCUMENTOS

ANEXOS

A LA HISTORIA ANTERIOR.



I.

Dejacion que hizo Pedro Sancho de Hoz, de una provision que el marques Don Francisco Pizarro le habia dado, a consecuencia de no haber cumplido lo que habia asentado y capitulado con el capitan Pedro de Valdivia, para el descubrimiento de las provincias de la Nueva Extremadura (1).

En el pueblo de Atacama, que es en costas provinciales del Perú, domingo 8 dias del mes de agosto año del Señor de 1540 años, envió Pedro Sancho de Hoz con Lope de Landa a llamar a Alonso de Monroy e a Juan Bohon, para dar concierto con el capitan Pedro de Valdivia en sus cosas y negocios, y lo que les dijo fué, que dijesen al capitan Pedro de Valdivia lo siguiente :

Que el dicho Pedro Sancho de Hoz queria hacer dejacion e revocacion de una provision que el marques Don Francisco Pizarro le habia dado, por quanto el dicho Pedro Sancho de Hoz veia y conocia que no habia cumplido lo que habia quedado e firmado con el capitan Pedro de Valdivia, que era lo contenido en una cédula e contrato que se hizo en la ciudad del Cuzco a 28 dias del mes de diciembre de 1539 años, la cual cédula y contrato está escrita del dicho Pedro Sancho de Hoz, y firmada de su nombre y del nombre del dicho señor capitan Pedro de Valdivia, su tenor de la cual es esta que se sigue :

En la ciudad del Cuzco, a 28 dias del mes de diciembre de 1539

(1) Tomado de la Coleccion de Documentos de Gay, que lo ha "sacado del orijinal que se halla en el archivo jeneral de Sevilla entre los documentos traídos de Simancas."

años, estando en las casas del marques Don Francisco Pizarro, en la sala de su comer, se concertaron, e yo Pedro Sancho de Hoz digo: iré a la ciudad de los Reyes, e de ella os traeré 50 caballos e yeguas; y mas digo, que traeré 2 navios cargados de las cosas necesarias que se quieren para la dicha armada; e mas digo yo el dicho Pedro Sancho de Hoz, que traeré 200 pares de coracinas para que se den a la jente que vos, el dicho capitan Pedro de Valdivia, tuviéredes, lo cual todo como dicho es, digo que lo cumpliré dentro de cuatro meses cumplidos primeros siguientes; e yo el dicho capitan Pedro de Valdivia digo: que por mejor servir a S. M. en la dicha jornada que tengo comenzada, que accepto la dicha compañía, y digo que la haré con las condiciones contenidas en este concierto, que vos, el dicho Pedro Sancho de Hoz, cumplais lo por vos aquí en este concierto dicho e contenido, y firmámoslo de nuestros nombres dicho dia, mes e año susodicho.—*Pedro Sancho de Hoz.—Pedro de Valdivia.*

Ansí llamados el dicho Juan Bohon e Alonso de Monroy en el dicho pueblo de Atacama por Pedro Sancho de Hoz, les dijo: que dijesen de su parte al capitan Pedro de Valdivia, que le rogaba que pues no habia podido cumplir ni cumplió lo entre ellos concertado y capitulado, que deshiciesen todo lo capitulado, porque esto era lo que convenia al servicio de Dios N. S. e de S. M. y provecho de esta armada e sosiego de los españoles de ella.

Item dijo: que si el dicho capitan Pedro de Valdivia tenia por bien de lo llevarse, como a servidor de S. M. y debajo de su bandera, para ir a servir en la jornada en lo que pudiera, y tener de comer en la provincia de Chile, conforme a la calidad de su persona, yendo siempre obediente al dicho Pedro de Valdivia, y debajo de su bandera.

Item dijo: que pedia al dicho capitan Pedro de Valdivia, que algunos caballos y otras cosas que él le habia dado para ayuda a esta armada, que hobiese por bien de le mandar hacer por ellos sus obligaciones conforme a lo que fuese justo.

Item dijo: que la compañía entre ellos hecha, que la quiere dar y da por ninguna y de ningun valor ni efecto, pues que como dicho tiene, él no tiene posibilidad de cumplir lo que quedó para ser su compañero, y pues no hobo efecto la posibilidad, ménos es razon de cumplir la compañía, e firmólo de su nombre.—*Pedro Sancho de Hoz.*

Lo que respondió el capitan Pedro de Valdivia es lo siguiente:

Al primer capítulo, que cuanto a lo que tira a la dejacion de la provision, que él lo ha por bien, pues el dicho Pedro Sancho de Hoz no ha podido cumplir lo que era obligado.

En lo que dice de lo llevar consigo a las provincias de Chile a servir a S. M., que él lo ha por bien, y de le dar de comer conforme a la calidad de su persona.

En lo que dice de los caballos que le ha dado e otras cosas, que el dicho capitan Pedro de Valdivia está presto de se los pagar con ganancias moderadas y precios justos, como es razon.

En lo que toca a deshacer la compañía, por la poca posibilidad que dice que tiene, que lo ha por bueno, y es dello contento, y esto dijo que daba e dió por su respuesta, e firmólo de su nombre.—*Pedro de Valdivia.*

Despues de esto, en el dicho pueblo de Atacama, que es en las provincias del Perú, a 12 dias del mes de agosto de 1540 años, en presencia de mí Luis de Cartagena, escribano público en el real del capitan Pedro de Valdivia, por el I. S. marques D. Francisco Pizarro, adelantado e gobernador y capitan jeneral de estas provincias por S. M., e de los testigos de yuso escritos, pareció Pedro Sancho de Hoz e dijo: que por cuanto en la ciudad del Cuzco hobo hecho e otorgado cierta compañía entre el dicho capitan Pedro de Valdivia y él, por virtud de la cual el I. S. marques Don Francisco Pizarro le dió una provision, e agora por cuanto entre él y el dicho capitan Pedro de Valdivia estan acordados de deshacer la compañía y darla por ninguna, por razon que el dicho Pedro Sancho de Hoz no ha podido cumplir, ni ha cumplido lo que tenia prometido al dicho capitan Pedro de Valdivia para el viaje y conquista y poblacion, que el dicho capitan Pedro de Valdivia estaba proveido por el dicho señor marques en nombre de S. M., que es ir a conquistar y poblar y gobernar las provincias de Chile e todas las otras sus comarcas, de que tuviese noticia el dicho Pedro Sancho de Hoz, que no siendo persuadido ni amolestadado de persona alguna, ántes estando en su libre poder, e de su espontánea voluntad, hacia e hizo dejacion de la dicha provision, uso y ejercicio de ella, pues el dicho señor marques se la habia dado por razon de la dicha compañía, e porque el dicho Pedro Sancho de Hoz habia de dar al dicho capitan Pedro de Valdivia todo lo ya dicho y declarado, y contenido en los dichos contratos, que aquí van declarados, lo cual todo lo que dicho es, el dicho Pedro Sancho de Hoz dijo: que no ha podido ni puede cumplir aunque lo ha procurado, por auto, que como dicho tiene, que se apartaba y apartó, desistia y desistió de la dicha provision a él dada por el dicho señor marques; y que no queria ni quiere usar de ella agora, ni en tiempo alguno, ni por alguna manera, y que renunciaba y renunció todo el favor y mando de la dicha provision, y la daba e dió por ninguna, e de ningun valor ni efecto, y quiere y es su voluntad, que el dicho capitan Pedro de Valdivia use y ejercite, como siempre ha usado y ejercido e gozado, su primera provision, porque así cumple al servicio de Dios e de S. M., y provecho y pacificacion de este real.

Otrosí: dijo el dicho Pedro Sancho de Hoz, que si por razon dél haber escrito o avisado, o otro por él, a S. M. e a los señores de su mui alto consejo, que él habia a hacer este viaje, conquista y poblacion, le fuesen hechas alguna merced o mercedes, título o títulos, o otras cosas que S. M. suele dar o hacer mercedes a los que le sirven, que en tal caso las tales merced o mercedes, título o títulos, franquezas o liberalidades, se desistia e apartaba de ellas, y pide e suplica a S. M. e a los

señores de su mui alto consejo, que las mercedes que tuviesen hechas o se hiciesen de aquí adelante en el dicho Pedro Sancho de Hoz, se pongan en cabeza al dicho capitán Pedro de Valdivia, como en persona que él solo hace los dichos servicios a S. M., e que desde agora renunciaba e renunció todas e cualesquier gracias y mercedes, privilejios, libertades, títulos y exenciones que por razon de lo susodicho le sean fechas, e quiere y es su voluntad que las haya e goce el dicho capitán Pedro de Valdivia, pues S. M. es servido que la persona que lo trabaja y gasta en su real servicio, goce de las tales mercedes y gracias por él fechas, para lo cual todo lo que dicho es ansí tener y mantener, cumplir e guardar dijo: que juraba e juró por Dios N. S. y por Santa María su Madre, y por las palabras de los Santos Evangelios doquier que mas largamente estan escritos, y por una seña de la cruz tal como esta †, do corporalmente puso su mano derecha, e a la solucion de dicho juramento dijo: "Sí juro, e amen," que no irá ni vendrá agora ni en tiempo alguno, él ni otro por él, contra lo que dicho es, ni contra cosa ni parte de ello, so pena de perjuero e infame, e de caer en caso de ménos valor, e que no pedirá relajacion del dicho juramento a nuestro mui santo padre, ni a otros sus delegados, ni a otro ningun prelado ni persona que de la causa pueda ni deba conocer, so pena de 50 pesos de oro para la cámara e fisco de S. M., que desde agora dijo que se daba e dió por condenado en ellos lo contrario haciendo, o alguna cosa o parte de ello; para ejecucion de lo cual todo que dicho es, dijo que daba e dió todo su poder cumplido, bastante e llenero, a todos e cualesquier alcaldes, justicias de S. M., de cualquier fuero e jurisdiccion que sean, así eclesiásticos como seglares, para que por todos los remedios y rigores del derecho me compelan y apremien a lo ansí tener e guardar, y cumplir y pagar, y dijo que él obligaba e obligó su persona y bienes, muebles y raices, habidos y por haber, doquiera que los haya y tenga, haciendo y mandando hacer entrega y ejecucion en su persona y bienes, y haciendo entero pago de todo lo susodicho bien, e ansí y tan cumplidamente como si lo susodicho fuese sentenciado por juez competente, e la tal sentencia fuese por él consentida e pasada en cosa juzgada e dada a ejecutar, e renunció todas y cualesquier leyes, fueros y derechos, ordenamientos, mercedes y privilejios e gracias que en este caso se pudiere ayudar o aprovechar, que le non valan, y en especial y señaladamente renunció la lei e regla del derecho en que dice, que "jeneral renunciacion de leyes fecha, non vala."

En testimonio de lo cual otorgó la presente ante mí el escribano y testigos de yuso, e lo firmó de su nombre, que es fecho e otorgado en el dicho pueblo de Atacama, a 12 dias del mes de agosto, año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de 1540 años.

Testigos que fueron presentes a todo lo que dicho es e vieron firmar al dicho Pedro Sancho de Hoz:—*Juan Bohon*, e *Alonso de Monroy*, y *Pedro Gomez*, e *Diego Perez*, clérigo presbítero.—*Pedro Sancho de Hoz*.—E yo *Luis de Cartagena*, escribano público en esta armada y real

del mui magnífico señor el capitán Pedro de Valdivia, por el ilustre señor el marqués D. Francisco Pizarro, adelantado, gobernador y capitán jeneral en estos reinos de la Nueva Castilla por SS. MM., que presente fué en uno con los dichos testigos a todo lo que dicho es, lo fice escribir segun ante mí pasó, e por ende fice aquí este mio signo atal.—En testimonio de verdad.—*Luis de Cartagena*, escribano público y del juzgado.

II.

Poder que dió Pedro de Valdivia, gobernador de la Nueva Extremadura, a Juan Bautista Pastene, su teniente de capitán jeneral en la mar, para el viaje a que le enviaba a descubrir la costa desde el puerto de Valparaiso hasta el estrecho de Magallanes; y a continuacion la instruccion, y la relacion del suceso del viaje desde 4 hasta 30 de setiembre de 1544 (1).

En el puerto de Valparaiso, que es en este valle de Quintil, término y jurisdiccion de la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, a 3 dias del mes de setiembre de 1544 años, el mui magnífico señor Pedro de Valdivia, electo gobernador y capitán jeneral en nombre de S. M., dió poder ante Antonio de Valderrama, escribano de S. M., a Juan Bautista de Pastene, su teniente de capitán jeneral en la mar, y piloto de su navio llamado *San-Pedro*, y a Gerónimo de Alderete, tesorero de S. M., e a Rodrigo de Quiroga, e a mí Juan de Cárdenas, escribano mayor del juzgado en estos reinos de la Nueva Extremadura, para efectuar lo que en él se contiene, el tenor del cual es este que se sigue:

Sean cuantos esta carta de poder vieren, como yo Pedro de Valdivia, electo gobernador y capitán jeneral en nombre de S. M. en estos reinos de la Nueva Extremadura, que comienzan del valle de la Posesion, que en lengua de indios se llama Copayapo, con el valle de Coquimbo, Chile y Mapocho, y provincias de Promaocaes, Rabco, y Quiriquino, con la isla de Quiriquina, que señorea el cacique Leochengo, con todas las demas provincias, sus comarcas, hasta en tanto que S. M. provea lo que fuere su servicio, etc., digo: que há cinco años que vine a esta tierra a la conquistar, pacificar y poblar en nombre de S. M.; y en llegando que a ella llegué, poblé la dicha ciudad de Santiago, y por haberse los indios rebelado contra el servicio de S. M. no queriendo sembrar todo este tiempo manteniéndose de muchas legumbres que produce la tierra; y por me poder sustentar con la jente que traje, y permanecer en ella, y no desampararla, ha sido mas que necesario con una parte de los vasallos de S. M., hacer la guerra a los naturales que la han mantenido contra nosotros mui de veras, y la otra que atendiese a sembrar; y así he tenido harto que hacer en que me sustentar y guardar las comarcas de la dicha ciudad, porque siempre los indios pensaron habia desampararla y volverme; y aunque yo decia a

(1) Tomado de la Coleccion de Documentos de Gay (t. I), que lo ha "sacado del orijinal que se halla en el archivo jeneral de Sevilla entre los documentos traídos de Simancas."

los que prendia en la guerra, que habian de venir muchos cristianos, se burlaban de ello, y no lo creian, y por esto perseveraron en su rebelion hasta que el capitán Alonso de Monroy, y mi teniente, me llegó con el socorro por que le envié a las provincias del Perú, que fueron setenta hombres de caballo por tierra, y un navio por la mar, con armas y herraje, y vino para decir misa, de que teníamos falta, que habia mas de cuatro meses que no se decia, y con su venida constreñí a los indios de tal manera, no dándoles lugar a que tuviesen un dia de seguridad ni descanso, que les ha sido forzoso venir a la obediencia de S. M. pidiéndome la paz que yo siempre les he ofrecido y guardado, en tanto que ellos la quisieron sirviendo a los cristianos que los han conquistado y tomado con la continúa guerra y mui crecidos trabajos, y viendo esto, he poblado de nuevo en nombre de S. M. la ciudad de la Serena en el valle de Coquimbo, enviando un teniente mio con jente de caballo y pié para que haga servir a los indios como conviene a su real servicio, y ahora de nuevo nombro y señalo este puerto de Valparaiso para el trato de esta tierra y ciudad de Santiago, y he enviado a mi maestre de campo con copia de jente de caballo a la provincia de Rauco, a que me descubra la tierra y tome lenguas, que hai de camino hasta sesenta leguas, segun tengo noticia por relacion de indios tomados cerca de allá por mis capitanes y maestre de campo, y que de allí no pase, porque a mí me conviene en tanto quedar en persona en esta provincia para la conservacion della, hasta que abiertos los caminos con estar poblada la dicha ciudad de la Serena, venga jente para ir a poblar adelante, dejando pacíficas y seguras estas provincias por tener seguras las espaldas, pues la ciudad de Santiago es el principal escalon donde toda esta tierra hasta el estrecho se ha de descubrir y poblar; y para que mi buen deseo haya el efecto que al servicio de Dios y de S. M. y al acrecentamiento de su real patrimonio y rentas conviene, envío tambien dos navios con jente de guerra, con Juan Bautista de Pastene, mi teniente de capitán jeneral en la mar, por ser persona de prudencia y confianza, y práctico en las cosas de la guerra, así con indios como en nuevos descubrimientos, para que salte en tierra todas las veces que le pareciere con la jente que fuere menester para saberlo bien hacer, y me tome lenguas en toda la costa desde el paraje de este puerto de Valparaiso hasta el estrecho de Magallanes, y me descubra la costa y puertos que hai en ella, y me traiga verdadera relacion, y para que dé favor a mi maestre de campo y a la jente que con él va; y tambien dí orden al dicho maestre de campo, obedeciese en todo al dicho capitán Juan Bautista.

Por tanto, por todas las causas dichas, y para que S. M. sea mejor servido, y sus vasallos animados con saber hai tierra donde se les pueda gratificar sus trabajos, y yo tenga la posesion de ella en nombre de S. M., otorgo y conozco por esta presente carta, que doi y otorgo todo mi poder cumplido, libre, lleno, bastante, segun que lo yo he y tengo, y de derecho en tal caso se puede y debe dar, jeneral y especialmente a

vos, Juan Bautista de Pastene, mi teniente de capitán jeneral por la mar, y a vos, Juan de Cárdenas, escribano mayor del juzgado destas provincias, mi secretario, y a vos, Gerónimo de Alderete, tesorero de S. M., y a vos, Rodrigo de Quiroga, que estais presentes, y a todos cuatro juntamente, y a cada uno de vos *in solidum*, conviene a saber: a vos los dichos Juan Bautista de Pastene, Gerónimo de Alderete y Rodrigo de Quiroga, para que todos juntos e cualquiera de vos podais tomar e tomeis, aprehender y aprehendais en nombre de S. M. y mio la posesion de la tierra y tierras, provincia y provincias donde vos, el dicho Juan Bautista de Pastene, mi capitán, saltáredes, y a vos, Juan de Cárdenas, por ser, como sois, persona de prudencia, y gran confianza y autoridad, celoso del servicio de S. M., para que deis testimonio por escrito de la tierra donde el dicho mi capitán saltare, y de la posesion que tomare della cualquiera de los sobredichos en nombre de S. M. y mio, como su escribano mayor del juzgado, y escribano que de nuevo os creo si es necesario en nombre de S. M. para este efecto, y tener práctica así dello como de las cosas de la guerra, y ser de buen juicio y natural para dar en todo buen parecer, y teneis experiencia y habilidad para bien saber servir a S. M., y demas y allende sois mui buen soldado, y habeis usado la guerra muchos años, y sé haceis en este descubrimiento mui gran servicio a S. M., como lo habeis hecho donde os habeis hallado, y le habeis mui bien servido en estas provincias del Nuevo Extremo, y para todas las cosas y casos a esto tocantes, y a lo demas que a vos los sobredichos Juan Bautista de Pastene, mi capitán, y Juan de Cárdenas, mi secretario, y Gerónimo de Alderete, y Rodrigo de Quiroga, os pareciere convenir al servicio de S. M. y mio en su nombre, y hacer todas las diligencias que yo haria y hacer podria presente seyendo, aunque sean tales y de tal calidad que en sí requieran haber otro mi mas especial poder, mandado y presencia personal; e cuan cumplido y bastante poder yo he e tengo para todo lo susodicho, ese mismo y otro tal y tan cumplido doi a vos los sobredichos juntamente y a cada uno de vos *in solidum*, con todas sus incidencias y dependencias, anexidades y conexidades, y con libre y jeneral administracion, y vos relevo segun forma debida de derecho, y segun en tal caso debeis ser relevados, y para haber por firme todo aquello que por virtud deste dicho mi poder fuese por vos los dichos fecho, obligo mi persona y bienes, habidos y por haber: en fe de lo cual otorgué la presente carta en este puerto de Valparaiso, a tres dias del mes de setiembre, año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de 1544 años, siendo presentes por testigos a lo que dicho es: el padre *Diego Perez*, clérigo presbítero, y *Juan Gomez*, alguacil mayor, y *Diego García de Villalon*, y *Gabriel de Salazar*, alférez, y *Enaldino de Cuella*, estantes en este dicho puerto, y el dicho señor gobernador lo firmó de su nombre en el registro desta carta: *Pedro de Valdivia*.—E yo *Antonio de Valderrama*, escribano de S.S. M.M., que a todo lo que dicho es en uno con los dichos testigos presente fuí, y de otorgamiento del dicho señor go-

bernador la escribí segun que ante mí pasó, e por ende hice aquí este mio signo que es atal.—En testimonio de verdad.—*Antonio de Valderrama*, escribano de S.S. M.M.

E despues de lo susodicho, en el dicho puerto de Valparaiso el dicho señor gobernador dió y entregó al dicho Juan Bautista de Pastene, su capitan, un estandarte, y en él pintado un escudo de las armas imperiales, y bajo dél otro de las del dicho señor gobernador, y le dijo estas palabras: “Capitan, yo os entrego este estardarte para que bajo la sombra y amparo dél sirvais a Dios y a S. M., y defendais y sustentéis su honra y la mia en su nombre, y me deis cuenta dél cada e cuando os lo pidiese, y así haced juramento y pleito homenaje de lo cumplir.” Y luego el dicho capitan Juan Bautista de Pastene recibió el dicho estandarte, y dijo que haria y cumpliria lo que le era mandado por el dicho señor gobernador, y lo que andando el tiempo demas le mandase en servicio de Dios y de S. M., con toda fidelidad y diligencia y buena conciencia; y hizo el juramento y pleito homenaje dello en manos del dicho señor gobernador: testigos los sobredichos y otros muchos.

E luego *incontinenti* dijo el dicho señor gobernador al dicho capitan, que por cuanto convenia al servicio de Dios y de S. M. descubrir la costa de esta mar del sur ácia el estrecho de Magallanes, y saber qué tierra habia, y tomar posesion en el nombre de Jesucristo, y por S. M. y por el dicho señor gobernador, en nombre de ambos le mandaba fuese luego a lo poner obra.

Y así salió del dicho puerto de Valparaiso, que está en el altura de 32 grados y tres cuartos, a 4 días del dicho mes de setiembre y año susodicho, con treinta hombres de guerra, y con otro navio llamado *Santiago* con jente asímesmo, y ambos bien proveidos de mantenimientos, a descubrir en nombre de S. M. y del dicho señor gobernador, con una instrucción en que por ella le mandaba lo que habia de hacer. El tenor de la cual es este que sigue:

Instrucción para vos, Juan Bautista de Pastene, mi teniente de capitan jeneral en la mar, de lo que habeis de hacer con el ayuda de Dios y de su bendita Madre, y del apóstol Santiago, patron de nuestras Españas y alférez de la cristiandad, y de como os habeis de gobernar en el viaje que ahora os envió a descubrir la costa desta mar del sur ácia el estrecho de Magallanes, y tomar posesion en la tierra donde saltáredes en nombre de S. M. y mio, y traerme lenguas della, y hacer todo lo demas que conviniese a su real servicio.

Llevais el poder que he dado a vos, y a Juan de Cárdenas, escribano mayor del juzgado, y a Gerónimo de Alderete, tesorero de S. M., y a Rodrigo de Quiroga, y habeis de usar dél desta manera:

Dándoos Dios salud a todos los que vais nombrados en el dicho poder, tome posesion de la tierra y tierras donde saltáredes, en nombre de S. M. y mio, el tesorero Gerónimo de Alderete, porque sea testigo de vista para si lo hobiere de enviar a España, y haga todas las diligencias

que en tal caso sean necesarias; y si Dios dispusiere dél, tomaréis vos o el dicho Rodrigo de Quiroga la posesion.

Tambien va Juan de Cárdenas, por ser hábil y de confianza, para que dé fe como escribano mayor del juzgado de la posesion que se tomare en las tierras donde saltáredes, y principalmente le envió como a persona de experiencia y prudencia en cosas de la guerra, y de buen parecer en estas y en todas las demas que se os podrá de nuevo ofrecer, y sabrá juntamente con vos hacer todo aquello que al servicio de S. M. convenga, y a la conservacion de todos y buena expedicion de lo que es a hacer, y demas desto va bien advertido de mi voluntad: conformaros heis con su parecer, porque junto con el vuestro no podréis dejar de acertar, y así haréis todo aquello que os pareciere convenir al servicio de Dios y de S. M.

En lo que tocare a vuestra navegacion y saltar en tierra y tornaros a embarcar, se reserva solamente a vos que os compete.

Envío asímesmo en vuestra conserva el navio llamado *Santiaguillo*: si tuviéredes buen tiempo con que seguir vuestra navegacion, daréis orden al maestro dél que vaya la vuelta de tierra y surja en el rio de Mauli, porque allí estará esperándole mi maestro de campo, para que con el batel ayude a pasar aquel rio los cristianos y caballos, y vuelva de allí cargado de comida, porque así lo mandé al dicho maestro de campo, y sepa como habeis pasado de largo, y que os espere para la vuelta cerca de la provincia de Rauco, adonde mejor le pareciere, o haga aquello que viere convenir y el tiempo le diere lugar si tardáredes.

Navegaréis hasta ciento cincuenta o doscientas leguas la costa arriba, o mas o ménos como el tiempo os hiciere, y saltaréis en tierra donde halláredes puertos o abrigos para ello, y tomaréis en todas partes las lenguas que pudiéredes para que tengamos claridad cierta de toda esta tierra, y en todas las partes que saltáredes tome posesion en nombre de S. M. y mio quien tengo dicho, y descubriréis mui bien toda la costa, mirando los puertos y trayendo larga memoria de todo.

Pónase nombres a los puertos, rios e islas que descubriéredes, y tierras donde tomáredes posesion, como pareciere a vos el dicho Juan de Cárdenas; y porque él va, como dicho tengo, advertido de lo que yo deseo que se haga, tomaréis en todo su parecer, pues él no saldrá del vuestro, por quedar confiado e ser bien acertado en el servicio de Dios y de S. M., y contentamento mio.

Si pudiere ser, ya que seais de vuelta para este puerto de donde partís, cargaréis el navio de comida y ovejas donde las halláredes, "pues por mucho pan nunca mal año."

Esto y todo lo demas remito a vuestro buen parecer y juicio, y a la diligencia que habeis siempre puesto donde habeis andado, en lo que al servicio de S. M. ha convenido.—Fecha a 4 de setiembre del dicho año.—*Pedro de Valdivia*.

El dicho dia una hora de noche se hizo el navio *San-Pedro* a la vela, y con un viento norte navegó el dicho capitan Juan Bautista Pastene

trece días, de día con las velas que le parecía convenir, y de noche metiéndose a la mar con solo el papahigo del trinquete, por temor de los nordestes, que son travesías en esta costa y le seguían mucho; y a cabo de estos días, a los 17 del dicho mes y año dicho, hizo un día claro y buen sol, y el dicho capitán tomó el altura y se halló en 41 grados y un cuarto, y parecióle a él y a nosotros no debía subir mas, hasta que viésemos la tierra donde estábamos, y este día volvimos ácia ella en busca de puerto, y le hallamos una hora ántes que se pusiese el sol.

Aquí mandó el dicho capitán a sus marineros que echasen ancla y sacasen la barca en nombre de Dios, y de S. M. y del gobernador Pedro de Valdivia, su señor, cuyo teniente de capitán era, y por cuyo mandado él y todos los que allí estábamos, y el navio, íbamos a hacer el dicho descubrimiento.

Aquí pusimos nombre a este puerto, el puerto de San-Pedro; por llamarse Pedro el gobernador y San-Pedro el navio que lo descubrió; y estuvimos quedos aquella noche, habiendo visto cuando llegamos indios e indias a la costa, y buhios, que son sus casas, y muchas sementeras y tierra apacible y de buen temple: este puerto tiene abrigo de norte y sur y de travesía.

Otro día juéves por la mañana entró el capitán en la barca, y salimos con él doce soldados con nuestras armas y a punto, y saltó en tierra en una provincia que se llama Lepil, dádose éxito a un poblezuelo que se dice en aquella tierra Lepilmapo, y pasa por junto a él un riachuelo pequeño que se dice Lepileubo.

Aquí salimos en tierra el capitán, y Gerónimo de Alderete, y yo y otros siete soldados, dejando en la barca tres que la toviesen presta y a recaudo, y en llegando a tierra estaban cerca del agua hasta doce indios e indias, algunos de ellos con unas tiraderas en las manos, hablando soberbiosamente, lo que no les entendimos: y mostrándoles alguna chaquira, y haciéndoles señas nos dejaron llegar a ellos: llegados, tomamos dos indios y dos indias, y teniéndolos cuatro soldados por las manos, sacó el dicho capitán la instrucción arriba contenida del dicho señor gobernador, y dió el poder al tesorero Gerónimo de Alderete, e díjole que tomase posesión en aquellos indios e indias de aquella tierra por S. M., y en su nombre por el gobernador Pedro de Valdivia, su señor, y a mí Juan de Cárdenas que hiciese mi oficio, como lo mandaba el gobernador por mi instrucción.

El luego este mesmo día por la mañana, juéves 18 días del dicho mes de setiembre del dicho año 544, en presencia de mí el dicho Juan de Cárdenas, escribano, y testigos de yuso escritos, el dicho Gerónimo de Alderete, tesorero de S. M., armado de todas sus armas, con una darga en su brazo izquierdo, teniendo su espada desnuda en la mano derecha, dijo que tomaba e tomó, aprehendía y aprehendió posesión en aquellos indios e indias, y en el cacique dellos, que se llamaba Melillan, y en toda aquella tierra y provincia, y las comarcas a ella, por el emperador Don Carlos, rei de las Españas, y en su nombre por el gobernador

Pedro de Valdivia, cuyo vasallo y súbdito era el dicho gobernador y todos los que allí estábamos, y en presencia de todos, dijo el dicho Gerónimo de Alderete lo siguiente: "Escribano que presente estais, dadme por testimonio en manera que haga fe ante S. M. y los señores de su mui alto consejo y chancillerías de las Indias, como por S. M., y en su nombre por el gobernador Pedro de Valdivia, tomo y aprehendo la tenencia, y posesion y propiedad en estos indios, y en toda esta tierra y provincia, y en las demas sus comarcanas, y si hai alguna persona o personas que lo contradigan, parezcan delante, que yo se la defenderé en nombre de S. M. y del dicho gobernador, y sobre ello perderé la vida, y de como lo hago, pido e requiero a vos el presente escribano, me lo deis por fe y testimonio, signado en manera que haga fe, y a los presentes ruego me sean dello testigos."

Y en señal de la dicha posesion, dijo las palabras ya dichas tres veces en voz alta e intelijible que todos las oimos, y cortó con su espada muchos ramos de unos árboles, y arrancó por sus manos muchas yerbas, y cavó en la tierra, y bebió del agua del rio Lepileubo, y cortados dos palos grandes, hicimos una cruz, y pusímosla encima de un gran árbol, y atámosla en él, y en el pié del mesmo árbol hizo con una daga otras muchas cruces; y todos juntamente nos hincamos de rodillas y dimos muchas gracias a Dios.—Testigos que fueron: el capitan *Juan Bautista de Pastene*.—*Rodrigo de Quiroga*.—*Diego Ozo*.—*Antonio Farabarano*.—*Juanes de Mortedo*.—*Juan Elias*.—El capitan *Pedro Estévan*.—*Antonio Venero*.

Y luego nos metimos en la barca, hecho esto, con los indios e indias tomados, y nos volvimos al navio. Este mismo dia juéves nos hicimos a la vela despues de comer, costeano la costa la via del puerto de Valparaiso, de donde salimos con un viento sur que nos dió no mui furioso, y navegamos con solo el papahigo del trinquete junto a tierra, por verla toda bien, teniéndonos las noches al reparo, lo que nos quedó del juéves, y el viérnes y el sábado adelante; y el domingo, que fueron 21 dias del dicho mes de setiembre año susodicho, a hora de vísperas, surjimos segunda vez media legua de tierra en una punta mui señalada que sale mucho a la mar, y pusímosle nombre la punta de San-Mateo, porque en su dia estuvimos cabe ella: está esta punta en 40 grados largos por el altura.

Salimos en tierra con el capitan una docena de soldados por ver la manera de los indios y las armas que traian, y no hicimos mas de darles alguna chaquira, y tomar una oveja que nos dieron, y dar la vuelta del navio, porque era ya tarde.

Otro dia lúnes por la mañana, tornó a salir el capitan en tierra con veinte y dos soldados para tomar lenguas, y salimos tantos porque habia mas de trescientos indios e indias a la luenga del agua, dejando cuatro soldados a la guardia del barco. Tomamos dos caciques, cuatro mancebos y dos mozas; y los demas viendo esto dieron a huir, escondiéndose por unas malezas que estaban por allí cerca.

Y puestos estos caciques, e indios e indias en medio de nosotros, el tesorero Gerónimo de Alderete, armado como estaba, con su adarga embrazada y la espada desnuda, dijo que tomaba y tomó, aprehendia y aprehendió posesion de aquella tierra y provincia, que se llama en lengua de aquella tierra Sepilloa, en aquellos dos caciques, que se llaman Turiocula y Perquinande, y en los demas indios e indias, y en su principal cacique a quien son sujetos, que se llama Leubomanique, y que tomaba la dicha posesion por S. M., y en su nombre por el gobernador Pedro de Valdivia, y pidió a mí el dicho escribano se lo diese así por testimonio en manera que hiciese entera fe, así y como en la primera posesion parece habérmelo pedido, y rogó a todos los que saltaron en tierra le fuesen dello testigos; y dijo, en señal de la dicha posesion, en voz alta e intelijible, tres veces, que tomaba e aprehendia la posesion de aquella tierra por S. M., y en su nombre por el gobernador Pedro de Valdivia, en aquellos caciques e indios, e que si habia alguno que se lo contradijese, que pareciese, para que estaba presto y aparejado de la defender y morir por ello, y hizo todas las demas diligencias que la primera vez, arrancando ramas, y cavando la tierra, y bebiendo agua de un arroyuelo que por allí corria, y cortamos palos grandes, y pusimos una cruz, y dando gracias a Dios por todo, fuimos a dos poblezuolos que estaban dos tiros de arcabuz de la costa, y tomamos veinte ovejas, que no quisimos mas, y maíz, y otras cosas que en sus casas tenian los indios.—Testigos: el capitan *Juan Bautista de Pastene*.—*Rodrigo de Quiroga*.—*Diego Ozo*.—*Antonio Farabajano*.—*Juanes de Mortedo*.—*Juan Elias*.—El capitan *Pedro Estévan*.—*Antonio Venero*.—*Juan Ortiz San-Martin*, maestre en él.—*Anton Sanchez*.—*Diego García*.—*Juan Riezo*.—*Henrique de Flandes*.—*Juan Oliva*.

Y luego nos volvimos a embarcar con los caciques, indios e indias que habíamos tomado, y alzando vela a hora de comer, vinimos navegando costa a costa hasta un rio grande llamado Ainilebo, y a la boca dél está un gran pueblo que se llama Ainil, y está en el altura de 39 grados y dos tercios.

Aquí pusimos nombre a este rio, el rio y puerto de Valdivia: no saltamos en tierra porque era tarde. Desde la mar el dicho Gerónimo de Alderete dijo, que tomaba y tomó posesion de aquella tierra y provincias por S. M. y por el dicho señor gobernador Pedro de Valdivia, en su nombre, y de la isla que cerca de allí vimos, que se llama Guiguacabin, a la boca de un rio grande llamado Collecú, donde tiene su casa y guaca, que es su adoratorio, el cacique y gran señor llamado Leochengo, y del dicho cacique e indios de aquella provincia, y pidió el dicho Gerónimo de Alderete a mí, el dicho escribano, se lo diese por testimonio en manera que hiciese fe, como me lo tiene pedido en las dos posesiones ántes tomadas, y a los que presentes estaban, rogó fuesen dello testigos. Pusimos nombre desta isla, la isla Imperial, y al rio, el rio de Santa Ines: testigos todos los sobredichos, y mas todos los del navio.

Viérnes 25 dias del dicho mes de setiembre año susodicho, pasamos

con temporal por una isla que está junto a tierra firme, corre un río llamado Toltel-Leubo, y la isla se llama Gueuli, y está en 38 grados largos, que a la ida la descubrimos día del señor San Nicolas Tolentino, y por esto la nombramos la isla de San Nicolas, y al río llamado Tórmes, porque pasamos con tormenta por él.

Aquí tomó el dicho tesorero Gerónimo de Alderete posesion desta isla y tierra firme, caciques e indios della, desde la nao, por S. M. y por el dicho señor gobernador de Valdivia, en su nombre, y pidió a mí el dicho escribano, se lo diese por testimonio, como me lo tenia pedido en las posesiones pasadas, y a todos los que allí venian rogó le fuesen dello testigos: testigos los sobredichos.

Mas abajo ácia el puerto de Valparaiso está el Ribimbi, que es en la provincia de Rauco, que mandó el cacique Leochengo, y confina con la provincia de Itata y de los Promascaes, de las cuales tiene tomada posesion tres años há el dicho señor gobernador Pedro de Valdivia, en nombre de S. M., y de nuevo la tomó aquí en nombre de S. M. y del dicho señor gobernador, el dicho Gerónimo de Alderete, y me pidió y requirió se lo diese por testimonio, e a los presentes le fuesen dello testigos: testigos los dichos.

Y así cesándonos la tormenta a la entrada de la provincia de Itata, con buen tiempo que nos hizo tornamos al puerto de Valparaiso, de donde habíamos salido, y surjimos en él mártes a 30 días del dicho mes de setiembre del dicho año de 544 años, con la ayuda de Dios y de su bendita Madre, y del apóstol Santiago; llegados a este dicho puerto, saltando en tierra pidió el dicho tesorero Gerónimo de Alderete a mí el dicho Juan de Cárdenas, escribano del juzgado, le diese por fe y testimonio cumplidamente todo lo que me habia pedido en las posesiones que habia tomado, y lo que se habia hecho en este viaje en servicio de Dios y de S. M. y del señor gobernador Pedro de Valdivia, para que hiciese entera fe ante S. M. y de su mui alto consejo y chancillerías de las Indias, y supiesen como por S. M., y por el dicho gobernador Pedro de Valdivia, en su nombre, y con su poder, habia tomado el dicho Gerónimo de Alderete, del principal cacique y señor llamado Leochengo, la posesion de las provincias, tierras, islas, ríos y puertos, caciques e indios arriba declarados, así y de la forma e manera que está escrita de ántes.

Y asímesmo el dicho señor gobernador Pedro de Valdivia pidió a mí el dicho escribano, pusiese en la cabeza de esta dicha escritura lo que habia pasado con el dicho Juan Bautista de Pastene, su teniente jeneral en la mar, en lo del entregarle el estandarte real, y el despacho de los navios que envió a descubrir, y todo lo demas en esta escritura contenido.

E yo Juan de Cárdenas, elegido, nombrado y creado escribano mayor del juzgado, en nombre de S. M., en este Nuevo Extremo, por el mui magnífico señor Pedro de Valdivia, electo gobernador y capitán jeneral en su cesáreo nombre, fuí presente a todo lo susodicho, juntamente

con los sobredichos testigos, y lo fice escribir, y doi fe y verdadero testimonio que en los sobredichos días arriba nombrados y declarados del dicho mes de setiembre año susodicho de 1544 años, el dicho gobernador entregó el dicho estandarte al dicho capitán Juan Bautista de Pastene, y despachó los dichos navios a descubrir, y el dicho Gerónimo de Alderete, tesoroero de S. M., tomó y aprehendió la tenencia, propiedad y posesion real y actual en los dichos caciques e indios de las provincias, tierras, islas, rios y puertos de suso nombrados y declarados, con todas las solemnidades dichas, y en lugar de posesion puso en todas las partes donde la tomó las cruces dichas, y hizo los autos arriba declarados, y todas las cosas sobredichas.

Por tanto, a pedimento del dicho señor gobernador Pedro de Valdivia, y del dicho Gerónimo de Alderete, tesoroero de S. M., fice aquí este mio signo, rogado y requerido a tal.—En testimonio de verdad.—*Juan de Cárdenas*, escribano mayor del juzgado.

III.

Carta de Gonzalo Pizarro al gobernador Pedro de Valdivia dándole cuenta (1) de lo ocurrido en el Perú, y de la muerte de Blasco Nuñez Vela.

(Coleccion de Muñoz MS., A 112, núm. 85, fol. 24.)

Mui magnífico señor: Una de v. md. recibí de veinte de agosto de quinientos e cuarenta e cinco que me trajo Antonio de Ulloa; holgué mucho con el buen suceso que v. md. ha tenido en esa tierra: plega a Dios a v. md. le dé salud para que pueda cada día descubrir mas tierra, y mostrar en ello parte del mucho valor de su persona.

Las cosas subcedidas en esta tierra, aunque v. md. pueda tener relacion de otros, quiero extensamente en esta dar cuenta de todo ello como pasa, porque sé que lo que toca a Hernando Pizarro, mi hermano, y a mí, lo tomará v. md. como cosa propia, como siempre hizo.

S. M. envió a esta tierra visorei y audiencia contra lo que tenia capitulado con el marques, mi hermano, que sea en gloria, como v. md. sabe, y trajeron ciertas ordenanzas para la gobernacion destes reinos, y jeneralmente para todas las Indias, por las cuales, como v. md. verá por ellas, que allá las envió, a todos los que en esta tierra le habíamos servido quitaba lo que por nuestro trabajo nos habia sido dado, y lo ponía todo en su cabeza, y quitaba el poder repartir los que iban a descubrir tierras nuevas, sino que todo lo hiciese el visorei y audiencia. Los vecinos desta tierra lo sintieron, como es razon, y me enviaron a llamar a las Charcas, y por sus importunaciones vine al Cuzco con hasta quince o veinte caballeros amigos míos. Llegado que fuí, hallé

(1) Aunque relativa en su mayor parte al Perú, hemos creído deberla insertar aquí por lo que trae de Pedro de Valdivia y de su gobierno en Chile. La carta se escribió a la sazón que Pedro de Valdivia gobernaba a Chile la primera vez, y ántes que pasase al Perú en contra de este mismo Gonzalo Pizarro.

la tierra muy alborotada, porque Blasco Nuñez Vela, a quien S. M. habia proveído por visorei, sin esperar a la audiencia, contra los mandados del Rei y sin recibido en ninguna parte de la tierra, empezó a ejecutar las ordenanzas con muy mayor aspereza de lo que en ellas se contenia, sin querer oír suplicacion que por los pueblos se hiciese; ántes respondiéndome que quien en ello se pusiese le cortaria la cabeza, y que así me la habia de cortar a mí y a todos los que habian sido notablemente, como él decia, culpados en la batalla de las Salinas y en las diferencias de Almagro, y que una tierra como esta no era justo que estuviese en poder de jente tan baja, que llamaba él a los desta tierra porqueros y arrieros, sino que estuviese toda en la corona real. Quitó a los mas vecinos de Piura e Trujillo sus indios, y pósoles en cabeza de S. M. Entre otras cosas que hizo despobló los Tambos, y mandó que a ningun español le diesen de comer, sino fuese pagando en oro la comida. Fué causa de [la] muerte de muchos españoles y de muchos indios, que por tomalles por fuerza la comida los mataban. Fueron tan graves las cosas que hacia, que con ser Trujillo un pueblo tan pequeño, como v. md. sabe, estuvieron a punto para matalle, si no se partiera para Lima, previniéndoles con la brevedad. En Lima estaba acordado por el obispo y los oficiales de S. M. y rejidores de la ciudad de prendelle y embarcalle. Despues, de temor de Vaca de Castro, con quien el factor Illan Suarez de Carvajal y el tesorero y los demas vecinos de Lima estaban mal, sabiendo que Vaca de Castro venia, reciben a Blasco Nuñez por unas cartas suyas, traslados y no orijinales mal autorizados. Recebido, hizo en Lima cosas tan ásperas que cada dia se tenia por cierto que lo habian de matar; los vecinos del Cuzco que con Vaca de Castro habian venido, no le osaron asperar, y se volvieron huyendo al Cuzco, y hallándome allí, todo el cabildo y vecinos del Cuzco y de otras partes de la tierra, y otros muchos caballeros que a la sazón allí se hallaron, me requirieron muchas veces tomase el poder de toda la tierra y fuese procurador jeneral de ellos para suplicar de las ordenanzas, para que S. M., siendo mejor informado, proveyese lo que mas a su servicio convenia, y por mala relacion no se destruyesen unos reinos de tanta importancia como estos. Aceptélo por ver que en ello hacia servicio a Dios y a S. M., y gran bien a esta tierra, y jeneralmente a todas las Indias, porque como se hiciese con nosotros se habia de facer con todos los demas. Determinado venir a Lima a facer mi suplicacion, supe que Blasco Nuñez, sabiendo que los vecinos del Cuzco se habian ido publicando que ántes habian todos de morir que consentir sus cosas, sin esperar los oidores, por solo su parecer tomó ochenta y tantos mill pesos que en un navio estaban, que Vaca de Castro enviaba a S. M. de los quintos desta tierra, y hace jente de guerra. Visto que si venia sin jente, sin oirme me cortaria la cabeza, como decia que haria a cualquiera que suplicase, acordaron todos estos caballeros, mis amigos, que hiciésemos jente con quien viniésemos seguramente a suplicar, y así se hizo, que hice hasta quinientos y cincuenta hombres

entre vecinos y soldados, y a este tiempo eran llegados los oidores a Lima, y le contradecian todo lo que hacia. Requirieronle que otorgase la suplicacion hasta que S. M. fuese consultado sobre ello. Yo, por justificar mas la causa destes reinos, le envié los capítulos que yo pedia en nombre de estos reinos, y que si como creia por su aspereza y mala condicion no los quisiese otorgar, diciendo no ser justo, que pusiese él un letrado de su parte e yo otro de parte destes reinos, y hacia jueces a los mismos oidores, con tanto que hiciesen juramento sobre un ara consagrada de hacer justicia, sin tener respeto a ninguna de las partes. No solo no lo quiso hacer, pero aun tratara mal a los mensajeros, sino fuera por algunos de los oidores que le fueron a la mano.

Visto en Lima cuan insufribles eran las cosas de Blasco Nuñez, empiézanle a dejar y huirse todos para mí. Pedro de Puelles se me vino con hasta treinta e cinco o cuarenta caballeros, a quien le habia hecho correjidor de Guanuco. Gonzalo Diaz, su capitan de arcabuceros, se me vino con veinte e cinco arcabuceros. Don Baltasar de Castilla, e Diego de Carvajal, y otros dos sobrinos del fator Illan Suarez, y Gaspar Mejia, e Pedro Martin de Secilia e otros veinte caballeros se me vinieron. Blasco Nuñez mató a puñaladas al fator Illan Suarez de Carvajal, pensando que los sobrinos que se le habian ido habian ido por su mandado; fué sin culpa, porque ántes él escribia a su hermano el licenciado Carvajal, que estaba en el Cuzco, que se viniese a él porque tenia temor que si no lo hacia que lo habia de matar, y el licenciado, por el mucho amor que tenia al su hermano y temiendo no lo matasen, lo habia hecho así. Mandó matar a puñaladas a Diego de Urbina, su maestro de campo, y despues arrepintiósse y dijóselo. Luego mandó matar a puñaladas a Martin de Robles, su capitan de ciento y treinta hombres, y arrepintiósse y dijóselo; de manera que andaban los hombres como atónitos de su temor, y no tenia hombres que peor lo quisiesen que eran los que andaban con él. E visto por Blasco Nuñez la voluntad que todos le tenian y que yo me venia acercando, acordó de embarcar todas las mujeres de los vecinos, porque con esto los vecinos le siguiesen aunque no quisiesen, y saquear el pueblo para que con esto se prendasen los soldados y le siguiesen: los oidores le requirieron no lo hiciese, y viendo que no aprovechaba nada, dieron una provision sellada y por virtud della se juntaron con ellos poca jente, aunque la mas principal de los que estaban en Lima; y con ella, teniendo él mas de cuatrocientos hombres en escuadron, en que habia mas de docientos arcabuceros, no llevando ellos aun noventa hombres, porque como era a la hora que amanecia no se habia juntado la jente de una banda ni otra, que mas tenia él hechos y pagados de los dineros del Rei de sietecientos hombres sin los vecinos, y con ella le prendieron: porque luego él echó a huir y no osó esperar. E hízose sin que muriese un hombre, ni fuese herido, como obra que Dios la guiaba para el bien desta tierra; preso, envíanle los oidores en un navio a S. M. y envían con él un oidor que entrellos venia, de ruin casta, que se llamaba el licenciado Alvarez, y enviaron

a este porque no tenia mujer; y conciertanse Blasco Nuñez y él y saltan en Tumbes, y con jente que se les llegó, que entónces venia d'España, robó todo el oro de S. M. que habia en Piura, Guayaquil e Puerto viejo; y con ellos hace jente y roba todos los navios que venian de la Nueva España y Guatimala y Panamá. Y a esta sazón llegué yo a Lima, y todos los procuradores de las eibdades destos reinos suplicaron al audiencia me ficiesen gobernador para resistir los robos e fuerzas que Blasco Nuñez andaba haciendo y para tener la tierra en justicia hasta que S. M. proveyese lo que mas a su real servicio convenia. Los oidores, visto que así convenia al servicio de Dios y al de S. M. y al bien destos reinos, habiéndolo comunicado con los tres obispos que en estos reinos hai, que entónces estaban en Lima, y con todos los perlados de las órdenes y los oficiales de S. M. y con el secretario Agostin de Zárate, contador jeneral destos reinos, me mandaron que aceptase la gobernacion destos reinos; yo la acepté por las causas que tengo dichas, y con un oidor quel audiencia enviaba a hacer saber a S. M. lo sucedido en esta tierra, envié a Francisco Maldonado para que de mi parte hiciese saber a S. M. el estado en que estos reinos estaban; y para resistir los robos de Blasco Nuñez envié al capitán Hernando Machicao por la mar con cincuenta arcabuceros, y por la tierra envié [a varios] de tenientes a todos los pueblos. [Llegado Machicao a Tumbes, teniendo Blasco Nuñez ciento e cincuenta hombres, huyó tan sin concierto, que todo lo que tenia de lo que habia robado, tomó Machicao y lo volvió a sus dueños, y fuese huyendo hasta Quito, donde fué rescebido, así por temor de la jente que llevaba, como porque no sabian por estar léjos sus cosas, ni las ordenanzas habian llegado allá, ni sabian lo quel audiencia habia proveido. Con los dineros de las minas de Quito hizo hasta cuatrocientos e cincuenta hombres, y con ellos fué a Eaxas, donde estaban Gonzalo Diaz y Hernando Alvarado con hasta cincuenta o sesenta hombres, que los demas no habian salido de Piura, donde todos habian estado con Gerónimo de Villegas, teniente de aquel pueblo. Los capitanes huyeron, y de la jente los que no se pudieron escapar prendió y les robaron hasta las camisas; de allí fué sobre Piura, y Gerónimo de Villegas con la jente que allí habia se vino hasta Trujillo, donde yo estaba, que venia con hasta quinientos e cincuenta hombres a acabar de echar de la tierra a Blasco Nuñez. Llegado a Piura, Blasco Nuñez dió a saco el pueblo, sin tener respeto a amigos y enemigos, ni a mujeres, que hasta lo que tenian vestido les quitaban, y a las iglesias les robaron cálices y patenas, hasta los corporales; yo me vine derecho a Piura, y estando cuatro leguas de ella, finjiendo Blasco Nuñez que me venia a dar la batalla, se fué huyendo camino de la sierra; yo le seguí a la lijera y en el alcance se le tomó toda la jente, y él escapó con hasta cuarenta o cincuenta hombres sin armas; desta manera le seguí hasta Temebanva, donde de los que le habian seguido mató a Rodrigo de Campo, que era su maestre de campo, y a Gerónimo de Serna, que era capitán suyo de arcabuceros, y [a] Agustín Gil, que era su capitán

de caballos, porque con matalles supiesen que le habian sido traidores, y encubrirse con esta cautela su flaqueza. Sabido que yo llegaba, se huyó a Quito, donde mató a Gomez Destacio y [a] Alvaro de Carvajal y al capitan Hojeda y a cuatro soldados arcabuceros que todos se le habian pasado a él del capitan Machicao, porque desta manera pagaba a los que le servian. Yo me vine derecho a Quito y en el camino topé a Machicao con hasta cuatrocientos e cincuenta hombres que venia a tomalle la delantera de Panamá y le seguí hasta el rio Caliente, que nueve leguas mas allá de Pasto, y de allí me partí a la ciudad de Quito por parecer de todos estos caballeros que en mi ejército andaban, donde estuve esperando lo que Blasco Nuñez haria; el cual se pasó a Caly, que en la gobernacion de Benalcazar, adonde tuve nueva que estaba rehaciéndose de jente y armas. En este tiempo yo envié a Panamá al capitan Pedro de Hinojosa con seis navios de armada para tomar dos navios que Blasco Nuñez traya. El cual, llegado a la Buenaventura, prendió a Vela Nuñez, su hermano de Blasco Nuñez, y le quitó a Francesquito mi hijo, que le llevaba a España, y allí se ha estado y está aguardando los españoles que S. M. enviará; siempre yo con todos los caballeros que andan conmigo, me estuve en Quito, porque es un pueblo mui abundante de todas las cosas, y donde mas todos nos podíamos sustentar, aguardando que Blasco Nuñez revolviere, porque él se estaba en la gobernacion de Benalcazar rehaciendo, como tengo dicho. En este tiempo me vino un mensajero con nueva que las Charcas se habian alzado contra todos los que en servicio de S. M. andamos; he tenido por teniente allí al capitan Francisco de Almendras; se juntó Centeno e Lope de Mendoza e Antonio Perdesquivel e Alonso Perez Castillejo e otros vecinos, y todos juntos fueron en matar al capitan Francisco de Almendras. Despues de hecho, hicieron jeneral a Diego Centeno, y empezaron a hacer jente y a robar todo lo que podian de la hacienda del Rei y de otras personas que podian haber. Sabido esto por Antonio de Toro, que estaba por teniente en el Cuzco, comenzó a hacer jente contra Centeno, e hizo trecientos hombres, y entre ellos sesenta arcabuceros, y todos son mui buenas personas; y Diego Centeno y Lope de Mendoza mataron en las Charcas hasta ciento e cincuenta hombres e vinieron al Collao a roballo todo y de lo del Rei. Del Chuquito se partió Lope de Mendoza y se fué a Arequipa con sesenta hombres y no halló en él a Pedro de Fuentes, que era teniente, el cual se le habia salido del pueblo con cuarenta hombres a juntarse con Antonio de Toro, y el Lope de Mendoza se entró en el pueblo y prendió los vecinos dél y metiólos en un bohio (1), y con amenazas que les hizo les sacó todo el oro que tenian para hacer jente, y de la caja del Rei sacó seis o siete mill pesos; que con decir, andamos en servicio de S. M., roban su real hacienda, y crea v. md. que si yo no me pusiera en lo que me he puesto,

(1) Choza, cabaña.

que en esta tierra hubiera mas salteadores que en el monte de Torozos. Y el Lope de Mendoza hizo cuarenta hombres, que serian docientos, e se fué a juntar con Diego Centeno que estaba en Chuquito, donde supo nuevas que yo estaba bueno e vivo y con toda la jente que habia sacado de Lima, porque lo quél habia dicho era que yo era muerto. Pedro de Fuentes se fué a juntar con Antonio de Toro en Urcos, y empezaron a caminar con su jente para dar en Diego Centeno e Lope de Mendoza, y ellos, como supieron que Antonio de Toro les seguia, empezaron a huir desbaratados y se fueron huyendo fuera de toda la tierra. Antonio de Toro les siguió hasta las Charcas e se volvió, e despues de puesto en concierto, visto yo las cosas que arriba andaban, envié al maestre de campo Francisco de Carvajal con cuarenta hombres de los que estaban conmigo, a que pusiese toda la tierra en paz y la allanase y castigase a los que andaban alborotando. Pasando por Trujillo, le preguntó por Verdugo, que estaba en sus indios, el cual fué siempre amigo de Blasco Nuñez; sabido quel maestre de campo se pasó arriba, se vino al pueblo con diez o doce hombres y se metió en su casa, diciendo que estaba malo, y prendió a todos los vecinos del pueblo uno a uno y dos a dos, y robándoles todo lo que pudo y tomando todo el oro que estaba en la caja del Rei y de difuntos, tomó un navio que estaba en el puerto que habia traído allí la hacienda del capitan Machicao (1) y con él se fué a Nicaragua. [Siempre que yo estuve en Quito tuve puestas postas en los caminos para que no se supiese nueva que yo estaba en la ciudad, e hice escribir cartas en las cuales decia como yo me habia vuelto a la ciudad de los Reyes, y que no estaba en Quito mas del capitan Pedro de Puellas con trecientos hombres, para que sabido esto, Blasco Nuñez tuviese mas voluntad de venir donde yo estaba. El cual se dió tanta prisa que en mui poco tiempo hizo cuatrocientos hombres con docientos e cuarenta arcabuces, y con ellos empezó de caminar ácia Quito donde yo estaba con seiscientos hombres, entre los cuales habia docientos arcabuceros que pudiéramos dar batalla a mill. Siempre tuve guardas y centinelas para que por ninguna via supiese de mí, e yo cada dia tenia nuevas como Blasco Nuñez venia con mucha jente, y esto por noticia de indios, que por españoles yo nunca tuve cosa cierta; con esto hice poner todas las armas en órden, y aderezar los arcabuces y picas, y avisé a mis amigos que estaban fuera, que yo tenia puestos por los caminos, que los guardasen para que la jente no se fuese. En esta estada vino la nueva tan cierta, que no hubo lugar de venir por la mucha diligencia que Blasco Nuñez se dió a andar, pensando de tomar de sobresalto al capitan Pedro de Puellas, que pensaba que estaba allí solo, y que yo me habia venido a esta ciudad de los Reyes. Como yo supe que ya venia tan cerca, salí dos leguas y media de la ciudad del Quito con toda la jente, e púseme a una salida de una sierra grande por donde

(1) Dice Bachicao.

Blasco Nuñez habia de venir con su jente, y estuve en aquel paso hasta medio dia que nunca supe dél, y a la tarde nuestros corredores se vieron con los suyos. Desque aquello vide, tuve todo el ejército escondido porque no lo viesse, y a puesta del sol hizo muestra el Blasco Nuñez que abajaba el rio para subir la sierra arriba donde yo estaba; e hizo luego tan grande niebla que no pudimos ver mas jente, e habia dos caminos para subir donde yo estaba, y en el uno tenia seis arcabuceros y postas de [a] caballo para que me avisasen si venia, y en el otro, que era el camino real, tenia puestos treinta arcabuceros en celada para que en pasando diesen en ellos, creyendo que habian de subir aquella noche por uno de aquellos dos caminos, y desqué reconoció que le teníamos tomado todos aquellos pasos, así como anocheció dió la vuelta, e fuése por otro camino y anduvo toda la noche, y cuando por la mañana envié a saber si estaba allí, ya tuve nuevas por otra parte que ya estaba cerca del Quito, y que cuando yo llegase a la ciudad, estaria dentro en ella. Luego en sabiéndolo, que fué a hora de misas mayores, mandé a los capitanes que marchasen cada uno con su jente, y no paramos hasta llegar un cuarto de legua de la ciudad, e dímonos tanta prisa que llegamos a hora de vísperas. Los corredores siempre me venian a decir que ya estaba dentro en la ciudad, e puse en órden toda la jente, que serian treientos e treinta piqueros e ciento e cincuenta de [a] caballo e doscientos arcabuceros, y ántes que allegase al pueblo a media legua, salieron luego las mujeres e niños e viejos e mercaderes dando gritos, pensando que les habia de tomar sus haciendas, y como yo me dí tanta prisa, no se osó a desmandar ninguna jente de la quel traya, mas de que dijo en la plaza a una mujer o dos que allí habian quedado: señoras, no tengais miedo que yo os prometo por vida de S. M. de hacer cuartos a Gonzalo Pizarro e a mas de treientos con él; y él como vido que yo tan cerca estaba, y que le tenia tomado el camino por donde él solia huir, fuéle forzado pelear; y obra de dos tiros de arcabuz salió del pueblo donde yo estaba puesto en órden; y cuando él salió yo le estaba aguardando por tomarle en el campo y no en el pueblo, y en el campo se ve quien pelea y el que nó; y subí un repecho y él a otro que estaba allí para un llano, que seria como una gran carrera de caballo, y ya unos sobresalientes se estaban tirando con los otros, y así como nos vimos, comenzamos a marchar los unos contra los otros hasta que llegó a darse con las picas la una infantería con la otra. Los de [a] caballo que yo tenia, hícelos estar quedos todos hasta tanto que ellos [nos] viesen a nosotros, y como los vide venir algo abiertos y temerosos, salieron dos de [a] caballo de nuestra parte, y entraron por medio dellos y los rompieron; y luego empezaron a huir, porque como traian el capitan que otra cosa no sabia hacer, fueron en un punto desbaratados, y Blasco Nuñez puso mucha diligencia por poder huirse si pudiera, porque venia vestido con una camiseta de indios por no ser conocido, y no quiso Dios, porque pagase cuantos males por su causa se habian hecho; y un soldado le dió un encuentro que lo derrocó, y

el licenciado Carvajal, que se halló entónces allí, le hizo cortar la cabeza por venganza de la muerte de su hermano. Murió allí de los principales que Blasco Nuñez traía Juan Cabrera, su maestre de campo, y otras personas muy principales, y el oidor Alvares salió con muchas heridas, de las cuales murió, y asimesmo salió mal herido el gobernador Benalcazar, y demas desto murieron de su parte hasta cien personas, y heridos mas de ciento e cincuenta, que murieron muchos dellos; y de nuestra parte murieron siete, y heridos otros cuatro o cinco, e ninguno dellos persona principal; por donde parecerá claramente que Nuestro Señor fué servido este se nos viniese a meter en las manos para quitarnos de tantos cuidados, y que pagase cuantos males habia fecho en la tierra; la cual quedó tan asesegada y tan en paz y servicio de S. M. como lo estuvo en tiempo del marques, mi hermano. El traía ciento e cincuenta arcabuceros e ciento e sesenta de a caballo, y serian con estos y con los piqueros cuatrocientos e cincuenta hombres; si él supiera cierto que yo estaba en el Quito, no osara venir a donde yo estaba, aunque trajera dos [veces] tanta jente de la quél tenia; pero como estaba ordenado de Dios quél viniese al pagadero, le cegó el entendimiento a que se viniese a meter a nuestras manos, que como él se vido desesperado en haber gastado tantos dineros de los quintos de S. M., y haber echado a perder a tantos hombres, habiéndoles robado sus haciendas, quiso mas aventurarse a dar la batalla que no a verse con S. M., temiendo el castigo que allá se le habia de dar por el mal que habia hecho. Despues de todo esto pasado, yo me estuve en Quito hasta que pasaron las aguas, donde me vine a esta ciudad de los Reyes: y viniendo por el camino, ántes que allegase a la ciudad de Trujillo, me vino mensajero de los (1) Charcas de la parte de Francisco de Carvajal, que yo habia enviado allá a pacificar la tierra, como Centeno habia revuelto sobre los Charcas despues que Antonio de Toro se volvió al Cuzco, e que habia juntado docientos e cincuenta hombres, y como habia ido con su ejército en su seguimiento, donde le dió la batalla, y lo desbarató y le vino siguiendo hasta Arequipa. Lope de Mendoza se volvió al Callao con cien hombres que habia juntado de los que se le habian quedado en el alcance, y a la sazón habian salido de la entrada de Diego Rojas ciento e sesenta hombres, y por capitan dellos... Heredia, a los cuales les dijo tantas palabras, y con la necesidad que traian les persuadió a que todos se juntasen y viniesen contra el capitan Francisco de Carvajal, y así se juntaron y rehicieron, que serian bien docientos y sesenta hombres. Sabido por el capitan Francisco de Carvajal, revolvió sobre ellos con su ejército y les dió la batalla, adonde fácilmente los desbarató, y cortó la cabeza al Lope de Mendoza y al capitan... Heredia, la cual muerte ellos tenían bien merecida, por donde parece claramente que Dios pone sus manos en nuestras cosas, y el capitan Carvajal se está al presente en

(1) Unas veces está *los* Charcas y otras *las* Charcas indistintamente.

los Charcas, y está todo mui pacífico, y lo estará en tanto que en nombre de S. M. esta tierra yo la gobernare. E viniendo mi camino a esta ciudad de los Reyes, un dia ántes que entrase en ella, vino Diego Velasquez y trajo nuevas que estando el capitan Pedro de Inojosa en Panamá, habia venido Verdugo de Nicaragua al Nombre de Dios por el Desaguadero, en unas fragatas con jente que allí habia hecho, y le ayudaron los oidores que allí estan, y vino a la sazón al Nombre de Dios, que estaba en él Don Pedro de Cabrera y su yerno Hernan Mejia por capitanes, aguardando lo que venia d'España, y el Verdugo los tomó descuidados y dió con ellos. En fin, con mucho trabajo se escaparon de sus manos y se fueron a Panamá a dar mandado al capitan Inojosa a pié y descalzos y con mucho trabajo. Luego como lo supo, hizo alarde de la jente que tenia, y halló que tenia ciento e sesenta hombres, y con ellos vino la vuelta del Nombre de Dios, teniendo tanta diligencia que nunca Verdugo lo supo hasta questaba junto al pueblo, el cual hizo escuadrones de su jente, y halló que tenia trecientos e ochenta hombres y bien armados. Pedro de Inojosa, con la suya en buena orden, los acometió con tanto denuedo, que los desbarató y mató treinta hombres, y el Verdugo se fué huyendo en una fragata que tenia; murieron de la parte del capitan Inojosa cuatro, entre los cuales fué el capitan Rodrigo de Carvajal, Gerónimo de Carvajal e otros dos soldados, que puso harta lástima su muerte, por ser tan buenos amigos como eran. Pasada la batalla, vino al Nombre de Dios el licenciado de Lagasca con otros dos oidores, que S. M. le enviaba a estas partes: dice que traen grandes poderes, e no se sabe lo que es; dicen que son mui buen cristiano y hombre de buena vida y clérigo, y dicen que viené a estas partes con buena intencion, y no quiso salario ninguno del Rei, sino venir para poner paz en estos reinos con sus chripstiandades. Sabido por los procuradores del reino y por los oficiales dél e por todos los caballeros e vecinos que no convenia que este viniese a estos reinos por los daños e desasosiegos que causaria su venida, diciendo que ninguno habia venido desta manera que no hubiese robado a S. M. sus reales haciendas, y causado todos los escándalos y alborotos que en la tierra ha habido, vístose el medio para nuestro descanso, se eligió al capitan Lorenzo de Aldana que fuese a él con requerimientos y con todos los poderes de las cibdades destes reinos, el cual se despachó con toda brevedad, y es ido; el cual yo creo que se volverá de Panamá a dar cuenta a S. M., pues este no venia para nuestro provecho, sino para causar mas alborotos de los causados, porque a cabo de tantos trabajos como hemos pasado nos queria poner agora en otros de nuevo. Tambien se estan despachando los procuradores del reino que para esto se han nombrado: son el capitan Lorenzo de Aldana, y Gomez de Solís y Hernando Pizarro, mi hermano, que aunque le han agravado las prisiones, sin dejarle venir [a] hablar a ninguna persona, en pago de lo que ha servido, yo creo le sacarán de la prision presto, pues qué se quiso ir a meter en ella, y los dias pasados me escribió que me enviará

muchas cosas, y que lo dejó de hacer porque no alcanzaba mas de un ducado. Yo no le he enviado dineros porque se los tomaran todos, como hacen a todos los que destas partes los llevan, por causa de las grandes guerras que [ha] habido, y tambien porque acá hai razonable [ocasion] en que gastallos, y siempre lo harémos así, si S. M. nos hiciere mercedes. Don Gonzalo, hijo del marques, mi hermano, que haya gloria, falleció el otro dia: y segun Vaca de Castro les trató y Blasco Nuñez hacia con ellos, me parece que es el mejor librado, porque segun con ellos se hacia, fueran a pedir por amor de Dios en pago de los grandes servicios quel marques hizo a S. M. en estos reinos y en otras partes, y esto es la verdad de lo que hizo Vaca de Castro con ellos y conmigo, y no lo que allá le han dicho a v. md., y tuve yo mas miramiento por hacer lo que debia a quien soi; porque aunque fuese por otros fines, en fin vengó la muerte de mi hermano, y por esto, hallándole preso en un navio, y tomándole todos sus bienes, cuando yo llegué a Lima por Blasco Nuñez Vela, le enviaba a S. M. faciéndole el buen tratamiento posible, aunque otros amigos mios me aconsejaban otra cosa.

Yo he despachado a Antonio de Ulloa, a quien yo, por ser caballero, fuí servidor de v. md., y cabe bien en él, pues viendo que murió el capitán Alonso de Monroy dejó la ida d'España, y lo que en ella tiene de comer por facer lo que debe a caballero y al servicio de v. md. Huelgo mucho de tener aparejo para mostrar por obra lo mucho que a v. md. debemos, pues muerto el marques, mi hermano, ha mostrado en sus cosas tanta virtud y agradecimiento y los despachos que enviare a España, de mi parecer por el presente no se debe facer, porque, como verá por las ordenanzas, S. M. no quiere que los gobernadores tengan poder para dar en la tierra que han conquistado a los que lo merecen, como v. md. verá por las ordenanzas que envió de molde, y mandaba que ninguna cosa se fuese a negociar con él, sino que se negociase en las audiencias, a quien habia dado instrucciones que se pusiese todo en su cabeza.

Las nuevas que de Méjico tenemos, son que estuvo la tierra tan alborotada, que si el visorei no tuviera mas prudencia de la que tuvo Blasco Nuñez le mataran; pero hizo que se otorgase la suplicacion y que no se ejecutasen las ordenanzas, y fueron sobrello a España; dicen que el Rei las revocó, y si algo con ellos hiciere será con haber hecho nosotros lo que hemos hecho.

Yo he sabido quel de la Gasca trae muchas bulas para poder descomulgar a todas las personas que supieren de dineros e haciendas de Vaca de Castro, y he procurado por algunas vias de saber quien tiene poder de Vaca de Castro para poderme concertar con él, para ver si pudiere cobrar algunos bienes de lo mucho que debe a los hijos del marques, mi hermano, que haya gloria, y halléle en poder de Paez, su secretario; he enviado por ella a Guanuco; ellos serán cincuenta mill pesos, los que debe a los hijos del marques; yo me concertaré acá por todo lo mas que pudiere con él, e el concierto yo lo enviaré a v. md.

para que los cobre, pues allá no hai ninguno que tanto le duela los males que Vaca de Castro les hizo, y tendrá el cuidado dello que siempre ha tenido, porque con los muchos robos que le hicieron estan muy pobres y alcanzados. Y esto no lo eche en olvido, porque mas vale que gocen los hijos del marques dellos que no el Rei, que no es suyo. Antonio de Ulloa le debe v. md. mas que a su padre ni a su madre por la buena diligencia que pone en todo lo que a su tierra conviene; y mire lo que deja en España por irle a servir, que todo lo que hiciere por él lo meresce tan bien, como si yo propio fuese a esa tierra: lo cual no há muchos dias que yo pensé ir allá, sino que ha subcedido tambien, como dirán todos los caballeros que allá van, y crea, como cree, en Dios, que si no fuera para él, en el tiempo que agora me toma, que no dejara ir a jente ninguna teniendo tanta necesidad; pero como sé que las cosas del marques las tiene siempre en la memoria, e las de mi hermano Hernando Pizarro e mias, porque ya vé él lo que ha fecho el Rei con él, que si Dios no hobiera fecho milagro en esto, quedáramos cual merescíamos por haber gastado la hacienda e vidas en su servicio; pero como Dios lo ha remediado todo, yo tambien he tenido por bien Antonio de Ulloa vaya con el socorro a su tierra, habiendo aparejo y armas, cuando pudiere ir.

Juan Batista [Pastene], su capitan, he trabajado contra la voluntad de todos que vaya allá e lleve los navios que lleva, que como es buena pieza el navio que lleva, no quisieran que saliera de aquí. El es un hombre de bien, e tan su servidor, que no digo yo en navio, mas a pié iria él donde está por servirle y portalle personas como estas que tanto le desean servir: mire siempre por ellas e las tenga en la memoria. En allegando Batista, v. md. lo deje venir, porque él hará mucho al caso e llevará todas las nuevas que entónces hobieren venido d'España; e si vinieren buenas que nos quiere hacer merced, yo dejaré ir con él todos los navios e mercaderías e jentes que quisieren ir e llevar, porque con ello se noblescerá mucho esa tierra; e ruegue a Dios que nos dé paz, porque le pueda ir todo recabdo que ser pueda. Tenemos no podrémos tan presto dejar ir jente a esas partes, y aun tambien será menester venir de allá socorro, porque si esto dejamos perder, lo cual Dios no permita, tampoco se sanará esto, porque yo no creo sino que S. M. confirmará las mercedes que tenia fechas al marques.

Ruiz de Baeza va por maestre de campo de Antonio de Ulloa: él ha servido tanto que no sé cómo lo decir, sino que con dalle la mitad de la tierra no se pagaba lo mucho que ha servido en esa jornada. V. md. lo tenga siempre en la memoria en se las facer, como merescen sus servicios, e asimesmo va Rodrigo Niño, que es alferez jeneral, el cual ha servido tambien como cuantos acá quedan. Figueroa se halló con Blasco Nuñez, e cuando le tomamos en el alcance, él se estuvo conmigo; e despues qué ha servido tanto, que no ha habido ninguno que le haga ventaja. A estos les haga mucha honra, e les tenga consigo, porque esos son los que le han de sostener; e a todos los que

se hallaron conmigo en la batalla, porque estos que aquí señalo dirán quien son.

Allá está un hermano de un criado mio que se llama Carvajal. V. md. mire por él, o en todo lo que se le pudiere aprovechar lo aproveche.

Orense es de la canela, y anduvo siempre conmigo, y en mi necesidad nunca me dejó, y es mui honrado. V. md. le trate bien, e le dé de lo que hobiere en la tierra, por quél me escribe siempre v. md. le hace contino muchas mercedes.

Un criado del licenciado Cepeda, que tengo yo agora por teniente, de quien yo hago mucho caso y le quiero mucho, no sé cómo se llama, ni le conozco, v. md. le conocerá allá, haga con él como con tan buen amigo, y le favorezca en todo lo que se le ofresciere, e le dé bien de lo que hobiere, pues que yo creo sus servicios lo merecerán.

Dende Quito lecribia haciéndole saber todo lo que acá habia subcedido con Diego García de Villalon; y él fué tan gran bellaco con ir tan avisado, que los de Centeno le tomaron el barco y todos los despachos que llevaba. Si estos fueren allá con algunas personas señaladas de las que fueron en la muerte del capitan Francisco de Almendras, a ninguno dellos les dé la vida, sino paguen como grandes bellacos, porque si allá se ofresce alguna cosa tambien lo serán, como van muchos que yo señalo e llevan cartas mias, tambien van mui muchos bellacos que envió yo desterrados: tenga aviso sobre ellos, no le hagan alguna bellaqueria, e gáneles por la mano, porque si no, ganallo han ellos, y piérdese mucho en un descuido que haya; siempre v. md. haga por buenos, porque esos son los que le han de sostener.

Hernando Pizarro, como dicho tengo, no creo que él saldrá de la Mota de Medina, porque agora le tienen mas aprisionado que nunca, que ni vé el sol ni luna, ni aun tiene quien le dé un jarro de agua; pues mire a Vaca de Castro, que aunque algunas cosas robó, volvió la tierra al Rei, e la puso en justicia, e lo metió en otra fortaleza, e le quitó todas sus haciendas, y este es el producto quel Rei da a quien le sirve, e huelgo que van allá personas que darán relacion de todo esto, como personas que se han hallado en todo esto.

Y agora que yo tenia puesta esta tierra en sosiego enviaba de su parte al de la Gasca, que aunque arriba digo que dicen que es un santo, es un hombre mas mañoso que habia en toda España e mas sabio; e así venia por presidente e gobernador, e todo quanto él quiera; e para poderme enviar a mí a España, y a cabo de dos años que andábamos fuera de nuestras casas, queria el Rei darme este pago; mas yo, con todos los caballeros deste reino, le enviamos a decir que se vaya, si no, que harémos con él como con Blasco Nuñez; y así se lo envió a decir, y aun a todos los que vinieren, sino fuere persona de quien estemos seguros, y este será Hernando Pizarro, y aun dél aun no nos fiarémos, segun estamos escandalizados.

A v. md. envió ciertas cosas, como verá en la memoria; y como yo venia tan alcanzado de Quito, no pude facer lo que yo deseo: rescibirá

mi voluntad, porque siempre esta será mui larga para lo que le toca, y demas desto no habia tiempo ni mercaderías, porque ha habido falta dellas: las obligaciones que allá estan mias, no se le olviden, de unos caballos que allá tengo, y cóbre los, que mas vale que lo tenga v. md. que no esotros.

Hoi dia de la fecha desta me vino mensajero como Antonio de Toro era muerto, que estaba por teniente en el Cuzco.

IV.

Relacion de los méritos y servicios hechos por Pedro de Valdivia en la gobernacion del reino de Chile, enviada al Emperador Carlos V por los rejidores y ayuntamiento de la ciudad de Valdivia, a 20 de julio de 1552.

(Coleccion MS. de Muñoz, A. 113, tomo 86.)

S. C. C. M.—Por cumplir con la obligacion natural que tenemos como súbditos y leales vasallos de V. M., hacemos por esta relacion de los muchos, grandes y calificados servicios quel gobernador Pedro de Valdivia a V. M. ha hecho, así en las provincias del Perú como en estos reinos nuevamente por él conquistados.

V. M. ha ya sabido, como al tiempo que vino a las provincias de Chile, pobló en el valle de Coquimbo en el asiento mas conveniente la cibdad de la Serena: es de poca jente y mui bellicosa, tiene buen puerto de mar, donde hacen escala los navios que vienen de los reinos del Perú a estos: y como asimismo pobló en la provincia de Mapocho, questaba poblada de indios que fueron subyectos a los Ingas, señores del Perú, la cibdad de Santiago en un valle mui fértil e abundoso, en el comedio de la tierra, doce leguas de la mar, donde hai buen puerto: y como en la conquista y pacificacion destes indios, y sustentacion destas cibdades pasó grandes y excesivos trabajos, porque a causa de las guerras continas que con ellos tuvo, y de la gran riqueza del Perú, no ménos trabajo pasó en sustentarse con los españoles que consigo tenia, que en resistir a los naturales, hasta tanto que un capitan llamado Alonso de Monroy, que envió por socorro a los reinos del Perú, vino; con él y con la jente que trajo y parte de la que acá tenia, pobló aquella cibdad de jente noble, y trajo los naturales so el dominio de V. M.

Despues de haber poblado estas cibdades, teniendo noticia desta tierra ser poblada tambien, como lo ha mostrado habiendo parte della descubierta, con capitanes por mar gastó gran suma de pesos de oro en traer jente a estos reinos para la conquista y pacificacion destas tierras, así por su persona al tiempo que fué a servir a V. M. a los reinos del Perú en la rebelion y allanamiento de la tiranía que Gonzalo Pizarro tuvo en ellos, como vuelto que fué a estos reinos, con capitanes que envió por jente para seguir su conquista adelante, para cuyo efecto fué necesario adeudarse de nuevo en encabalgar y proveer de armas y las demas cosas nescesarias a la guerra a todos los soldados que consigo habia

traido, comprándolo todo a peso de oro, porque como los despoblados que se pasan de los reinos del Perú a estos son tan largos y estériles, y la navegacion por la mar dificultosa, vienen mui pocos caballos acá, y los que en la tierra se han criado y crian son mui pocos y caros, porque un caballo razonable vale de mill castellanos arriba, y a esta causa está adeudado en mas de trescientos mill castellanos de oro, y cada dia se adeuda mas con celo de servir a V. M. Habiendo encabalgado esta jente y proveido las cosas nescasarias para la guerra, salió de la cibdad de Santiago y vino por la tierra adelante, conquistando ácia el estrecho de Magallanes los naturales que se le resistian, hasta llegar a las provincias de Arauco, donde halló gran resistencia en los indios, con los cuales tuvo muchos recuentros y guazabaras, habiéndolos primero requerido con la paz y hecho lo que V. M. manda, procurando que se les hiciese el menor daño, y con su buena industria los soyuzgó, y conquistó, y pacificó, y pobló una ciudad que puso nombre la Concepcion: está en mui buen asiento, puerto de mar, cincuenta leguas de la cibdad de Santiago.

Habiendo poblado esta cibdad, dejando en ella para su sustentacion el recaudo conveniente, se partió con hasta ciento y cincuenta hombres de [a] caballo, e vino conquistando y pacificando los naturales hasta llegar donde ahora está fundada la cibdad Imperial, e habiendo conquistado la jente que halló, en el mejor sitio pobló esta cibdad: está fundada entre dos rios, quel uno dellos es mui caudaloso y hondable, en que se hace un puerto de mar: está dos leguas della: es mui buena comarca de tierra e bien poblada. Púsosele este nombre, porque en aquella provincia y esta, en la mayor parte de las casas de los naturales, se hallaron de madera hechas águilas con dos cabezas. En esta cibdad hizo ochenta vecinos, la mayor parte dellos hijosdalgo: está de la cibdad de la Concepcion veinte y cinco o treinta leguas.

Acabada de poblar esta cibdad, prosiguiendo su conquista comenzada, prosupuesto todo trabajo, sin descansar cosa alguna, que segun su edad y trabajos pasados le era nescasario quietud, salió desta cibdad con hasta ciento y veinte hombres de [a] caballo viniendo prolongando la tierra, conquistando la jente que hallaba e se le resistia, hasta que llegó a esta cibdad de Valdivia, veinte leguas poco mas de la cibdad Imperial. Púsole este nombre al tiempo de su fundacion, porque un capitán que envió por mar a descubrir esta tierra, viniendo por la costa halló un puerto de mar el mejor que se hallara en grandes partes, mui hondable y abrigado de todos vientos y mui limpio. Este puerto se hace de un rio grande y caudaloso que pasa junto a esta cibdad, al cual puso nombre rio de Valdivia por ser descubierta por su mandado, y porque correspondiese el nombre de esta ciudad al del rio, y tambien porque quede memoria de Pedro de Valdivia gobernador de V. M., su fundador, se llamó así. Está asentada en la ribera deste rio, una legua de la mar en un valle mui llano que en la redondez dél se hace tierra mui templada y apacible vivienda, pueden subir hasta los muros della na-

vios de trescientos toneles y mas; hará aquí hasta setenta vecinos hijosdalgo, leales vasallos de V. M. En este puerto y en el de la Concepcion se pueden hacer muchos navios, por haber junto a ellos mucha madera y mui buena.

Habiendo poblado esta cibdad con casi docientos hombres de caballo, que un capitan que habia enviado al Perú, llamado Francisco de Villagra trajo de socorro dél, en que le adeudó al gobernador para ello en mas de otros cien mill castellanos de oro, con parte desta jente e de la que acá tenia, envió a un capitan llamado Gerónimo Alderete, a poblar una villa la tierra adentro, la cual pobló ácia la sierra junto a la cordillera de La nieve, en triángulo de la cibdad Imperial; y [a] esta púsole nombre la villa Rica: podrá hacer en ella hasta cuarenta vecinos.

Despues de pobladas esta cibdad e villa, porque el invierno sobrevino, e los rios en este reino son muchos y caudalosos, no prosiguió adelante en su conquista, mas de salir desta cibdad con hasta ciento de caballo para saber lo que en la tierra habia, por de todo informar a V. M., como despues que en estos reinos está, lo ha tenido de costumbre. Desta vuelta tuvo noticia la tierra adelante ser poblada honestamente: en todo lo fundado y poblado hasta ahora se ha hallado personalmente aunque es ya viejo y mui trabajado; tiene intento el verano que viene, que comienza desde el mes de setiembre hasta el mes de abril, seguir la ampliacion deste reino, poblando en nombre de V. M. en las partes que viere convenientes. Adéudase de nuevo para por mar descubrir la navegacion segura del estrecho y puertos que desde aquí a él hai, por ser la cosa mas importante para la sustentacion destes reinos e de los demas descubiertos y poblados en este mar del Sur, y para descubrir otros mayores y mejores a V. M. Tiene hasta ahora en esta tierra mill hombres, y cada día le vienen socorros de mas.

A V. M. humillmente suplicamos nos haga merced dar favor y ayuda al gobernador Pedro de Valdivia para que descubra la navegacion del estrecho, pues para sustentarla y asegurarla tiene posibilidad suficiente, y de cada dia abundará mas, así por mar con navios, como por tierra con jente de pié y de caballo, porque si no es por su persona, por otro ningun capitan puede ser descubierto ni sustentado, aunque gaste grande suma de oro. A todos los que en este reino estamos nos tiene en rectitud y concordia; es celoso de justicia, y en lo tocante al servicio de Dios nuestro Señor y de V. M. lo atiende y considera como conviene; guarda la paz cumplidamente a los naturales, no consiente que sean vejados, como en otras partes lo han sido, trayéndolos en cadenas: tiene vijilancia sean doctrinados en las cosas de nuestra santa fé, que imprime bien en ellos, poniendo, como ha puesto, en cada cibdad de las pobladas una persona que tiene dello cuidado.

El bachiller Rodrigo Gonzalez, clérigo presbítero, há muchos años que sirve a V. M., así en los reinos del Perú en la conquista dellos e conversion de los naturales, como en estos, y es uno de los primeros que a ellos vino; ha trabajado mucho, así en administrar los sacramen-

tos e predicacion a los españoles, como en enseñar y doctrinar los indios. Demas desto ha gastado de su hacienda mucha cantidad de oro en socorro que ha dado a muchos soldados, encabalgándolos y proveyéndolos de las cosas nescesarias; y no solo en esto, pero muchas veces ha prestado y socorrido al gobernador Pedro de Valdivia en tiempos de gran nescesidad con mui gran cantidad de moneda para ayuda a la conquista y sustentacion destos reinos. Es persona de ciencia y conciencia calificada, viejo, de buena y honesta vida, de noble sangre, en quien concurren las calidades que cualquier buen perlado debe tener: humillmente suplicamos a V. M. nos haga mercedes de dárnosle por perlado destos reinos, que en ello nos hará V. M. crecidas mercedes.

Sobre las cosas tocantes a la república desta cibdad, y sobre ciertas mercedes que en nombre de V. M. el gobernador Pedro de Valdivia hizo a esta cibdad al tiempo que la pobló, será por nuestro procurador a V. M. pedido y suplicado confirmacion dellas. A V. M. humillmente suplicamos asimesmo nos haga mercedes de confirmar y otorgar todo lo que por parte desta cibdad fuere pedido, que por nuestro poder e instruccion el procurador lleva, pues todo ello es para sustentarla en servicio de V. M., cuya vida y mui alto estado nuestro Señor guarde y aumente con el dominio de la universal monarquía.—Destá cibdad de Valdivia a 20 de julio 1552.—De V. S. C. C. M. súbditos humildes y leales vasallos que las reales manos y piés de V. M. besan.—*El licenciado Altamirano.*—*Francisco de Godoy.*—*Alonso Bs. (Benites).*—*Cristóbal Ramirez.*—*P.º Panxa (Pantoxa).*—*Lope de Encinas.*—*P.º Guajardo.*—*Juan Trrs. (Torres) de Almendras,* escribano de V. M. y deste cabeldo.

V.

Carta de aviso (1) de la muerte de Pedro de Valdivia.

(Coleccion MS. de Muñoz, tom. 87, fol. 77.)

Señor: En el mes de noviembre pasado escribí a v. md. largo de lo que pasaba en esta tierra de como era bueno, y agora le hago saber el suceso dello, que es, que el gobernador Don Pedro de Valdivia, que Dios haya, salió de la Concepcion cinco o seis dias ántes de Navidad a sus indios, llamado el su estado, en el cual dicen que ternia cien mill indios en doce leguas de luengo de la costa arriba, para castigar algunos indios, y como los indios estaban de mal arte habian hecho gran junta, y el gobernador envió seis de a caballo delante, y mataron los cinco, y el uno vino a dar aviso, diciendo al gobernador que no pasasen, que los matarian a todos, y luego tornó a enviar otros diez de a caballo, y matáronlos tambien; y con todo esto no se quiso retraer, y remete con otros

(1) Parece dirigida al marques del Cañete, virei del Perú.

treinta hombres de a caballo, y tambien los mataron, y al gobernador tomaron preso y le tuvieron tres dias vivo. Queriéndole ya soltar para que se fuese a la Concepcion, y estando en esto vino un cacique diciendo que qué hacian con él, y por qué no lo habian muerto, y tomó una hacha y matólo con ella, de manera que le mataron a él y a otros cincuenta hombres, los cuales eran casi todos sus criados, por manera que quedó él y todo su servicio, así blancos como negros y indios, ahí muertos: plega a Dios que él los perdone a él y a todos. El dejó la tierra en mui gran confusion, especialmente en tener la jente mui derramada: los unos estaban en el estrecho: el señor jeneral Francisco de Villagran (1) en el Lavoá, que es la costa arriba, haciendo un pueblo, y otros estaban haciendo un pueblo llamado los Confines, y otros estaban en las minas: fué Dios servido que viniese Francisco de Villagran con toda su jente, y rehízose en la Imperial, y luego fué a la Concepcion, y luego en este instante vinieron los navios del estrecho, y como los indios vieron que tan presto se tornaban a juntarse las jentes, estuviéronse quedos y no se quisieron juntar con el estado; y digo en verdad a v. md. si todos los indios se levantaran no dejaran cristiano a vida. El jeneral Francisco de Villagran es ido a castigar con trescientos hombres, los docientos de caballo y cincuenta arcabuceros, y los otros de espada y rodela; plega a nuestro Señor que él les quiera dar victoria, de manera que permanezca la tierra en servicio de Dios y del Rei. Sé le decir a v. md. en verdad que la tierra de arriba es mui rica de oro, y sacaba a medio peso hasta a peso por batea, un oro mui menudo; y si no hubiera acontecido el desastre, que sacaran esta demora mas de trescientos mill pesos de oro arriba. Los navios que fueron al estrecho, los dos entraron dentro mas de treinta leguas por ella arriba, y trujeron ciertas presas del estrecho, y hallaron una cruz puesta: ansímismo de Valdivia hallaron cada legua y cada dos leguas mui buenos puertos, y dicen que descubrieron cient leguas ácia el estrecho, que comienzan desde el cabo, de mui buena tierra y mui poblada hasta la costa e tierra de muchas ovejas; de manera quieren decir hai tanta jente en esta tierra como en Arauco: ansímismo hallaron muchas islas, y quieren decir que es segundo arzopielago, y todas pobladas, y es jente de guerra, y andan en grandes canoas, y traen su fuego dentro: dicen tambien que estas cient leguas de tierra tienen gran dispusicion de minas de oro: bien creo las hai, no tengo dubda ninguna, si el gobernador viniera, queste año fueran navios de aquí a Sevilla. Sé decir a v. md. los que tractaren por el estrecho a esta tierra serán mui ricos, por tres cosas: la una ser buena navegacion y la tierra mui sana, y el otro ser la tierra toda mui buena y mui rica de oro y de muchos pueblos que terná, y todos en la costa, y lo tercero que terná a Potosí, que no hai mas de docientas y cincuenta leguas de aquí a

(1) El mismo llamado en otras partes Villagra.

Arequipa. Doi a v. md. esta cuenta, porque sé que holgará dello, y tambien por hacer lo que v. md. me manda.

VI.

Carta de los tesoreros a S. M. sobre la muerte de Valdivia y el estado del país (1).

S. C. C. M.—Despues que Gerónimo de Alderete salió destas provincias a hacer saber el suceso desta tierra a V. M., sucedió en ella, que estando pacífica, e sirviendo los indios, empezaron a levantarse, e a matar algunos cristianos, lo cual viendo el gobernador D. Pedro de Valdivia, que en gloria sea, estando que estaba en la ciudad de la Concepcion, quiso ir a castigar e a pacificar los indios; e fué Dios servido, que yendo a los pacificar, a quince leguas de una casa que tenia el dicho gobernador en Puren, estaba hecha gran junta de indios, e mataron al gobernador y a cincuenta soldados que iban con él, a los cuales los despedazaron despues de haberlos preso, e cortando dellos pedazos se los comieron. Fué en 1.º de enero del año de 1554 años.

Despues desto, sucedió, que como murió el gobernador, la ciudad de la Concepcion se halló con poca jente e los naturales estaban victoriosos, enviaron a esta ciudad de Santiago a hacer saber la muerte del gobernador e pedir socorro.

Sabido por el cabildo e rejimiento della la muerte, e que la ciudad de la Concepcion enviaba a pedir socorro, para poderlo hacer como convenia, de toda esta gobernacion elijieron por capitan jeneral e justicia mayor al capitan Rodrigo de Quiroga, que era entónces teniente de gobernador en esta ciudad de Santiago.

Fué elejido e nombrado por el cabildo e rejimiento della, e por todos los vecinos, e por tal se recibió hasta que proveyese otra cosa, por ser como es hombre de mucha calidad e mui buen cristiano, el cual envió luego todo el socorro que para la dicha ciudad era menester.

Despues desto, sucedió, que como Francisco de Villagra estaba nombrado por el gobernador de teniente jeneral en esta provincia, y era ido a cierto descubrimiento que se dice el Lago, la vuelta del estrecho, como tuvo nueva de la muerte del gobernador, tomó a las ciudades Imperial, y Valdivia, e Villarica e Concepcion, donde por ser muerto el dicho gobernador, estas ciudades le elijieron por capitan jeneral e justicia mayor, hasta que V. M. otra cosa proveyese.

E como fué elejido, envió a decir a esta ciudad, que pues recibídole habian en las ciudades ya dichas, que tambien le recibiesen en esta.

La justicia e rejimiento le respondieron, que ellos habian elejido por capitan jeneral e justicia mayor a Rodrigo de Quiroga, e que no elejirían a otro.

(1) Tomada del tomo I de Documentos de Gay, que la ha "sacado del orijinal que se halla en el archivo jeneral de Sevilla entre los documentos traídos de Simancas."

E así fué, que como fueron con la respuesta los mensajeros del capitán Francisco de Villagra, e se halló en la Concepcion, quiso ir a castigar los indios por la muerte del gobernador.

Salió a hacer el dicho castigo con ciento y ochenta de caballo, e halló junta de muchos indios que dieron sobre él e sobre la jente que llevaba, e matáronle ochenta dellos, e con los demas que le quedaron maltratados y heridos, se volvieron a la ciudad de la Concepcion.

Sucedió, que como el capitán Francisco de Villagra volviese desbaratado por la fuerza de los indios a se meter en la Concepcion, luego otro día el dicho Francisco de Villagra e los demas caballeros e soldados y vecinos que estaban en la dicha ciudad la despoblaron, e se vinieron a esta de Santiago. La justicia e rejimiento della, por evitar no se hiciese algun escándalo, requirieron al capitán Rodrigo de Quiroga, que se desistiese del cargo que tenia, y el dicho Rodrigo de Quiroga por mejor servir a V. M., y por desviar las disensiones que entre él y Francisco de Villagra pudieran haber, se desistió del dicho cargo y le dejó en la justicia e rejimiento desta ciudad. El cabildo e rejimiento della han estado hasta agora teniendo el gobierno de la dicha ciudad, sin recibir por capitán e justicia mayor al capitán Francisco de Villagra ni a otro ninguno, esperando la voluntad de V. M.

Pues como sucedió la venida de Francisco de Villagra a esta ciudad de Santiago con mucha jente que consigo trajo, quedándose las otras ciudades Imperial y Valdivia e Villarica en término de se perder, e visto esto, compramos un navio para enviar socorro a aquellas ciudades, porque por tierra no les podia ir, y tambien por saber si eran vivos los españoles, porque quedaban a gran riesgo: enviámosle con buen recaudo, el cual llegó en salvamento, e hizo mucho fruto, e volvió a pedir socorro, diciendo quedar la jente en extrema necesidad.

Pues como el gobernador murió, hallóse un testamento que dejó hecho juntamente con una provisión del presidente de la Gasca en que daba poder al dicho gobernador porque no pereciese la administracion de la justicia, que en fin de su muerte pudiese nombrar una persona que gobernase en estas provincias, hasta que V. M. otra cosa proveyese.

Y así es que se halló una cláusula en su testamento en que por ella nombraba en su lugar despues de sus días al tesorero Gerónimo Alderete, con aditamento que pagase todas sus deudas, y en defecto de no querello aceptar, nombraba por tal gobernador al capitán Francisco de Aguirre con las mismas condiciones.

Pues como al tiempo que murió el gobernador no estaba aquí el tesorero Gerónimo de Alderete, que era ido a informar a V. M., y el capitán Francisco de Aguirre no estaba aquí, porque era ido con provision del gobernador a poblar detras de la Cordillera ácia la provincia de Tucuman, hiciéronse el nombramiento ya dicho.

Pues como el capitán Francisco de Aguirre supo la muerte del gobernador, dejó de poblar, e vino a la ciudad de la Serena, en la que

estaba nombrado por teniente; y de allí envió a decir a esta ciudad de Santiago le recibiesen por gobernador, llamándose señoría, como se declaraba en el testamento.

El capitán Francisco de Villagra replicó diciendo, que él estaba elegido por capitán jeneral e justicia mayor por cinco ciudades desta provincia, y que a él le pertenecía el gobierno, hasta que V. M. proveyese: y hubo diferencias entre ellos.

Esta ciudad e cabildo e rejimiento han procurado tener en paz este reino: dieron por medio que se dejase en manos de dos letrados que lo determinasen; los cuales dieron por orden, que se estuviese la tierra como se estaba, hasta que pasasen siete meses, y que pasados, no viniendo mandato de V. M., en tal caso tuviese el gobierno della el capitán Francisco de Villagra.

Y con esto despachamos a la real audiencia que reside en la ciudad de los Reyes.

Sucedido esto, despachamos el navio que habia venido a pedir socorro, por el mucho aprieto en que estaban los españoles de las ciudades ya dichas.

El capitán Francisco de Villagra por el parecer de los dos letrados hizo requerimientos, diciendo convenir al servicio de V. M. le socorriésemos con dineros, para ir a socorrer a aquellas ciudades, e como no le socorrimos, se hizo recibir por fuerza en esta ciudad por capitán jeneral e justicia mayor, diciendo servir a V. M. en ello. Un dia estábamos en la fundición quintando, y entró dentro con ciertos hombres, e nos requirió le diésemos el oro que estaba en la caja real; e nosotros se lo defendimos con requerimientos e apelaciones para ante V. M.— E no embargante esto, nos quebrantó la caja, e forciblemente, sin podellos nosotros resistir, por estar como estaba poderoso: sacó de la caja real 388,625 pesos, diciendo así convenir al servicio de V. M., con los cuales hizo ciento y ochenta hombres, con que fué a socorrer las dichas ciudades.

Somos informados, que su ida hizo mucho fruto, porque a no ir, se perdieran las dichas ciudades. Y despues de socorridas, se volvió a esta ciudad de Santiago, halló en ella al capitán Arnao Cegarra Ponce de Leon, contador en estas provincias por V. M., con provisiones enviadas por el audiencia de Lima, en que mandaban la orden que se había de tener en esta tierra, hasta que V. M. proveyese gobernador; el capitán Francisco de Villagra las obedeció e cumplió, e lo mesmo hicieron todos los demas pueblos e capitanes, y así estan esperando la voluntad de V. M.

La orden que el audiencia dió en estas provincias fué, que los alcaldes, cada uno en su jurisdicción, administrasen la justicia, hasta que de gobernador se proveyese; del cual hai tanta necesidad, que si V. M. no provee presto sobre ello, puede ser que venga en disminución la tierra.

Esta gobernacion es al cabo del mundo: todas las cosas valen a peso

de oro, como V. M. será informado por una probanza que dello hicimos, la que enviamos a V. M.: ningun oficial desta provincia se puede mantener en ella con 4,000 pesos, y aunque V. M. dellos le haga merced, es imposible poder vivir sin indios, y tanto, que por no poderse sustentar con los 500,000 maravedís que V. M. manda se les den, estan los oficiales en casa de los vecinos; a los cuales si los vecinos no les diesen de comer, no se podrian sustentar. Suplicamos a V. M. provea sobre ello lo que mas a su servicio convenga. Estando esta tierra asentada, tenemos noticia que se sacarán cada año en ella dos millones de oro, que vendrán de los quintos reales 500,000 ducados.

Nuestro Señor, la sacratísima persona de V. M. prospere con adelantamiento de muchos reinos en su santo servicio.—Esta ciudad de Santiago, a 10 dias de setiembre de 1555 años.—S. C. C. M.—Los sacratísimos piés de V. M. besamos sus criados, súbditos e vasallos.—*Arnau Cegarra Ponce de Leon.*—*Juan Fernandez de Alderete.*—*Antonio Alvarez.*

VII.

Relación que envía el señor García de Mendoza, gobernador de Chile, en 24 de enero de 1558, desde la ciudad de Cañete de la Frontera, que nuevamente se ha poblado en Arauco (1).

Yo salí a 1 de noviembre de la ciudad de la Concepcion, llevando conmigo seiscientos hombres, mui escojidos soldados, y cien caballos, y tres o cuatro amigos de servicio, y con una docena de religiosos con su cruz delante, enviando todos los indios amigos y caciques haciendo amonestaciones a estos indios, y prometiéndoles el perdon y la paz, y el buen tratamiento, y no obstante esto, enviaron muchas veces a decir por otros caciques y los capitanes dellos, que era un Cupulican y Cancomangue, unos indios mui belicosos, desasosegados y crueles con sus indios, que me diese prisa a ir donde ellos estaban, porque me querian comer a mí y a toda la jente que llevaba, y tomarme todo lo que llevaba, y que si me tardaba, que ellos me vendrian a buscar, y la informacion que todos los indios me daban era, que habia mas indios que yerbas en el campo, y así como la mas jente que traia era chapetona, y los baquianos estaban tan amedrentados de las burlas pasadas, sentí que andaba gran miedo en el campo, y por darles a entender lo poco en que los habíamos de tener a estos pobres indios, hice echar una barca en un rio mui grande, que tiene dos leguas de ancho, y metí veinte arcabuceros de mi compañía y cinco caballos, y dejé los arcabuceros en defensa del paso del rio, e yo entré con cinco de a caballo dos leguas

(1) Tomada de la Coleccion de Documentos de Gay (t. I), que la ha "sacado del orijinal que se halla en el archivo jeneral de Sevilla entre los documentos traídos de Simancas."

la tierra adentro, y la corrí toda, y me volví a mi jente, y con esto parece que tomó la jente ánimo, y los indios fué cosa que sintieron mucho, por verlo hacer con tanta brevedad, y fuéles arma a que pasábamos ya el rio, y empezaron a enviar mensajeros y hacer sus juntas jenerales.

Juntáronse todas las provincias de la redonda la mayor cantidad de jente que pudo, y quisieron ir a estorbarme el paso del rio, e por desmentirles, volvíme con mi compañía a la Concepcion, que tenía allí mi campo. Hice salir la barca del rio, y dejélos deshacer: desque me pareció que estaban vueltos a sosegar, apercibí una noche todo el campo, y otro dia hice ir todos los barcos de los navios y barca grande por la mar, y jente que venia de la Imperial y que nos traia ganado, enviéles diez de a caballo que fuesen al rio, y por mar y tierra allegamos todos a un tiempo al rio, y empezamos a pasar, y por gran prisa que me dí, habia tantos caballos y ganado, que me detuve en pasar seis dias, y luego aquella misma tarde que acabaron de pasar los postreros, ordené mi jente en esta manera: a media legua del campo una compañía de cuarenta caballos repartidos unos delante de otros, por todos los lados, y otros diez de a caballo a vista dellos y del campo, para que en dando ellos arma nos la diesen a nosotros, y delante de mí doce relijiosos con la cruz, y luego yo, y tras de mí mi compañía en la vanguardia, y tras la mía tres compañías de infantería de arcabuceros y piqueros, y espadas e rodela: luego seguian cinco capitanes de a caballo en una hilera, y tras dellos el estandarte real; y de un lado llevaban a D. Pedro de Portugal, alférez jeneral, y del otro lado al licenciado Santillan, y en la misma hilera los alférez de los capitanes que iban delante con sus estandartes, y tras dellos en sus hileras de cinco en cinco todas las compañías, y el jaradaje y las piezas, llevámoslo todo por un lado una compañía de a caballo y otra de infantería de retaguardia, y con esta orden anduvimos este dia dos leguas a donde en un buen llano, aunque habia algun poco de monte, nos alojó el maestre de campo, y por tener nueva que nos querian venir a estorbar el paso los indios, me subí en un cerro alto de una barranca a reconocer si se parecia alguna jente, y volvimos al campo, y envié quince o veinte corredores con el capitán Reinoso a que corriesen el campo, y en pasando una legua de adonde estaba alojado el campo, se vió cercado de indios, y fuéle forzado venirse retirando, y porque no le matasen, haciendo rostro en algunos pasos a los enemigos, y envió a dar arma; y envié a reconocer lo que era con treinta de a caballo al maestre de campo Juan Remon, y fuéle forzado no poder salir sin pelear de entre los indios; y así enviéme a pedir socorro, y que no podian salir por unos pasos malos que habia de ciénaga, si no le enviaba socorro, y quise yo ir allá, y todos los soldados y frailes y clérigos me asieron de las riendas del caballo, que no los dejase.

Llevé la infantería a pié, y les parecia que los desamparaba, y estúveme así junto al real con mi campo, y de allí envié al capitán Rodrigo

de Quiroga con cincuenta lanzas, y a mi alférez con mi compañía de arcabuceros. Fué tanto el teson de los indios, que los trajeron retirándose a todos hasta mi campo, porque cuando allegaban allá los caballos iban mui cansados.

Yo dejélos allegar lo mas que pude a los indios, y desque me pareció que estaban en buena parte, hice salir la compañía de a caballo de Francisco de Ulloa a ellos, y con esto, y con reconocer mi campo, empezaron luego a retirarse a un montecillo espeso de cien apas, e hice entrar allí a D. Felipe con cien arcabuceros, y mataron gran cantidad dellos, y los demas tambien alcanzaron mucha jente; y los indios, pareciéndoles que se les hacia mala burla, retiráronse tras una lagunilla, y allí rehiciéron sus escuadrones, y por ser noche y no poder pasar ya allá, los dejé estar así, e informéme de los indios que se tomaron adonde estaba la demas jente, y afirmaron que estaban dos leguas de allí en mitad del camino real, adonde tenian hecho un fuerte; y sabido aquello, luego en amaneciendo empezamos a marchar por la órden que hasta allí habia venido, y en estando junto al fuerte, que estaba en una loma, lo envié a reconocer, y no hallaron a nadie en él, sino desamparado de los indios, y con esto paré allí en el fuerte dos dias, porque sanasen muchos heridos que llevaba; no mataron ningun hombre mas de un mozo que tomaron a mano, este no peleando, sino yendo a cojer frutilla.

Y estando en aquel asiento me vinieron nuevas en que me traian cartas de V. E., el capitan Guevara, que no fué poco contento el que recibí en saber de la salud de V. E., aunque él ni las cartas nunca acá han llegado. Tambien vinieron nuevas como en acabando nosotros de pasar el rio, hizo un norte que se anegó la barca que habia mandado hacer, y se perdieron dos o tres criados mios y otros tantos negros, y no sé qué tantos marineros: diónos a todos harta pena, por ser el principio de lo que veníamos a hacer.

Partidos de aquí de Andelican, fuimos por la mesma órden, llevando yo comida por la mar, sin tomarles cosa ninguna, y enviándoles siempre a rogar con la paz, hasta la cuesta adonde desbarataron a Villagran, que teníamos por cierto que estaba allí toda la junta; y allegados allí, asentamos al pié della el campo, hasta reconocer bien lo que habia en ella. Reconocióse aquella noche no haber nada, y otro dia nos metimos en los llanos de Arauco, donde no fué poco el contento que toda la jente recibimos, y así me detuve en el mismo asiento de Arauco quince dias, rogándoles con la paz a los indios, pero ellos mas pensaban en pelear que no darla, porque cada dia salian los que se podian juntar, a escaramuzar con los corredores, y matáronme allí un buen soldado; visto que estos me decian que no querian venir de paz, hasta ver como me iba con Cupulican, que tenia mucha jente, y habia muerto al gobernador pasado, y tambien me habia de matar a mí, y que no darian ellos la paz; y así por esto acordé partir de allí, y fuí a dormir tres leguas de allí, y enviéme a decir el Cupulican, que él habia comido al gobernador y a los demas cristianos, y que así haria a nosotros

otro día por la mañana, y visto esto, tuvimoslo por cosa de burla, porque otras muchas veces lo habia dicho; y otro dia por la mañana, estando dando el alborada los menestrales y trompetas, ellos pensando que habia dado la jente, que traian concertado que diese por las espaldas, y que tocaban arma, empezaron a dar grandes voces todos juntos, y descubriólos la centinela, que habian dormido aquella noche allí junto detras de unas quebradas, y luego enfrenamos, y repartí la jente por la parte que me pareció que venian los escuadrones, y ellos vinieron lo mas de prisa que pudieron, e yo estúveme quedo con mi jente puesta en órden en tres partes, y dejélos allegar.

Y no se pudo jugar el artillería por estar en unas quebradas, y dos escuadrones que acometieron por delante, el uno acometió por la parte do estaba D. Luis de Toledo con dos compañías, la de Renjifo y la mia, y dieron el Santiago en ellos; y por donde yo estaba acometió otro escuadron grande, y puse a D. Felipe Rasco y Suarez delante de la caballería, y una compañía de a caballo hícele cercar por las espaldas, y ellos confiados en una quebradilla que estaba allí junto, hicieron alto con tanto órden como nosotros, llevando su flechería por delante, piquería y macana y lazos detras, e yo empecé a marchar poco a poco a ellos, y llegando a tiro de arcabuz dí dos rociadas en ellos, y despues por un lado, ya que estaban un poco desbaratados de la arcabuceria, dimos el Santiago la jente de a caballo: creo que se matarian y heririan casi mil indios, y de los demas que se metieron en la quebradilla, que hice cercar a la redonda, otros ochocientos o mil presos, e yo hice frutiera de veinte a treinta caciques que se cojieron vivos, que eran los que traian desasogada la tierra, y pensé que quedaba castigada para no alzar nunca mas la cabeza, y ellos estan tan emperrados con este mal indio de Cupulican, que otro [dia] me envió a decir, que aunque fuese con tres indios me habia de matar, y aun desafiándome en forma, como si fuera hombre de gran punto.

Por no ver tantos muertos como allí habia, aunque traia muchos heridos, vine marchando hasta aquí, donde há que estoi un mes; adonde hice luego un fuerte para repartir desde aquí la jente donde sea menester mas: y entendido que la tierra estaba mui despoblada, y que la jente que se juntaba a pelear era de otras provincias comarcanas, y que se iba deshaciendo, envié a Gerónimo de Villegas con ciento y cincuenta hombres a poblar la Concepcion, y señalé dos capitanes para enviarlos a los pueblos de arriba con alguna jente. Yo me he quedado aquí a poblar esta ciudad, por ver que está la jente tan desvergonzada, aunque es poca, que há no sé cuantos dias, que viniendo a pelear otra vez aquí, se toparon con Rodrigo de Quiroga que enviaba a correr, peleó con ellos, y mató trescientos indios, y con todo esto cada dia nos estan dando arma, matándonos anaconas y negros e caballos, y andando el monte; hasta ver que empiecen a dar señal de paz y se sosieguen mas, me estaré aquí comiendo por racion, como há un año que lo hago, y trayéndose las armas como sayo de no quitarse; y así

espero en Dios, que la tierra es tan rica, que por poca jente que haya quedado en ella, y con la esperanza de lo de adelante, de aquí a algunos años dará algun provecho: yo creo que la principal causa de no venir estos, es por el gran miedo que tienen en pensar que segun los males que han hecho, han de ser así castigados, y en acabándoseles una frutilla que tienen en el monte, con que hacen chicha y se emborrachan, vendrán todos de paz, porque no pueden dejar de hacerlo, porque estamos señores de todas las comidas que tienen en el campo y casas.

Agora me llegan nuevas de que dieron seis mil indios en obra de mil quinientas cabezas de puercos, que habia enviado a que me trajesen de la Imperial, porque há cuarenta días que no se come en esta ciudad de Cañete de la Frontera bocado de carne; y como teníamos tanta hambre, envié cien hombres, por recelarme de la mala dijestion con que andan estos indios, a que socorriesen a los veinte hombres que venian con los puercos, y por pensar tener ganado el juego, dejaron pasar los cien hombres de socorro que enviaba los indios, y a la vuelta tomáronles una quebrada mui áspera y montuosa, que les fué forzada para defender las vidas y los puercos, que se lo habia encargado tanto como sus vidas; pelearon a pié cuatro horas largas, sin poder vencer, ni desbaratar los indios, hasta que a la postre los arcabuceros que de ahí traje, se dieron tan buena maña, que los vencieron, matando muchos dellos, y los que han librado bien de la burla, es el capitán Reinoso que iba con la jente, que por haber andado toda esta jornada alentado como buen soldado, le dí a escojer de los repartimientos que tenia vacos el que mejor le pareciese.

VIII.

Relacion de las cosas de Chile, dada por el licenciado Juan de Herrera (1).

(Bibl. Nac., *Varios tocante al gobierno de las Indias*, J. 53, fol. 233.)

Ilustre Señor: Con la memoria que dí sobre lo de la órden que tuve en ir a la guerra de Chile, pensé que tenia cumplido, y pues v. md. manda diga mi parecer en lo que entiendo del gobierno de aquella provincia y en el remedio della, y lo que se debe proveer, porque el señor visorei lo quiere ver, con lo demas que conviene que yo envíe por escrito. Lo que yo entiendo de aquella provincia y lo que me parece que es menester para poderse sustentar, es lo siguiente:

Hase de presuponer que en la provincia de Chile hai diez ciudades

(1) Muerto Francisco de Villagra, y habiendo encargado el gobierno de Chile a su hijo Pedro de Villagra, por un testamento cerrado que se halló entre sus papeles, este envió a la ciudad de Santiago al licenciado Juan de Herrera, natural de Sevilla, para que le recibiesen en su nombre. Véase a Góngora Marmolejo, páj. 184. Este Herrera es el autor de la presente relacion.

pobladas de españoles, en las cuales habrá hasta docientos vecinos que tienen indios.

Los quintos de Su Majestad montarán cincuenta mill pesos.

Que la guerra sea justa, por lo que han hecho los indios de aquella provincia, señaladamente los de los términos de la ciudad de la Concepcion, no hai duda, porque dieron la paz al principio; aunque en esto se entiende que no fué la paz al principio voluntariamente, mas al fin la dieron e se predicó el evangelio, y recibieron la doctrina chripstiana muchos años.

Despues de haberla recebido han sido infestos y molestos a los chripstianos; no han permitido que se les predique el santo evangelio, han tomado y tienen consigo muchos indios chripstianos, han muerto mas de setecientos españoles y robádolos sus haciendas, salteándolos en los caminos, y han hecho otros insultos y delitos nefandos, y en algunas partes comen carne humana, que ha acontecido venirse a comer de sus propias carnes, e yo ví en la cibdad Imperial una india que le faltaba un pedazo del muslo, y decian que se lo habia comido; y comer a los españoles que toman, es mui ordinario.

Estos indios de los términos de la dicha cibdad de la Concepcion en especial, son mui belicosos, y en tanto grado, que para estar mas lijeros el dia de la batalla, o *guazabara*, se purgan, y aun se han sangrado. Elijen por su capitán al que es mas valiente y tiene mas fuerzas, y pruébanlo en el que mas tiempo tiene en el hombro una gran viga.

En la guerra dicha se han señalado los indios que dicen del estado, que son de Arauco, Tucapel y Mariguano; y aunque estos son los nombres, todos los de la dicha provincia en jeneral son los que contribuyen y envían indios, rata por cantidad, como dicen, cada cacique conforme al número de indios de los que estan de paz en todas las dichas provincias, y aunque sirven envían sus indios de mitad para el dicho efeto.

Hai otra manera de indios de guerra que son como soldados de Italia, y son indios motilados que vienen por sus meses a servir por paga cierta que se les da, y llevan sus picas y armas; y demas de estos hai otros muchos indios que dan para la guerra los caciques de paz de toda la provincia, por órden secreta que tienen.

En la guerra andan mujeres del partido, que ganan como mujeres enamoradas; no quiero tratar de otras muchas particularidades que tienen, por no ser este el principal intento para que v. md. me mandó diese esta memoria.

Todos los mas visoreyes y gobernadores que ha habido en esta provincia, han enviado socorro de jente y municiones y navios a Chile, en que se han gastado mas de cuatrocientos mill pesos, y no ha habido de quintos Su Majestad cient mill de treinta años a esta parte, porque solas dos partidas se han llevado, una que llevó Gerónimo de Alderete, tesorero y gobernador, de sesenta y tantos mill pesos, e yo truje veinte e nueve mill pesos, que entregué a Ortega de Melgosa y demas

oficiales, cuando vine a dar cuenta del estado de aquella provincia al conde de Nieva y comisarios sobre lo de la perpetuidad.

Todo lo que he dicho ha sido para venirme a resumir que todos los socorros que se han hecho e hicieren en Chile, no han aprovechado ni aprovechan para mas de se sustentar los españoles, porque si va mucha jente, los indios dan la paz hasta que veen la suya, y tienen tanta vijilancia y cuenta que uno a uno vienen a contar los que van al socorro desde esta provincia.

La guerra que en Chile se ha de hacer ha de ser guerra galana, como dicen; talando las comidas procurar tomarlos por hambre y a manos, o con mucha pujanza, y hacer a los indios viejos *mitimas* [*sic*] y *pasarlos a esta tierra*, porque de otra manera hasta que todos se consuman no se acabará la guerra.

En Chile, miétras hobiere guerra, la audiencia y oidores y correjidores y oficiales del Rei son demasiados, y no hai necesidad dellos, y es mas el gasto que lo que rentan los quintos, y los negocios son pocos; y en el gobierno ha de ser mas por industria, conforme a la necesidad del tiempo, que por órden de derecho, teniendo, como dicen, un caballo blanco y manco que espante y no mate; y así conviene que no haya mas de un gobernador y este lo ha de proveer el visorei deste reino, y que se entienda que está dél mui favorecido, para que ningun soldado se le venga, y de aquí le provean de municiones, de que hai gran falta en Chile, en especial de salitre, azufre, mecha, algodon y arcabuces y otras armas.

Cuando yo estuve, servia el oficio de gobernador Francisco de Villagra con dos mill pesos de salario, y me daba a mí por su teniente jeneral otros dos mill; hasta que se acabe la guerra se podria proveer por esta órden y quitarse la audiencia y los correjidores, porque bastarán los alcaldes ordinarios en cada pueblo, y el teniente letrado que lo ande todo, y los oficiales reales pueden ser vecinos, personas de confianza, sin salario, y en esto se ahorran cincuenta mill pesos, con que se pueden proveer cient soldados a manera de lanzas.

Item darán los vecinos otros L. hombres en sus lugares.

Item de deudas que deben a Su Mag.^t se cobrarán cada año mas de ocho mill pesos en caballos y comidas que darán los vecinos, como yo los cobraba.

Puédese pedir que Su Mag.^t mande que se pague por seis años el cuarto en lugar del quinto prestado durante la guerra, con que los años adelante las personas que lo pagaren paguen sesmo, que serán mas de XII mill pesos por año.

Los indios, de cada cacique que tenga ciento, dé seis para que se puedan echar a las minas, pagándoles su trabajo y sesmo por seis años, que valdrá cada año mas de XX mil pesos; y en esto no se les hace agravio, pues les curan y doctrinan y dan comidas; y pues ellos los dan para la guerra sin paga, no es mucho que los den para la defensa de la tierra pagándoselo.

Tambien se pueden mandar vender rejimientos y alguacilazgos y dos oficios que hai de gobernacion, y dar poder para perdonar los delitos: de todo lo cual y de otras muchas cosas se puede sacar [de] donde pueden tener CCL hombres, a manera de jente de guarnicion y lanzas, a quinientos pesos cada uno.

El gobernador no ha de encomendar indios durante el tiempo de la guerra, ántes lo ha de tener todo suspenso, entreteniéndolos y dándoles buenas esperanzas con qué se sustenten.

Para esta guerra podrian ir los arcabuces y aun algunas lanzas que Su Ex.^a fuese servido, y los que se perdonasen por delitos, y mi parecer es que la jente que hobiere de ir sea con paga y de voluntad, porque en cuatro años casi que yo estuve en Chile, todas las veces que fuí a la guerra y llevé jente, fué dándoles socorros y con buenos medios y prometiéndoles de darles licencia para volverse a reformar, y así llevé mas jente que otro ninguno y holgaban de ir conmigo: y así entiendo que es y será el mejor remedio procurar de sustentar al presente la tierra, como está, hasta que S. M. provea sobre los apun- tamientos que yo aquí digo, y otros que mas experiencia y mejor lo saben dirán: y así se reciba mi voluntad que es con intento de acer- tar y servir como debo.—*El licenciado Juan de Herrera.*

IX.

Segunda relacion de las cosas de Chile, dada por el licenciado Juan de Herrera.

(Bibl. Nac. *Varios tocante al gobierno de las Indias*, J. 53, fol. 245.)

Illustre Señor: En cumplimiento de lo que v. md. me ha mandado, le envié la órden que yo tuve en Chile para poder ir a la guerra sin escrúpulo el tiempo que yo fuí juez y teniente jeneral en aquella provincia: para que no me pusiesen inconveniente ni cargo en la confision a mí ni a los capitanes y soldados que en aquella sazón fueron, y ellos no se escusasen de ir a la guerra, fué el remedio y órden esta.

Al principio los indios de la dicha provincia dieron la paz y rescibieron el evangelio y predicacion chripstiana, y despues se han rebelado y alzado muchas veces y han muerto así en *guazabaras* como sobre asechanzas y por los caminos mas de setecientos españoles, y han sido molestos e infestos a los chripstianos e impiden la pedricacion chripstiana y retienen los indios chripstianos, que no los dejan venir a oír el evangelio y los vuelven a sus rictos, y finalmente ellos son los que hacen y dan la guerra a los españoles hasta venirles a cercar las ciudades adonde estan; y son tan belicosos que ha acontecido ya el día que han de venir a dar la batalla, un día ántes estar purgados por estar mas lijeros, y hacer otras muchas invenciones para el dicho efeto; e yo como juez e teniente jeneral de aquella provincia, hice proceso en forma contra todos los dichos indios rebelados y los llamé por edictos, y se creó fiscal y se les puso acusacion sobre las muertes y robos e insultos,

e otros delitos que habian hecho e cada día hacian, y por su ausencia y rebeldía hice citar y llamar a las personas que eran sus protectores, y que en público volvian por ellos, hasta venir a citar a frai Gil de Sant Niculas, que era y fué el mas principal relijioso que por ellos volvia, y el que mas escrúpulos ponía y pedricaba que se iban los capitanes e soldados y jueces al infierno, y de palabra me dijo que Su Majestad, ni yo en su nombre, no éramos jueces porque no estaban seguros; y en efecto, yo sustancié el proceso e hice probanzas y vine a sentenciarlos a muerte y perdimiento de bienes, y notifiqué la sentencia en los estrados, y a los que pretendian defenderlos, y pasado el término en que podian apelar, pronuncié otro auto en que, en efecto, dije que por cuanto convenia ejecutar la dicha sentencia e ir a prender los culpados, y que andaban salteando y matando por los caminos, y por andar con mano armada e yo no los poder prender ni castigar si no llevaba copia de jente, y que fuese armada, y que para el dicho efeto convenia yo ir en persona y llevar hasta docientos hombres que fuesen apercebidos con un capitan que nombré; y con esta órden fuí a la guerra y dí aviamiento y municiones y socorros a la jente que iba y fué a ejecutar lo susodicho; y cuando me vine a confesar en esta ciudad, por saber que habia ido a la dicha guerra y dado aviamiento y socorros para ella, no querian confesarme hasta que vieron lo susodicho letrados teólogos los mas principales desta ciudad y así me absolvieron: y esta fué la órden que yo tuve en lo tocante a la guerra; lo demas que v. md. manda sobre que diga mi parecer sobre el gobierno de aquella provincia y remedio, ya yo lo tengo en minuta; si su Ex.^{cia} y v. md. lo quisieren ver, sacaréla en limpio, que podria ser aprovechar: a lo ménos serálo mi voluntad mui aparejada para servir en lo que se me mandare.—*El licenciado de Herrera.*

X.

Relacion dada por el licenciado Diego Ronquillo de lo ocurrido en Chile durante el tiempo que asistió en dicho reino.

(*Papeles varios tocante al gobierno de Indias, Bibl. Nac., J. 53, fol. 247.*)

En el tiempo que yo Diego Ronquillo [he] estado en Chile, las cosas que los naturales de aquel reino han hecho en deservicio de Dios nuestro Señor y de Su Majestad, y que yo he visto, son las siguientes:

Don García de Mendoza entró en aquel reino por gobernador habrá doce años y medio (1); llegado que fué a la cibdad de la Serena, e informado del trabajo que los indios y españoles recibirian, especial los naturales que hai en el camino desde Mapocho a la cibdad de la

(1) Por el de 1557, y por consiguiente esta relacion es del año 1570.

Concepción, si desembarcaba toda la jente que llevaba, acordó con parecer de los relijiosos que llevaba consigo, que eran frailes de la órden del bienaventurado Santo Domingo y San Francisco, y clérigos dotos, de buena vida y fama, de irse por la mar a la Concepcion con la mas jente que llevaba, y llegado al puerto de la Concepcion, desembarcó con la jente que llevaba en una isla que llaman de Talcaguano, donde habia algunos indios, los cuales se alborotaron y huyeron, porque habia dias que no vian por allí jente española, que en este tiempo estaba despoblada la Concepcion y no se habia poblado Tucapel ni Arauco, y estaba todo alzado desde que mataron a Valdivia; y luego, como Don García vió que se habian pasado los naturales a tierra firme y dejado sus casas, mandó poner españoles que las guardasen y que no les tomasen sus comidas. Tomáronse algunos indios, y con ellos envió a llamar a los demas, hablándoles ansímesmo los relijiosos que consigo tenia, diciéndoles que no se alborotasen, que no venia a hacerles mal ninguno y que lo verian ansí, ántes castigaria a quien les habia hecho mal tratamiento y no le servirian mas; que se viniesen a sus casas; y a los mensajeros que enviaba les ví dar de vestir a todos el dicho Don García. Fueron perdiendo el temor, y vinieron los mas de los indios de la dicha isla a sus casas, y se holgaron mucho de ver que no les faltaba cosa ninguna dellas: con estos indios ví enviar por mensajeros a llamar a los demas, y requerir con la paz, y ninguno iba que no fuese vestido, que se lo daba Don García, y los relijiosos se lo decian así para que los demas viesen el buen tratamiento que les hacia. Venian algunos indios de parte de sus caciques siempre con mentiras, diciendo que querian venir a servir; estuvo en la isla aguardándoles mas de dos meses; pasó a tierra firme y hizo el fuerte de San Luis, y desde a siete dias que estaba en tierra firme, vino toda la tierra a pelear con él, y cercáronle; y como vieron que no podian entrar en el fuerte, porque tenia mucha jente, alzaron el cerco; hirieron algunos españoles, y murió uno de las heridas: estuvo allí mas de mes y medio, que no tenia caballos, hasta que llegó la jente que iba por tierra. En este tiempo, con algunos indios de la isla, enviaba llamar y requerir con la paz a los demas comarcanos, y vino un cacique a dar la paz, y ví que le recibió con mucho amor y le dió de vestir, y con indios deste cacique envió a hablar a los demas, y a todos los mensajeros daba de vestir, y los regalaba mucho, y los frailes ansímesmo les hablaban, y decian el bien que les venia de dar la paz, ansí para sus ánimas como para su sosiego; no vinieron mas caciques a dar la paz de los comarcanos.

Visto esto D. García, y habiendo llegado la jente de caballo y que no querian venir los demas caciques, acordó con parecer de algunos relijiosos de los que tenia consigo, que seria bien entrar en Arauco y aquella tierra con el ménos daño que fuese posible; y ansí partió con toda la jente de la Concepcion y pasó a Biobio, y el mesmo dia que comenzó a caminar, despues de haber pasado el rio, envió a correr al

capitan Antonio de Reinoso, el cual yendo descubriendo el campo descubrió los indios de toda aquella tierra en escuadrones que venian a pelear con los españoles. Volvióse retirando a dar aviso, y los indios lo siguieron, de manera que le hirieron algunos caballos de los soldados que llevaba consigo. Así como D. García lo supo, envió a su maese de campo Juan Remon a que socorriese al capitan Reinoso: llegado Juan Remon, pelearon con él los indios y hicieron retirar a mas de cincuenta soldados, y les siguieron hasta llegar al real donde estaba asentado, que era mas de una legua de adonde los hallaron; salieron mas jente de caballo y desbarataron algunos indios, porque los escuadrones [en] que iba la mas jente de los indios se estuvieron quedos hechos fuertes y no les acometieron. Los españoles tomaron algunos indios, a los cuales habló Don García y los frailes que iban en su compañía, y los soltaron y enviaron con ellos a requerir con la paz a los demas.

Partióse de allí y entró en Arauco desde a tres dias, y mandó a dos alguaciles tuviesen cuenta con las casas y sementeras de los indios, y que no consintiesen llegar a ellas, ni cojerles sus comidas, lo cual les mandó azotasen a las piezas que llegasen a las comidas de los indios, y así lo hacian. Llevaba un navio por la costa con comida y daba de tantos a tantos dias racion a todo el campo porque no hiciesen daño en las chácaras e comida de los indios: estuvo en el valle de Arauco quince dias, en los cuales se tomaban algunas piezas de indios e indias en las corredurías que se hacian, y las vi asoltar y tratar mui bien, y con ellas enviaban siempre a requerir con la paz a los caciques e indios, y nunca vino ninguno a dar la paz, ántes en una correduría mataron un español. Viendo que no venian, con parecer de los relijiosos, porque allí no se hacia efeto ninguno, partió para Tucapel, y otro dia siguiente que partió al cuarto del alba, vinieron los indios en el levo de Millarapue y le dieron una guazabara, en la cual se tomaron algunos indios e indias, y los vi soltar y no les hacer mal tratamiento, y los frailes tenian desto y el dicho Don García mucho cuidado. De allí se partió y fué a Tucapel, teniendo mucho cuidado de que no llegasen a chácara ni casa de indio: estuvo allí mas de dos meses y pobló la cibdad de Cañete, y en este tiempo no vinieron los indios de Tucapel de paz, sino eran algunos que en algunas corredurías les tomaban sus mujeres, las cuales les daban luego sin hacerles mal ninguno, y con ellos enviaban a requerir con la paz a los demas. En este tiempo envió Don García a la cibdad Imperial por ganado para sustentar aquella cibdad, y fué el capitan Antonio de Reinoso a metello con cierta cantidad de soldados, porque se decia los indios estaban para tomallo juntos, y viniendo con ello le aguardaron en la quebrada que llaman de Puren y pelearon con el dicho capitan, y él desbarató los indios y tomó algunos, y sin hacelles mal les soltó hablándoles mui bien, diciéndoles el bien que les venia de dar la paz. De algunos indios que venian por espías y a saber lo que habia, se informaban de lo que pensaban y querian hacer;

decían que tenían mucho miedo al Apo y que por eso no venían. Acordó Don García, con parecer de los capitanes y personas dotas, de salirse de allí dejando buen recabdo en aquella cibdad y así lo hizo, dejando [a] Antonio de Reinoso por capitán, y fué a la Imperial dejando ansímesmo al padre Valderrama, persona de buena vida y fama, en aquella cibdad, para que con su buena dotrina hablase a los naturales y les dijese lo que mas les convenia. Llegado a la Imperial, Don García tuvo noticia que los indios habían dicho, para que se saliese, que de miedo venían a servir y que querían venir sobre la cibdad a pelear con los españoles; envió luego al jeneral Don Miguel de Velasco con treinta hombres al socorro de aquella cibdad, y dándose mucha priesa vino a Tucapel, y otro día como llegó, vinieron los indios en muchos escuadrones a cercar un fuerte en que estaban los españoles y a pelear con ellos, en la cual guazabara se tomaron mas de ducientos indios, y vi soltar muchos dellos sin hacelles mal ninguno, ántes hablándoles con palabras amorosas: despues desto vinieron algunos caciques de paz. Don García fué a descubrir el lago e islas de Anzud, en el cual descubrimiento llevaba consigo al sochantre, hombre de buena vida y fama, y nunca consintió que en casa ni chácara de indios se llegase ni hiciese daño. Volvióse a invernar a la Imperial, y a la entrada del verano volvióse a Tucapel, que tuvo nueva que los indios venían sobre la cibdad: y estando en Tucapel servían algunos indios pocos y con cautela, mataban cada día los anaconas de servicio que tenían los españoles, hacían emboscadas junto a la cibdad, llevaban los caballos de junto a la cibdad. Aguardaron en el valle de Cayacupil en una emboscada a mas de treinta soldados que habían ido a correr con Rodrigo Palos, y pelearon con ellos, hiriéronles dos españoles y muchos caballos, y vinieron desbaratados los españoles.

Como Don García vió que los pocos indios que servían se habían alzado, y tuvo noticia que estaban haciendo fuertes en todos los caminos que había para entrar en Arauco, envió al capitán Don Pedro de Avendaño con cantidad de soldados a correr la tierra y a saber si era verdad lo que decían; el cual fué y vió en los caminos hechos fuertes, y de algunos indios que se tomaron se informó como estaba toda la jente de guerra junta, y que querían pelear con los españoles. Con los indios que tomaba, vi que enviaba a rogar con la paz a los indios y caciques que estaban aguardando para pelear. Venido y dada esta relacion a Don García, con indios que se tomaban enviaba sin hacerles mal ninguno a requerirles con la paz. Viendo que no aprovechaba ni querían venir, partióse para Arauco, y en el levo de Quiapeo halló un fuerte, y en él estaban todos los indios de guerra aguardándole para pelear con él. Como vió Don García que estaban allí, asentó su real un cuarto de legua de donde los indios estaban, y estuvo allí cinco días: cada día iba y hablaba con los indios requiriéndoles con la paz, enviándoles a hablar con naturales que servían a los españoles, para que les informasen cuán bien los trataban a ellos, y se lo dijesen:

decíanles que ellos eran gallinas, y que por eso servían, que si fueran hombres como ellos que no sirvieran a los españoles. Viendo Don García que ni hablalles él, ni el sochantre ni sus amigos dellos que no aprovechaba, y que no tenia otro camino desde allí para entrar en Arauco, parecióle, con acuerdo de sus capitanes, de desbaratar el fuerte, y así lo hizo, en el cual desbarate se tomaron muchos indios e indias y las soltaron, hablándoles bien y diciéndoles el sochantre muchas cosas tocantes a nuestra santa fe católica. Tomaron algun miedo, porque otro dia llegó Don García [a] Arauco, y vinieron los caciques de aquel valle y algunos comarcanos a dar la paz, y él les recibía con mucho amor, y ansímesmo envió cabdillos por toda la tierra, y salió la mas parte de paz, y a la Concepcion vinieron a servir dentro de quince dias la mayor parte de la tierra: hízoles tan buen tratamiento que venian muchos indios a servir. Pobló la casa de Arauco; tenia allí dotrina. Tuvo necesidad de venir a la Concepcion, y estovo allí algunos dias; a la entrada del verano tuvo noticia los naturales andaban alborotados. Volvióse a la casa de Arauco, y vile hacer mui buenos tratamientos a los naturales, de manera que se asentaron e hicieron sus casas, que las habian ellos mesmos quemado para hacer la guerra. Estuvo allí mas de ocho meses personalmente, en el cual tiempo se averiguó que le querian matar desta manera [e les convidaba a comer a los caciques muchas veces], que estando comiendo arremetiesen con él y le matasen, que ellos eran contentos de morir por matalle. Informóse Don García como era verdad, y ellos se lo confesaron; no les hizo por esto mal tratamiento, sino regalalles siempre y dalles de lo que tenia, y dándoles siempre buena dotrina con el padre sochantre, que siempre tenia allí.

Estando ya mas asentados, y sirviendo casi toda la tierra, envió a poblar [a] Angol al jeneral Don Miguel de Velasco, y con los buenos tratamientos que recibían vinieron a servir casi todos los naturales. Al cabo deste tiempo tuvo nueva como iba por gobernador de aquel reino Francisco de Villagra, y vínose a Santiago, dejando por jeneral a Rodrigo de Quiroga, y en todos los pueblos que habia poblados, religiosos de buena vida, y desde algunos dias que llegó se embarcó y salió de aquel reino.

Fué luego Francisco de Villagra por gobernador, y llegado a Santiago, le vi tratar con religiosos, qué orden se ternia para traer de paz algunos indios que no servían, y cuando salió de Santiago para ir a la Concepcion, llevó consigo a frai Gil, fraile de la órden de señor Santo Domingo, con quien el dicho gobernador tomaba parecer en lo que debia hacer con los naturales, y sé que los trataba mui bien, y que ansí mandaba a sus capitanes lo hiciesen; y no fué parte todos estos buenas tratamientos para que no se alzasen y matasen muchos españoles, y un hijo del mesmo gobernador. Sucedió luego, por la falta que habia de jente y de armas, despoblarse Cañete, porque no se podia sustentar por la falta de lo que digo.

Murió Francisco de Villagra en este tiempo: sucedió en el gobierno Pedro de Villagra; alzáronse en este tiempo todos los naturales, y vinieron a cercar a la Concepcion. Hicieron mucho daño: despoblóse la casa de Arauco porque no tenían bastimentos, y los indios les cercaron dos veces, y no dejaban meter comida ninguna, y siempre tuvo en la casa el religioso para que les hablase y les dijese que se sosegasen y que no se inquietasen, porque no les hiciesen mal los españoles, y les dijese cosas de nuestra santa fe católica. Y en este tiempo sé que trataba bien el gobernador Pedro de Villagra a los naturales, y lo mandaba así a sus capitanes que tenia en las cibdades, siempre les encargaba mucho el buen tratamiento, y sólo como uno de ellos, y me encargó con sus cartas muchas veces el buen tratamiento de los naturales.

Al cabo de dos años sucedió por gobernador Rodrigo de Quiroga, y fué de Santiago con mucha jente: pobló a Tucapel y la casa de Arauco, y sé que llevaba consigo un fraile de buena vida y fama, de la orden de nuestra Señora de la Merced, para que hablase a los naturales, y que tenia mucho cuidado del buen tratamiento de los naturales, y así mismo lo encargaba a sus capitanes, y a mí me lo encomendó muchas veces por sus cartas.

Desde a dos años fueron asentar el abdiencia real los señores oidores Egas Venegas y Torres de Vera, los cuales sé que tovieron gran cuidado en el tratamiento de los naturales, y no consentian se les hiciese agravio ninguno; y así sé que mandaron al jeneral Don Miguel de Velasco no matase ninguno, ni consintiese se les hiciese agravio ninguno, el cual se tenia gran cuidado dello.

Desde a un año fué por gobernador y presidente el doctor Bravo de Saravia, y vi tratar con hombres dotos la orden que se tendria con los naturales para que se quietasen, y acordó ir él en persona, y así lo hizo para tratarles bien y no consentir que se les hiciese agravio ninguno, y así fué. Llegado al valle de Mareguano, estaban los indios en un fuerte fuera de Ariscocer, y fué lance forzoso pelear con los indios, y fueron desbaratados los españoles, y mataron por la memoria que yo vi, que no me hallé allí, cuarenta y seis hombres, sin otras muchas piezas de servicio que mataron, y tomaron muchas cotas y arcabuces: de lo cual redundó quedar la tierra con gran falta de jente y armas y municiones, y fué forzado despoblar a Tucapel y la casa de Arauco porque no se podia sustentar en ninguna manera.

Esto es lo que en aquel reino ha sucedido desde que yo entré en él hasta agora que salí en este navio, sucesivamente como va escrito, sumariamente sin añadir ninguna cosa, ántes no he puesto algunas, porque seria prolijidad; y esta es la verdad, y es así en efecto, y lo firmé de mi nombre. —*Diego Ronquillo.*

XI.

Relacion enviada al virei del Perú por Juan de Matienzo, vecino de Valdivia, del alzamiento y rebelion de los indios araucanos.

(*Varios tocante al gobierno de las Indias, Bibl. Nac., J. 53, fol. 237.*)

Relacion del principio y proceso del nuevo alzamiento de los indios de las ciudades Valdivia, Osorno y Ciudad Rica, para el Excmo. señor visorei del Pirú, dada por Juan de Matienzo, vecino de la dicha Valdivia, por ser la cosa mas importante que hasta agora ha habido en este reino que informar a Su Majestad, de treinta años acá que dura la guerra en Arauco y sus comarcas, términos de la Concepcion, Imperial y los otros dos pueblos añadidos de Ongol y Topapel; porque la dicha guerra, gastos, mantenimientos y socorros de soldados y jente, así españoles como amigos naturales que acudian a ella, todo lo mas se suplía de los dichos pueblos y quintos reales y otras rentas que en ellos pertenecian a Su Majestad, granjerías y haciendas que habia en las dichas ciudades y sus campos, y por haberse perdido cuasi todo esto, no queda ya sino lo que se puede suplir de sola la ciudad de Santiago, ques tan poco a respeto de lo ques menester, y de lo que se suplía de las dichas ciudades y sus comarcas, que se tiene dubda de que se pueda sustentar de hoi mas, considerado el estado en que han venido las causas [*sic*: cosas], a causa deste dicho alzamiento, y lo que en él se ha perdido.

Los términos destas dichas tres ciudades consisten entre la costa del mar y la gran sierra nevada en anchura de quince o veinte leguas del norte al sur. Comenzóse este alzamiento cuando el terremoto en la halda de la dicha cordillera, por ser tierra áspera y vivir en ella los indios puelches que no han servido, para recojerse allí en los casos adversos, y fueron proseguendo poco a poco sacando los unos consejo de los sucesos de los otros.

En esto los españoles con sus capitanes no usaban de prevencion ni salian jamas, sino estimulados de la fortuna y provocados de los asaltos de los indios ya en balde, sino era para contar los muertos y los daños, y volverse luego a sus casas, de manera que sin resistencia los indios tornaban tras esto a hacer sus entradas, y desta manera a cae y levanta anduvo la guerra dos años, perdiendo cada día mas los españoles, y aun siendo desbaratados de los indios, cosa nunca ántes vista en estas comarcas; y todo por no se prevenir los capitanes ni perseverar en la guerra hasta acaballa, que es la cosa mas aborrecible a la jente de esta tierra que hai en ella, por una costumbre nacida de la guerra vieja de abajo, ques causa principal de haberse dilatado tanto, que cuasi es ya incurable.

Al fin destes dos años, estando ya los indios bien desvergonzados, me cometió el gobernador la guerra destas tres ciudades y sus térmi-

nos, porque los indios son todos unos, y se juntan para acudir a la una o a la otra parte, y así conviene que lo hagan los españoles de continuo para resistillos.

Yo previne con apercibir el número de jente que entendí ser necesaria estar siempre en el campo continuando la guerra hasta acabar, porque no se causasen intervalos de tiempo, en los cuales los enemigos hacen sus saltos o por venganza o por necesidad de los daños rescebidos, y con esto torna la guerra atras, y piérdese lo gastado hasta allí y el trabajo.

Hice este apercibimiento igual, porque nadie fuese mas agraviado que otro en la república, con órden que cada uno sirviese lo que justamente le cabia sin salir de la guerra, y que de nadie se recibiese por ningun capitan oro ni ropa para se evadir de la guerra, socolor de que el capitan lo dé a otro que waya en su lugar; mas si quisieren ir uno por otro se concertasen entre sí, sin que los capitanes tuviesen entrada ni salida en lo uno ni en lo otro, quitando ni poniendo, porque se cercenasen cohechos y granjerías particulares en la causa pública, y que el número no se disminuyese por dispensaciones, que son las cosas que en este reino mas daño han hecho para la conclusion de la guerra.

Esta órden fué odiosa a los que hallaban provecho en la desórden, que son los que mas pueden, así como correjidores y capitanes y personas que tenian los oficios públicos, y los otros que tienen mas posibilidad, y jeneralmente cuasi todos aborrecian la perseverancia en la guerra por estar habituados a hacella de repellon y a caballo revuelto para casa, por lo cual me lo comenzaron a estorbar y dificultar por diversas maneras; y como cuasi se hacia con voz pública y favor de los ministros de justicia, no pude ejecutar enteramente lo que convenia mas; avisé al gobernador y salí a la guerra con el mas posible que pude.

Los rebelados, vista la repunancia que se hacia a la continuacion de la guerra, atreviéronse a cercar treinta españoles que yo habia enviado entretanto delante, y lo primero que hice fué quitalles el cerco, y de allí fuí persiguiendo los enemigos y desbaratándolos de un fuerte en otro, llevándolos de huida hasta la cumbre de la sierra y corriente; a la mar para delante, haciendo buenos castigos y costreñir a la paz al capitan jeneral de los puelches con todos los demas caciques e indios sus súbditos, descubriendo los valles y ladroneras de la dicha sierra, que eran incógnitos a los españoles, con lo cual tuve los dichos rebelados tan quebrantados que estaban ya a punto de asentarse, si no me fuera forzoso volver atras, así porque en los pueblos habia venido a tanto rompimiento que con armas y junta de jente defendian el apercibimiento dicho escandalosamente para los naturales, y los correjidores contra mi mandado salieron a la guerra, y fueron los dos dellos desbaratados de los indios, con muerte de algunos españoles, en diferentes partes, y murió el uno de los dichos correjidores; y aunque acudí al socorro con presteza, estaba ya el cuerpo sin cabeza, y así le saqué

de entre los enemigos; en prosecucion de lo cual, haciendo otra vez retirar los enemigos en los límites de los Puelches, tuve vitoria en todas partes, especialmente en dos guazabaras, las mas reñidas y sangrientas, y en mas peligrosos y ásperos lugares, y que mas tiempo han durado en el pelear despues que este reino se descubrió, donde los chripstianos hayan salido vencedores, porque si alguna ha habido que se iguale, han salido vencidos los chripstianos.

No por esto cesaron los estorbos e impedimentos sobredichos, por lo cual aun la defensa se hacia con gran sobra de trabajo y solicitud, y sobresto proveyó el gobernador un hombre de su tierra por correjidor de esta ciudad de Valdivia, en lugar del que habian muerto los indios: este era de los vecinos que estorbaban, como he dicho, la guerra: lo uno por esto, lo otro por ser fácil de persuadir por su natural ingenio, y como confiado en el gobernador, le tomaron los demas por cabeza para esta alteracion, que a esto habia ya llegado, por ser el gobernador tan humano y de amigable condicion, que causaba menosprecio de sus proveimientos. Este ejecutó lo que entre todos estaba concertado, para lo cual tenia parecer de un letrado, que era de los mismos vecinos que estorbaban la dicha órden, que cuasi con parecer de letrados se han fundado todos los motines de indios, y con mano armada y junta del pueblo contra mí, mandó que nadie me obedeciese, ni fuese conmigo a la guerra; y aunque pude castigarle a él y a los demas, por atajar escándalo que contra un privado fuera forzoso habelle, y porque dijo de palabra que sabia que el gobernador lo tenia por bien, hasta ver si era así, me retraje en mi casa y dí lugar a todo, obedeciendo al tiempo y a la tiranía de la costumbre.

Luego que yo dejé de usar del cargo, se fueron las cosas de la guerra enflaqueciendo y desordenando, segun ántes que yo le tomase, especialmente la cuenta y razon de la jente y armas, que en poco tiempo se fué todo desapareciendo sin saber cómo: este es uno de los mayores defectos que entre los que han gobernado la guerra de Chile ha habido, y de que mas mal ha resultado; porque como es tierra tan desproveida y remota, aunque haya curiosidad en esto habrá faltas, y entendido por los indios, que tienen siempre los ojos abiertos midiendo el tiempo, luego les parecia que sin mucha resistencia podrian salir con su intencion, y comenzaron sus entradas con toda confianza, y [a] amonestar a los de paz que estaban a la mira.

A esta sazón vino un juez, que el gobernador habia proveido cuando supo las dichas resistencias, para castigallas; proveyóle tambien por capitán para que usase el cargo que yo tenia, entretanto que hacia la dicha averiguacion. Este, no solamente no lo castigó, mas dió órden en echalle tierra, que así se hace en esta tierra en todos los delitos; y en lo de la guerra, lo que el otro habia comenzado a deshacer sin facultad, este lo acabó de todo punto, y destruyó la rectitud e igualdad del apercebir, y la prevencion y perseverancia de la guerra, conformándose con la voluntad de los vecinos y personas a quien era odiosa; porque en

este reino, para conseguir los cargos y provechos, por cosa mas importante se tiene el favor y gracia de los concejos y comun, que no el hacer derechamente lo que al servicio de Su Majestad conviene, y tener para ello suficiencia; y tambien que el estar las cosas del apercebimiento remitidas a la voluntad y querer del capitán, y no sometidas a orden, en qué no pueda quitar ni poner, es cosa tan dulce y provechosa a los dichos capitanes, quanto es perjudicial e injusta a los de la república, especial a los que ménos pueden, y lo propio para la misma guerra: entrambas estas cosas han seido harto dañosas en esta tierra.

Yo habia tomado por remedio para defender quel fuego de la guerra no saliese de la cordillera donde la habia arrinconado, cundiendo ácia los pueblos, poner algunas fronteras de españoles en lugares cómodos, porque ya no podia hacer mas, a causa de ir cada dia creciendo las dichas contradiciones y estorbos, en medio de los cuales las sustentaba y proveia convenientemente, aunque con harto trabajo de espíritu y persona, que por el trabajo de acudir a ellas eran tan odiosas como todo lo demas de la orden que he dicho, y tan reprobadas por las personas que tengo dicho; y este capitán por dalles en el gusto, como en lo demas, trataba de despoblallas y quitallas de los lugares donde estaban puestas con mucho peso y medida, y tambien porque algunos vecinos que tenian los indios cerca de las dichas fronteras, trataban y procuraban traellos y despoblallos de allí a sus heredades, y aun a Santiago, que cien leguas de allí, y lo habian comenzado por mar y por tierra, hasta que yo lo estorbé miéntras tuve el cargo por el mal ejemplo, y que luego se seguia haber de hacer lo propio los que despues dellos quedaban en frontera hasta despoblarse todo, lo cual hacian lo uno por huir de la guerra, y lo otro por aprovecharse mas a su placer de los sudores destes indios; y el dicho capitán tambien les quiso en esto dar gusto, y persuadieron a los indios con su provecho, y con una manera de ruego, que era mas que fuerza, y haciéndoles saber que los españoles se habian de quitar, y que sin ellos quedaban en peligro, y otras cosas harto dañosas, a lo cual los indios respondieron que les diesen algun término para cojer y recojer sus sementeras y lo que tenian, que despues lo harian, y a mí me vinieron a pedir socorro sobre esta fuerza, cuando ya no tenia poder para dárselo, aunque lo avisé en vano al capitán: así que en este ínterin procuraron los indios revolver los negocios de arte que por otra via se pudiesen escapar de la dicha fuerza que se les pretendia hacer; y esto, junto con las demas ocasiones y oportunidades que a los de guerra se les ofrecian, fué parte para hacer unas juntas grandes, y vinieron sobre dos de las dichas fronteras, y desbarataron en cada una a los españoles dellas, porque ya estaban con mui pocas fuerzas, porque no se proveyan ya, y murieron cinco o seis españoles y negros.

El capitán salió a este rebato, y con hallar los enemigos bien poco adelante de los cuerpos muertos de los españoles, siguiendo la antigua y mala costumbre, despidió la jente y les dió licencia para se volver a

sus casas sin reforzar la dicha frontera, ántes la dejó con propósito de que de nescesidad se despoblase, y hizo que otra questaba en otro lugar cómodo se quitase y retirase, y con esto y con otras inconsideraciones que tuvo, pervertiendo toda órden y previnimiento y perseverancia, a 20 de hebrero de 80 años, en un dia se rebeló cuasi toda la tierra hasta dos leguas de los pueblos, que por estar ya tan desaviadas las cosas de la guerra, y tan desordenadas, que no parecia cosa con cosa, si aquel mismo dia en que habian muerto todos los españoles que hallaron en diversas partes, y robado todos los ganados, oro de minas, herramientas, comidas y todo lo demas que habia, y muerto al capitan, que se retiró, como he dicho, de una frontera con toda su jente cuasi, y los de la otra que dije habíase ido otra vez desbaratada, se huyeron con pérdida de algunos dellos por querer todavía porfiar en despoblar algunos indios y sacallos consigo, como y para el fin que dije atras, dejando dos caudillos amigos de los naturales desamparados con perpétua infamia de españoles por los notables y valerosos hechos que en favor de los chripstianos siempre hicieron; y si este dia no llegara un navio del armada que su Ex.^a envió al estrecho con el almirante Juan de Villalobos, que saltó luego en tierra, y tomando bestias acudió contra los rebelados y les quitó algunos de los españoles que tenian presos, y mató muchos, y puso gran freno y espanto a los indios de guerra, se tiene por averiguado que los indios vinieran sobre los pueblos, y aun los llevaran, por estar, como he dicho, todo tan desencuadrado, y perdida toda la cuenta y razon de lo poco que habia quedado. Tanto quanto este capitan estuvo de confiado, inorante y descuidado y desordenado en las cosas de la guerra, tanto estuvo espantado con este caso tan repentino y tan nuevo para su ingenio, así que con la jente del estrecho y la que mas pudo juntarse, cuasi por voluntad de cada uno, aunque pasó por la tierra de los alzados, lleno de miedo se fué a meter en un pedazo de tierra, que por su dispusicion, y estar cerca de Osorno, no se habia declarado; donde sin salir a tierra de guerra se estuvo con toda su jente mas de cuarenta dias arrinconado, en el cual tiempo mucha jente y muchos repartimientos que no estaban en su corazon alzados, aunque lo finjian por temor de los otros, y con disimulacion, habian conservado algunas haciendas de los españoles: creyendo que acudieran luego, les fué forzoso meter prenda, por temor de los crueles castigos que los rebelados hacian en los que hallaban alguna muestra de esperanza de chripstianos, y murieron muchos por esto, especial los dichos dos capitanes naturales, que con la dicha esperanza estuvieron algunos dias encaramados en unos riscos, y por no ser socorridos murieron; y al fin este capitan, sacando consigo los vecinos y la mayor parte de la jente, cuasi rendido sin entrar a hacer guerra, se vino al pueblo, guardando la costumbre vieja de no perseverar en la guerra, ni costreñir a ello la jente.

En este tiempo llegó la nueva de la muerte del gobernador y nuevos proveimientos de ministros, y como en tales tiempos suele acaecer

que ántes la behetría y desórden crece que mengua hasta ser entablado nuevo gobierno, así ha seido aquí agora, porque con esto se persevera ménos, y cada uno se vuelve a casa; y si de ántes los capitanes y ministros daban lugar a ello por tener gratos y propicios los hombres, agora mucho mas; finalmente, en cuatro meses con haberse juntado grandes y buenos socorros con el del estrecho, y otros que nunca en esta tierra se han visto, ni aun el tercio, no se ha restaurado cosa, sino perdido cada dia mas, y los vecinos con toda la mas de la jente, se han venido a sus casas en todos los pueblos quasi sin licencia de sus capitanes, y aun se han puesto con los nuevos ministros en no obedecer y aun en prender sus caudillos, porque los querian detener en la guerra; y si algunos no se han ido a casa, mas entienden en las cosas particulares que en las públicas y guerra, y así en este reino el palmo de tierra que una vez se pierde, jamas se ha tornado a cobrar. Quiera Dios que esto no sea así, que sí será si no se mudan estas malas costumbres.

Cifradas todas las cosas que para el remedio desta gobernacion son necesarias, por falta de las cuales está perdido, son cuatro: prevencion de lo necesario y jente para poder acabar la guerra, cuenta y razon y vijilancia en ello y perseverancia hasta acabar, justicia y rectitud en los apercebimientos, derramas y distribuciones; esto junto con la destreza y partes que requiere tener quien gobernare la guerra, seria suficiente remedio.

En esto de las partes que debe tener quien gobernare esta guerra, ha habido engaño en este reino; porque se ha entendido que los que saben bien pelear y tener ardidés en la ejecucion dello, son suficientes para conseguir la paz y asiento; y aunque es un medio mui conviniente y necesario, principalmente es menester saber y comprender las causas destes movimientos y las que [ha] habido para no se haber acabado, y donde ha trabado y traba el arado, y los modos que se pueden y deben tomar para remedio y conclusion destas alteraciones, disponiendo y aparejando primero la cosa pública con limpiar los defectos y errores que arriba van apuntados y otros decendientes dellos.

En un capítulo de los arriba contenidos se trata de la mala órden que se ha tenido despues deste nuevo alzamiento para la reducion de los rebelados, y no se dice copiosamente lo que pasa sino en suma, hame parecido conviene al servicio de Su Majestad aclararme mas porque su Ex.^a pueda mejor cercenar excesos y desconciertos.

Cuanto a lo primero, los soldados del socorro que vino de España que han hasta agora andado por Arauco y su comarca y vinieron a este nuevo alzamiento hasta ciento, se han corrompido en costumbres desaforadas en tal manera, que no hai natural por donde ellos pasan, aunque sea de paz, que sea señor de su mujer, hermana ni parienta, ni hijos, ni otra hacienda, porque se lo quitan como si fuesen jente de guerra, y aun a los mismos españoles se lo entran a tomar en sus propias casas, sin que los capitanes que los rijen se lo estorben, al

principio por no querer o no tener prudencia para ello, y ya por no ser parte contra el desenfrenamiento que han cobrado, en tanto grado que casi pesan ya mas sus agravios y fuerzas que las de la jente de guerra, y espérase vendrá a todo jénero de libertad, si Dios no lo remedia: andan vagando de un pueblo en otro, sin asistir lo mas del tiempo en presidio ni guerra, que con no haber mas tiempo que desde mediado hebrero que andan en campo, de todos ellos han quedado en la guerra hasta 25 o 30 socolor de necesidades, las cuales no tienen muchas; porque demas de otros muchos socorros que han recibido este año, para hacer lo que digo han recibido a 100 pesos y a 150, y mas y ménos en oro, de socorro o en ropa, y cada tres o cuatro caballos y mas armas y otros, fuera de la dicha moneda; y finalmente pocos soldados hai que dejen de traer almofrex en que traen su cama y toldo o tienda, y mozos y mozas de su servicio a caballo, y ordinariamente se traen muchos ganados en el campo y vino algunas veces, cosas que en conquistas de indios se solian suplir a pié muchos, o un caballo con una frazada en la silla y las herraduras de respecto al canto de la frazada, y comiendo lo que en el campo cada uno cojia, cuanto mas que no sé yo en qué campo ni qué caballero tan principal traya mas questo, no sé ques la causa de que se representen tantas necesidades, aunque está claro que es el poco gobierno y dotrina de sus capitanes y la poca cuenta y razon que tienen en ordenallo comedidamente y enseñar a los soldados a contentarse con una moderacion y templanza honesta. Algunos por su virtud y respondiendo a sus padres, no hacen esto conservándose en la obligacion por sí, mas que por los precetos de sus capitanes, que ningunos les saben poner.

Allende desto, cuando se alzó en estas comarcas la jente, quedaron algunos repartimientos desamparados de los chrisptianos en medio de los otros que se alzaron, atajados, ofreciéndose a los chrisptianos que de por allí se huyeron con el ruido del alzamiento, que moririan en su defensa; a estos tales debiendo de volver a ellos públicamente, haciéndoselo saber para saber si habian permanecido en su fe, o qué estado tenian para poder segun esto tratar con ellos de paz o de guerra con justicia recta, no se ha hecho así, ántes han dado en ellos de sobresalto, matando niños y mujeres y todos los demas, sin oillos ni recibir descargo, lo cual es la cosa mas contraria para asentar la tierra que puede haber, porque es un argumento fuerte para que los rebelados convenzan a los otros, decirles que es peor suerte la del amigo del chrisptiano, porque le tenian debajo de fe sobre seguro en su casa, que la de los de guerra, que han hecho tantos males, porque estos estan metidos en lugares seguros y no los hallan, y aunque los hallen, defiéndense. Esto propio acaesce en los repartimientos que estaban alzados, y aclarados con mucha jente dellos que no estaban de mal corazon, que como son behetría, unos quieren uno y otros otro, y como aquellos que no los acusa la conciencia son mas fáciles de hallar, ejecutan sobre ellos la furia y crueldad, sin haber capitán que en estos casos y otros

semejantes sepa, ni se precie, ni quiera purificar la justicia de cada uno, mayormente entre unas jentes simples que no saben cómo se han de prevenir de resguardos, aunque tengan buena intencion; por experiencia tengo aprendido entre esta jente que no hai cosa que tanto les convenza la voluntad como ver quel español curiosamente distingue el malo del no tan malo, y así de grado en grado, porque el malo teme de serlo y tiene ejemplo pará ello, y el bueno asegúrale su limpieza; y si no, tanto monta ser bueno como malo, y aun es peor y no hai para que trabajar serlo, o ser amigo, pues todos pasan por un rasero.

Arriba dije que al principio deste alzamiento se habian recojido amedrentados el capitan con la jente en un lugar que se llama los llanos de Valdivia, ques junto a Osorno, y no es tierra dispuesta para sustentarse de guerra los indios, con color de guardar las comidas de aquel valle, como si todo el estado y bien comun consistiera en aquello, estando lo demas hasta los muros del pueblo alzado y perdido, y con color de guardar aquello dejaron perder seistanta ganado en todo lo demas, y seistanta hacienda; por manera que esta fué causa particular y no del bien jeneral; cuanto mas que aquello se guardaba mejor haciendo la guerra y guardando lo demas: mas intervino tambien el temor del trabajo y peligros de la guerra, por lo cual fácilmente se dejó persuadir el capitan.

A ejemplo desto, y por la misma razon, los ministros del nuevo gobernador y jente de socorro que vino, se han alojado en los propios llanos y valle y tierra de paz, a discrecion, entre la dicha jente de paz y casas de vecinos, sin hacer cuasi mas que estarse allí; y aunque han hecho de allí algunas correrías de poco momento, y estas contra los que no tienen culpa, parece que son mas para cumplir y para que no parezca que de todo punto desamparan la guerra, que para cosa que aproveche; y así los indios de guerra corren y saltean libremente hasta dos leguas desta ciudad, donde han salteado muchos que pasaban de camino tomándoles muchos caballos y haciendas y herido muchos, y aun el rio junto a esta ciudad, que se navega con canoas, han ya ocupado, de suerte que si no es con armada no se puede tampoco navegar; y aunque en esta ciudad hai copia de jente para poder salir por otras partes a camppear, no se hace, socolor de decir ques invierno, y que no es posible, como si en esta tierra no hubiésemos siempre con gran facilidad hecho la guerra en invierno, porque es tierra abrigada y de mucha leña y poblada; y sobre todo, como si no pudiésemos los españoles vestidos y con camas y a caballo, sufrir los frios y aguas que sufren los indios desnudos, que cada dia nos hacen mil saltos y suertes.

Viendo todas estas cosas, y questa tierra se va acabando de perder, no hai razon que convenza a los dichos capitanes a hacer la guerra como conviene, ni conocer el riesgo que hai en dilatallo; porque aunque yo, por habérmelo enviado a rogar el nuevo gobernador, les he dado y ofrecido órden contra los inconvenientes que ponen para hacello, por larga experiencia que tengo, no lo han querido hacer, y así es causa que los

que esto bien escudriñan, sospechan que se pretende dificultar el gobierno desta guerra, para nescesar a S. M. que lo provea en hombres de experiencia, que aunques acertado, es causa, segun dicen, deste estado; y es y ha sido otras veces grandísimo inconveniente en este reino.—*Juan de Matienzo.*

XII.

Informacion y relacion de los sucesos de la guerra de Chile, hasta el año de 98, y el aviamiento que se dió aquel año al jeneral D. Gabriel de Castilla.

(*Papeles varios tocante al gobierno de Indias, Bib. Nac., J. 53, fol. 181.*)

En la ciudad de Santa Cruz de Hoñez, reino de Chile, a catorce dias del mes de marzo de mill y quinientos y noventa y ocho años, Martín García Hoñez de Loyola, caballero de la órden de Calatrava, gobernador, capitán jeneral y justicia mayor en este dicho reino por el rei nuestro Señor, dijo: Que como es notorio, la conquista y guerra deste reino há mas de cincuenta años que dura, y se ha fecho a sus naturales a mucha costa y gastos y expensas de la real hacienda, y estando en costumbre acudir a ella los vecinos encomenderos, moradores y habitadores deste reino, sin haberse excusado ni reclamado contra ella, y estando en esta posesion S. M. y sus gobernadores que han sido en su real nombre, habiendo venido Su Señoría a gobernarle habrá cinco años y medio, le halló y a sus naturales en mas probeza y guerra que jamas habia estado, y mas falto y necesitado de jente española que acudiese a su conquista; y viendo los dichos vecinos con cuánto cuidado y celo del servicio de Dios y de S. M., y bien jeneral, Su Señoría tomaba el conquistar este reino, y dar fin a tantos trabajos como se habian padecido, ocupándose personalmente en ello, debiendo animarse y ayudar a tan buen celo, por el contrario procuraron los vecinos de la ciudad de Santiago, cabeza de gobernacion, y que han gozado de mas paz, quietud, tranquilidad y hacienda y regalo que las demas ciudades, excusarse y exonerarse, ganando e impetrando provisiones reales de la real audiencia y chancillería que reside en la ciudad de los Reyes del Pirú, para que no fuesen apercebidos para la dicha guerra ellos ni sus criados, ni acudiesen a los llamamientos que Su Señoría les hiciese, teniendo proveido ántes la misma real audiencia su provision para que acudiesen a los dichos llamamientos, recibida e publicada de treinta y cuatro años y mas a esta parte; con lo cual tomaron avilantez los de guerra publicando que a Su Señoría se le quitaba el poder para hacerles la guerra, y motivó los vecinos de las demas ciudades a no acudir con la puntualidad que solian, y no haber socorrido ni ayudado a Su Señoría el marques de Cañete, visorei del Pirú, con cuyo acuerdo se despacharon las dichas reales provisiones en favor de los dichos vecinos e sus criados, aunque informado de la dicha necesidad, e instado a que lo hiciese; se tenia por cierto ruina irremediable, si no fuera por la intelijencia que

tomó Su Señoría desta guerra, trato y gobierno de los naturales, que mediante ellos, y principalmente el favor divino, obrando con su larga mano cuando ménos esperanza habia, fué ganando Su Señoría, e pacificando la Illaregoa del estado de Arauco y provincias de Catiray, Manguano, Talcamavida, riberas del Biobio, Goalqui, Quilacoya y Llanos, reedificando Su Señoría el fuerte del dicho estado de Arauco, y poblado en la dicha ribera de Biobio y sus juntas en la provincia de Riele esta ciudad e poblacion de Santa Cruz de Hoñez. Teniendo Su Señoría aviso el año pasado de noventa y seis que el visorei Don Luis de Velasco enviaba a este reino un socorro y tercio de soldados para su conquista a costa y expensas de la real hacienda, envió a la dicha ciudad de Santiago al capitan Miguel de Silva, castellano de Arauco, a persuadir a los dichos vecinos de Santiago acudiesen a su obligacion en necesidad tan urgente y precisa, ayudando a Su Señoría en la dicha conquista, sin excusarse como lo habian fecho por las dichas reales provisiones, manifestándoles de cuanta importancia sería su ayuda e venida, e despachando su comision a su teniente jeneral para los llamar y apercebir; los cuales dichos vecinos se entretuvieron, hasta que visto por Su Señoría que el verano estaba delantero y cercano el invierno, suspendió su venida hasta el verano siguiente que lo hiciesen por fin de setiembre, que es el principio del verano en este reino, y lo concedieron y prometieron venir: y este año próximo pasado de noventa y siete, habiendo tenido aviso que el dicho visorei enviaba otra ayuda y socorro de soldados a este reino, los cuales venian a tomar puerto y desembarcar en la dicha ciudad de Santiago, como la mas rica y opulenta del reino, para que allí se encabalgasen e peltrechasen, demas que las ciudades de arriba, por haberlo fecho el año ántes a los soldados del primer tercio, estaban descarnadas de caballos y armas, Su Señoría previno para que a costa y cuenta de S. M. se tomase y comprase para encabalgalar y peltrechar los dichos soldados, proveyendo se hiciese asimismo peltrechos, e que los dichos vecinos, pues se habian quedado el verano ántes, acudiesen este presente y estuviesen en compañía de Su Señoría en todo el mes de octubre pasado del dicho año de noventa y siete, las cuales comisiones dirijió al capitan Nicolas de Quiroga, correjidor e justicia mayor de la dicha ciudad, que estándolo ejecutando falleció, e previno Su Señoría de mil hanegas de trigo en la Ligoa y quinientos carneros, cecinas e peltrechos en los términos de la dicha ciudad de Santiago, y en las de arriba cuatrocientos caballos y quinientas cabezas de vacas, y un mil fanegas de trigo en la Imperial y diez pares de tapiales, y en Angol noventa mil tejas y carretas para acarreallo, y otra máquina de prevenciones necesarias que Su Señoría tenia prevenido y junto para la poblacion que este verano se habia de hacer y pretendia, con el dicho socorro e ayuda de vecinos y moradores, demas de ochocientas o novecientas cabezas de vacas que estan en la estancia de S. M. en estos términos. Y habiendo llegado a la dicha ciudad de Santiago por el mes de octubre pasado o principio de noviembre, el

maese de campo D. Gabriel de Castilla, con el dicho tercio y socorro de ciento y cuarenta soldados, y hecho pregonar y publicar en la dicha ciudad real provision de la dicha real audiencia, inserta en ella carta del Rei nuestro Señor, para que sin embargo de las proveidas, los dichos vecinos acudiesen a los llamamientos que para la dicha conquista y guerra Su Señoría les hiciese, los cuales no acudieron a los llamamientos que para ello Su Señoría les hizo y el dicho maese de campo en su nombre, ni ayudaron a encabalgar e peltrechar los dichos soldados los vecinos que por impedimento no podian personalmente acudir, en tanto grado que de la dicha ciudad solo han venido dos encomenderos que tienen particulares negocios, e tres o cuatro moradores, que los últimos llegaron a nueve deste, diciendo vienen a la lijera e dejan atras su carruaje, siendo ya casi entrada de invierno: y no solo los dichos vecinos no han acudido ni ayudado, mas hicieron impedimento para que los dichos soldados no saliesen aviados; porque habiendo el dicho maestre de campo echado bando para que ningun soldado sacase indio por fuerza y contra su voluntad de la dicha ciudad, y que los que quisiesen de su voluntad venir sirviendo a los dichos soldados, no lo impidiesen ni se lo quitasen los dichos vecinos, el cabildo de la dicha ciudad con desenvoltura hicieron requerimientos al dicho maestre de campo, contradiciendo bando tan justificado, e los de la dicha ciudad yendo contra él salieron a los caminos reales a quintar y volver como lo hicieron a indios que de su voluntad venian por ser naturales de estas ciudades de arriba, y haciendo otros estorbos, impedimentos, invenciones y nuevas que echaban hasta publicar que Su Señoría enviaba pliegos y despachos suyos por Buenos-Aires a la costa del Brasil para encaminarlos a España, quejándose del dicho visorei, siendo notorio cuán agradecido está Su Señoría de la merced que el dicho visorei ha fecho a este reino, y no haber despachado ningun pliego ni despacho por la dicha via de Brasil. Y de las ciudades de arriba, habiendo Su Señoría enviado al capitán Antonio Recio de Sota a llamar y apercebir los encomenderos y moradores dellas, ha tenido aviso se han excusado los mas dellos y ocultádose y hecho ausencia, y los soldados del dicho tercio y socorro que trujo el dicho maestre de campo, han venido a pié sin caballos de servicio para la guerra y gastando sus haciendas en comprar rocines en que poder venir, porque los que se dieron e juntaron en la dicha ciudad, que fueron bien pocos, que a la primera o segunda jornada se cansaban sin haber caballo que fuese de efeto para la guerra, siendo la dicha ciudad de Santiago la mas opulenta dellas que todas las del reino juntas; por cuya causa y no haber venido los dichos vecinos e moradores, y los soldados que han venido haber sido a este tiempo que entra el invierno, Su Señoría no ha podido ni puede juntar ejército real ni tomar el puesto para la poblacion que convenia hacer, que si se hubiera fecho, hubiera llamado a aquella parte la guerra, y héchola, se hubiera excusado grandes daños. Porque demas de haber perdido el tiempo e prevenciones, viendo el enemigo que no se les hacia guerra

ni juntaba ejército, atribuyéndolo a flaqueza, han tomado avilantez y salido ellos a hacérsola, convocándose y juntándose y yendo sobre el fuerte de Arauco por el mes de diciembre pasado, pretendiendo ganarle y levantar aquellos naturales nuevamente reducidos, tramando con ellos y los demas destas provincias de Catirai y Mariguano y las demas, se rebelasen y quebrasen la palabra de paz que tenían dada, y otras invenciones y engaños que maquinaban, que Su Señoría descubrió y desentrañó y mediante ellos reparó. Y de pocos días a esta parte fueron sobre la ciudad Imperial, donde en una emboscada mataron seis de los nuestros y llevaron las cabezas, con que procuran levantar los de paz, como lo han fecho en Arauco los levos de Tavolevo y Lavapi y Quidico; y tiene nueva de presente Su Señoría van sobre dicho fuerte de Arauco, como se lo escribe el castellano, cuya carta manda poner con este auto, y se esperan otras ruinas y daños, causado de no habérseles fecho la guerra ni tomado los dichos puestos, como los reducidos habían pedido a Su Señoría diversas veces, e lo pretendía hacer, si los dichos vecinos y moradores hubieran acudido al tiempo que por la carta del cabildo de la dicha ciudad habían ofrecido, que ansí mismo manda poner aquí, y se hubiera excusado que los dichos naturales salieran a buscar las fronteras y presidios, como se vido el tiempo que Su Señoría tuvo poblado un fuerte en Puren, que por incendio que lo abrasó, se despobló, no tuvieron arma ni rebato las dichas ciudades fronteras ni presidios. Y para que se sepa y entienda lo que en esto ha pasado, y culpa, estorbos, impedimentos y chismes que pusieron y hubo, pues demas de lo referido, ha avisado a Su Señoría el castellano de Arauco y ministros de guerra, que los soldados que tienen en sus presidios y órden, habiendo entendido lo que ha pasado en la dicha ciudad de Santiago, han tomado libertad y no acuden al servicio real como solian, se reciba informacion al tenor dél y pongan un traslado de las comisiones que Su Señoría despachó para los efetos referidos, para que fecha la dicha informacion, conforme a lo que por ella resultare, sean castigados los culpados e satisfecho el daño por su protervidad, y provea lo que convenga al servicio de Dios y de S. M. e bien jeneral deste reino, e conste al Rei nuestro señor y su visorei lo que se ha fecho y resultado de la dicha inobediencia, y ansí lo proveyó y firmó.—*Martin García de Loyola.*—Ante mí *Hernando Rodríguez de Gallegos.*

Carta del castellano de Arauco.

Despues de haber escrito hoi a medio dia a V. S., tuve aviso de un indio de Arauco que yendo caminando ácia las Cruces dió con la junta, y queriéndole matar, dijo iba por órden de sus caciques a llamarlos, y ansí le dejaron pasar a donde la demas jente venia, por donde tuvo lugar de escaparse, y esta nueva me ha venido por otras veinte partes ser cierta esta nueva; y ansí me certifican serán mañana en la ciénega de Coliquican, donde piensan fortificarse y de ahí

echarnos como a toros ántes de acometer el fuerte, que dicen traen disignio de hacerlo. Las cinco regoas tengo aquí conmigo y con ánimo a lo que amuestran bueno: espero en Dios tendrá todo el fin que se desea. El lo encamine todo como vé que es menester, y a V. S. dé la salud que yo deseo. Y estando escribiendo esta, me vino aviso como la jente de a caballo viene quemando las rancherías de las cabezadas de Arauco, por donde se vé ser ya cierta esta nueva, y entiendo no podré por agora avisar a V. S., porque no dudo dejen de tomar las caminos. Deste fuerte de Sant Alifonso hoi juéves a puestas de sol. Y el que lleva esta es cacique de Lavapie, del cual podrá V. S. saber lo que fuere servido, y es ladino.—*Miguel de Silva*.—Al gobernador mi señor.

Carta del cabildo de Santiago.

Dé Dios a V. S. buenas salidas de pascuas y entradas de años con la felicidad y posteridad que todos deseamos en su santo servicio, y quisiéramos estuviera V. S. en parte donde personalmente pudiéramos decir lo que escribimos. Aunque el capitán y correjidor dice ha dado aviso a V. S. de la eleccion que esta ciudad ha fecho este presente año, por cumplir con nuestra obligacion, damos cuenta a V. S. della, la cual se hizo en mucha conformidad: los eletos fueron por alcaldes ordinarios el capitán Alonso de Riberos, y de los ciudadanos Lesmes de Agurto, y rejidores vecinos el capitán Gaspar de la Barrera y capitán D. Francisco de Zúñiga y D. Diego Yañez de Saravia, y ciudadanos el capitán Juan Nuñez de Leon y el licenciado Francisco Pasten y Santiago de Huriona: por alcalde de la hermandad al capitán Tomas de Pasten, y procurador jeneral de la ciudad al capitán Martin de Zamora.

Este cabildo y vecinos desta ciudad rescibieron particular merced en lo que V. S. con su prudencia militar, por estar el tiempo tan adelante, proveyó de suspender su ida a servir a V. S. hasta el fin de setiembre, aunque los mas destes caballeros rescibieron alguna pesadumbre por tener hecho el gašto y estar a punto de partir, y algunos en sus pueblos despachándose; y en lo demas que V. S. ordenó del socorro presente de sus bastimentos, acudieron con mucha voluntad cada uno con su posible, como habrá informado el capitán Niculas de Quiroga, que venida la fragata que V. S. dice, se podrán llevar a la Concepcion, y para el tiempo asignado no faltarán como han ofrecido, satisfechos todos que quedando y partiendo V. S. les ha de hacer merced y a esta ciudad en particular, que en todos tiempos se desvela del servicio de S. M. y de V. S., a quien Dios guarde en su santo servicio. En Santiago, cinco de enero mil quinientos y noventa y siete años. *El licenciado Bizcarra*.—*Niculas de Quiroga*.—*Lesmes de Agurto*.—*Bernardino Morales de Albornóz*.—*Juan de Galves*.—*Alonso del Campo Lantadilla*.—*Gaspar de la Barrera*.—*D. Francisco de Zúñiga*.—*D.*

Diego Bravo de Saravia.—*Juan Ruiz de Leon.*—Con acuerdo del cabildo, justicia y rejimiento desta ciudad de Santiago, *Xines de Toro Masote*, escribano real público y del cabildo.—A Martín García Hoñez de Loyola, caballero de la órden de Calatrava, gobernador, capitan jeneral y justicia mayor deste reino por el Rei nuestro señor.

COMISIONES.

Martín García Hoñez de Loyola, caballero de la órden de Calatrava, gobernador, capitan jeneral e justicia mayor en este reino e provincias de Chile por el Rei nuestro señor, etc. Por quanto, como es notorio, de cuatro años a esta parte que entré en este reino a le gobernar, he asistido personalmente en la pacificacion de los naturales rebelados de los estados de Arauco y Tucapel y sus comarcas, que de tantos años a esta parte han estado rebelados y causado tantas muertes de españoles y naturales amigos e inquietud a las repúblicas, grandes gastos y expensas, y sus vasallos estándose en su rebelion y cada dia creciendo los daños e inquietudes, y hallando como hallé el reino el mas nescesitado de posible y soldados para continuar la pacificacion que jamas habia estado, en tanto grado que al tiempo que me allegaron las provisiones de S. M., de su gobernador y capitan jeneral deste reino, habia salido a pedimiento e requerimiento de los vecinos e moradores dél forzado de la dicha nescesidad, D. Alfonso de Sotomayor mi antecesor (1), a significar al visorei del Pirú, marques de Cañete, la dicha necesidad e pedir socorro [para] este reino de soldados y ayudase con ropa necesaria para vestirlos, por estar desnudos y en gran probeza, y con la dicha calamidad sin haberse proveido del dicho socorro e ayuda, tomé el dicho gobierno a mi cargo y luego con la jente que pude juntar, que fué la ménos que en ningun tiempo ha habido en este reino, procuré la dicha pacificacion y allanamiento por todos los medios posibles, continuándose por mi persona el dicho tiempo con notable trabajo e vijilancia, atrayendo las cabezas principales con regalo; y ansí, mediante el favor divino, a quien se ha de atribuir, han ido los dichos rebelados dando la paz y aficionándose a ella con muestra de perpetuidad, de manera que el dia de hoi la han dado casi todas las dichas provincias y las que han sido mas belicosas: e por ser conveniente y necesario para la dicha páz y asiento della poblé riberas del gran rio de Biobio, en la provincia de Millapoa, un pueblo y ciudad, por ser aquella provincia comarcana y vecina a las provincias que estan sustentando la guerra,

(1) D. Alonso de Sotomayor ocupó el gobierno de Chile desde 1583 hasta 1593 que fué reemplazado por D. Martín de Loyola. Véase la obra que con el título de *Servicios de D. Alonso de Sotomayor, del hábito de Santiago y comendador de Villamayor, etc., que hizo a S. M. del Rei Felipe II.* escribió el licenciado Francisco Caro de Torres. Madrid, 1620, 4.º : en ella se hallarán preciosos documentos para la historia de esta guerra.

y como se ha visto e mostrado la experiencia, ha sido y es uno de los remedios mas urgentes y necesarios para la dicha conquista e sustento de paz que ha tenido el estado de la guerra en el referido, ir cada día faltando e impusibilitándose las fuerzas de poder proseguir la conquista y sustentar e perpetuar la paz que me han dado, por haber sido no tan solamente socorrido e ayudado del dicho visorei del Pirú, mas aun de las pocas quel reino tenia, ha proveido que lo que mis antecesores habian fecho e costumbre de ayudarse de la hacienda de los vecinos, moradores, mercaderes e naturales deste reino para la despedicion de la guerra y socorrer e ayudar a los soldados, prohibió la real audiencia de los Reyes con acuerdo del dicho visorei no lo hiciese ni sacase los vecinos encomenderos y sus criados, moradores ni casados a la guerra, con que han excusado y de punto faltado el posible para conseguir la dicha paz. Y visto el dicho estado, y tenido noticia que S. M. removía el gobierno al dicho visorei y proveia en él al señor D. Luis de Velasco, acudí enviándole la relacion de lo referido, y S. Señoría con celo cristiano del servicio de Dios y de S. M. he tenido aviso que con haber hallado la real hacienda del Pirú gastada y empeñada por haber llevado el dicho marques la mas que fué posible con el dicho empeño, se dispuso a socorrer y ayudar a este reino tan necesitado, mandando levantar, y que se quedaban levantando cuatrocientos hombres, que segun el aviso [que] he tenido espero en mui breve, socorriéndoles a una barra de plata a cada uno de la real hacienda y sesenta mil pesos en ropa para vestir e socorrer los que en este reino estan, e gastos de la dicha guerra, sin los de navios, bastimentos y otros necesarios para traerlos a este reino, que es en gran número el dicho gasto que será de docientos mil pesos o casi; y porque habiéndose fecho tan excesivo a costa de S. M., seria de ningun efeto, si no se acudiese a lo que conviene de prevención con la ayuda de este reino, pues se espera que haciéndose lo que es justo e necesario en ello, será el último gasto para la dicha pacificacion y asiento de la paz, preveniendo las fuerzas que sean posibles; y que para esto es necesario la venida y asistencia en la dicha pacificacion y que sustenten en sus camaradas la parte que sea posible de los soldados que a mí vienen, por ser el remedio mas eficaz para el dicho efeto, y que no se excusen en ninguna manera por edad ni otra causa como esten ájiles para andar a caballo, pues como leales vasallos acostumbrados a le servir, estan obligados a acudir al real servicio, especial en esta ocasion tan precisa y necesaria, como lo han tenido de costumbre; pues no sería justo se quisiesen exonerar por vejez, ni decir se despachó la dicha real provision por la dicha real audiencia en su favor, pues cuando pudieran gozar del dicho privilejio, en esta ocasion como tales leales vasallos lo debian renunciar atendiendo al bien que redundará del buen efeto que se espera con el dicho socorro, e por el contrario el daño [de] que no se acudiese a la ayuda necesaria. Demas que las dichas reales provisiones por decreto de la dicha real audiencia, informados del daño que redundaba de haberse proveido, estan alteradas,

y para que haya efeto la venida de los dichos vecinos encomenderos, y ser de no ménos importancia la asistencia en esta ocasion en la dicha pacificacion del licenciado Pedro de Bizcarra, mi teniente de gobernador y capitán jeneral, para la ayuda e favor que conviene darse a la dicha paz, por haber yo de andar ocupado en las nuevas poblaciones que se han de hacer con el favor divino, segun el número de jente e disposicion y ocasion de las cosas. Por tanto, encargo al dicho mi teniente jeneral, que luego como reciba esta mi provision, sin dilacion alguna, por estar el tiempo tan adelante, y que no haciéndose con toda brevedad, se pasará el verano sin hacer efeto, como se ha pasado, que seria de gran inconveniente, haga apercibimiento jeneral de todos los vecinos encomenderos de indios de la ciudad de Santiago deste reino, cabeza desta gobernacion, y que residen en ella de otras ciudades, de cualquier edad que sean, como puedan andar a caballo, sin que ninguno se reserve ni excuse, para que todos ellos partan en su compañía de la dicha ciudad, e vengan en ella a su órden a toda priesa a donde yo estuviere con sus armas y caballos; y los encomenderos que fueren de mucha edad, de manera que no puedan andar a caballo, o estovieren ausentes del reino, acudan y socorran con los caballos, sillas e peltrechos que fuere justo para encabalgar los soldados que ansí vienen, conforme a la posibilidad de indios que tuviere el tal encomendero, con consideracion de [los] gastos que hiciera si viniera personalmente, haciendo cargo de todo lo que ansí dieren y con que acudieren al fator real. A todo lo cual compela y apremie por todo rigor a los dichos encomenderos, a los cuales mando lo cumplan inremisiblemente y sin poner excusa, y al tiempo que se les señalare, sin embargo de apelacion, contradiccion ni otra excusa, ni de la dicha real provision e provisiones despachadas por la dicha real audiencia, por ser el caso de precisa necesidad al servicio real, y estar suspendida la ejecucion e cumplimiento de las dichas reales provisiones por decreto de la dicha real audiencia; sopena al encomendero que no lo cumpliere de dos años precisos de servicio en la guerra a su costa, y suspension de los indios de su encomienda o tributos dellos por los dichos dos años; los cuales, luego que conste de la inobediencia de no haber salido, o presentádose ante mí dentro del término que assignare el dicho mi teniente jeneral, sin otro auto alguno, mando al capitán Niculas de Quiroga, correjidor de la dicha ciudad de Santiago, ejecute la dicha pena, y entregue y haga entregar los indios del tal encomendero a los jueces oficiales reales para que cobren los tributos y aprovechamientos dellos, e los tengan por cuenta aparte en la caja real para los gastos de la guerra para que los señalo: ejecutando la dicha pena, sin embargo de apelacion ni contradiccion, ni otra excusa, pues no la hai en caso tan urgente y necesario. Que para todo lo susodicho doi entera comision al dicho Pedro de Bizcarra, demas de la que tiene de S. M., como tal mi teniente de gobernador e capitán jeneral, a quien encargo la brevedad, de manera que llegue a tiempo que no cause dilacion en los efetos que

se han de hacer, como espero hará de su parte todo lo que se pudiere, porque el buen efeto consiste en su buen despacho, brevedad, cuidado e diligencia, de que yo principalmente lo fuí, particularmente le encargo, por no poder yo acudir personalmente a ello, por estar ocupado en las prevenciones que conviene hacerse en las demas ciudades deste reino.—Fecho en la ciudad de la Concepcion de Chile en diez y siete dias del mes de octubre de mil y quinientos y noventa y siete años.—*Martin García de Loyola*.—Por mandado del gobernador.—*Fernando Rodriguez de Gallegos*.

COMISION.

Martin García de Hoñez y Loyola, caballero de la órden de Calatrava, gobernador, capitan jeneral e justicia mayor en este reino e provincias de Chile por el Rei nuestro Señor, etc. Por quanto para seguir la guerra y conquista de los naturales rebelados deste reino en discurso de cincuenta años mas que há se levaptaron, se ha consumido y gastado mucha suma de hacienda de S. M., y de vecinos, moradores y naturales de paz, y seguídola con grandes trabajos y riesgos; y de cinco años a esta parte poco más que yo há que tengo de gobierno, lo he hecho con la continuacion que es notorio, y se ha tenido buenos efetos: de presente tengo aviso, despues que el señor visorei Don Luis de Velasco manda levantar un tercio de ochocientos soldados, que se traigan a este reino, con que mediante el favor divino y ayudándonos con las fuerzas y pusible del reino se espera fruto, haciéndose las poblaciones que convienen. E porque siendo, como son, los dichos soldados bisoños, y haber en este reino otro número de los del tercio que a fin del año pasado de noventa y seis llegaron del dicho reino del Pirú, que como jente nueva en el reino e su guerra, no estan ni estarán tan aptos para ella ni con el servicio cómodo que se requiere, conviene se junten y vengan a esta ocasion tan precisa todos los vecinos, encomenderos e moradores, estantes y habitantes en la ciudad de Santiago, cabeza de esta gobernacion, por ser necesario lo hagan todos los que fueren de provecho y servicio en la guerra, e que con ellos se acomoden los bisoños, y los que no fueren de provecho ayuden, como vasallos del Rei nuestro Señor, para los gastos y expensas de la guerra, como lo han acostumbrado hacer en tiempo de los gobernadores pasados, mis antecesores, despues que sucedió el dicho alzamiento, sin se excusar, si no ha sido de algunos años a esta parte, despues que yo entré en este reino: y esta no es ocasion de lo hacer, aunque les competiera esencion para ello, como yo lo espero o me consta lo harán, pues habiéndolos enviado a llamar el verano pasado ofrecieron de lo hacer, y por ser tarde se sobreseyó su venida hasta este verano; y así, con la dicha ocasion, es justo acudan, teniendo consideracion al servicio de Dios nuestro Señor y de S. M., y a que resultará la predicacion de su santo evangelio e paz universal. E porque yo no puedo ir personalmente a lo susodicho y de vos, el capi-

tan Niculas de Quiroga, correjidor e justicia mayor de la dicha ciudad de Santiago, tengo tan entera satisfaccion en este caso, como de mi propia persona, que como tan vasallo y fiel ministro del Rei nuestro Señor, acudiréis y entenderéis en lo susodicho, he acordado de os lo cometer, como por la presente os lo cometo; y en nombre de S. M. os mando que luego como esta mi provision veais, hagais llamamiento y apercibimiento de los vecinos encomenderos de esa ciudad e moradores y habitantes en ella que sean de servicio para la guerra, para que con sus armas y caballos vengán a servir a S. M. y hallarse en su real servicio conmigo en esta ocasion de guerra que este verano próximo venidero con el favor de Dios se les ha de hacer, e reprimir sus alteraciones e daños que han fecho, sin que en ello pongan excusa, pues en necesidad y caso tan forzoso no la puede haber, y salgan de esa ciudad para el dicho efeto para el tiempo que señaláredes; de manera que en todo el mes de octubre primero venidero deste año, esten y se junten conmigo; y los encomenderos que no acudieren a la dicha guerra por mucha edad o ausencia o ser menores de diez y siete años, ayudarán con escuderos que sirvan en la dicha guerra, conforme a la pusibilidad de sus haciendas y el mucho gasto que se hace en ella. Todo lo cual ejecutaréis con todo rigor e cuidado sin lo dilatar y sin excusa a los dichos vecinos y demas personas a quien así apercibiéredes lo cumplan, so las penas que les pusiéredes a los dichos encomenderos de pérdida [de] su encomienda, lo cual ejecutaréis. E los oficiales reales, luego que conste haber quebrantado e no cumplido vuestros mandamientos, tomen por sí los indios de las encomiendas del tal vecino, y cobren los tributos dellos e metan en la real caja por cuenta aparte para los gastos de la dicha guerra. Y para todo lo susodicho e cada cosa y parte dello, doi comision bastante al dicho capitán Niculas de Quiroga e para lo a ello anejo y concerniente y ejecucion de lo que proveyere, y nombrar caudillos, personas que le ayuden a la ejecucion de lo susodicho y lo que sobre ello convenga, sin limitacion alguna, sin embargo, sin apelacion ni contradicion que hagan e interpongan, y de la real provision de la real audiencia de los Reyes para no ser apercebidos, por estar alterada su ejecucion por la dicha real audiencia. Y el dicho capitán Niculas de Quiroga lo cumpla y ejecute sopena de perdimiento de su encomienda e mill pesos para la cámara de S. M.—Fecho en el fuerte en San Salvador de Coya, de la provincia de Puren, donde está alojado el ejército real, a nueve dias del mes de julio de mill y quinientos y noventa y siete años.—*Martin García de Loyola*.—Por mandado del gobernador.—*Fernando Rodriguez de Gallegos*.

COMISION.

Martin García Hoñez de Loyola, caballero de la órden de Calatrava, gobernador y capitán jeneral e justicia mayor en este reino y provincias de Chile por el Rei nuestro señor, etc. Por quanto para prose-

guir la guerra y conquista de los naturales rebelados deste reino, que de tantos años a esta parte se ha fecho, e yo de cinco que estoi en él lo he hecho y continuado, y de presente he tenido aviso que el señor visorei del Pirú D. Luis de Velasco ha mandado levantar en el dicho reino un tercio de ducientos soldados, los cuales fin del mes de setiembre primero que viene o principio de octubre deste año de noventa y siete llegarán al puerto de la ciudad de Santiago, cabeza desta gobernacion, y conviene prevenir caballos y sillas y demas peltrechos para los encabalar y peltrechar, que sean de servicio en la guerra, porque sin ello no serán de provecho ni frutuosos, y que esto esté prevenido para cuando lleguen porque no se detengan; demas que los soldados [que] dé presente militan en este reino, estan a pié por haber consumido los caballos que tenían en la guerra que este año se ha fecho; y esto se encargue y se encomiende a persona de confianza y cuidado que con ello haga, tomando el mejor medio que se ha hallado, por la notoria falta que de los dichos caballos hai en este reino, y que la ocasion presente no requiere dilacion: Doi la presente, por la cual ordeno al licenciado Pedro de Bizcarra, mi teniente jeneral de goberrador, y mando al capitan Niculas de Quiroga, correjidor e justicia mayor de Santiago, que luego como esta mi provision vean, junten y hagan juntar con ellos a los jueces, oficiales reales deste reino que residen en la dicha ciudad, y juntos en acuerdo de hacienda, traten y acuerden los caballos, sillas y peltrechos que serán necesarios para encabalar e peltrechar el dicho tercio de ducientos soldados y los demas que de la dicha ciudad han de salir este año; y acordado el número que así acordaren, doi comision al dicho capitan Niculas de Quiroga para que por todas las vias e medios pusibles junte todos los caballos pusibles de servicio, tomando todos los que hubiere en el potrero jeneral de la dicha ciudad y Aconcagoa, Quilloca, Rapel y Nancagagoa, y otros cualesquier potreros y de cualesquier personas eclesiásticas y seglares, de cualquier estado que sean, sin reservar ninguno de los indios pescadores que vinieren a la ciudad, de manera que en todo caso e por todas vias se junten y hayañ los dichos caballos con la brevedad que se requiere; e tome e haga hacer todas las sillas que sean posibles para los dichos soldados en el número que así se acordare, e peltrechos necesarios. Y todo ello lo haga tasar por tres tasadores nombrados por los oficiales reales e partes; y se hará cargo al fator, y el dicho capitan dará libranzas de lo que se montare para que los dichos oficiales reales lo paguen, como de gastos de guerra, de lo que es a S. M. que se trujo de la ciudad de la Serena para los dichos autos; y lo que se montare mas para que se pague de lo que fuere cayendo, a su cargo de los dichos oficiales reales; e las dichas libranzas las cumplan y paguen a las personas a quien así librare el dicho capitan Niculas de Quiroga, sin poner excusa en ello, ni tener atención ni consideracion a las personas cuyos fueren los tales caballos, haciéndolo con el rigor que se requiere personalmente; pues conviene y es forzoso el dicho proveimiento, y si se dilatase y no se hiciese,

recreceria mucho daño este reino por no se encabargar ni ser de servicio los dichos soldados. Por evitar el fraude que suele haber en trocar los tales caballos, hará hierro particular con que se hierren y señalen, e nombrará persona y personas que los recojan y tengan a cargo, de manera que con la dicha brevedad se junten: que para todo ello e lo a ello anejo e dependiente, doi comision bastante al dicho capitán Niculas de Quiroga, el cual lo ejecute como dél confío y espero lo hará, sin embargo de apelacion y contradicion, pues el caso y necesidad no requiere dilacion, en que le encargo el real servicio.—Fecho en el fuerte de San Salvador de Coya, de la provincia de Puren, donde está alojado el ejército real, a nueve dias del mes de julio de mil y quinientos e noventa y siete años.—*Martin García de Loyola*.—Por mandado del gobernador.—*Fernando Rodriguez de Gallegos*.

COMISION.

Martin García de Hoñez y Loyola, caballero de la órden de Calatrava, gobernador, capitán jeneral e justicia mayor destos reinos e provincias de Chile por el Rei nuestro Señor, etc. Por quanto los medios que la larga experiencia de la guerra deste reino ha mostrado ser mas útiles para conseguir la paz jeneral deste reino, y que cesen cuarenta años y mas que se han tenido de continúa guerra en que se ha consumido mucha suma de hacienda y españoles, es hacerse poblaciones en las comarcas de provincias que parece convenir, y ansí, mediante el favor divino, despues de haber fecho la poblacion desta provincia de Puren, se ha de hacer este verano que viene ansímismo la del estado de Tucapel, que son los dos puestos con que se espera asentar paz universal con el ayuda de un tercio de ducientos soldados que tengo aviso el señor visorei del Pirú D. Luis de Velasco ha mandado levantar en el dicho reino, y se espera estarán en este y puerto de la ciudad de Santiago fin del mes de setiembre o principio del de octubre primero venidero de este año de noventa y siete: e porque el dicho tercio se ha de ocupar e hacer con él la dicha poblacion de Tucapel, conviene vengán peltrechados y bastecidos de lo necesario para su sustento, de tocinos, cecinas, manteca, quesos y aparejos de harria, y que esto se haga y reparta entre los naturales de los Promacaes e términos de la ciudad de Santiago; porque, como es notorio, en tiempo de los gobernadores pasados mis antecesores, los dichos naturales acostumbraron a dar e dieron los dichos bastimentos y peltrechos en mucha suma, y despues que yo entré en este reino e le gobierno, que há poco ménos de cinco años, he relevado de dar los dichos bastimentos y peltrechos, [a] los dichos naturales, como no los han dado ni fecho en todo el dicho tiempo, y ansí en él han estado y estan lo mas holgados y descansados que en muchos años atras despues que hai guerra en este reino lo han estado, y agora es precisa necesidad acudir a este bastecimiento; porque si no se hiciese por los dichos naturales, no hai modo para lo poder proveer, e seria perder la ocasion

e tiempo e ser [in] frutuoso el gasto que se ha fecho en levantar el dicho tercio e cuidado que en ello se pone, y otras cualesquier prevençiones que se hagan: y pues ha de resultar bien jeneral, paz y sosiego y aumento de la real hacienda, es poco o ningun inconveniente que los dichos naturales se ocupen en hacer la dicha prevencion e ayuda, e la den a cuenta de S. M. para los dichos gastos, dándoseles libranza para que se les pague. E para que esto se haga con el cuidado que conviene, y estar yo actualmente ocupado en la dicha pacificacion; e porque del capitan Niculas de Quiroga, correjidor e justicia mayor de la dicha ciudad de Santiago, tengo entera satisfaccion, he acordado se lo cometer; e para ello dí esta mi provision, por la cual mando al susodicho que luego como la resciba, juntando consigo a los jueces oficiales del Rei nuestro Señor, que residen en la dicha ciudad, trate, confiera y resuelva los bastimentos que serán necesarios de tocinos, manteca, quesos y cecina, para número de ducientos soldados, e los aparejos de harria que sea pusible de hacer en los dichos Promocaes, y [de] lo que ansí resolvieren, hagan su acuerdo de hacienda para que a cuenta della, como gastos de guerra, los hagan y tomen los dichos naturales, hallándose en la dicha resolucion y acuerdo el protetor de los dichos naturales, y advertir lo que cada pueblo de indios podrá dar para el dicho efeto; y se reparta lo que ansí se acordare por el dicho acuerdo de hacienda por el dicho capitan Niculas de Quiroga, al cual doi poder y comision para que fecho el dicho acuerdo haga cada reparticion entre los dichos pueblos de indios de la juridiccion de la dicha ciudad y correjimientos de sus partidos de Tevo, Quilloca, Aconcagoa e Maule, de manera que entre todos se reparta: proveyendo sus mandamientos para que los dichos correjidores de partido y administradores de indios hagan en cada pueblo lo que les cupiere, despachando para brevedad persona y personas que lo visiten y vean el cuidado que se pone en hacer lo susodicho con la brevedad que el tiempo por estar tan adelantero requiere, apremiando los tales correjidores, administradores, caciques e indios a que lo hagan, so las penas que les pusiéredes, que he por puestas, y doi comision para las ejecutar e castigar a los dichos administradores: previniendo que el dicho protetor lo haga, que haya cuenta y razon de lo que cada pueblo de indios da de los dichos jéneros, e que el fator real, como proveedor jeneral, o su teniente, tome la razon y cargo dello para que, como tales gastos para la guerra forzosos y necesarios, se les dé por mí libranzas para que se les pague de la real hacienda, como es costumbre, haciendo que se tasen por sus jéneros por dos personas juramentadas que se nombren por parte de la real hacienda la una, y otra por el protetor, y en defeto de no los nombrar o nombrándolos no se conformando, de oficio, para que conste el valor para la dicha libranza. Lo cual haréis e cumpliréis vos, el dicho capitan Niculas de Quiroga, sin embargo de apelacion o contradiccion o otra cosa que se diga y alegue para no lo hacer, o que digan estan despachadas provisiones reales por la real audiencia de los Reyes, para

que a los dichos naturales no se les echen peltrechos ni derramas; porque demas de estar por la dicha real audiencia alterada su ejecucion, es forzoso y necesario al real servicio la ayuda de los dichos bastimentos, y que sin ellos no se puede conseguir la dicha poblacion: demas de habérseles de librar e pagar a los dichos naturales lo que ansí dieren. Que para todo lo susodicho e cada cosa e parte dello e lo a ello anejo e dependiente, doi entera comision a vos, el dicho capitán Niculas de Quiroga, y que en cosa ni en parte dello no se os ponga embargo ni impedimento, sopena de mill pesos de oro para la cámara real y gastos de guerra por mitad.—Fecho en el fuerte de San Salvador de Coya, provincia de Puren, a diez y nueve dias del mes de julio de mill y quinientos y noventa y siete años.—Y al dicho acuerdo de hacienda que ansí se ha de hacer, se junte y halle el licenciado Pedro de Bizcarra, mi teniente jeneral, que juntamente hagan el acuerdo referido sobre el dicho gasto.—Fecho ut supra.—*Martin Garcia de Loyola*.—Por mandado del gobernador.—*Fernando Rodriguez de Gallegos*.

Martin García Hoñez de Loyola, caballero de la órden de Calatrava, gobernador, capitán jeneral y justicia mayor en este reino y provincias de Chile, etc. Por quanto yo despacho de presente mis comisiones al capitán Niculas de Quiroga, correjidor e justicia mayor de la ciudad de Santiago, para que en ella y sus términos y partidos de correjimientos levante soldados para la continuacion desta guerra, y se tomen caballos, peltrechos y bastimentos a cuenta de S. M., y haciéndose cargo dellos al fator y proveedor jeneral, para los encabalar y aviar ansí ellos como el tercio de soldados que tengo aviso se está levantando en la ciudad de los Reyes del Pirú por órden del señor visorei Don Luis de Velasco, que ha de traer el maestre de campo Don Grabiél de Castilla, e segun el aviso, han de desembarcar en la dicha ciudad de Santiago fin del mes de setiembre o principio de octubre primero que viene deste año de noventa y siete; que ansí los dichos caballos, como bastimentos, sillas y demas peltrechos se han de entregar y hacer cargo al dicho fator y veedor real, como cosa tomada para S. M., y a cuenta de su real hacienda, y lo mismo lo que se diere gratis, y de allí se han de distribuir e repartir entre los dichos soldados que han de venir y los que se levantan en la dicha ciudad de Santiago; y para los poder distribuir requiere comision por estar yo ausente y no lo poder hacer personalmente: Y por la satisfaccion que tengo de vos, el dicho capitán Niculas de Quiroga, y especialmente habiendo de levantar y apercebir la dicha jente y aviarla y encabalarla, como lo tengo cometido por las comisiones que el dia desto os despacho, dí la presente, por la cual en nombre de S. M., como tal su gobernador, e capitán jeneral e justicia mayor, os doi comision para que todos los caballos, sillas, peltrechos y bastimentos y demas cosas que ansí se tomaren a cuenta de S. M. y sirvieren con ello gratis, de que se hiciere cargo dicho fator e proveedor jeneral y sus tenientes en cualquier manera

por de S. M. y a su cuenta, lo distribuyáis por libranzas entre los dichos soldados que así levantáredes e vinieren del Pirú, dando las dichas libranzas para ello dirijidas al dicho fator y sus tenientes, las cuales vayan como si yo las diese. E mando al dicho fator e veedor real e proveedor jeneral y sus tenientes, e cualesquier dellos a cuyo cargo estuvieren los dichos caballos, sillas e peltrechos e bastimentos, cumplan y goarden las libranzas que el dicho capitán Niculas de Quiroga diere, con las cuales, y recibo de los soldados a quien él diere, será bastante recaudo para su descargo y se resciba en cuenta.—Fecho en el fuerte de San Salvador de Coya a nueve dias de julio de mil y quinientos y noventa y siete años.—*Martin García de Loyola*.—Por mandado del gobernador.—*Fernando Rodriguez de Gallegos*.

Declaracion de testigos.

En la ciudad de Santa Cruz de Hoñez, en catorce dias del mes de marzo de mill y quinientos y noventa y ocho años, Su Señoría Don Martin García Hoñez de Loyola, caballero de la órden de Calatrava, gobernador, capitán jeneral e justicia mayor en este reino de Chile, para la dicha informacion e averiguacion de lo contenido en su auto, hizo parecer ante sí al capitán Grabiél de Hucero, del cual tomó e recibió juramento por Dios, por una señal de cruz que hizo, socargo del cual le encargó y él prometió de decir verdad en lo que se le preguntase, e siéndole leído el dicho auto, y mandado declare en lo que refriere lo que sabe ha visto y entendido lo que le parece, y habiendo oído, dijo: Que el testigo há quince años poco mas o ménos que entró en este reino por soldado en el tercio que a él trujo de los reinos de España Don Alonso de Sotomayor, gobernador e capitán jeneral que fué deste reino, e del dicho tiempo acá ha estado el tercio ocupado en la guerra y ministros della; y vido como en tiempo del dicho gobernador Don Alonso de Sotomayor acudian y acudieron los vecinos y moradores deste reino y habitantes dél a los llamamientos y apercibimientos que se les hicieron para la guerra y conquista, y en esta costumbre y uso halló este testigo a los dichos vecinos y moradores, sin excusa ni reclamar contra ello, y en esta posesion estaba cuando Su Señoría del dicho gobernador presente vino a este reino a le gobernar, que habra cinco años y medio poco mas o ménos, y este reino probe y necesidad y falto de jente, y su guerra mas obstinada y encendida que habia estado; y así el dicho gobernador Don Alonso vido este testigo, que forzado de la dicha necesidad, cuatro meses ántes poco mas o ménos que Su Señoría del dicho gobernador entrase en este reino, habia salido de la ciudad de los Reyes del Pirú a informar dello al marqués de Cañete, visorei del dicho reino, y no socorrió ni proveyó de cosa alguna. El dicho gobernador, con gran cuidado y vijilancia, se ocupó en la dicha conquista, tomando intilijencia de la forma de gobierno e trato de los dichos naturales: y vido este testigo que habiendo comen-

zado a hacer alguna ayuda para la dicha guerra, los vecinos encomenderos de la ciudad de Santiago, cabeza desta gobernacion, que es la ciudad y vecinos que han gozado en este reino de mas paz, hacienda y regalo que las demas deste reino, procuraron excusarse en acudir a la dicha guerra, ganando para ello provisiones de la real audiencia de los Reyes, con acuerdo del dicho visorei marques de Cañete, para no ser apercibidos ellos ni sus criados, teniendo ántes proveido, habrá treinta y cuatro años, la misma real audiencia provision para que los dichos vecinos acudiesen a los llamamientos que se les fuese fecho para la dicha guerra deste reino por los gobernadores dél; y porque el testigo ha visto las unas y otras provisiones, e las ha leído, e se remite a ellas. Y vido este testigo como estando Su Señoría del dicho gobernador y capitan jeneral haciendo la guerra, y esta poblacion de Santa Cruz, que tan importante era, y ha sido, vino un escribano público de la dicha ciudad de Santiago a notificar las dichas nuevas provisiones a Su Señoría, la cual vido y entendió este testigo haber causado avilantez en los de guerra, porque trataban, segun averiguó, que Su Señoría no les podia hacer la guerra porque se le quitaba el poder y fuerza; e los vecinos de las demas ciudades decian, que a ellos tambien les competia la misma libertad, pues eran encomenderos, y a los soldados se les quitaba el ánimo y voluntad de andar en la dicha guerra. Que lo uno y otro eran y fueron grandes estorbos en aquella ocasion, y se temia ruina y daño de nuestra parte: y obrando el favor divino, con el continuo cuidado y trabajo de Su Señoría, vido este testigo, que cuando se tenia perdida la esperanza, se fué ganando, porque se trujo de paz y redujo la Illaregua de Arauco que poco ántes habian peleado con el castellano del fuerte de aquel estado que Su Señoría reedificó; y ansimismo conquistó e trujo de paz las provincias de Catiray, Mareguano, Talcamavida, riberas del gran rio de Biobio, Goalqui, Quilacoya y Llanos, poblando en la dicha fuerza de Biobio y sus juntas esta ciudad e poblacion de Santa Cruz de Hoñez, en que el testigo se halló y lo vido. Y sabe por haberlo visto y entendido, que por el año pasado de noventa y siete tuvo Su Señoría aviso como el visorei del Pirú D. Luis de Velasco que sucedió al dicho marques de Cañete, enviaba a este reino para su conquista un socorro y tercio de soldados que en la ciudad de los Reyes se levantaban a costa y paga de la real hacienda; y para frutificar y que fuese de efeto y fruto este socorro y gasto, y se emplease en conseguir paz, envió a llamar y apercibir los vecinos encomenderos de la dicha ciudad de Santiago, enviando en persona al capitan Miguel de Silva, castellano de Arauco, a que él manifestase esta justa causa e persuadiese a que viniesen al dicho efeto y acudir a su obligacion en caso tan urjente sin excusarse: porque el testigo vido que despues que ganaron las dichas provisiones, se excusaron y no acudian, y el testigo entendió que los dichos vecinos pidieron que por ser la mas parte del verano pasado, se sobreeseyese su venida hasta el verano siguiente, que lo harian por el mes de setiembre del año pasado de

noventa y siete, como este testigo lo ha visto por carta del cabildo de la dicha ciudad: y que es verdad que por el mes de octubre es el principio del verano en este reino. E por el dicho año pasado de noventa y siete vido este testigo que estando Su Señoría del dicho gobernador invernando en la provincia de Puren, en un fuerte que allí tenia, tuvo nueva como el dicho visorei del Pirú D. Luis de Velasco enviaba otro socorro e ayuda de soldados a este reino, los cuales por ser la dicha ciudad de Santiago de mas vecindad y hacienda que las demas juntas deste reino, venian a desembarcar en la dicha ciudad como mas rica y opulenta, para que allí se peltrechasen y encabalgasen; demas que este testigo vido que los soldados que el año ántes habian venido a este reino, se habian ido a encabalgar a las ciudades de arriba, ordenando y despachando sus comisiones para quel capitan Niculas de Quiroga, correjidor de la dicha ciudad, a cuenta de S. M. comprase los caballos y aderezos necesarios; y que los dichos vecinos, pues se habian quedado el verano ántes, acudiesen este presente, y conforme a la carta del dicho cabildo estuviesen con Su Señoría en todo el mes de octubre pasado del dicho año, y previno Su Señoría de las demas prevenciones que refiere: este testigo ha visto algunas dellas, y ha visto y entendido por cosa cierta, las demas estaban hechas para con ello y los dichos vecinos y soldados tomar un puesto para poblacion. Y este testigo sabe por cosa cierta que el maestre de campo D. Grabiel de Castilla, con ciento y cuarenta soldados, llegó a la dicha ciudad de Santiago por el mes de octubre o noviembre pasado, porque este testigo llegó a ella por el mes de diciembre que pasó y halló en la dicha ciudad al dicho maestre de campo y soldados, y en aquel tiempo falleció el dicho capitan Niculas de Quiroga. Y vido este testigo haberse publicado y pregonado en la dicha ciudad real provision de la real audiencia, por la cual proveia que los dichos vecinos, sin embargo de las dadas, acudiesen a los llamamientos de Su Señoría, inserta en ella carta real de S. M. Y este testigo supo y vido, como persona que se halló en la dicha ciudad, y a pocos dias que llegó della, que los vecinos encomenderos de la dicha ciudad y moradores no acudieron a los llamamientos y apercebimientos que les fué fecho por órden de Su Señoría, ni ayudaron [a] encabalgar ni peltrechar los dichos soldados, porque este testigo solo ha visto venir della solo dos vecinos encomenderos y cuatro o cinco moradores poco mas o ménos; que algunos dellos habrá cuatro u cinco dias llegaron, y aun dejaron su hato atras; que ya es casi entrada de invierno, porque por el mes de abril que viene entran las aguas del invierno en esta tierra; y que no solo este testigo ha visto y vido en la dicha ciudad de Santiago por haberse hallado, como tiene dicho, presente, que los dichos vecinos encomenderos no acudieron ni ayudaron, publicando que no querian venir a la guerra, ni tenian obligacion a ello, y que harto habian ayudado en cinco años, y esto era lengoaje jeneral entre todos, haciendo juntas y corrillos en la plaza y calles de la dicha ciudad, donde públicamente lo decian y trataban. Y este testigo supo que el dicho

maestre de campo había echado un bando en la dicha ciudad para que ningun soldado tomase ni sacase indio ni india por fuerza contra su voluntad, y para que los que quisiesen de su voluntad venirse en servicio de los dichos soldados y otras personas no se los quitasen ni saliesen a los caminos: y este testigo vido como el cabildo de la dicha ciudad se airó contra el dicho maestre de campo porque dé tratacion dello, y le hicieron requerimiento; siendo el dicho bando justo, segun a este testigo le parece, pues los dichos indios son libres y naturales los mas dellos de acá arriba, y que desean volverse a su natural. Y este testigo supo, y es cosa pública, que algunas personas de la dicha ciudad, que no sabe quién son, salieron a los caminos y quitaron servicio de indios a algunos soldados, y volvieron, y los dichos vecinos e moradores hacian otros estorbos e impedimentos con nuevas que publicaban en la dicha ciudad, como que estaba proveído nuevo gobernador para este reino, desanimando con esto la jente y soldadesca; y que Su Señoría estaba mal con el visorei del Pirú Don Luis de Velasco, por no haber sido buenos los socorros que le habia enviado para este reino, y que despachaba por la Cordillera ocultamente informaciones a S. M. al Rio de la Plata, quejándose del dicho visorei; sabiendo, como este testigo sabe por lo que ha visto y entendido, que Su Señoría del dicho gobernador está mui grato y agradescido a la merced que el dicho visorei ha hecho a este reino, estimándola por propia por ser en tiempo de su gobierno; y esto le ha visto este testigo tratar y estimar de ordinario en público y en secreto: y se verifica la dicha invencion y cautela, porque dijeron que era Juan de Agurto el que llevaba estos pliegos e informaciones. Despues que ellos lo dijeron llegó a la misma ciudad de Santiago con ellos, a donde iban encaminados para llevarlos para el Pirú, y el uno de ellos iba sobre escrito al mismo visorei, porque este testigo vido los dichos pliegos, y no sabe este testigo quién echó esta nueva, sino la publicidad con que se trató, sin saber de quién nació el oríjen: e le pareció mal a este testigo, y es cosa cierta y notoria, que los dichos soldados bisoños que de presente han venido por no haber sido encabalgados en la dicha ciudad, han venido a pié, por falta de caballos, en yegoas, y haciendo por ello para se poder encabalgar y peltrechar, agravios a los indios de paz por donde pasaban. Y que este testigo vido que en la dicha ciudad juntó el dicho maestre de campo últimamente veinte y uno mancarrones que a este testigo se entregaban para traellos a su cargo, tan ruines que a la segunda y tercera jornada se iban quedando sin ser ninguno dellos de servicio para la guerra; y este testigo dejó los dichos caballos mancarrones en un potrero de Maule por no podellos pasar por ser tan ruines, y ansí no llegaron mas de quince al dicho potrero, siendo, como es, la dicha ciudad y sus términos, la mas abundosa deste reino, en tanto que lo tienen por granjería la saca de ellos: y fué en tanto grado la necesidad que los dichos soldados traian de caballos que por los caminos venian deshaciéndose de aderezos de su persona para habellos; y por la dicha mala ayuda, y no acudir los dichos

vecinos e moradores, ni juntándose los dichos soldados, ni venido los vecinos e moradores de las ciudades de arriba, ha visto este testigo se ha pasado el verano, y es ya el fin dél sin haberse hecho guerra, ni conquista, ni poblacion, que era lo que Su Señoría del dicho gobernador pretendia hacer; y por ello es cosa pública que los rebelados, visto que los han dejado, tomando ánimo y avilantez han salido ellos a las ciudades y fuertes sus fronteras a buscarnos y hacer guerra, y a persuadir y tramar para que los reducidos se alteren y rebelen, buscando invenciones y engaños como hacerlo, y haciendo las entradas que el auto refiere, y de presente se tiene nueva y aviso van sobre el fuerte del estado de Arauco; todo lo cual se hubiera excusado, si se acudiera con ejército haciéndoles la guerra, o se hubiera hecho la poblacion, que esta los ocupara y llamara a sí, y no salieran ellos a hacerla y a buscarla: se vido el tiempo que fué poblado el fuerte de Puren, que por el incendio que le sucedió se despobló, que el tiempo que allí estuvo poblado, por llamar a sí la guerra las demas fronteras estuvieron quietas y los reducidos sosegados: y los dichos daños de haberse alterado y rebelado, como es público, lo han fecho nuevamente los levos de Tabolevo, Quidico y Lavapi en el estado de Arauco, e lo hubiera fecho el de Quiapo si no hubiera preso su cacique por aviso que dieron tres indios de Catiray de la trama con que a él iban a sacar los indios de mita que allí tenían, por no dejallos empeñados y sacados alzarse: lo [cual] ha causado la dicha dilacion y mal aviso y recaudo y impedimento que hicieron los dichos vecinos de Santiago en lo que dicho tiene, y perdido el tiempo y prevenciones y alargando la guerra, poniéndose en ocasion de perder lo ganado y causar guerra inmortal, gastos y daños de la real hacienda y vecinos y moradores deste reino. Y que lo dicho es la verdad de lo que sabe, ha visto y entendido y le parece para el juramento que tiene fecho, y en ello se afirmó y retificó, y queste dicho y otro que tiene declarado sobre esta misma materia se entiende ser todo uno, y que es de edad de treinta y siete años, poco mas o ménos. Y lo firmó de su nombre.—*Martin García de Loyola.*—*Grabiél de Ucero.*—Ante mí, *Fernando Rodriguez de Gallegos.*

Testigo capitan Pedro de Escalante.—En la ciudad de Santa Cruz de Hoñez, en diez y seis dias del mes de marzo de mill y quinientos y noventa y ocho años, Su Señoría de Martin García Hoñez y Loyola, caballero de la órden de Calatrava, gobernador y capitan jeneral y justicia mayor en este reino y provincia de Chile por el Rei nuestro Señor, a la dicha informacion y averiguacion, hizo parecer ante sí al capitan Pedro de Escalante, del cual Su Señoría tomó e recibió juramento por Dios y por una señal de cruz que hizo, so cargo del cual le encargó y él prometió de decir verdad en lo que se le preguntase y él supiese, y siéndole leído el auto y cabeza de informacion de suso, y mandándole que en razon dello diga lo que sabe, y declare lo que ha visto y entendido, y habiéndolo oido dijo: este testigo há quince años poco mas o ménos que entró en este reino en compañía de D. Alonso Sotomayor,

gobernador que fué dél, y del dicho tiempo acá se ha ocupado en el dicho real servicio en la guerra que se ha fecho y hace a los rebelados, y halló que se tenia costumbre en este reino de acudir a la dicha guerra los vecinos encomenderos y moradores deste reino, y así ha visto este testigo provision real despachada por la audiencia de los Reyes, mas há de treinta y cuatro años, para que los dichos vecinos acudiesen a los llamamientos que los gobernadores deste reino les hiciesen para la guerra, a que se remite; y así vido este testigo que el tiempo que gobernó el dicho D. Alonso de Sotomayor, los dichos vecinos y moradores acudian a los llamamientos que para la dicha guerra les hacia como obligados a ello, sin se excusar ni reclamar, y estando en esta posesion y costumbre cuando Su Señoría del dicho gobernador presente entró en este reino a le-gobernar, que há cinco años y medio. Vido este testigo que habiendo hallado el dicho gobernador este reino en mas probeza que hasta entónces habia tenido y la guerra mas encendida y viva, y falto de soldados para su conquista, y acudiendo a ello el dicho gobernador con mucho cuidado y celo, que este testigo siempre ha conocido dél, del servicio de Dios y de Su Majestad y bien jeneral, procurando por todas las vias pusibles y medios lícitos el hacer la dicha conquista y procurar pacificar los dichos naturales, en lugar de ayudar a tan buen celo y trabajo personal quel dicho gobernador traia en esta fuerza de trabajos, vido este testigo que los vecinos encomenderos de la ciudad de Santiago, cabeza desta gobernacion, y que siempre ha estado de paz y con quietud y gozado sus vecinos y moradores de mas tranquilidad, hacienda y regalo que los de las demas ciudades, por ser la tierra aparejada para ellos, se procuraron excusar y exonerar de no acudir a la dicha conquista, ellos ni sus criados, ni moradores de la dicha ciudad, ganando provisiones contra la antigua que estaba despachada para ello; porque este testigo vido que estando Su Señoría ocupado en la mas fuerza de la guerra y efetos de mas importancia para conseguir la paz, llegó al campo y ejército real un escribano público de la dicha ciudad de Santiago, a pedimento de los dichos vecinos della, a notificar como notificó a Su Señoría del dicho gobernador las dichas provisiones de la dicha real audiencia para no acudir a la dicha guerra; porque este testigo estaba en aquella sazón en el dicho ejército: y las dichas provisiones causaron inconveniente, porque demas de la libertad que tomaron los dichos vecinos y moradores de ver que no habian de ser apercebidos, los de guerra que tomaron relacion dello, cobraron mas ánimo diciendo que al dicho gobernador se le quitaban las fuerzas, y esto fué pública voz y fama se trataba entre ellos, y las pocas fuerzas que habia en el reino, fueron ménos por la dicha causa. Y en este tiempo cuando ménos esperanza habia y mas ruina se esperaba, habiendo Su Señoría reedificado el estado del fuerte de Arauco, fortificándole y poblando esta ciudad de Santa Cruz de Hoñez, en la ribera del gran rio de Biobio y sus juntas, a la parte de Catiray, obrando nuestro Señor con su divino favor, se trujo de paz debajo el yugo real a los levos del dicho estado de

Arauco, y a las provincias de Catiray, Mareguano, Talcamavida, riberas del dicho rio de Biobio, Gualqui, Quilacoja y Llanos, que fué de grande efeto, las dichas poblaciones acompañada la una con la otra, e inteligencias que Su Señoría tomó con el trato y gobierno de los dichos naturales. Que este testigo, como persona que se ha ocupado personalmente en la dicha guerra, y ha andado con Su Señoría en todo lo que ha fecho, vido y entendió lo que tiene dicho y lo ha manifestado el tiempo. Y que por el año pasado de noventa y seis, estando el testigo con Su Señoría vido como tuvo nueva que el visorei del Pirú Don Luis de Velasco, que sucedió al marques de Cañete, con cuyo acuerdo se habian despachado las provisiones de la dicha audiencia de los Reyes para que los dichos vecinos no fuesen apercebidos, hacia levantar y se levantaron en la ciudad de los Reyes un tercio de soldados, que despues este testigo vido que llegaron a este reino número de ducientos hombres, pocos mas o ménos, los mas o casi todos inútiles para la guerra, a costa, expensas y pagas de la real hacienda; envió el dicho gobernador a la dicha ciudad de Santiago al capitan Miguel de Silva, castellano de Arauco, a persuadir y amonestar de su parte a los dichos vecinos de Santiago de su parte acudiesen en la dicha ocasion a servir a Su Majestad en la dicha guerra y conquista, pues era precisa la necesidad, y seria urgente y de fruto su venida, y no se excusasen como lo habian fecho en tiempo de Su Señoría por las dichas provisiones. Y este testigo vido ir a ello al dicho castellano, y fué cosa pública haberles hablado y persuadido a que acudiesen, y despachado su provision Su Señoría del dicho gobernador a su teniente jeneral para que los trujese, que ha visto y se remite a ella. Y es cosa cierta que los dichos vecinos no vinieron y pidieron que por ser pasada la mas parte del verano se sobreseyese su venida hasta el siguiente; y escribió el cabildo de la dicha ciudad a Su Señoría vendrian los dichos vecinos y saldrian por fin de setiembre, que es la entrada del verano en este reino. Y el año próximo pasado de noventa y seis, este testigo fué destas ciudades de arriba, donde dejó a Su Señoría, a la de Santiago, donde llegó por principio de diciembre pasado y halló en la dicha ciudad al maestré de campo Don Grabiél de Castilla con ciento y cuarenta soldados, pocos mas o ménos, que habia traído del Pirú y se habian levantado en los Reyes a costa de Su Majestad, por mandado del dicho visorei Don Luis de Velasco, la cual dicha ciudad de Santiago, como este testigo tiene dicho, es la mas rica, bastecida y opulenta de las del reino, porque este testigo las ha andado, y en la que con mas comodidad que en las demas del reino juntas de acá arriba, se podian encabalgar y peltrechar, si los vecinos de la dicha ciudad, quisieran ayudar a ello: y Su Señoría tenia proveido sus comisiones al capitan Niculas de Quiroga, correjidor de la dicha ciudad que falleció estando ocupado en ello, para que a costa de la real hacienda se tomasen y comprasen caballos y demas aderezos para encabalgar y aderezar los dichos soldados, y para que los dichos vecinos acudiesen a lo que habian ofrescido y estuviesen en todo el mes de

otubre pasado en compañía de Su Señoría, y los impedidos de no poderlo hacer personalmente, ayudasen para encabalgar y peltrechar los dichos soldados: y asimismo proveyó se hicieran peltrechos a la dicha costa, y previno Su Señoría de las demas prevenciones de comida, carneros, vacas, teja y lo demas que refiere, y caballos en las partes contenidas en el dicho auto: que parte dello este testigo lo ha visto; y lo demas es cosa pública y notoria está prevenido. Y este testigo supo en la dicha ciudad de Santiago, como en ella se habian pregonado y publicado provisiones de la real audiencia, inserta carta real para que los dichos encomenderos y moradores acudiesen a la dicha guerra y llamamientos que para ella le fuesen fechos; y con todo eso vido este testigo que los vecinos de la dicha ciudad, excepto el capitan Alonso de Córdova que se compuso por sí y por Alonso de Córdova, su hijo, no acudieron a los llamamientos que por parte de Su Señoría les fueron fechos para venir este verano a la dicha guerra, ni quisieron ayudar a encabalgar los dichos soldados, resistiéndose y haciendo corrillos, diciendo que Su Majestad por la real carta inserta en la dicha provision no les mandaba sino que acudiesen a sus obligaciones, y que esto era estar en sus casas y sustentar su república, y ansí no querian ya salir della, y que harto habian gastado ellos y sus padres: y que esta era plática jeneral entre todos, y lo trataron y dijeron a este testigo diversas veces; y que querian hacer sus papeles y los andaban haciendo, y que los que particularmente trataban desto era el capitan Tomas de Pasten, e Luis m.^{te} de Sotomayor, Pedro de Escovar, D. Gonzalo de los Rios, Joan Godines, Don Francisco Zúñiga, y jeneralmente todos los vecinos y moradores, el algoacil mayor Alonso del Campo Lantadilla, Melchor Fernandez, escribano público, Hernando Alvarez de Bahamonde, Juan Venegas, Luis de Toledo, Hernando Alvarez de Toledo, y jeneralmente todos unánimes, conformes [en] resistir de no estar obligados [a] acudir a la dicha guerra; y haciendo impedimentos y requerimientos a el dicho maestre de campo por el bando que echó, y saliendo a los caminos a volver a los indios que de su voluntad venian con los soldados, por ser naturales de acá arriba y desear volverse a su natural; y entre los que salieron fueron el licenciado Francisco Pasten, Juan de la Cueva, con otros sus amigos y allegados, y los hijos de Lesmes de Agurto y otros; y publicando en la dicha ciudad nuevas de que estaba proveido nuevo gobernador, y que Su Señoría despachaba pliegos informes por el Río de la Plata a España, y otras invenciones y nuevas; todo dirijido a estorbo e impedimento, que fué tanto el que en la dicha ciudad se hizo que solo salieron della dos encomenderos para la guerra, y estos tienen negocios particulares de pretensiones, y cuatro u cinco moradores, que los últimos llegaron a esta ciudad, que está ántes de la guerra, a nueve de este mes, y aun a la lijera, sin su hato, siendo ya casi entrada de invierno. Y los dichos soldados que vinieron del Pirú, han llegado por el mismo tiempo y pocos dias ántes, tan desaviados por venir casi a pié y los caballos que traen ser tan malos, que no son de servicio para la guerra,

y muchos dellos haber venido en yegoas y deshaciéndose de sus vestidos para poder haber caballos en que venir, por haber setenta u ochenta leguas de camino de aquí a Santiago: y que los que en ella se juntaron, que los que este testigo vido fueron veinte o veinte y uno, fueron tales que a la segunda y tercera jornada se cansaban; y los que se juntaron de los naturales de la dicha ciudad fueron de ningun efeto por ser potros flacos y sin tresno alguno, sin haber caballo que fuese de efeto, siendo la dicha ciudad la mas opulenta de las del reino. Y que este testigo ha visto que por no haber acudido los dichos vecinos y moradores y dado aviamiento a los dichos soldados, y la jente de arriba no haber acudido, se ha pasado este verano sin haberse juntado ejército ni tomado puesto y poblacion, y ha sido causa que los indios rebelados, viéndolos desocupados ellos, hayan salido a buscarnos e ido a hacer guerra a los de paz y sobre las ciudades fronteras y presidios, como son la ciudad Imperial y fuerte de Arauco, y es público haber fecho los daños que el auto refiere; y que si se hubiera hecho poblacion en uno de los puestos de Tucapel o Puren que Su Señoría pretendia y para que tenia hecho las dichas prevenciones, hubiera llamado a sí la dicha guerra y ocupádose en los dichos rebelados, y así hubieran ellos dejado de ir a buscar y a hacer, como se ha visto y mostrado la experiencia, que teniendo en sus mismas tierras y comarcas españoles se ocupan allí, porque la llaman a sí y no salen fuera ellos a hacerla como la hacen, viendo que no se les hace: y así demas de los efetos que causa la poblacion, excusa que los naturales rebelados salgan a hacer guerra y daños, y por haberse pasado este verano sin lo poder hacer, se ha pasado el tiempo y perdido las prevenciones y alargado la guerra, y puesto en condicion los nuevamente reducidos, que este testigo ha entendido habian tratado parte dellos de levantarse, y otras máquinas y enredos que Su Señoría desentrañó y supo, y mediante ello atajó. Y no solo lo han fecho el daño que tiene dicho los dichos vecinos de Santiago, sino dado motivo a que los vecinos de otras ciudades hagan lo mismo; porque pasando este testigo por la ciudad de San Bartolomé de Gamboa, le dijeron allí ciertos vecinos de la dicha ciudad que los de Santiago eran su gallo y se habian de conformar con ellos. Y esto que ha dicho y declarado este testigo, dijo ser la verdad de lo que ha sabido y entendido y visto, cada cosa como tiene declarado, así por haberse hallado este testigo en la guerra, como en la dicha ciudad de Santiago cuando pasó y lo supo y entendió, y para el juramento que tiene fecho, y en ello se afirmó y ratificó, y dijo ser de edad de treinta y cinco años, poco mas o ménos. Y lo firmó.—*Martin García de Loyola.*—*Pedro de Escalante.*—*Ante mí Fernando Rodriguez de Gallegos.*

Testigo capitán Juan Perez de Cáceres.—En la ciudad de Santa Cruz de Hoñez en diez y siete dias del mes de marzo de mill y quinientos y noventa y ocho años, el Señor Martin García Hoñez y Loyola, caballero de la órden de Calatrava, gobernador, capitán jeneral e justicia mayor en este reino e provincias de Chile por el Rei nuestro

Señor, para la dicha informacion hizo parecer ante sí al capitan Juan Perez de Cáceres, vecino morador de la ciudad de Santiago, del cual Su Señoría rescibió e tomó juramento por Dios e por una señal de cruz en forma de derecho segun de suso, y prometió decir verdad: y siendo preguntado conforme al dicho auto y cabeza que le fué leida, y mandado que cerca dello diga y declare todo lo que sabe y ha entendido, y habiéndole leido dijo: Que desde veinte años a esta parte y mas, que há que este testigo tiene memoria y conocimiento, ha visto que los vecinos de la ciudad de Santiago, cabeza de esta gobernacion, donde este testigo nació y se crió, tenían de costumbre acudir y acudian a la guerra y conquista deste reino todas las veces que eran llamados por los gobernadores deste reino, sin contradicion, y en esta posesion y costumbre habian estado y estaban los vecinos encomenderos y moradores de la dicha ciudad y las demas de este reino, y en ella los halló Su Señoría del dicho gobernador cuando vino a gobernar a este reino, que habrá cinco años y medio poco mas o ménos: y estaba este reino en aquel tiempo mas probe que jamas habia estado, y los indios rebeldos mas obstinados y rebeldes, y ménos españoles que jamas habia habido, pues habia obligado a Don Alonso de Sotomayor, antecesor de Su Señoría, que pocos dias ántes dejó el reino, constreñido de la dicha necesidad, y fuese al reino del Pirú a informar dello al marques de Cañete, visorei que a la sazón era, y pedirle proveyese de socorro y jente para él, que no proveyó. Y hallando Su Señoría el reino en el estado que tiene dicho, vido este testigo procuró con todo cuidado y celo la pacificacion deste reino, y estando actualmente ocupado en ello y con necesidad de ser ayudado, vido este testigo que los vecinos encomenderos de la dicha ciudad de Santiago, que es la ciudad que ha gozado de mas paz y tranquilidad y descanso de las deste reino, y de mas vecindad y territorio, por haber andado este testigo las del reino, o casi todas; y las que no ha andado, que son dos o tres, tiene noticia dellas, procuraron ser excusados para no acudir a la dicha guerra ganando provisiones de la real audiencia de los Reyes, con acuerdo del dicho visorei, marques de Cañete, para que ellos ni sus criados ni moradores lo fuesen, habiendo proveido la misma real audiencia, habrá treinta y cuatro [años] poco mas o ménos, provision real, para que los encomenderos acudiesen a los llamamientos y apercebimientos que les fuese fecho para la guerra por los dichos gobernadores: y este testigo ha visto las unas y otras, y se remite a ellas. Y fué cosa pública y notoria que estando Su Señoría del dicho gobernador ocupado en la dicha guerra y pacificacion, vino un escribano público de la ciudad de Santiago, a pedimento de los mismos vecinos, a le notificar las dichas provisiones, que causaron la ávilantez en la de guerra, y poca voluntad en los demas vecinos del reino que el auto dice; porque este testigo oyó decir trataban que siendo ellos encomenderos, como los de la dicha ciudad de Santiago, ansímismo habian de gozar de la dicha libertad. Y estando en esta nescesidad y trabajo y perdida la esperanza de buenos

sucesos y ganancia, vido este testigo que habiendo Su Señoría fortificado el fuerte de Arauco y poblado esta ciudad de Santa Cruz de Hoñez en la ribera y junta del gran río de Biobio, acompañada la una población con la otra, obrando Nuestro Señor con su divina mano, se fué ganando y trayendo de paz el estado de Arauco, y provincias de Catiray, Mareguano, Talcamavida, la ribera del dicho río de Biobio, provincia de Gualqui, Quilacoya y Llanos, que son las provincias de mas gallardos bárbaros desta tierra: sábelo este testigo como persona que ha estado y está actualmente en la guerra y ha visto y entendido lo que tiene dicho. Y este testigo vido como el año pasado de noventa y seis, habiendo tenido nueva Su Señoría que en la ciudad de los Reyes del Pirú se levantaba un tercio de soldados por orden del visorei Don Luis de Velasco que sucedió al dicho marques de Cañete, con pagas y costa de la real hacienda, envió a la dicha ciudad de Santiago al capitán Miguel de Silva, castellano de Arauco, a hablar, pedir y persuadir a los dichos vecinos, viniesen a ayudar a Su Señoría a la dicha conquista y ayudándole en necesidad tan precisa, sin excusarse, como lo habian fecho el tiempo que habia gobernado, por las dichas reales provisiones: y despachando para el dicho llamamiento y apercibimiento su comision al licenciado Pedro de Bizcarra, su teniente de gobernador, a la cual se remite: y es cosa pública que despues de haberlos hablado y persuadido el dicho castellano por parte del dicho gobernador, se entretuvieron hasta que pasada la mayor parte del verano envió Su Señoría se sobreseyese su venida, por estar el tiempo tan delantero, hasta el verano siguiente, y así se quedaron. Y ha visto este testigo carta del cabildo de la dicha ciudad, en respuesta desto, refiriendo saldrian los dichos vecinos para el verano siguiente por fin de setiembre, que es principio de verano en este reino, a la cual se remite: y este testigo vido como estando invernando Su Señoría del dicho gobernador en la provincia el invierno pasado de noventa y siete, tuvo aviso que el dicho visorei enviaba otro socorro de soldados a este reino, y venian a tomar puerto y desembarcar en la dicha ciudad de Santiago, que, como tiene dicho este testigo, es la mas rica y opulenta del reino y donde mejor se podrán encabalgar y peltrechar (demás que en las ciudades de arriba lo han fecho los ducientos soldados que el año ántes habian venido del primero tercio, e aunque los mas o casi todos no fueron de provecho por no ser ájiles para la guerra, y por ello estar descarnadas de armas y caballos las dichas ciudades), y proveyendo sus comisiones para que a costa y cuenta de Su Majestad se tomasen los caballos necesarios para encabalgar los dichos soldados y los demás que de la dicha ciudad habian de salir, proveyendo asimismo se hiciesen en la dicha ciudad y sus términos los peltrechos necesarios, y que los dichos vecinos cumpliesen lo que habian prometido, y acudiesen todos los que fuesen suficientes a se hallar en la dicha conquista y ayudar a Su Señoría, y para ello estuviesen en su compañía en todo el mes de octubre pasado de noventa y siete, dirijidas las dichas comisiones al capitán

Niculas de Quiroga, correjidor e justicia mayor que fué de la dicha ciudad, estándolo previniendo y ejecutándolo falleció. Y es cosa notoria tenia Su Señoría prevenido el trigo, carneros, vacas, cecinas y otros peltrechos en mucha suma en términos de la dicha ciudad de Santiago, que este testigo ha visto y tiene la memoria dello, y ha visto gran cantidad de teja en la ciudad de los Confines, y es cosa pública que en la ciudad Imperial y en las demas de arriba estaba prevenido lo que el auto dice, para con ello hacer la poblacion que Su Señoría pretendia en uno de los puestos de Tucapel y Puren. Y este testigo vido por haberse hallado en la dicha ciudad de Santiago, donde pocos dias habia llegado de la guerra deste reino, que por el mes de noviembre, el primero dél, tomó puerto el maestre de campo Don Grabiél de Castilla con ciento e cuarenta soldados, pocos mas o ménos, que trujo en el puerto de la dicha ciudad; y en la dicha ciudad es cosa pública haberse pregonado por órden del dicho maestre de campo la última provision de la real audiencia de los Reyes, inserta una real carta, en que por la dicha real provision manda la dicha real audiencia que los vecinos encomenderos acudan a los llamamientos que el dicho gobernador les hiciere para la guerra, a la cual se remite: y sabe este testigo, por haberlo visto, que, si no son dos encomenderos de la dicha ciudad, no ha venido otro della este año, y cuatro o cinco, pocos mas o ménos, moradores, y algunos dellos habrá cuatro o cinco dias que llegaron y los demas soldados que vinieron del Pirú pocos dias ántes, de manera que han llegado por mediado de enero, y este de marzo que es ya el fin del verano en este reino, la resta de la dicha jente: y que el aviamiento que los vecinos de la dicha ciudad de Santiago este testigo vido que dieron al dicho maestre de campo Don Grabiél de Castilla, no llegaron a sesenta mancarrones, entre ellos cinco o seis rocines de servicio para la guerra, y los demas tan ruines que no eran para ella, y cuatrocientos veinte y cinco pesos que entraron en poder del fator Bernardino de Morales Alborno, y se gastaron, y distribuyeron en sillas que se hicieron y en frenos y otras algunas cosas que se dieron a soldados que tenían necesidad, en que se consumieron los cuatrocientos y veinte y cinco pesos, poco mas o ménos; porque de solo los cien frenos costaron los ciento y veinte pesos dellos, y los moradores de la dicha ciudad dieron hasta sesenta pesos, poco mas o ménos, así en tiempo del dicho maestre de campo y capitán Niculas de Quiroga, questos por órden de los susodichos recojió este testigo y solicitó la cobranza dello, y cincuenta vacas que dieron Alonso de Riberos y Alonso de Córdova y Joan Gudinez, y ciento y sesenta carneros que dieron los dichos Riberos y Córdova, que esto quedó en Maule: y los correjidores de los partidos acudieron, el de Rapel con veinte y un potros y veinte y siete aparejos de harria, y el pueblo de Lampa con ocho potros con sus aparejos de harria, el pueblo de Colina con lo mismo, y el pueblo de la Angostura con diez e siete potros y con veinte y ocho aparejos de harria, y el pueblo de Pomaire seis potros con sus aparejos de harria, el pueblo

de Aconcagoa con veinte y ocho potros y diez y seis aparejos, del valle de Quillota trece potros y diez y nueve aparejos: todos los cuales potros eran tan malos los mas dellos y tan flacos, que si no fuera por echar la jente no se tomaran, porque no eran de caballería ni para carga. Y esto fué lo que este testigo vido y entendió haber dado los de la dicha ciudad y partidos que tiene dicho, como persona que los recojió y tuvo a cargo encabargar los dichos soldados, que vinieron mui desaviados e infrutuosos para la dicha conquista y tan tarde como tiene dicho: y así este verano se perdió la ocasion de poderse hacer la poblacion que Su Señoría tiene platicado y para que tenia hechas las prevenciones referidas, y así la dicha tardanza y no haber acudido los vecinos y moradores de la dicha ciudad de Santiago y las demas de arriba, los que estaban apercebidos para venir, ha sido causa de no haberse juntado ejército real el tiempo del verano, y ejecutado Su Señoría los disinius que tenia prevenido, y así se perderán los dichos peltrechos y prevenciones. Y ha entendido este testigo que los naturales de la comarca desta ciudad de Santa Cruz de Hoñez, que son de Catiray y Mareguano, los mas belicosos que Su Señoría redujo y trujo de paz, han tratado entre muchos dellos alterarse y rebelarse, pareciéndoles que hai flaqueza de fuerzas y jente de nuestra parte; y Su Señoría, por haber descubierto estos tratos y tramadas ántes que se declarasen en ellas, lo ha atajado. Y ansímismo de presente ha tenido nuevas de que viene una junta sobre la fuerza de Arauco, como consta por la carta del castellano que está en esta informacion, que ha visto, y a ella se remite. Y ansímismo dijo este testigo, que al tiempo que el dicho maestre de campo estaba en la dicha ciudad de Santiago encabalgando e peltrechando los soldados que habia traído, y entendiendo en el dicho apercebimiento, habian echado un bando para que ninguna persona saliese a los caminos a quitar el servicio de indios que trujesen los soldados de su voluntad, que todos ellos o los mas son de las ciudades de arriba: segun este testigo ha entendido, el cabildo de la dicha ciudad hizo requerimiento al dicho maestre de campo, que por él parecerá el término que en él tuvieron; y este testigo vido mui sentido al dicho maestre de campo por haberlo tenido malo. Y ansímismo en el dicho tiempo y ántes echaron y publicaron nuevas en la dicha ciudad que Su Majestad habia proveído nuevo gobierno a este reino y estaba ya proveído y removido Su Señoría; y quien lo publicaba diciendo que era cierta y que vendria sin falta Don Fernando de Zárate, fué Gaspar Jorje de Segura, mercader de la dicha ciudad, que este con palabras ciertas lo publicaba, y los demas solo era de rumor, procedido de lo que el susodicho publicaba: y ansímismo en el dicho tiempo se publicó en la dicha ciudad que un hijo del capitán Joan Ruiz de Leon habia dicho habia visto a Juan de Agurto, hijo de Lesmes de Agurto, que habia salido de la dicha ciudad y venido a donde estaba Su Señoría, que de vuelta iba el camino de los Juries a la lijera con solo un caballo en que iba, y otro de diestro y un muchacho, y que solo le habia preguntado por un caballo rucio suyo, y dádole ciertas

encomendas para Rodrigo de Araya, y no otra cosa; y con esto los de la dicha ciudad comenzaron a decir, unos que debia de ir con pliegos y despachos a Domingo de Erasso, que está en España, y otros que los debia de ir a encaminar, y cada uno lo que les parecia en esta razon: y que no se acuerda a quién oyó decir que estaba dada una informacion o se habia hecho contra el dicho visorei, en razon de no haber sido la jente del primer socorro que le envió de servicio en la dicha guerra: y que las dichas nuevas no hacian ninguna ayuda, ántes estorbo en lo que se estaba entendiendo en la dicha ciudad de Santiago, del dicho apercebimiento y prevenciones. Y lo que dicho e declarado tiene es la verdad para el juramento que tiene fecho: leyósele su dicho, retificóse en él, y dijo ser de edad de treinta y tres años, poco mas o ménos, y que no le tocan las jenerales, y lo firmó de su nombre.—*Martín García de Loyola.*—*Juan Perez de Cáceres.*—Ante mí *Fernando Rodriguez de Gallegos.*

Testigo el capitan Tomas Duran.—En la fortaleza de Sant Alifonso, del estado de Arauco, a veinte y siete dias del mes de abril de mil y quinientos y noventa y ocho años, Su Señoría del dicho gobernador e capitan jeneral Martin García Hoñez y Loyola, para la dicha informacion hizo parecer ante sí al capitan Tomas Duran, vecino encomendero de la ciudad de Santiago y capitan de una compañía de caballos, del cual tomó e recibió juramento en forma, segun que de los demas testigos de suso, e prometió de decir verdad: y siéndole leído el auto desta cabeza de informacion, y oido por él, dijo: Que es cosa notoria que la guerra de este reino há que dura desde que se descubrió, que há mas de cincuenta años con grandes gastos y costas de la real hacienda, vecinos moradores deste reino, acudiendo personalmente los vecinos y moradores, y los que no lo hacian ayudando con sus haciendas para los gastos de la dicha conquista; y en esta posesion y costumbre estaban los encomenderos e moradores deste reino cuando Su Señoría del dicho gobernador y capitan jeneral vino a le gobernar, que habrá cinco años y medio, poco mas o ménos: y al dicho tiempo este reino estaba mas probe y necesitado y mas falto de jente que jamas habia estado, porque este testigo es nacido y criado en este reino, y ha seguido la guerra desde tierna edad, e ansí ha visto e tiene noticia de lo susodicho. Y vido este testigo que Su Señoría del dicho gobernador, tomando con gran celo el proseguir y hacer esta conquista, la fué haciendo con los medios e intelijencias que tomó y pudo, con las pocas fuerzas y posibles que el reino tenia, sin haber querido socorrerle ni ayudarle el marques de Cañete, visorei del Pirú, aunque se le habia pedido e instado, e informado de la dicha necesidad: pocos dias ántes que Su Señoría llegase a este reino, habia salido dél Don Alonso de Sotomayor, su antecesor, a pedir el dicho socorro al dicho visorei, el cual no dió como tiene dicho. Y estando Su Señoría del dicho gobernador en estos trabajos, y haciendo la dicha conquista personalmente a las provincias de Catiray, Mareguano, Talcamavida, Gualqui, Quilacoya y riberas del gran rio de Bio-

bio, de una parte y otra, que son los mas gallardos bárbaros de este reino; y habiendo poblado en la ribera del dicho rio de Biobio, a la parte de Catiray, y reedificado y fortalecido esta fortaleza de Arauco, teniendo las cosas en buen estado, habrá cuatro años, poco mas o ménos, que de la dicha ciudad de Santiago vino un escribano público a donde el dicho gobernador estaba ocupado en lo dicho, a le notificar ciertas provisiones despachadas por la dicha real audiencia, con acuerdo del dicho visorei, marques de Cañete, para que los dichos vecinos ni sus criados ni moradores de la dicha ciudad de Santiago, acudiesen a la dicha guerra y conquista y llamamientos que les fuesen fechos, habiendo despachado ántes, habrá treinta y cuatro años, poco mas o ménos, otra real provision a pedimento de Pedro de Villagran, segundo gobernador de este reino, para que los dichos vecinos acudiesen a la dicha guerra, que fué pregonada e publicada en la dicha ciudad, que este testigo ha visto y se remite a ella: y que las dichas provisiones que a pedimento de los dichos vecinos de Santiago se ganaron, fueron de gran daño para este reino e su conquista, porque quitaron las fuerzas que habia y ayuda que hacian, en que estaban en costumbre, y en posesion Su Majestad; y tomaron ánimo nuevo y avilantez los de guerra para su protervidad, y los vecinos de las demas ciudades tibieza en acudir, publicando que por qué habian de ser ellos de peor condicion que los de la dicha ciudad: e así los dichos vecinos y sus criados e moradores de Santiago, despues que ganaron las dichas provisiones, aunque Su Señoría les exhortaba y pedia le ayudasen, no lo hacian; y de los encomenderos solo este testigo, por ver la dicha necesidad, ha acudido de su voluntad ordinariamente a la conquista que Su Señoría ha fecho: que con la alteracion y movimiento de las dichas provisiones se tenia y esperaba por cierto gran ruina en el reino, y ha visto este testigo que ayudando nuestro Señor al dicho gobernador trujo de paz a las dichas provincias de Catiray, Mareguano, Talcamavida, Curan, Levo, riberas del dicho rio de Biobio, de una parte y otra, Gualqui, minas de Quilacoya y Llanos, que llaman de la Concepcion, y este estado de Arauco: y procurando Su Señoría que de los reinos de España se le trujese un buen socorro de soldados para pasar adelante, enviando para ello persona de su casa que informase a Su Majestad, y que en el ínterin el visorei del Pirú le ayudase y socorriese con soldados para sustentar lo ganado; y teniéndolo en este estado, vino nueva a este reino por fin del año noventa y seis, como habiendo llegado al dicho reino del Pirú por visorei el señor Don Luis de Velasco, informado de lo dicho, enviaba a este reino un socorro de soldados que hacia levantar en la ciudad de los Reyes, los cuales llegaron fin del dicho año a este reino, que fueron ducientos hombres, pocos mas o ménos, y segun público con paga de ciento cincuenta pesos corrientes a cada uno por un año, con los cuales Su Señoría tomó el puesto de Puren, e por no ser jente hecha para trabajos de la guerra, por ser los mas muchachos, no fueron del efeto y servicio que fueran, siendo de suficiencia para la dicha guerra, aunque habian

llegado a gran tiempo y ocasion. Y vido este testigo que con la dicha nueva y socorro el dicho gobernador, pretendiendo y deseando hacer efeto con el dicho socorro, envió al castellano Miguel de Silva a persuadir a los dichos vecinos e moradores de Santiago viniesen a ayudar a Su Señoría para que entremetida la jente baqueana con la chapetona se abrigasen; y vido este testigo que no vinieron, porque solo este testigo vino de los encomenderos, y entendió que Su Señoría, visto se pasaba el verano, les ordenó se quedasen hasta el venidero, que fué este que entró por setiembre de noventa y siete, pidiéndoles que en todo el dicho mes saliesen de la dicha ciudad para el dicho caso, y lo aceptaron. Y estando invernando con el ejército Su Señoría en la provincia de Puren, tuvo nueva como el dicho visorei le enviaba otro socorro de soldados a la primavera del dicho año; y vido este testigo proveyó se desembarcasen los que así viniesen en la dicha ciudad de Santiago, que es la ciudad de mas poblacion y vecindad y de mas haciendas y regalos que las del reino, y donde mas caballos, bastimentos y peltrechos se pueden juntar: y de nuevo proveyó que los dichos vecinos e moradores viniesen a ayudar a Su Señoría y estuviesen en su compañía en todo el mes de octubre pasado, y previno que a costa de Su Majestad se tomasen caballos y sillas y lo necesario para encabalgar e peltrechar los dichos soldados, y que los encomenderos y moradores impedidos ayudasen para lo dicho: y este testigo, habiendo salido por setiembre del dicho ejército e ido a la dicha ciudad de Santiago a se peltrechar, vido llegar a ella al maestre de campo Don Grabiél de Castilla, que habia traído el primer socorro y vuelto al Pirú a pedirle de nuevo, y llegó con ciento y cuarenta soldados y oficiales de guerra, pocos mas o ménos, por fin del mes de octubre o primeros de noviembre, que son los primeros meses de verano; y llegados a la dicha ciudad de Santiago, se detuvieron allí hasta el mes de hebrero, porque este testigo se vino adelante con una compañía de soldados chapetones, y despues vido como el dicho maestre de campo no llegó a donde Su Señoría estaba hasta principios de marzo, que son los últimos de verano, habiendo detenídose todo este tiempo por falta de caballos y sillas, porque los pocos que dieron los vecinos de la dicha ciudad fueron mui tarde, y tan ruines que no fueron de servicio para la guerra, porque de los primeros que se escojieron fueron los que se dieron a los soldados de la compañía deste tercio, y así fueron los mejores, y con serlo fueron tales que a las nueve leguas de la dicha ciudad no pudieron pasar adelante, y para lo hacer, compraron rocines con sus vestidos y ropas que traian, desnudándose para ello, y los que no lo tenian les buscó este testigo yegoas de indios en que poder pasar adelante, y segun esto que serian los mejores, se deja entender cuál serian los demas; y así vido este testigo que las demas compañías que vinieron fueron por la misma órden que este testigo, y así vinieron los soldados infrutuosos, por no tener caballos de servicio para la guerra ni servicio casi todos ellos. Y de la dicha ciudad no vinieron

mas encomenderos que este testigo y Juan de Barrios, su cuñado, porque si hubieran venido, este testigo lo supiera e no pudiera ser ménos, y cinco o seis moradores, poco mas o ménos; y que la dicha jente llegó a las fronteras de Santa Cruz y Angol por fin de hebrero y hasta los nueve de marzo, que son los últimos meses de verano, como tiene dicho; y que los vecinos e moradores se procuraron excusar haciendo instancia en ello para no venir, como no vinieron, y haciendo impedimentos para no ayudar y salir aviados los dichos soldados, porque habiendo echado un bando el dicho maestre de campo para que ninguno saliese a los caminos a quitar el servicio de indios que los soldados trujesen de su voluntad, y encargado a este testigo que los que trujesen los soldados de su compañía supiese si venian forçados o de voluntad, y que los forçados no los dejase pasar; y con haber sido con toda esta justificación, los de la dicha ciudad y los del cabildo lo repudiaron e hicieron requerimiento diciendo verbalmente palabras descomedidas, y ansímismo echando nuevas en la dicha ciudad de nuevo gobierno, que estaria mui presto en este reino el proveido, y otros chismes que desayudaban a lo que se estaba haciendo; y despues que este testigo salió de la dicha ciudad oyó decir que en ella habia publicado un hijo del capitan Joan Ruiz de Leon, que Su Señoría enviaba despachos y pliegos por via del Brasil, y en la dicha ciudad decian y argüian que era contra el dicho señor visorei, siendo cosa notoria no haber enviado ningunos despachos por la dicha via, y que el que decian que los llevaba, que era Juan de Agurto, los llevó a la dicha ciudad de Santiago, y de allí se encaminaron al Pirú. Y que Su Señoría sabe y que este testigo sabe [sic] por cosa notoria [por] haber visto mucha parte dello (1), tenia fechas y prevenidas las prevenciones quel auto dice para hacer la poblacion este verano, y por haber faltado la jente de la dicha ciudad de Santiago y las demas ciudades imitándola, y la que vino chapetona tan tarde y desacomodada, no se pudo hacer la dicha poblacion ni entrada a hacelles la guerra hasta ya fin del verano; que visto por ellos, han ido sobre la ciudad Imperial y tomado allí en una emboscada seis soldados, cuyas cabezas llevaron; con lo cual han inquietado, pretendido levantar los reducidos y venido dos veces sobre este estado de Arauco: que si se hubiera entrado y tomado uno de los puntos y poblaciones, hubiera llamado a sí la guerra y acudido a ella los rebelados, y hubieran dejado las fronteras y ciudades, como se ha visto el tiempo que estuvo poblado en Puren: y así se ha perdido el tiempo y ocasion y prevenciones fechas, siendo principal causa de estorbo la dicha ciudad, porque habiéndose pregonado en ella una provision despachada el año pasado de noventa y siete, en que les manda acudir a la dicha guerra sin embargo de las provisiones dadas en contrario, suplicaron dello y lo contradijeron

(1) Y que este testigo sabe por cosa notoria por haber visto mucha parte de ello, Su Señoría tenia fechas y prevenidas, etc.

y alegaron, dando ocasion a que las demas ciudades digan han de hacer lo propio que los de la dicha ciudad, como fueron los vecinos de San Bartolomé de Gamboa. Tratando de la dicha nueva provision, oyó decir este testigo a uno dellos que habian de seguir lo que los de la dicha [ciudad] de Santiago; y algunos de los de arriba que estaban en Angol, les oyó decir lo mismo. Y ha visto este testigo que Su Señoría vino a este estado de Arauco a su socorro por haber venido sobre él los del estado de Tucapel, y haberse levantado los levos de Lavapi y Quidico, Quiapo y Levo, y los ha reducido y allanado: y ha sido en tanto grado la repugnancia que la dicha ciudad de Santiago ha hecho, que no solo ellos, pero soldados sueltos que fueron a se peltrechar cuando este testigo fué, visto las fuerzas que la dicha ciudad ponía, no quisieron volver y se quedaron en ella amparados; y esto ha visto este testigo y entendido como quien lo ha manejado: y tratado entre los soldados, no acuden como solian, visto que los dichos vecinos no acuden y que no son apremiados a ello y que se salen con lo que quieren. Y que lo que dicho y declarado tiene es la verdad so cargo del dicho juramento en que se afirmó, e ratificó siéndole leído, y dijo ser de edad de cuarenta años poco mas o ménos. Y lo firmó.—*Martin García de Loyola.*—*Tomas Duran.*—Ante mí *Fernando Rodriguez de Gallegos.*

Testigo el capitan Don Fernando Melendez Marquez.—En la fortaleza de Sant Alifonso, del estado de Arauco, en veinte y siete dias de abril de mil y quinientos y noventa y ocho años, Su Señoría del dicho gobernador para la dicha informacion, hizo parecer ante sí al capitan Don Fernando Melendez Márquez, capitan de una compañía de caballo, del cual fué tomado e recibido juramento en forma, segun que a los testigos de atras, y habiéndole leído e mostrado el dicho auto, prometió de decir verdad y dijo: Que este testigo vino a este reino de Chile por fin del año de noventa y seis con el socorro y tercio primero de soldados que el señor visorei Don Luis de Velasco envió a él, que fueron ducientos hombres, pocos mas, con paga de a ciento y cincuenta pesos por un año, el cual socorro trujo el maestre de campo Don Gabriel de Castilla y desembarcaron en la ciudad de la Concepcion, y de allí fueron la mayor parte o casi la mitad dellos a las ciudades de Valdivia, Rica y Osorno a se encabalar y peltrechar, y los restantes los peltrecharon en la dicha ciudad de la Concepcion y salieron a hacer la guerra a la provincia y estado de Puren, donde Su Señoría tomó un puesto y pobló un fuerte con presidio, y habiéndolo poblado, y tenido allí diversas peleas y batallas, y puéstoles cerco, salió el dicho maestre de campo deste reino y este testigo con él a dar cuenta al señor visorei de lo que se habia fecho y estado del reino y pedir enviase a él mas socorro de jente; y el dicho señor visorei hizo levantar de nuevo bandera y trujo el dicho maestre de campo y este testigo que vino con él por alférez, ciento y cuarenta soldados y oficiales, los cuales llegaron al puerto de la ciudad de Santiago, cabeza desta gobernacion, que, segun es público, es la de mas vecindad, haciendas e paz e descanso

del reino; y llegaron a dicho puerto a fin de octubre o principio de noviembre, y allí hallaron que Su Señoría había ordenado y proveído para que los dichos fuesen encabalgados, armados e peltrechados, e que los vecinos e moradores de la dicha ciudad viniesen a la guerra, pues se habian quedado el verano ántes por causa y razon que el auto dice, que este testigo entendió e fué público. Y que llegado el dicho maestre de campo a la dicha ciudad con los dichos soldados, procuró con todo cuidado aviarlos y salir de la dicha ciudad sin perder tiempo, por ser ya el del verano, e hizo apregonar en la dicha ciudad una real provision despachada por la real audiencia de los Reyes el dicho año de noventa y siete, para que los dichos vecinos y moradores acudiesen a la guerra, sin embargo de las provisiones que se habian dado para que no lo hiciesen, lo cual sintieron mucho los de la dicha ciudad, y presentaron peticiones ante el dicho maestre de campo, suplicando de la dicha real provision y alegando contra ella y los apercibimientos que se les hacian por el dicho maestre de campo. Y vido este testigo que sin embargo de la dicha provision y apercibimientos no quisieron salir de la dicha ciudad, ni ménos ayudar a encabalgar y peltrechar los dichos soldados; porque, puesto que dieron algunos rocines que fueron pocos, eran potros recién amansados e mancarrones que a las primeras jornadas se cansaban, y si algunos pasaron no eran de provecho, y eran tales que entre mas de ciento de vecinos y naturales no pudo hallar este testigo ocho que fuesen razonables, y así tomó solos cuatro, habiéndose de caver [*sic*] los dichos ocho. Y este testigo sacó una compañía de los dichos soldados chapetones, los cuales por venir a pié, que se les cansaban los rocines que les habian dado, los compraban y compraron con ropa de su vestir, y a otros les iban dando yegoas, y así llegaron los dichos soldados tarde, que era ya pasado casi el verano e infructuosos porque no traian caballos de servicio para la guerra, e mas venian desnudos por haberlos comprado para poder llegar y sin servicio los mas dellos. Y que en la dicha ciudad los vecinos y moradores della amostraron mala voluntad en ayudar a los dichos soldados, haciendo todos el desaviamiento que podian, porque habiendo echado bando el dicho maestre de campo para que no saliesen de la dicha ciudad a los caminos a quitar el servicio de indios que viniese con los soldados de su voluntad, y en particular a los capitanes les ordenó que no dejasen pasar ninguno contra su voluntad, con todo eso reclamaron los de la dicha ciudad; y supo este testigo que salieron algunos y los quitaron, y volvieron y publicaron que habian de salir a los caminos a quitar el dicho servicio, y otros estorbos e impedimentos, que todo ayudó a detenerse. Y este testigo sabe por cosa cierta que Su Señoría del dicho gobernador tenia prevenido para la poblacion que pretendia hacer este verano con el dicho socorro y ayuda de vecinos y moradores, muchas prevenciones de comidas, cecina, bizcocho, manteca en la Ligua y término de Santiago, y en la Imperial, juntado trigo, caballos, tapias, y en Angol hecho mucha cantidad de teja y carretones para po-

dellos llevar, que este testigo ha visto: y que la primera jente que llegó, que fué la compañía de este testigo, fué por el mes de hebrero, y los últimos a nueve de marzo, poco mas o ménos, que son los últimos meses de verano en este reino, y que este testigo ha entendido como vinieron dos veces sobre este fuerte y sobre la Imperial, donde en una emboscada tomaron seis españoles y dicen haberles llevado las cabezas; con lo cual los dichos naturales alteraban a los de paz, como se ha visto que en este caso se habian alterado cuatro levos, a cuyo socorro y castigo vino Su Señoría, y este testigo en su compañía, y los castigó: e mediante el castigo han venido los caciques a ofrecer la paz, y en este tiempo se ha ocupado el poco tiempo de verano que ha tenido, y está todavía ocupado en ello; y que no se pueden dejar de perder los peltrechos que tenian fechos para la dicha poblacion por no se haber fecho, como parte dellos que se habian recojido en la ciudad de San Bartolomé, ha venido nueva que se quemaron. Y esto es lo que este testigo sabe y ha visto y entendido para el juramento que fecho tiene: leyósele lo susodicho, ratificóse en él, y dijo ser de edad de veinte y cuatro años poco mas o ménos. Y lo firmó de su nombre.—*Martin Garcia de Loyola.*—*Don Fernando Menendez Marquez.*—Ante mí *Fernando Rodriguez de Gallegos.*

Testigo el maese de campo Don Gabriel de Castilla.—En la fortaleza de Sant Alifonso de Arauco a dos dias del mes de mayo de mill quinientos y noventa y ocho años, Su Señoría del dicho gobernador, para averiguacion de lo susodicho, hizo parecer ante sí a Don Grabiél de Castilla, maestre de campo jeneral de este reino, del cual tomó y recibió juramento en forma, segun que a los demas, y le encargó diga y declare el aviamiento y despacho que en la ciudad de Santiago se le dió con la jente de socorro que trujo el año pasado de noventa y siete, y desaviamiento y descomodidad, y quién, y cómo, y a qué tiempo salió; y leídole el auto y cabeza de informacion, dijo: Que por el año pasado de noventa y seis este testigo vino a este reino con un socorro de ducientos y tantos soldados, con los cuales desembarcó en la ciudad de la Concepcion, y de allí subieron mucha parte dellos por la mar a la ciudad de Valdivia para encabalgarse en ella y las demas de arriba; y habiéndose hecho guerra a la provincia de Puren, pobló allí Su Señoría en Lumaco un fuerte, y aquel verano no acudieron los vecinos de Santiago, sino fueron uno u dos vecinos, y los demas, por ser tan tarde, el dicho gobernador suspendió su venida hasta el verano siguiente; y este testigo volvió a la ciudad de los Reyes a dar relacion y cuenta al dicho señor visorei de lo que se habia fecho y estado en que estaba el reino, y tener necesidad de mas jente, y pedir le socorriese; y así el dicho señor visorei mandó levantar de nuevo soldados en la dicha ciudad de los Reyes, y este testigo los levantó y trujo ciento y cuarenta de lista, y desembarcó en el puerto de la ciudad de Santiago, cabeza desta gobernacion, por órden del dicho gobernador, que trató con este testigo, que si trujese la dicha jente la desembarcase en la dicha ciudad de Santia-

go, que por ser la mas descansada y que mas ha gozado de paz y de mas vecindad, se podria mejor peltrechar y encabargar, demas que las ciudades de arriba, por haber ayudado y desembarcándose en ellas el primer socorro que este testigo habia traído, estaban descarnadas y faltas, y ser de suyo pobres, y acudir de ordinario con sus personas, o con mas continuacion que los de Santiago, a la guerra: y este testigo llegó al dicho puerto de la dicha ciudad a primero de noviembre del dicho año, y luego este testigo procuró encabargar e peltrechar los dichos soldados para con ellos venir a donde el dicho gobernador estaba a los efectos de la dicha conquista, y con la mas priesa que pudo, por ser ya verano: hallando allí comisiones que Su Señoría habia dado para que a cuenta de la real hacienda se tomásen caballos y lo necesario para el aderezo de los dichos soldados, y que los vecinos moradores de la dicha ciudad en esta ocasion acudiesen a servir a Su Majestad, que fuesen apercebidos para ello, y los impedidos para poder acudir a la dicha guerra y que se quedasen, ayudasen para los dichos gastos, y el apercebimiento halló hecho este testigo por el capitán Niculas de Quiroga, correjidor de la dicha ciudad: y este testigo, por la comision particular que tuvo del dicho gobernador para ejecutar y hacer salir la dicha jente, lo mandó llevar [a] debida ejecucion, sin inovar [lo] que estaba fecho. Y los dichos vecinos e moradores en cosa alguna para el dicho aviamiento y despacho de la jente dieron ayuda ni favor a este testigo, ni los oficiales reales; ni este testigo le tuvo de persona alguna de los de la dicha ciudad, sino fué del capitán Joan Perez de Cáceres, que en todo el dicho apercebimiento le ayudó e acudió; y toda la pretension de los de la dicha ciudad era quedarse ellos en sus casas, y que los soldados echasen presto della sin ayuda ni socorro con que lo pudiesen hacer, porque decian estaban probes y alcanzados. Y este testigo hizo apregonar en la dicha ciudad una real provision despachada por la real audiencia de los Reyes, que trujo en su poder, para que los dichos vecinos e moradores acudiesen a la dicha guerra, la cual tomaron mal y dieron muchos sentidos, encaminados a la dicha excusa de acudir a la guerra, y diciendo que estaban en su fuerza, y haciéndolas notificar [a] este testigo, y diciendo que el dicho gobernador los queria hacer esclavos, y haciendo otros impedimentos de desavio, como fué que habiendo hecho echar este testigo bando justificado, y con acuerdo del teniente jeneral del reino, para que los indios que de su voluntad saliesen con los soldados a servirlos, no saliesen los de la ciudad ni justicias della a quitárselos a los caminos por el daño que podria resultar de encontrarse los unos con los otros, y quitar el inconveniente que los soldados no tuviesen respeto ni obedeciesen a la justicia que les saliesen a los caminos, por estar debajo de bandera y ser ordinario los soldados no sujetarse a las justicias sino a sus capitanes, ni las dichas justicias conocer de sus delitos y causas; y otro bando ántes de este para que los dichos soldados no sacasen ni trajesen servicio de indios contra su voluntad, porque los perderian y serian cas-

tigados, y encargándolo en particular esto a los capitanes que traian las compañías, que no consintiesen los llevasen contra su voluntad, demas que es cosa notoria no podellos traer contra ella, porque se pueden volver cada que quieren, y en la misma ciudad hizo volver este testigo todos los que le dieron noticia que sacaban soldados, ecepto cuatro o cinco, pocos mas o ménos, que con su voluntad declarada e publicada en público se quisieron venir con soldados; y por estos bandos los de la ciudad se juntaron y detrataron dello, y dijeron a este testigo con libertad que alborotaba la dicha ciudad, y era causa dello por la avilantez que a los dichos soldados daba, presentaron peticiones sobre ello, y alegando contra la dicha real provision, y suplicando della, y apelando de los apercibimientos, como constará de las peticiones que ante este testigo presentaron, a que se remite, y otras invenciones y nuevas que el vulgo publicaba, que todos eran estorbo y desaviamiento sobre los dichos soldados, en que este testigo estaba ocupado, publicando que Juan de Agurto, que habia ido de donde Su Señoría del dicho gobernador estaba, habia pasado secretamente a la provincia de Cuyo, con despachos para encaminarlos a España, diciendo que esto lo presumian por haber pasado el dicho Juan de Agurto con secreto y sin haber visto a su padre que está en la dicha ciudad de Santiago; y despues encontró este testigo al dicho Juan de Agurto viniendo esta jornada, quince u veinte leguas mas acá de la dicha ciudad de Santiago, en un pueblo que llaman Rapel, que dijo llevar los despachos de Su Señoría a la dicha ciudad para encaminarlos al Pirú en el navio en que este testigo habia venido, y diciéndole lo que en la ciudad se habia dicho dél, se espantaba cómo se hubiese echado semejante nueva. Y ansímismo echaron el vulgo de la dicha ciudad de que habia navios de ingleses en esta mar, y que los habia visto un clérigo, y por dar por autor a un clérigo, aunque este testigo quisiera hacer averiguacion sobre ello, no pudiera. Que este testigo echó bandos para que la jente que estaba apercibida saliesen, expresando los nombres; de los vecinos no salieron dellos sino dos, que fueron Juan de Barrios y Tomas Duran, a los cuales bandos se remite; y que de los moradores solo vinieron con este testigo el capitan Joan Perez de Cáceres y Pedro de Silva, y no se acuerda de otro; aunque ántes [que] este testigo llegase a la dicha ciudad, supo haber salido della hasta veinte y cinco hombres: y sabe que algunos dellos no son moradores de la dicha ciudad. Y que los caballos que en la dicha ciudad dieron, así los vecinos della como naturales, que fueron mui pocos y tanto que no se pudo con ellos peltrechar la jente; fueron tan malos y ruines que a las primeras jornadas se cansaron los mas dellos, y algunos que llegaron fué de manera que casi no eran ya de servicio. Y ha entendido este testigo que los dichos soldados, viéndose a pié con los caballos cansados, se deshacian de sus vestidos y ropa para comprar en que poder venir, y a otros les daban yegoas de unos pueblos de indios a otros, y así los dichos soldados quedaron sin ropa y sin caballos y casi todos sin servicio, y llegaron a las

fronteras de Santa Cruz y Angol, los últimos fin de hebrero y principio de marzo, que son ya los meses últimos del verano en este reino; y la jente que vino fué la chapetona que este testigo trujo, que llegarían a la dicha guerra hasta ciento y treinta, poco mas o ménos, porque el resto se quedaron en Santiago enfermos y otros impedidos. Y cuando este testigo llegó a la ciudad de Angol, que fué el primero dia de marzo, halló allí al dicho gobernador que habia ido a visitar aquella frontera, y allí supo cómo en aquella ciudad tenia prevenidas y hechas hacer mucha cantidad de tejas y carretones, y en la ciudad de Santiago en la Ligua tenia prevenida comida que la fragata real andaba acarreado, y ha oído decir que en la Imperial tenia prevenidas comidas y caballos, y que habiendo vuelto Su Señoría a la ciudad de Santa Cruz, y juntado allí así la jente que este testigo trujo como la que sacó de aquella frontera, por haber tenido nueva que este estado de Arauco estaba en riesgo y que venían sobre él los de Tucapel, y segunda nueva que algunos levos deste estado maleaban, vino a su socorro y castigo, en que este testigo se ha hallado en la jornada que ha hecho a Tucapel, y guerra a los de Levo, Quiapo, Quidico y Lavapi, que son los cuatro levos que se habian alterado; y que este verano, a causa de no haberse juntado mas jente de la chapetona que este testigo trujo, tan desaviada y mal acomodada como tiene dicho, y haber llegado ya tan tarde y no haber acudido los de la dicha ciudad de Santiago ni de las demas del reino, como este testigo no ha visto ninguno dellos, no se podrá tomar ninguno de los dos puestos de Tucapel o Puren, y se ha perdido el tiempo y las prevenciones que el dicho gobernador es público tenia prevenidas. Y que los moradores de la dicha ciudad de Santiago, la causa porque no los trujo a la dicha guerra, fué por haber hallado se habian compuesto en ayudar con dineros, ropa y caballos que se gastó con la jente primera que salió de la dicha ciudad ántes que este testigo llegase a ella; y los pocos que lo eran mucho, que quedaban por componerse cuando este testigo llegó, le hicieron para la jente chapetona que trujo, que fué tan poco la dicha ayuda que fué necesario ayudarse de los chapetones que por impedimento se quedaban en la dicha ciudad, de algun dinero y sillas de la paga que habian recibido para venir a él; porque estando pobres las cajas deste reino, que en ellas no halló hacienda, ántes ha sabido estan mui empeñadas, y que los dineros y quintos que hai son tan pocos que los oficiales reales pidiéndoles este testigo le ayudasen, le decian no lo podrán hacer por no haber con qué, porque toda cuanta hacienda real habia no alcanzaba a los salarios de gobernador, teniente jeneral y oficiales reales. Y esto que ha dicho es la verdad de lo que ha visto, entendido e le parece para el juramento que fecho tiene. Y fuéle leído su dicho, retificóse en él y lo firmó de su nombre.— Y ansímismo habiendo avisado este testigo al dicho gobernador del mal aviamiento que en la dicha ciudad tenia y hallaba de caballos para los dichos soldados, y sillas y lo demas necesario, le escribió y ordenó que del camino donde aquella le alcanzase fuese a la dicha ciudad de San-

tiago, y sacando los caballos que hallase en las caballerizas procurase juntar hasta cien caballos buenos para los dichos soldados, pues no se habia de permitir que por no quererlos dar los dichos vecinos y moradores que los tenian, se dejase de acudir al servicio real e bien jeneral del reino, [y] fuese infructuoso todo lo que se habia gastado y prevenido; y este testigo volvió a ello a la dicha ciudad, y por haber ya corrido la voz en ella de que este testigo volvía al dicho efeto y que estaban preveniendo el esconderlos, el medio mas suave, como siempre lo procuró y buscó y así tomando por mejor, los juntó en la plaza de la dicha ciudad; y este testigo y el teniente jeneral con amonestaciones e persuasiones les pidieron, que considerado que este testigo habia venido del Pirú y puéstose en [el] trabajo que habian visto, demas del servicio real, por dalles a ellos descanso, y el dicho señor visorei con mano larga les ayudaba y socorria, le ayudasen cada uno de ellos unido con un caballo razonable para la dicha guerra; los cuales respondieron que por pedírsele este testigo lo harian: y así entre todos le dieron hasta cuarenta rocines deteniéndole para juntarlos y dárselos quince dias, diciendo que por la probeza de la tierra no podian mas, y estos que dieron fueron tales que este testigo entiende no son de servicio para la guerra sino para carga, los cuales este testigo entregó al capitán Grabiél Ucero para que los trujese, el cual declarará cuáles eran y dónde quedaron y cómo.—*Martin García de Loyola.*—*Don Grabiél de Castilla.*—*Ante mí Fernando Rodriguez de Gallegos.*

Auto.—En la ciudad de San Felipe de Arauco a dos dias de mayo de mill y quinientos e noventa y ocho años, Su Señoría del dicho gobernador e capitán jeneral Martin García de Hoñez y Loyola mandó que se saque desta informacion un traslado o mas en pública forma, e sucesivamente vayan las declaraciones que hicieron el sarjento mayor de este reino e castellano de Arauco y otros vecinos que declararon en una informacion que sobre esta materia Su Señoría hizo ántes desta, que comenzó en ocho de hebrero de este año, y todo junto se envíe a Su Majestad y visorei del Pirú e real audiencia. Y lo firmó.—*Martin García de Loyola.*—*Ante mí Fernando Rodriguez de Gallegos (1).*

(1) En cumplimiento de lo mandado en el auto anterior se unieron a este proceso de informacion otras declaraciones sobre los mismos hechos, recibidas en el mes de febrero de 1598, en la ciudad de Santa Cruz de Hoñez, por Don Martin de Hoñez y Loyola, gobernador e capitán jeneral en el reino de Chile, ante Francisco Rodriguez de Gallegos, secretario de la gobernacion. Hállanse tambien en el tomo citado de la Bibliot. nacional, J. 53. Omitimos las mas de ellas porque ningun hecho nuevo revelan, y publicamos solo la del indio Francisco Fris, intérprete jeneral e capitán de los indios reducidos, quien da algunas noticias del intento que tuvieron los de paz de alzarse y atacar el fuerte de Arauco.

Los testigos examinados fueron:

1. En 8 de febrero: Miguel de Silva, de edad de 45 años, castellano de la fuerza de San Ildefonso, del estado de Arauco, que hacia veintiocho años que seguía la conquista y guerra de Chile, sirviendo en ella con cargo de capitán.

Testigo Francisco Fris.—En la ciudad de Santa Cruz de Hoñez en nueve dias del mes de hebrero de mill e quinientos y noventa y ocho años, Martin García de Hoñez y Loyola, caballero de la órden de Calatrava, gobernador, capitan y jeneral y justicia mayor en este reino e provincias de Chile por el Rei nuestro señor, para la averiguacion y prueba de lo susodicho, hizo parecer ante sí a Francisco Fris, intérprete jeneral y capitan de los indios reducidos, del cual Su Señoría tomó e rescibió juramento por Dios y por una señal de cruz que hizo, so cargo del cual le encargó y él prometió decir verdad, y léidole el auto de suso y díchole declare sobre ello, y lo que entiende y le parece la verdad de lo que se le pregunta, dijo: Que este testigo ha visto, desde que tiene memoria y acuerdo de razon, que há mas de treinta años que los vecinos encomenderos deste reino y moradores han acudido y acudian a la guerra deste reino y llamamientos de los gobernadores que han sido dél, y esta costumbre es cosa pública se ha tenido desde su primer descubrimiento, conquista y guerra. Y que há mas de treinta y cuatro años que la real audiencia de los Reyes envió su provision real para que los dichos vecinos encomenderos acudiesen a los dichos llamamientos, la cual estaba recibida y pregonada en este reino y ciudad de Santiago, sin que este testigo haya sabido ni entendido hobiese contradicion en ello; y estando en esta costumbre y posesion, vido este testigo que habrá poco mas de cinco años que Su Señoría del dicho gobernador y capitan jeneral vino a este reino a le gobernar nombrado por Su Majestad, y al tiempo que entró en él estaba este reino mui pobre y necesitado, y la guerra mui encendida, y [los] naturales mas obstinados que jamas habian estado, por haberlo visto ansí este testigo como persona que andaba en la guerra. Y llegado Su Señoría en el dicho estado, y procurando llamar los vecinos y habitadores del reino conforme a la dicha costumbre para proseguir la dicha conquista, los vecinos encomenderos de la dicha ciudad de Santiago, que es la cabeza desta gobernacion, y la ciudad que ha gozado de mas paz y tranquilidad y posibles que otra ninguna del reino, por conocerla esté testigo y las del reino y estado en ellas, procuraron excusarse y exonerarse de no acudir a los dichos llamamientos y costumbre: y ansí vido este testigo que por parte de los dichos vecinos de Santiago se ganaron e impetraron provisiones de la dicha real audiencia de los Reyes contra lo que tenian proveido, para que los dichos vecinos no acudiesen a los dichos llamamientos y apercibimientos que les fuesen fechos por el gobernador para la dicha guerra, ni sus criados y moradores; y estando este testigo en compa-

II. En 8 de febrero: Pedro Cortes, de 58 años, quien servia mas de cuarenta años con cargo de capitan, y era a la sazón sarjento mayor del reino.

III. En 9 de febrero: Francisco Fris, de edad de 40 años, intérprete jeneral y capitan de los indios reducidos.

IV. En 11 de febrero: Pedro de Olmos Aguilera, de edad de 40 años, capitan, vecino encomendero de la ciudad Imperial.

ña de Su Señoría, que estaba ocupado en la dicha conquista, vino un escribano público de la dicha ciudad a notificar las dichas provisiones a Su Señoría del dicho gobernador y se las notificó, la cual este testigo sabe causó avilantez en los rebelados, visto que el dicho gobernador no podía juntar los dichos vecinos, y motivó a los vecinos de las demas ciudades de arriba a quererse aprovechar dellas y no acudir con la puntualidad que solian, con lo cual y no haber socorrido ni ayudado a Su Señoría el visorei del Pirú, marques de Cañete, para la dicha guerra con soldados ni otra cosa en tres años, aunque fué informado de la dicha necesidad, se tenia y tuvo por cierto habria ruina inremediable: y quando ménos esperanza habia de paz, con la intelijencia que tomó Su Señoría desta guerra, y trato y gobierno de los naturales y nuevo estilo y proceder en ella, y con el favor divino, fué ganando Su Señoría e pacificando las provincias del estado de Arauco y provincias de Catiray y Mareguano, Talcamavida, Gualqui, Quilacoya y riberas del rio de Biobio, por haberlo visto este testigo, reedificando y fortaleciendo Su Señoría la fuerza de Arauco, y pobló esta ciudad de Santa Cruz de Hoñez en la ribera del gran rio de Biobio y sus juntas: que acompañada esta poblacion con la de Arauco ha causado los buenos efectos que tiene dicho, y por haberlo dicho este testigo. Y este testigo vido como, habiendo tenido Su Señoría aviso por fin del año pasado de noventa y seis de quel visorei del Pirú Don Luis de Velasco, que subcedió al dicho marques, habia levantado en el dicho reino en la ciudad de los Reyes un tercio de soldados a costa de Su Majestad para enviar de socorro a este reino para su conquista, envió a la dicha ciudad de Santiago al capitan Miguel de Silva, castellano de Arauco, a que de su parte hablase y persuadiese a los vecinos de la dicha ciudad de Santiago, a quienes escribió, y al cabildo, acudiesen a la obligacion que tenian en necesidad tan precisa y necesaria, para que con su ayuda se pudiesen conseguir buenos efectos; y este testigo vido ir al efecto al dicho capitan Miguel de Silva y volver de la dicha ciudad de Santiago, ántes fué público habian entretenido el tiempo, y por estar cercano el invierno pidieron a Su Señoría sobreyese su venida hasta el verano siguiente: y así vido este testigo que el tercio que entónces llegó, que fué en número de doscientas personas de lista, poco mas o ménos, no eran soldados hechos ni ájiles para la guerra y trabajo della, y tales que no fueron de efeto, aunque llegaron en ocasion de importancia, por la dicha causa y venir por tiempo limitado. Y el año próximo pasado de noventa y siete, habiendo tenido nueva Su Señoría, estando invernando en campaña en la provincia de Puren, que dicho visorei del Pirú enviaba otro socorro de soldados a este reino, y que venian a la dicha ciudad de Santiago a desembarcar, y allí se encabalgasen y peltrechasen, por ser la ciudad mas opulenta del reino y estar las ciudades de arriba descarnadas por haberse encabalgado el primer tercio de soldados en las dichas ciudades, proveyó Su Señoría sus comisiones para que en la dicha ciudad se tomasen y buscasen a cuenta de Su Majestad los caballos, sillas y pel-

trechos necesarios para encabalgarse y peltrechar los dichos soldados, y los que de la dicha ciudad saliesen; y envió de nuevo a pedir y persuadir y rogar a los dichos vecinos que pues el año ántes se habian excusado y quedado por ser fin de verano, este año no se excusasen y como fieles vasallos acudiesen en esta ocasion y no se excusasen por ninguna causa, y estuviesen con Su Señoría en todo el mes de octubre pasado de noventa y siete: a las cuales comisiones este testigo se remite que las ha visto. Y este testigo sabe por cosa pública que el dicho socorro de soldados, que fueron pocos mas de cient hombres, llegaron a la dicha ciudad de Santiago, y que en ella con toda la prevencion que Su Señoría hizo, no han querido venir ni han venido los vecinos y moradores de la dicha ciudad de Santiago hasta hoi, que son nueve de febrero de noventa y ocho, que es pasado casi todo el verano, que no queda dél sino hasta mes y medio; de manera que se ha pasado el verano sin que hayan venido los dichos vecinos, ni Su Señoría haya podido juntar campo y ejército con toda la prevencion y diligencia que ha puesto, ni el maese de campo Don Grabiél de Castilla que vino con la dicha jente: ántes ha sabido este testigo, por cartas que se han escripto de la dicha ciudad y personas que della han venido, que los de la dicha ciudad no han querido no solo acudir a los llamamientos de Su Señoría con haberse apregonado en la dicha ciudad nueva provision de la dicha real audiencia para que acudan, pero han hecho todo el mal aviamiento que han podido para que los dichos soldados bisoños no se encabalguen y peltrechen, como en efeto este testigo ha sabido vienen a pié, porque vienen los mas en yeguas: y demas de haberse pasado el verano y alargándose la guerra, los soldados que andan en ella, viendo que los vecinos encomenderos de la dicha ciudad de Santiago, que son los que han gozado y gozan de lo que hai en el reino y ellos padescen necesidad y trabajos y sin esperanza ni premio, ni quieren andar en la guerra ni acudir a ella, y aquellos que los hacen acudir, andan disgustados y con libertad: y esto lo ha visto y entendido este testigo de los dichos soldados y de los capitanes que siguen la guerra y los mandan. Y demas deste daño sabe este testigo que los caciques e indios que se han reducido del estado de Arauco, han tratado de alzarse, y visto las pocas fuerzas que hai, pues el dicho gobernador no ha podido juntar ejército este verano, y para ello han determinado entrar con una mita de yerba y pescado a rescatar, como es costumbre, e ir al fuerte a hacer el dicho rescate de yerba, pescado y legumbres, y llevar entre las cargas sus garrotejos y otros bordones, y de esta manera teniendo una gran junta fuera, hacer la seña y los de rescate cerrar con los soldados del fuerte que estarán rescatando, y los soldados como descuidados y desapercibidos no tener resistencia, y dar sobre ellos y matallos, haciendo cierta seña para que los que quedan fuera acudan, y con esto ganar aquello y venir sobre esta ciudad de Santa Cruz, y levantando la cordillera. Y los desta comarca y provincias desta ciudad, vista la dicha flaqueza, tuvieron ordenado lo primero venir a procurar llevar las vacas desta

ciudad que estan para su substento, dando paso para pasar la junta los del levo de Tabolevo, que son de los que estan de paz y la habian dado, por ver las pocas fuerzas que esta ciudad tiene, y por tener recogidas las vacas dentro de la ciudad, no hobo efeto esta jornada: y luego trataron de levantarse la cordillera de Catiray, e asimismo de los reducidos por Su Señoría, y algunos de los caciques de aquella provincia, por amor que tienen a Su Señoría por el buen tratamiento que en jeneral les hace y buenas obras que reciben, avisaron dello a Su Señoría del dicho gobernador; que fueron los caciques Llangolien, Llanganaval, y Maricanui y Mareguano, caciques y cabezas principales de Catiray y Millapoa, caciques de la misma provincia, y Reguegoaquin, a quien trataban de cortar las cabezas porque estorbaban el alzamiento, y que les persuadia no lo hiciesen, pues veian el buen tratamiento que Su Señoría les hacia: y ansimismo, de pocos dias a esta parte, han consentido e dado entrada los de Tabolevo a la regua de Coyunco y Conpuille, que estan de guerra, a que hiciesen daño y entrada en los términos de Ongol, y alanceasen tres indios principales, hermanos y hijos de caciques principales de paz, que se llama Quinchamalin, que estan en el estero de Vergara, tres leguas de la ciudad de Ongol y una legua del dicho levo de Tabolevo, y otras tramas que de pocos dias a esta parte han tramado los de Lapiren, Mavida y Quilimoque [que] confinan con la illaregua de Arauco, levantándose el levo de Tabolevo, del estado de Arauco, que habia dado la paz; y mediante las intelijencias que Su Señoría ha fecho, ha descubierto las dichas tramas y traiciones que de presente tenian ordenado los dichos indios de las dichas provincias que se habian reducido, causado todo por ver flacas las fuerzas del español, y que no hai superioridad de nuestra parte para los oprimir y hacer las poblaciones de Tucapel y Puren que convienen, y que aunque se ha tratado, y ellos pedido que se hagan, por la falta de los españoles se dilata, y así se causa lo susodicho por conocer la dicha flaqueza. Y así conviene y es necesario para poder sustentar lo ganado y pasar adelante, que venga socorro y un buen tercio de soldados a este reino de los de España con brevedad, porque los que han venido del Pirú, [segun] que este testigo ha declarado, no han sido de efecto, ni lo son, por lo que ha dicho, demas de venir por tiempo limitado: y si el dicho socorro de España se dilatase y no viniese tan breve, este testigo tiene por cierto, como persona que sabe los disignios y tratos destes naturales, y tiene larga experiencia, que no se podrá sustentar lo ganado, y que Su Señoría ha reducido; y no solo eso, sino que han de procurar hacer todo el daño que puedan a las demas sus fronteras para podellos levantar y alzar. Y este testigo, como intérprete que ha sido, y examinado por órden de Su Señoría y en su presencia los caciques e indios, ha visto han descubierto y desentrañado las dichas tramas y alzamientos que de tres meses a esta parte han tratado los dichos indios, visto que no se les hace la guerra ni ha venido la jente de Santiago ni demas ciudades; que se debe considerar y reparar, y con instancia pedir a

S. M. que provea del dicho socorro y tercio de España de soldados, y con pagas situadas en las cajas del Pirú, como es costumbre darse en todas las partes donde hai presidios y soldadesca como en este reino, por estar las cajas de éste mui empeñadas, y no haber en ellas hacienda real, y el reino mui pobre y necesitado, para que se acabe esta guerra tan prolija y trabajosa y se alcance y consiga paz universal. Y que lo que dicho e declarado tiene este testigo, es la verdad de lo que sabe para el juramento que tiene fecho, y en ello se ratificó y dijo ser de edad de mas de cuarenta años. Y lo firmó de su mano.—*Martin García de Loyola.*—*Francisco Fris.*—*Ante mí Fernando Rodriguez de Gallegos.*

INDICE.

Advertencia de los editores..... P. A. J. V

HISTORIA DE CHILE

POR EL CAPITAN ALONSO DE GONGORA MARMOLEJO.

Breve noticia de la obra y su autor.....	IX
Dedicatoria.....	XI
CAPITULO I.—Que trata de la descripcion y tierra de Chile desde el valle de Copiapó, ques al principio y entrada, hasta la ciudad de Castro, último del reino.....	1
CAPITULO II.—De como el adelantado Don Diego de Almagro vino al descubrimiento de Chile, y por donde se descubrió.....	2
CAPITULO III.—De como Pedro de Valdivia salió del Pirú a la conquista de Chile por tierra: y la causa que a ello le movió.....	5
CAPITULO IV.—De como Pedro de Valdivia pobló la ciudad de Santiago y los indios vinieron sobre los españoles y lo demas que acaeció. Está poblada la ciudad de Santiago en treinta y tres grados.....	7
CAPITULO V.—De como Pedro de Valdivia envió al Pirú al capitan Alonso de Monroy por jenté y de lo que le sucedió.....	10
CAPITULO VI.—De las cosas que hizó Valdivia despues que llegó el capitan Alonso de Monroy a Santiago.....	12
CAPITULO VII.—De las cosas que acaecieron en Chile, despues que Valdivia salió del reino.....	15
CAPITULO VIII.—De las cosas que hizo Villagra despues que quedó por capitan de Valdivia, y de la muerte de Pedro Sancho.....	16
CAPITULO IX.—De como volviendo Valdivia a Chile por gobernador, el capitan Pedro de Hinojosa lo volvió preso del camino por órden del presidente Gasca.....	17
CAPITULO X.—De como Valdivia salió de Santiago a conquistar la tierra de Arauco, y de la batalla que los indios le dieron en el valle de Andalien.....	19
CAPITULO XI.—De como Valdivia pobló la ciudad de la Concepcion, y de como los indios vinieron a pelear con él y los desbarató. Está esta ciudad poblada en treinta [y seis] grados y medio.....	22
CAPITULO XII.—De como Valdivia mandó a Gerónimo de Alderete fuese a	

descubrir la provincia de Arauco, y como Valdivia pobló la ciudad Imperial en 38 grados.....	25
CAPITULO XIII.—De como Valdivia salió de la Concepcion para ir a poblar la ciudad de Valdivia y ciudad Rica, y de lo que le acaeció a Francisco de Villagra en el Pirú hasta que vino a Chile.....	26
CAPITULO XIV.—De como se le alzó la tierra a Valdivia y la causa que para ello hubo; y de como saliendo a la pacificacion le dieron los indios una gran batalla en que lo mataron a él y cuantos con él iban.....	31
CAPITULO XV.—De las cosas que acaecieron en Chile despues de la muerte de Valdivia.....	40
CAPITULO XVI.—De las cosas que hizo Francisco de Villagra despues que supo la muerte de Valdivia; y de como yéndola a castigar, lo desbarataron los indios.....	43
CAPITULO XVII.—De como Francisco de Villagra despobló la ciudad de la Concepcion y las causas que le movieron.....	50
CAPITULO XVIII.—De las cosas que hizo Villagra despues que despobló la Concepcion y llegó a Santiago.....	52
CAPITULO XIX.—De las cosas que hizo Villagra despues de ido el navio a los Reyes, y de lo que se proveyó.....	54
CAPITULO XX.—De las cosas que acaecieron en este tiempo en la ciudad Imperial y ciudad de Valdivia.....	56
CAPITULO XXI.—De lo que acaeció en la ciudad de Santiago despues que Villagra dejó el cargo de capitan jeneral.....	58
CAPITULO XXII.—De como vino de el audiencia de los Reyes proveido Villagra por correjidor de todo el reino, y de lo que hizo.....	61
CAPITULO XXIII.—De como Don García de Mendoza entró en Chile, y rescebido por gobernador, las cosas que hizo.....	66
CAPITULO XXIV.—De como Don García de Mendoza llegó a el puerto de la Concepcion, y de lo que le acaeció hasta que llegaron los de a caballo por tierra.....	68
CAPITULO XXV.—De como Don García ordenó compañías de a pié y de a caballo, y de la órden que tuvo para pasar el rio de Biobío y la batalla que los indios le dieron.....	70
CAPITULO XXVI.—De como salió el campo de Arauco para ir a Tucapel, y de la batalla que le dieron los indios en Millarapue.....	73
CAPITULO XXVII.—De como Don García de Mendoza pobló la ciudad de Cañete, y de lo que allí le sucedió.....	76
CAPITULO XXVIII.—De como Don García salió de Cañete para ir a poblar en lo que Valdivia habia descubierto, y de lo que acaeció en Cañete al capitan Reinoso.....	81
CAPITULO XXIX.—De como Don García fué a poblar la ciudad de Osorno, y de lo demas que hizo [en] aquella jornada.....	84
CAPITULO XXX.—De como Don García llegó a Cañete y de las cosas que hizo, y de como desbarató el fuerte que los indios tenian hecho en Quiapo, y del castigo que en ellos hizo.....	86
CAPITULO XXXI.—De las cosas que hizo Don García, llegado a la Concepcion.....	88
CAPITULO XXXII.—De como Don García se fué a la ciudad de Santiago, donde tuvo nueva de la muerte de su padre el marques de Cañete, y la oracion que hizo al pueblo cuando se quiso ir.....	90
CAPITULO XXXIII.—De como Francisco de Villagra vino por gobernador a Chile y del rescebimiento que se le hizo en la ciudad de Santiago, y de lo que él hizo despues.....	92
CAPITULO XXXIV.—De como Francisco de Villagra salió a la primavera de	

	PÁJ.
la ciudad de Santiago para ir a la de Cañete por la provincia de Arauco, y de lo que hizo.....	94
CAPITULO XXXV.=De como Francisco de Villagra llegó a la ciudad de Valdivia, e yendo a la Concepcion por la mar con viento contrario fué a la nueva Galicia, y de las cosas que le acaescieron.....	96
CAPITULO XXXVI.=De como Francisco de Villagra envió su hijo Pedro de Villagra a desbaratar un fuerte en compañía del licenciado Altamirano, que era su maestro de campo, y de lo que en la jornada le sucedió.....	99
CAPITULO XXXVII.=De lo que hizo Francisco de Villagra despues que tuvo nueva de la pérdida de Mareguano.....	102
CAPITULO XXXVIII.=De como se alborotaron los indios de toda la provincia viendo despoblada aquella ciudad, y de como fueron sobre la ciudad de Angol y los desbarató Don Miguel de Velasco.....	104
CAPITULO XXXIX.=De como todos los caciques y señores principales de toda la provincia se conjuraron y vinieron sobre la casa fuerte de Arauco, y lo que subcedió.....	107
CAPITULO XL.=De como los indios de toda la provincia se juntaron y vinieron a poner cerco a los cristianos que estaban en el fuerte de Arauco, y de lo que sucedió.....	110
CAPITULO XLI.=De como Francisco de Villagra envió a castigar la muerte de Bernardo de Huete, y de como queriendo Martin de Peñalosa y Francisco Talaverano salir del reino fueron muertos por justicia.....	114
CAPITULO XLII.=De la muerte de Francisco de Villagra y de la manera que murió.....	117
CAPITULO XLIII.=De las cosas que hizo Pedro de Villagra despues que fué resebido al gobierno.....	118
CAPITULO XLIV.=De como el gobernador Pedro de Villagra envió al capitán Lorenzo Bernal en el galeon del Rei a hacer jente a la ciudad de Valdivia en compañía del capitán Gabriel de Villagra, y de lo que hicieron.....	120
CAPITULO XLV.=De como llegó el capitán Juan Perez de Zurita a la ciudad de Angol, y viniendo a la Concepcion con cuarenta soldados, fué desbaratado por Millalelmo, valiente indio y plático de guerra.....	122
CAPITULO XLVI.=De como se juntaron los indios de la comarca de Angol y vinieron sobre la ciudad por tres partes, y fueron desbaratados por el capitán Lorenzo Bernal.....	124
CAPITULO XLVII.=De como los indios de la comarca y término de la Concepcion vinieron a ponelle cerco estando el gobernador Pedro de Villagra en ella, y de las cosas que acaescieron.....	128
CAPITULO XLVIII.=De las cosas que hizo el gobernador Pedro de Villagra despues de levantado el cerco de la Concepcion, y de lo que sucedió al capitán Gabriel de Villagra queriendo ir a la ciudad de Valdivia.....	130
CAPITULO XLIX.=De lo que hizo Pedro de Villagra aquel invierno en Santiago, y de como al verano salió a hacer la guerra, y lo que le sucedió.....	132
CAPITULO L.=De como yendo Loble a socorrer los indios que estaban en el fuerte se encontró en el llano con Pedro de Villagra, y lo que acaesció.....	135
CAPITULO LI.=De como estando el gobernador Pedro de Villagra en la ciudad de Santiago, llegó al puerto el capitán Costilla con docientos hombres y tres piezas de artillería que el licenciado Castro, gobernador del Pirú, enviaba a Chile, y de lo demas que acaesció.....	137
CAPITULO LII.=De lo que hizo el gobernador Rodrigo de Quiroga despues que fué resebido al gobierno.....	140
CAPITULO LIII.=De como el gobernador Rodrigo de Quiroga hizo consulta de guerra con todos los capitanes que llevaba en su campo por dónde se entraria a hacer la guerra a Arauco y a Tucapel, y de lo que se acordó.....	142

CAPITULO LIV.—De como yendo el gobernador Rodrigo de Quiroga para entrar en Arauco por la montaña de Talcamávida, pelearon los indios con él, y de lo demas que sucedió.....	144
CAPITULO LV.—De como el gobernador Rodrigo de Quiroga salió de la ciudad de Cañete a hacer la guerra y atraer de paz la provincia de Arauco, y de lo que hizo.....	147
CAPITULO LVI.—De como el gobernador Rodrigo de Quiroga salió de la ciudad de Cañete con ciento y cincuenta hombres de a caballo a correr la provincia, y de como los indios vinieron sobre la ciudad y de lo que acaesció.....	148
CAPITULO LVII.—De como el maestro de campo pasó a invernar de la otra parte de Arauco sobre Tavolevo, y de lo que hizo.....	151
CAPITULO LVIII.—De como el jeneral Martin Ruiz de Gamboa, por órden del gobernador Rodrigo de Quiroga, fué a poblar la ciudad de Castro y de lo que hizo. Está esta ciudad poblada en cuarenta y tres grados.....	153
CAPITULO LIX.—De como los oidores llegaron a la Concepcion y asentaron el audiencia, y de las cosas que hicieron.....	156
CAPITULO LX.—De como los oidores dieron provision de jeneral a D. Miguel de Velasco y le encargaron la guerra, y de lo que hizo.....	159
CAPITULO LXI.—De las cosas que acaescieron despues que el jeneral D. Miguel recibió la jente que le enviaron los oidores, y de lo que hizo aquel verano.....	161
CAPITULO LXII.—De como llegó el doctor Saravia al reino de Chile y del resecebimiento que se le hizo en la ciudad de Santiago.....	164
CAPITULO LXIII.—De como el gobernador Saravia salió de Santiago para ir a la Concepcion, y de como nombró por su jeneral a Don Miguel de Velasco, y de las cosas que acaescieron.....	166
CAPITULO LXIV.—De como el gobernador Saravia hizo consulta de guerra con los capitanes que llevaba, y la plática que propuso por donde se acertaria mejor a hacer, y de lo que se proveyó.....	169
CAPITULO LXV.—De como el gobernador Saravia envió al jeneral Don Miguel a deshacer una junta de indios, y cómo despues de venido le mandó ir a deshacer el fuerte de Catiray, y dónde lo desbarataron, y lo demas que acaeció.	171
CAPITULO LXVI.—De lo que hizo el gobernador Saravia despues de la pérdida de Catiray.....	176
CAPITULO LXVII.—De lo que hizo el jeneral Martin Ruiz de Gamboa despues que llegó a Cañete, y de lo que le sucedió.....	178
CAPITULO LXVIII.—De como Martin Ruiz salió a buscar bastimento para sustentarse en la ciudad, y de lo que le sucedió.....	180
CAPITULO LXIX.—De las cosas que acaescieron en la ciudad de Cañete despues del suceso de Payllataro.....	182
CAPITULO LXX.—De las cosas que pasaron entre el gobernador y jeneral Martin Ruiz despues que llegó Saravia a la Concepcion, y de como se despobló la ciudad de Cañete.....	184
CAPITULO LXXI.—De lo que hizo el gobernador Saravia despues que despobló la ciudad de Cañete y casa fuerte de Arauco, y de lo demas que acaesció.	187
CAPITULO LXXII.—De las cosas que acaescieron en la Concepcion despues que el gobernador Saravia se fué a Santiago.....	189
CAPITULO LXXIII.—De como llegó a Santiago Don Miguel de Velasco con docientos hombres que le dió el visorei Don Francisco de Toledo para socorrer a Chile, y de lo que hizo.....	190
CAPITULO LXXIV.—De lo que hizo el gobernador Saravia despues que envió a Don Miguel de Velasco al socorro de Angol, y de lo que acaesció a Don Miguel en Puren.....	193
CAPITULO LXXV.—De lo que hizo el gobernador Saravia despues que tuvo	

	PÁJ.
nueva del suceso de Puren.....	196
CAPITULO LXXVI.=De lo que hizo el gobernador Saravia despues que se concertó con los vecinos de Valdivia.....	199
CAPITULO LXXVII.=De como el licenciado Juan de Torres de Vera fué a castigar un motin que se hacia en la ciudad de Valdivia, y de lo que acaesció en la ciudad de Osorno en aquel tiempo.....	201
CAPITULO LXXVIII.=De lo que acaesció en Chile hasta que el gobernador Saravia dejó el gobierno, y entró en la ciudad de Santiago el licenciado Gonzalo Calderon.....	205

COLECCION DE DOCUMENTOS.

I.=Dejacion que hizo Pedro Sancho de Hoz, de una provision que el marques Don Francisco Pizarro le habia dado, a consecuencia de no haber cumplido lo que habia asentado y capitulado con el capitan Pedro de Valdivia, para el descubrimiento de las provincias de la Nueva Extremadura.....	213
II.=Poder que dió Pedro de Valdivia, gobernador de la Nueva Extremadura, a Juan Bautista Pastene, su teniente de capitan jeneral en la mar, para el viaje a que le enviaba a descubrir la costa desde el puerto de Valparaiso hasta el estrecho de Magallanes; y a continuacion la instruccion, y la relacion del suceso del viaje desde 4 hasta 30 de setiembre de 1544.....	217
III.=Carta de Gonzalo Pizarro al gobernador Pedro de Valdivia dándole cuenta de lo ocurrido en el Perú, y de la muerte de Blasco Nuñez Vela.....	226
IV.=Relacion de los méritos y servicios hechos por Pedro de Valdivia en la gobernacion del reino de Chile, enviada al Emperador Carlos V por los rejidores y ayuntamiento de la ciudad de Valdivia, a 20 de julio de 1552.....	238
V.=Carta de aviso de la muerte de Pedro de Valdivia.....	241
VI.=Carta de los tesoreros a S. M. sobre la muerte de Valdivia y el estado del pais.....	243
VII.=Relacion que envía el señor Garcia de Mendoza, gobernador de Chile, en 24 de enero de 1558, desde la ciudad de Cañete de la Frontera, que nuevamente se ha poblado en Arauco.....	246
VIII.=Relacion de las cosas de Chile, dada por el licenciado Juan de Herrera..	250
IX.=Segunda relacion de las cosas de Chile, dada por el licenciado Juan de Herrera.....	253
X.=Relacion dada por el licenciado Diego Ronquillo de lo ocurrido en Chile durante el tiempo que asistió en dicho reino.....	254
XI.=Relacion enviada al virei del Perú por Juan de Matienzo, vecino de Valdivia, del alzamiento y rebelion de los indios araucanos.....	260
XII.=Informacion y relacion de los sucesos de la guerra de Chile, hasta el año de 98, y el aviamiento que se dió aquel año al jeneral D. Gabriel de Castilla.....	268